

BIOGRAFÍA.

del Ilmo. Sr. D.

Fr. Ezequiel Moreno y Díaz

Agustino Recoleta y

Obispo de Pasto (Colombia)



LIBRERÍA MODERNA
LOGROÑO

H.JT. 32.10

92 / (Moro)

No se presta

Lectura
en
Sala

R. 1565

12.268

BIOGRAFÍA

DEL ILMO. SR. D.

FR. EZEQUIEL MORENO Y DÍAZ



IMPRIMASE

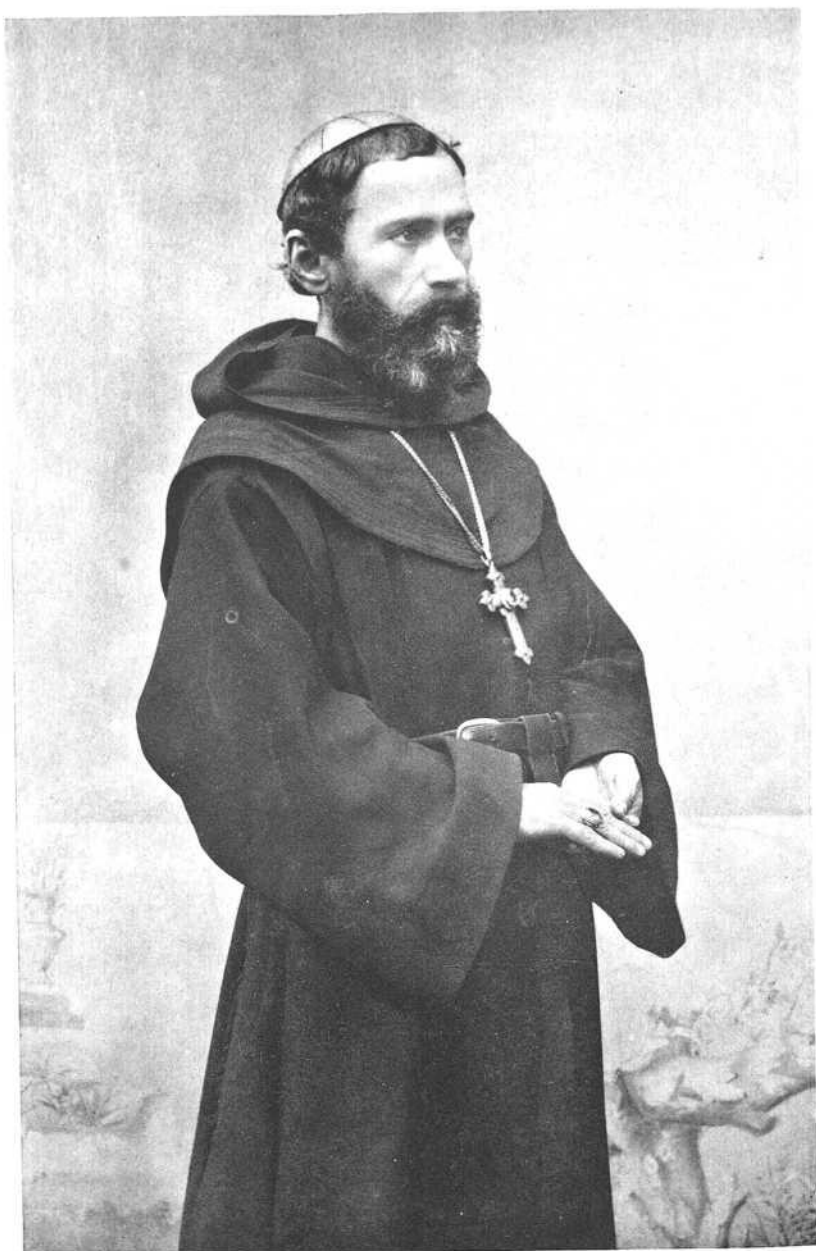
Barcelona, 12 de Marzo de 1909

EL VICARIO CAPITULAR

† RICARDO, OBISPO DE EUDOXIA

Por mandado de Su Señoría
Lic. José M.^a de Ros, Pbro.
Scrio. Can.

ES PROPIEDAD



Fr. Gregorio Urujo

Siendo Vicario Apostólico de Casanare.

BIOGRAFÍA

del Ilmo. Sr. D.

Fr. Ezequiel Moreno y Díaz

Agustino Recoleta y Obispo de Pasto (Colombia)
muerto en opinión de santidad

Escrita por el

R. P. Fr. Toribio Minguella y Arnedo

de la misma Orden y Obispo de Sigüenza



CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

LUIS GILI, EDITOR

Librería Católica Internacional

Balmes, 83, Barcelona

1909

R. 1562



Protesta del autor

No intento prevenir en esta biografía el juicio de Nuestra Santa Madre la Iglesia, á cuya autoridad someto gustoso todo cuanto escribo, sin pretender se dé á lo que aquí refiero más fe que la meramente humana é histórica. Así lo declaro y consigno en debido cumplimiento de lo que para casos análogos dispuso ya el soberano Pontífice Urbano VIII.



PRÓLOGO

EL día 22 de Agosto de 1906 tuve la honra de predicar ante el cadáver del ILUSTRÍSIMO SR. D. FR. EZEQUIEL MORENO Y DÍAZ la Oración fúnebre en elogio de tan insigne Prelado, y decía en ella: *Redúcese mi pobre labor á recitar lo que del ilustre difunto han consignado sus biógrafos, y lo que él mismo consignara con su pluma, con su palabra y con sus actos.*

Parecido concepto emito hoy al dar principio á esta obra, para la cual me han proporcionado materiales abundantísimos y primorosamente labrados todas aquellas personas cuyos nombres cito, y otras varias que, ó los han callado, ó desean que no se publiquen. A todas doy las más expresivas gracias en nombre de Dios y de la Iglesia, en nombre de mi amada Religión Agustiniiana y, aunque vale harto poco, también en nombre mío. El Señor les premie la buena obra, y que todo resulte para gloria de

Dios, de la Santísima Virgen y del glorioso Patriarca San José, y para edificación de nuestras almas.

Entre los que han aportado su labor para este modesto monumento merece una mención especial el R. P. Fr. Alberto Fernández de la Virgen de Davalillo, quien acompañó al ILMO. P. EZEQUIEL en Casanare y Pasto, vino con él á España y le asistió en la última enfermedad hasta cerrarle los ojos. Muerto el señor Obispo, y á pesar de hallarse el P. Alberto delicadísimo de salud, emprendió, por orden de los superiores, un penoso viaje á Colombia; estuvo en Pasto, Bogotá y otros puntos; recogió con incomparable diligencia preciosísimos datos, tantos en número que pudiera hacerse una biografía mucho más extensa que la presente, y ha sido, en fin, el alma de todo este trabajo.

Providencial parece que el P. Alberto haya podido hacer tanto en tan poco tiempo, y hallándose tan enfermo que admiran los médicos el que viva. También ha sido providencial que viviese aún la Madre Catalina Les, Religiosa del Convento de Dominicas de Alfaro, sacristana cuando EZEQUIEL era niño y servía en aquella iglesia, y no menos admirable que se fijase entonces en ciertas cosas que, según lo ordinario, debieron pasar desapercibidas. Por adorable disposición del cielo estimo igualmente que el R. P. Antonio Muro de la Virgen del Pilar, Religioso que acompañó al P. EZEQUIEL en la

Paragua, en el Convento de Manila y en el Colegio de Monteagudo, estuviese á mi lado al dar principio á esta obra, facilitándome valiosas noticias; como me las han facilitado de palabra y por escrito el Ilustrísimo Sr. D. Fr. Andrés Ferrero, Obispo dimisionario de Jaro, connoquio del P. EZEQUIEL, los Padres Exprovinciales Fr. Juan Cruz Gómez del Corazón de Jesús y Fr. Tomás Roldán de la Virgen de los Remedios, el Definidor General Fr. Mamerto Lizasoain y, principalmente, el incansable y entusiasta Padre Exdefinidor General Fr. Santiago Maturte, que justamente merece el título de primer biógrafo del ILMO. SR. MORENO.

Por lo que hace á Colombia sería en mí un delito no mostrarme hondamente agradecido á los Reverendos Padres Capuchinos navarros, catalanes y colombianos, á los Padres de la Compañía de Jesús, á los Filipenses, al Clero secular de la diócesis de Pasto, particularmente al Vicario General Dr. D. Rafael Chaves, y á las Madres Betlemitas y Franciscanas. Casi interminable habría de ser este Prólogo, si hubiese de nombrar y mostrar mi debida gratitud á todas las personas eclesiásticas, religiosas y seglares que de Colombia y España me han proporcionado ya estimables juicios acerca del ilustrísimo biografiado, ya cartas originales del mismo. ¡Cuánto sacrificio y cuántas lágrimas han costado á no pocas de esas personas el desprenderse de lo que conservaban con santo cariño!

He dejado para el final la mención del que más valiosos y verídicos testimonios aporta á esta labor histórica. No escribió el ILMO. P. EZEQUIEL MORENO directamente su vida, pero esa vida hállase estampada con caracteres de innegable autenticidad y sinceridad en sus Pastorales, en sus cartas y en todos sus escritos. Allí se ve retratada su alma sencilla como la de un niño, amorosa como la de un serafín, valiente como la de un mártir. Mas no adelantemos apreciaciones: haga cada uno las que le parezca después de haber leído el presente trabajo, donde apenas he puesto como mío propio sino el de ordenar parte de los abundantes documentos que con tanta generosidad me han ofrecido.

Digo *parte de los abundantes documentos*, pues habiendo pasado aun poco tiempo desde la muerte del biografiado; viviendo todavía, y vivan muchos años, personas que con él tuvieron íntimas relaciones espirituales, y no siendo un secreto, especialmente en Colombia, otro respetable motivo de silencio, todo eso hace que la biografía no resulte tan completa como algunos desearían. Sin embargo, me parece que con lo escrito se ha de conseguir el fin propuesto, que es glorificar á Dios, admirable en sus santos, y ofrecer á nuestra imitación un ejemplo de excelente cristiano, de perfecto religioso y de humilde, prudente y valerosísimo Prelado.



PRELIMINARES

Dos patrias. — La Orden Agustiniana. — Reforma. — Fundación de colegios para las misiones de Filipinas. — Alfaro. — Descripción topográfica é histórica.

VAMOS á escribir la biografía de un hermano nuestro en Religión y en Episcopado; y antes de comenzarla parece propio describir, siquiera brevemente, lo que podemos llamar sus dos patrias: la del nacimiento á la vida de la naturaleza, y la del Instituto Religioso en que profesó, vivió y murió, Instituto en que también hizo la profesión, vive y desea morir el autor de estas líneas.

Nuestra Orden eremita fué fundada por el gran Obispo de Hipona, sabio de entendimiento tan poderoso, que es venerado como Aguila de los Doctores, y santo de corazón tan amante, que una vez purificado por la divina gracia, ardió constantemente en

llamas de cielo: por eso la imagen de nuestro insigne Patriarca aparece con la pluma en una mano y el corazón en la otra, diciéndonos que la síntesis Agustiniiana ha de ser *virtud y ciencia*.

No he de hacer aquí, ni aun compendiosamente, la brillantísima historia de nuestra Orden desde el siglo v al xvi, en cuya centuria, la más gloriosa para España, tanto contribuyeron los Agustinos con sus sabios y con sus santos á formar la edad de oro de nuestra querida nación. Sabido es que San Juan de Sahagún, Santo Tomás de Villanueva, el Venerable Tomé de Jesús, el Beato Alfonso de Orozco, los PP. Malón de Chaide, Juan Márquez, Luis de León y otros muchísimos brillaron entonces cual astros de primera magnitud en el cielo patrio.

Epoca de la desdichada reforma Protestante fué el siglo xvi, pero fué también la época del Concilio de Trento con sus cánones y sus admirables capítulos de *Reformatione*, cánones y capítulos propuestos en gran parte por los prelados y teólogos españoles, entre los cuales figuraban Muñatones, Juárez, Burgos, etc., de la Orden de San Agustín. El Protestantismo no encontró atmósfera ni pudo hacer prosélitos en la nación por excelencia católica; en cambio, verificáronse entonces en España pacífica y santamente no pocas Reformas monacales. Tuvieron éstas su alborada en la que, por indicación de los Reyes Católicos, inició para todas el Cardenal

Cisneros, su mediodía en las de Santa Teresa de Jesús, San Pedro de Alcántara y San Simón de Rojas, y su crepúsculo vespertino en la modestísima Reforma Agustiniiana llevada á cabo en el año 1588 con el nombre de Agustinos descalzos ó Recoletos.

Y no se crea que la Reforma de algunas Ordenes Religiosas obedeciese precisamente á la necesidad de corregir abusos; aquel movimiento espontáneo respondía á mayores anhelos de perfección. Menos aún, si cabe, necesitaba Reformación la Orden Agustiniiana, que en Europa, como en América y en Asia estaba á muy grande altura de observancia: mas como la santidad tiende á lo infinito, de ahí que algunos religiosos quisieran todavía mayor observancia y recogimiento, y ese fué el motivo de nuestra amada Descalcez.

Fr. Luis de León, aquel «varón de acrisolada y austera virtud amamantada en el Claustro y aquilatada por la persecución; alma generosa y bella, la más bella quizá que cruzó por esta tierra de España en aquella gloriosa centuria (1)», fué el alma y vida de un hecho de trascendencia para la Iglesia católica. Cuando el Instituto Agustiniiano se hallaba, en el siglo XVI, en su apogeo, tanto de virtud como de saber (2), «Fr. Luis de León, continuando la obra iniciada por el Venerable P. Tomé de Jesús, escribió las Constituciones de la Recolectión, que se

(1) D. Miguel Mir, *Discurso de Recepción en la Real Academia Española*.

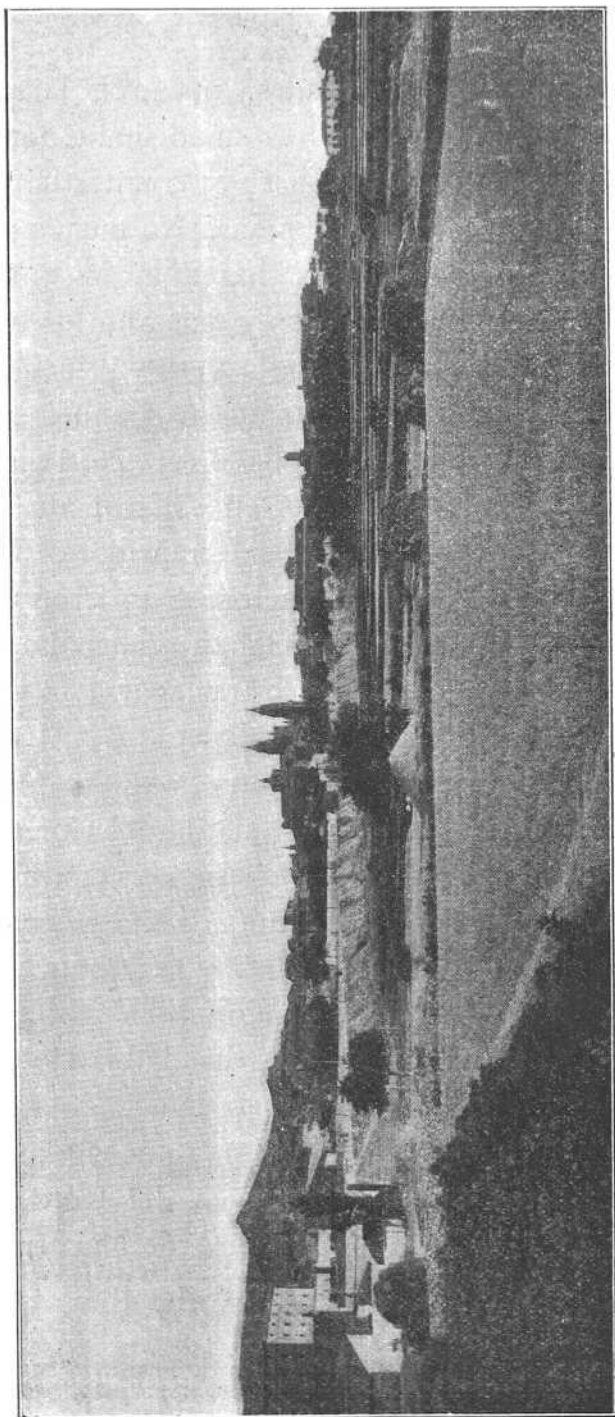
(2) D. Vicente de la Fuente, *Historia Eclesiástica*, tomo V, cap. X.

llamó de Agustinos descalzos, acordada en el Capítulo Provincial de Toledo, y que tuvo feliz principio en 19 de Octubre de 1589 en el Convento de Agustinos de Talavera de la Reina, fundado en 1566 por el Beato Alonso de Orozco» (1).

Nuestros Padres Observantes habían sido de los primeros que, descubierto el Nuevo Mundo, se lanzaron á la conquista de almas para Dios y de súbditos para España. Rada, Urdaneta, Delgado y cientos y miles marcharon en todas direcciones, uniéndose después á esa falanje de aventureros espirituales los Recoletos, que ya en 1606 llegan á Filipinas, y comparten allí y en el Japón con los de la Observancia las tareas apostólicas, derramando unos y otros el sudor y la sangre en la predicación, aumento y defensa de nuestra santa fe.

Durante los siglos XVII y XVIII, siguiendo siempre, como es deber de los menores, los buenos pasos de los mayores, nuestra Provincia de San Nicolás de Tolentino, al igual que la del Santísimo Nombre de Jesús, perteneciente á nuestros Padres Calzados, nutría sus misiones con personal que se recolectaba en los conventos de la madre Patria. Viendo unos y otros que ese medio era insuficiente para proveer de Ministros á aquellas islas, donde el catolicismo, merced al celo de las órdenes religiosas, tomaba cada día mayores proporciones, creciendo

(1) Todo ese párrafo está tomado de la acreditada revista *España y América*, (año VI, núm. 8), dirigida por nuestros Padres Calzados.



VISTA PANORÁMICA DE ALFARO

por lo tanto las necesidades, nuestros Hermanos mayores, á la vez que Padres amadísimos, fundaron el Colegio de Valladolid en 1755 con destino exclusivo á las misiones de Filipinas. No menos necesitados nosotros, quisimos hacer lo mismo, pero nuestra escasez de recursos y más aún los trastornos políticos de fines del siglo XVIII y principios del XIX nos impidieron realizar nuestros anhelos hasta el año 1825 (1), en que se llevó á efecto la instalación del Colegio-seminario en Alfaro, de donde salieron tres expediciones lucidísimas por el número y la calidad de los misioneros. Surgieron pronto algunas dificultades que afectaban principalmente al local, y en 1829 fué preciso trasladar á la villa de Monteagudo, en Navarra, el Colegio de Alfaro.

Alfaro, ciudad situada en el ángulo que poco antes de unirse forman la izquierda del río Alhama y la derecha del Ebro, tiene hermosa vega y extensa jurisdicción, donde con abundancia se cosechan buenos vinos, aceites y cereales, y se producen toda clase de exquisitas frutas y legumbres. El historiador D. Vicente Lafuente nos dice hablando de Alfaro: «Su nombre mismo está indicando que allí hubo algún faro ó torre de vigía para vigilar aquel territorio y los vados próximos del Ebro, como punto de Castilla metido dentro de Navarra y no lejos de las fronteras de Aragón.» Esto es muy

(1) La creación del Colegio-seminario de Alfaro se hizo en 1818, pero debido á las circunstancias políticas hubo de diferirse la instalación hasta el año 1825.

cierto, sobre todo refiriéndose á la Edad Media, pero mucho antes y con otro objeto debió existir allí un verdadero faro, pues cuando, según escribe Plinio en su historia natural (1), era el *Ebro* navegable hasta Varea, cerca de Logroño, hacíase preciso un faro para los navegantes de aquel río, los del *Ega*, que desemboca en él cerca de Alfaro, y los del *Aragón*, que, engrosado en Milagro por el *Arga*, entra también en el Ebro casi frente á la repetida ciudad.

Su territorio correspondió á los antiguos Celtíberos-Pelendones, más adelante formó parte de Navarra hasta que, después de la desastrosa muerte de D. Sancho de Peñalén, fué conquistado ó reconquistado por los reyes de Castilla. A fines del siglo xi tomó el Cid en una de sus correrías el castillo de Alfaro; y cuando D. Alfonso *el Batallador* echó á los moros de Tudela y Tarazona, restableciendo la sede episcopal Turiasonense, la población de Alfaro constituyó feligresía de aquella diócesis, y á ella pertenece hasta hoy, si bien corresponde en lo civil á Castilla, siendo uno de los distritos de la provincia de Logroño.

Una tradición respetabilísima nos dice que el fundador de la Orden de Trinitarios, San Juan de Mata, estuvo en Alfaro muy á los principios del siglo xiii, cuando se encontraban allí los reyes de

(1) Lib. III, cap. III.

Castilla, de León, de Aragón y de Navarra tratando de paces entre sí y sus respectivos reinos (1). Las paces se hicieron dando muy pronto el sabrosísimo fruto de la decisiva reconquista española, porque gracias á la concordia pactada entre los expresados reyes se libró y ganó la famosa batalla de las Navas de Tolosa, comienzo de la verdadera preponderancia cristiana y de la decadencia y muerte del islamismo en nuestra nación.

Hombres notabilísimos en ciencias, en armas y en virtudes ha producido la muy noble ciudad de Alfaro (2). Hijo suyo, é hijo predilecto, es el ferviente religioso, insigne Prelado y varón santo cuya biografía vamos á escribir.

(1) Podría corroborarse lo fundado de esa tradición recordando que el español de más valía en la primera mitad del siglo XIII, el sagaz político, gran historiador é ínclito Arzobispo de Toledo, antes Obispo — siquiera electo — de Osma, D. Rodrigo Jiménez de Rada, que tomó tanta parte en los preparativos y en la acción de la celebérrima batalla de Las Navas, debió ser el alma de aquella concordia de reyes en la ciudad de Alfaro, adonde fué entonces San Juan de Mata. Este había sido en la universidad de París condiscípulo y amigo de D. Rodrigo, y cuando el santo trató de implantar en España la Orden religiosa de Trinitarios que acababa de fundar con objeto de redimir cautivos, aquél le presentó á los reyes, y le protegió hasta el punto de costearle la primera fundación, que se hizo en Puente la Reina, de donde era natural D. Rodrigo. Todavía se ven hoy allí restos del antiguo convento.

(2) Pueden verse en la *Galería de ilustres riojanos*, obra de nuestro amigo D. Constantino Garrán.



PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Nacimiento y bautismo de Ezequiel. — Sus padres y hermanos. — Educación cristiana. — Preludios de sacrificio. — Monaguillo y sacristán de las monjas Dominicas. — Estudios de latín y de música. — Vocación religiosa. — Profesión de su hermano mayor en Monteagudo.

PUESTOS á escribir la biografía de quien, ante todo, fué cristiano, parécenos muy natural dar principio por su fe de bautismo, que dice así:

«En diez de Abril de mil ochocientos cuarenta y ocho, yo el Licenciado D. Julián García, Canónigo Penitenciario, y como tal Cura párroco de la Real é insigne Iglesia Colegial de esta ciudad de Alfaro, bauticé solemnemente un niño que, según la comadre, había nacido á las once de la mañana del día anterior, y le puse por nombre Ezequiel, hijo legítimo de Félix Moreno y Josefa Diaz, abuelos paternos Bruno y Manuela García, maternos Antonio y Josefa Oscoz, todos naturales y vecinos de esta ciudad. Padrinos Sebastián Pascual, consorte de Simona Martínez, y Vicenta Benito, consorte de Tiburcio Buenafuente, á quienes advertí lo necesario. Licenciado D. Julián García.»

Nos dice el Apóstol San Pablo que *es un gran tesoro la piedad, la cual se contenta con lo que basta para vivir* (1). Esta máxima tenían muy en cuenta los esposos Félix



Casa donde nació Ezequiel, †, calle del Hospital Viejo, número 2

Moreno y María Josefa Díaz, que en su humilde posición eran dechado de honradez y de piedad cristiana; y en esas ideas y sentimientos educaron á sus cinco hijos

(1) Epístola de San Pablo á Timoteo, cap. IV, v. 8.

Eustaquio, Juana, EZEQUIEL, Valentina y Benigna (1). El padre, modesto sastre, fué muy devoto de la Santísima Virgen, asistiendo todas las mañanas con sus dos hijos



Alfaro. — San Miguel

al Rosario llamado de la Aurora. De la piedad de tan excelente padre hablaba emocionado y conmoviendo á todo el auditorio el ya P. Ezequiel cuando, á su vuelta de Filipinas, predicó en la iglesia de las Dominicas de Alfa-

(1) Tuvieron otra hija llamada María de las Candelas, que murió siendo niña.

ro, el primer domingo de Octubre de 1885. «A este templo, decía derramando filiales lágrimas, á este templo me traía mi difunto padre de la mano, y aquí rezábamos y cantábamos el santo Rosario, cuando yo apenas podía balbucir las palabras.»

No era menos piadosa la madre, á quien todavía tuve el gusto de conocer personalmente. Estaban entonces sus dos hijos en Filipinas, de donde yo había llegado hacía poco tiempo. ¡Cómo se agolpaba todo el cariño de la buena madre á sus labios, preguntándome por aquellos pedazos de su corazón! ¡Y qué resignada con la voluntad de Dios quedó aquella pobre mujer!

Por alto que sea — y es altísimo — el concepto que tengamos de la elevación moral y religiosa á que llegará el niño Ezequiel, no podemos presentar su infancia y adolescencia con los extraordinarios caracteres con que se presentan las de algunas otras almas, cuya futura santidad quiere ya el Omnipotente que aparezca por modo prodigioso desde la cuna de seres tan privilegiados. Fué su niñez como la de casi todos aquellos que nacen de humilde y cristiana familia en poblaciones agrícolas y relativamente pequeñas: sumisión á los padres y mayores, asistencia á la escuela, juegos infantiles. Sin embargo, la índole de cada uno suele dibujarse ya en los albores de la vida, y tiene su relieve en hechos al parecer de muy poca monta, pero que entrañan un germen el cual, desarrollado en ambiente favorable, produce luego hermosos frutos.

Respetables personas á quienes hemos preguntado si sabían algún detalle acerca de los primeros años de Ezequiel, me dicen: «Hemos llamado á su hermana mayor para que nos contara alguna cosa de él, y no sabe decirnos (y lo mismo una vecina suya) sino que siempre fué

muy obediente á sus padres, muy pacífico con sus hermanas, aplicado en la escuela, y con los niños vecinos amable y cariñoso.» De esta amabilidad y cariño citan un caso que revela ya espíritu de sacrificio. Eran las fiestas de Alfaro; había por la noche música y fuegos artificiales, que allí — ¡la Rioja! —, más aún que en otras partes, tanta alegría y entusiasmo excitan en los chicos y en los mayores. A un hijo pequeñuelo de cierto vecino cuyo oficio era cocer vajilla, mandó su padre que se quedase aquella noche cuidando la leña que tenían preparada para su manufactura. El niño lloraba al verse privado de las diversiones y tener que quedarse solo; entonces Ezequiel, que era mayorcito, le dijo: «No llores, yo tampoco iré á la música ni á los fuegos; me estaré contigo acompañándote», y con él se estuvo.

Por donde se ve que aun antes de conocer al mundo, lo tenía Ezequiel en muy poca estima, y en poca, ó mejor dicho, en ninguna le tuvo toda su vida. Es que el Señor le había concedido un alma buena, la había prevenido con especiales gracias y muy temprano había depositado en ella la de la vocación al estado religioso. Refiere la madre Catalina Les, anciana monja del convento de la Esperanza (Dominicas) de Alfaro, que «siendo Ezequiel muy niño, en una de las ocasiones que con su padre fué á la puerta reglar á traer objetos de la iglesia, la madre portera le preguntó qué había de ser; él contestó: *Fraile*. Era muy pequeño, y la portera le dijo: «¡Tú fraile!... Tan calandrajo, ¿para qué te quieren?... Y sin darse por despreciado, sólo contestó: *Ya me pondré un sombrero de copa, para ser más alto.*»

El Señor, en su siempre adorable Providencia, se sirve de medios naturales para causar luego efectos que eleva á sobrenaturales. La incipiente vocación de aquel

niño parece que tenía su fundamento en lo que vamos á decir. — Desde que en 1829 se había trasladado nuestro Colegio Seminario, según dijimos, de Alfaro á Monteagudo, los naturales de aquella ciudad, de la que sólo dos, los PP. Cipriano Angós y Manuel Martínez, habían tomado nuestro hábito, y eso en 1828, hallábanse retraídos, y á pesar de la cercanía y de la tradición, pasaron veintiséis años sin que ingresara ningún alfareño. Alfareño era el regocijado P. Cipriano Ulzurrun, de nuestros Agustinos Calzados, que, recién profeso en San Felipe el Real de Madrid, fué violentamente exclaustrado el año 1835, retirándose á su ciudad natal. Estaba, como buen hermano, en íntimas relaciones con los de Monteagudo, adonde solía ir para cantar la misa el día de nuestro P. San Agustín, y él encauzó la vocación de algunos jóvenes hacia nuestro Colegio. Sucedió esto cuando en 1855 volvió de Filipinas con cargo de Vicerrector el P. Angós, paisano y condiscípulo (1) del Calzado, y se acentuaron las corrientes de simpatía entre Alfaro y Monteagudo.

Tenía á la sazón Ezequiel siete años, iba á la escuela del celoso maestro Bonel, cuyo hijo Toribio, encargado de la sección de menores, se disponía para vestir nuestro hábito; otros varios, como Francisco Mesanza y Tomás González, hacían lo mismo; el hermano mayor de Ezequiel comenzaba sus estudios de latín con igual objeto, rodeaba finalmente al niño atmósfera santa, y parecía casi natural que surgiera en su candorosa alma la vocación al claustro.

Luego de referirnos la madre Catalina aquella pronta y resuelta contestación del niño Ezequiel, añade: *Nos hizo mucha gracia, porque nunca le oíamos la voz.* Y es que al mismo tiempo en que la dicha madre estaba encargada

(1) Los dos estudiaron gramática latina con el famoso domine D. Santiago Magdalena, con quien, andando los años, la estudió también quien esto escribe.

de la sacristía interior, era, sacristán de las monjas Eustaquio, teniendo al *chiquito*, como él llamaba siempre á Ezequiel, de monaguillo y ayudante, y el pequeño se distinguía «por lo callado, quietecito y respetuoso: si algo



Interior de la iglesia de Religiosas Dominicanas de Alfaro

le mandaba su hermano que dijera á las sacristanas, lo hacía con las justas palabras, oía lo que contestábamos, y marchaba».

«Cuando Eustaquio entró religioso, sigue diciendo la madre Catalina, Ezequiel quedó de sacristán, tan callado, obediente y modesto como siempre. Delicado, como lo había sido su hermano, nunca tomó un cabo de vela, ni

los desperdicios, ni aun el vino que quedaba en las vina-
jeras, nada. Lo único que una vez yo misma le vi, y lo
recordamos por gracia, fué: que al marcharse un día de
la iglesia, bajaba con su gorrito en una mano delante
del pecho, como tapando algo que traía en la otra. Me
llamó la atención, por saber lo que los Moreno eran de
fieles, y me bajé á ver por la rendija de una ventana que
da á la puerta; y cuando él ya pensó que nadie le veía,
sacó su contrabando, ¿y qué era?... una hostia de las de
celebrar, que al pobre chico le apeteció; y sin salir de la
puerta, se la tomó. Siempre sacábamos cuatro, por si
venían sacerdotes, y ese día le dió esa ocurrencia: que
fueron más los apuros que pasó, mirando á los coros y á
su gorro, que cuanto valía lo que llevaba.

»Seguía de sacristán, y una servidora también, como
estuve con su hermano; y cuando llevaba unos ocho meses
(que sería por Mayo de 1861) en una semana que no me
tocó á mí, traje, según dijo mi compañera sacristana, un
cáliz torcido de la copa; la sacristana le riñó, diciéndole
que se lo había dejado caer; y fué tanto lo que se inti-
midó que ya no vino más á la sacristía. Dijo á su madre
lo ocurrido, y que él no se había dejado caer el cáliz, en
fin, que no quería volver más, y así lo hizo» (1).

— Así lo hizo (aunque sin olvidarse nunca de sus siem-
pre amadas monjas Dominicas), no tanto por el disgusto
que le causara la imputación de lo que no había hecho,
cuanto por disponer de más tiempo para el estudio de la
gramática latina, que ya había comenzado, con objeto de
ingresar en Monteagudo.

Fueron sus maestros de latín el Racionero de la Ex-

(1) He querido conservar todas y cada una de las palabras escritas por la
anciana madre Catalina, pues aparte de que yo no pudiera decirlo mejor, tiene
la narración todos los encantos de la sencillez y de una verdad santamente amorosa.

colegiata D. Antonio González, luego D. Pedro Juan, y algún tiempo el P. Cipriano Ulzurrun.

Su hermano Eustaquio era muy aficionado á la música, y tocaba el violín; él también se dedicó al solfeo, más para cantar que para tañer instrumentos. Sin embargo, llegó á entender bastante de guitarra, y la tocaba alguna que otra vez, aun después de ser religioso, acompañándose en canciones siempre honestas. Por cierto que al venir á visitarme en Sigüenza, año de 1898, le dije: «¿Te acuerdas cuando en Imus tocabas y cantábamos?» Fijó en mí una de aquellas miradas dulces y penetrantes, inclinó un poco la cabeza, y... nada más me contestó. Aquella mirada y aquel silencio fueron para mí un merecido reproche por lo indiscreto de la pregunta. ¡Cómo él tenía la dicha de estar tan endiosado! Aun le veremos arrepentirse de aquella inocente diversión, cual si hubiera sido ¡y quién sabe! uno de sus mayores pecados.

«Como tenía una voz muy hermosa, *voz de ángel (no la ha habido como la suya)* — ya comprenderán los lectores que vuelvo á copiar lo que escribe la madre Catalina — como tenía una voz de ángel (1), fué cantor en la capilla de música de esta ciudad. En una de las Visitas Pastorales, que debió ser sobre el año 1863, le chocó al Sr. Obispo de Tarazona D. Cosme Marrodán oírle cantar las Flores con tanta gracia. Le mandó llamar por medio del Párroco D. Pascual Pérez, y le dijo se lo quería llevar á Tarazona, y que le daría carrera de sacerdote; él, con su acostumbrado modo y respeto, le contestó que deseaba ser religioso con su hermano (que ya lo era) en los Padres Agus-

(1) Todavía cuando en el coro de nuestra iglesia de Bogotá cantaba alguna plegaria á la Virgen, hacíalo con tanta unción y dulzura que los fieles se veían precisados á recordar el lugar santo donde estaban, y esto les contenía para no prorrumpir en aplausos.

tinós de Monteagudo. A esto le dijo el Sr. Obispo: «Si quieres ser religioso, bien; vete, vete, sí, con tu hermano, que yo también quiero mucho á esos Padres Agustinos.»

«Ezequiel lo contó á su madre, y por más reflexiones que ésta le hizo, de que á su hermano ya no le verían por aquí, y que él siendo sacerdote la acompañaría en su vejez, y mil cosas por el estilo, no le pudo convencer para que aceptase la oferta del Sr. Obispo.» A esas poderosas razones de la pobre madre, añadióse luego la de haber quedado viuda, pues en 3 de Enero de 1864 falleció el padre de Ezequiel, y ya sólo en éste cifraba la desconsolada María Josefa todas sus esperanzas. El joven expuso respetuosamente á su querida madre motivos de conciencia; y *aquella mujer fuerte* que, ante todo era cristiana, se mostró heroica sacrificándolo todo en aras de la gloria de Dios y de la felicidad eterna de su hijo.

A contar desde el 1.º de Octubre de 1861, la vocación casi innata de Ezequiel había tomado carácter decisivo. Aquel día hizo la profesión religiosa su hermano Eustaquio, asistiendo toda la familia. Verificóse el acto en el pequeño, pero bellissimo santuario de Nuestra Señora del Camino, cuya hechicera imagen se ostenta allí en trono de reina. Los ojos negros y siempre modestos de Ezequiel se fijaron en los de la Santísima Virgen, comenzando en aquel instante y con grande vehemencia los santos amoríos... Cuarenta y cinco años después, los moribundos ojos del enamorado fijábanse en los de su amabilísima Virgen del Camino... y diciéndole como aquel otro devotísimo de María (1): «Si tu rostro de talla así arrebatara mis miradas, ¿qué será tu rostro verdadero, hermosísima Vir-

(1) *Si tua picta facies oculos nostros rapit, quid vera facies faciet fulcherrima Virgo!*

gen?...» se fué á la gloria para contemplarlo... y allí está mirándole en éxtasis de amor inmenso. — Perdóneseme si, apenas he comenzado á narrar la vida de nuestro inolvidable Ezequiel, ya se me ha ido el santo al cielo. Larga y penosa carrera tiene que hacer antes, y la descripción de esa iniciada carrera vamos á continuar en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO II

Toma de hábito. — Noviciado. — Profesión religiosa. — Fervor creciente. — Salud delicada. — El P. Aquilino Bon. — El P. José María Learte. — Padre jubilado Fr. Juan Gascón. — Revolución de 1868. — Salida para Filipinas. — Llegada y estancia en Manila.

COMO á las nueve de la mañana del 21 de Septiembre de 1864, hallábase la Comunidad del colegio de Monteagudo reunida en el coro donde, acompañados de un venerable anciano en cuyo plácido rostro y modesto porte se reflejaban todas las virtudes monásticas (1), entraron catorce jóvenes de los que el mayor tenía veintidós años de edad y el menor catorce. Postrados ante el Padre Rector, que era Fr. Claudio del Arco de la Purísima Concepción, pidieron la misericordia de Dios y vivir en compañía de los religiosos. Entre aquellos aspirantes hay varios que obtendrán en la Orden cargos muy honoríficos y dos (2) que han de ceñir la mitra de Prela-

(1) El Padre Rector jubilado Fr. Juan Gascón del Angel Custodio, que desempeñaba el cargo de Maestro de novicios.

(2) Nuestro biografiado y el Ilmo. Sr. D. Fr. Andrés Ferrero de San José, obispo dimisionario de Jaro, en Filipinas.

dos. El primero en recibir el hábito fué el P. Ramón Miramón, y el penúltimo nuestro *Ezequiel*, destinados ambos por la Divina Providencia para la restauración de toda una Provincia religiosa.

Hay en nuestra Congregación, como también en otras órdenes mendicantes, la costumbre de que al vestirnos la librea religiosa recordándonos al mismo tiempo el *exue veterem hominem* (1), despójate del hombre viejo, se sustituye el apellido que llevamos en el siglo (siglo, conforme al lenguaje del Evangelio y de los Apóstoles, llamamos las personas religiosas al mundo), bien por algún misterio de Dios ó de Jesucristo, bien por alguna advocación de la Santísima Virgen ó nombre de algún santo (2). El nuestro se llamó Fr. Ezequiel Moreno de la Virgen del Rosario. Su hermano mayor, allí presente y ya entonces profeso, había tomado naturalmente en la Orden el mismo apellido. He dicho *naturalmente*, pues habiéndose criado uno y otro en iglesia de monjas Dominicas con el alimento de la devoción á la Santísima Virgen del Rosario, era muy propio que á fuer de agradecidos ostentasen aquella preciosa advocación.

Nada de notablemente extraordinario hemos podido decir respecto de la niñez é infancia de Ezequiel, y menos podremos consignar acerca de su noviciado. Si el Evangelista San Lucas resume la vida de nuestro adorable Salvador durante casi treinta años en aquellas brevísimas y tan substanciosas palabras: *erat subditus illis*, estaba sometido á la Virgen y á San José, la de Fr. Ezequiel, que en

(1) A los Colosenses, cap. III, v. 9.

(2) Antiguamente se omitía por completo el apellido patronímico; mas como esto trajese luego en la historia el inconveniente de la confusión de personas, ahora suele conservarse en la práctica el uso de ambos apellidos, el patronímico y el de la Orden.

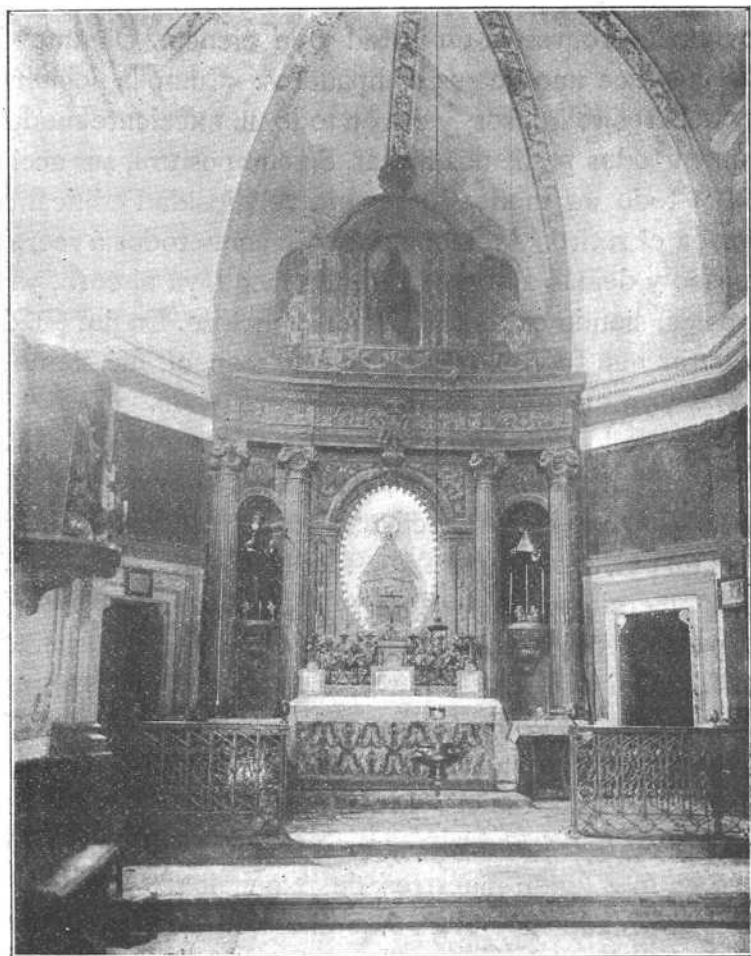
el primer Nazaret de la familia había pasado sus más tiernos años obedeciendo á sus padres y maestros, en el Nazaret de la religión sólo ha cambiado de Superiores, perfeccionando su obediencia. Y como lo que él hacía lo hacían todos sus connovicios con aquella regularidad y meritoria monotonía del claustro, no se fijaba el uno en el otro. Así es que al pedir ahora detalles de la vida de Fr. Ezequiel en aquel período, á varios de sus compañeros que aun viven, contestan que era muy buen religioso, y nada más... *¡Muy buen religioso!... ¿es acaso poco?*

Quien entraba en el convento con tan decidida vocación, con tan buena índole, con tanta inocencia y con estimable caudal de virtudes, siquiera fuesen incipientes, había de comenzar y proseguir su noviciado con verdadero fervor, distinguiéndose por lo mismo que no se distinguía. Sin que ostensiblemente hubiera de su parte singularidad alguna, *en su andar y estar parado, en todos sus movimientos*, como con San Pablo nos dice nuestra Santa Regla, reverberaba su espíritu de vida interior, siendo por lo mismo, y sin pretenderlo, espejo de novicios, como lo fué después de coristas (1), y, en una palabra, espejo de religiosos en todas las situaciones y cargos en que le puso la obediencia; siempre *muy buen religioso*.

De los catorce jóvenes que habían tomado el hábito el mismo día, dos tuvieron la dicha de terminar la carrera de la vida é ir, sin duda, al cielo durante el noviciado; á otro (Fr. Valentín Apellaniz de San José) fué preciso diferirle la profesión por falta de edad canónica; y los once restantes, á los que se unieron dos Hermanos de obediencia, profesaron el día 22 de Septiembre de 1865, fiesta de Santo Tomás de Villanueva.

(1) Coristas se llaman entre nosotros los jóvenes de coro desde su profesión religiosa hasta que reciben los Sagrados Ordenes.

Sólo Dios Nuestro Señor y la Santísima Virgen del Camino saben todo el anhelo, espontaneidad y pureza con que Fr. Ezequiel ofreció aquel sacrificio, pronun-



Abside de la iglesia del Colegio de Monteagudo.

ciando con el corazón y con los labios sus votos de obediencia, pobreza y castidad y el juramento especial de ir á las misiones de Filipinas cuando los Superiores lo dis-

pusieran. ¡Qué abrazo el que se dieron entonces Fr. Eustaquio, Vicemaestro de novicios, y su querido *chiquito*, como sello imborrable de una doble fraternidad!

La vida del joven profeso fué una continuación del noviciado progresiva en virtud y en ciencia. Oigamos lo que nos dice uno de sus compañeros: «Cumplía fielmente sus deberes religiosos, y era en todo un excelente modelo á quien todos podíamos imitar. Su compostura, sus acciones y todo su modo de ser era religiosidad edificante. Amaba el retiro, y si bien concurría como todos á recreo, á paseo y demás actos, se retiraba luego, ya al coro, ya á su celda, siendo conocido por el silencioso. En fin, puedo asegurar que todo el tiempo que le conocí, fué siempre *el bueno*, ya en salud, ya en enfermedad» (1).

Uno de los más valiosos beneficios que el Señor hizo á Fr. Ezequiel fué no concederle salud constante y robusta. Era ponerle Dios acíbar hasta en los recreos honestos y aun religiosos, para que fuese todo de Jesús crucificado, ejercitándose desde muy temprano en la escuela del padecer quien había de llegar á Maestro de sufrimientos. Aquellos primeros dolores, llevados con una resignación precursora del gozo con que más adelante sufriría mayores penas, daban á su carácter siempre pacífico, dulce y cariñoso, realces de santidad.

Otro de los grandes favores que le hizo el Señor fué darle en la religión maestros de excepcionales prendas. En el noviciado tuvo al P. Aquilino Bon de San Sebastián, que más adelante desempeñó el difícil cargo de Provincial, en el trienio de 1876 al 79, muy á satisfacción de todos. Amable con los demás y austero consigo mismo, era justamente tenido en Filipinas por uno de los religio-

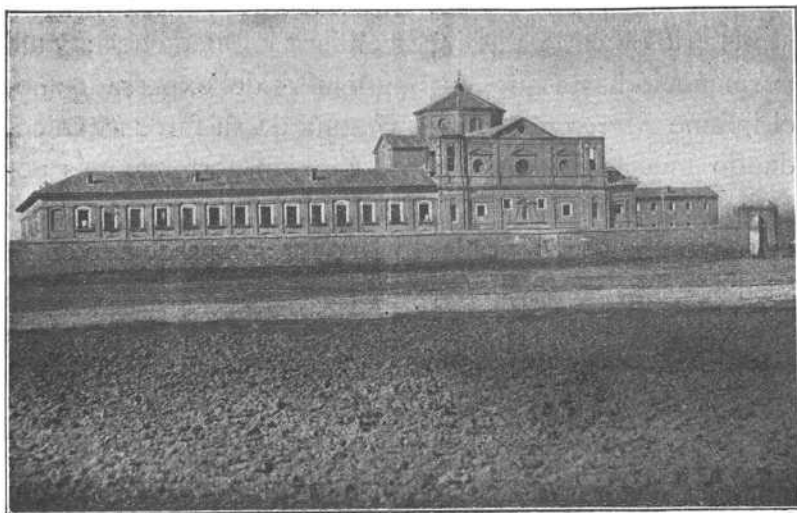
(1) Palabras del P. Fr. Julián Funes.

sos de más virtud. Profeso ya Fr. Ezequiel, tuvo de Vicerrector al P. José María Learte del Carmen, que ocupó después el Provincialato en el trienio anterior al del R. P. Aquilino. Nuestro cataloguista, tomándolo en parte del Libro Necrológico, nos dice refiriéndose al P. Learte: «Al estallar la insurrección tagala el año 1896, hallábase en su parroquia de Imus, trabajando con celo verdaderamente apostólico por la salvación de las almas, como había trabajado, fiel cumplidor de su deber, en cuantos Ministerios y cargos le encomendara la obediencia; y allí permaneció hasta que, en Septiembre del expresado año, el infame *Katipunán* lo hizo víctima de su furor satánico, dando muerte sacrílegamente á quien no tenía más pecado que el de haberse sacrificado en todo tiempo en favor de sus administrados. El P. Learte ha dejado entre sus hermanos fama de santo, justamente adquirida con sus excelentes virtudes y vida ejemplarísima; pues, tanto de súbdito como de Prelado, fué siempre modelo de observancia regular y de perfección religiosa» (1).

En 1866, terminada la carrera de filosofía, pasó Fr. Ezequiel al Colegio de Marcilla, que, con destino á teologado, se había abierto un año antes. Allí volvió á encontrar y tuvo por director de su espíritu al Padre jubilado Fr. Juan Gascón del Angel Custodio, Padre y Maestro de todos nosotros, el cual, después de haber santificado los claustros de Alagón, en su noviciado, y los de Alfaro, donde profesó, fué como piedra fundamental y alma del Colegio de Monteagudo, viviendo en él constantemente, sin más interrupción que la de dos años pasados en Marcilla. El 22 de Septiembre de 1884 expiró en su querido Monteagudo tan santamente como había vivido. Verdadero

(1) *Catálogo de los Religiosos Agustinos Recoletos*, por el P. Fr. Francisco Sádaba del Carmen.

israelita por su sencillez y verdaderísimo Agustino Recoleta por el amor entusiasta que siempre tuvo á la Congregación, eran sus delicias vivir al lado de su queridísima PRINCESA, como con alegría de cielo y lágrimas de ternura llamaban él y el inolvidable criado del Colegio, Ventura Barrios, á la Virgen del Camino. En el largo tiempo de cincuenta y seis años, no hubo ningún religioso á quien el P. Juan no tratara como á hijo, y que no quisiese



Marcilla. — Convento de Padres Agustinos Recoletos

al P. Juan como á cariñosísimo Padre. ¿Qué hubiera sido de muchos de nosotros si el P. Juan Gascón del Angel Custodio no hubiera sido nuestro segundo Angel, el consuelo de nuestras aflicciones, el consejero en nuestras dudas, el sostenedor de nuestras vocaciones?

Con la ayuda de tan excelente guía, y luego con la de otros también expertos, continuó nuestro Ezequiel observando en Marcilla la conducta que en Monteagudo, progresiva siempre en *virtud* y *ciencia*, síntesis Agustiniana, como decimos en los Preliminares, la que el P. Juan en

su sencillísimo lenguaje nos recomendaba diciendo: *Religioso y estudiante-religioso por delante.*

Eran los primeros días de la Revolución de 1868, llamada, y bien llamada por antífrasis, *la gloriosa*, cuando con extraordinario fervor del alma y gran gozo del espíritu celebró Fr. Ezequiel el tercer aniversario de su verdaderamente gloriosa profesión de votos simples, aunque ya por su parte perpetuos, emitiendo la solemne; todo conforme á lo dispuesto en la materia por los Soberanos Pontífices.

Al estallar la revolución septembrina salió á la superficie, como sucede siempre en tales casos, la hez de maleantes: una cuadrilla de esos desalmados pasó por Monteagudo con dirección á Tarazona profiriendo horrendas blasfemias contra Dios y terroríficas amenazas contra los frailes, dando esto lugar á que la comunidad, por disposición de los Superiores, se dispersara, si bien no tardaron los religiosos en volver á su amado claustro. En el de Marcilla no hubo novedad, pero aquellos acontecimientos alteraron la marcha periódica de nuestras misiones para Filipinas, pasando casi dos años desde la que salió muy á principios del 68 hasta la siguiente, que embarcó en Cádiz, á mediados de Octubre del 69. Componíase ésta de diez y ocho misioneros, entre los cuales iba Fr. Ezequiel Moreno de la Virgen del Rosario, é iba por cierto muy delicado, tanto que en el camino le atacó fuerte calentura. «Abrasábase el pobre de sed, nos dice uno de sus compañeros; nos pidió un poco de agua; no se la pudimos dar porque no había; y él, con su acostumbrada tranquilidad interior y exterior, sólo dijo: *Pues paciencia.*»

Mal trajeados y con todas las precauciones que demandaba la situación, llegaron los misioneros á Cádiz, embarcándose en la fragata *Concepción*, capitaneada por

uno de los Tutones (D. Modesto). Zarparon del puerto con rumbo á Manila el día 14 de Octubre, componiendo el heterogéneo pasaje, frailes, militares y empleados. Después de una navegación de cuatro meses menos cuatro días, arribaron por fin á la bahía de Manila el 10 de Febrero de 1870, y entraron los nuestros en la capital del Archipiélago vestidos de nuevo con sus hábitos religiosos, de que habían tenido que despojarse al salir de Marcilla.

Una vez en la Casa Madre, ó sea en nuestro convento de San Nicolás de Tolentino, de Manila, y tras el breve descanso de unos días en la Hacienda, entonces nuestra, de Imus, donde tuve la dicha de conocer por vez primera á Fr. Ezequiel, reanudaron los misioneros jóvenes su vida claustral y escolástica, preparándose para recibir los Sagrados Ordenes. Quince meses estuvo Fr. Ezequiel en el convento, dedicado al estudio de la teología moral y al ejercicio de las especiales virtudes, tan necesarias para el desempeño de las funciones sacerdotales y parroquiales, siendo en Manila lo que había sido en Monteagudo y en Marcilla, obediente y aplicado, buen estudiante y mejor religioso.





CAPÍTULO III

Recibe Fr. Ezequiel los Sagrados Ordenes. — Su primera misa. — Marcha con su hermano á Calapán. — Es nombrado Capellán y Misionero de Puerto Princesa. — La Paragua. — Tareas apostólicas. — A convertir infieles. — Contrae una enfermedad. — Regreso á Manila y Mindoro. — Cura Párroco y Vicario Provincial.

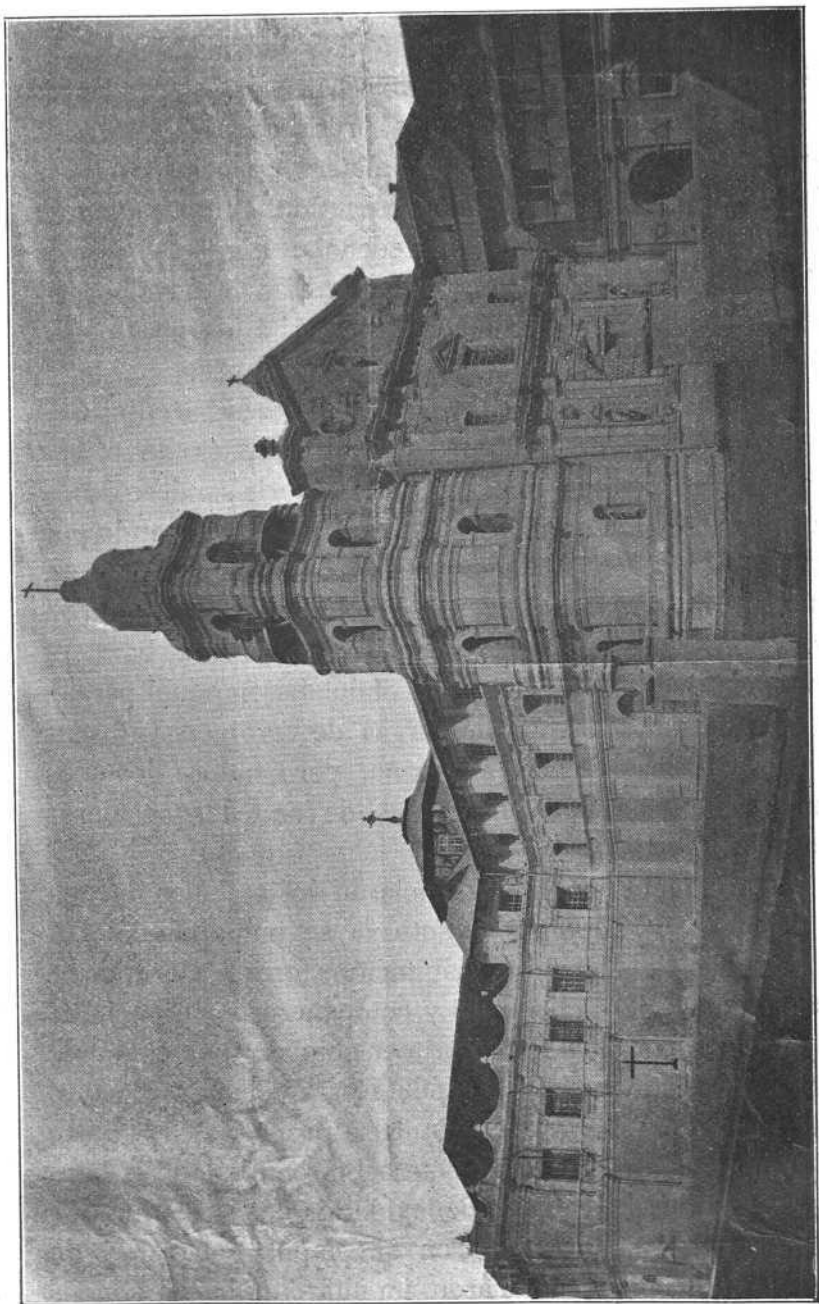
EN el transcurso de los quince meses que Fr. Ezequiel estuvo en la Casa Madre, fué recibiendo de manos del Excmo. Sr. Arzobispo de Manila D. Gregorio Melitón Martínez y Santacruz todos los Ordenes Sagrados, confiriéndosele el de Presbítero el día 3 de Junio de 1871. Celebró su primera misa con la devoción y seráficos amores de quien fué siempre tan bueno, sirviéndole de padrino su mismo hermano el P. Eustaquio Moreno de la Virgen del Rosario, que era entonces Cura Párroco y Vicario Provincial de Calapán, capital de la isla de Mindoro. Llevó consigo al ya P. Ezequiel, para instruirle en la administración espiritual y enseñarle el idioma tagalo que el P. Eustaquio poseía perfectamente, y en que también el *chiquito* salió maestro. Pronto tuvieron que separarse los dos hermanos, pues la obediencia destinó

al P. Ezequiel para Capellán Castrense y Misionero de la Paragua. Oigamos al P. Antonio Muro de la Virgen del Pilar, que le acompañó entonces, como también después en el convento de Manila y en el colegio de Monteagudo.

«Entre la multitud de islas que componen el archipiélago filipino hay una denominada *Paragua*: demora en las Visayas y tiene ochenta leguas próximamente de larga y doce de ancha. Esta isla, casi completamente abandonada de nuestras autoridades, era centro de reunión de los piratas joloanos, que tantos daños causaban á los cristianos de otras islas. Con el fin de atajar estos males, determinó el Gobierno ocupar militarmente el hermoso puerto situado al centro de la Paragua, llamado antes Puerto de la Asunción y ahora Puerto Princesa.

»Para realizar el proyecto, el 22 de Febrero de 1872 salió de Manila una expedición compuesta del transporte de guerra *Marqués del Duero* y del cañonero *Samar*, llevando el personal necesario con objeto de que se dedicase á trabajos de desmonte y roturación de terrenos, y sirviese también de defensa á la población.

»El R. P. Ezequiel, que todavía no contaba un año desde su ordenación de sacerdote, fué escogido por los Superiores para que se encargase del gobierno espiritual de la nueva colonia, á cuyo fin se le dieron títulos de Capellán Castrense, expedidos por el Excmo. Sr. Arzobispo de Manila, de quien era allí la jurisdicción de los ejércitos de mar y tierra. Mas como la isla de la Paragua pertenece en lo eclesiástico al obispado de Jaro, hubo necesidad de que llevase también títulos de Misionero. Para su ayuda y consuelo en punto tan insano llevó consigo otro religioso recién ordenado de Presbítero. Pronto se vió cuán acertados estuvieron los Superiores al tomar aquella disposición.



Manila. — Convento de Agustinos Recoletos

»El rebaño encomendado á la vigilancia del celoso Pastor componíase de ovejas roñosas en casi su totalidad: soldados que se sacaron de los presidios para formar la primera de las compañías disciplinarias; marineros mandados allí en castigo de faltas cometidas, y unas cuantas desgraciadas de parecida procedencia. Llegó la expedición el 4 de Marzo, después de diez días de navegación, con arribadas forzosas por el temporal á los puertos de Bulalacao en Mindoro, y Cuyo en Calamianes.

»En la misma tarde de aquel día desembarcó el elemento europeo de la expedición, y después de tomar tierra con dificultad, pues fué preciso abrir sendero desde la misma playa; todos, incluso los Padres, trepando por entre matorrales, bejucos y malezas, tomaron la meseta que hoy forma la plaza de la ya bonita población: allí se cortaron algunos árboles y se izó la querida bandera española que por primera vez ondulaba en aquel paraje, y que fué saludada con descargas de revólvers y fusiles y con entusiastas vivas á España, perdiéndose los ecos entre las enmarañadas espesuras de aquellos seculares bosques.

»En aquel momento se iniciaron los trabajos de tala y desmonte, y al día siguiente ya se pudieron colocar las tiendas de campaña, habitación forzosa de toda la oficialidad y del P. Ezequiel y compañero por espacio de algunas semanas. Nuestro primer cuidado fué ver dónde colocaríamos una rústica capillita para celebrar el santo sacrificio de la misa, y se encontró á propósito en la parte alta, no lejos del sitio donde se había enarbolado la bandera. Los dos Padres, ayudados de los dos sirvientes que llevaban de Manila, formaron una capilla con ramas de árboles, en la que colocaron un altarcito hecho con las tablas de los cajones del equipaje; y en este rústico tem-

plo, sin más adorno, se ofreció por primera vez en aquella localidad el sacrificio de nuestros altares, el domingo 10 de Marzo de 1872.

»Un mes próximamente estuvieron los Padres viviendo en la tienda de campaña, soportando el calor propio de aquellas latitudes y las inclemencias de los tiempos. Luego el señor Gobernador de la colonia, que era el capitán de fragata D. José Sostoa, les proporcionó otra vivienda también pobrísima, pero en la cual podían ponerse al abrigo de las lluvias y defenderse de los abrasadores rayos del sol. Tenía la casita, hecha de cañas y cubierta de hojas de nipa, unas seis varas en cuadro, con un piso hecho de palma brava, levantado unos cuarenta centímetros de tierra. La primitiva capillita de ramaje se substituyó también por otra de caña y nipa, con el suelo de tierra apisonada. El nuevo templo se inauguró en el mes de Agosto, y se dedicó á la Purísima Concepción, que desde entonces se celebra como Patrona de la colonia.

»Aunque fué muy corto el tiempo que allí permaneció el P. Ezequiel, trabajó como un apóstol, dando claras pruebas de la caridad que ardía en su pecho. El cuidaba cariñosamente de que nada faltase en lo espiritual á los enfermos, que eran muchos, predicaba á los sanos y procuraba que todos marchasen por los senderos de los divinos mandamientos. Así logró unir con el santo lazo del matrimonio á dos jóvenes sirvientes que hacía tiempo vivían en el pecado, y bautizó *in articulo mortis* á un chino, habiéndole instruído antes en lo indispensable para alcanzar la salvación. De padres protestantes nació allí un niño; y como pidiesen el bautismo para la criatura, accedió gustoso el P. Ezequiel, á condición de que se expresara en la partida de bautismo la religión de sus

padres, á cuya *petición* se le administraba el sacramento.

»Así continuaba el P. Ezequiel desarrollando su celo cuanto le era posible en terreno tan mal preparado, haciéndose querer y respetar de todos los individuos de la colonia. Pero como además de Capellán era Misionero, su celo por el bien de las almas le inclinaba á procurar con todas sus fuerzas la salvación de aquellos pobrecitos que, sentados en las tinieblas del gentilismo, se hallaban privados de las luces de la fe.

»No era difícil tratar con los habitantes de los dos pueblecitos ó rancherías existentes dentro de la bahía de Puerto Princesa llamados *Iraguan é Iguahig*, y que contarían entre los dos unas cuatrocientas almas. Más de una vez procuró el Padre Misionero atraerlos á la verdadera religión, de la que ya tenían alguna noticia, si bien sus industrias y gestiones se estrellaban contra la preocupación de aquellas pobres gentes que, engañados por comerciantes sin conciencia, se negaban en absoluto á recibir el santo bautismo. Aquellos comerciantes, cristianos de nombre, estaban interesados en que los infieles permaneciesen en su vida de ignorancia y salvajismo para explotarlos más fácilmente, llevándoles por algunos metros de percalina y unas cuantas baratijas, la almáciga, cera, bejucos, balate y el riquísimo Nido. A pesar de todo eso, aquellos infieles, tan preocupados como estaban, se hubiesen rendido al celo del P. Ezequiel, si Dios lo hubiera conservado más tiempo trabajando en aquella parte de su heredad; por lo pronto consiguió que desapareciese la dificultad en permitir fueran bautizados sus hijos menores.

»No satisfecho el celo del P. Ezequiel con trabajar dentro de la bahía de Puerto Princesa, se extendió á más

dilatados horizontes. Teniendo conocimiento de que á unas ocho leguas al sur de dicho puerto existía una población de infieles que habitaban las márgenes y cercanías del río Inagaüan, no obstante las dificultades y peligros que á ello se oponían, confiado en los auxilios del que dijo: *predicad el Evangelio á toda criatura*, determinó visitar personalmente aquellas rancherías, y echar los cimientos de una nueva Misión, á fin de que el reino de Jesucristo, que ya tenía conquistada la parte norte de aquella dilatada isla, extendiese sus dominios espirituales en la otra mitad, ó sur de la misma.

»Para hacer esta expedición no contaba nuestro Misionero con más medios que su ardiente amor á Dios y á las almas redimidas con la sangre de Jesucristo.

»No era posible emprender el camino por tierra, porque hubiera sido preciso atravesar impenetrables bosques poblados de animales dañinos, y cubiertos de maleza, espinas y abrojos, aparte del peligro inminente de perder la salud y aun la vida, extraviándose en tan enmarañada espesura. Abandonando, pues, la idea de hacer el viaje por tierra, se determinó á hacerlo por mar, y al efecto se ajustó con el patrón de una barca pequeña tripulada por infieles naturales del mismo Inagaüan.

»Había allí conocimiento de la fundación de la colonia, y antes había llegado también el eco, nada más que el eco, de la voz evangélica predicada por alguno de los Padres Recoletos, Curas de Taitai, que al hacer sus visitas anuales por los pueblecitos cristianos, uno de los cuales estaba bastante cerca de Puerto Princesa, se corrieron hasta aquellos parajes.

»El P. Ezequiel fué bien recibido, y permaneció allí próximamente una semana empleado en su apostólica

labor, consiguiendo ya el fruto de que aquellos habitantes se determinaran y comprometieran á formar población en sitio á propósito, levantando capilla, escuelas y casa para el Misionero, bien que todo habría de ser sencillísimo y pobre como sus viviendas. Con esto quedaban echados los cimientos del edificio espiritual de una nueva cristiandad, que indudablemente hubiera hecho rápidos progresos, si Dios permitiera que el P. Ezequiel continuase más tiempo en aquella isla. La construcción y terminación de la obra quedaba aplazada para dentro de algunos años.

»Al regresar el P. Ezequiel muy satisfecho de sus gestiones en pro de la salvación de las almas, tuvo precisión de pasar toda una noche á la intemperie en la playa donde desemboca el río Inagaüan, esperando que calmasen las olas del mar, porque siendo muy pequeña la embarcación en que debía regresar á Puerto Princesa, no era posible hacer el regreso sino con mar tranquila. Este contratiempo fué causa de contraer la enfermedad que le obligó á retirarse á Manila.

»Llegó á Puerto Princesa el 5 ó 6 de Diciembre, dos ó tres días antes de la fiesta de la Inmaculada Concepción, que por primera vez se trataba de celebrar y de hecho se celebró, como titular de aquella iglesia y Patrona de Puerto Princesa. Por falta de recursos no pudo celebrarse la función, desplegando todo el esplendor y aparato que el acontecimiento requería, reduciéndose á una misa sencilla cantada por algunos aficionados, y sermón de la Patrona, predicado por el P. Ezequiel. Dios quiso conservar le la salud para aquel acto, pues al terminar la misa comenzó á sentir los primeros síntomas de las terribles calenturas que le pusieron en trance de muerte.

»El 9 de Diciembre se vió precisado á quedarse en cama, yendo la fiebre en aumento de una manera alarmante. Gracias á Dios y al cuidado del Sr. D. Agustín Planter, médico militar de la colonia, venció al fin la naturaleza, ayudada por la quinina, que se le administró abundantemente en bebida y en fricciones. Quedaba vencida la enfermedad, pero el enfermo tan estropeado que los médicos fueron de parecer debía marchar á Manila tan pronto como estuviese en disposición de poderse embarcar; de lo contrario, peligraba mucho su vida desde el momento en que la fiebre se reprodujese. El Padre compañero puso luego en conocimiento del Superior la novedad, y para hacerlo con más acierto consultó al médico, que le dijo: *Escriba usted al Padre Provincial que el P. Ezequiel está padeciendo calenturas perniciosas, doble cotidianas de mal género.*

»Por fin, nuestro enfermo entró en convalecencia, pero tan lenta que en la Pascua de Natividad pudo apenas celebrar con mucho trabajo una sola misa.

»El día 10 del siguiente Enero, 1873, providencialmente arribó á Puerto Princesa un vapor del Estado, que desde Singapore conducía al nuevo Gobernador y Capitán General del Archipiélago, D. Juan Alaminos. El P. Ezequiel no salía aún de casa; no obstante eso, los médicos opinaron que debía aprovechar ocasión tan propicia y dejar por entonces un clima que era para él tan desfavorable. Repugnábalo el Padre, por no haber todavía contestación del Superior á la carta del compañero, y más que todo porque éste quedaba á su vez solo, y convaleciente de unas calenturas que acababa de padecer, aunque de poca duración. Instado por el compañero y los médicos, se logró vencer su repugnancia, y se embarcó con rumbo á Manila, abandonando para siempre unas playas donde tan gratos recuerdos dejaba.»

La convalecencia iniciada en Puerto Princesa continuó más franca en Manila, y acabó el P. Ezequiel de recobrar la salud, aunque no por completo, pues por espacio de muchos años tuvo que sufrir los desastrosos efectos que tan perniciosas calenturas, y aun la abundancia de la quinina, causaron en un organismo que de suyo era poco robusto. Para acabar de reponerse volvió al lado de su hermano, pero estuvieron poco tiempo juntos porque esto sucedía en Marzo de 1873, y ya en Mayo del mismo año se celebró el Capítulo Provincial, siendo elegido Superior el R. P. Fr. José María Learte del Carmen, que escogió para Secretario al P. Eustaquio Moreno de la Virgen del Rosario.

Conocía el nuevo Provincial á los dos hermanos, porque los había tratado en Monteagudo; y llevándose á Manila al mayor, quiso que el menor quedase en Calapán con títulos de Cura Párroco. Era tanta la confianza que el P. Ezequiel inspiraba á nuestro P. Learte, que á pesar de tener poco más de veinticinco años de edad, le envió también títulos de Vicario Provincial de Mindoro. Correspondió el agraciado desempeñando ambos Ministerios de Cura y de Vicario con tanto celo y prudencia que la feligresía le estimaba como á Padre y los religiosos de más edad le obedecían de buen grado.

Refiriéndose á aquella época dice el Cronista de nuestra Provincia religiosa de la Candelaria en Colombia: «Contaba sólo veinticinco años de edad el P. Ezequiel, y fué nombrado, con preferencia á otros más antiguos, Vicario Provincial de la isla de Mindoro; al mismo tiempo que el Ilmo. Sr. Arzobispo de Manila le mandaba los títulos de Cura y Vicario Foráneo del partido, con amplias facultades para el fuero interno y externo. Tres

años estuvo desempeñando tales cargos; y si hoy la isla cuenta con muchas misiones perfectamente organizadas, se debe en gran parte á los esfuerzos del P. Ezequiel» (1).

(1) El R. P. Fr. Santiago Matute del Santo Cristo escribió el año 1892 la brevísima biografía del Ilmo. Sr. Moreno con datos que éste mismo, aunque con bastante repugnancia, le proporcionó: «*Si ha de ser para gloria de Dios, le dijo, ahí están esas fechas*».

CAPÍTULO IV

La parroquia de Laspiñas. — Testimonios de la conducta del P. Ezequiel. — Su traslado al pueblo de Santo Tomás. — Nuevo testimonio. — Es nombrado Predicador Conventual. — Cómo predicaba. — Su celo en Santa Cruz. — Digresión.

EL año de 1796 nuestros Padres Agustinos Calzados nos cedieron el pueblecito de Laspiñas, poco distante de Parañaque, en la bahía de Manila. Erigido en parroquia, fué su primer Cura el organista y célebre organero P. Fr. Diego Cera del Carmen, que administró aquel pueblo por espacio de treinta y cuatro años, instruyendo á sus feligreses no solamente en la religión, sino también en industrias que fueron para ellos y son todavía de gran provecho. Nuestra Provincia religiosa de San Nicolás de Tolentino construyó por su cuenta la iglesia y la casa parroquial, y agradecido el pueblo á ese y á otros muchos favores, ha tenido siempre y conserva especial cariño á los Padres Recoletos.

Ese cariño se aumentó cuando, en el mes de Junio de 1876, entró á servir aquella parroquia el P. Ezequiel Moreno, que consagró todos sus esfuerzos á labrar la felicidad de las almas á él confiadas. Siempre dispuesto para

la administración de sacramentos y visita á los enfermos, incansable en el púlpito y asiduo en el confesonario, adonde concurrían también en gran número penitentes de los pueblos convecinos, era querido y venerado de cuantos tenían la dicha de acercarse á él.

«Le conocí, dice un testigo de mayor excepción (1), le conocí el tiempo que estuvo de Cura en Laspiñas, y puedo asegurar que como Religioso era muy observante en todas las Reglas y Leyes de la Orden, y como Cura Párroco era celosísimo. De esto sólo citaré un caso: Sabida es la distancia (como una legua) que hay del barrio llamado Pamplona al pueblo; pues bien; muchos de aquéllos no iban á confesarse, ni á misa, ni á otras prácticas religiosas, excusándose con la distancia á la iglesia; y el P. Ezequiel, teniendo en cuenta aquella razón de sus feligreses, mandó hacer en el barrio un camarín de nipa, llevó un confesonario, y todos los años antes de Cuaresma iba allá, preparaba á toda la gente para el cumplimiento Pascual, y allí permanecía por espacio de un mes, confesando á todos, sin volver al Convento sino era el sábado por la noche, y cuando alguna causa grave, como confesar algún enfermo, le reclamaba.»

Atendiendo en todo á la gloria de Dios y salvación de las almas, se perfeccionó en el tagalo, escribiendo muchas pláticas y sermones que después utilizaban no pocos religiosos, y tuvo varios compañeros jóvenes á quienes enseñó el idioma é instruyó en el ministerio parroquial.

Escuchemos lo que nos dice uno de ellos, el P. Mamento Lizasoain de San Luis: «Fuí destinado á Laspiñas en el mes de Septiembre de 1877, y permanecí en dicho

(1) El Padre Exprovincial Fr. Juan Cruz Gómez del Sagrado Corazón de Jesús, entonces Párroco de Bacoor, limítrofe de Laspiñas.

punto hasta el mes de Enero del 79. Durante todo ese tiempo vi al P. Ezequiel siempre invariable en su conducta ejemplarísima, y por esto llegué á profesarle no sólo cariño, sino hasta veneración, sintiendo mucho el separarme de su compañía cuando la obediencia me trasladó á otro Ministerio. Llevaba constantemente una vida muy retirada, pues apenas salía de su habitación más que cuando lo reclamaban las atenciones de su cargo parroquial, y el paseo mismo que dábamos todas las tardes era para visitar á los enfermos, á los cuales asistía y consolaba con un cariño verdaderamente de padre. En el púlpito y confesonario era incansable, siendo de ver la docilidad con que escuchaban y practicaban sus feligreses los consejos y las reprensiones. Vi unas cuantas veces subir á la Casa Parroquial los Principales (1), después de terminada la Misa, á ponerse á disposición del Párroco, para ayudarle en extirpar tal ó cual costumbre viciosa que él había reprendido en su sermón: esto tratándose de indios significa mucho, dado lo apáticos é indiferentes que son para todo.

»No observé en él ningún hecho extraordinario, de esos que leemos practicaron otros santos; pero no por eso lo encuentro menos grande, porque ¿no es acaso notable sobremanera y extraordinario que en diez y seis meses que estuve con él no le notase ni una acción siquiera que pudiera calificarse de falta? Sólo un día que vino á visitarnos un Padre, ya difunto, que era muy disputador, y no quería ceder nunca, aunque viera la razón, se llegó á molestar un poco, y se conoce que el pobre se intranquilizó tanto por esta pequeñez, que vino inmediatamente á confesarse.»

(1) Los individuos que formaban el Municipio ó lo principal del pueblo.

Este último párrafo equivale á la verídica descripción de la vida toda del P. Ezequiel. Nada de extraordinario se le observaba, y sin embargo, aquella uniformidad é igualdad de carácter *sin que se le notara una acción que pudiera calificarse de falta*, eso, á mi pobre entender, era muy extraordinario, era sobrehumano, era sobrenatural, era certísimo testimonio de grande, de eminente santidad.

Estuvo el P. Ezequiel en Laspiñas tres años, que á mis inolvidables hijos (1) se les hicieron tres días. Al saber que la obediencia le destinaba á otro punto, elevaron sentidas exposiciones ante las autoridades, manifestando lo mucho que su querido Padre había hecho por aquella feligresía, y rogando que se les dejase el consuelo de tener un Párroco de tan fervoroso espíritu. Los Superiores estimaron conveniente llevarlo al Curato de Santo Tomás, en la provincia de Batangas, punto más importante que el de Laspiñas.

Como en Laspiñas había tenido de compañero y discípulo al P. Mamerto Lizasoain, tuvo en Santo Tomás al P. Tomás Roldán de los Remedios. Este Padre, hoy Superior de la Provincia de San Nicolás de Filipinas, me dice: «El P. Ezequiel, siempre afable, cariñosísimo con todos, observante sin rigideces, animado de verdadera caridad, nunca pensaba mal de nadie, aunque casi viese el delito. Tan elevado concepto tenía yo de su virtud, que nada me extrañaba cuando me referían sus trabajos apostólicos; y al hablarme de la heroica paciencia que mostró en las operaciones quirúrgicas y en toda su enfermedad, no me pareció en él extraordinario, antes bien

(1) Al frente de aquella parroquia estuve desde principios de 1861 hasta bien entrado el 1866.

como cosa, digámoslo así, natural. Ni me hubiese llamado la atención el saber que obraba los más estupendos milagros: fué siempre un santo, un ángel.»

Un año solamente estuvo en Santo Tomás, trabajando allí como había trabajado en Laspiñas y en Calapán. Vacante en Octubre de 1880 el cargo de Predicador Conventual de Manila, que equivale al de Predicador General en otras Corporaciones religiosas, se trasladó á la capital del Archipiélago. Estaba de Superior y Maestro de novicios en el Convento el P. Antonio Muro, que había sido su compañero en Puerto Princesa; oigamos lo que con su llaneza característica y estilo simpático nos dice:

«En el Capítulo Intermedio (1) del año 1880 fué nombrado el P. Ezequiel Predicador Conventual de Manila, cargo vacante por haber sido nombrado el P. Octavio Irisarri, que lo obtenía, Presidente de nuestro Convento de Cavite, cuyo Priorato vacó al pasar por enfermo á España el P. Enrique Aranda.»

Después de algunos meses de estancia en la Casa Madre, teniendo los Superiores en cuenta el estado de poca salud en que se encontraba el P. Ezequiel, accediendo al ruego del P. Eustaquio le permitieron trasladarse á la Casa Parroquial ó Convento de Santa Cruz, ya que desde allí podía desempeñar muy bien su cargo de Predicador. Para mejor inteligencia de esto, hemos de advertir que, en 1878, la Mitra ó Arzobispado entregó á la Corporación de Recoletos, según estaba dispuesto hacía bastantes años, el Curato de Santa Cruz, uno de los más populosos y ricos arrabales de Manila. Fué nombrado Párroco el

(1) Nuestros Capítulos Provinciales se celebran de tres en tres años, y en la mitad de ese tiempo se tiene el llamado por eso Intermedio.

Padre Exprovincial Fr. José María Learte del Carmen, persona de tanto espíritu y prestigio como pedían las especiales circunstancias de los tiempos y de la localidad; y estuvo al frente de aquella difícil feligresía desde Octubre de 1878 hasta Febrero de 1881, en que se trasladó á la de Imus, en la provincia de Cavite. Conocedor, como hemos indicado, de las excelentes dotes religiosas que adornaban á los dos hermanos Moreno, procuró que el P. Eustaquio le sustituyera en Santa Cruz, y mientras éste llegaba de Calapán, quiso que el P. Ezequiel se hiciera cargo de la parroquia. Allí continuó después, acompañando á su hermano y atendiendo al desempeño de su cargo principal, que era el del púlpito. ¿Cómo?

«No hay para qué decir, escribe el P. Muro, que sus sermones sobresalían por una cualidad, la sencillez de su estilo á la vez que claridad en la dicción, sin que por eso rebajase lo más mínimo la dignidad de la sagrada cátedra. En ellos no buscaba jamás mundanos aplausos, sino únicamente la gloria de Dios y la salvación de las almas. Por eso no gustaba que después de sus sermones le felicitasen con la enhorabuena, como era costumbre. Lo que predicaba con la palabra le salía del corazón, abrasado en el amor de Dios; así que no pocas veces se le vió hablar emocionado y derramar lágrimas, sobre todo cuando predicaba de la Santísima Virgen; y claro es que con esto movía los corazones de los oyentes. Sus sermones de tabla en la Catedral, si no eran los más elegantes por lo sublime del estilo y por sus rebuscadas frases, eran, sin embargo, los que más fruto hacían en los oyentes y los que más agradaban á las personas sensatas. Así lo oímos decir más de una vez al entonces Magistral de aquella Santa Iglesia, D. Faustino Sánchez Luna. Porque hay que

tener en cuenta que el P. Ezequiel, además de las dotes morales que hemos mencionado, poseía buena voz y dulzura en la expresión.

»No era sólo el púlpito, sigue diciéndonos el P. Antonio Muro, el campo de sus trabajos apostólicos; el confesonario absorbía una buena parte de su laboriosa vida. Primero en nuestra iglesia de Manila y luego en la de Santa Cruz, se le vió desempeñar con acierto el difícil cargo de director de almas, y nunca faltaban alrededor de su confesonario muchas personas, pecadoras unas y piadosas otras, á las que el P. Ezequiel sacaba del lodazal de los vicios, ó dirigía por los amenos senderos de la vida espiritual, y todos encontraban en tan bondadoso Padre el alivio de sus almas.»

El P. Julián Funes, á quien antes hemos citado, escribe: «En una ocasión fuí en busca de médico á Manila, y con licencia de Nuestro Padre Provincial pasé unos días en Santa Cruz al lado de mi buen Ezequiel: éste se encontraba también enfermo, y, no obstante, desempeñaba el cargo parroquial como si no lo estuviera; quise varias veces disuadirle de bajar al confesonario por encontrarse con calentura, diciéndole que ya estaban trabajando sus coadjutores; pero, como si nada le hubiese dicho, bajaba la cabeza, iba al confesonario y allá pasaba las horas ocupado en el bien de las almas, como si estuviese en el apogeo de su salud.»

Aquella conducta obedecía á su celo y á que en Santa Cruz como en todo Filipinas se observaba que los indios para confesarse preferían los Padres (así llaman á los religiosos) á los Clérigos. Era natural que en ese punto tuvieran mayor confianza con aquellos á quienes no trataban tan familiarmente, y en quienes no veían lo que en sus paisanos. No sea esto decir que todos los Padres fué-

semos santos y sabios, y todos los clérigos malos é ignorantes; había y hay en el clero indígena personas de buena conducta y de bastante instrucción, pero ni aun en esos casos solían tener clientela en el confesonario.

No sería noble ni caritativo ahondar en el asunto, mucho menos después de haber perdido España aquellas islas, y existir allí ahora la que llaman iglesia filipina, fundada por Aglipay, al cual se han asociado ó amenazan asociarse no pocos de sus conclérigos. El primer corifeo de esa religión de macacos, sin contar al diablo, de quien se ha dicho que es la mona de Dios, fué el sacrílego asesino Bonifacio Andrés, el que martirizó á nuestro P. Learte por debelador del masonismo, y á otros varios de nuestros religiosos, y que siendo seglar salía por las calles de Imus, vestido de ornamentos sacerdotales, haciendo escarnio de nuestra sacrosanta religión católica. Así el clérigo Aglipay y otros de su estofa profanan los hábitos y funciones episcopales embaucando á muchos infelices. Gracias á Dios, semejante remedo de Iglesia va en decadencia, sin tener más adeptos que los ignorantes y gente sin conciencia que explotan las exterioridades del culto como medio de lucro y arma política.





CAPÍTULO V

Se le confía la Presidencia de la casa-hacienda de Imus. — Tranquila afabilidad. — Una alteración. — ¡Las haciendas de los frailes en Filipinas! — Caridad del P. Ezequiel en una epidemia. — Lo que pensaba acerca de misiones. — Se le nombra Rector de Monteagudo. — Adiós á Filipinas. — Labor de las Ordenes religiosas en aquel país.

REANUDANDO el hilo de nuestra historia, después de esa breve digresión, decimos, que en Septiembre de 1882 fué destinado á nuestra casa-hacienda de Imus con carácter de Presidente el P. Fr. Ezequiel Moreno, ocupando el cargo de tanta confianza durante un trienio, muy á satisfacción de los inquilinos y de todos los frailes, si se exceptúa el Hermano lego más directamente encargado de cobrar el canon, vender el palay (1), etc. Era el obeso Hermano Felipe un religioso intachable, pero que no veía con buenos ojos la excesiva indulgencia del P. Ezequiel, y se enfadaba porque éste no perdía nunca su tranquilísima afabilidad.

Hemos dicho *nunca*, pero debemos rectificar, pues

1) [Arroz] con cáscara.

según asegura su connovicio el Ilmo. Sr. Ferrero, una noche que él se hallaba en Imus, le vió muy alterado. Estaba en la casa-hacienda un Hermano lego sencillísimo y de irreprehensibles costumbres, mas el pobre no andaba bien de la cabeza desde que en Enero de 1872 estalló la insurrección de los indígenas en Cavite, donde él se encontraba. Fué tan grande el susto y tanto el pánico que le causó la sublevación, que á contar de aquella fecha padeció de manía persecutoria, creyendo que con frecuencia se reproducían aquellas terribles escenas, y que los indios iban á matarle. ¡Y en efecto, se reprodujo la insurrección en 1896, y le asesinaron!... En la noche á que nos referimos, hallábanse cenando todos los religiosos y faltaba aquel Hermano á cuyo cargo estaba el cuidado de la huerta, donde á veces solían entrar por las tapias rateeros que se llevaban el zacate ó hierba con que allí se alimenta á los caballos; el lego había dicho que si él veía á alguno asaltar las paredes, le pegaría un tiro, dicho que el P. Ezequiel, como Superior de la casa, le reprendió, aunque no creyendo nunca que llevase la amenaza á vías de hecho quien era excesivamente tímido. A mitad de la cena sonó efectivamente un tiro, la ausencia del Hermano notada entonces, hizo creer al P. Ezequiel que se trataba ya de una muerte; se levantó al instante, corrió hacia la huerta y reprendió asperísimamente al lego que por un puñado de hierba se había expuesto á cometer un homicidio. Gracias á Dios el ladronzuelo salió ileso, pero el disgusto para el P. Ezequiel y para todos fué muy grande. «Es la única vez, dice el Ilmo. Sr. Obispo, que vi enfadado al P. Ezequiel.»

Y permítasenos una nueva digresión, que procuraremos sea también muy breve. ¡*Las haciendas de los frailes de Filipinas!* Esa fué la trompeta con que no pocos igno-

rantes y envidiosos tocaron llamada de indios para la revolución que ha despojado á España de la más rica de sus colonias, y á tantos infelices indígenas del más honroso y barato de sus medios de subsistencia. Algunas Ordenes religiosas poseían efectivamente en el Archipiélago, donde había para todos abundantísimos terrenos laborables, algunos cotos adquiridos con su trabajo y economías, y con cuyos productos podían atender al sostenimiento de colegios de misioneros en la Península, al pago de pasajes y á tantos otros gastos consiguientes, á numerosas comunidades, beneficiando de ese modo al Gobierno, que de otra manera hubiera tenido que sostener á las Corporaciones de Dominicos y Agustinos Calzados y Descalzos, como sostenía á la de Franciscanos, los cuales, conforme á su regla, no poseían haciendas.

Por otra parte, en un país como el de Filipinas, donde la indolencia era en cierto modo ingénita, convenía crear hábitos de trabajo; por eso los pueblos en que radicaban haciendas de frailes ó de particulares se distinguían por su laboriosidad y mayor bienestar, sin que, especialmente los religiosos, gravasen á los colonos sino con insignificantes tributos; y claro es que el año en que por cualquier accidente de langosta, sequía, etc., perdían parte ó toda su cosecha, poco ó nada se les exigía, antes bien se les facilitaba gratuitamente lo que habían menester.

Nuestra hacienda de Imus no produjo hasta el 1860 más que para el cultivo y mejora de la misma; en los treinta y tantos años siguientes daba, como antes indicamos, para sostener nuestros colegios de España, equipo y fletes de misiones y manutención de nuevos misioneros en el Archipiélago, cuando las asignaciones del Gobierno eran escasas y tardías. Aun con excelente admi-

nistración, apenas se sacaba para cubrir tantas atenciones; de ahí que el Hermano Felipe no estuviese del todo conforme con la benignidad del P. Ezequiel.

Dió éste una gran prueba de su caridad llevada hasta el heroísmo; pues sucedió que á los principios de su estancia en la casa-hacienda el cólera morbo, que tantas víctimas había causado en la mayor parte de las islas y provincias filipinas, entró á mano armada en el pueblo de Bacoor, limítrofe al de Imus. Viendo la pujanza del mal y la escasez de sacerdotes — serían tres ó cuatro —, se presentó el P. Ezequiel al P. Valentín Apellaniz, entonces Párroco de Bacoor, poniéndose por completo á su disposición. Los barrios más próximos á Imus eran los de Salinas y Mambog, cuyo número de almas ascendía á más de cuatro mil. De todas se hizo cargo el P. Ezequiel, que pasó muchos días y muchas noches sin descansar administrando los Santos Sacramentos á incontables enfermos en puntos distantes unos de otros; y de su mucha y fructuosa labor, no menos que del trabajo del Párroco y coadjutores, da testimonio la siguiente estadística: en aquellos tres infaustos meses fallecieron en Bacoor, pueblo de unas quince mil almas, tres mil doscientas personas adultas, de las cuales sólo *¡tres!* murieron sin confesión, y eso por no haber avisado á tiempo.

Con espontaneidad de verdadero celo trabajaba también el P. Ezequiel en la parroquia de Imus, de la que era Cura el R. P. Learte, ayudando á éste en la predicación y confesonario, al mismo tiempo que atendía con preferencia á que sus directamente súbditos, ó sea los Hermanos legos adscritos á la casa-hacienda y sus dependencias, cumplieran con las obligaciones cristianas y religiosas, con la buena dirección de los trabajos y con cuanto les estaba encomendado.

Ocupado en administrar lo mejor posible los intereses materiales, tan necesarios para la manutención de los religiosos, pero recordando aquello de que *el hombre no vive de solo pan*, meditaba en otros intereses de mucha más valía para la Orden: me refiero al pensamiento trascendentalísimo que acariciaba, y vemos formulado en lo que escribe el entonces Superior, con estas palabras: «Muchas veces me hablaba el P. Ezequiel, dice el Padre Exprovincial Fr. Juan C. Gómez, que debíamos implantar en nuestras administraciones espirituales la vida común, aunque fuera despacio y por provincias y distritos: yo me comprometo, añadía, á implantarla en Mindoro, no siendo Cura ni Misionero de un punto dado, sino Vicario con facultad de mudar los Misioneros de una á otra misión cuando conviniera.» ¡Qué idea tan hermosa! ¡Qué espíritu revela en quien le concibe y propone! ¡Y cómo no deben olvidarla los Superiores!

No debemos pensar hoy en que Filipinas vuelva á ser para nosotros lo que fué en siglos pasados, y motivos hay para alegrarse, porque nuestra organización antigua con curatos en propiedad no favorecía á la observancia religiosa; por eso nuestros Superiores en el siglo XVIII se opusieron tanto á que se implantasen las colaciones canónicas. Es cierto que en Filipinas se hacían las Visitas Provinciales trienalmente, se llevaban con exactitud y hasta escrupulosidad las cuentas, se veían los libros disponiendo el Prelado de lo que hubiere sobrante; es cierto también que se conservaba el espíritu de pobreza con los desapropios que anualmente se hacían y mandaban á los Vicarios; y cierto, además, que los cargos conferidos dentro de la Orden anulaban *ipso facto* la propiedad de los Curatos; pero de todos modos aquel sistema ofrecía serios inconvenientes para la vida común. Ni en Filipinas,

ni en ningún otro punto del mundo, debemos aceptar semejante régimen de parroquias, que si á veces puede convenir para el adelanto de los pueblos y tranquilidad de los señores Obispos, es siempre de gravísimos daños para la disciplina monástica. La amovilidad *ad nutum* del Prelado religioso, en la posible armonía con el Diocesano, debe ser esencial para nuestra Orden, como esencial es el voto de pobreza, incompatible ó de muy difícil maridaje con la propiedad, así sea tan espiritualizada como la de los curatos. Aun tratándose de misiones, deben ser éstas *vivas* en cuanto al personal, y que éste se mantenga, no por cuenta propia en ningún sentido, sino del modo que estime el Superior. Así lo entendía el P. Ezequiel, y así lo dispuso cuando fué Superior, como veremos más adelante.

En el mes de Mayo de 1885 se celebró en Manila nuestro LXXXVIII Capítulo Provincial, y teniendo los Padres Capitulares en cuenta las muchas virtudes y dotes de gobierno del P. Ezequiel, le confiaron el cargo de Rector del más importante de nuestros Colegios en España, el de Monteagudo, que ha sido siempre, y sigue siendo, la casa noviciado. Ya en Capítulos Provinciales anteriores se había pensado en tan benemérito religioso; mas fué óbice para agraciarse con voto Capitular, el que entonces lo tenía su hermano el P. Eustaquio, y nuestras leyes no permiten que dos hermanos carnales tengan voz activa en el mismo Capítulo.

Más de quince años estuvo el P. Ezequiel en Filipinas, trabajando por la gloria de Dios y la salvación de las almas lo que sólo el Señor sabe. De allí salió dejando gratísimos recuerdos de su labor evangélica, y pensando volver á continuarla cuando los Superiores se lo indicasen. Otros eran los designios de la Divina Providencia.

Antes de terminarse el siglo XIX pasarían aquellas islas al dominio de otra nación; y el campo de sus tareas apostólicas había de convertirse muy pronto en campo de cruelísima guerra: ¡aquella casa-hacienda sería altar de inmolación para los Hermanos que allí dejaba el P. Ezequiel!...

¡Se perdieron las Filipinas! ¿Quién tuvo la culpa? Respetemos y adoremos los juicios de Dios. El sabe que en aquel país, si no fuimos todos los frailes tan santos y celosos como el P. Ezequiel, no hubo ninguno en el espacio de más de tres siglos que ni por un momento dejase de ser católico en cuanto á la fe y español en cuanto á la patria. La historia hará muy pronto completa justicia á la meritísima, á la incomparable labor de las Ordenes Religiosas en el Archipiélago filipino. Ya están reconociendo esa justicia los mismos americanos con el mismísimo Taff á la cabeza. Tan evidente es la elevación religiosa, científica, de progreso y de cultura á que los frailes levantaron aquellas islas, que es preciso cerrar los ojos á la luz para negarlo ó ponerlo en duda.

¿Qué país puede parangonarse ventajosamente con el de Filipinas en lo religioso, en lo moral y en lo culto? No apelemos á declamaciones, sino á hechos y números, y éstos nos dicen que, como en el caso citado, de tres mil doscientas personas adultas fallecidas en una epidemia, sólo tres mueren sin confesión, y eso no porque la rechacen; nos dicen también los hechos que españoles y extranjeros viajaban por todas partes llevando caudales y mercancías de mucho valor sin temor á pérdida ni robo; que las causas criminales eran muy pocas relativamente á la población; que el número de hijos ilegítimos no pasaba del 1 al 2 por 100; que era casi desconocido el infanticidio, porque la fe católica hallábase allí en todo su esplendor.

¿Ni en qué nación del mundo se ha visto un crecimiento de habitantes como en aquel Archipiélago, donde, según estadística muy fidedigna, habiendo en él escasamente un millón de almas el año 1760, se eleva, ciento treinta y seis años después, ó sea en 1895, á la cifra de más de seis millones, sin que hubiese inmigración alguna y mediando no pocas epidemias? (1). En Filipinas, como en ninguna otra colonia extranjera, todos los indígenas tenían acceso á la carrera eclesiástica, á las de médicos, farmacéuticos, abogados, etc., etc. Así se explica el asombro de los norteamericanos al encontrarse con un país de tanta y mayor educación que el suyo y que al reunir la primera Asamblea autónoma se hallan con numeroso personal indígena, inteligente, instruído y socialmente digno. ¿De dónde ha surgido ese personal? ¿Cómo han subido á tal grado de civilización? Esa es la labor de las Ordenes Religiosas, que á pesar de haber sido material y moralmente víctimas sacrificadas por mandato del maso-

(1) El incansable historiógrafo de Filipinas R. P. Eduardo Navarro, de nuestros Agustinos Calzados, escribió y publicó en 1896 un áureo folleto, *Filipinas-Estudios*, en que se exponen ya las verdaderas causas de la pérdida de Filipinas. De él hemos tomado la estadística, por la que consta que administraban este número de almas:

	En 1760	En 1896
Los Agustinos Calzados	373,663	2.320,667
Los Franciscanos	153,721	1.119,595
Los Dominicos	126,808	722,110
Los Agustinos Recoletos	45,595	1.303,940
Sumas	699,787	5 466,312

Dedúcese que en ciento treinta y seis años se multiplicó la población en estas proporciones:

La administrada por Agustinos Calzados	más de 6 veces
— por Padres Franciscanos	— de 7 —
— por Padres Dominicos	— de 6 —
— por Agustinos Recoletos	— de 28 —

nismo, aun viven en Filipinas. Con supina ignorancia ó refinada malicia, mejor dicho, con una y otra, dijeron los masones que con sus procedimientos no se trataba de amenguar la soberanía de España en Filipinas, sino de que los frailes —¡obstáculos del progreso!—desaparecieran. Y la soberanía española ha desaparecido de Filipinas, y en Filipinas están los frailes, llamados y queridos por la parte sensata del país.

No es ésta ocasión oportuna para que nos ocupemos despacio en asunto de tamaña trascendencia: perdónenos el breve desahogo arrancado por el amor á la Religión y á la Patria; aquélla ha perdido muchísimo, en Filipinas; ésta lo ha perdido todo.



CAPÍTULO VI

Los PP. Ezequiel Moreno y Antonio Muro en Monteagudo. — Narración del P. Antonio. — El cólera del año 1885. — Visita del P. Ezequiel á las monjas de Alfaro. — La epidemia en el pueblo de Monteagudo y en el Colegio. — Conducta del Padre Rector en aquellas circunstancias. — Sus pláticas y sermones. — Centenario de la Conversión de Nuestro Padre San Agustín. — Cuaresma en Cascante. — Siervas de María. — Enferma el Padre en Tudela. — Nuestra ida á Roma. — Carta de un Hermano lego.

POR tercera vez vuelven á juntarse los PP. Ezequiel Moreno y Antonio Muro: fué la primera en Puerto Princesa de la Paragua; la segunda en el Convento de Manila, y la tercera en el colegio de Monteagudo con los cargos de Rector el P. Ezequiel y de Vicerrector el P. Antonio. Fieles á nuestro propósito de enriquecer este libro, no con ideas propias, que serían harto pobres, sino con valiosos testimonios, formaremos también este capítulo con lo que nos dicen personas dignas de toda fe y respeto.

«En el Capítulo Provincial de 1885, escribe el Padre Antonio, fué nombrado el P. Ezequiel Rector del Colegio y Casa Noviciado de Monteagudo. Después de un

feliz viaje, llegó á su destino á mediados del mes de Julio, cuando España se hallaba en gran parte invadida por el cólera morbo, razón por la que tanto el P. Ezequiel como los Padres que con él venían de Filipinas, hubieron de sufrir no pocos contratiempos y algunas detenciones ocasionadas por el temor de admitir á viajeros que procedían de puntos infestados por la epidemia, y las severas órdenes de que fuesen todos sometidos á la más rigurosa fumigación personal y de equipajes.

»Por aquellos días no había llegado á Monteagudo ni pueblos cercanos el temido huésped; por lo que aprovechó el P. Ezequiel esa circunstancia para pasar unos días de vacaciones y descanso del viaje en su pueblo natal de Alfaro.»

Interrumpimos por un momento la narración del P. Antonio, para avalorarla con la de nuestra buenísima anciana la madre Catalina Les, que ya no era sacristana, sino Priora, de aquel Convento de Dominicas, y nos dice:

«Cuando le mandaron de Rector á Monteagudo, me avisó su hermano el P. Eustaquio que venía el *chiquito* para tal día. A su tiempo le escribí á Monteagudo la bienvenida, y que cuando pudiera venir lo hiciera sin alargarlo, pues deseábamos su visita, para lo cual le ofrecimos la pequeña y poco decente habitación de la mandadera, que es una salita en la planta baja (1). La aceptó, dejando otras de amigos sacerdotes que mostraron gran empeño en tenerle en su casa. En esto nos dió una prueba de cariño á la vez que de humildad.

»Llegó á la estación de Alfaro, y no le permitieron entrar, como á ningún viajero, por estar el cólera en

(1) Ya sus hermanas, única familia que le quedaba en España, estaban fuera de Alfaro.

furia, haciendo estragos. Le proporcionamos la casa de la huerta del señor Arcipreste, que le teníamos de confesor (D. Pedro Suescun). Estuvo nada más que dos días pasando el lazareto, y de aquí le mandamos todo lo necesario; hasta que, como de paseo con otros señores (1), entró en Alfaro, y vino directamente al Convento, donde conocidas y no conocidas le recibimos llenas de alegría. Se detuvo los días que sus ocupaciones le permitieron, sin separarse del locutorio todos los ratos que nosotras podíamos estar, dejando las visitas de los de fuera por la nuestra; y nosotras no le hubiéramos dejado un momento, á poder ser, pues sus conversaciones fervorósísimas, amables y dulces nos cautivaban á todas, de modo que todas deseaban oírle. Tuvo que marchar (esto en fines de Julio), pero quedamos en que vendría, como lo hizo, para el primer domingo de Octubre á predicar de nuestra Madre del Rosario. Hizo un sermón tan tierno que conmovió al auditorio, recordando su niñez (que también él se enterneció) y cómo su padre le traía á esta misma iglesia de la mano y en igual día cantando el Rosario. Lo hizo con tales modales y expresiones tan fervorosas y finas á la vez, que llamó á todo Alfaro la atención.»

«Volvió, y reanudamos el relato del P. Antonio Muro, volvió al Colegio, y tomó posesión de su cargo, acaso en la primera semana de Agosto, ó última de Julio. Pronto se le presentó ocasión de dar á conocer el celo y caridad que había en su hermosa alma; pues en el mismo mes de Agosto llegó por fin el temido huésped, invadiendo en pocos días todos los pueblos de la Cuenca del Cailes entre Tarazona y Tudela. A ruego del Ayuntamiento, y conforme se solía hacer en análogas circunstancias, se

(1) Venía de Monteagudo, punto no infestado.

trasladó en solemne procesión de rogativa á la Parroquia la Venerada Imagen de la Virgen del Camino, á fin de implorar por su mediación la misericordia divina en tan crítica situación. Se le hizo un solemne novenario, terminado el cual y como siguiese la epidemia, á súplica de los señores Sacerdotes y Ayuntamiento de la villa, continuó la Virgen en la Parroquia, hasta que se presentó en el Colegio el primer caso del cólera. Entonces ya no le pareció conveniente al P. Ezequiel dejar á la Comunidad sin el consuelo de su Virgen del Camino, que fué devuelta al Colegio con la misma devoción y solemnidad con que había salido de él, para que desde su trono y propia morada continuase dispensando sus favores á sus Capellanes y á su devoto pueblo de Montegudo. Desde aquel momento, tanto el Padre Rector como los demás religiosos se encontraron dispuestos á recibir personalmente la visita del cólera con entera resignación y confianza en la Virgen.

»No se olvidó el P. Ezequiel de la obligación que tenemos todos, pero principalmente los religiosos, de dolernos de nuestras culpas, procurando aplacar las justas iras de Dios, y por eso antes de que la epidemia invadiese los pueblos cercanos, ordenó que la comunidad tomase una disciplina semanal extraordinaria, orden que fué admirablemente obedecida por todos.

»El 22 de Agosto se presentó en el Colegio el primer caso del cólera, y en los días sucesivos hubo hasta unos doce casos; pero gracias, en primer lugar, á Dios Nuestro Señor y á la Santísima Virgen, y en segundo, á las disposiciones del médico, fielmente secundadas por el Padre Rector y Comunidad, sólo tuvimos que lamentar dos defunciones, un Donado y un Corista, ambos excelentes y que murieron muy resignados. El P. Ezequiel, entretanto, se desvivía porque nada faltase á los enfermos en

lo material y mucho menos en lo espiritual. A este fin dispuso que cada enfermo tuviera dos asistentes continuos, para que al separarse el uno de la cabecera del enfermo por algún servicio necesario, quedase allí el otro.»

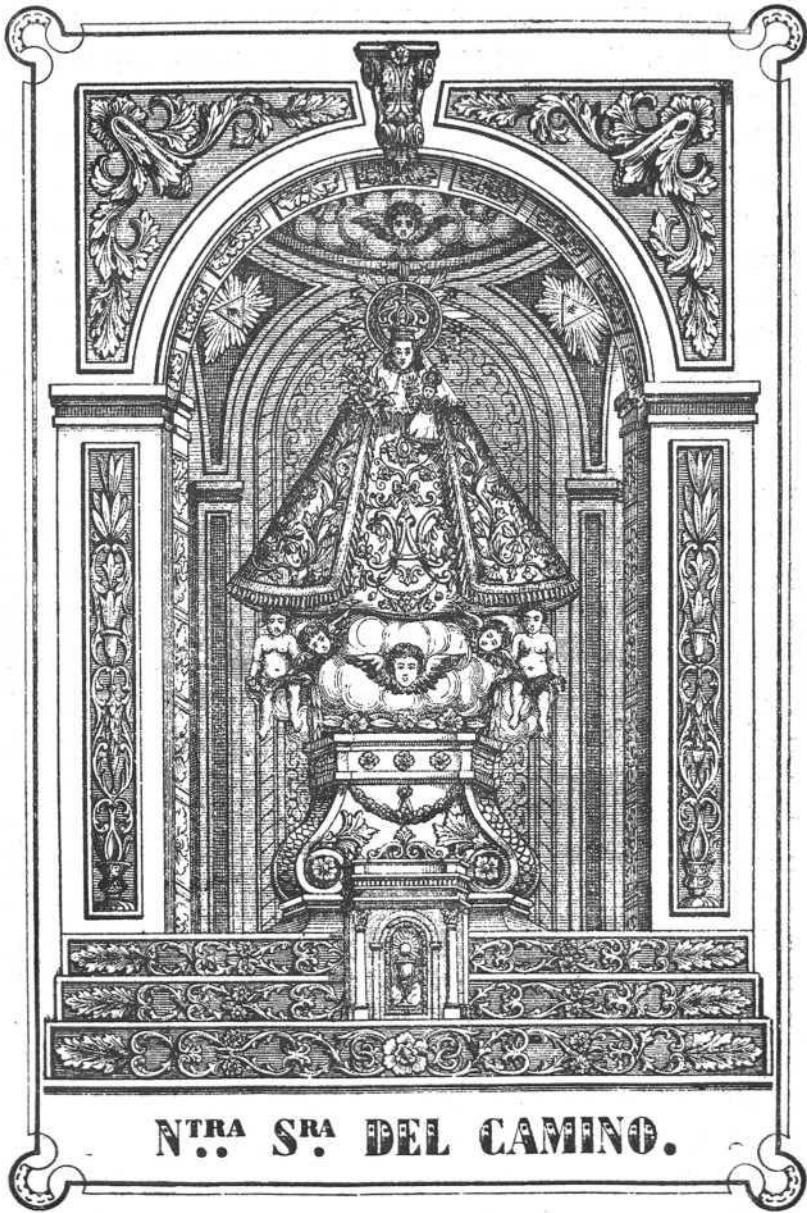
Continúa el P. Muro hablándonos del P. Ezequiel y dice: «Sus *pláticas* á la Comunidad eran llenas de fuego divino y producían admirables efectos en todos, de tal manera que los coristas estaban ansiosos de oírle, y no pocas veces preguntaban al Padre Vicerrector: «¿Cuándo predica nuestro Padre Rector?» Cuando lo hacía en el púlpito, tenía la virtud de mover á los oyentes, porque predicaba lo que sentía y practicaba lo que decía. De las cosas más sencillas y populares sacaba el P. Ezequiel gran partido para hacer fruto en las almas. Predicando en cierta ocasión de las Flores de María, supo mover hondamente los corazones exhortando á los fieles á honrar á nuestra buena Madre, sin más que algunas reflexiones sobre aquel verso: *Venid y vamos todos con flores á porfía*, etc., reflexiones hechas con tanto entusiasmo y fervor, que daban á conocer y comunicaban á los demás la devoción y amor que hacia María Santísima abrasaba su alma enamorada. Lo mismo sucedió en otro sermón del Sagrado Corazón de Jesús, explanando aquel verso tan popular y tan sabido de todos: *Corazón santo, tú reinarás, tú nuestro encanto siempre serás*.

»De extraordinario gozo para la Orden Agustiniiana fué el año 1887, Centenario de la Conversión de Nuestro Padre San Agustín. En todos los puntos del mundo donde había conventos de religiosos ó religiosas de la Orden, se solemnizó el acontecimiento con funciones de iglesia, procesiones y veladas literarias, en la forma que lo permitían los recursos y las circunstancias. El P. Ezequiel, amantísimo de nuestro Santo Patriarca, aprovechó el

fausto motivo para llevar á cabo en obsequio de su querido santuario de Monteagudo y de su adorada Imagen de la Virgen del Camino lo que desde tiempo atrás anhelaba. Se hizo una obra notable en el Camarín de la Divina Princesa, dándole la luz cenital, se le puso pavimento de mármol, se doró todo el altar mayor, se colocaron barandillas de hierro en el presbiterio, y se ejecutaron en la iglesia y convento otras reparaciones. Con asistencia de la Capilla de música de la Catedral de Tarazona, con elocuentes sermones que en el Triduo predicaron escogidos oradores del clero secular, y con abundantísimas limosnas á infinidad de pobres, estuvieron las fiestas del Centenario á la altura que se merecían, gracias al entusiasmo, devoción y celo del Padre Rector Fr. Ezequiel.

»La fama de sus sermones, junto con el buen olor de sus virtudes, se extendió por todos los pueblos vecinos, y por eso era muy solicitado para los púlpitos. El año 1886, el Ayuntamiento de la ciudad de Cascante suplicó al P. Ezequiel se encargase de los sermones de la Cuaresma; y no obstante sus muchas ocupaciones como Rector y las de los otros Padres del Colegio, cada uno en sus respectivos oficios, accedió á la petición, y se encargó de dicha Cuaresma, juntamente con los Padres Lectores Fr. Nicolás Casas y Fr. Fernando Mayandía. Todos estuvieron á la altura de su misión, pero el P. Ezequiel era indudablemente el que más fruto sacaba.

»El sermón de despedida, que tenía lugar el lunes de Pascua, estuvo á cargo del Padre Rector, y quiso dejar un grato recuerdo á la ciudad de Cascante. Para ello dió orden al Padre Vicerrector que aquella tarde, acompañado de los otros Padres y Coristas, fuesen de paseo hasta el Santuario de Nuestra Señora del Romero, sito en las alturas de una colina próxima á Cascante, para cantar



NTRA SRA DEL CAMINO.

allí una salve, como conclusión y despedida de la Cuaresma, y él lo anunció desde el púlpito en el sermón de la mañana. Una comisión del Ayuntamiento con la música salió á la carretera á esperar la llegada de la Comunidad, á la que acompañó hasta el mencionado Santuario donde aguardaba una inmensa multitud del pueblo. Se cantó por la Comunidad la salve ordinaria, como se acostumbra á cantar los sábados en nuestros conventos; y terminada, y obsequiados por el Ayuntamiento con un refresco, se volvieron los religiosos al Colegio, dejando en Cascante tan gratos recuerdos, que al año siguiente el mismo Ayuntamiento solicitó del P. Ezequiel se encargasen nuevamente nuestros Padres de la Cuaresma, pero hubo de excusarse con la escasez de personal.

»El carácter dulce del P. Ezequiel, dice finalmente el P. Antonio Muro, era tal que jamás se le vió alterado, y eso que hubo ocasiones en que, cualquiera otro de menos virtud, hubiera prorrumpido en actos de enojo ó impaciencia; pero el Padre Rector nunca perdió la serenidad ni la calma de su espíritu. Cuando se veía precisado á reprender, lo hacía con tanta dulzura que más que Superior dominante parecía un amigo cariñoso, cumpliendo perfectamente el mandato de la Regla, según el cual, el Superior más debe procurar hacerse amar que temer: de ahí que sus reprensiones fueran siempre bien recibidas y produjesen los apetecidos frutos. En los capítulos de *culpae* habidos mensualmente, se observaba el buen espíritu de la Comunidad: apenas quedaba religioso alguno que no se humillase á decir sus culpas; de tal manera que, por no alargar demasiado el acto, el Padre Rector se vió precisado á no reprender á cada uno en particular, sino haciéndolo luego á todos por distinción de culpas; verbi-gracia: los que se han acusado de faltar al silencio tengan

presente esto ó lo otro, y hagan tal ó cual penitencia, y así en las demás culpas. ¡Felices las Comunidades á quienes el Señor concede tales Superiores!»

El Reverendísimo Padre Vicario Apostólico Fr. Gabino Sánchez de la Concepción y el P. Fr. Angel Barra de Santa Bárbara, religiosos de nuestra Descalcez, fueron los casi fundadores de la Congregación de Siervas de María, Ministras de los enfermos; de ahí que los Agustinos Recoletos miremos siempre con interés y cariño á tan benéfico Instituto, y que éste nos corresponda con agradecida veneración. «En 1887 vino á visitarnos, escribe Sor Lorenza Anocíbar, Superiora de la Casa de Tudela, en Navarra, el P. Gabino (q. e. p. d.), y encontrando esta Comunidad poco atendida en la parte espiritual, pidió al Padre Superior del Colegio de Monteagudo designara algún Padre que pudiera ser nuestro confesor extraordinario, nos hiciera pláticas y levantara más y más el espíritu de las Religiosas. Con esto tuvimos ocasión de conocer á los PP. Ezequiel y Nicolás, después Obispos en distintas regiones de Colombia, en América. En una de las veces que vino el P. Ezequiel á darnos el día de retiro, cayó enfermo gravísimamente de unas anginas (y vino á sustituirle el P. Ramón Miramón, natural de Tudela, y entonces Maestro de Novicios del Colegio de Monteagudo); asistió al P. Ezequiel una hermana, que ya murió; la que estaba edificadísima de la humildad, paciéncia, dulzura, modestia y recato de tan santo Padre, representando en todos sus modales la admirable santidad de que estaba llena su alma: yo misma tuve ocasión de visitarle en esta enfermedad, pues para nosotras era un verdadero Padre; tanto en lo espiritual como en lo temporal nos dió pruebas de grande afecto á esta Comunidad, hasta que marchó á Colombia, despidiéndose de nosotras con una plá-

tica tan sentida y fervorosa, que aun después de tantos años no puedo olvidar algunas de sus palabras. Predicó en la iglesia de San Jorge el día de la fiesta de nuestra Patrona la Santísima Virgen de la Salud, quedando todo el pueblo tan contento, que después de tiempo personas ilustradas que le oyeron admiraban la elocuencia de sus palabras, y todos decían que su presencia respiraba santidad. Siento no poder hacer más que enviar esta sencilla relación, la que arreglarán como mejor les parezca, pues era tanta su santidad, que yo no puedo explicarla.»

El P. Antonio Muro refiere también aquella enfermedad del P. Ezequiel diciendo: «En el año 1887 bajó á Tudela para dar el día de retiro á las Siervas de María; era el mes de Octubre. Al salir del tren contrajo, por efecto de un enfriamiento, una pulmonía (1) que le obligó á permanecer como tres semanas en cama, en la casa de D. José Sarriá, Beneficiado de aquella Santa Iglesia Catedral. Todavía convaleciente, volvió nuestro Padre al Colegio en la primera semana de Noviembre, encontrándose con que teníamos en casa la epidemia de viruelas de que hubo unos diez ó doce casos, pero sin ninguna defunción.» Uno de los enfermos escribe: «Durante el tiempo que yo permanecí en la enfermería con las viruelas, noté, y conmigo lo notaron los demás que allá estábamos, que todas las noches, mientras hubo alguno grave, subía el Padre Rector entre una y dos de la mañana, á la enfermería y entraba en las celdas de todos, sin duda con el fin de ver si nos faltaba algo. Debía andar con alpargatas, pues no hacía el menor ruido.»

A fines de 1887, por mandato de nuestro Padre Provincial y con motivo de las fiestas jubilares de Su Santi-

(1) Tal vez hubiese complicación en la enfermedad, resultando que padeció anginas y pulmonía.

dad el Papa León XIII, fuí á Roma y dispuse que me acompañara el P. Fr. Ezequiel Moreno, Rector del más antiguo de nuestros Colegios. Salimos de Madrid el 17 de Diciembre, acomodándonos en un departamento con los Sres. D. Alejo Izquierdo y D. Cipriano Herce, éste Magistral, y aquél Chantre entonces y ahora Deán de la Catedral de Madrid; el Párroco D. Andrés García, D.^a Carlota Jáuregui, señora muy movida en tomar y dejar su saco de mano, pero mucho más movida en su acendradísimo amor á San José y en sus obras de caridad, por lo que ya habrá recibido en el cielo el premio merecido por sus virtudes. Ocupaban los otros dos asientos de los ocho del coche la buenísima Sra. D.^a Amalia Vilches, ya difunta, y la Srta. Dolores Creus, sobrina del primer Obispo y mártir de Madrid-Alcalá, hoy esposa del Teniente Coronel de Ingenieros D. Atanasio Malo. Durante el viaje, que fué muy feliz, nos servían admirablemente la resuelta é ingeniosa Srta. Creus y el siempre amable, modesto y solícito P. Ezequiel. Al llegar á la estación final de *Terminus*, cargó el pobre con las alforjas y la anchurosa y pesada maleta que me había prestado el P. Gabino: así entró en Roma el futuro Obispo de Pasto, el siempre santo Fr. Ezequiel Moreno. Asistimos á las fiestas jubilares y á las Beatificaciones; tuvimos la dicha de que el Padre Santo pusiera sus manos sobre nuestras cabezas; el alma de mi compañero se enriqueció con nuevos tesoros de fe y de amor divino al visitar las catacumbas y tantos celeberrimos templos de la capital del Orbe Cristiano, y á principios de Enero tornó á España en unión de los señores y señoras antes mencionados, quedando yo en Roma para asuntos de la Orden.

No terminaremos el presente capítulo sin consignar la relación que nos envía el Hermano de obediencia

Fr. Angel Morrás de la Concepción: el humilde estado de quien la escribe y la sencillez y espontaneidad de lo escrito bien merecen aparecer en este humilde, sencillo y espontáneo libro como corona del Rectorado del P. Ezequiel.

«En el año que le tuve de Rector, de 1887 al 88, puedo decir que todos sus actos fueron de un verdadero modelo de religiosos, porque aun cuando estaba enfermo (que lo estuvo, ó por lo menos enfermizo) casi todo el tiempo que le conocí, de no estar postrado en cama siempre seguía á todo con la Comunidad. Yo le vi varias veces bajar por las noches al refectorio, á la cena ó colación, y subirse también con la Comunidad, sin tomar ni siquiera un bocado de alimento, por lo tanto, sin desdoblarse la servilleta.

»En el coro se le encontraba á cualquier tiempo, pues además de las horas de obligación, solía ir con mucha frecuencia, y sobre todo por las noches al tocar á silencio no faltaba ningún día, y se estaba hasta las diez y cuarto y diez y media, hora en que no quedaba ya ningún corista; y sin embargo, por la mañana siempre solía ir un cuarto de hora antes de comenzar la oración.

»En el amor á los pobres era casi exagerado, porque él que no cuidaba de ninguna cosa de estas ordinarias del Convento, pues todo corría á cargo del Padre Vicerrector, y de los pobres siempre se estaba cuidando y continuamente preguntando si había muchas habichuelas (palabra de él) y muchas patatas, para que no les faltasen á los pobres. En aquel tiempo raro era el día que no venían cuatrocientos ó quinientos pobres á la comida, y para ninguno faltaba.

»Una vez, algún corista se quejó de que si la comida era buena ó mala, y si abundante ó escasa, y llegó á su

conocimiento; y un día después de comer se fué á recreo con los coristas y les habló con la gravedad propia en él estas ó parecidas palabras: He oído que alguno ó algunos de sus caridades se ha quejado de la comida: me extraña mucho que sean tan poco mortificados, que se quejen de la comida siendo ésta más que suficiente, gracias á Dios, para alimentar á las naturalezas más fuertes; ¡yo que pensaba hablarles que se mortificasen en la comida para aliviar á tantos pobres como vienen á la puerta...! y tal fué lo que les impresionó que ya nadie volvió á quejarse.

»A mí una sola vez me reprendió, y fué porque había recogido con alguna precipitación el pan sobrante de la comida de la Comunidad y me había dejado caer algunas migajas al suelo. Tal era el amor que tenía á la pobreza que hasta las migajas sentía que se perdiesen.

»Pero lo que más me admiró en el P. Ezequiel fué la pobreza de su celda. Iba yo una noche á recogerme á cosa de las diez, y me lo encontré en el claustro, que iba en busca del Hermano enfermero; y al verme á mí me dijo en voz baja, como era su costumbre, que lo buscara, y que le subiese una taza de manzanilla. Yo fuí á buscar al Hermano enfermero, que lo era el difunto Fr. Prudencio, y como no lo encontraba, fuí yo á la cocina, hice la taza de manzanilla y se la subí á la celda; ya estaba acostado, y tal fué la impresión que yo recibí al verlo en una cama tan pobre y tan pobrecico todo, que yo al pronto no sabía ni qué hacer, pues no me figuraba yo encontrar una pobreza tan grande en la celda del Padre Rector.

»Porque en la celda no había más que una cama que se componía de dos banquillos muy bajos, un jergón con pocas hojas (de maíz), una almohada y unas mantas muy usadas, por no decir viejas; al lado de la cama en la parte de la cabecera una arquilla de estas ordinarias que hay

en nuestros Conventos, y una palmatoria con una vela encima de la arquilla que le servía para luz. La arquilla levantaba tanto como la cama; por ahí se podrá ver cómo era la cama. En la pared había unos cuadros, más tres ó cuatro sillas, un lavabo como el de cualquier novicio, una mesa también ordinaria y sobre ella un pupitre viejo, unos papeles y unos libros.»

Hemos copiado fielmente la narración del Hermano lego, sin más variante que la ortografía, para que los lectores puedan saborearla en toda su ingenua y santa naturalidad, cosa harto distinta del naturalismo. Consta de otros muchos hechos del P. Ezequiel mientras fué Rector del Colegio de Monteagudo, que confirman su celo, prudencia y santidad en el desempeño de tan difícil cargo, el cual fué preámbulo ó noviciado de otros más difíciles, como veremos.





CAPITULO VII

Crecimiento de nuestra Congregación. — La Provincia religiosa de la Candelaria, en Colombia. — Decadencia. — Conatos de restauración. — El P. Juan Nepomuceno Bustamante. — Su viaje á Roma y España. — Esfuerzos inútiles. — Insistencia. — Ida del P. Enrique Pérez á Colombia. — Resultado. — Mis gestiones. — El P. Ezequiel Moreno, Presidente de la primera misión. — Viaje y llegada. — El Convento del Desierto. — Instalación de la Comunidad. — El P. Ezequiel en Bogotá. — Sus sermones. — Su dirección espiritual.

TREINTA y tres años de existencia contaba nuestra Colección Agustiniense al promedio del de 1621, y tal desarrollo había tomado, que ya eran cuatro sus Provincias religiosas: *la de Nuestro Padre San Agustín*, Castilla; *la de la Virgen del Pilar*, Aragón, Valencia y Cataluña; *la de Santo Tomás de Villanueva*, Andalucía, y *la de San Nicolás de Tolentino*, en las islas Filipinas. El Papa Gregorio XV, de feliz recordación, expidió en 5 de Julio de aquel año 1621 la Bula *Militantis Ecclesiae regimini*, erigiendo é instituyendo la Descalcez en Congregación con Vicario General propio y régimen especial que allí se indica.

En Colombia, reino de Nueva Granada, comenzó

nuestro Instituto en 1602, con el P. Mateo Delgado, que había vestido el hábito Agustiniiano en 1586. En el de 1629 los conventos de descalzos allí fundados, y que eran los de *La Candelaria* en Tunja, *Misque* en Lima, *Santa Cruz de la Popa* en Cartagena y el de *Panamá*, dieron la obediencia al Padre Vicario General Fr. Jerónimo de la Resurrección, formándose la quinta Provincia religiosa de nuestra Descalcez, con el nombre de *La Candelaria*, porque su primer convento, el del Desierto, tenía por patrona á la Santísima Virgen en el misterio de la Purificación: de ahí que el Convento y luego la Provincia se llamasen *de la Candelaria*, y que los Agustinos Recoletos ó Descalzos sean allí conocidos con el nombre de Padres Candelarios.

Nutriéndose con personal americano se mantuvo y prestó grandes servicios á la religión, especialmente en las célebres misiones de los llanos de Casanare, nuestra Provincia de la Candelaria, que continuó su vida aun después que América se separó de la Madre Patria. Pero en 1860, tras injustificable rebelión, subió al poder el liberalismo, y las comunidades religiosas fueron echadas de sus conventos y despojadas de sus bienes. Obligados los Padres Candelarios á ganarse el sustento con el ejercicio de su sagrado ministerio, no pudieron fácilmente vivir en Comunidad, y hubo de suceder que cual más, cual menos, se resintiesen todos en aquel estado de vida anormal. Semejante situación no era sostenible, y reunidos los Padres que la muerte había respetado, y ya no eran muchos, trataron seriamente de ver qué harían á fin de que la Provincia religiosa no muriese con ellos, y convinieron en que un Padre, comisionado en nombre de todos, hiciera viaje á Roma y España para conseguir personal capaz de dar vida á la moribunda Provincia: el

designado para esta misión fué el P. Juan Nepomuceno Bustamante (1).

Este, después de visitar los Santos Lugares de Palestina, fué á Roma, siendo muy bien recibido en nuestra Casa Hospicio de San Ildefonso, donde presidía el Reverendo P. Manuel María Martínez, excelente religioso, amantísimo de la Descalcez, hombre de mucha experiencia y consejo, y bienquisto de todos en aquella ciudad. Ayudó al P. Bustamante en el logro de la parte fundamental de la empresa; pues como las revoluciones de allende y aquende habían desorganizado las Ordenes Religiosas, la Provincia de la Candelaria se había visto en la necesidad de forjarse cierta autonomía, viviendo incomunicada con el Superior de nuestra Congregación de España é Indias, que desde la muerte del último Vicario General había recibido el nombre de Comisario Apostólico. Pidió el P. Juan Nepomuceno que su Provincia de la Candelaria se agregase á la obediencia de la Comisaría Apostólica de España. Accedió la Santa Sede á la petición y el Religioso colombiano vino á Madrid. Nuestro Rmo. P. Gabino Sánchez le recibió con los brazos abiertos, y la rama algún tanto desgajada se unió de nuevo al tronco, percibiendo la savia de la Congregación.

Esto sucedió el año 1876. Deseaba el P. Bustamante llevar á Colombia siquiera tres religiosos españoles para que reorganizasen la Provincia de la Candelaria, y al efecto estuvo en nuestro colegio de Monteagudo; pero la

(1) El fecundo escritor R. P. Santiago Matute del Santo Cristo, de la Tercera Orden, Exdefinidor General y á quien ya hemos citado en la página 31, fué súbdito del P. Ezequiel en el Colegio de Monteagudo, le acompañó á Colombia y juntos trabajaron hasta el año 1894. Por eso la redacción de alguna parte de este capítulo, y más aún de los tres siguientes, corresponde al P. Matute, y así lo anotaremos.

de San Nicolás de Tolentino necesitaba entonces todo su personal, y el Padre tuvo que volverse á Colombia solo y triste. Mas el primer paso estaba dado, y el buen éxito dependía de la insistencia.

Volvió de nuevo el P. Bustamante á España el año 1884: hallábase entonces en la Península el Padre Provincial de Filipinas Fr. Juan C. Gómez del Sagrado Corazón de Jesús; se trató el asunto en Definitorio General y se determinó que fuese á Colombia con el citado P. Juan Nepomuceno uno de los religiosos de España y viera si era ó no viable la reorganización que se proyectaba. El escogido para tan delicada misión fué el P. Enrique Pérez de la Sagrada Familia, que estaba al frente de la parroquia de San Millán de la Cogolla, y que después de haber sido con aplauso de todos Procurador General de la Congregación, en Roma, es hoy Vicario General de nuestra Descalcez. Lo bien que entonces desempeñó su cometido, así como otros pormenores, pueden verse en los *Apuntes* del P. Santiago Matute.

Decididamente se resolvió en 1888 formar una misión de religiosos nuestros que pasase á Colombia. Al efecto me mandó nuestro Padre Comisario Apostólico que fuese á los colegios y explorase la voluntad de los que quisieran inscribirse. No era mi pobre persona la más á propósito para el caso, pues he de confesar que siempre me pareció empresa muy difícil y casi imposible la restauración de aquella Provincia, á no ser que se enviase de España todo el personal; y como veía por una parte la inestabilidad de los Gobiernos en las Repúblicas latino-americanas y la forma generalmente brusca de sus cambios, y veía por otro lado que á la sazón nuestra Provincia de Filipinas estaba necesitada de religiosos, como que sólo en Isla de Negros se había creado, en el muy corto

espacio de nueve meses, el considerable número de veintinueve misiones, no me agradaba que desatendiésemos lo más íntimamente nuestro. ¡Cuán otros eran los designios de la divina Providencia! Si entonces me hubiesen dicho: de aquí á diez años ya las Filipinas no serán de España, es probable que mi nombre hubiera figurado en la lista de misioneros para Colombia.

Sin embargo, procuré desempeñar mi cometido lo mejor posible, yendo de Madrid á los Colegios de Monteagudo, Marcilla y San Millán, y proponiendo á Padres Coristas y Legos el objeto de mi ida, á fin de que, si alguno quería tomar parte en la misión que había de salir para Colombia, me lo dijese, advirtiéndoles que, según los deseos y órdenes de nuestro Padre Comisario Apostólico, era potestativo de cada uno el hacerlo ó no. Me dirigí en primer término á Monteagudo, donde el P. Ezequiel Moreno acababa su Rectorado y se disponía á pasar á Marcilla, pues había sido nombrado por los Padres Capitulares de Manila Confesor de aquel Colegio. Tan pronto como llegué al de Monteagudo (10 de Agosto de 1888) expuse al P. Ezequiel el encargo que se me había hecho, le miré, y me dijo, humilde y resueltamente: «Hace ya algún tiempo que me parece me llama el Señor para esas misiones; y pueden contar conmigo.» Hablé después, no recuerdo si por indicación del mismo P. Ezequiel, al P. Ramón Miramón, que había sido Maestro de Novicios en el finado trienio, y al P. Santiago Matute, que desempeñaba una cátedra de filosofía: uno y otro se prestaron gustosos para la santa empresa. Todavía exploré la voluntad de algunos otros, diciéndome casi todos que si los Superiores así lo disponían, estaban prontos á ir á Colombia ó adonde les enviasen; mas como se necesitaba cierta espontaneidad por parte de

los que habían de constituir la misión, no pude recabar que en esa forma se alistase ningún otro en aquel Colegio, ni en los de Marcilla y San Millán. Luego, nuestro P. Gabino consiguió que á los tres Padres dichos se uniesen el P. Gregorio Segura del Carmen, Fr. Anacleto Jiménez de la Virgen del Burgo, y los Hermanos Legos Fr. Luis Sáenz de la Virgen de Valvanera y Fr. Isidoro Sáinz de San Nicolás de Tolentino, todos de la Comunidad de Monteagudo. De modo que al Colegio, de donde en 1876 saliera tan descorazonado el P. Bustamante, cabe la honra de haber dado todo el contingente para aquella primera misión, diciendo también esto más de lo que pudiera consignarse, en favor del espíritu y del prestigio del P. Moreno.

Este fué á despedirse de sus hermanas y de sus amadas monjitas de Alfaro. En su citada relación nos dice la madre Catalina, antigua sacristana y entonces Priora de aquel convento: «Los años de su Rectorado vino en nuestras cuatro funciones (de la Virgen del Rosario) á predicar y estar unos días, que siempre se nos hacían cortos. Al marchar á Colombia estuvo algo más, y nos despedimos tristes: yo aproveché algunos días para que me arreglase algunos papeles y asuntillos, y recibir nuevos consejos, que como estaba al frente de la Comunidad y nos llevaron al confesor Maestrescuela de Tarazona, los consejos de mi Ezequiel me ayudaron mucho, y de muchas cositas me sacó.»

Al hablarle del asunto de Colombia, ya me indicó su deseo de ir como súbdito; no lo estimaron así los Superiores, á cuya voluntad rindió la suya el P. Ezequiel, y fué nombrado Presidente de la Misión, que, ya organizada y compuesta de los siete religiosos, había de embarcarse á fines de Noviembre. Pocos días antes se juntaron

en Madrid, donde tanto nuestro P. Gabino como los que allí residíamos los abrazamos y agasajamos cuanto nos fué posible. Recibido por el P. Ezequiel el nombramiento de Provincial de la Candelaria y las instrucciones y amplias facultades que le dió nuestro Padre Comisario Apostólico, y bendecidos todos por Monseñor Di Pietro, Nuncio que era de Su Santidad, tomaron el tren para Santander, en la tarde del día 25 de aquel mes, y el 28 se embarcaron en el vapor *Saint-Laurent*, de la Transatlántica francesa, que, procedente de Saint-Nazaire, hacía rumbo á las Antillas y América del Sur.

El P. Matute hace en sus *Apuntes para la Historia* una detallada, pintoresca y verídica narración de lo que decimos en el último párrafo y del viaje á Colombia. «Durante la navegación, escribe, Puerto Cabello fué el único punto donde echamos pie á tierra, por quedar el vapor en el mismo muelle y haber llegado á hora oportunísima y en circunstancias de poder celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Nos dirigimos á la iglesia, y allí tuvimos el positivo placer é indecible consuelo de oír la misa de nuestro Superior, ya que todos no podíamos celebrar por la premura del tiempo. Salimos de la iglesia, y nos encontramos con el Ilmo. Sr. Arzobispo de Caracas (Venezuela), quien nos dió su bendición y celebró nuestro encuentro, suplicándonos encarecidamente que, por lo menos, dos de nosotros nos fuésemos con él, poniendo ante nuestra vista para obligarnos la escasez del clero que tenía y las muchas necesidades de los fieles que no podía satisfacer por la falta de operarios. ¡Con qué buena voluntad le hubiera complacido el P. Moreno, nuestro Superior! Pero era imposible, atendida nuestra misión y las órdenes que teníamos de nuestro Padre Vicario General.»

Describe luego el término del viaje por mar, la llegada á Barranquilla, la subida por el río Magdalena hasta Yeguas, donde tomaron el tren que lleva á Honda, y su partida para la Sabana, acompañados del inolvidable P. Bustamante, que había ido á recibirlos. Cuatro días de penosísima marcha por caminos fragosos, en «unas mulas ya rendidas que apenas podían dar un paso», les costó entrar en Facatativá, «en donde tuvimos el gusto de dar estrecho abrazo á los Padres que allí nos esperaban, hospedándonos en casa del muy R. P. Pedro Salazar, Agustino Calzado y Provincial de la Orden, quien desempeñaba el curato de la citada ciudad. Con él estaban, y en su compañía partimos de Facatativá, nuestro Padre Provincial Fr. Victorino Rocha de San Luis Gonzaga y el P. León Caicedo de San Juan Bautista, que habían salido á recibirnos. Por disposición de los Superiores, parte de los Misioneros salieron para nuestro convento del Desierto, y el P. Ezequiel, con el que esto escribe, para Bogotá. Nos separamos, pues, ofreciendo á Dios Nuestro Señor el sentimiento natural que estos actos producen. El día 2 de Enero de 1889 nuestro P. Ezequiel y yo entrábamos en la capital de la República.

»Por ausencia del Ilmo. Sr. Paúl, entonces Arzobispo de Bogotá, visitamos al Sr. Dr. D. Patricio Plata, Vicario General de la Arquidiócesis, y al Sr. Dr. D. Joaquín Pardo Vergara, Secretario del señor Arzobispo; nos recibieron con muestras de singular cariño. Nos dirigimos después al Palacio del Vicepresidente de la República, doctor D. Carlos Holguín, quien, luego de cambiar el saludo con nosotros, se nos ofreció como Jefe del Poder Civil y como particular, manifestándole por nuestra parte reconocimiento y gratitud, y significándole el objeto de nuestra misión en Colombia, como operarios de la viña del

Señor. Palabras dignas de todo encomio tuvo el Sr. Holguín para aplaudir el motivo de nuestra separación de la patria que nos vió nacer. Cuantos en aquella ocasión rodeaban al señor Vicepresidente de la República se hicieron eco de sus palabras, y á todos agradecemos las valiosas promesas que nos hicieron en favor de la santa y gloriosa causa que nos trajera á este país.

»Traíamos cartas de recomendación; y con motivo de entregarlas, tuvimos ocasión de relacionarnos con personas y familias honorables de la capital; y no dejó de sorprendernos agradablemente la nobleza de sentimientos, la afabilidad del trato, lo culto de sus maneras, á la par que su franqueza, característica de nuestros paisanos, que observamos en todos. ¡Ventaja inmensa es la comunión de idioma, que nos permitió desde los primeros momentos entendernos y relacionarnos con la gente de un país nuevo y desconocido para nosotros.

»Estaba á la sazón ausente en Anapoima el Ilmo. señor Dr. D. Telesforo Paúl, dignísimo Arzobispo de Bogotá, adonde, por prescripción médica, había ido á fin de reponer su quebrantada salud. Allí le dirigió nuestro P. Moreno un telegrama en el que le saludaba y anunciaba nuestra llegada. No se hizo esperar mucho la respuesta, en la cual se dejaba entrever la genial dulzura y característica bondad del Prelado de la Arquidiócesis. En vista de que sólo distaba un día de camino el pueblo de Anapoima, nuestro Padre Superior dispuso viaje para ir á visitar y presentarnos al señor Arzobispo.»

Cuenta el P. Santiago el viaje; nos dice que se detuvieron en el Tambo para celebrar misa, y que, pasando por San Antonio de Tena y La Mesa, llegaron á la casa-hacienda de San José, residencia del ilustre enfermo. «Mostróse muy contento y satisfecho con nuestra venida

á Colombia, y se nos ofreció incondicionalmente, nos dimos estrecho y cordial abrazo de despedida (¡quién había de pensar que era para siempre!) y nos volvimos á La Mesa, en donde pernoctamos, siguiendo al día siguiente nuestro viaje de regreso á Bogotá.»

El territorio en que se halla el convento de la Candelaria, cuna de aquella provincia religiosa, corresponde á la diócesis de Tunja, y dista de Santa Fe de Bogotá tres fáciles jornadas. Ya dijimos que en Facatativá tomaron vía directa para aquel convento cinco de los siete misioneros, yendo á la capital de la República los Padres Ezequiel y Matute, para presentarse á las autoridades eclesiástica y civil, é instalarse en la que había de ser Residencia del Superior. Cumplido aquel deber y aceptado, con gracias á Dios y al R. P. Victorino Rocha, el reducido acomodo de la pobre vivienda, anhelaban trasladarse al Desierto para inaugurar oficialmente el culto y la observancia. Tres viajes hicieron en aquel año de 1889, los cuales describe el P. Santiago con su acostumbrada galanura, siendo el primero y principal el emprendido á los pocos días de su estancia en Bogotá. Salieron el 14 de Enero, llegaron al Desierto el 17, con funciones extraordinariamente solemnes, numerosísimo concurso é infinidad de confesiones y comuniones, quedó restablecido el culto en la iglesia el 2 de Febrero, día del Misterio de la Purificación, á que está dedicado el templo. Pasado el bullicio de la fiesta, el P. Ezequiel reunió á los religiosos, é invocando el nombre de Dios, y después de exhortar á todos con la unción que él solía hacerlo y la forma especial que pedían las circunstancias, á observar puntualmente nuestras Sagradas Leyes, dejó instalada la Comunidad en el Desierto de la Candelaria, nombrando Prior del Convento y Maestro de Novicios al P. Ramón Mira-

món de la Purísima, y Subprior al P. Gregorio Segura del Carmen.

Vueltos á Bogotá el Padre Provincial y su secretario, dieron principio á la práctica del sagrado ministerio. «Confesar; predicar; asistir á enfermos; auxiliar á los moribundos; poner su contingente en los ejercicios y retiros espirituales que allí con tanta frecuencia se dan en favor de pobres y ricos; la dirección espiritual de tres conventos de religiosas y de más de cien alumnas que tenía el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús; las funciones cada día más esplendorosas y concurridas en la iglesia propia, tales eran sus ocupaciones que apenas les dejaban tiempo para el descanso absolutamente necesario.»

De su predicación nos dice cierto protestante convertido, hoy fervoroso católico: «Un día en que yo me hallaba en el templo de la Orden Tercera de esta ciudad (Bogotá), subió al púlpito un religioso de la Orden Agustiniiana, y predicó sobre no recuerdo qué tema, pero sí recuerdo que en su suave enumeración, su tierna unción, su porte apostólico y la convicción con que emitía las frases, que bien se notaba salían más del corazón que del entendimiento, me llenaron el alma de gozo; y recuerdo haber experimentado la sensación de haber oído predicar á un religioso Agustino, como, sin duda, predicaban los santos. Supe luego que era el R. P. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz. Más tarde le oí predicar de nuevo y sentí la misma impresión que la primera vez, y esto mismo parece que sucedía en la mayoría de sus oyentes. El se ganaba los corazones de los fieles en sus pláticas y, semejante al Profeta cuyo nombre llevaba, infundía el espíritu en los corazones secos y áridos para vivificarlos en la llama del amor divino que abrasaba su corazón. Sólo el día del



Altar mayor de la iglesia de Padres Agustinos Recoletos de Bogotá,
durante el mes de Mayo

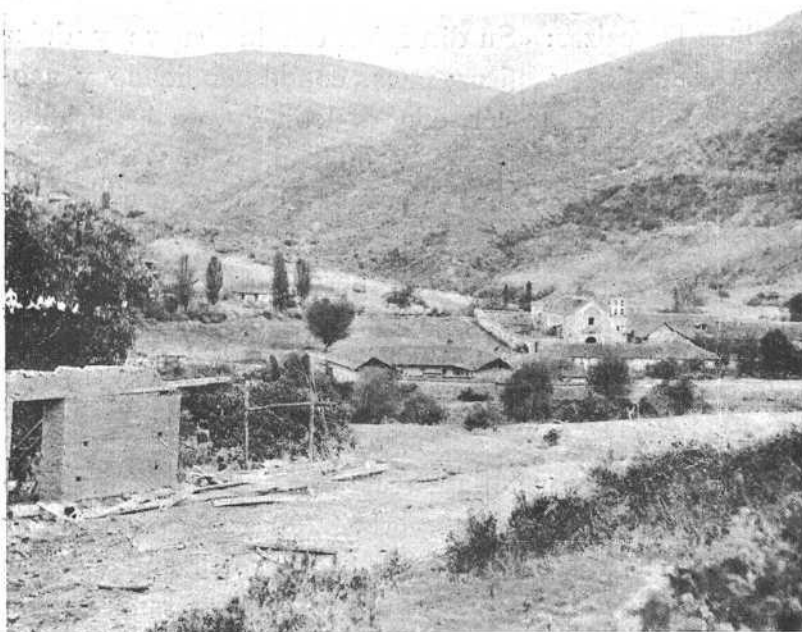
Juicio se sabrá cuántas almas deberán su dicha eterna á la pesca evangélica de los sermones del Ilmo. Sr. Moreno y Díaz.»

Puede juzgarse al P. Ezequiel como director de almas, por el siguiente relato de una Superiora de Carmelitas Descalzas: «Su dirección era tan suave y dulce como enérgica y eficaz; pues, condescendiendo y acomodándose, al parecer, con la debilidad de la dirigida, con la mayor delicadeza y bondad, y con tino nada común y ordinario, sino como una gracia concedida por Dios sólo á él, hacía que una se conociera y reconociera sus faltas é imperfecciones, pero sin dejarle sentir el menor desaliento ni desmayo, antes por el contrario, allí como que era donde más sobresalía y experimentaba una más esa gracia y fuerza divina que él comunicaba para que una cobrase ánimo y esfuerzo para abrazar todo sacrificio y desear toda virtud; y esto lo notaba yo, no sólo por lo que en mí experimentaba, sino también por lo que durante ese tiempo pude advertir en las demás hermanas. ¡Qué útil, qué provechosa fué tan santa y sabia dirección á nuestra Comunidad! En fin, como que poseía gracia, esa gracia superior y extraordinaria que Dios, no á todos ni muy comúnmente concede, sino á uno entre mil, como dice San Francisco de Sales, con el cual bien puede compararse nuestro Ilmo. y Rmo. Sr. Fr. Ezequiel Moreno, ya como Prelado, ya como Director y santo.»

El 14 de Julio de 1889 falleció en Ráquira el inolvidable P. Juan Nepomuceno Bustamante, después de haber tenido el consuelo de ver restaurada su amada Provincia. Gran sentimiento produjo esta pérdida en el ánimo del P. Ezequiel y de todos los misioneros, si bien alivió su pena la fundadísima esperanza de que el Señor premiaría largamente el celo, el trabajo y las demás virtudes de tan

eximio Recoleta, á cuyo cadáver se le dió honrada sepultura en el cementerio del Convento del Desierto.

En Junio de 1890 llegó de España á Colombia la segunda Misión, compuesta de los PP. Fr. Manuel Fer-



Convento del Desierto

nández de San José, Fr. Marcos Bartolomé de la Soledad, Fr. Antonino Caballero de la Concepción, Fr. Marcelino Ganuza de la Virgen de Jerusalén y los dos Hermanos legos Fr. Canuto Gambarte de la Concepción y Fr. Robustiano Érice de los Sagrados Corazones. ¡De qué gozo tan grande quedó inundada el alma del P. Ezequiel, viendo que con aquella nueva falange de Misioneros, pocos en número, pero de tanto espíritu que valían por un ejército, podría acometer la acariciada empresa que luego afrontó, como veremos en el capítulo siguiente!

Finalizamos éste, con decir que el Ilmo. Sr. Velasco, Arzobispo de Bogotá, y sucesor del Sr. Paúl, conocidas ya las dotes apostólicas de los nuevos Padres Candelarios, al practicar la Santa Pastoral Visita, quiso que le acompañase el P. Ezequiel; y no hay necesidad de decir lo muchísimo que en el púlpito y confesonario trabajó el incansable Padre Provincial en compañía del P. Santiago, y luego del P. Manuel Fernández, que hizo entonces su primera campaña de misionero.





CAPÍTULO VIII

Misiones de los antiguos Padres Candelarios en Los Llanos de Casanare. — El P. Salvador de San Miguel, natural de Alfaro. — Su vida licenciosa. — Su conversión é ingreso en nuestra Orden. — Marcha á Colombia y promueve las misiones de Los Llanos. — El P. Ezequiel acaricia la idea de las misiones. — Da ejercicios al clero en Tunja. — Sale para Los Llanos. — Sus cartas edificantísimas. — Desde Tunja. — Labranzagrande. — Marroquín. — Santa Elena. — Orocué.

LA obra más vistosamente cristiana y á la vez social á que se dedicaron desde mediados del siglo XVII nuestros Religiosos de la Provincia de Tierra firme ó de la Candelaria, fué la de las famosas Misiones en Los Llanos de Casanare, territorio muy extenso y poco poblado, donde tenían y tienen su morada los indios Sálivas, Guahivos, Yaruros, Achaguas, etc. El año de 1654 entraron los Padres Candelarios en aquella selva, convirtieron bastantes infieles y fundaron algunos pueblos. El gran historiador de Colombia D. José Manuel Groot dice, hablando de los nuestros: «Estos religiosos son los que mejor han manejado las Misiones de Casanare.»

Refiérese en el tomo IV de nuestras Crónicas que, «en Cartagena de Indias y Convento de la Popa murió el

año de 1679, ó al siguiente, un gran Religioso llamado el P. Fr. Salvador de San Miguel, en opinión más que común de santidad. Fué natural de Alfaro, Obispado de Tarazona, hijo legítimo de D. Miguel Malo y D.^a Isabel Escarroz, sujetos de calificada nobleza, y más distinguidos aún por la perfección cristiana. A los veinte años de su edad era ya gramático, filósofo y teólogo consumado; pero cuando esperaban los padres tener en él un ornamento de la Casa, dirigiéndole por la Iglesia, se dejó engañar incauto, de dos mancebos, sus coetáneos, que, apeteciendo libertad, le indujeron al servicio del Rey. Tomó, pues, partido en la Milicia, aunque con la distinción correspondiente á su casa, y siguió por espacio de tres años esta vida licenciosa. Pero hallándose en Barcelona, con el designio de pasar á Italia, comenzó á ilustrarlo con fuerza la Divina luz, y abriendo los ojos para conocer cómo son en sí las cosas terrenas y caducas, sintió tal mutación en su interior, que ya anhelaba lograr el cielo el que antes con las vanas esperanzas de subir y valer apenas cabía en el mundo.

»Pensando en los medios oportunos para lograr aquel fin, acertó á tener comunicación con un Religioso de nuestro Convento, quien, por haberse criado en Alfaro, conocía á sus padres y parientes, y así, dándole parte de sus intentos, se puso en sus manos dispuesto á practicar cuanto le aconsejase. Probó y aprobó el Religioso su vocación, y le indujo á sentar plaza en nuestra Descalcez. Asintieron los padres del mancebo, y siendo admitido con gusto por el Padre Provincial Fr. Juan Bautista Alta-
raque, que se hallaba en Barcelona de Visita, y por la Comunidad de nuestro Convento de Santa Mónica, recibió el hábito Recoleta con grande alegría de su espíritu, cuando contaba ya en su edad veinticinco años».

Profesó el 19 de Febrero de 1630, y cuatro años después, ordenado ya de sacerdote, pasó á Nueva Granada, acompañando al Padre Comisario General Fr. Juan Ramírez. Se dedicó á misiones vivas recorriendo los reinos de Nueva Granada y Quito, fué nombrado Provincial de la Candelaria en 1669 y consagró su Prelacia á dar nuevo y poderoso impulso á las Misiones de Los Llanos, que se mantuvieron, no siempre con vida próspera, hasta mitad del siglo XIX.

Fué admirable designio de la divina Providencia que otro Religioso, nacido en la misma ciudad que el P. Salvador de San Miguel, y nombrado Superior de la misma Provincia, consagrarse también su Prelacia y desvelos á restablecer las Misiones de Casanare.

Era el 7 de Noviembre de 1890 cuando el P. Ezequiel salió de la Capital con dirección al Convento del Desierto, para más consultar con Dios en el retiro la empresa que meditaba, y proponerla después al Ilustrísimo Sr. Perilla, Obispo de Tunja, á cuya jurisdicción pertenecía lo que habría de ser campo de operaciones. Ya se ve que se trataba de la expedición á Los Llanos, y si podrían restablecerse las Misiones en favor de tantas almas abandonadas allí por falta de operarios evangélicos. El señor Obispo deseaba que nuestros religiosos diesen en Tunja unos ejercicios espirituales al clero, trabajo que el P. Ezequiel aceptó gustoso y santamente interesado, pues veía propicia la ocasión para tratar de traer sus proyectos al terreno de la práctica; al efecto de dar los ejercicios, llevó consigo al P. Ramón Miramón.

Pero oigamos ya la voz de nuestro amadísimo P. Ezequiel; palpemos su espíritu en las hermosas cartas que con motivo de la empresa dirigió al P. Santiago Matute, publicadas por éste en su revista *El Congregante de San*

Luis y reimpresas en los *Apuntes*. Escritas con la sinceridad que siempre caracterizó á nuestro ferviente Misionero, nos ofrecen un fidelísimo retrato de su alma apostólica, y son ahora, como serán después sus Pastorales, los testimonios más auténticos de su santa vida.

«El día 21 del pasado mes de Noviembre (la carta que extractamos está fechada en Tunja el 10 de Diciembre) salí de nuestro Convento del Desierto de la Candelaria en compañía del P. Ramón, dejando en buena salud á todos los religiosos. La salida fué con dirección á esta ciudad de Tunja, con el objeto que ya sabía Vuestra Reverencia de dar ejercicios en esta Diócesis. Llegamos á Samacá por la mañana, y después de almorzar, montamos en los caballos para proseguir nuestro viaje; pero fué tanto lo que llovió, y se puso tan resbaladizo el *páramo*, que nos vimos precisados á volver á Samacá, donde pasamos la noche.

»El día 22, después de haber celebrado el santo sacrificio de la Misa y confesado á algunas personas, salimos para ésta, llegando sin novedad. Fuimos recibidos por el Ilustrísimo señor Obispo con afecto verdaderamente paternal; afecto que, como sabe bien Vuestra Reverencia, nos lo ha tenido desde nuestra llegada á esta tierra, que tan bien nos ha recibido, y cuyos habitantes tantas pruebas de consideración nos tienen dadas. Dios Nuestro Señor les pague todo en abundancia.

»Al día siguiente, 23, dimos principio á los santos ejercicios, predicándoles yo la plática de entrada en ellos. Sesenta y cinco sacerdotes se reunieron, con el señor Obispo á la cabeza, instalados todos en el Seminario, donde también nos alojábamos nosotros. Seguí predicando por las tardes, y el P. Ramón lo hizo por las mañanas hasta el viernes 28, en qué ya no pudo hacerlo, porque no se lo

permitió la enfermedad que hasta ahora le tiene postrado en cama. Tuve que suplirle, pero gracias á Dios concluí los ejercicios sin la menor novedad en mi salud y dejando á todos los ejercitantes satisfechos, según me manifestó el Ilustrísimo señor Obispo en presencia de todos ellos, después de haberles predicado la plática de conclusión de ejercicios. Reconozco, sin embargo, que en su bondad apreciaron mis trabajos en más de lo que valían, y yo agradezco en el alma esa fineza.

»La conclusión de ejercicios tuvo lugar el martes, 2 de éste, al medio día, y después me han tenido ocupado predicando y confesando en varias iglesias de esta ciudad.

»El cuidado que exigía el enfermo no me hubiera permitido todo lo que he hecho; pero el P. Manuel y el Hermano Isidoro llegaron á ésta el día 1.º de Diciembre por la tarde y se encargaron del cuidado del enfermo, quedando yo algo libre para hacer otras cosas.

»Quiero hacer notar aquí una cosa digna de mención y de que nos fijemos en ella. Sabe perfectamente Vuestra Reverencia que algunas personas nos aconsejaban que no hiciéramos nuestra expedición á Casanare, dándonos varias razones, y como principal el que aquello es muy malsano y expuesto á calenturas. Dios Nuestro Señor en su bondad me ha proporcionado con la enfermedad del P. Ramón (que precisamente ha sido una fiebre, y fiebre maligna) lo que he de contestar á los que hablaban de calenturas en Los Llanos de Casanare. Les puedo decir que también Dios Nuestro Señor manda calenturas fuera de Los Llanos de Casanare, y que nuestra vida está en sus manos lo mismo aquí que allí; y en ambas partes y en todas nos la puede quitar cuando plazca á su divina voluntad siempre santa y siempre justa. Estoy cierto de que, si la calentura que ha tenido el P. Ramón en Tunja

la hubiera tenido en Casanare, no me hubieran faltado reconvenciones; pero, por la gracia del Señor, no ha sido allí sino aquí, proporcionándome con eso un medio admirable de defensa. Verdad es también que, aun sin eso, poca mella nos hubiera hecho lo que pudieran decir personas que no están en situación de apreciar debidamente lo grande de nuestra empresa y lo poco que significa la salud del hombre y aun su misma vida, si se compara con lo que vale una sola alma y con la magnífica recompensa que nos tiene Dios preparada para premiar al que por su gloria y bien de sus prójimos da su salud ó su vida. Además, esa vida así dada y sacrificada por Dios siempre es fecunda en bienes para la Iglesia, para la sociedad y para la Corporación á que pertenece el individuo.

»Como la convalecencia del P. Ramón ha de durar mucho y no podemos detenernos, porque perderíamos ese tiempo, el más á propósito para andar por Los Llanos, he llamado al P. Marcos para que reemplace al enfermo, y á uno de los Hermanos para que se quede aquí á cuidarlo mientras no puede volver á nuestro Convento. Está determinada nuestra salida para el lunes próximo, día 15.»

«Labranzagrando, 23 de Diciembre de 1890.

»Dije á Vuestra Reverencia que el 15 era el señalado para nuestra salida de Tunja: reunidos todos los expedicionarios nos pusimos en camino con dirección al pueblo de Tota. Nos acompañaban el señor Cura de Labranzagrando y un sacerdote joven (D. Crisóstomo Moreno): el mismo señor Obispo, con su secretario, y algunos señores canónigos tuvieron la amabilidad de acompañarnos una hora de camino. La despedida fué afectuosa y con-

movedora, y habiendo recibido la bendición del Ilustrísimo señor Obispo, nos alejamos de ellos, llevando las más gratas impresiones y llenos nuestros pechos de reconocimiento y gratitud á tantas consideraciones que se nos habían guardado, á pesar de lo poco que valemos. Dios Nuestro Señor les pague tanta bondad.

»Llegamos á Tota después de tres horas de viaje, y á eso solamente se redujo nuestra jornada en ese día. Al poco rato de llegar tuve que subir al púlpito, porque el señor Alcalde del pueblo y vecinos me suplicaron les dijera algo si no me hallaba muy cansado. No faltaba cansancio; pero, ¿quién se negaba á tal súplica? Les prediqué, pues, y ellos correspondieron con la mayor gratitud, acompañándonos al día siguiente hasta llegar á la jurisdicción del pueblo inmediato.

»A la hora y media de haber llegado á Sogamoso, importante ciudad, estaba ya en el púlpito, dando principio el 17 á un retiro que había de durar hasta el domingo, 21. La iglesia, aunque bastante capaz, se vió llena de gente, y en los días siguientes ya era pequeña para contener la multitud de fieles que acudía á los sermones. Once sermones predicamos entre los tres.

»El fruto que se recogió fué copiosísimo, no bastando nueve sacerdotes que nos reunimos para oír á todos los que buscaban lavar las manchas de sus pecados en las saludables aguas de la Penitencia. Dimos fin al retiro con una fiesta al Sagrado Corazón de Jesús, animando á los socios del Apostolado á extender el reinado de Jesucristo Nuestro Señor, y trabajar incansables para que sea honrado de todos y reine verdaderamente en los individuos, en las familias, en los pueblos y en la sociedad. Cuando nos disponíamos á marchar, nos fué en extremo dificultoso montar en los caballos, porque inmensa multitud de

fieles nos rodeaba por todas partes, besándonos el hábito y llorando á grito vivo. No es posible describir esos cuadros verdaderamente conmovedores y tiernos; es seguro que proporcionaron un mal rato á los enemigos de nuestra religión sacrosanta. Excuso decir que nuestras lágrimas se mezclaban con las de aquellos buenos fieles, y que nos alejamos de ellos suplicando al Señor les llenara de bendiciones y gracias. ¡Bendito retiro y bendito sea Dios, Autor de todo bien!

»Mañana por la noche daremos principio á la santa misión en este pueblo (Labranzagrande); y cuando concluyamos iremos á Marroquín á dar otra, y después á Nunchia, Maní, Santa Elena y Orocué. Están todos estos pueblos de Los Llanos sin cura; y aunque nuestro principal objeto al venir por aquí es visitar las tribus salvajes, hay que hacer lo que se pueda en esos pueblos que llevan ya años sin sacerdote. Hoy ha recibido el señor Cura una carta de Maní en la que una señora le suplica por Dios, la Virgen y todos los Santos, que haga por visitarlos, porque llevan ya cinco años sin que haya llegado sacerdote por aquel pueblo. ¡Qué sorpresa tan agradable será la suya cuando vea que llegamos todos nosotros! Si Dios Nuestro Señor nos da salud, creo que nuestra correría ha de ser muy provechosa á las almas. Nos esperan privaciones, calor, cansancio, sufrimientos mil, pero todo se puede dar por bien empleado, en vista de las grandes necesidades espirituales que hay por aquí, y de la mucha gloria que se puede dar á Dios Nuestro Señor. Después de haberle ofendido, ningún sacrificio se le puede ofrecer más grato á sus ojos, que más le mueva á misericordia y más asegure nuestra salvación. *Animam salvasti, animam tuam praeordinasti*, dice Nuestro Gran Padre San Agustín.»

«Labranzagrande, 6 de Enero de 1891.

»Escribo ésta porque ahora hay alguna probabilidad de que llegue á su mano, y en saliendo de aquí ya no hay medio de poder decirle nada; nos meteremos en Casanare y ni nosotros sabremos del mundo, ni el mundo de nosotros, porque en ese territorio inmenso no hay correos, según dicen. Nos veremos precisados á comunicarnos con solo el cielo, y no deja de ser una ventaja inmensa para los que aspiramos únicamente á aquella patria de eterna dicha.

»Nuestra salida es mañana para Marroquín, donde permaneceremos tres días ó cuatro, si encontramos gentes á quienes predicar y confesar. De Marroquín saldremos con dirección á Mani, pequeño pueblo, donde también daremos una pequeña misión; seguiremos después á Santa Elena, donde haremos lo mismo, é iremos á Orocué. De Orocué es lo regular que salgamos embarcados, navegando por el Meta hasta llegar á Cravo, punto en el que fijaremos regularmente nuestra residencia, porque nos han dado muy buenos informes de él; pero como hasta ahora no lo conocemos más que por informes, no puedo decir con seguridad si será el escogido para residir. La navegación de Orocué á Cravo será de cinco días, según dicen.»

«Marroquín, 9 de Enero de 1891.

»Salimos de Labranzagrande el día 7, como se había determinado, y salimos con todos los avíos de un calentano llanero, ó sea, con nuestra ruana blanca, con la hamaca colocada en las correas de la silla y nuestro cacho

ó cuerno amarrado con una cuerdecita algo larga para poder coger agua en los caños sin necesidad de desmontarse; se deja caer el cuerno al río, se llena de agua y se sube con la cuerdecita.

»Seguimos nuestro viaje, y á las dos y media de la tarde llegamos á una casita situada en un terreno llamado *Vizcocho*, donde confesé á una enferma, y esperamos las bestias de carga, para ir con ellas por unos pasos llamados *Las barras*, por si ocurría algún contratiempo desagradable. Esos pasos son en efecto peligrosos, por ser estrechos y tener á la derecha un horrible precipicio, y á la izquierda un monte de piedra cortado perpendicularmente. En la piedra del monte han hecho unos agujeros, en ellos han metido unos maderos, y con otros superpuestos han formado el camino. Si en esos trechos se encuentran dos bestias en dirección opuesta es muy difícil el que puedan pasar, y como no hay adónde retirarse, al menor descuido se rueda por el precipicio y se va á dar al río, que por esa parte toma ya el nombre de El Cravo.

»Hay en este pueblo unas veinte casas, todas de paja; una mediana iglesia, techada también de paja y bastante sucia, y un ranchito, que es el que habitamos y que dicen que es la Casa Cural. Esta noche acudieron al sermón unas sesenta personas, y éstas dicen que no han avisado á las gentes de los barrios, y que por eso no han venido.»

«Santa Elena, 25 de Enero de 1891.»

»Pasamos el día 10 en Marroquín, confesando, casando y bautizando. Por la noche prediqué á un auditorio más numeroso que el de los días anteriores. A las diez de la mañana del día 11 salimos con dirección á Los Llanos.

Pasado el río Cravo, por la parte menos honda, entre cuatro y media y cinco de la tarde entramos en los deseados llanos de Casanare, tan temidos de la multitud por sus fiebres, tigres, serpientes, etc., etc. ¡Qué panorama tan hermoso se presenta á la vista! No es posible describirle; hay que verle. Por una parte se pierde la vista sin encontrar objeto alguno, y por otra forman el horizonte los árboles y espesura que hay en las orillas de los ríos y esteros, ó caños, como por aquí dicen. A veces se figura uno hallarse en alta mar, divisando islas á lo lejos, pues como tales se presentan en estas inmensas llanuras ciertos pequeños grupos de árboles ó palmeras ó matas de cañas que se encuentran de trecho en trecho en las sendas que hay trazadas. También pudiera decirse que son verdaderos oasis colocados por la Providencia para poder tomar un descanso á cubierto de los abrasadores rayos del sol.

»En la madrugada del 12 preparamos el altar y celebramos Misa cantada, siendo los cantores el Hermano Isidoro y los PP. Manuel y Marcos. Después de alzar cantaron el Corazón Santo. El acto estaba devoto y conmovedor; yo, á lo menos, confieso que me sentí conmovido al ocurrirme el pensamiento de que en estas inmensas llanuras no se ofrecía á Dios otro sacrificio, y que el Señor lo recibiría sin duda con agrado. ¡Bendito sea Dios y alabado en todo lugar!

»Celebramos todos el día 15 en la iglesia del pueblo (Mani), y descansamos hasta las doce, que reunimos la gente para enseñarles la doctrina. Es una lástima ver á toda la gente de Los Llanos sumida en la mayor ignorancia respecto á las verdades de nuestra Sagrada Religión: muchos no saben ni santiguarse, y hay que enseñarles todo. Mucho bien se puede hacer por aquí y mucho

se debe esperar hagan nuestros misioneros con la ayuda del Señor. Los ya bautizados se hallan en tanta necesidad como los no bautizados. Por la tarde cantamos unas vísperas á San Roque, rezamos el santo Rosario, y prediqué á las pocas personas que había.

»En la mañana del 16, después de haber celebrado las Misas rezadas, cantó el Dr. Medina (Cura de Labranzagrande) una Misa á San Roque, en la que prediqué en honor del Santo. Hicimos todos de cantores, y había unas cuarenta personas. Por la noche cantamos otras vísperas, se rezó el santo Rosario y prediqué con algo más de concurrencia que en la noche anterior. Cuando volvimos á casa, se presentó un hombre diciendo que había un^o gravemente enfermo, á doce horas de distancia. No habiendo quién pudiera socorrer á ese enfermo, si no lo hacíamos nosotros, la caridad nos exigía ese sacrificio, y arreglé todo para emprender el viaje al día siguiente.

»Caminamos hasta las doce y media, paramos á comer, y á las dos emprendimos de nuevo la marcha, llegando á casa del enfermo á las seis y media de la tarde. Le encontré algo mejor de lo que decían, y aun creo que fuera de peligro: dí por bien empleado mi trabajo, porque lo confesé; y al día siguiente practiqué unas informaciones para casar á una pareja que vivía en pecado; confesé á otra persona y bauticé á un niño. A las nueve y media de la mañana confesé en el camino á otro enfermo verdaderamente grave.

»Llegamos á Mani el 19 á las doce y media, encontrando buenos á todos los compañeros. Estos habían enseñado la doctrina y predicado por las tardes, y también por las mañanas, en fiestas encargadas en honor de Jesucristo Crucificado, de la Virgen del Rosario y San Roque. Se reunió mucha gente por fin, se confesaron

muchos, se bautizaron veintisiete y casaron trece parejas. Por la noche sacamos en procesión á San Roque y á Nuestra Señora del Rosario; rezamos después el santo Rosario, y les prediqué despidiéndonos de ellos. Las pobres gentes lloraban desconsoladas; y al salir de la iglesia no cesaban de preguntar si volveríamos alguna vez al año siquiera. No será difícil que se les visite, porque regularmente los Padres se quedarán por aquí.

»El día 20 llegamos á este pueblecito de Santa Elena, cerca de las nueve de la noche. La gente estaba recogida; pero una multitud de perros que nos salieron al encuentro aullando, hizo levantar á la gente, creyendo sin duda llegaba alguna cuadrilla de infieles de las que con frecuencia visitan este pueblo, causando perjuicios en ocasiones.

»El día 22, á las doce del día, se presentaron cuatro infieles, armados de su flecha y arco, y pasamos unas horas hablando con ellos mucho, y entendiendo poco, porque no había intérprete, y ellos sólo sabían algunas palabras de español. Se marcharon, prometiendo volver con muchos más. En vista de esto y de algunas ventajas que presenta este punto en recursos y comunicaciones, he resuelto que los Padres se queden aquí, si es que no encuentro otro punto más ventajoso para nuestro intento. Mañana, 26, saldremos para Orocué, excepto el Dr. Medina, que vuelve á su pueblo. Se lleva las bestias, y nosotros haremos el viaje por agua, bajando lo que nos falta del Cursiana y entrando en el Meta. Tuve fiebre el día 22, y me vi precisado á guardar cama, pero desapareció por la noche y no ha vuelto.»

«Orocué, 4 de Febrero de 1891.

»Después de decir Misa el día 26, nos metimos en una embarcación, que por aquí llaman *bongo*, y echamos á navegar por el río Cursiana abajo. Al anochecer entramos en el gran río Meta, seguimos navegando hasta las nueve de la noche, y arribamos á una playa que llaman de *Montenegro*; todos tomamos del café que hicieron los marineros para ellos, y tratamos de acomodarnos bajo el cobertizo de palma que llevaba el *bongo*. El cobertizo era pequeño, y no cabíamos todos, mucho menos aún porque el Hermano Isidoro estaba con mucha fiebre y queríamos tenerlo lo más cómodamente posible. No sé si dormirían los compañeros; yo puedo decir que no dormí, porque no pude tomar posición en la que pudiera conciliar el sueño.

»El 28 por la tarde llegamos á Orocué. Amaneció el 29; los enfermos (Hermano Isidoro y el joven sacerdote Dr. Moreno) seguían bastante mal; celebramos Misa, comimos á la una lo poco que una anciana preparó; los enfermos seguían con fiebre; yo me dirigí á Dios Nuestro Señor, y creyendo firmemente que estaba viendo nuestra situación y que El podía curar los enfermos, si quería, confiaba en que sin falta los curaría, si así conviniere á su gloria y á nuestro bien. Tocamos al Rosario por la noche, y acudió poquísima gente; después de rezarlo, les dije cuatro palabras; volvimos á casa; cenamos un guisote, y á las diez quisimos dormir, pero no fué posible, porque dos tribus de indios Sálivas que había por aquí principiaron en esa misma hora á pasear por el pueblo, tocando tambores y dando gritos salvajes y horribles. Duró la serenata hasta que amaneció el día 30. Después de celebrar, nos dedicamos á cuidar á los enfermos y pre-

pararles algo que comer, porque amanecieron sin fiebre.

»No han cesado de venir indios Sálivas y Guahivos; han tomado ya confianza, y vienen contentos y alegres. Uno de los Sálivas, el más ilustrado, está hecho un verdadero espiritista. El enemigo común de las almas le tiene completamente engañado y por su medio engaña á los demás. Dicen que hablan con sus mayores y que los ven, y además que ven á Dios. Al preguntarle en qué forma se les aparece Dios, me ha dicho que se presenta siempre muy serio y con mucha barba. Le hemos dicho lo que debíamos decirle, y ha prometido que dejaría todo y que estaba dispuesto á trabajar porque se forme un pueblecito donde los Padres vayan á enseñarles.

»Mañana salgo de este pueblo por tierra para la Trinidad, Pore, Moreno, Puerto de San Salvador y Cravo, para saber lo que hay por los ríos de Casanare, etc., etc. Hubiera hecho el viaje embarcado por el Meta; pero me han dicho que no he de ver caseríos de indios en las orillas del Meta, sino uno distante de aquí día y medio; y habiéndoseme presentado la ocasión de ir por tierra al punto que tenía determinado, he resuelto hacerlo así. Los Padres quedarán por aquí hasta que yo vea si conviene hacer otra cosa. Hago solo la expedición y necesito de más auxilios de Dios, porque me faltarán los que me han prestado mis buenos Hermanos.»



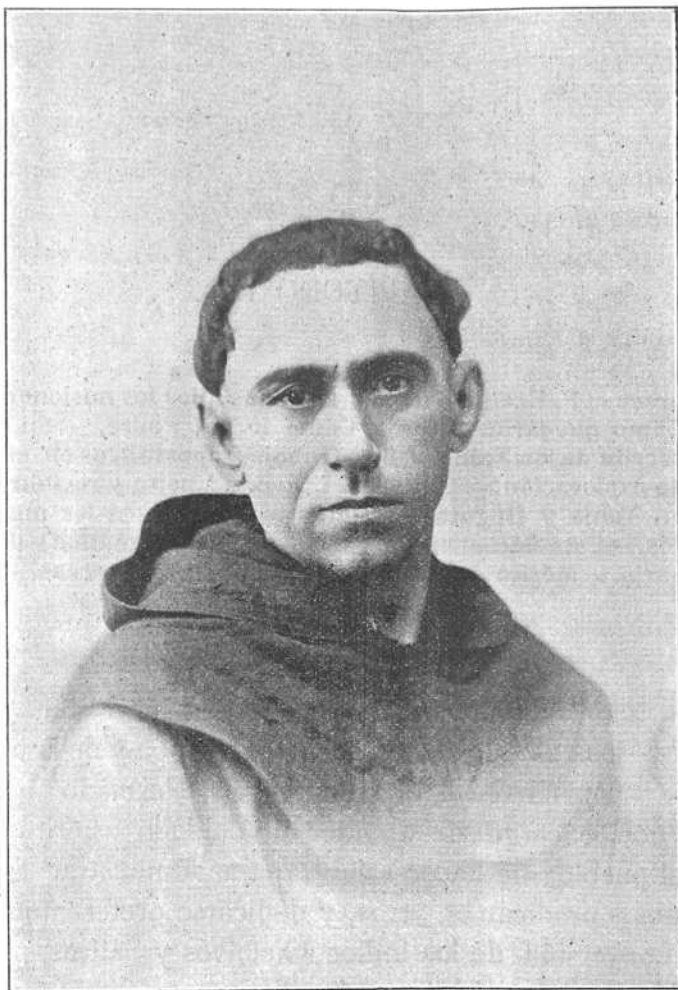


CAPÍTULO IX

Sepárase el P. Ezequiel de sus queridos hijos los misioneros. — Cómo quedaron éstos. — Cómo iba el Padre. — Su carta escrita desde Tame. — Sus trabajos apostólicos en el viaje de exploración. — Llegada á Cravo. — Vuelta y recibimiento en Tunja y Bogotá. — Prudentes consejos á los misioneros. — Estudian el “guahivo” y escriben gramática y diccionario. — Mérito de esa labor. — Frutos de sus tareas.

DESPUÉS de aquella excursión apostólica y tan ventajosa para los intereses de la religión y de la patria, dejando á los dos Padres y al Hermano en Orocué, con encargo de atender al cuidado espiritual de aquel pueblo, de hacer salidas para administrar Sacramentos y predicar en otros, y dedicarse preferentemente á la conversión de los indios Guahivos y Sálivas, procurando aprender el idioma de ellos y que formasen pueblos, se vió precisado el P. Ezequiel á marchar á Bogotá, adonde le llamaba el desempeño de su cargo y el recabar del gobierno protección oficial para las misiones de Casanare, ya instaladas. En su viaje de regreso extendió todavía su exploración á otros puntos, por ver si conven-

dría elegir alguno nuevo, bien fuese para centro, bien para más fácil comunicación de los misioneros, y hacer



P. Fr. Ezequiel Moreno de la Virgen del Rosario

al mismo tiempo con su paso algún fruto en aquellas pobres almas de cristianos que por falta de sacerdotes vivían como infieles. Es verdad que por el río Meta nave-

gaban á veces los celosísimos Padres Jesuítas; pero no podían atender al socorro de tanta necesidad.

Muy tristes quedaron en Orocué los hijos sin el Padre, según lo manifiestan en la primera que, con fecha 5 de Abril, le escribieron. «No habíamos sufrido, le dicen, pena alguna que nos afectase de un modo notable, hasta el día 5 de Febrero... Es el día en que Vuestra Reverencia se separó de nosotros, y en el que sentimos impresiones algo fuertes para nuestra debilidad, pues si bien antes de esa fecha habíamos experimentado privaciones y trabajos consiguientes á un país como éste, falta de recursos, sin embargo, como teníamos presente á Vuestra Reverencia, que nos animaba con su ejemplo, todos aquellos trabajos se nos hacían no sólo llevaderos, sino que los sufríamos con gusto y placer sumos; mas, cuando ya llegó el momento de darnos su abrazo paternal de despedida, nuestras almas sufrieron lo indecible, al ver que ya era un hecho que nos quedábamos solos, y sin el Padre que nos servía de guía y de todo.»

Y si tan afligidos quedaban los hijos, ¿cómo iría el Padre? Veamos algo de su pena, reanudando el extracto de sus cartas, cada vez más interesantes y reveladoras de la grandeza de su espíritu.

«Tame, 22 de Febrero de 1891.»

»Escribí mi última en Orocué, con fecha 4 del actual, y le decía que el 5 dejaba la buena compañía de los Padres, y salía con dirección á Cravo. Vacilé sobre si haría mi expedición por el Meta ó por tierra; pero habiendo sabido que á orillas del Meta no hallaría gente, y en cambio encontraría por tierra muchos fieles necesitados de auxilios espirituales, determiné hacerla por tierra,

aprovechando la ida á Pore de unos individuos que de aquellos pueblos habían ido á las fiestas de Orocué.

»Me levanté muy temprano el día 5 para confesarme, porque después no tendría ocasión de hacerlo, y para celebrar. Me despedí llorando de mis buenos hermanos, y ellos lloraban también. ¡Con qué gusto me hubiera quedado con ellos, si Dios Nuestro Señor no me quisiera tener ahora en otra parte! Me aparté de ellos ocultando en lo posible lo conmovido que estaba, y por el camino me acordaba de ellos, y seguía llorando, no por ir solo, sino porque los dejaba solos y deseaba en gran manera haber seguido trabajando en su compañía y servirles de algo.

»Recuerdo que en aquellos momentos, ó más bien en todo aquel día, pedí por ellos con fervor extraordinario á Dios Nuestro Señor, á su Santísima Madre y á nuestra Beata Inés de Beniganín para que los cuidaran, fortalecieran é hicieran fructuosos sus trabajos.

»Cerca de las tres llegamos á orillas del caño *Duya*, y allí paramos para hacer algo de comer. Mientras tanto, saqué mi cartera y apunté lo que voy escribiendo, y desahogué mi espíritu con estas líneas, que copio de mis apuntes. Siento que mi corazón desea volver á estas tierras para quedarme en ellas y entregar mi alma al Señor en el temido Casanare, ¡se puede trabajar tanto por la gloria de Dios y bien de las almas! Cierto que hay que estar desprendido de todo, y ser sólo de Dios, para llevar la vida de misionero de infieles; pero el Señor hará que de todo me desprenda: su gracia es poderosa. Me consuela hoy, más que otras veces, el escribir estas cosas. No puedo hoy hablar con mis hermanos, puedo decir que estoy solo, debajo de unos árboles en estas inmensidades desiertas, y me distrae agradablemente el acordar-

me de mi Dios, hablar con El, pensar en sus cosas y en lo mucho que le debe agradar el que todo lo sacrifiquemos por El y nos entreguemos á esta vida de privaciones de todo género. Además, ¡pasa tan pronto la vida! Y si desde estos Llanos voy al cielo, ¿qué más necesito y qué más quiero?

»Después de comer unos pedazos de plátano asado y dos huevos duros, me puse á rezar, y al concluir me sentí con principios de fiebre. Esta fué aumentando, se declaró por completo; y como los hombres dijeron que las bestias iban cansadas, y que allí pasaríamos la noche, busqué la hamaca, que estaba amarrada á dos árboles, me acosté y arrojé lo que pude, para ver si entraba en sudor. A las siete tomé una gran taza de agua de panela caliente, que me sirvió de sudorífico; la fiebre bajó algo y dormí.»

Aunque con el cansancio que deja la fiebre, se levantó á las tres de la mañana del día 6 para continuar el viaje que detalladamente nos va refiriendo en la citada carta, la cual copiaríamos aquí íntegra si no temiésemos hacernos difusos. Con indecibles molestias llegó á Trinidad el 7, á Pore el 10, á Moreno el 12, al Puerto de San Salvador el 17, y el 21 á Tame. Confesando á sanos y enfermos, administrando viáticos y comuniones, bautizando, instruyendo y predicando, pasó por aquellos pueblos, barrios y rancherías *haciendo bien*, á semejanza de Nuestro Divino Redentor. Sólo transcribiremos dos párrafos de otra carta inédita que en el trayecto escribió á los de Orocué, porque si bien expresan los mismos sentimientos que ya hemos copiado, tienen especial sabor por dirigirse á los hijos de quienes acababa de separarse.

«Me marcharé de Los Llanos con grandes deseos de volver, y si nuestro P. Gabino quiere mandar otro que me releve en Bogotá, yo me vendré contento por aquí. La

vida pasa pronto en todas partes, y cuantos más sacrificios se hagan por Dios y más privaciones tenga uno por El, tanto mayor será la misericordia con que nos mire, y tanto mayores los medios que nos proporcione para alcanzar nuestra eterna salvación, que es lo único que nos interesa.

»Confíen mucho en el Señor aunque se vean agonizando, como les decía al despedirme. Entregados por completo al Señor sin aspirar á otra cosa, sin buscar otra cosa que su gloria, es imposible que el Señor no los rija con especial Providencia, y, por consiguiente, si El permite que alguno muera de una fiebre será para su bien. No es otro Casanare de lo que era en los tiempos pasados, y entonces se pudo misionar y formar pueblos y levantar templos. El mismo, además, es el Dios de hoy, y esperando en El y buscando su gloria, venga lo que quiera. Tengan también en cuenta que acaso Dios Nuestro Señor quiera una ó más víctimas que obtengan el resultado de las Misiones con su sacrificio: no desanimarse, pues, venga lo que venga, porque todo será para nuestro bien, si somos suyos.»

Mes y medio habían invertido en el viaje de ida desde Tunja hasta Orocué, y dos meses de navegar y cabalgar echó el P. Ezequiel para volver desde Orocué á Tunja, cogiéndole en su regreso toda la Cuaresma de 1891. A pesar de su delicada salud, trabajo abrumador y no disponer de más alimentos que plátanos, carne de cecina y á veces algún huevo, observó rigurosamente el ayuno eclesiástico. En la octava y última de las cartas publicadas en *El Congregante de San Luis* y reproducidas en los *Apuntes*, después de decirnos que salió de Tame el 22 de Febrero y llegó á Cravo el 8 de Marzo, escribe:

«No sigo relatando el viaje día por día, porque en

todos hicimos y sucedieron las mismas cosas, y nada ocurrió que merezca particular mención. Todos me decían, cuando iba á emprender el viaje, que vería bastantes indios por las riberas del Casanare, y que había peligro de que fuésemos sorprendidos por algún grupo de Guahivos, que odian, persiguen y matan, si pueden, á los blancos. No vi uno siquiera en los once días que duró la navegación, y nada hubo de sorpresas por más que dormíamos todas las noches en la arena de las playas, sin vigilante alguno, é indicando ó dando á conocer nuestra estancia en los lugares por el fuego que había que encender para cocinar.

»Llegué al deseado Cravo el día 8 de Marzo á las tres de la tarde. Es Cravo un pueblecito que pudiéramos llamar de avanzada en aquellos territorios, porque es el más internado entre los infieles. Se halla situado en la confluencia del río de su nombre con el de Casanare, y el sitio que ocupa era guarida de indios salvajes hasta el año 1876, en que fué á establecerse en él, con algunas personas que le acompañaban, el venezolano D. Socorro Figueroa, quien, desde el principio, tuvo que sostener luchas terribles con los infieles, y después seguir venciendo grandes dificultades para formar el pueblecito que hoy existe, compuesto de unos doscientos habitantes y llamado á ser algo ó mucho más, atendida la ventajosa posición que ocupa entre dos ríos navegables. A disponer hoy de más personal, mandaría dos Religiosos á Cravo lo antes posible; pero no contando más que con los tres que llevé en mi compañía, y dando hoy principio á esa grande obra, he resuelto que los Padres queden en Orocué, donde hoy por hoy se encuentran más ventajas que en otros puntos para principiar la obra. Tienen cerca de dos capitánías de indios Sálivas y dos de Guahivos; y tratándolos,

pueden ir aprendiendo sus idiomas y hacer algo entre ellos.»

Permaneció en Cravo predicando y administrando sacramentos hasta el día 13; tuvo que acampar tres noches seguidas á la intemperie; se detuvo en el puerto de San Salvador la Semana Santa para arreglar un asunto de conciencia, que había dejado pendiente á la ida, y entró por fin en Tunja el día 6 de Abril, siendo recibido por el Ilustrísimo señor Obispo y por todos con el mayor cariño, no limitándose el Prelado á manifestaciones de afecto, sino dando dinero para atender en parte al sostenimiento de las misiones y al pasaje de algunos religiosos que de España habían de ir á Casanare.

Con cariño y extraordinaria simpatía fué también recibido el P. Ezequiel en Bogotá, admirando todos su heroico viaje y el haber principiado á realizar proyectos tan útiles para los intereses religiosos y patrios. El señor Arzobispo y el Clero ensalzaron la caritativa empresa; el Gobierno de la nación la acogió con marcada benevolencia y facilitó al efecto los recursos que permitían otras atenciones del Estado, y desde luego se captaron universales respetos los Padres Candelarios.

Eso obligó más y más al P. Ezequiel para que mirase las misiones de Casanare como á las niñas de sus ojos y como á la vida misma de la Corporación religiosa, de que él era Superior. Su pensamiento, su amor, sus desvelos, sus prestigios y todo lo consagró á la existencia y crecimiento de una obra que estimaba tan del agrado de Dios, dando ó reiterando excelentes disposiciones y prudentísimos consejos á los Padres Misioneros, procurándoles todo lo necesario y pidiendo en fervorosas y continuas oraciones á Dios Nuestro Señor que enviase operarios á su campo, nuevos Apóstoles para Casanare.

Se ve que la idea fija y el santo apasionamiento de nuestro infatigable religioso eran sus queridas misiones y sus amadísimos misioneros. Al saber que éstos habían estado enfermos les decía: «¡Cuánto los he pensado esta temporada con motivo de los achaques que han tenido! Quisiera poder volar á esa cuando llego á saber que sufren la más pequeña cosa. ¡Si querrá Dios que yo vaya por ahí para siempre! No lo sé; pero iría gustosísimo, y desearía sufrir yo solo para que los demás no tuvieran que sufrir. Ya saben que son Misioneros y no tienen residencia fija; estén donde más gloria den á Dios y donde sea más conveniente para la salud, pues mientras no haya más personal tienen que cuidarse mucho para mayor gloria del Señor.

»Creo, les decía dos días después, en 9 de Octubre de 1891, que no están para ir á dar la misión (que proyectaban) por los pueblos del cerro: cuídense, y cuando Dios quiera mandarnos más personal, entonces que trabajen los sanos. Hoy por hoy hacen bastante con estar por ahí. Pudiera aventurarse la salud por amor de Dios y del prójimo, si hubiera más personal; pero estando solos, el bien mismo de los prójimos exige que se cuiden, para que puedan atenderles cuando lo pida la necesidad. Dedíquense al estudio del Guahivo, porque hasta que éste no se sepa, no veo posible la formación de ningún pueblo.»

Efectivamente se dedicaron con gran ahinco al estudio del *Guahivo*, logrando escribir unos diálogos, y sin tardar mucho, gramática y diccionario, impreso todo en Bogotá (1895). El trabajo que representa la formación de una gramática en una tribu salvaje que no tiene ni ha tenido la más mínima noción de escritura, ni siquiera de la ógmica ó de cazoletas, viéndose en la precisión de co-

menzar por un estudio reflexivo, experimental y de muy repetida contrastación, respecto de la fonética, para dar á las letras su verdadero sonido con relación á otro idioma de familia completamente distinta; la ímproba labor de síntesis y análisis para clasificar los elementos del lenguaje y deducir nombres, verbos, adverbios, etc.; el deslindar las partículas de yuxtaposición é interposición... todo eso, y muchísimo más que eso, exige talento, aplicación, paciencia, aptitudes especiales y tiempo, mucho tiempo. Sin embargo, en unos tres años, sin poder dedicar á tan ímprobo trabajo sino una mínima parte de sus energías, sin fonógrafo, ni bibliotecas, ni consejeros, y sin la preparación filológica que tal empresa demanda, dos modestísimos frailes escriben—íbamos á decir crean—ese admirable libro que titulan *Ensayo de gramática hispano-guahiva*, que aventaja á las gramáticas que de idiomas y dialectos americanos fueron escritas en siglos anteriores por quienes disponían de medios mil veces más poderosos que los pobrísimos con que contaban los Padres Agustinos Recoletos Fr. Manuel Fernández y Fr. Marcos Bartolomé.

¡Qué extraño es que el sapientísimo Pontífice León XIII, el sabio y bondadoso protector de la Orden Agustiniana Cardenal Rampolla, el célebre himnógrafo Farabulini, el Profesor de Sanctis y eminencias de Colombia y España tributasen justos elogios á obra de tanto mérito? ¡Cuántos idiomas y dialectos americanos que eran la clave de la historia autóctona y las columnas miliares del movimiento de translación, ó sea los génesis y éxodos, los orígenes y peregrinaciones de aquellas razas, han desaparecido sin que de ellos haya quedado rastro alguno, porque no hubo quien sacase de aquellos lenguajes las imborrables y exactas fotografías que del *guahivo*

han sacado nuestros Misioneros! ¿Qué fué de los veintinueve dialectos del Caribe; qué de las seis lenguas en las diferentes naciones del reino de Nueva Granada, de la *patagora*, *pancha*, *sulagao*, *chilavera*, *lache* y *muisca*, á pesar de que, al menos de esta última, había libros á mediados del siglo XVIII, y era la que se habló en Bogotá, Sogamoso, etc.? Y concretándonos al Orinoco y todavía más á Casanare, ¿qué fué de las lenguas *Manare*, *Maipure* y *Japoen*? Tal vez sólo esta última pudiera ya salvarse, si es que la hablan los indios *yaruros*, errantes aún por las orillas del Meta. ¡Oh! si nuestros Misioneros de Los Llanos no hubieran hecho otra cosa que escribir el *Ensayo de gramática hispano-guahiva*, habrían merecido bien de la historia americana, de la filología, de la ciencia; pero ese mérito, con ser de tanta estima, les sirvió sólo de medio para otra finalidad infinitamente más apreciable y de ellos más estimada, la salvación de las almas.

Pero ¡cuánta amargura en ese cáliz de redención! ¡Cuántas espinas en esa vía dolorosa! ¡Cuántas cruces en ese calvario! Hubo momentos en que los pobres Misioneros, ante la ingratitud, las suspicacias y las apostasías de los guahivos, instigados á veces por quienes, teniendo de cristianos solamente el nombre, querían explotar la ignorancia de los infelices salvajes; hubo momentos, decíamos, en que los Misioneros pedían que se apartase de sus labios aquel cáliz... entonces vuela á confortarlos el ángel de Casanare, les escribe el P. Ezequiel y les dice: «Se manifiestan desalentados por lo poco ó nada que esperan de esos indios Guahivos; yo creo que no debe ser motivo de desaliento, en primer lugar, porque el premio por parte de Dios Nuestro Señor será el correspondiente á los trabajos y no al de los indios convertidos, y en segundo lugar, que no falta campo en Casanare, y si los

Guahivos no se aprovechan de nuestra Misión, otros se aprovecharán. ¿No han celebrado por ahí matrimonios, evitando ofensas á Dios? ¿No han bautizado niños? ¿No han confesado enfermos? ¿No han dejado oír la palabra divina, de la cual asegura el mismo Dios que no volverá vacía de fruto? Y esto ¿es nada? ¿Por qué, pues, ese desaliento? ¿No hay miles de almas en Casanare que piden pan y no hay quién se lo dé?»

Confortados los Misioneros con tan santas y consoladoras observaciones, trabajan con nuevo empeño en la ruda tarea, y poco después contaba Casanare con cinco Misiones, las de Támara, Arauca, Orocué, Tagaste ó San Juanito y Chámeza, teniendo un Vicario Apostólico y trece Religiosos. ¡Cuántos bautismos! ¡Cuántas confirmaciones, confesiones y comuniones! ¡cuánto matrimonio cristiano! ¡Cuánta gloria al Señor, y cuántas almas al cielo! ¡Bendito sea Dios, benditos sean los Misioneros, bendito sea el P. Ezequiell!





CAPÍTULO X

Regreso del P. Ezequiel á Bogotá. — Nuevos prestigios. — Muerte de nuestro Reverendísimo Padre Comisario Apostólico y nombramiento de sucesor. — Invitan con el Convento é iglesia de La Popa en Cartagena de Indias. — La Beata Inés de Beniganín. — Más operarios. — Ocupaciones del P. Ezequiel. — Noviciado del Desierto y desierto del noviciado. — Nuestro Convento de Bogotá. — Retrato moral de un Superior. — Resumen de la Primera Parte.

REGRESÓ el P. Ezequiel á Bogotá el 24 de Abril de 1891, siendo perfectamente recibido por todos, según indicábamos en el capítulo anterior. Como desde su llegada á la capital de la República habían desplegado los dos PP. Moreno y Matute tanto celo, lograron renovar muy pronto en el templo de los Candelarios el esplendoroso culto que allí se rendía á Dios y á su Santísima Madre cuando existía la comunidad religiosa tiránicamente dispersada en nombre de la libertad el año 1860. Mas porque los dos Misioneros en sus afanes de laboriosa caridad habían tomado sobre sí otras muchas ocupaciones de púlpito y confesonario en diferentes iglesias, conventos y colegios, sucedió que al salir el

P. Ezequiel para el Desierto, Tunja y Casanare cargó todo el peso del trabajo sobre el P. Santiago, y si bien el benemérito anciano P. Victorino Rocha hacía de su parte cuanto le era posible, hubo que suprimir algo de las solemnidades, disminuyendo, por consiguiente, el curso de los fieles á nuestro templo.

Pasado el breve eclipse, ó sea la ausencia del P. Ezequiel, el culto recobró allí con creces todos sus esplendores. Fué un día el elocuentísimo San Gregorio Nacianzeno del desierto, en que moraba, á la capital del Oriente, donde predicó el sermón llamado de *Las Santas Luces*, porque en él se conmemoraba el bautismo de Jesucristo, luz del mundo y Creador de todos los soles, y para autorizar su oración dijo aquel santo Padre: *Aunque no soy el Bautista vengo del yermo*, y sólo esa frase le conquistó la respetuosa atención de todos los habitantes de Constantinopla. El P. Ezequiel decía en Bogotá con su presencia lo que había dicho con sus palabras el Nacianzeno, y se vió circundado de aureola y prestigios que no buscaba y que consagró por completo á la gloria de Dios y bien de las almas. Cada día era mayor el número de los que rodeaban su confesonario, acudían á sus sermones y solicitaban su dirección espiritual. Desde la más humilde sirvienta hasta la más encopetada señora, desde el pobre sacristán hasta el Presidente de la República, todos le escuchaban como á Padre. No se olvidará nunca en los fastos religiosos de la ciudad más cristiana entre las de la cristianísima República de Colombia la Cuaresma de 1892, cuando apenas quedó allí persona alguna que no practicase fervorosamente ejercicios espirituales. El clero secular y regular multiplicó gustosamente su trabajo, distinguiéndose muy notablemente el R. P. Moreno.

En el mes de Enero de 1891 había fallecido en Ma-

drid con la muerte de los justos el P. Gabino Sánchez de la Concepción, Vicario Apostólico de nuestra Congregación y Restaurador de la Santa Provincia de la Candelaria. Momentos antes de espirar, había entonado con voz poderosa el *Misericordias Domini in aeternum cantabo*; y cantando esas eternas misericordias estará en el cielo. El Señor le recompensó con tan envidiable muerte, y sin duda le recompensa con mucha gloria el amor y los desvelos de Padre que tuvo para Colombia. Le sucedió en el cargo de Vicario Apostólico y en el amor y solicitud por las misiones de Colombia el Rmo. P. Iñigo Narro, de cuyas prendas religiosas nada decimos porque aun vive. Conocedor del gran espíritu que animaba al P. Ezequiel, al confirmarle en el cargo conferido por su antecesor le nombró Vicario suyo con extraordinarias facultades.

La buena fama de los Padres Candelarios españoles voló por todos los departamentos de Colombia; y ya en 7 de Octubre de 1891 escribía el P. Ezequiel en una de sus cartas: «Ahora nos invitan á ir á Cartagena (de Indias) á tomar posesión del Convento que allí tenemos y de la iglesia de Nuestra Señora de la Popa. El Presidente de la República, Dr. Núñez, cede todo, y el señor Obispo nos desea. ¡Lástima que no haya más frailes! porque podíamos ya decir que la Provincia estaba formada de nuevo.» Esa moción del Gobierno y del Prelado de Cartagena, tan honrosa para los nuestros, obedecía indudablemente á los buenos principios y fundadas esperanzas de las misiones de Casanare y al gratísimo recuerdo de las que antiguamente tuvimos en el Darién. No se pudo complacerles por la falta de personal que lamenta el P. Ezequiel, pero continuaron las gestiones, sobre todo de parte de los Sres. Obispos Biffi y Brioschi. Ya á fines

de 1899 estaban nombrados los religiosos que habían de ir, no á la Popa, que ya se hallaba ocupada, sino á Magangué, cuando vino la revolución á desbaratar los planes, impidiendo que se llevaran á cabo los laudables deseos de unos y otros.

No hay para qué referir los incidentes del asunto en su tramitación de ocho años; pero sí copiaremos el párrafo de una carta del R. P. Matute, entonces Provincial, al Sr. D. Carlos Valiente, Vicario General del obispado de Cartagena. «Acepto la idea para que vayan como Misioneros, no como Curas Párrocos, enteramente subordinados á la voluntad del Prelado Regular, sin compromiso alguno de tiempo determinado, ni condición alguna de administración parroquial, no obstante esto para que en todos los pueblos que misionen y no haya Cura ejerzan, debidamente autorizados por el Ilustrísimo señor Obispo, las funciones de su sagrado ministerio, como si lo fueran.» El P. Santiago estaba perfectamente instruído en el espíritu del P. Ezequiel, respecto de nuestras misiones. Los curatos en la forma que se tenían en Filipinas habían producido, en medio de sus ventajas para los pueblos, inconvenientes para la observancia religiosa. El P. Moreno tenía en ese asunto los proyectos de reforma de que hablamos en el capítulo V; y claro es que en Colombia, donde era Superior, había de implantarlo íntegramente, siendo su lema el que debe ser en todas nuestras Provincias: *Misiones y no Curatos*.

«Es tanta, decía el citado autor de los *Apuntes*, es tanta y tan grande la necesidad de operarios evangélicos que absorben las Islas Filipinas, que apenas basta el personal de tres colegios fundados en España *ad hoc*; de manera que al desprenderse la Provincia Madre, con generosidad muy digna de aplauso y gratitud, de los siete primeros

religiosos que vinieron á este país, parecíanos, y lo creíamos probable, que, por lo menos en algunos años, no nos podrían enviar nuevos Misioneros.» Refiere luego haberse hablado en casa de una señora respetable y muy cristiana de la Beata Inés de Beniganín, cuya estampa mandó la señora copiar al óleo y ponerla en magnífico cuadro, ante el cual pedía á Dios, por intercesión de la bienaventurada, la gracia de que fuese á Colombia mayor número de Padres; y «contra toda esperanza, añade, iban llegando Padres como bajados del cielo».

Recuérdese ahora lo que el P. Ezequiel consignaba en párrafo ya copiado de una de sus cartas, escritas en su viaje por Los Llanos: *Pedí con fervor extraordinario á Dios Nuestro Señor, á su Santísima Madre y á nuestra Beata Inés de Beniganín*, etc. Esto prueba que nuestras Misiones de Colombia estaban bajo el protectorado de la Beata Inés; por eso, á poco de llegar la tercera misión, compuesta de seis religiosos y presidida por el Padre Lector Fr. Cayetano Fernández de San Luis Gonzaga, se celebró una solemnísimá fiesta á la poderosa sierva de Dios en nuestro templo de la Candelaria de Bogotá, donde no mucho después entraron otros dos nuevos Padres que desde España habían acompañado á las Religiosas Salesas de la Visitación del primer monasterio de Madrid, fundadoras del Colegio de Santa Fe, las cuales tanto bien están haciendo en aquella ciudad y en toda la República de Colombia. Los dos Padres fueron el R. P. Fr. Nicolás Casas de la Virgen del Carmen, que sucedió al Padre Ezequiel en el Provincialato y más tarde en el Vicariato Apostólico de Casanare, y el P. Alberto Fernández de la Virgen de Davalillo, que fué luego fidelísimo compañero del P. Ezequiel.

Atendía éste con creciente solicitud y fervor al des-

empeño de su cargo, al de la predicación y confesonario, á dirigir espiritualmente de palabra y por escrito á muchas almas devotas, á responder á muchísimas y delicadas consultas que se le hacían, á visitar y consolar á los enfermos y á la organización de las misiones de Casanare, que eran su objeto preferente, y adonde anhelaba ir de simple obrero, pidiéndolo así una y otra vez á los Superiores. Habían transcurrido poco más de dos años, desde que el P. Moreno entró en Los Llanos con sus tres compañeros; los cuales trabajaron arduosamente en escribir la gramática y el diccionario de que ya hablamos, siendo esta ardua labor y la de catequizar medios para el logro de sus dos principales fines, la conquista espiritual de aquellos infieles y el renovar las costumbres de aquellos pobres cristianos que por falta de sacerdotes estaban ya muy cerca de la infidelidad. A mediados de 1893 eran en Casanare seis religiosos, y un año más tarde tenían un Vicario Apostólico y once misioneros.

En otros dos asuntos de gran importancia para la santa Provincia se ocupaba el R. P. Ezequiel: era el uno el del Noviciado, que á poco de la llegada de los nuestros se abrió en el Convento del Desierto, lugar muy á propósito en todos sentidos; y el otro recuperar la casa-convento de Bogotá, ó siquiera una buena parte de ella. Respecto de lo primero, sólo decimos que en 1889, el mismo año que arribaron á Colombia los Padres españoles, ya tenían ocho novicios de coro y tres donados ó aspirantes á Hermanos legos. No nos metemos á dar innecesarias explicaciones; pero ello es que transcurrieron trece años, y en la estadística de 1902 sólo vemos un colombiano profeso de coro y dos Hermanos de obediencia.

Otro de los asuntos que preocupaban al P. Ezequiel

era el siguiente: Habíase *incautado* el Gobierno Liberal de nuestro Convento de Bogotá, así como de los demás que la nuestra y otras Corporaciones religiosas poseían legítimamente en todo el territorio de Colombia. La autoridad eclesiástica obtuvo de la civil que le cediese nuestro edificio para convertirlo en nuevo seminario á cambio del antiguo, y no sin abonar á guisa de prima una cantidad bastante alzada. Porque todavía quedaban en Bogotá religiosos Candelarios, la iglesia continuó siendo de la Orden y á su cuidado estaba el Padre Provincial Fr. Victorino Rocha, quien se vió luego forzado á dar en arriendo al seminario dos grandes salones que eran dependencias de la iglesia, y que fueron convertidos en biblioteca y dormitorio respectivamente.

Al llegar el P. Ezequiel se hospedó juntamente con el P. Santiago donde moraba el P. Victorino, pequeña casita de nuevo orden arquitectónico á la que el Excelentísimo señor Delegado Apostólico llamaba *flauta*, y otros *portacomidas*. Venía entonces, y siguió gestionándose que nuestra iglesia fuese declarada propiedad del Seminario; y tan adelantadas estaban aquellas gestiones, que el Arzobispo Sr. Paúl y aun el señor Delegado indicaron la conveniencia de que los nuestros buscasen otra iglesia. A punto de consumarse la pérdida de nuestro templo, se disipó repentina y silenciosamente la tempestad. «En lo *humano*, nos dice el R. P. Matute, la cosa era irremediable. ¿Cómo se remedió sin disgusto para nadie, ni reclamación de ninguna especie?... ¿Lo consiguió el P. Ezequiel con su oración? Misterioso es también, continúa diciéndonos, el cómo nos devolvieron los salones. Llegó la segunda tanda de misioneros, y no tuvimos dónde colocarlos con un poco de comodidad: no recuerdo por qué estaba yo haciendo de Superior, y por esto,

del Seminario pasaron á *pedirme licencia* para celebrar una Misa cantada en nuestra iglesia: quien vino fué el mismo Rector, á quien, sin decirle nada de los salones, hablé de que habían llegado algunos Padres más. Al día siguiente me hicieron entrega de un salón y promesa de entregar el otro cuando pudieran quitar los libros. Opínesse de esto lo que se quiera, pero por mi parte diré que Dios andaba por allí.»

Como en la tercera parte de esta obrita, que bien pudiéramos llamar «ensayo biográfico», pensamos hablar de las virtudes teológicas, cardinales y otras del Ilustrísimo Sr. D. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz, nos parece prematura la narración de ninguna de ellas en particular; sin embargo, cual corona de esta primera parte, se nos ha de permitir que esboceamos siquiera la virtud de su celo prudentísimo, como Superior de Religiosos.

Aparte de lo que dijimos en el capítulo VI al describir su Rectorado en el Colegio de Monteagudo, oigamos lo que su compañero y secretario tantas veces citado, Padre Santiago, nos dice refiriéndose al tiempo en que el P. Ezequiel fué Provincial; breves, pero substanciosas son sus palabras: «Nunca reprendía; sólo avisaba con ternura de padre; á veces con una sola mirada, siempre dulce, era bastante. Al encargarme algún trabajo de sermones, ejercicios, confesión, etc., no me lo mandaba en forma imperativa, sino que empleaba cierta fórmula de súplica y favor, diciéndome: podía, si le parece, encargarse de esto; si quisiera predicar de tal...» ¿Y quién no había de obedecer gustosísimo á Prelado que así manda y que va con su ejemplo delante del súbdito?

Pongamos fin á este capítulo y primera parte con el retrato moral que del P. Ezequiel, como Superior, resulta de la siguiente relación hecha por uno de sus hijos:

«Ha sido muy frecuente en nuestra casa de Bogotá ser llamados nuestros Religiosos en las altas horas de la noche para confesar y asistir á los enfermos. Una de estas noches á las doce golpeaban en la puerta. El P. Moreno, que vivía encima de la portería, se levantó é inmediatamente se puso á la orden de los que llamaban. Satisfecha esa necesidad volvió á casa, y he aquí que tres mujercitas en la puerta con repetidos golpes solicitaban también un Padre. Al llegar el P. Moreno y saber lo que pedían, partió con ellas á un punto bastante lejano de nuestra residencia. Regresa segunda vez, y halla otras personas que demandaban igualmente un Padre para que asistiese á un moribundo. Fatigado el P. Moreno, dícelas que esperen un momento, que inmediatamente tendrían un sacerdote á sus órdenes. Subió, y al momento bajó, yendo con ellas á desempeñar esa grande obra de caridad.

»Al día siguiente, como era natural, amaneció con un aspecto enfermizo, de tal manera, que al ir á confesar á una enferma de una casa amiga, viéndolo descolorido y demacrado, le preguntaron con interés si estaba enfermo, ó qué le pasaba. Entonces contestó que no, que estaba bien, que solamente se sentía algo cansado por haberse trasnochado (1), y les refirió lo que había sucedido. Al hacer la familia la observación muy justa de por qué no llamaba al que suscribe ó al P. Gregorio, que éramos jóvenes, les respondió... *¡Pobrecitos hijos míos, trabajan tanto de día!... Subí en la tercera confesión á llamar á alguno de ellos; entré en sus cuartos... y los vi tan tranquilos... parecían unos ángeles.* Esto me lo dijeron á mí más tarde, y me confirmé en la persuasión de que tenía un Padre y vivía con un religioso que era todo caridad.

(1) Modismo de Colombia.

» También debo decir que no es fácil enumerar las lágrimas que enjugó en multitud de hogares y las jóvenes que conservaron su honor gracias á los desvelos y caridad de nuestro finado Padre. Puedo asegurar que durante el tiempo que lo he tenido de Superior, no he visto en él ni siquiera una de esas imperfecciones que siempre se manifiestan á los que viven bajo el mismo techo, y que ha dado origen al dicho de que no hay hombre grande para su ayuda de cámara. — FR. ANGEL VICENTE.»

Resumiendo en breves palabras lo que hasta el presente capítulo hemos escrito acerca de la vida del P. Ezequiel, decimos que, llamado por el Señor desde muy niño á vida religiosa, después de haber sido buen hijo, hermano cariñoso, ángel en el ministerio de sacristancito de las Monjas Dominicanas y aplicado estudiante, atraído por la Santísima Virgen, entró en el Claustro Agustiniiano, sobresalió en Monteagudo y Marcilla como fervoroso novicio y ejemplar corista. Celoso misionero, párroco y predicador en Filipinas, modelo de Rectores en España y de Provinciales en Colombia, fué siempre *el R. P. Fr. Ezequiel Moreno de la Virgen del Rosario un perfecto religioso.*



SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

El estado Religioso y el Episcopal. — Se piensa en nombrar Obispo al P. Ezequiel. — Su actitud. — Decide la autoridad la creación de un Vicariato Apostólico en Casanare. — Se designa para Vicario al P. Ezequiel. — Repugnancia de éste. — Trámites del asunto. — Resignación. — Consagración. — Primera Carta Pastoral. — Entrada en Támara. — Instrucciones á los fieles de Casanare.

Es el estado Religioso *estado de perfección*, porque á la perfección de vida espiritual aspira quien lo profesa; y llámase el Episcopado *estado de perfectos*, porque los enaltecidos hasta la plenitud del sacerdocio debemos ser *irreprensibles* y *santos*, como nos dice el Apóstol. Pocos habrán mitrado con mayor repugnancia, mejor dicho, con mayor humildad que el R. P. Ezequiel Moreno, á quien recomendaba también el *buen testimonio de los de fuera*, ó sea el alto y merecido concepto que de él tenían los fieles.

Hallábase hacía unos dos años en país extranjero, pues aunque el P. Ezequiel lo había adoptado cual si fuese propio, y allá fué y allá continuaba dispuesto á consumir todas sus energías y á dar su vida en favor de Co-

lombia, pero de todos modos, no había nacido en América; y se trataba además de una nación donde no escasea el personal del clero que por sus virtudes, talentos é instrucción, sea digno del episcopado. Todo esto realza el mérito del Agustino Recoleta que, sin pretensiones de ningún género, sin más ambición que la de morir olvidado del mundo en Los Llanos de Casanare, adquirió tal fama de santo y de sabio, que muy pronto se pensó en él para elevarlo á la Sede Episcopal de Santa Marta.

Desde Bogotá escribía á sus Misioneros una carta confidencialísima, fecha 9 de Octubre de 1891, en la que, si bien incidentalmente, les decía: «Han corrido voces por aquí de que me querían presentar para Obispo de Santa Marta. Los altos empleados que tal oyeron al Presidente contestaron diciendo que no pensara en ello, porque las Misiones de Casanare salían perdiendo.» Y concluye así, con fondo de modestia y forma riojana: «No han vuelto á resollar, y Dios quiera que hayan desistido, porque así no me veré en el caso de decirles *nones*.»

En otra carta anterior (Abril de 1891) había escrito: «Voy á copiarles lo siguiente, que por casualidad he visto en unos diarios, y que creo es del señor Obispo Rueda, por más que no firma. Aboga porque se ponga Obispo en Casanare, y dice que si á la expulsión de los Jesuítas hubiera habido un Obispo con su Seminario, Casanare no hubiese decaído; y añade: «Hay espíritus poco reflexivos que tienen la idea de que, enviando unos Padres sin Jefe autorizado por el Santo Padre, ya se llena la obra de las Misiones. ¡Equivocación profunda! Los Padres solos, bien poco pueden hacer: es necesaria la presencia de un Obispo y nacional, no extranjero, porque así, aunque llegue el caso de una expulsión, quedará con su Seminario, etc. Repetimos, sin Obispo que sirva de centro á

» los Misioneros, las Misiones no darán benéficos resultados.»

Conforme al fondo de ese artículo, pareció al Gobierno de la Nación, al Delegado de Su Santidad y á las personas más respetables del país que si las Misiones de Casanare habían de prosperar, era necesaria la creación de un Vicariato Apostólico con jurisdicción propia y separada del Ordinario de Tunja, á quien pertenecía el territorio de Los Llanos; y todos se fijaron en el P. Ezequiel, para que, investido de la dignidad episcopal, desempeñase aquel cargo, creyendo acertada y hasta naturalísima la elección; pero no lo estimaba así el P. Moreno, cuyo desiderátum era ir á Casanare, pero sólo con el carácter de simple obrero, según hemos dicho, y proponía para Vicario Apostólico al P. Fr. Cayetano Fernández, ó al Padre Fr. Nicolás Casas, que luego le sucedió en el cargo de Provincial y después en el Vicariato.

Tan lejos estaba de apetecer Obispado, que en 13 de Marzo de 1893 escribía al Reverendísimo Padre Comisario Apostólico lo siguiente: «Vuestra Reverencia me ha dicho que me deje guiar por la Providencia; que prepare los hombros para cargar con la cruz, y frases parecidas; pero yo necesito más para cargar con esa cruz, que, como he dicho arriba, deseo huir, á no ser que vea muy claro que esa es la voluntad de Dios; necesito que Vuestra Reverencia me diga terminantemente que quiere que lo sea; más aún, necesito que me lo mande, y que me lo mande del modo más serio posible, porque así y sólo así pudiera yo abrazar esa Cruz, que si para todos es pesada, para mí tiene que ser más por mi especial conciencia que no goza de esa libertad santa de que gozan otros, sino que más bien se encuentra en frecuentes apuros, principalmente en todo lo que se relaciona con la salva-

ción eterna de las almas, creyendo siempre que se debe hacer más, y exponiéndome á pasar imprudente el justo límite, ó á dejar gritando á mi conciencia. Es verdad que no me he de ver solo y que tendré con quien tranquilizar mi conciencia, ó que el Señor me proporcionará con quien tranquilizarla; también es verdad que el trato amigable, íntimo y frecuente con Dios da luces indecibles, aviva la confianza y resuelve dudas; pero esos bienes no hay que esperarlos, sino cuando uno busca sólo la voluntad de Dios, y cuando ésta es la que lo coloca en dificultades y peligros. ¿Y qué otra cosa me podrá asegurar que es voluntad de Dios el que yo sea Obispo, que el mandato de Vuestra Reverencia? Si quiere, pues, que lo sea, mándemelo por caridad y amor de Dios, y dé á ese mandato toda la fuerza que pueda para que me dé la mayor seguridad posible de que hago la voluntad de Dios.»

A esto contestaba el Superior en carta de principios de Julio: «En este momento recibo carta del P. Enrique (Procurador en Roma) con la nueva para Vuestra Reverencia de ser el presentado para Vicario Apostólico, dignidad que, con el auxilio del cielo, aceptará resignado, y *yo se lo mando con toda la fuerza y autoridad que puedo mandar.*»

Efectivamente, en 7 de Julio el Emmo. Sr. Cardenal Rampolla, Protector de la Orden de San Agustín, escribió al Rmo. P. Iñigo Narro de la Concepción, Comisario General Apostólico de los Padres Agustinos Descalzos de España é Indias, una cariñosa carta en la que decía: «Me es sumamente grato anunciar á usted que es ya un hecho la erección del Vicariato Apostólico con carácter Episcopal en la región de Casanare, en Colombia, y que Su Santidad se ha dignado confiarle á la Orden de Agus-

tinios Recoletos, llamando al P. Ezequiel Moreno de Nuestra Señora del Rosario á ser el primer titular de tan honroso cargo. Por la que tengo yo mismo, como Protector de la Orden, me es fácil comprender la satisfacción que usted y todos los Agustinos de su obediencia van á tener con la noticia del nuevo testimonio de particular benevolencia que acaba de darle el Padre Santo.»

Fecha 17 de aquel mes de Julio tiene el Breve Pontificio por el cual se erige en Vicariato Apostólico el territorio de Casanare, con el expreso consentimiento del venerable señor Obispo de Tunja, de cuya muy extensa diócesis formaba parte. Designa los límites del nuevo Vicariato, que comprende todas las poblaciones situadas dentro de la Intendencia civil de Casanare, y nombra las principales: Nunchía, Tame, Arauca, Orocué, Moreno, Pore, Trinidad y *Támara, la cual ciudad mandamos sea la Sede del nuevo Vicariato. Encomendamos, añade, su régimen al cuidado de los Religiosos Descalzos de la Orden de San Agustín de la Congregación de España, llamados vulgarmente Candelarios.*

En vista de todo esto, y de la carta del Eminentísimo señor Cardenal Secretario de Estado al Ilmo. y Rmo. Monseñor Antonio Sabatucci, Arzobispo de Antinoe, Delegado de Su Santidad en Colombia, el día 1.º de Septiembre hizo el P. Ezequiel la profesión de fe en manos del señor Delegado, mandándose en el mismo día el documento á Roma, de modo que sólo faltaban el Breve de preconización y las Bulas para que fuese consagrado. Sin embargo, todavía á fines de Octubre no estaba, al parecer, definitivamente resuelto si había de ser ó no Vicario Apostólico el P. Ezequiel, quien escribió con fecha 28 lo que transcribimos y que revela su grande espíritu y la perfecta tranquilidad de su alma, cualquiera que fuese

la decisión de Roma. «Acaban de decirme que familias de Bogotá (sus confesadas) se han interesado con el doctor Núñez para que escribiera al Santo Padre, á fin de que no me nombraran Vicario de Casanare, y que el Dr. Núñez ha contestado haber escrito ya á Roma en ese sentido: Dios Nuestro Señor dirá. No habiendo yo intervenido en nada, contentísimo quedaría al verme libre de esa carga. Lo mismo hubiera hecho el Sr. Caro (éste era Vicepresidente, Encargado del Poder Ejecutivo, y el Dr. Núñez, Presidente de la República), si yo le hubiera indicado algo; pero tuve miedo de hacerlo, y he dejado correr las cosas sin meterme en nada, para que en nada me remordiera después la conciencia. Si yo no fuera, sería el P. Nicolás.»

Tres días antes, ó sea, el 25 de Octubre de 1893, expidió el Soberano Pontífice León XIII un Breve por el cual nombra Obispo Titular de Pinara (Pinara está en la Lycia, bajo el Arzobispado de Mira, Asia Menor) y primer Vicario Apostólico de Casanare (1) al R. P. Ezequiel Moreno y Díaz, «que en el distinguido ejercicio del cargo de Superior de los Religiosos Descalzos de la Orden de San Agustín, en la República de Colombia, has dado espléndidas pruebas de piedad, celo, doctrina, prudencia y consejo».

Cuando el P. Ezequiel se vió preconizado, nos cuenta su primer biógrafo que «una de las expresiones de humilde resignación que, entre el sobresalto y las lágrimas mal comprimidas, se escapó de sus labios al recibir la, para él triste, noticia de su nombramiento, fué: *Si es esa la volun-*

(1) El Vicariato tiene más de seis mil kilómetros de extensión. Sus vastas llanuras, de una fertilidad asombrosa, surcadas por muchos y caudalosos ríos, convidan al hombre á su cultivo; y sin embargo, escasamente habrá allí unas veinte mil almas, de las cuales unas dos mil son de infieles.

tad de Dios... Sí, P. Moreno (hubo que decirle para calmar su sobresalto y la agitación que sentía); sí, es la voluntad de Dios expresada y manifestada lo más abiertamente que puede desearse; tranquilícese, pues, y confórmese con ella: es la voluntad de Dios; el Señor quiere encargarle una parte de su rebaño, ¡acéptela, pues, sin vacilación! Dios dará á Vuestra Reverencia el auxilio oportuno, las fuerzas y las gracias del cielo que necesita para el debido cumplimiento de su cargo».

Convencido de que *era la voluntad de Dios*, hizo ya el firmísimo propósito de ser *Obispo como debía serlo*; y desconfiando humildemente de sí mismo, buscó un Protector divino en el Sagrado Corazón de Jesús, al que, lleno de profunda fe, de plenísima confianza y de ardiente caridad, dijo con el Real Profeta: TU ES REFUGIUM MEUM: tú eres mi refugio; y ese fué el escudo y blasón que eligió para la empresa de su episcopado.

Aun transcurrieron bastantes meses hasta que pudo verificarse la Consagración del Ilmo. Sr. Moreno, el cual disponía entretanto su alma para recibir tan dignamente como le fuera posible con la plenitud del sacerdocio la del Espíritu Santo, á fin de regir, según los designios de Dios, la parte de la Iglesia que le era confiada. Y como ya conocía el terreno en que había de ejercer su Ministerio, y había meditado mucho en los medios de implantar en unos, conservar en otros y aumentar en todos la fe católica y las cristianas costumbres, comenzó desde luego á preparar sus labores. Sabía, respecto de los infieles, lo muy difícil que era atraer á los adultos y conseguir que formasen pueblos, perseverando fieles á la religión; no ignoraba, por otra parte, el poco aprecio que los salvajes hacen de sus hijos pequeños cuando son para ellos un estorbo en sus correrías, tanto que ya por ese, ya por

otros no menos fútiles é injustificables motivos, llegan hasta la espantosa barbaridad de darles muerte, y por todo esto el Rmo. P. Ezequiel había ya escrito á los Misioneros para que procurasen impedir tales infanticidios, y salvar la vida temporal y eterna de aquellas criaturas. Pensó también en fundar un Colegio dirigido por Religiosas, donde recibieran educación los párvulos é hijas de cristianos. Tratado el asunto con las Hermanas de la Caridad francesas, éstas se prestaron muy de grado, y cuando llegó á Casanare el Vicario Apostólico ya estaba fundado y funcionando el Colegio de la Presentación en Támara.

Por fin el día 1.º de Mayo de 1894 recibió el P. Ezequiel Moreno la Consagración Episcopal, siendo consagrante el Ilmo. Sr. Herrera, Arzobispo de Bogotá, asistentes los canónigos Plata y Piñeros como constituidos en dignidad, y padrinos los Excelentísimos Vicepresidente de la República Sr. Caro y Delegado Apostólico Mons. Sabatucci. La Catedral de Santa Fe rebosaba de fieles, y cientos de señoras, cuyas conciencias dirigía el consagrado, lloraban de alegría y sentimiento, mientras aquel perfecto religioso se transformaba en más autorizado y verdadero Apóstol de Jesús, Obispo divino de todas nuestras almas (1). Basado en el *Todo por Dios y para Dios*, repetido por su espíritu en el templo, dijo después en el convite con que le obsequió el Excelentísimo señor Vicejefe del Estado: *Todo por Colombia y para Colombia*. DIOS Y COLOMBIA formaron como el alma y el cuerpo de su persona episcopal.

En el mismo día de su Consagración fechó el Ilustrísimo Sr. Moreno su primera Carta Pastoral dirigida á sus

(1) Carta 1.ª de San Pedro, cap. II, v. 25.

nuevos hijos los Casanareños. Con sencillez de estilo, hondo saber y amor de padre explica cómo es Jesús *Luz del mundo, Camino, Verdad y Vida*; hace alguna indicación acerca de lo que fué Casanare con Jesús, cuando las Misiones estaban en su esplendor, y el abatimiento religioso, moral y de cultura á que descendió alejada de Jesús; habla de la resurrección de aquel territorio, merced á la gracia de Dios, á las católicas leyes del Gobierno y á la predicación de los nuevos Misioneros, y diciendo luego *á qué* va á Casanare, escribe:

«Lo que allí nos espera, perfectamente lo sabemos, porque ya tenemos experiencia de ello: sabemos que además de los sufrimientos morales propios de nuestro cargo, hemos de pasar muchos días recorriendo vuestro ardiente suelo, sin más comida que la que pueda tener un pobre indio, y aun á veces sin ella, por accidentes que nunca faltan; y pasar muchas noches sin más cama que las playas de vuestros ríos, cercana ¡cuántas veces! á la que dejó el voraz caimán... y sin más cubierta que las nubes del firmamento, que con frecuencia se deshacen en copiosa lluvia, que, sobre mortificar no poco, predispone á fatales fiebres que debilitan la salud más robusta, si no acaban con ella. Esto es lo que nos aguarda: pobreza, escasez, privaciones, trabajos, sacrificios, cruz y cruz larga y pesada. Sólo vamos, pues, á sufrir y padecer por la salvación de vuestras almas. ¡La salvación de vuestras almas! Tal es, hijos míos, el fin que ahí nos lleva; el móvil que nos impulsa á la ardua empresa que sobre nosotros tomamos.

»Grande, espacioso y muy vasto es el campo que Dios ha deparado á nuestro celo. Grande por su mucha extensión; más grande aún por la grande escasez de medios para ello. Esperándonos están millares de almas

ya cristianas, y no hay suficientes obreros evangélicos para acudir y remediar todas sus necesidades. Será indispensable traerlos ó formarlos; ó más bien, traer unos y formar otros, según nos sea posible; hay que edificar casas para la educación y preparación de éstos, lo propio que residencias para los Misioneros. Hay que mantener y vestir con alguna decencia á los Coadjutores que Dios nos mande. Hay que levantar templos, decorarlos de la mejor manera posible, dotarlos de ornamentos y vasos sagrados. Hay que procurar recursos para atraer á los infieles. Hay... hay que hacerlo todo, en una palabra.

»Y esto ¿cómo? ¿con qué medios? ¿quién me ayudará? ¡Divino Corazón de mi Jesús, á Ti me acojo! Tú eres toda mi esperanza, y Tú serás mi ayuda, mi tesoro, mi sabiduría, mi fortaleza y mi refugio. *Fortitudo mea et refugium meum es Tu* (1). He aquí las palabras que rodearán la Imagen del Sagrado Corazón de Jesús, que declaramos será el sello de nuestro oficio. Ellas nos recordarán de continuo que, desconfiando de nosotros mismos, todo lo hemos confiado á ese Corazón divino, que tiene hechos prodigios de caridad en todos tiempos, que los hace hoy mismo, y tiene poder para hacerlos en lo porvenir. Ellas serán para Nos un estímulo continuo y poderoso para hacer que este Corazón Sagrado, que por todas partes va reinando en las familias, en los pueblos y naciones, llenándolo todo con su influjo soberano, extienda también su dominio en todo nuestro Vicariato; que reine plenamente en todo él; que sea suyo, completamente suyo, y para siempre suyo. Ellas serán también el apoyo y sostén de nuestra debilidad, diciéndonos á cada momento que, por pobres y escasos de ciencia y virtud

(1) Salmo 30, v. 4.

que seamos, no desfallezcamos; que ese Corazón Santo, que en todas épocas ha echado mano de flacos y miserables para hacer embajadores de su voluntad sacrosanta, y realizar los más estupendos prodigios en bien de las almas, también podrá servirse de nosotros para realizar sus providenciales designios. Cuáles sean éstos, no lo sabemos; no sabemos para quiénes será eficaz nuestra



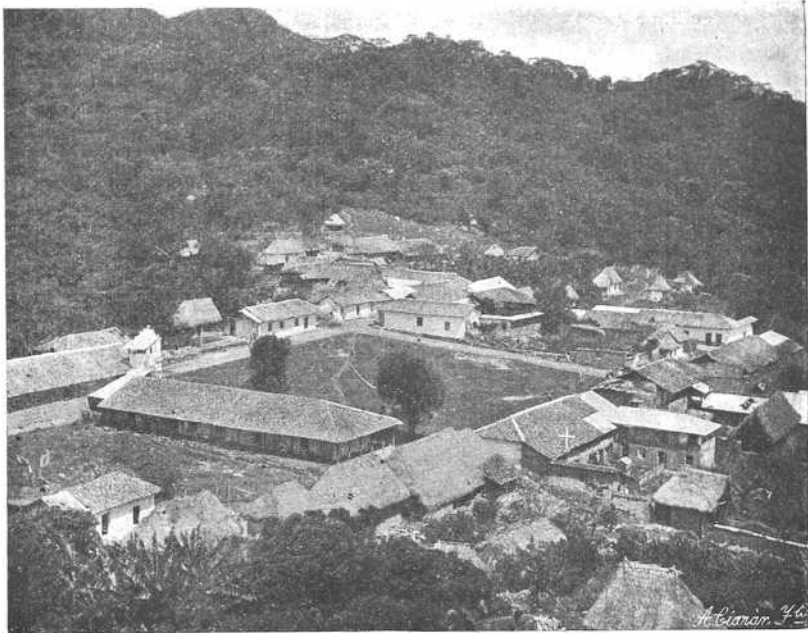
Támara.— Plaza é iglesia

Misión, quiénes se aprovecharán de nuestro Ministerio; pero sí sabemos que mientras tengamos una entera confianza en el Sagrado Corazón de Jesús... el trabajo no será inútil; el resultado será feliz y provechoso.»

A fines de Junio hizo su humilde entrada en Támara, humildísima capital del Vicariato, y fué su primer acto público la solemne Consagración de Casanare al Sacratísimo Corazón de Jesús, é instituyó una Asociación, dándole un Reglamento muy bien pensado y escrito, que se imprimió en Bogotá.

Los fines de la Asociación son: 1.º, procurar la propia salvación por medio de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; 2.º, dar gloria al Sagrado Corazón de Jesús, trabajando por salvar las almas de nuestros prójimos.

Hermosa manifestación de su ardiente celo episcopal es también el documento que en forma de catecismo dió á sus hijos con el título de *Instrucciones á los fieles de*



Támara. — Otra vista de la población
† Indica la casa que habitó el P. Ezequiel con los misioneros

Casanare para ayudar á conseguir la salvación eterna á los que se hallan en extrema necesidad espiritual. Advierte que «la insistencia en ciertas cosas, y el modo de hacer algunas preguntas, obedece á que no se dirige solamente á personas ilustradas». «Divido, añade, este trabajito en tres partes. En la primera digo quiénes se hallan en necesidad extrema espiritual, y qué obligación hay de soco-

rrerlos. En la segunda explico el modo de socorrer á los adultos que se hallan en esa necesidad. En la tercera el modo de socorrer á los niños; mas como esa necesidad se presenta en los niños bajo varios aspectos, dividimos esa tercera parte en cuatro puntos: en el primero se hacen preguntas generales, y en los tres siguientes se trata de los niños abortivos, etc.»

Concluye diciendo: «Doy por terminado este pequeño trabajo, y Dios Nuestro Señor quiera, en su misericordia infinita, que contribuya con él á la salvación de vuestras almas. Creo que si hubiera cristianos buenos y caritativos que procuraran llevar á la práctica estas instrucciones, se salvarían algunas almas, que acaso se pierdan si no se les presta ayuda.»



CAPÍTULO II

Santo y sabio. — Narración del P. Alberto Fernández. — Vida del Ilmo. P. Ezequiel en Casanare. — Su predicación y vigilancia. — Los diezmos y su empleo. — Sale á girar la primera Santa Visita. — Trabajo ímprobo. — Segunda Carta Pastoral. — Asunto, desarrollo y final de ese documento.

ADMIRABLE fué la conducta observada por el Padre Ezequiel hasta el día de su consagración episcopal, y con todo hemos oído decir á varios de los religiosos que le acompañaban antes y le acompañaron después: «Desde que nuestro Padre llevó pectoral y anillo, únicos distintivos de su dignidad, fuera de las funciones públicas, parecía transformado: si antes era muy bueno, era luego un verdadero santo.» Al llamar *Santo* al Ilmo. Sr. Moreno, no pretendemos dar á esa palabra más alcance del que puede tener en nuestro modestísimo juicio y según la apreciación de cuantas personas respetables le conocieron y trataron, pero siempre, como decimos al principio de la biografía, es propio y exclusivo de la Iglesia Nuestra Madre calificar á sus hijos de Venerables, Beatos y Santos.

Abrigamos la fundadísima confianza de que el Padre

Ezequiel está en el cielo, y es mucho mayor y fundada la de que se ha salvado. Ahora bien; si, como dice nuestra Santa Teresa de Jesús, *aquel que se salva, sabe*, ¿no daremos también al P. Ezequiel el nombre de *sabio*? Aparte de esa acepción, para nosotros principalísima, de la palabra *sabio*, sabio fué el Ilmo. Sr. Moreno, porque el Señor le había concedido entendimiento muy claro y memoria bastante feliz. Hecha con aprovechamiento su carrera literaria, se mostró constantemente aplicado en Filipinas, en España y en Colombia, pues su afición y su virtud le imponían el estudio para saber sus obligaciones, y para no desperdiciar el tiempo. Sus sermones, su dirección espiritual, sus cartas, sus respuestas á numerosas consultas y luego sus Pastorales nos dicen que era buen teólogo, notable moralista, y que había estudiado á conciencia la parte canónica necesaria y útil para el mejor desempeño de sus cargos.

Veámosle ya en el Vicariato dando pruebas de su ilustrado y fervoroso espíritu. Presentamos, al efecto, como testigo al más íntimo y constante de sus familiares, al que, sólo con una breve interrupción, fué su compañero desde los principios de su episcopado en Casanare hasta que en Monteagudo exhaló el último suspiro. Nos referimos al P. Fr. Alberto Fernández de la Virgen de Dava-lillo, de cuyas *Notas* copiamos lo siguiente:

«Hacia algún tiempo que yo residía en Orocué cuando el P. Ezequiel me llamó á Támara, capital del Vicariato, y también, en aquella fecha, de la nueva Intendencia de Casanare; llegué el 21 de Julio de 1894. Como no lo había visto después de su Consagración, le dí tratamiento de Su Señoría Ilustrísima, é inmediatamente me dijo: «Tráteme » como antes, de Vuestra Reverencia y de Padre, pues he » venido á compartir con vosotros los trabajos del minis-

» terio»; y, efectivamente, no sólo compartía con nosotros los trabajos de las Misiones, sino que elegía siempre, puedo asegurarlo, la parte más penosa.

»Era su vida ordinaria en Casanare: levantarse á las cuatro ó cuatro y media; preparábase desde esa hora hasta minutos antes de las seis, en que celebraba todos los días la Santa Misa; oía una de las que celebrábamos nosotros, y se sentaba luego en el confesonario, donde casi nunca le faltaban penitentes. Volvía á la casa, que era más bien un *rancho* de indios; y en su pobre habitación permanecía hasta las once, hora de comer. Terminada la muy modesta comida, estábamos un rato de sobremesa. Tratando de amenizar la conversación y hacernos pasar un rato agradable, nos contaba algún cuento con la gracia que le era peculiar. Se iba á su cuarto, reanudando el trabajo hasta las tres de la tarde, en que salía todos los días para visitar al Santísimo, estándose con Jesús Sacramentado una hora ó poco menos, y yendo otra vez á las cinco y media con todos nosotros para hacer otra visita, rezar el Rosario y tener la oración mental, actos á que ordinariamente asistían también las Hermanas y varias personas piadosas. Vueltos á casa, cenábamos á las ocho, retirándonos luego á nuestras habitaciones.

»Predicaba todos los domingos y días festivos. Era costumbre de nuestro amadísimo P. Moreno, ya obispo, predicar con especial unción, antes del ofertorio de la Misa parroquial, para explicar el santo Evangelio del día, durante media hora. Terminada la Misa, predicaba una plática doctrinal, con gran sencillez y fervor de santo; siendo de advertir que nadie se salía del templo hasta terminar la plática, que solía durar media hora.

»Su predicación era persuasiva sobre todo encareci-

miento. Cierta domingo versó la plática doctrinal sobre la responsabilidad de los padres de familia que difieren días y meses el bautismo de sus niños; y fué tal el resultado de la plática, que algunos fueron del templo al despacho parroquial para apuntar la partida de bautismo, y proceder en seguida á la administración del primero de los sacramentos.

»Salía á confesar enfermos y administrarles la Extremaunción en los campos, sin excusarse de ir á pueblos que distaban de Támara seis y siete leguas á caballo. Ten, Nunchía y otras poblaciones pueden testificarlo; advirtiéndome que, si bien había siempre algún Padre en su compañía, marchaba solamente con la persona que llamaba á la confesión, é iba preguntando por todas las casas del trayecto si había algún enfermo.

»Puso especial cuidado en impedir los pecados públicos. Muchas gentes de Casanare vivían en concubinato, siendo muy difícil practicar todas las diligencias matrimoniales por la falta de comunicaciones: Como las leyes de Colombia castigan el concubinato, habló con el Juez, D. Santos Lozano, y fácilmente recabó de él que dictase un auto contra los concubinarios, logrando así, que muchos salieran de su mal estado. Exhortábanos á nosotros á que, haciendo uso del juramento supletorio, casáramos á esas gentes, sin exigirles derechos de ninguna clase. Así fué que en el corto espacio de un mes, y ateniéndome á sus instrucciones, presencié más de ciento setenta matrimonios.

»Nada diré de las palabras de aliento que nos dirigía para animarnos en los trabajos apostólicos, aunque bastaba su ejemplo, pues él era el primero en todo, sin que le arredrasen los muchos peligros que hay en Casanare, principalmente en tiempo de lluvias, por las crecidas de

los ríos que es preciso vadear y por los animales ponzoñosos que tanto abundan en esa época; nada le detenía para cumplir con su ministerio é ir á las confesiones del campo y pueblos circunvecinos.

»Es costumbre en Colombia pagar los diezmos y primicias; y no queriendo nuestro P. Ezequiel que los rematadores causaran, como sucede en otras partes de aquella República, extorsión á los fieles, dijo á éstos que cada uno ofreciese lo que le dictara su conciencia, siendo de ver el gusto con que las pobres gentes llevaban sus limosnas, y de oír las palabras de cariño y gratitud con que él les correspondía, aprovechando aquellas ocasiones, como las aprovechaba todas, para aconsejarles bien y dirigirles hacia Dios. De esas ofertas daba á las Hermanas de la Caridad lo necesario para su subsistencia, y socorría también á algunas personas que tenían en sus casas niñas para que asistieran á la escuela. Respecto de nosotros, todo lo suyo era nuestro; si veía que alguno de nosotros carecía de alguna cosa que él tuviera, aun cuando la necesitara, pronto se desprendía de ella, y nos obligaba á recibirla.

»El 13 de Agosto del mismo año 1894 salió acompañado del P. Gregorio Segura para hacer la Visita Pastoral en Ten. Acababan de pasar el caudaloso río de Ariporo, y comenzaron á subir por una cuesta pendiente, cuando nuestro P. Ezequiel fué lanzado por la bestia en que cabalgaba, recibiendo un fuerte golpe, muy peligroso por haber caído de espalda; sin embargo, no se quejó, ni le dió importancia, manifestando que nada sentía, y reflejándose en su rostro una grande tranquilidad, como si nada hubiera sucedido.

»A fines de Noviembre de aquel año salimos para Sácama, pueblo que está bastante internado en la cordi-

llera de los Andes; allí permanecimos cuatro días confesando, predicando y administrando el sacramento de la confirmación. Al regreso nos detuvimos en un caserío llamado Barronegro, y era de ver á aquellas pobres gentes acudir á su Obispo para conocerlo y hablarle con una sencillez encantadora. Estuvimos un día, haciendo lo mismo que en Sácama; y al volver para Támara pernoctamos en Ten, la noche del 6 de Diciembre. Ya bastante tarde se presentó un hombre á pedir que alguno de nosotros fuese al día siguiente para administrar á un enfermo que quedaba extraviado del camino que debíamos seguir; quiso ir él, pero le disuadí, y apenas amaneció marché para la confesión, quedando en encontrarnos camino de Támara. Al llegar al sitio convenido me esperó, pero en vano; y pensando que yo había pasado, continuó hasta un caserío distante de Támara dos horas; allí le dijeron que yo no había pasado, y aguardó. ¡Cuál fué su sorpresa y sentimiento cuando al poco rato me vió llegar todo ensangrentado y desgarrado el hábito á consecuencia de una caída! Se puso á lavar mis heridas con un amor cual pudiera tenerlo la mejor de las madres, me hizo tomar un poco de alimento, y continuamos á Támara. En el camino se lamentaba por no haber ido él á la confesión, demostrando un sentimiento profundo por lo acaecido.

»El día 14 salí para Nunchía á hacer la Novena del Niño, y preparar la gente, pues el 23 debía llegar el P. Ezequiel para practicar la Visita y continuarla después por todo Casanare. En ella hubiera invertido seis ú ocho meses por lo menos, pero acontecimientos de que luego hablaremos se lo impidieron. Hecha la Visita en aquel pueblo, quizá el principal de Casanare, donde se reunieron muchísimos fieles venidos del centro del Llano, pasamos el 27 de Diciembre á Marroquín, siendo allí

relativamente mayor el trabajo, y mayor también la alegría de tan querido Padre.

»El 2 de Enero salimos con dirección á Zapatoza y sin ánimo de demorarnos en ninguna parte; pero al llegar á Jubabá, y ver que comenzaba á venir gente, suspendimos el viaje, improvisamos una capilla y estuvimos dos días haciendo lo posible en bien de aquellas almas. Continuamos nuestro viaje el día 4 á medio día, y pernoctamos en un mal *rancho* donde apenas cabíamos de pie, entramos á las tres de la tarde del 5 en Zapatoza, pueblo que antes había tenido importancia, pero que en la actualidad estaba reducido á diez ó doce casas; no había allí sino dos mujeres que, asustadas y sorprendidas, no sabían qué hacerse. Al fin, fueron á buscar al Alcalde, el cual dijo que no sabía nuestra llegada, pero que avisaría á los vecinos. No hallando dónde hospedarlos, ya después de muchas idas y venidas arreglaron para el señor Obispo un cuartucho separado por medio de tela de una *chichería* (taberna), dándole á todas horas la consiguiente serenata. La capilla que preparamos se diferenciaba poco del cuartucho, y es fácil deducir cuál sería nuestra alimentación en pueblo tan pobre.

»Tres días permanecimos allí, dando el señor Obispo admirables ejemplos de laboriosidad y paciencia. Rodeado de aquellos infelices, eran sus pláticas completamente familiares, interrumpidas por preguntas indiscretas, y teniendo yo que imponerles silencio no pocas veces. Marchamos á Pajarito, que dista cuatro horas, y aquí cambió todo: el recibimiento fué magnífico, sin que pudiera pedirse más á aquellas buenas gentes. Está dicho pueblo en contacto con los del Departamento de Boyacá, y había personas de viso y educación. Como nunca había llegado allí ningún Obispo, el trabajo fué muchísimo en

confesiones, casamientos, etc.; y porque al día siguiente de nuestra llegada yo caí enfermo, tuvo que hacerlo todo el señor Obispo: confesar, bautizar, presenciar matrimonios, rezar el Rosario, etc., pues, á pesar de que yo intenté levantarme varios días, y alguno que otro me levanté, no me permitió hacer nada; hasta tuvo que ir á una confesión al campo por caminos malísimos, empleando todo un día.

»De Pajarito salimos el 13, hicimos noche en una hacienda, y al día siguiente continuamos el viaje, deteniéndonos en el barrio de Recetor para confirmar, llegando el 14 á Chámeza. Salió á nuestro encuentro bastante gente á caballo, en unión del P. Tomás Martínez y Hermano Cirilo Bellido, que acababan de llegar de Bogotá para instalarse en Chámeza, que hasta entonces no tenía Misionero. Estuvo el señor Obispo unos días, y salió para los pueblos del Llano, Tauramena, San Pedro de Upía y otros, acompañándole el P. Tomás, por hallarme yo enfermo, hasta que, algo restablecido, fuí á Tauramena, regresó el P. Tomás á Chámeza y nosotros seguimos al Mani.»

Interrumpimos el relato que no deja de tener cierto sabor parecido al de los Hechos Apostólicos, y vamos á decir algo acerca de la segunda Carta Pastoral dirigida por el Ilustrísimo señor Obispo de Pinara, Vicario Apostólico de Casanare, á los fieles de su Vicariato, con motivo de la Cuaresma de 1895. Está fechada en Chámeza, el 16 de Enero, precisamente en los días á que el P. Alberto alude en el párrafo anterior.

Se ve que el Ilmo. Sr. Moreno aprovechaba hasta la más mínima partecita de tiempo para cumplir perfectamente todos los deberes de su arduo Ministerio. No contento con el trabajo que consigo lleva una vida tan ocu-

padra y penosa como la de aquella Santa Visita Pastoral de Casanare, todavía roba al sueño preciso y al necesario descanso algunas horas, que consagra á escribir la hermosa Carta, de que hacemos un brevísimo extracto. El tema es: *la salvación del alma*. ¿Quién estaba en mejores condiciones para tratar asunto de tan suma importancia? A salvar las almas dedicaba sus desvelos y afanes: ese era su pensamiento continuo y el objeto de todas sus ambiciones y de todos sus amores. Por eso su pluma como su lengua, al hablar y escribir de tal asunto, corrían velozmente, como el Real Profeta nos decía de sí mismo al cantar las divinas alabanzas (1).

Con la energía de su celo quisiera detener á sus queridos hijos y á la humanidad entera en la vertiginosa marcha de los negocios, honores y placeres, para que se fijasen en lo que más les interesa; en las verdades eternas, en la salvación ó condenación del alma. «Hay hombres, dice, que se esfuerzan por no creer en las cosas de la otra vida, porque no les conviene que existan. Hay otros que creen esas verdades eternas, pero que no piensan en ellas, ó piensan poco y de un modo superficial. Voy á hacer ver que unos y otros son dignos de compasión y lástima, porque las cosas de la otra vida deben mirarse con preferencia á todas las de esta vida mortal, por ser aquéllas eternas y éstas temporales.»

Desarrolla después el asunto con excelente método y clara sencillez, probando la inmortalidad del alma y la existencia de la vida futura, en las que muchos no quieren creer porque «esas verdades son de consecuencias prácticas que afectan á nuestra vida ordinaria, á nuestras costumbres, á nuestra conducta, pues si solamente se tra-

(1) Salmo 44, v. 2.

tase de verdades especulativas, apenas habría quien las negara». E imitando admirablemente, sin pretenderlo, á nuestros mejores clásicos, exclama: «Cuando estemos ya en el otro mundo, ¿qué nos importará que nuestro nombre se conserve ó se borre de la memoria de los hombres? Cuando todo lo de esta vida haya acabado para nosotros, ¿qué nos importará haber gozado mucho en ella? Cuando llegue la hora terrible de los grandes desengaños, la hora de la muerte, ¿qué importará haber sido ricos, haber ocupado puestos distinguidos en la sociedad, haber figurado en el mundo? Preguntemos á los muertos: ellos nos dicen, con mudo pero elocuente lenguaje, que nada les queda de cuanto tuvieron en vida, y que riquezas, honores, dignidades, reputación, fama y todo cuanto aprecia el mundo, todo es humo, vanidad de vanidades, cosas que desaparecen, nada; y que la salvación es lo único que importa, porque á ella está ligada la dicha eterna del alma.

»Temblemos, concluye, temblemos por los negocios de la eternidad, que son los únicos verdaderamente importantes. ¡Gozar para siempre, ó sufrir para siempre! ¡Inundarse por los siglos de los siglos en las delicias del amor de todo un Dios, ó en las venganzas de su furor! ¡Disfrutar de los placeres que da un Dios para premiar como Dios, ó sufrir los tormentos con que castiga como Dios! ¡Alcanzar una dicha que nada deja que desear, ó caer en una desgracia que nada deja que esperar...! En una palabra; ¡ó una eternidad feliz en el cielo, ó una eternidad infeliz en el infierno...! Meditemos.»





CAPÍTULO III

Revolución de 1895. — Destrozo de las Misiones y sufrimientos de los misioneros de Casanare. — El Vicario Apostólico continúa su Santa Pastoral Visita. — Tiene noticia de la insurrección. — Su vuelta á Támara por caminos extraviados. — Llega á Nunchía, donde los revolucionarios le piden el pasaporte. — Enérgica respuesta del Obispo. — Entrada en Támara. — Exigencia del jefe de aquella plaza. — Contestación del Ilmo. Sr. Moreno. — Actos de caridad. — Su traslación á la Sede de Pasto.

MEDITABAN los del partido radical de Colombia no en *la salvación de sus almas*, sino en la manera de arrebatár á los conservadores el poder por medio de la revolución, que estalló en aquel mismo mes de Enero de 1895; sólo diremos de ella lo que se relaciona con nuestro objeto.

Notables progresos hacían en Los Llanos la religión y la cultura, merced al ímprobo trabajo de los Misioneros. «Casanare, nos dice el autor de los *Apuntes*, Casanare no es ya la tierra seca y estéril que sólo producía abrojos y espinas; las almas y los corazones de sus habitantes son campos beneficiados por los Padres Misioneros, y en ellos ha germinado la semilla del sagrado Evangelio, y ha flo-

recido, dejando entrever hermosos frutos de virtudes cristianas. Empero el pobre labrador pierde en un momento todo el fruto de su trabajo cuando negra nube, cerniéndose sobre su cultivado campo, y á tiempo que la mies está en sazón, descarga el granizo que oculta en su seno, y troncha y desgrana las doradas espigas, aja las flores y siembra la desolación y el exterminio. Nube negra, muy negra, fué la revolución que obscureció el cielo de la paz en esta República de Colombia el día 23 de Enero de 1895, y al descargar, no fué Casanare, no fué el campo cultivado por los Padres Candelarios, el que menos sufrió las consecuencias fatales de tan aciago suceso.»

Hallábase el P. Samuel Ballesteros en un pueblecito de indios sálivas, adonde los revolucionarios de Orocué enviaron una partida con orden terminante de apresarle. Llevado á presencia del jefe y groseramente tratado, exigieron de él y del P. Antonino Caballero un empréstito de seiscientos pesos de ley. Todavía sufrieron mayores atropellos los Misioneros de Arauca, pues, «tomada la plaza por los invasores, después de reñido combate, valiente y heroicamente sostenido por la pequeña guarnición que allí había, el R. P. Manuel Fernández, sin temor y lleno de celo por la salvación de las almas, salió de la casa para auxiliar á los heridos en la refriega; pero si ya no llovían balas, como momentos antes, sí llovieron sobre él insultos, befas y escarnios por parte de los entonces dueños de la situación. Intentaron dar muerte al Padre que cumplía con su deber, y en el banquete ó comilona que tuvieron para celebrar el triunfo, propuso uno de ellos, cual la infame Herodías, que le fuera presentada la cabeza del P. Manuel para postre. Nadie puede contra Dios, y Dios dispuso las cosas de tal manera, que no llevaron á cabo sus diabólicos deseos».

¿Qué era entretanto del Ilmo. Sr. Moreno y del Padre que le acompañaba? Oigamos á éste, reanudando el suspendido relato de la Santa Visita.

«Supimos ya en Chámeza que había estallado la revolución en el interior de la República; pero esto no arredró al P. Ezequiel para desistir de su Visita Pastoral. En el Maní permanecimos unos días, trabajando cuanto se pudo, y también allí fué el señor Obispo á una confesión en la que invirtió todo el día y parte de la noche sin descanso, tomando por todo alimento un par de huevos que le dieron en la casa del enfermo.

»Salimos para Santa Elena, no recuerdo la fecha, á las cinco de la mañana, llegando como á las dos de la tarde. En seguida abrió la Santa Visita, y comenzó á confirmar á bastante gente que allí nos esperaba. Como á las cinco de la tarde, llegó una familia de Orocué, y me envió el señor Obispo á que preguntase por los Padres de aquella Misión. El padre ó jefe de la familia era liberal revolucionario, pero tenía una hija muy piadosa, á la que yo conocí cuando estuve en Orocué. Hice algunas preguntas, y advertí que la joven indicaba por señas no estar conforme con lo que decía su padre. Al poco rato tocaron al Rosario, y fué ella para decirme muy en secreto que, cuando ellos salieron de Orocué, se preparaban los revolucionarios para venir á prender al señor Obispo y llevárselo.

»Terminado el Rosario, referí al P. Ezequiel lo que me había dicho la joven, y determinó que nos fuésemos al día siguiente muy temprano con dirección á Támara, acompañados de un señor muy conocedor de Los Llanos de Casanare, y que se ofreció á llevarnos por caminos extraviados. Efectivamente; llegaron los revolucionarios á Santa Elena el mismo día en que nosotros salimos, pero

cuando ya no podían darnos alcance. El primer día nos condujo aquel señor á su casa, que era una bonita hacienda, en la que nos trató perfectamente, día y medio que allí estuvimos. No recuerdo el nombre de la hacienda, ni tampoco el del dueño; únicamente sé que era de apellido Estrada, y de nación venezolano. Salimos de su casa, y ya tuvimos que seguir nosotros solos con un muchacho que nos acompañaba y otro que iba con las *petacas* (1). A la una de la tarde nos demoramos en un caserío llamado El Turrón para tomar alguna cosa; pero aquella pobre gente no tenía más que unos huevos y una taza de caldo preparada con manteca rancia. Continuamos el viaje hasta el anochecer, y pernoctamos bajo unos árboles, en donde había un pequeño manantial de agua, escaso, pero lo suficiente para que bebieran las bestias. Registré las *petacas*, y lo único comestible que encontré en ellas fué una caja de sardinas y una *panela*.

»El manantial á que me refiero estaba al pie de un caserío denominado *Las Cañas*; llamará la atención que no fuéramos á él, mas hay que tener en cuenta que, según nos dijo uno de los muchachos, y era cierto, allí vivían gentes de Nunchía, en su mayor parte revolucionarios, y no creímos prudente ir á dicho sitio. Después de comernos las sardinas entre nosotros y los dos muchachos, fuimos á beber agua, y cuál no sería nuestra sorpresa al encontrarla salada: recuerdo que yo no pude dormir, y á media noche me levanté á coger un poco de agua y echarle un pedacito de *panela*, con el fin de ver si podía apaciguar la sed; el P. Ezequiel nada hizo ni dijo, á pesar de que tampoco conciliaba el sueño. Ama-

(1) *Petaca* llaman en Colombia y otras partes de América á las cajas donde se llevan las provisiones. Suelen ser de paja en el interior y estar forradas de cuero.

neció, y, sin tomar nada, porque no teníamos, continuamos nuestro viaje.

»Había determinado el P. Ezequiel, por indicación mía, extraviar el camino y dirigirnos á la hacienda de D. Silvestre Arenas, llamada el *Deshecho*; dicho señor, aunque liberal, como la mayoría de Casanare, era respetuoso y deferente, y siempre nos había dado pruebas de afecto, y confiábamos que nos diría la verdad acerca de la revolución, pues las noticias que las pobres gentes nos daban eran muy alarmantes é incoherentes (1). Preguntando y medio extraviados y perdidos, tomando un camino y dejando otro que nos parecía menos adecuado para llegar á la referida hacienda, seguíamos nuestra marcha, cuando encontramos una casita, donde preguntamos, como era costumbre del P. Ezequiel, si había algún enfermo; y dijeron que en el alto de Nunchía había uno. No vaciló el P. Ezequiel, á pesar de que sabía que era meternos en la boca del lobo, pues en Nunchía estaba dominante la revolución.

»Llegamos como á la una de la tarde al sitio donde nos habían dicho que se hallaba el enfermo; nos contestaron que estaba abajo con los peones; seguimos, y encontramos al buen hombre en pie, aunque un poco delicado; era un buen cristiano llamado Juan José Tobián, conocido mío. Su mujer estaba haciendo la comida para los peones, consistente en una gran olla de yuca, plátano y carne. Pidióle el P. Ezequiel que le diera un plato de aquello, pues tenía una debilidad extrema; la mujer se excusaba ofreciéndole preparar alguna otra cosa, pero á la insistencia del Padre, le sirvió un plato de los peones; nunca le vi comer con más gusto.

(1) Era la primera revolución que se conocía en Casanare, después de la guerra de la Independencia.

»Pensamos luego lo que debíamos hacer, pues estábamos á la vista de Nunchía; yo me ofrecí á ir solo, y que el Padre se quedara hasta ver si yo volvía ó no. El contestó: «No; quiero correr la misma suerte que tú » corras.» Lo dijo con tal tono, que nada pude oponer, y entramos en Nunchía como á las tres de la tarde, pasamos por la plaza donde tenían sus cuarteles los revolucionarios, y alguien dijo: «Buenas bestias para la brigada», y nos dirigimos sin hacer caso á la casa Cural, cuyas llaves nos trajeron de allí á un rato; entramos en una pieza ó despacho que solíamos ocupar cuando íbamos á dicho pueblo, y nos sentamos.

»Hallábase con nosotros el sacristán Moisés Cubillos, y al momento se presentó un oficial llamado Ramón Moreno. Sin saludar ni descubrirse, se dirigió al P. Ezequiel diciéndole con tono despectivo: «De orden del jefe » de la plaza á ver el salvo conducto ó pasaporte.» El Padre hizo que no entendía, y le preguntó: «¿Qué es lo » que dice usted?» Repitió lo que antes había dicho; á lo que el P. Ezequiel contestó con energía y sin alterarse. «Yo no tengo otro pasaporte que mi anillo y mi pectoral; » soy el Obispo de Casanare, y estoy en mi territorio.» «Eso no basta», contestó el finchado oficial. «Pues vaya » usted, replicó el Padre, y dígame al jefe de la plaza que » ni tengo ni quiero otro.» Se fué el oficial y no volvió: yo pregunté quién era el jefe; fuí á su casa, y él protestó que no había dado semejante orden. Fuera lo que quisiera, lo cierto es que no se metieron con nosotros, y nos cuidaron las bestias hasta el día siguiente, que continuamos á Támara.

»Grande fué la sorpresa é indecible alegría de los Padres de Támara al vernos llegar. Transcurrieron algunos días, y determinó el P. Ezequiel ir á preguntar al

jefe de la revolución en Casanare por los Misioneros de Orocué. No estuve en la entrevista, pero me refirió el que le acompañaba que el jefe increpó al P. Ezequiel porque hablaba del liberalismo y de otras cosas por el estilo, á lo que el Padre le contestó: «No sabía que » hubiese dos Obispos en Casanare, creía que era yo » solo.» El hombre se desconcertó con esta respuesta.

» Á fines de Marzo, el jefe de la plaza, mejor dicho, de la revolución, dirigió al señor Obispo una nota en que le pintaba la situación tristísima de los conservadores presos que tenía en la cárcel de Pore (obra antigua de los españoles y terror de aquellas gentes), y que para subvenir á esas necesidades le imponía un empréstito de quinientos pesos. El P. Ezequiel contestó, que esos sentimientos de que blasonaba en su nota no eran inspirados por el liberalismo, sino por las enseñanzas de la Iglesia: y «fundado en esas enseñanzas, añadía, no tengo » inconveniente en ir de puerta en puerta por todo Casa- » nare á pedir una limosna y ponerla en manos de los » presos»; yo nada tengo, pues mi única renta son los diezmos, y los revolucionarios no los pagan. No agradó la contestación, y determinaron prender al señor Obispo; pero el mismo día en que habían de hacerlo, vió el vigía que venían gentes y soldados; y creyendo que eran fuerzas del Gobierno, comenzaron á desbandarse. Eran liberales derrotados en Enciso, que al día siguiente salieron de Támara con los demás revolucionarios: así el Padre Ezequiel se libró de la prisión que tenían determinada.»

El P. Gregorio Segura, que estaba también con el Ilmo. Sr. Moreno, refiere más detalladamente el caso, diciendo: «No agradó al Jefe la contestación clara y terminante del buen P. Moreno, razón por la que determinaron vengarse á mansalva.

»Nosotros ignorábamos lo que ellos intentaban realizar en la noche del 25 de Marzo de 1895; pero Dios vela por los suyos. A eso de las cuatro de la tarde se alarmaron los revolucionarios de Támara, persuadidos de que llegaba tropa del Gobierno, según afirmó el centinela que tenían apostado en el cerro de Santa Bárbara, y que á todo correr bajó á la población, para avisar á sus Jefes. Desde ese momento, sólo pensaron, durante esa noche, en salir al día siguiente con dirección á Arauca, y pasar á Venezuela, como en realidad lo hicieron. La tropa del Gobierno no pareció; sólo existía en la imaginación de los revolucionarios, temerosos de ser sorprendidos. Dios Nuestro Señor les infundió ese temor, para que no volvieran á acordarse de lo que ellos intentaban.

»En efecto; no recuerdo quién, pero era persona de todo crédito, la que nos informó, que tenían resuelto entrar á saqueo en la casa del señor Obispo y de los Padres. Para hacerlo con más libertad darían á las seis de la tarde *aguardiente libre*, es decir, gratuitamente y sin tasa, á la gente; y después, cuando ya fuese de noche, se dirigirían á la casa de los Padres. Sólo Dios sabe los desmanes, atropellos y vejámenes de que hubiéramos sido víctimas nuestro buen P. Moreno y los que lo acompañábamos. Pero El, que tan misericordiosamente vela para defender á sus fieles servidores, cuidaba al Sr. Moreno; y en atención á sus virtudes, cuidaba también de nosotros. El fué, sin duda, quien confundió á aquellos hombres extraviados, haciéndoles ver, á las cuatro de la tarde, ejércitos que no existían. Tan sencillamente desbarató el sacrílego proyecto de nuestros enemigos, deseosos de vengarse del P. Moreno, y nos libró de sus iras prodigiosamente.

»A los pocos días, continúa el P. Alberto, llegaron

fuerzas del Gobierno, á las órdenes del sargento mayor Urdaneta, viniendo luego el general Clímaco Silva por el lado del norte, y el coronel Joaquín Escandón con un escuadrón de caballería que había entrado por el oriente. Pidieron Capellán, y como yo estaba enfermo á consecuencia de la Visita, quiso ir el mismo P. Ezequiel á prestar ese servicio al ejército, pues se suponía que en Tame habría combate; me opuse, le hice presente que no convenía en manera alguna, y después de mucho insistirle, accedió; fui yo acompañando al P. Pedro Cuartero; mas, viendo que la revolución había ido á parapetarse en Arauca, donde estaban los PP. Manuel Fernández y Santos Ballesteros, regresamos á Támara.

»A fines de Abril fué llamado á Bogotá por el Excelentísimo señor Delegado: se trataba ya de su promoción á la Sede de Pasto. Hizo el viaje de unos doce días, sin que ningún Padre le acompañara, porque éramos muy pocos en Casanare, y no quería que faltase ninguno de las Misiones.

»En Julio estalló de nuevo la revolución en Casanare, y volvieron las tropas del Gobierno al mando del general Isaías Luján. El P. Ezequiel estaba en Bogotá, é impaciente por nuestra situación, salió á fines de Agosto y entró en Casanare embarcado por el río Meta, donde milagrosamente se salvó de un naufragio, pues iba en una embarcación pequeña, y se le mojó todo lo que llevaba, destrozándose algunos ornamentos. Se detuvo unos días en Orocué, de donde marchó á Támara.

»Sabedor el P. Ezequiel de la situación en que marchaba el ejército, al que iba yo agregado como capellán, salió para Tame acompañado del señor Intendente, nuestro buen amigo D. Marco A. Torres, llevándose dos Hermanas de la Caridad, que estableciesen un hospital:

allá era de ver al Padre administrando á los enfermos, alentando á los convalecientes, y consolando á todos. Llegamos nosotros á Tame medio muertos y hambrientos, mientras que otra sección venía embarcada por el río Casanare, y era necesario ir á encontrarlos al puerto de San Salvador, distante de Tame unas cinco horas. Marchamos con el P. Ezequiel y algunos oficiales, y una vez en el puerto, siguió el señor Obispo para Támara, con el fin de enviarnos, ó traernos él mismo, algunos víveres. Acompañado del médico Julio Tabera, bastante mal de salud, y con el sentimiento de la noticia que allí recibí de la muerte de mi querido padre, me quedé esperando á los enfermos, y llegó el P. Ezequiel, al que fuí á encontrar hasta la mitad del camino: por cierto que el día anterior estuvo á punto de perecer por un rayo que cayó muy cerca de él. Seguimos al puerto, donde por disposición suya me quedé, mientras él volvía á Tame, y regresaba otra vez á San Salvador; vino y le acompañé, continuando la Visita por varios caseríos: El Corozal, Chire, El Palmar, La Capilla y Manare.

»Viendo mi mal estado de salud, resolvió dejarme en Moreno con la familia del señor Intendente, pues temía que, de ir á Támara, punto algo más frío, me atacasen las fiebres con mayor violencia. En los primeros días de Enero de 1896, se agravó la fiebre; el médico creyó que fuese perniciosa, y avisaron al P. Ezequiel, que fué inmediatamente, á pesar de las ocho horas de distancia. Estuvo conmigo unos días, y me acompañó á Manare, desde donde, un poco repuesto, fuimos á Támara, pues quería ordenar á Fr. Víctor Labiano, y no tenía bastantes sacerdotes.

»Por fin, en el mes de Marzo recibió la noticia de que estaba preconizado para Obispo de Pasto; y con dolor de su corazón abandonó á Casanare, sin despedirse de nadie.»



CAPÍTULO IV

¡OBISPO DE PASTO! — Historial de la Diócesis. — El prólogo á las Pastorales y otros escritos del Ilmo. P. Ezequiel. — Primera Carta de saludo á los nuevos hijos. — Lo que le halagaba en Casanare.—Viaje desde Bogotá á Pasto. — Entrada en la capital del Obispado. — Dirige la palabra á los fieles y cautiva sus corazones.—Voz de aliento y voz de alerta.

PUDIERA decirse que todos los capítulos anteriores de la primera y segunda parte de esta biografía eran el preámbulo de la vida del R. P. é Ilustrísimo Sr. Moreno. Había venido al mundo, había entrado en la Religión Agustiniiana, había desempeñado tan perfectamente en Filipinas, España y Colombia los cargos de Misionero y Superior, y había dado tan admirables muestras de Apóstol en el Vicariato de Casanare, para ser lo que la divina Providencia quería que fuese: OBISPO DE PASTO.

El santo Pontífice Pío IX erigió el año 1849 en la República de Colombia varias diócesis nuevas, entre las cuales está la de Pasto, desmembrada de la extensísima de Popayán. La ciudad de Pasto, al sur de Colombia y situada en el Departamento del Cauca, hoy de Nariño, es

una de las más antiguas de América, y son los pastusos tan hondamente católicos que personas eminentes por su espíritu de observación han dicho de Pasto y su territorio, que en cuanto á ideas y sentimientos religiosos es al resto de Colombia lo que eran hace un siglo nuestras Provincias Vascongadas á las demás de la Península. Por eso, y temiendo que la independenciam patria pudiera vulnerar en lo más mínimo los intereses cristianos, fué aquella región la más adicta á España, y todavía ostentan sus moradores, con más caballeroso y santo orgullo que en otras partes, el nombre de *godos*, con que algunos pretenden motejarles.

En el Prólogo á la *Colección de Pastorales y otros escritos del Ilmo. Sr. D. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz* decimos que la diócesis de Pasto confina con el mar Pacífico y con las Repúblicas del Brasil y del Ecuador, y después de tratar de la situación político-religiosa del Ecuador y de Colombia en los últimos años del siglo próximo pasado y comienzos del presente, decimos: «Una pequeña revolución estalló en Colombia el 1895; pero fué sofocada á los tres meses, merced al esfuerzo casi temerario del general Reyes, hoy Presidente de aquella República. Aunque también vencida, fué más formidable y de más tristes consecuencias la de 1899, pues duró tres años, luchando en ella con bárbaro encarnizamiento en favor del liberalismo todos sus adeptos, unidos á gentes advenedizas, á mercenarios y filibusteros.

»Estas revoluciones, más que del fondo mismo de Colombia, partieron de las vecinas Repúblicas, principalmente del Ecuador; no del verdadero pueblo ecuatoriano, del pueblo del Sagrado Corazón de Jesús, del pueblo que leía con avidez y entusiasmo las Pastorales del Sr. Moreno, sino de los librepensadores, de los masones y masoni-

zantes y de todos los enemigos de Dios y de su Iglesia. Del Ecuador entraban en Colombia los malos ejemplos



El Ilmo. P. Ezequiel en 1898

de una impiedad triunfante; de allí los furibundos artículos de una prensa procacísima; de allí los trabajos de constante zapa, iniciados y sostenidos por las logias; de

allí armas, municiones y aun batallones de línea ecuatorianos. El paso obligado de esas corrientes anárquicas era el territorio contiguo, el que corresponde á la diócesis de Pasto. En tan críticas circunstancias quiso la divina Providencia poner al frente de aquel obispado una persona dotada de energías bastantes para rechazar política y religiosamente los ataques venidos de fuera, y para conservar y fomentar las sanas ideas en el entonces Departamento del Cauca.

»Esa persona fué el Ilmo. Sr. D. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz, Vicario Apostólico de Casanare, que entró en Pasto el día 10 de Junio de 1896. Sucesor del muy ilustre en todos sentidos Sr. Caycedo, que había sido elevado á la Metrópoli de Popayán, y ocupa hoy la de Medellín, continuó la obra defensiva de su antecesor; y como el peligro arreciaba, arreció también el celo del nuevo Prelado.»

Pero no hay que adelantar los sucesos. Recordemos lo que el P. Alberto Fernández nos decía al final del relato que hemos transcrito en los dos capítulos anteriores: «Salió de Los Llanos con dolor de su corazón y sin despedirse de nadie.» Cuánta fuese su pena al dejar aquellas queridas Misiones nos lo dice él mismo con delicado sentimiento escribiendo al principio de su primera Cartasaludo á los fieles de Pasto.

«Cuando fuimos, dice, á Casanare, á ejercer nuestro Ministerio como Vicario Apostólico de aquel territorio, no pudimos imaginarnos siquiera que nos habríamos de ver precisados á salir de él, aun antes de cumplir dos años; pues fuimos en la firme persuasión de permanecer en aquella región hasta la muerte, y en la creencia absoluta de que desde pobre habitación, ó desde las playas de sus ríos, ó la espesura de sus bosques, íbamos á pasar

á la eternidad, y presentarnos al Eterno Juez, así como escudados con la vida humilde que teníamos que llevar, no obstante nuestra alta dignidad, y como defendidos por las privaciones y trabajos que teníamos que sufrir para procurar en lo posible la salvación eterna de aquella grey diseminada por un suelo extenso, poco sano hasta el presente, no abundante en recursos y no escaso en incomodidades y peligros.

»Tenemos que decir con ingenuidad que esa idea de pasar á la otra vida después de unos años de pobreza, de privaciones y sufrimientos, no dejaba de halagarnos en nuestros ratos de meditación sobre nuestro porvenir eterno; y por lo mismo, al recibir la noticia de nuestro traslado, nos ocurrió al momento esta pregunta: ¿Nos habremos hecho indignos de sufrir por Dios Nuestro Señor? Indignos somos en efecto de tal dicha; pero no sabemos si habrá sido ese el motivo que haya movido al Señor á permitir nuestro traslado; lo que sabemos de cierto es que nada pretendimos ni buscamos, y que cuando se nos dijo que íbamos á ser trasladados, ya estaba todo hecho, sin quedar otro recurso que una resistencia absoluta, que no nos atrevimos á oponer, porque sólo deseamos se cumpla en Nos la voluntad de Dios en todas las cosas.»

Pronto veremos que el Señor determinó su traslación, no porque en el Vicariato se hiciese indigno de padecer, sino porque se había hecho digno de sufrir mayores trabajos, humillaciones, desprecios y dolores *por el nombre de Jesús*, por el amor de Dios. En Casanare, noviciado, digámoslo así, de su ministerio Episcopal, sufrió privaciones materiales; en la nueva diócesis le aguardan padecimientos mucho más sensibles, aunque no será de parte de sus hijos, pues la casi totalidad, con raras excepciones,

le recibieron como á buen Pastor, y siempre le respetaron y amaron como á Padre.

Acerca de su viaje desde Bogotá á Pasto, nos dice el R. P. Matute: « A principios de Mayo de 1896 salió de Bogotá para su Diócesis de Pasto el Ilmo. P. Moreno, que, indeciso en hacer el viaje por agua ó por tierra, se resolvió á emprenderlo por tierra, aunque más difícil y penoso, para tener más libertad de hacer el bien por donde pasara: que esto es muy natural y propio en varones apostólicos como el que nos ocupa. Muy de veras deseamos y quisimos (ya el P. Matute era Provincial) que llevara de compañero alguno de los Padres; pero acostumbrado él á sacrificios, hizo el de resistirse á tener ese gusto, en vista de la necesidad de personal que había en Santa Fe. Conseguimos, no obstante, que para el viaje, siquiera, se llevara un hermano lego, y fué destinado para el caso el Hermano Fr. Luis Sáenz de la Virgen de Valvanera, quien, siempre sumiso á la voluntad de su Superior, se prestó de buen grado para servir de paje y compañero al Ilmo. P. Moreno.

»Les acompañaron hasta el pueblo de San Antonio de Tena el Ilmo. P. Casas (nuevo Vicario Apostólico de Casanare) y el P. Jesús Martínez; y en dicho pueblo, residencia entonces del Excmo. Sr. Caro, Vicepresidente de la República, se despidieron de él y de su familia ambos Obispos, pues el Ilmo. Sr. Casas pensaba también en viaje para su destino.

»En virtud de recomendaciones y oportunos avisos que el Sr. Caro dió á las autoridades de los pueblos por donde había de pasar el Ilmo. Sr. Moreno, éste y su paje no tuvieron que hacer otra cosa que recibir las atenciones y servicios que en todas partes les prodigaban generosamente; de manera que el viaje les fué saliendo mucho

mejor de lo que esperaban, á juzgar por las malas impresiones causadas por las noticias que antes de partir les dieron. Cuando llegaron á la ciudad de La Mesa, el señor Alcalde les tenía casa preparada; pero el señor Cura le disputó ese honor al Alcalde, y, como es natural, el Reverendísimo señor Obispo optó por la hospitalidad que de corazón le ofrecía el señor Cura, quien le trató espléndidamente. Por la noche obsequiaron al señor Obispo con retreta, y al siguiente día proporcionaron á los viajeros bestias excelentes, con las que llegaron sin novedad alguna á las Juntas, después de ser en Anapoima objeto de singulares atenciones.

»Salieron de las Juntas en el tren que parte á las dos de la tarde, llegando á las cuatro á Girardot. Atendiólos también allí el señor Cura, y al siguiente día, en bestias de refresco que gratuitamente les proporcionó el señor Alcalde, siguieron viaje para Ibagué, en donde fueron recibidos con verdadero cariño y entusiasmo. El señor Cura, el Gobernador, el Jefe de la fuerza y otros se disputaban el honor de hospedar y atender al Ilustrísimo señor Obispo; pero éste prefirió siempre la casa Cural, y en ella le atendieron y obsequiaron todos. Allí permaneció el ilustre huésped un día, durante el cual fué objeto de especiales demostraciones de afecto por parte de las autoridades, quienes rivalizaron en atenderlo, mereciendo singular mención el coronel Pedro Sicard, del cual y de todos se fué el Ilmo. Sr. Moreno sumamente agradecido.

»Bien equipado y dispuesto con baqueano (1) *ad hoc*, que le proporcionó el citado Sicard, emprendió el señor Obispo y su paje la subida del Quindío, que no encontró, según nos decía en carta escrita desde Cartago, tan fiero

(1) Práctico ó conocedor del camino.

ni tan penoso como se lo habían pintado. Tal vez favorecía al señor Obispo tener ya casi hábito de pasar por malísimos caminos, y esto hacía que no le pareciese tan malo. Al llegar á Filadelfia, pueblo pequeño, se vió gratamente sorprendido por cincuenta jinetes que salieron á recibirle. Descansó allí un día, que fué el 19 de Mayo, y al siguiente continuó su viaje, llegando á Cartago el 20 del mismo mes.

»Hospedáronle en una casa grande y espaciosa, la misma en que murió el Ilmo. Sr. Ortiz, de venerable memoria. Confiesa el Ilmo. Sr. Moreno en carta que me escribió, que es el mejor alojamiento que ha tenido en todos los viajes que ha hecho; el trato inmejorable y libertad completa, porque en tan grande y espaciosa casa no había sino una buena vieja que apenas les daba la cara, pero que sí sabía dar órdenes afuera para que nada les faltara. De Cartago subió embarcado por el río Cauca, en un vaporcito que hacía el recorrido hasta cerca de Cali; y al entrar en esta población fué sorprendido por un bonito recibimiento que le habían preparado los Padres Franciscanos, ayudados por las autoridades. Fueron á Popayán, hospedándose en el palacio del señor Arzobispo, Dr. D. Manuel Caycedo, que con indecible gusto estrechó al Sr. Moreno en paternal y cariñoso abrazo. *Como ya lo sabrá Vuestra Reverencia, me escribía, tuve el placer de disfrutar, unos pocos días, de la compañía del Ilmo. Sr. Moreno á su paso para el Sur. Lo que sentí de veras fué lo corto de su permanencia aquí, y no haberlo podido atender como él se merece.*

»Ansioso el Sr. Moreno de llegar á Pasto para la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, no se detuvo en Popayán para la festividad del Corpus, y salió de allí la víspera de aquella festividad, ó dos días antes. Desde que

entró en territorio de su diócesis, recibíanlo en los pueblos con ruidosas ovaciones hasta llegar á la capital, en donde le hicieron lujosísimo y cariñoso recibimiento.

»El día 10 de Junio de 1896 hizo su entrada en Pasto el Ilmo. Sr. D. Fr. Ezequiel Moreno. Anticipadamente habían acordado que una respetable comisión de sacerdotes y particulares acompañara al Prelado desde el río Mayo, límite de la Diócesis.

»Al amanecer del día en que había de llegar el señor Obispo, las campanas con su voz sonora y vibrante despertaron á los pacíficos moradores de Pasto, que, á la par que con las notas de los sonoros bronces, sintieron recreado el sentido del oído con las armonías del arte divino, magistralmente ejecutadas por una banda militar que recorría las calles de la población. Desde la entrada norte de la ciudad hasta la puerta del palacio episcopal, se levantaron arcos de triunfo, decorados con elegancia y sencillez. Leíase en casi todos ellos una inscripción, ó se ostentaba algún emblema alusivo á la solemnidad. Las calles del tránsito, y la plaza principal en particular, estaban adornadas con vistosas colgaduras, coronas, festones de flores, gallardetes, etc., etc., flameando por doquier las banderas nacional y pontificia. Parecían haber afluído todos los moradores de Pasto á la plaza principal y á la carrera de entrada, según testigo ocular; y el conjunto presentaba á la vista un espectáculo animadísimo, por la variedad de colores y la profusión de gentes que invadían las calles y se disputaban el sitio más aparente para poder ver al Ilustrísimo Prelado. Hasta más de un kilómetro de la población había salido la escuela de niños de los Hermanos Maristas, que es bien numerosa.

»Todos en expectativa, no tardaron en ver aparecer en el alto que llaman de la Cruz al Ilustrísimo señor

Obispo. ¡Hermosa escena! Todas las corporaciones eclesiásticas y civiles, escuelas y colegios llevando sus alumnos de ambos sexos sendas coronas de flores, todas las comunidades religiosas y el cuerpo de empleados civiles; multitud de niños ostentando cada uno bandera tricolor; las colinas y todas las alturas cercanas á la población ocupadas por apiñados grupos de gente. «¡Oh! Esto, me » decía el que me hizo relación del suceso, no puede pintarse, entusiasmaba verlo.»

»Llegó el momento; y al penetrar el señor Obispo en la población, el batallón Pichincha, que ocupaba la derecha de la entrada, hizo al Ilustrísimo señor los honores militares correspondientes á su rango. Las campanas de todos los templos se echaron á vuelo; los tambores dieron el toque de honor, y la música rompió con el himno nacional, en el momento en que la bandera colombiana se alzaba flameante para saludar al Jefe de la Iglesia Pastopolitana.

»El Ilmo. Sr. Moreno contestó con cultas y benévolas expresiones agradeciendo el primer saludo oficial que le dió la ciudad capital de su Diócesis por medio del Sr. D. Gonzalo Miranda, Vicepresidente del Consejo Municipal, quien pronunció con tal motivo un hermoso y elocuente discurso. En la Casa de los señores Jurado depuso el Prelado sus ropas de viaje, y vestido con capa magna siguió hasta la iglesia de Santo Domingo, en donde tomó las vestiduras Pontificales, después de recibir de rodillas en la entrada del templo, la *paz*, que le fué dada por el venerable señor Vicario General de la Diócesis. Mientras todo esto sucedía, las notas vibrantes y cadenciosas de un precioso himno resonaban en el atrio: eran los niños de las escuelas Maristas, que así obsequiaban al Pastor.

»Impartiendo bendiciones á la multitud que en torno

suyo se apiñaba, continuó el Prelado su marcha hasta la Catedral, bajo palio llevado por las primeras autoridades. Gratamente impresionaba todo al Sr. Moreno, pero subió de punto su emoción cuando, al pasar por el lado norte de la plaza, de una inmensa azucena que descansaba en artístico templete, salió, dejando abrir sus pétalos una primorosa niñita, que le dirigió un sencillo y tierno saludo.

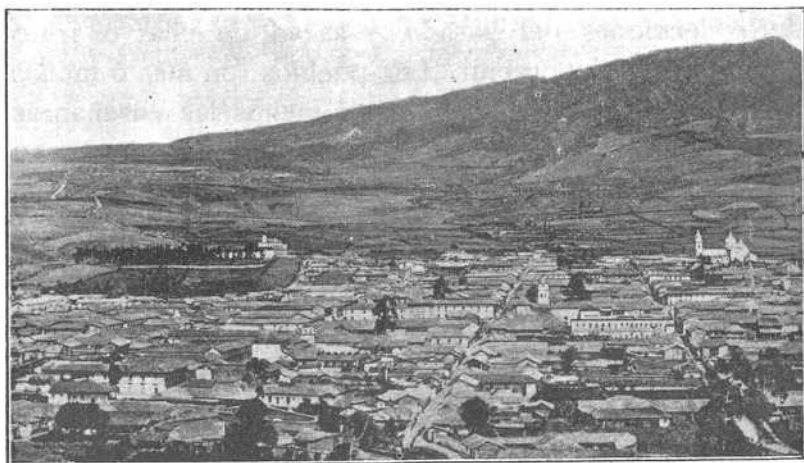
»Ya en la santa Catedral, se entonó solemne *Te Deum*, terminado el cual el Prelado dirigió la palabra á los fieles. Después de un saludo tan cortés como efusivo y cariñoso, habló el Ilmo. Sr. Moreno sobre las necesidades de creer y la de amar, esto es, sobre la verdad y la caridad divina. Con palabra fácil, elocuente y mesurada disertó sobre tan hermoso tema; y al terminar, su voz sonora y suave que llenaba los ámbitos del templo, se enterneció hasta derramar él lágrimas y hacerlas verter á los que atentos le escuchaban.

»Luego que tuvieron fin las ceremonias de rito, y con el mismo séquito, se dirigió á su casa Palacio. Obsequiáronle las bandas con muy buena retreta; y al día siguiente y siguientes, después de las recepciones de estilo, visitaron al Ilustrísimo Prelado las personas principales de la población.

»Tal fué el recibimiento que hizo al Sr. Moreno la sociedad de Pasto, profundamente católica y realmente hospitalaria.»

En la carta Pastoral cuyo principio hemos copiado ya en este mismo capítulo, anima el nuevo Prelado á sus Diocesanos «á permanecer firmes en la fe, y estar siempre vigilantes contra toda clase de seducciones». El hace la síntesis de la Pastoral diciendo: *Voz de aliento y voz de alerta*. Habla en la primera parte de la necesidad de la

fe católica, que ilustra la razón humana, destruye los vicios, mejora las costumbres, es para toda clase de hombres un beneficio de Dios, é influye saludablemente en la sociedad.



Pasto. — Vista general

Da en la segunda parte la voz de alerta recordando el peligro que denuncia el santo Concilio Vaticano al decirnos que el racionalismo ó naturalismo ataca por todos los medios la religión cristiana, excluyendo de las inteligencias humanas, de la vida y de las costumbres á Cristo, nuestro solo Señor y Salvador. Lamenta el celoso Obispo la satánica labor de hombres infatuados con una vana ilustración, emisarios del ángel del *non serviam*, que prometen dicha y ventura á los pueblos, á condición de abandonar las creencias católicas y de adorar los ídolos de la razón y libertad humanas. ¡Alerta, pues, hijos míos! «Estad, añade, estad sobre aviso, para que no os seduzcan esos hombres con sus falsas promesas. Rechazad con valor cristiano sus enseñanzas, expuestas en conversa-

ciones, en discursos, y en esa multitud de libros corruptores, de folletos revolucionarios, de periódicos furibundos, ecos de la impiedad y del anarquismo, y elementos de muerte para los individuos y los pueblos, á quienes desmoralizan, degradan y envilecen. No olvidéis las duras lecciones del pasado, y sacad de ellas el fruto debido para el porvenir. Los pueblos son más ó menos felices según que practican más ó menos las enseñanzas del Catolicismo, y allí donde para nada se tienen en cuenta esas enseñanzas, donde domina la razón humana y la fe es olvidada, donde impera la incredulidad y no se reconoce el reinado de Jesucristo, no hay que esperar más que lo que se está viendo: horribles tormentos, convulsiones espantosas, agonías sociales, muerte y desolación.»

Quiere, finalmente, que esa voz de *alerta* sea repetida por los centinelas que ocupan los puestos avanzados en la custodia del pueblo de Dios, los párrocos y los sacerdotes, á quienes dirige paternal y fraternal saludo, así como á las comunidades religiosas, á las personas dedicadas á la enseñanza y á todos los fieles. Termina congratulándose de hallar ya su Diócesis consagrada al Divino Corazón de Jesús, y excitando á todos al amor de la Santísima Virgen María, Madre de Dios y cariñosa Madre nuestra, y á la devoción al glorioso patriarca San José, jefe augusto de la Familia Sagrada y Patrón de toda la Iglesia. «Jesucristo ha querido, concluye, que su Padre Putativo sea honrado en estos tiempos como nunca lo ha sido, y se complace en derramar gracias abundantes sobre los que invocan su poderoso patrocinio, y en multiplicar los prodigios en favor de los que le honran y dan culto.»





CAPÍTULO V

Los Sres. Obispos Masiá, Schumacher y Moreno. — Relaciones del Prelado de Pasto con los de Loja y Portoviejo. — Sale el Ilmo. P. Ezequiel á la defensa del Sr. Schumacher y de los Capuchinos. — Nueva voz de alerta. — Condenación de los periódicos «El Soyri», de Quito, y «El Carchi», de Tulcán. — Gratitud del señor Obispo de Portoviejo. — El capuchino P. Aviñonet. — Ocupaciones del Sr. Schumacher en Samaniego. — Su preciosa muerte.— Oración fúnebre que pronuncia el Sr. Moreno. — Gestiones del señor Arzobispo y Clero de Quito para que se les concediese el cadáver del señor Schumacher. — Discreta contestación del Ilmo. P. Ezequiel.

S IEMPRE ha sido notable por su ilustración y virtudes el Episcopado de la América latina, y esas cualidades resplandecían sobremanera en los que ocupaban las sedes á fines del siglo XIX, como lo prueba el Concilio Plenario Latino-Americano celebrado en Roma en 1899. Por causas bien ajenas á su voluntad no pudieron asistir á él los Obispos de Loja y Portoviejo, en el Ecuador, y el de Pasto, en Colombia (1), que eran, por su

(1) En un precioso artículo necrológico que á poco de la muerte del Ilustrísimo P. Ezequiel escribió el P. Fr. Eugenio Cantera, de nuestra Orden, y apareció en los números 9 y 10, año II, de la revista *Santa Rita y el pueblo cristiano*, leemos lo siguiente: «Era á fines de 1898 cuando la América latina celebraba con gran regocijo un fausto acontecimiento de notable interés en sus anales. Roma, capital

enérgico celo, tres figuras excelsas entre los Prelados de Sud América. Se llamaban D. Fr. José María Masiá y Vidiella, de la Orden de San Francisco, D. Pedro Schumacher y Niessen, de la Congregación de San Vicente de Paúl, y D. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz, de los Agustinos Descalzos del Padre San Agustín. Relacionados estaban esos tres atletas de la fe católica, tan amigos de Dios como enemigos de Satanás y de todos sus secuaces. Entre los Sres. Masiá y Moreno mediaron indudablemente varias cartas; sólo poseemos una que desde su destierro escribió el primero al segundo cuando éste regresó de Roma en 1899. La carta dice así:

« Obispado de Loja. — Residencia accidental, Lima. Descalzos.

» Agosto, 5 de 1899.

» ILMO. SR. DR. D. FR. EZEQUIEL MORENO, DIGNÍSIMO
OBISPO DE PASTO.—ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO
SEÑOR Y AMADO HERMANO:

» El placer grande que he tenido al saber el felicísimo éxito de su viaje á Roma y de la odiosísima cuestión sus-

del Catolicismo, recibía con suntuoso aparato á los Obispos de aquellas Repúblicas, quienes, con objeto de crear un código de disciplina eclesiástica común y uniformar variedad de costumbres introducidas en el complicado régimen de sus respectivas diócesis, se congregaban en Concilio Plenario, cabe los pies del augusto Vicario de Cristo. La gravedad de las cuestiones que el programa anunciaba, exigía la cooperación de los más célebres canonistas y el consejo de los prelados más sobresalientes en doctrina y prudencia. El presidente de aquella venerable Asamblea practicó cuantas gestiones pudo para que asistiera á las sesiones el P. Ezequiel; pero no fué posible vencer su resistencia, alegando razones de suma trascendencia que urgían el regreso á su diócesis. Al verse, pues, privados los Padres del Concilio de las luces que podía prestarles el P. Moreno y en las que tanto confiaban, exclamaba triste y conmovido un Eminentísimo y sabio Purpurado: «No siento más que una cosa: va á celebrarse el Concilio Americano sin la asistencia del Obispo de Pasto, y temo mucho proceder sin la ayuda y consejo que podía darnos tan insigne y experimentado Pastor. No soy Papa, pero quisiera serlo para obligarle á quedar con nosotros.»

citada por arte del maligno entre Vuestra Señoría Ilustrísima y el señor Obispo de Ibarra, como también de la espléndida recepción de su amada grey al regreso de Roma, me obliga á dirigirle la presente para saludarle muy cordialmente, felicitarle y darle mil parabienes. Al fin la causa que defendía Vuestra Señoría Ilustrísima era la de Dios, y por eso no podía dejar que triunfase la maldad para mayor honra suya y provecho de sus ovejas. Agradezco la tierna y Apostólica Pastoral que se ha dignado mandar con las demás hojas impresas, sobre todo el Decreto de la Congregación y la *Retractación* del sacerdote que con tanto escándalo del pueblo y amargura de Su Señoría Ilustrísima por la carta que en mala hora publicó; de lo cual doy gracias al Señor. Deseando á Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima perfecta conservación para el bien de esa Diócesis, me suscribo su afectísimo y amante Hermano.

» FR. JOSÉ MARÍA

»Obispo de Loja.»

Las relaciones entre los Sres. Schumacher y Moreno fueron más íntimas y frecuentes, como que el desterrado de Portoviejo se hallaba ya en Samaniego, diócesis de Pasto, cuando de este Obispado tomó posesión el Ilustrísimo P. Ezequiel, quien sabía la historia del Ecuador, y amaba al ilustre proscrito, aun antes de conocerle personalmente. Tanto le amaba, que bien pronto se declaró defensor acérrimo contra todos los que atacaban al inocente y sabio Prelado.

El de Pasto dió, como hemos visto, la voz de *alerta* al llegar á su diócesis, y dos meses después repitió la misma voz, porque ya el enemigo, disfrazado de periódico, y partiendo de Quito y de Tulcán, ciudades ecua-

torianas, penetraba en territorio colombiano y jurisdicción del vigilante Pastor. Eran aquellos periódicos *El Soyri* y *El Carchi*, plagados de errores y llenos de groseras calumnias é insultos soeces contra venerables y dignos ministros del Señor. «Se oyen, dice en la Pastoral de 12 de Agosto de 1896, se oyen de cerca los



Schumacher

Moreno

Masiá

rugidos de la bestia feroz y sanguinaria que trata de devorar las ovejas de nuestro rebaño, y no podemos ser perro mudo en presencia de ese gran peligro, sin hacernos culpable de los estragos que cause. Gritaremos, pues, para anunciar la proximidad de la fiera devoradora; daremos la voz de alarma para que nuestros fieles estén prevenidos; hablaremos para salir á la defensa, en primer lugar, de respetabilísimos ministros del altar, y en segundo, para denunciar el peligro con la mayor claridad que nos sea posible, á fin de que se evite y nadie nos

pueda acusar en el día de la gran cuenta y del gran Juicio, de haberse pervertido y condenado por nuestro silencio.

»No quisiéramos nombrar á las personas que los escritores liberales de *El Carchi* calumnian é insultan, de tal modo que ni siquiera guardan las formas de la más rudimentaria cultura; pero ya que ellos las nombran para calumniarlas, para ridiculizarlas, para despreciarlas, preciso se hace que Nos las nombremos también para alabarlas, para ensalzarlas y para bendecirlas. Los escritores de *El Carchi* no se cansan de atacar, con descaro indecible y con lenguaje propio solamente de hombres ordinarios y depravados, al Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Schumacher, Prelado benemérito de la Iglesia Católica y dignísimo Obispo de Portoviejo, y á los abnegados y ejemplares Reverendos Padres Capuchinos; y teniéndolos, como los tenemos en nuestra diócesis; viendo y sabiendo lo que son y lo que hacen; reconociendo sus virtudes y sus méritos, y estimando en lo que valen sus trabajos apostólicos en favor de nuestra grey, no podemos menos de salir á su defensa de este modo solemne con que lo hacemos, porque así lo exigen y piden á gritos la verdad, que clama contra tantas mentiras; la gratitud que les debemos por el bien que proporcionan á nuestros fieles, y sobre todo el honor y la honra de nuestra sacrosanta religión, atacada, ultrajada y vilipendiada en tan esclarecidos hijos suyos. Sabed, pues, hijos míos, que vuestro Prelado y Pastor rechaza con indignación las groseras, torpes y ridículas calumnias lanzadas por los escritores liberales del periódico titulado *El Carchi*, que se publica en Tulcán, contra el Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Schumacher y Reverendos Padres Capuchinos; y que alaba, bendice y ama entrañablemente en Jesucristo á esos valientes

apóstoles de su doctrina, porque los cree, y son en efecto, dignos de sus alabanzas, de sus bendiciones y de su amor.

»¡Alerta, hijos míos, alerta! y no os dejéis seducir ni engañar, porque enemigos declarados son de vuestra religión los que así calumnian é insultan, denigran y desprecian á sus ministros. Gloria y grande gloria es para el Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Schumacher y Reverendos Padres Capuchinos el que los insulten, persigan y aun destierren esos hombres. Esa persecución es la prueba más clara de que cumplen como buenos con la sublime misión del apostolado católico, y la más hermosa credencial que pueden presentar con orgullo santo en todas partes, de su integridad en materia de fe, de su pureza de costumbres y del ardor de su celo en defensa de la religión de que son dignos ministros.

»Sí, hijos míos, sabed que si los escritores de *El Carchi*, y otros que como ellos piensan, escriben y obran, insultan á esos Ministros del Señor, es por lo mismo que son buenos y, como dijo Nuestro Señor Jesucristo, porque *no son de ellos, que si lo fueran los alabarían y ensalzarían*. Sabed que si los calumnian, es porque no transigen con nada que pueda empañar en lo más mínimo el hermoso brillo de nuestra santa fe; sabed que si los desprecian, es porque predicán las enseñanzas de esa fe en toda su integridad, y sin subterfugios repugnantes ni transigencias criminales; sabed que, si los persiguen, es porque tienen el valor necesario para confesar á Jesucristo delante de los hombres, aunque éstos sean enemigos, y para defender los derechos de su santa Iglesia; sabed que, si los maltratan, es porque hacen cruda guerra al vicio, al error y á la impiedad con decisión santa y sin cobardía alguna; sabed que, si los destierran,

es porque predicán á los fieles de un modo claro y les explican sin disimulo culpable las condenaciones que ha hecho y lanzado la Iglesia contra el Liberalismo en todas sus fases y formas, y las desgracias temporales y eternas que lleva en pos de sí esa secta abominable y perniciosa; y en una palabra, y por último, sabed que, si los insultan calumnian, desprecian, persiguen, maltratan y destierran, es porque son verdaderos apóstoles de Jesucristo, que enseñan todo y sólo lo que su santa Iglesia enseña, sin temor á las calumnias, ni á los desprecios, ni á las persecuciones, ni á las cárceles, ni á la misma muerte.»

Recuerda á los fieles lo que los Sumos Pontífices Gregorio XVI, Pío IX y León XIII han dicho acerca del Liberalismo; y concluye así: «Siendo las malas lecturas uno de los mayores peligros de nuestros días, y prohibiéndolas por lo mismo á sus hijos nuestra Santa Madre la Iglesia, Nos, obrando de conformidad con su espíritu, y en uso de nuestra potestad ordinaria, declaramos que los periódicos *El Soyri*, que se publica en Quito, y *El Carchi*, que se publica en Tulcán, contienen y propagan doctrinas condenadas por nuestra Santa Madre la Iglesia, siendo, por lo mismo, ofensivos á la Religión y perjudiciales á las almas, y los denunciarnos y condenamos como tales, y prohibimos formalmente el leerlos, y con más rigor aún suscribirse á ellos, comprarlos y propagarlos.»

No sólo por gratitud, sino porque el firmísimo carácter y las virtudes del Sr. Moreno eran tan conocidos de todos, habla de él con cariño y hasta con veneración el insigne Obispo de Portoviejo, diciendo: «El vigilante Pastor de la Iglesia de Pasto, justamente alarmado por los estragos que el Liberalismo está causando en la vecina República del Ecuador, y espantado por las

impiedades que su desvergonzada prensa va pregonando hasta en estas comarcas (escribía en Samaniego, Colombia), ha dado á sus diocesanos la voz de alarma contra el enemigo que tan de cerca los amenaza. *Los enemigos de nuestra fe*, dice el Ilustrísimo señor Obispo, *están muy cerca, y sus dardos envenenados llegan ya á nuestras mismas casas y penetran en ellas.* Además, el Apostólico Prelado de Pasto ha pensado que no debía tolerar por más tiempo los incalificables ultrajes que, con grave escándalo de este católico pueblo, lanza la prensa liberal del Ecuador contra los Misioneros de la Venerable Orden Capuchina y contra el Obispo y el clero de Manabí, los cuales han venido á refugiarse en esta Diócesis, huyendo ante el fanatismo de aquella facción.»

Copia luego el Sr. Schumacher un párrafo de la referida Pastoral, y añade: «Estas exhortaciones y avisos, emanados de un corazón tan celoso por la pureza de las creencias de su pueblo como amante de la gloria de la Santa Iglesia, han sido para mí y para los compañeros de mi peregrinación una nueva manifestación de la bondad de nuestro Dios, quien nunca cesa de amparar y consolar á los que militan por su santo nombre y sufren persecución por la Justicia. Con lágrimas de emoción y agradecimiento he leído y vuelto á leer esta magnífica Carta Pastoral del Ilustrísimo señor Obispo de Pasto, recordando y repitiendo aquellas palabras del Apóstol San Pablo: *Bendito sea Dios y el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias, y el Dios de todo consuelo, el que nos consuela en medio de nuestra tribulación.*» (I Cor., 1-3.)

Eso escribe el agradecido señor Obispo de Portoviejo en su reimpresso folleto *Teocracia ó Democracia*; y en un librito cuyo título es *El Liberalismo confundido con sus pro-*

pias doctrinas, dedicado al Ilmo. P. Ezequiel Moreno Díaz, le dice así: «Los que no saben cuánto vale la pureza de la fe cristiana, los que no comprenden el precio de las almas redimidas, han querido desacreditar vuestra firmeza apostólica con el nombre de *intransigencia*. — Sí; ¡santa intransigencia! Con ella habéis imitado á vuestro ilustre Padre y modelo en el Episcopado, al Obispo San Agustín, cuya intransigencia alaba y recomienda la Iglesia en estos términos: *A los herejes atacó sin darles tregua, de viva voz y por escrito; no les toleró en ningún lugar, y así libró á una gran parte del Africa del error de los maniqueos, de los donatistas, de los pelagianos y otros herejes.*» (*Breviario Romano.*)

El insigne Capuchino P. Angel de Aviñonet, escritor incansable y celoso Misionero del Ecuador y Colombia, que acompañó al Sr. Schumacher, escribiendo y publicando su biografía, y que fué también compañero de nuestro Ilmo. Sr. Moreno, como luego veremos, dice hablando de aquel injuriado señor Obispo: «Para reparar estas injurias y dar algún lenitivo al ilustre Obispo perseguido y atribulado, y en atención á las virtudes, ciencia y demás buenas cualidades que le adornaban, el Ilmo. Sr. Moreno le dijo un día en nuestra presencia: *Ilustrísimo y Reverendísimo señor, yo descargo en adelante mis cuidados pastorales en Vuestra Señoría respecto á los pueblos del valle de Samaniego y limítrofes.* Rehusaba aceptar el humilde Prelado este honor, *porque, decía, estoy espantado de tantas responsabilidades;* pero al fin aceptó el cargo con sumisión al propio Obispo.»

Acerca de la amistad que mediaba entre ambos Prelados, me escribía el mismo P. Aviñonet en carta fechada el 11 de Enero de 1907: «Era el Sr. Schumacher muy amigo del Sr. Obispo Moreno, del cual me decía muchas

veces: «Nuestro Obispo Moreno es un gran Prelado, es » un santo, es un santo; yo lo conozco bien; es un santo.» Así se expresaba un santo hablando de otro santo. Como ambos sufrieron mucho por la causa de la fe, se amaban mutuamente con singular afecto; y siento mucho que se hayan perdido las cartas que conservaba el Sr. Obispo Schumacher, y que dejó al morir, cartas que revelaban la bondad del Sr. Moreno.»

En Samaniego permaneció misionando por aquellos pueblos, confiriendo el sacramento de la Confirmación á miles de personas, y á varios las Ordenes sagradas hasta el sacerdocio. Procuraba buscar vocaciones para ministros de la Iglesia; y á fin de facilitarles los estudios preparatorios, abrió en su propia casa una escuela, y él mismo enseñaba religión, gramática castellana y latina, aritmética, geografía, historia, etc., para enviar estos jóvenes ya algo instruídos al seminario de Pastó. Perseveró en estas santas ocupaciones, hasta que, por asistir caritativamente á los atacados de epidemia, contrajo la enfermedad que en muy pocos días le llevó al sepulcro (1).

(1) El Sr. D. Pedro Schumacher y Niessen nació el 1839 en Kerpen, Arzobispado de Colonia, Alemania; vistió la sotana de Lázarista en la casa-madre de París y ejerció su ministerio en las misiones de Chile con laudable celo, durante algunos años. Vióse precisado á volver á Europa por enfermo, fué profesor del Seminario de Montpellier, y, ya restablecido de sus dolencias, como el gran Presidente del Ecuador D. Gabriel García Moreno, mártir del derecho cristiano, pidiese operarios evangélicos, allá marchó el R. Sr. Schumacher. Por espacio de trece años trabajó en aquella nación como sacerdote y Superior de los seminarios, construyendo el mayor y menor de Quito. Nombrado, bien á pesar suyo, Obispo de la Diócesis de Portoviejo, en Manabí, fué consagrado el domingo de la Santísima Trinidad de 1885. Abrió en su necesitadísima Diócesis Colegio-Seminario; recorrió dos veces las principales naciones de Europa: Italia, Francia, Alemania y España, pasando de regreso á Norte América, en busca de operarios y jóvenes con vocación al sacerdocio. Estuvo diez años en Manabí; levantó bastantes iglesias, colegios y escuelas, y escribió no pocas Pastorales y opúsculos en defensa de la fe y contra el Liberalismo,

Profundo sentimiento causó al Ilmo. P. Ezequiel la muerte de aquel siervo de Dios, varón apostólico y Obispo mártir. En la Catedral de Pasto se hicieron al finado solemnísimas honras, predicando el Sr. Moreno la Oración fúnebre, de la que hacemos un breve resumen.

Enunciado el tema *Per illam (fidem) defunctus adhuc loquitur; por la fe habla todavía, aun estando muerto*, palabras del Apóstol San Pablo que se refieren al inocente Abel, y tras un sentido exordio en que aplica el texto, condensa el trabajo en esta proposición: *Las virtudes Pastorales del Ilmo. Sr. D. Pedro Schumacher, y en especial su fortaleza en defender la integridad de la fe, hicieron de él un Obispo tal como los necesita la Iglesia en estos tiempos.* Diciendo en forma de preterición cuanto cabía decir acerca de su infancia, educación, ingreso en los Lazaristas y profesorado, expone sus virtudes Pastorales, lo mucho y bueno que hizo en pocos años, su admirable celo y su encendida caridad. Trata luego de la fortaleza del Ilustrísimo finado en defender la integridad de la fe católica; cita palabras del opúsculo *Teocracia ó Democracia*, trae como prueba «el odio que los enemigos de Jesucristo le han tenido, las infames é inmundas calumnias que le han levantado, los miles de insultos que le han dirigido», su destierro motivado precisamente por la integridad de su fe, confesada y defendida sin que lo impidieran amenazas de muerte, ni promesas de libertad,

acarreándole sus escritos y virtudes todo género de persecuciones, hasta que se vió en la precisión de salir de su diócesis, donde estuvo varias veces á punto de ser fusilado por los revolucionarios, sobre todo en el pueblo de Calceta, cuando, acompañado de varios sacerdotes y religiosos, marchaba á Quito. Pudo por fin dejar el Ecuador, como lo había dejado el Sr. Masiá, y establecerse en Colombia, no lejos de su Obispado, para ver si los acontecimientos políticos le permitían volver á él. Vivió algunos meses en Túquerres, de donde, por motivos de salud, pasó á Samaniego, permaneciendo en aquel punto hasta que, lleno de merecimientos, expiró el 15 de Julio de 1902, con la preciosa muerte de los santos.

siendo siempre un Obispo tal como los necesita la Iglesia en estos tiempos (1).

Hace, finalmente, una magnífica paráfrasis del texto *Defunctus adhuc loquitur* diciendo que «habla aún el difunto, desmintiendo á sus calumniadores con sus admirables virtudes, con sus obras benéficas á favor de los pueblos, con sus doctrinas, con su muerte preciosa. *Habla aún el difunto* condenando la impiedad moderna, los modernos errores, las libertades todas de perdición comprendidas bajo el nombre *liberalismo*. *Habla aún el difunto* y denuncia al mundo el gran pecado de esos católicos tolerantes, «que quieren (son sus palabras) quedar » bien con los enemigos de la Religión sin chocar con los » defensores de ella, y que con el sombrero en la mano » saludan para ambos lados». *Habla aún el difunto* y alienta á los buenos para que no teman la persecución al defender la verdad, y suban, si es preciso, al Calvario, y mueran como mueren los héroes, los mártires, los confesores de la fe».

Finaliza la ampliación y el discurso dirigiéndose al auditorio y repitiendo expresiones textuales del difunto. *Habla aún el muerto* y habla á vosotros. «A los habitantes de esta hospitalaria ciudad de Pasto, que me han dado tantas pruebas de su afecto y deferencia; á las personas generosas, á los sacerdotes bondadosos, no les puedo corresponder mejor que con un voto ardiente que por ellos ofrezco al Señor. Este voto de mi corazón es que su patria quede siempre libre de las calamidades de la guerra civil. ¡Plegue al Señor que la católica Colombia, á la

(1) Porque si siempre fueron necesarias en los Prelados de la Iglesia las virtudes Pastorales, y la fortaleza para defender la integridad de la fe, hoy que esa fe está sufriendo más rudos ataques, es también más apremiante la necesidad de nuestra fortaleza en la defensa y del buen ejemplo de nuestras virtudes.

sombra de la paz, guiada por las saludables enseñanzas emanadas del Evangelio, desarrolle cada día más sus medios de prosperidad nacional; que desaparezcan entre sus hijos los motivos de desacuerdo; que nunca decida de ellos la ciega fuerza de las armas; y que esta República llegue á ser firme y perpetuo baluarte del Catolicismo y de la civilización cristiana contra los avances de la impiedad.»

A lo que añade el Ilmo. Sr. Moreno, como sellando la oración fúnebre con este apóstrofe: «Que el Señor oiga tu voto, alma bella y sublime, corazón hermoso, Pastor amable.»

Vamos á concluir este capítulo, refiriendo las gestiones que de parte de los buenos ecuatorianos se hicieron para dar una satisfacción al honorable Sr. Schumacher, y la discreta contestación del Ilmo. P. Moreno. El cual había dado conocimiento oficial de la defunción al Reverendísimo señor Arzobispo de Quito, Metropolitano del Obispo de Portoviejo, y aquel Prelado le contestó lo siguiente:

« Quito, 20 de Septiembre de 1902.

»ILMO. Y RMO. SR. EZEQUIEL MORENO, DIGNÍSIMO
OBISPO DE PASTO:

»Cumpló con un deber de gratitud ofreciendo á Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima mis más cumplidos agradecimientos por la atención con que se ha dignado ratificar por su respetable oficio de 11 del mes en curso, la noticia de la lamentable pérdida sufrida por el Ecuador con el fallecimiento del benemérito y por mil títulos venerable Obispo de Portoviejo, el Ilmo. y Reve-

rendísimo Sr. Pedro Schumacher (q. d. D. g.), transmitida anteriormente por telégrafo por el Reverendísimo señor Vicario General de esa Diócesis, aunque, como acertadamente ha juzgado Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima, no ha llegado á mi poder el parte telegráfico. — Agradezco igualmente á Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima por su sentida condolencia, así como también por los honores tributados al ilustre difunto, especialmente con la magnífica Oración fúnebre pronunciada por Vuestra Señoría (por la que me tomo la libertad de felicitarle); y me aprovecho de esta oportunidad para reiterar á Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima los sentimientos de afecto y veneración con que me suscribo de Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima atento servidor y hermano en Jesucristo

» † PEDRO RAFAEL

» Arzobispo de Quito.»

Pocos días después volvió á escribir el señor Arzobispo al Prelado de Pasto, diciéndole:

« Quito, 8 de Octubre de 1902.

» ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR OBISPO DE PASTO:

» Probablemente por el *Boletín Eclesiástico*, que se edita en esta capital, habrá llegado Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima en conocimiento de los deseos del Clero de la Arquidiócesis, manifestados en los últimos ejercicios espirituales, de que los restos mortales del venerable Obispo de Portoviejo vengán á descansar en uno de los monumentos levantados por su celo infatiga-

ble y ardiente caridad, el Seminario Mayor de San José. — Como también yo participo en un todo de los sentimientos y deseos de mi Clero á este respecto, porque veo en esto, no solamente la expresión genuina del afecto y reconocimiento de la Arquidiócesis al Ilmo. Sr. Schumacher, de quien recibió tantos beneficios, sino también una reparación exigida en justicia por los ultrajes é injurias de que fué blanco, especialmente en sus últimos años; suplico á Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima se digne por su parte satisfacer á los deseos de esta Iglesia Metropolitana y concurrir á que le ofrezca al benemérito difunto esta pública y enérgica manifestación de que si bien fué perseguido siendo inocente, y odiado mientras se sacrificaba por el público bienestar, el Clero y con él la casi totalidad de la Nación Ecuatoriana, ha honrado siempre sus méritos y venerado sus virtudes. — En la seguridad de que no serán desatendidos mis ruegos ni los de mi Clero, me anticipo á ofrecer á Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima mis más cordiales y expresivos agradecimientos.

» Dios guarde á Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima.

» † PEDRO RAFAEL

» Arzobispo de Quito. »

El señor Obispo de Pasto contestó lo siguiente:

« Octubre, 30 del 1902.

» ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR ARZOBISPO DE QUITO:

» Tengo la honra de acusar á Vuestra Señoría Ilustrísima recibo de la comunicación que me remitió con fecha

8 del actual, en la que pone en mi conocimiento los deseos del digno Clero de esa Arquidiócesis, manifestados en los últimos Ejercicios espirituales, de que los restos mortales del venerando Obispo de Portoviejo vayan á descansar á ese Seminario Mayor de San José, levantado por su celo infatigable y ardiente caridad. — Me significa también Vuestra Señoría Ilustrísima, que participa en un todo de los sentimientos y deseos de su Clero, y me suplica les mande los restos mencionados, apoyando esa súplica en razones de valor imponderable, cuales son, manifestar el afecto y gratitud de la Arquidiócesis al Ilmo. Sr. Schumacher, de quien recibió tantos beneficios, y reparar, como lo exige la justicia, los ultrajes é injurias de que fué blanco, especialmente en estos últimos años.

»Confieso ingenuamente á Vuestra Señoría Ilustrísima que me ha llegado al alma lo hermoso y delicado de esos sentimientos, y que, lleno de placer, he mostrado á unos y á otros la comunicación en que se expresan, para que alaben á Dios Nuestro Señor, al ver que tantos Ministros suyos, con su dignísimo Prelado á la cabeza, apreciando las cosas como se deben apreciar, según la fe, gritan diciendo: «¡Gloria á Dios! désela quien se la diere»; y llaman bendito al que se la da, sea quien fuere, condenando con esa alteza de miras, netamente católicas, las miras bajas y estrechas de los que no se paran á pensar que la Iglesia de Jesucristo es una por todas partes, y que entran á componerla individuos que proceden *ex omni tribu, et lingua, et populo et natione*.

»¡Con qué gusto conduciría yo mismo á esa capital los restos mortales del Ilmo. Sr. Schumacher, para satisfacer á los deseos de esa Iglesia Metropolitana y, como dice Vuestra Señoría Ilustrísima, concurrir á que le ofrezca al benemérito difunto pública y enérgica manifes-

tación de afecto, gratitud y reconocimiento, como protesta debida, contra los odios que le ha tenido la impiedad! ¡Ah! sería todo eso un verdadero triunfo de la verdad y de la virtud perseguidas por el liberalismo en el egregio difunto; sería hermosa manifestación de la fe íntegra y sin mezcla alguna que él defendió; sería pública condenación de las modernas libertades de perdición, que él combatió; sería como un reflejo, aunque débil, de los honores que, pensando piadosamente, concedería Jesucristo al Ilmo. Sr. Schumacher en el reino de la gloria, confesándolo delante de su Padre celestial, según su divina promesa; sería, en fin, una función que tendría lugar en la tierra y que sabría á cielo... Pero por lo mismo que la dicha sería tan grande y tan extraordinaria, tendremos que merecerla. Yo, por mi parte, me confieso pecador é indigno. Y ¿esa República? Sólo me atrevo á decir, como contestación á esa pregunta, que el día que los restos mortales del Ilustrísimo Sr. Schumacher entren en Quito, sería prueba de que había llegado ya el día de perdón y gracia para esa República, á la que la cercanía, las desgracias que viene sufriendo, los lamentos de los Ministros del altar y de sus buenos católicos que llegan hasta aquí, y algo, ó más que algo, que he tenido que sufrir por su bien, me hacen mirarla con simpatía, y amarla en el Señor más de lo que yo me hubiera podido figurar.

»Soy de parecer que, hoy por hoy, no es posible llevar los restos mortales del Ilmo. Sr. Schumacher á esa capital: 1.º, porque no sería prudente exponerlos á la furia de los liberales de esa República, hoy dueños de la situación; 2.º, porque los fieles de Samaniego y de los pueblos circunvecinos aman ardientemente al Ilustrísimo Sr. Schumacher, y no consentirían en que se les quitaran sus restos. Y este impedimento tarde desaparecerá, por-

que hoy los fieles acuden al sepulcro del Obispo muerto como acudían antes á la casa del Obispo vivo; 3.º, los fieles de aquellos pueblos y los sacerdotes compañeros del Ilmo. Sr. Schumacher, me aseguran en documentos que me han remitido, que dicho Ilustrísimo Señor manifestó muchas veces su voluntad de estar en Samaniego vivo y muerto.

»No me llega el *Boletín Eclesiástico* de esa, que, por cierto, me serviría de mucho, estando, como estoy, incomunicado con el extranjero y la mayor parte de esta República (1); pero busqué con empeño el número del *Boletín* á que se refiere Vuestra Señoría Ilustrísima; pude conseguirlo, y he tenido el gusto de leer el muy sentido y bonito discurso del señor presbítero Víctor M. Gómez Jurado, en el que se retrata un corazón lleno de bellos y nobles sentimientos, hermosamente expresados en nombre de sus compañeros sacerdotes.

»Queda con este motivo más unido á Vuestra Señoría Ilustrísima y á todo su digno Clero en el Sagrado Corazón de Jesús, su afectísimo hermano y atento seguro servidor

» † FR. EZEQUIEL

» Obispo de Pasto. »

(1) A causa de la guerra.





CAPÍTULO VI

El «Liberalismo». — Sus grados. — Lo que es en Colombia. — Le combate el Ilmo. P. Ezequiel. — Condena la hoja «Voz Evangélica». — Primera Visita Pastoral de la Diócesis. — Método de vida del señor Obispo durante la Visita. — Casos de tranquila entereza y de acendrada caridad. — Carácter santamente alegre del Sr. Moreno. — Dos muertes repentinas.

H^{EMOS} visto cómo para defender á un ilustre huésped calumniado por la masonería y el liberalismo del Ecuador, se presentó el Ilmo. P. Ezequiel en la palestra sin arrogancias, pero con apostólica fortaleza. Es posible que esta biografía vaya también á manos de personas que, por no fijarse en lo que es el *liberalismo*, pudieran calificar de intemperantes las palabras y disposiciones del Sr. Moreno; y no será inoportuno decir algo acerca del gran error político-religioso.

El *liberalismo*, considerado en su esencia de *rebelión contra la divina autoridad*, ha recorrido ya toda su órbita, pues, comenzando en Lucifer y pasando por idolatría, mahometismo, herejías, protestantismo, etc., ha vuelto otra vez á su origen en la forma de *satanismo*. Libreme Dios de pensar que todos los adictos al liberalismo sean

satanistas, aunque lógicamente debieran serlo: hábitos de una fe no del todo perdida; cierta ignorancia de la que tal vez estiman que no les conviene salir; esos y otros motivos que ellos saben, detienen á muchos en la pendiente á mayor ó menor distancia del abismo.

Prescindiendo, por más que subsiste en toda su fuerza, de lo que los Pontífices Gregorio XVI y Pío IX enseñaron en varias ocasiones respecto del liberalismo, nos atendremos á lo que el inmortal León XIII nos dice en su Encíclica *Libertas*, donde distingue cuatro grados de aquel error: 1.º, de los racionalistas ateos; 2.º, de los naturalistas, enemigos del supernaturalismo; 3.º, de los que en la Gobernación de los Estados hacen caso omiso de la ley divina ó legislan contra ella; 4.º, los que quieren amalgamar los principios y doctrinas del liberalismo con los principios y doctrinas del catolicismo. Pero, ¿es que no habrá algún liberalismo bueno? El Sumo Pontífice no niega que pueda haberlo, y hasta lo describe en la referida Encíclica, diciendo: «Por último, hay muchos que no aprueban la separación entre las cosas sagradas y las civiles; pero juzgan que la Iglesia debe condescender con los tiempos, doblegándose y acomodándose á lo que la moderna prudencia desea en la administración de los pueblos. Este parecer es honesto, si se entiende de cierta equidad que pueda unirse con la verdad y la justicia; es decir, que la Iglesia con la probada esperanza de algún gran bien, se muestre indulgente y conceda á los tiempos lo que, salva siempre la santidad de su oficio, puede concederles.»

¿Existe acaso ese liberalismo? Han existido, efectivamente, gobiernos que se han atendido á la norma admitida por la Santa Sede; aunque, al menos en nuestros tiempos, hayan sido muy pocos. El eminentísimo Secretario de

Estado de Su Santidad León XIII, el Cardenal Rampolla, en su célebre carta al difunto é inolvidable P. Cámara, Obispo de Salamanca, decía que si un Gobierno dirigiese la política por los rumbos que se consignan en la Encíclica *Libertas*, refiriéndose al único *liberalismo* que pudiera llamarse bueno, no convendría que tomase la denominación de *liberal*, por lo desacreditada que está entre los católicos la palabra *liberalismo*. ¿Qué nos queda, pues, del *liberalismo* bueno? Un ente de razón que, si llegara á tener existencia palpable, debería adoptar cualquier otro nombre menos el de liberal. Buena es la razón, buena la naturaleza, buena la libertad, pero son teológicamente malos el racionalismo, el naturalismo y el liberalismo.

En Colombia imperó el liberalismo desde 1860 al 85. Derribado del poder, y á fin de hacerse menos antipático á los católicos, modificó su *credo* hasta donde podía, en la Convención del año 1887. Aun así, y llegando al límite de las abdicaciones, se quedó, y públicamente persevera, en el tercer grado, con libertad de cultos y omnimoda de imprenta y desiderátum de separación entre la Iglesia y el Estado.

En Pasto y su diócesis no faltaban liberales de ese grado, y, acaso en mayor número, los transaccionistas. Estos se iban fácilmente con sus afines los anteriores, y unos y otros eran atraídos á mayor radicalismo por la propaganda, pésimos ejemplos y ayuda de los liberales del Ecuador, como hemos dicho en el capítulo IV. Hallábanse entretanto los verdaderos católicos en situación harto peligrosa, por el escándalo á que de continuo estaban expuestos. ¿Qué había de hacer en tales circunstancias un Pastor como el Ilmo. Sr. Moreno? Con lo claro de su talento veía lo grave y espantoso del mal, y su corazón, enardecido en celo por la gloria de Dios y la salvación

de las almas, le impulsaba á combatir contra el enemigo, diciendo con el Apóstol: *Charitas Christi urget nos*; la caridad, el amor de Cristo nos estimula, nos obliga á luchar. ¡Que llevó su celo hasta la intemperancia! Eso lo dirá quien cierre los ojos para no ver el fondo y las consecuencias de la muy lamentable situación en que se hallaban los fieles de Pasto; eso lo dirán los que no sienten en sus pechos la llama del amor de Dios. *Da amantem et sentit quod dico*, escribía el Gran Padre San Agustín; el que no ama no siente, no sabe... los que de veras aman á Dios comprenden á maravilla, y aplauden la conducta del P. Ezequiel. No significa esto que todo cuanto hizo y dijo aquel esclarecido Obispo haya de ser indiscutible: lo que yo afirmo, según mi leal saber y entender, siempre sumiso á lo que diga ó insinúe Nuestra Santa Madre la Iglesia, es que tengo y tendré por buenas y hasta por excelentes las enseñanzas del Sr. Moreno, Obispo de Pasto, acerca del *liberalismo*, porque me parece que su doctrina es la de los Soberanos Pontífices, Maestros infalibles de la fe.

Por tercera vez dió el vigilante Pastor la voz de *alerta*, y ya de alarma, al ver dentro del rebaño al lobo, tanto más temible cuanto que se presentaba con piel de oveja. Tratábase de una *hoja editada en Pasto* con el suave título de *Voz Evangélica*, que realmente era, como la califica el Ilmo. Sr. Moreno, *Voz Protestante*, ó simplemente *Voz Liberal*, que quiere decir *voz de rebelión*. Aquello motivó su tercera Carta Pastoral, en la que refuta victoriosamente el error de que «el liberalismo condenado por los Papas y los Obispos es el liberalismo de Europa, y no el que se proclama y defiende en América». Denuncia, en fin, á sus fieles por errónea y perjudicial á las almas la referida hoja *Voz Evangélica*.

Cumplido ese deber, abrió su primera Visita Pastoral

de la Diócesis á fines de Agosto de 1896, dando principio por la dilatada Costa del Pacífico, y llevando consigo de misioneros á los RR. PP. Capuchinos Gaspar de Cebrones y Angel Aviñonet. Este, de quien ya hemos hablado, tuvo la dicha de ser confesor de la fe en el pueblo de Calceta (Ecuador) cuando acompañaba al Sr. Schumacher, y recibió un balazo que le atravesó el cuerpo, herida de que pudo sanar, si bien quedando bastante resentido, contribuyendo eso tal vez á su inesperada muerte, acaecida en Túquerres el 29 de Noviembre de 1907. El P. Angel Aviñonet, decíamos, tuvo la bondad de escribirme á principios del año anterior y enviarme unos *Apuntes de lo que yo he podido observar sobre la vida virtuosa de nuestro señor Obispo D. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz*. Habla de aquella santa Visita, en la que emplearon cerca de cuatro meses, y dice:

«Parece que el Sr. Moreno solamente pensaba en glorificar á Dios en todos sus actos. Después de la travesía de la Montaña, y al llegar cerca de Barbacoas, encontramos algunos caballeros que dirigieron al señor Obispo sendos discursos de encomio á su persona, que el Prelado sufrió, respondiendo modestamente: «Esas alabanzas no » las atribuyo á mí, sino á Jesucristo, de quien soy representante en mi pequeñez: á El, pues, sea todo el honor » y gloria.» Estas mismas ideas expresaba en todos los demás discursos que le dirigían, cuando eran en alabanza de su persona.

»El método de vida durante la Visita era: 1.º, celebraba todos los días la santa Misa á las seis de la mañana (levantándonos ordinariamente á las cuatro ó cuatro y media), mientras yo, por mandato del mismo Prelado, hacía una plática doctrinal al pueblo, tal como se acostumbra en las misiones; 2.º, en acción de gracias solía oír

la Misa que el que suscribe celebraba, y hubo día que, no habiendo quien me ayudase, él mismo lo hacía hasta que llegaba el sacristán; 3.º, después de haber tomado un corto desayuno, consistente en una taza de café, se sentaba el señor Obispo en el confesonario, al igual de los demás sacerdotes, hasta las diez, que salíamos para rezar horas y almorzar; 4.º, tras un breve descanso, que no duraba más que un cuarto de hora, admitía en audiencia á toda clase de personas para el arreglo de sus asuntos espirituales; 5.º, á las doce en punto se hacía clamor á los fieles para la administración del sacramento de la Confirmación, á la que debían presentarse todos con su respectiva boleta de nombre, apellido, padres y padrino, ó madrina, y previa confesión de los adultos; 6.º, á la tarde continuaba el Prelado el arreglo de asuntos de los diocesanos, y si sobraba tiempo después del rezo del Breviario, volvíamos á confesar hasta las cinco, hora de la merienda; 7.º, acabada ésta, iba á preparar el sermón para la distribución de la noche, que consistía en el rezo del santo Rosario y luego el sermón, predicado siempre por el mismo señor Obispo; 8.º, su predicación era sencilla, pero noble, clara y llena de fervor de espíritu, anunciando á todos, como manda la Iglesia, las virtudes y vicios, la pena y la gloria, con admirable facilidad; 9.º, terminado el sermón, en vez de retirarse á descansar, se sentaba de ordinario en el presbiterio á oír las confesiones de los hombres, hasta las diez y media ó las once.

»Tal era el método que observó el Sr. Moreno en aquella Visita Pastoral, y creo que siempre observaba lo mismo en las demás Visitas. No salió ni una sola vez á paseo, ni á visitas de personas particulares, á no ser que

esto último lo pidiese alguna imperiosa necesidad de su ministerio.

»Eran sus afanes procurar el bien espiritual de sus diocesanos; la sed de salvar á las almas se notaba en él muy marcada, siendo como un fuego que le consumía el corazón. En los ríos y esteros, cuando pasábamos por enfrente de alguna casa, lo primero que preguntaba si había algún enfermo, para auxiliarle con los santos sacramentos; y esto repetía al llegar á algún punto donde habíamos de pasar la noche. Uno de los pensamientos que más preocupaban al Sr. Moreno era cimentar bien la fe en el pueblo, y apartarlo de cuanto pudiese menoscabarla. Sabía que las gentes de la Costa del Pacífico están muy expuestas á perder la fe, á causa de los muchos aventureros descreídos que acuden allá de diferentes puntos para sus negocios, y que con frecuencia son personas entregadas á todos los vicios. Por esto no se cansaba el celoso Obispo de inculcar á todos que huyesen de la compañía de semejantes hombres.

»No hubo caserío alguno en toda la Costa del Pacífico que perteneciese á su Diócesis y que el Prelado no visitara, exhortando á todos á permanecer firmes en la fe y en el servicio de Dios. En cada uno estaba tres ó cuatro días, según las circunstancias; y después de haberles administrado los sacramentos y santificar con el matrimonio cristiano las uniones ilegítimas, pasaba á otra parte. Como aquellas gentes son, en general, muy pobres, no tenían á veces ni sillas, y veíamos á nuestro Obispo sentado sobre un tronco de árbol, dirigiendo desde allí la palabra sagrada á los asistentes, con grande edificación de todos. No era raro que, en estas pláticas familiares, personas faltas de educación y sobradas de necesidad ó

malicia, interrumpiesen al Prelado, como sucedió con cierta mujer muy petulante y muy adicta al liberalismo, que se permitió hacer de doctora, hasta que el señor Obispo hubo de decirle: «Hija, no eres tú quien debes enseñar á tu Prelado y Pastor; soy yo quien debo enseñarte á ti lo que te conviene para salvarte. Sepas que ni tú, ni el más distinguido doctor pueden enseñarme á mí lo que debe saber un cristiano para ir al cielo; soy yo quien debe enseñar esto á todos, como Maestro y Pastor que soy de todos los cristianos de mi Diócesis.» Al oír esto unos negros que estaban sentados á mi lado, dijeron: «¡Mejor se callara aquella mal criada de mujer!» Y el Obispo continuó su instrucción á las gentes.

»Estando en Iscuandé, un mulato atrevido quiso disputar y aun confundir al señor Obispo, según él decía. Como el Prelado, en su humildad, siempre vistió el hábito de su Orden, con un sencillo pectoral que le habían dado en Bogotá, no manifestaba realmente lo que era; de suerte que algunas veces era preciso advertir á la gente que él era el Obispo, y no ninguno de nosotros. Esto sin duda había visto el pobre mulato, y se había formado un concepto muy bajo de la persona del Prelado. Vino, pues, á la casa de posada, y dijo al que escribe estas líneas: «Necesito hablar con el Obispo.» Fuí á dar el recado al Sr. Moreno, y éste en el acto contestó: «Que venga.» Yo me retiré, y apenas hube salido del cuarto, el torpe del hombre, sin preámbulos ni saludos, dijo: «¡Vengo á disputar con usted!» El señor Obispo tomó una silla y se la brindó, añadiendo luego y con cierto tono: «*Supongo yo que trato con un sabio, muy sabio... ¿No es así...?*» Bastó esto para dejar desconcertado al soberbio mulato; de modo que no hubo forma de sostener con él una corta conversación. Corrido y aterrado el hom-

bre, no encontraba la puerta de la habitación para salirse.

»Era tanta la bondad con que trataba á sus diocesanos, especialmente á la gente pobre y desvalida, que todos celebraban tanta humildad, llaneza y afabilidad. Al salir de Iscuandé, pueblo de la Costa, venía por el río, y detrás de la canoa en que yo iba (la del señor Obispo marchaba adelante un cuarto de milla), una familia que en su embarcación regresaba á su casa. Pregunté si habían hecho confirmar á una niñita, y me dijeron que sí. ¿Qué tal os ha parecido el Obispo? les pregunté; y me respondieron: «Oh, Padre, nunca habíamos visto un » Obispo como éste. ¡Qué trato! ¡Qué bondad! ¡Qué » humildad!»

»Al regreso de la Visita de la Costa, y subiendo por el río Patía, pernoctamos en una casa de la playa. Al día siguiente, cuando ya todo estaba arreglado para seguir viaje, y parte de los compañeros navegaban ya adelante, llegó á la canoa en que estaba el señor Obispo una negra muy fatigada y sudando. Sin saludar á nadie se dirigió á mí y me dijo: «¡Cuán desgraciada soy! ¡Toda » la noche he remado para alcanzar al señor Obispo y » confesarme con él, y ahora que estaba para conseguir » mi deseo, veo que se van!» Estaban ya desatadas las amarras de la canoa, y los bogas comenzaban á remar, cuando el Obispo, que había oído las quejas de la negra, mandó atracar la canoa á la orilla y amarrarla de nuevo. Llamó á la negra, y habiendo saltado á tierra todos los que estábamos en la canoa, el Obispo se sentó sobre un barril, y allí, á la vista del gentío de la playa, oyó con toda paciencia y mansedumbre la confesión de dicha negra. Una vez despachada, rebotando alegría daba mil y mil gracias al señor Obispo, deseándole un feliz viaje;

y diciendo y haciendo, se embarcó en su canoíta y se fué río abajo; nosotros bogamos río arriba.

»Mucho nos edificaba el Sr. Moreno con su paciencia. Varias veces nos sucedió llegar á caseríos tan pobres, que no tenían apenas cosa alguna para comer, á no ser un poco de arroz y plátano. Pues bien; fuese como quisiera la comida, desabrida ó mal condimentada, nunca se quejó; antes bien, la comía como si fuera vianda muy sabrosa. En el pueblo de Mosquera, terminados los trabajos de la Visita, nos resolvimos, el señor Secretario R. P. Federico Guerrero, el P. Gaspar de Cebrones, Capuchino, y el que esto escribe, ir á pescar con anzuelos en el estero que estaba frente á la casa de posada. Yo fuí el más afortunado, pues cogí un pez de lo más grande y mejor; y llegados á la casa, mandamos aderezarlo para la merienda. ¡Con qué gusto comió el señor Moreno aquel día! No cesaba de encomiar lo sabroso que había sido; pero hacía esto más para divertirnos que por lo que valía el pescado. Era esto un rasgo de cariño para con sus compañeros.

»Al llegar á las casas para pernoctar allí, gustaba mucho de la enseñanza del catecismo, al que asistía siempre personalmente, sentado en cualquier asiento rústico, y á veces en el suelo. Una noche, después del catecismo, nos dijo: «¡Esta noche sí que he gozado, por» que esos pobres morenitos han aprendido lo necesario, » *necessitate medii*, para salvarse.»

»Algunos creen que la virtud está reñida con la alegría y hasta con el esparcimiento, y no es así, pues aun esta alegría y esparcimiento son verdaderos actos de virtud llamada *eutropelia*. El Sr. Moreno era sólidamente virtuoso, y estaba muy lejos del carácter huraño, que suponen los mundanos en las personas religiosas. ¡Quién

lo diría! era como un niño con las personas de su confianza. Ahí va la prueba. Muchos días me tocaba viajar por los esteros de la Costa, en la misma canoa del Obispo, y dormir en el mismo *rancho* (casilla de paja cubierta de rama) en que él dormía. El Prelado sabía muy bien que yo tenía gran miedo á la víbora, de lo que habíamos hablado algunas veces, como también á los *ciempiés*, animales muy venenosos de la Costa. Pues bien; tuve que salir á la puerta del *rancho* para buscar en el fondo de la canoa no sé qué objeto que necesitaba. Asíme con la mano derecha á uno de los palos que sostenían el *rancho*, mientras que con la otra tomaba lo que había menester. Advirtiélo el Sr. Moreno, y cogiendo la punta de una cuerda gastada, y sin hacerse sentir, se llegó detrás de mí sin que yo lo advirtiese, y con mucha finura me pasó la punta de la cuerda por encima de la mano y brazo descubierto. Sentir yo aquel objeto que me sobaba, y pensar que era alguno de los predichos animales venenosos, que suelen esconderse entre las hojas secas del tejado del *rancho*, y pegar un grito involuntariamente, todo fué una misma cosa. Aun oigo la carcajada que lanzó el señor Obispo ante aquel lance, que en mi imaginación me había parecido fatal.

»Predicó el Sr. Moreno en Guapi sobre la muerte y lo incierta que es ella. Yo estaba presente y oí que decía: «¡Quién sabe si yo que os predico no bajaré de este púl-
» pito! ¡Quién sabe si alguno de los que me escuchan
» esta noche no podrá llegar á su casa!» ¡Cosa rara! En aquel mismo momento se apartó un hombre del auditorio; pasó rozando conmigo, que estaba en la puerta de la iglesia para hacer guardar el orden; fué hacia la plaza, y antes que el señor Obispo hubiese terminado el sermón, aquel hombre estaba ya muerto... Al día siguiente

volvió el señor Obispo á repetir las mismas palabras, y, añadiendo la relación del día anterior, dijo: «¡Quién sabe » si alguno... llegará á su casa. Estad prevenidos, porque » en la hora menos pensada compareceremos delante de » Dios, á darle cuenta de nuestra vida!...» Y al salir de la iglesia, un hombre que había venido de la playa, fué á tomar su embarcación para regresar á su casa; cae, da con la cabeza contra la proa, y queda muerto allí mismo... Al saber esto, dije yo al señor Obispo: «*Tal vez » sería prudente no decirlo más.*» Respondió él: «*No lo diré » más.*»

»Al final de la Visita, el Prelado y yo estuvimos muy enfermos con fiebres del río Patía. Llegamos un domingo á Ricaurte: el señor Obispo no pudo celebrar; yo que me hallaba más esforzado, celebré en su cuarto, para que él pudiese cumplir con el precepto de oír misa. Antes de empezar el Santo sacrificio, me dijo desde la cama: «Padre, aplique la Misa á mi intención»; acordándose de la obligación que impone la santa Iglesia á los Obispos y á los que tienen cargo de almas.»



CAPÍTULO VII

Vuelta de la Visita.—Carta Pastoral en la Cuaresma de 1897.—Medios para no perder la fe.—Sacrilégio en Riobamba.—Ayes del Ilmo. Sr. Moreno.—El «Repertorio Colombiano».—Artículo «Puente sobre el abismo».—El Sr. Vélez.—O con Jesucristo ó contra Jesucristo.—Sumisión del Sr. Vélez.—Decreto de publicación.—Pastoral con motivo de la Cuaresma de 1898.

VOLVIÓ de la santa Visita á la capital de la Diócesis, después de haberse detenido unos días en la Casa-Convento de los Capuchinos de Túquerres, más que para reponer su salud quebrantada y descansar, que le era harto necesario, para enterarse y contestar á la mucha correspondencia que allí le esperaba, pues el Ilmo. Sr. Moreno solía ser, á la vez que Obispo, Provisor, Secretario y escribiente; no porque no tuviera personas de competencia á quien poder confiarles esos cargos, sino porque á ello le impulsaba su laboriosidad, y porque nunca quiso mandar á otro lo que él mismo pudiese hacer.

Dió el 12 de Febrero de 1897 la Pastoral de Cuaresma, proponiendo con su acostumbrada claridad y desarrollando con el método, lógica y oportuna y sana

doctrina con que lo hacía siempre, este sencillo, pero importantísimo asunto: *Principales medios que deben ponerse en práctica para no perder el precioso don de la fe.* Resume estos medios: 1.º, en una humilde obediencia á nuestra Santa Madre la Iglesia; 2.º, una vida verdaderamente cristiana; 3.º, huir en lo posible de toda comunicación con los que profesan doctrinas contrarias al catolicismo, y 4.º, valor cristiano para confesar la fe.

«No extrañéis que insistamos tanto en este asunto de la conservación de la fe, y que os hablemos una y otra vez del particular; porque es indudable que hoy día vuestra situación es crítica, porque los peligros que amenazan á vuestra fe son muchos y muy grandes. Sois vecinos y os halláis muy cerca de la hoy desgraciada República del Ecuador, donde dominan y mandan masones, liberales y toda clase de enemigos de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santa Religión; y llegando como llegan hasta vosotros los ecos horribles de sus blasfemias, herejías y errores, debéis estar prevenidos para que todo eso no manche ni dañe vuestra fe en lo más mínimo. Inundados se hallan, además, vuestros pueblos de libros, folletos, periódicos y papeles que os mandan esos hombres, plagados todos de doctrinas erróneas y de insultos á nuestra Santa Religión, y no faltan liberales en cada pueblo que os lean esos escritos funestos, y os los comenten á favor de su causa, y los aplaudan y alaben. Ahora que ya corre de mano en mano la Constitución de la República del Ecuador, dada por la Convención revolucionaria, también os la alabarán, encomiarán y aplaudirán.» Analiza luego la indicada Constitución «merecedora, dice, del anatema y reprobación de todo buen católico».

Muy poco después, ó sea en Mayo de 1897, cometiése en Riobamba, ciudad episcopal del Ecuador, un

horrendo sacrilegio que escandalizó á todos los buenos cristianos de América y del mundo. El amor á Jesús Sacramentado era la vida del Ilmo. Sr. Moreno, quien, lleno de indignación santa, escribió una *Pastoral dirigida al Venerable Clero y fieles de su Diócesis, disponiendo funciones de desagravio al Santísimo Sacramento, profanado y vilmente ultrajado en Riobamba.*

Oigamos cómo exhala sus ayes aquella alma enamorada de Jesús: «¡Jesucristo es ultrajado en el sacramento de su amor, con comuniones sacrílegas, con robos impíos, con dudas de su presencia real, con descaradas negaciones del Misterio, con risas irónicas, con burlas sangrientas, con blasfemias horribles! — Cuando meditamos en esos ultrajes, nos preguntamos, diciendo en nuestro interior: ¿Pararán ahí los agravios que se hacen á Jesucristo en la Sagrada Eucaristía? ¡Oh dolor! Hechos escandalosos contestan que no paran ahí; que aun tienen los hombres para Jesucristo Sacramentado más odio, rabia, furor, fiereza... Sí, hasta fiereza tienen los hombres para el dulce y manso Jesús, que tanto los amó y tanto los ama. ¿Por qué callar cuando cerca de nosotros, y hace apenas un mes, han puesto de manifiesto los hombres ese odio, esa rabia, ese furor y esa fiereza para con nuestro Jesús Sacramentado? ¿Por qué callar cuando no contentos los enemigos de Jesucristo con haber asesinado á un Ministro suyo, herido á otro y encarcelado á un virtuoso y valiente Obispo, hicieron á Jesucristo Sacramentado el blanco de las burlas más groseras, de los insultos más atrevidos y de los agravios más criminales? ¿Por qué callar, cuando no satisfechos con haber profanado el templo, y hecho pedazos las imágenes de los Santos y de Nuestra Señora, rompieron el Sagrario, y con frenética ira y con fiereza espantosa estrujaron entre sus manos el Divino Sacra-

mento; arrojaron al fuego y pisotearon las Sagradas Formas; las comieron con infernal osadía, y bebieron después aguardiente en los vasos sagrados? ¡Gran Dios! ¿Dónde está tu poder, aquel poder que lleva el espanto á los abismos y encadena las tempestades? ¿Dónde aquella voz que derrite los collados que parecían eternos, y derriba los seculares cedros? ¡Ah! Es más, mucho más admirable vuestra paciencia, que horrible la malicia del hombre; pero eres ¡oh Dios mío! eres paciente, porque eres eterno: no haces más que esperar un poco...»

Dispuso el celosísimo Prelado que en los días 23, 24 y 25 de aquel mes de Junio se celebrasen funciones de desagravio en la Iglesia Catedral, y que en los pueblos de toda la Diócesis se hiciese lo mismo, ó, por lo menos, un día, con solemne exposición del Santísimo.

Otra espina se había clavado en el corazón del Ilustrísimo P. Ezequiel al salir á luz en el periódico el *Repertorio Colombiano*, revista mensual publicada en Bogotá, un artículo de gran resonancia, titulado «Puente sobre el abismo», suscrito por el Dr. Carlos Martínez Silva. Su objeto era conciliar el Liberalismo con el Catolicismo; ensálzanse en él connotados prohombres muy radicalmente liberales de Colombia, y se proclama la más amplia y absoluta libertad de conciencia.

Entusiasmó semejante artículo á no pocos católicos, entre ellos al Presbítero D. Baltasar Vélez, que dirigió calurosa felicitación al autor en Carta á que dió forma de folleto, con el título de *Los Intransigentes*. Circulaba profusamente por todos los pueblos del Obispado de Pasto aquel folleto, y «con el fin de borrar del entendimiento y de los corazones de sus amados diocesanos la impresión que pudiera causarles la citada carta», escribió el Ilmo. Sr. Moreno un opúsculo al que daba la misma autoridad de

enseñanza que si fuere verdadera Carta Pastoral. Su título es: O CON JESUCRISTO Ó CONTRA JESUCRISTO: Ó CATORICISMO Ó LIBERALISMO.

Justifica su opúsculo en la *introducción*, diciendo: «La nota dominante de la Carta del señor Presbítero D. Baltasar Vélez es *un falso espíritu de conciliarlo todo*, secundando la corriente que en ese mismo sentido han establecido ciertos hombres católico-liberales, y que nos llevaría á las consecuencias más funestas para la Religión y la sociedad. Quiere y pide dicho sacerdote en su Carta *transigencia* con el Liberalismo de Colombia, y la pide sobre todo al Clero. Queremos suponer buenas intenciones en el señor Presbítero Baltasar; pero es lo cierto que ha dado motivo de escándalo á los buenos con su Carta, y que ha proporcionado placer no pequeño á los enemigos de la Iglesia, á juzgar por la conducta de los de esta ciudad de Pasto, quienes en muy pocos días han hecho ya dos ediciones numerosas de la expresada Carta.»

Rebate luego los errores de la carta, distribuyendo su opúsculo en catorce puntos, proponiendo y exponiendo en todos sana doctrina católica. Hablando en el punto X de la *Neutralidad*, dice: «Un Gobierno, aun cuando no dicte leyes de persecución contra la Iglesia de Jesucristo, con solo el hecho de mostrarse indiferente para con ella, está ya contra Jesucristo.» Aduce como ejemplo el de un hijo fornido que ve agredida á su madre por un ladrón ó asesino, y que, pudiendo librarla fácilmente, se encoge de hombros. «¿Quién no dirá, añade, que ese hijo, en el mero hecho de no obrar á favor de su madre pudiendo hacerlo, obró contra su madre?» Y aplicando el caso á un Gobierno que ve los daños que se hacen á la Religión de Jesucristo, dice como aquel hijo: «Ahí se las haya la Religión como pueda. Si se blasfema de Dios, que se blas-

feme; si se propagan errores contrarios á sus doctrinas, que se propaguen; si se la borra de los corazones por la seducción, que se la borre; si desaparece totalmente de los pueblos, que desaparezca... no tengo que ver con esto. Yo he de permanecer neutral. ¿Quién puede dudar, preguntamos de nuevo, que ese Gobierno está contra Jesucristo?

»La misma doctrina se puede aplicar á los individuos que pueden y deben hacer algo por Jesucristo y no lo hacen. Hoy se encuentran muchos de esos que dicen muy frescos: «No me meto en política; allá se las arreglen; que suba el que quiera: lo mismo me importa que manden unos como que manden otros.» ¿Quién no ve que estos hombres están contra Jesucristo, puesto que nada les importa que suban al poder hombres que lo persigan en su Iglesia, en sus ministros, en sus cosas?»

El último de los epígrafes dice: *Necesidad de luchar contra el Liberalismo de un modo decidido y unánime, en vista de lo alarmante de su propagación entre nosotros, con perjuicio de nuestra santa fe.* Y al final escribe: «Damos por terminada esta obrita, con lo que vamos á decir por conclusión. Sea lo primero asegurar de corazón que á nadie odiamos, ni tenemos mala voluntad; que para todos pedimos á Dios abundantes bendiciones, y sobre todo, la vida eterna, y que el fin que nos hemos propuesto al hacer este frabajito es contribuir en algo al triunfo de la verdad, á la gloria de Dios y al bien de las almas. Hecha esta declaración, quedamos dispuestos y preparados para recibir esa lluvia de frases... ¡Intransigencia! ¡Obscurantismo! ¡Los ministros de Dios no deben meterse en política! ¡Su misión es misión de paz! ¡Eso es falta de caridad! Venga todo eso, que más nos han dicho ya; pero conste que sólo se trata en este opúsculo de pura religión; que

aunque nuestra misión es de paz, también es de guerra contra todo error, y que no es falta de caridad enseñar la verdad tal como la enseña la Iglesia.

«Esperamos que el autor de la Carta recibirá con buena voluntad cuanto llevamos dicho, porque, por una parte, dice *que sujeta humildemente su escrito al juicio del Episcopado Colombiano*; y por otra, debe suponer que hemos escrito, no contra él, sino contra los errores de su Carta.»

La humilde actitud del Sr. Vélez era á todas luces sincera, pues, llevado el asunto á Roma, se sometió laudablemente, según puede verse en este

DECRETO DE PUBLICACIÓN

«Habiendo sido sometida la obra en forma de carta, cuyo título es *Los Intransigentes*, por Baltasar Vélez V., presbítero, impresa y publicada en Bogotá, al examen de la Santa Romana Universal Inquisición para guardar en toda su pureza la fe católica, los Eminentísimos Padres Inquisidores Generales, por decreto de 10 de Junio de 1898, la condenaron y proscibieron, y nuestro Santísimo Señor el Papa León XIII, con su apostólica autoridad, ratificó esta condenación y proscipción, y encomendó al infrascrito Delegado Apostólico la publicación del decreto. — Enterado directamente por Nos de todo esto el autor, laudablemente se sometió y reprobó la obra. — Por tanto, desde la presente publicación, nadie, de cualquier grado y condición que sea, se atreva á publicar en lo sucesivo, ni á leer ó retener la dicha obra condenada y proscripta, en ningún lugar y en ningún idioma, antes sí queda obligado, cualquiera que la tenga, á entregarla á

los Ordinarios de los lugares, bajo las penas contenidas en el Índice de los libros prohibidos.

»Dado en Bogotá, en el Palacio de la Delegación Apostólica, el día 10 de Julio de 1900.

»L. ✠ S.

»† A. ARZOBISPO DE FILIPOS, *Delegado Apostólico.*»

Con motivo de la Santa Cuaresma de 1898, dió el Ilmo. Sr. Moreno una Carta Pastoral, «demostrando en ella que los pueblos é individuos contagiados de la peste del liberalismo son castigados por Dios con el más completo abandono en el orden religioso, moral, político y social».

En el preámbulo dice: «La molicie que en todo se va introduciendo, quisieran muchos que se introdujera en la misma Iglesia, y que la Encíclica del Papa, la Pastoral del Obispo y el sermón del Cura fueran todo literatura, elocuencia, floreo, pero que nada dijeran de castigos eternos, y nada tuvieran de duro y de fuerte. Por eso cuando oyen llamar á las cosas por su propio nombre, decir malo á lo malo y bueno á lo bueno; clamar con toda claridad contra los errores, vicios y mundanales distracciones que arrastran á la perdición del alma; amenazar con los juicios de Dios y penas eternas que tiene reservadas para los que le ofenden é insultan; cuando oyen, digo, este lenguaje de la verdad, no lo pueden sufrir, y tratan á los que así hablan de obscurantistas, retrógrados, ignorantes, groseros, sin educación, que sólo merecen estar entre salvajes y no en medio de personas civilizadas, llenas de luces y de tan exquisito trato social como las de esta época de adelanto y de progreso. En el caso de hablarles de Dios (porque aun eso debe esca-

sear), ha de ser de *ese Dios de ellos*, bueno, misericordioso, dulce, lleno de caridad, pero no de *ese Dios nuestro*, que, al mismo tiempo que es bueno y misericordioso, es también justo, fuerte, celoso de su honra y terrible vengador de los ultrajes que se le hacen. *Loquimini nobis placentia*. Habladnos de cosas placenteras y profetizadnos cosas alegres, aunque sean falsas. He aquí el espíritu moderno; he aquí lo que desean y piden los hombres que se hallan animados de ese espíritu.»

Hace, en efecto, el Ilustrísimo señor Obispo la demostración prometida, y pone fin á la Pastoral con estas palabras de resumen: «Han rehusado muchos hombres tributar su adoración y servicios al Dios tres veces Santo que los crió, los conserva y destina á una dicha eterna, si le sirven con fidelidad, y han caído en la profunda humillación de tributar esos homenajes á una criatura cualquiera, y aun al mismo Lucifer, padre de la maldad. Al mismo tiempo que cantan adelanto y progreso, vuelven á la idolatría pagana y se ven confundidos y humillados en su orgullo y rebeldía.

»No quieren obedecer los mandatos de Dios, ni seguir la sublime y santísima moral de Jesucristo, que hace á los hombres virtuosos, perfectos y aun felices, en cuanto cabe serlo en este mundo, además de la dicha eterna con que es recompensada su práctica en el otro, y llegan con su moral independiente, no sólo á ser corrompidos, sino á ser corruptores de otros, lo cual es el colmo de la bajeza, de la degradación y de la monstruosidad.

»Abandonaron á Dios los políticos modernos, queriendo gobernar las sociedades, no sólo con independencia de sus doctrinas y leyes, y de las de su Iglesia santa, sino declarando una guerra más ó menos abierta á todo lo sobrenatural, proclamando el imperio de la razón, y

secularizando todo cuanto han podido, y Dios los ha castigado, abandonado y humillado, poniendo de manifiesto la impotencia en que se encuentran para gobernar debidamente á los pueblos con esas leyes que, no fundadas en la eterna, cambian con el continuo mudar de las opiniones de los hombres; se contradicen con las libertades que proclaman (1), y sólo producen la anarquía y la ruina de las naciones. Sí; gran vergüenza y gran humillación es para los orgullosos políticos modernos ver que al propio tiempo que proclaman toda clase de libertades, se ven obligados á seguir una política violenta, sostenida por la fuerza bruta, por ejércitos cada vez más numerosos. Al mayor desprecio de las leyes de Dios siguen, como consecuencia necesaria, mayor anarquía, más ejército permanente, más despotismo, más esclavitud y más desgracias de todo género.»

(1) «¿Qué es la ley, escribe antes, dentro del liberalismo? Es una contradicción con sus libertades. ¿Qué es delito dentro del liberalismo? No lo hay ni puede haberlo con sus libertades. ¿Qué es justicia dentro del liberalismo? La fuerza bruta. ¿Qué es pena dentro del liberalismo? Crueldad, y nada más, porque no hay delitos.»





CAPÍTULO VIII

La cuestión del Colegio de Tulcán. — Sumisa disposición de ánimo del Ilmo. P. Ezequiel. — Anuncia su Visita «ad limina Apostolorum». — Llega á Roma y es recibido por la Santidad de León XIII. — Venida á España. — ¿Fué profecía? — Vuelve á Roma y regresa á Madrid. — Los dos hermanos. — Decreto acerca del Colegio de Tulcán. — Embarca el Sr. Moreno para su Diócesis. — Favorece á nuestros religiosos. — Su entrada en Pasto. — Mensaje y gratitud. — Condenación de «El Eco Liberal». — Otras dos Pastorales.

RENOVANDO una disposición de su dignísimo antecesor en el Obispado, dió el Ilmo. P. Ezequiel una Circular fechada en Túquerres, el 8 de Diciembre de 1896, y dirigida á los señores Párrocos de la Diócesis, para que hicieran saber á los padres de familia, que no debían llevar sus hijos al Colegio Bolívar de la ciudad de Tulcán (Ecuador), regido por el Sr. D. Rosendo Mora, Colombiano, que estuvo antes al frente de otro Colegio en Ipiales, correspondiente á la jurisdicción eclesiástica de Pasto.

El mandato del señor Obispo no fué obedecido; por lo cual se vió precisado á reiterarlo el 4 de Febrero de 1897, imponiendo pena de excomuni6n á los padres de

familia que continuaran menospreciando la autoridad episcopal.

Entonces el Ilustrísimo señor Obispo de Ibarra, Ordinario de Tulcán, dando al decreto del de Pasto un alcance que realmente no tenía, y creyéndose lastimado, llevó el asunto á Roma, como caso de intromisión.

Se trata de cosa ya juzgada, y no creemos conveniente hacer minucioso relato del origen, progresos y final de cuestión tan debatida: basta hacer un ligerísimo extracto de la Carta que el Prelado de Ibarra escribió, en 14 de Marzo del 97, á los Sres. D. Joaquín Chaves, N. Chacón y D. Fidel Martínez C., de Tulcán. Decíales que, cuando en Diciembre de 1895 llegó á Ibarra, el Colegio Nacional de Tulcán estaba confiado á los Misioneros franceses Oblatos de San Francisco de Sales, que lo dejaron en Marzo del año siguiente; y que el Gobierno lo entregó después á D. Rosendo Mora, mediante contrato público. Había leído el señor Obispo un folleto escrito contra Mora, y «confieso, añade, que me desagradó su presencia en Tulcán; pero el Colegio era del Gobierno, y yo no tenía poder alguno para cerrarlo... ¿El Sr. Mora era, en verdad, tal cual lo pintaban los que daban malos informes acerca de él? Si lo era, la juventud de Tulcán estaba en malas manos. Unos daban del Sr. Mora buenos informes, otros los daban pésimos: ¿quiénes hablaban la verdad?»

El bondadoso Obispo resolvió la duda creyendo á unos y á otros, estimando que Mora había sido malo y estaba ya enmendado. De ese modo salió del paso, y parece que dijo á Roma: «El Rector del Colegio de Tulcán favorece la Religión y guarda una conducta que puede calificarse de irreprochable.» Así fué que, la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares no halló motivo

para desautorizar al Sr. D. Rosendo Mora, y reconoció el derecho del Diocesano de Ibarra.

Porque Mora era del partido liberal y se trataba de un correligionario, y porque los sectarios miraban al Sr. Moreno como á su más terrible enemigo, lo dispuesto en Roma causó inmenso regocijo entre las huestes liberales, tanto, que el Ilmo. P. Ezequiel se vió precisado á escribir una Circular en la que dice: «Es público y notorio que algunos hombres de esta población y otras, conocidos de todos como propagandistas de doctrinas condenadas mil veces por nuestra Santa Madre la Iglesia, se agitan en estos días y se manifiestan alegres y con aire de triunfo, porque (según ellos dicen) han recibido cartas y telegramas en los que les comunican que en Roma se ha resuelto la cuestión del Colegio de Tulcán á favor de los que apelaron contra el mandato que dimos á los padres de familia, prohibiéndoles, bajo pena de excomunión, el mandar á sus hijos al expresado Colegio, regentado por el Sr. D. Rosendo Mora.

»No hemos recibido comunicación alguna sobre esa cuestión, y no sabemos, por consiguiente, qué es lo que se ha resuelto en Roma. Una cosa sabemos con toda certeza, y es que, sea cual fuere la resolución, y aun cuando en ella se condene nuestro proceder, no ha de ser favorable al liberalismo, ni á los errores que profesan y propagan los hombres á que aludimos, y no nos explicamos, por consiguiente, el triunfo que cacarean, ni el porqué de su alegría. Si se aprueba el Colegio de Tulcán, es cierto, certísimo, que no será por ser un Colegio liberal, sino precisamente por no serlo. Será aprobado porque el Ilustrísimo señor Obispo de Ibarra cree, y ha dicho á la Santa Sede, que el Sr. D. Rosendo Mora, Rector del Colegio,

favorece la Religión y guarda una conducta que puede calificarse de irrepreensible.

»Si, pues, la aprobación del Colegio de Tulcán tiene por base la conversión de D. Rosendo Mora; si este señor no es ya el blasfemo y hereje público de Las Lajas, mandado encarcelar por el Juez civil por delito contra la Religión; si ha reparado debidamente los escándalos que dió; si ya no admite ni enseña los errores del liberalismo, ¿por qué cantan victoria los liberales? ¿No es una pérdida la que ha tenido el liberalismo con la conversión del Sr. Mora?

»¡Venga la Resolución, aunque traiga la reprobación de nuestro proceder, para obedecerla en todas sus partes! ¡Venga para darla á conocer cuanto antes por todos los rincones de nuestra Diócesis! ¡Venga, porque, partiendo de la Santa Sede, centro de la Verdad, creemos firmemente que será luz que nos ilumine, y, por consiguiente, una gracia del cielo que debemos agradecer y no temer.»

El 2 de Julio de 1898 publicó una Pastoral en la que dice: «Todos los Obispos Católicos están en el deber de ir á Roma de tiempo en tiempo, para hacer lo que se llama la *Visita ad limina Apostolorum*, ó sea la *visita á los sepulcros de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo*. Los Obispos de América deben hacer esa visita de diez en diez años. El último decenio terminó el año 95; y no habiéndose hecho la visita correspondiente á ese decenio, y habiendo Nos consultado á Roma si estábamos obligados á hacerla, porque ya había terminado el decenio cuando llegamos á esta Diócesis, nos contestaron que sí, y que nos prorrogaban el tiempo hasta este año. Estamos, pues, en el deber de ir á Roma en este año, y tenemos que cumplirlo.»

Explica luego los tres fines de la Visita, que son: 1.º, dar cuenta del estado material y moral de la Diócesis; 2.º, la Visita personal á los sepulcros de los Santos Apóstoles; 3.º, prestar la debida obediencia al Romano Pontífice. Y añade en la conclusión: «Además de esos fines propios de la Visita *ad limina*, nos ocuparemos, en nuestro viaje, de otro importante asunto, que será buscar sacerdotes de alguna comunidad ó Congregación religiosa que vengan á administrar los pueblos de esta Diócesis que comúnmente llamamos *de la Costa*. Estos pueblos se hallan siempre, ó casi siempre, mal administrados, por falta de sacerdotes que se hallen en condiciones de poder vivir en aquellos territorios poco ó nada sanos por una parte, y por otra solitarios y faltos de recursos.»

El Ilmo. Sr. Moreno llegó á Roma el 29 de Agosto, donde fué muy bien recibido y agasajado; cumplió con el deber de la Visita, y obtuvo una audiencia especial de S. S. el Papa León XIII, con quien habló largamente en latín. Respetuosa y decididamente expuso al Soberano Pontífice que tal vez convendría para el bien de la Iglesia Pastopolitana la resignación del Obispado. El Padre Santo le dijo que no convenía eso, sino volver á su Diócesis. No pensaba el P. Ezequiel decir nada al Papa acerca de lo del Colegio de Tulcán, pero el mismo León XIII le habló del asunto, escuchó las explicaciones del Sr. Moreno, estimándolas tanto, que dispuso enérgicamente se *reconsiderase* ó revisase el decreto que ya había dado la Congregación.

Como los meses de Septiembre y Octubre son de vacaciones en Roma, no podía la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares revisar el asunto del Colegio Bolívar hasta Noviembre ó más adelante; y el Ilustrísimo Sr. Moreno aprovechó el tiempo viniéndose á España

con objeto de recabar sacerdotes de alguna Orden religiosa para los pueblos de la Costa, según dijimos. A fines de Septiembre salió de Roma, se detuvo en Génova, y el 1.º de Octubre embarcó para Barcelona; pasó luego por Zaragoza y llegó á Madrid el día 10 del mismo Octubre.

Una vez en España, quiso cumplir con otros deberes de familia y amistad, viendo á sus dos hermanas y á otras personas de su cariño. Al ir para Navarra y la Rioja tuvo á bien detenerse en Sigüenza, y yo el gusto de estrecharle entre mis brazos; dos días, que se me hicieron dos minutos, gocé de su santa conversación y ejemplos. Marchó de aquí á visitar á nuestra amadísima Virgen del Camino, á los religiosos y á otras varias personas de Monteagudo, pasando luego al colegio de Marcilla, y de allí á su ciudad natal de Alfaro, donde le llamaba, tanto ó más que la sangre, la gratitud á sus nunca olvidadas monjas Dominicas. Escuchemos, siquiera por breves instantes, á la buena Madre Catalina, que dice: «Cuando vino de Obispo, ya no era decente nuestra habitación, y la que era Priora se entendió con el Padre Guardián de Franciscanos, para que le ofreciera su convento, que aceptó. A las nueve de la mañana llegó á Alfaro, y á las tres de la tarde ya le teníamos en el locutorio, tan cariñoso, humilde y llano como antes. Al día siguiente nos dió la Sagrada Comunión, celebró y estuvo con nosotras hasta las once, y cuantos días pudo se vino al convento. Se despidió para siete años.»

A propósito de los siete años debemos consignar lo que el P. Florencio Aranda, actualmente Rector del Colegio de Marcilla, que, como buen religioso y paisano del Ilmo. Sr. Moreno, ha tomado interés muy grande en facilitarme datos para la biografía, escribe en una de sus cartas: «He dicho que Benigna (hermana menor del

P. Ezequiel) no me ha dado información alguna, y en realidad no es así; digo esto, porque el único hecho que me ha referido, creo que merece toda nuestra atención y es muy digno de consignarse en la biografía de un varón tan eminente en virtud. El hecho es el siguiente. Cuando en 1899 se despidió en Madrid de sus hermanas, le dijo Benigna que aquella despedida sería hasta la eternidad, puesto que ya no le podría ver en este mundo; á lo que contestó su hermano: *No lo creas así, Benigna; podrá suceder que me equivoque; pero creo y casi estoy seguro de que hemos de volver á vernos dentro de siete años; y entonces me veréis ó vendré de un modo distinto del que me veis ahora.* Estas ó parecidas palabras quedaron tan grabadas en Benigna que, como ella dice, no se le borrarán de la memoria mientras viva; y por lo que respecta á su segunda parte, creyeron ambas hermanas que su hermano daba á entender que volvería otra vez á España investido con la dignidad de Arzobispo ó cosa parecida.»

Ahora bien; dichas palabras fueron pronunciadas en Febrero de 1899, y el Ilustrísimo volvió efectivamente á España á principios de Febrero de 1906, no investido, como creyeron sus hermanas, de la dignidad de Arzobispo ó Cardenal, sino acompañado de una enfermedad terrible que, como todos creemos, le proporcionó la mayor honra y dignidad á que puede aspirar el hombre en este mundo, que es morir como un santo y como un mártir.

Con gran entusiasmo fué recibido en Alvaro el Ilustrísimo señor Obispo, esmerándose sus paisanos en manifestaciones de cariñoso respeto. El Excelentísimo Ayuntamiento de la insigne Ciudad le ofreció el Diploma de *Hijo Predilecto*, que el Sr. Moreno aceptó con suma gratitud.

A principios de Noviembre volvió á Roma y allí estuvo por espacio de tres meses detenido, bien á pesar suyo, por la cuestión del colegio ecuatoriano, que por fin quedó resuelta con un nuevo Decreto *distinto*, pero no contrario al que antes había expedido la Sagrada Congregación. El decreto dice así:

«De la Secretaría de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares.

»ILUSTRE Y MUY REVERENDO SEÑOR COMO HERMANO:

»Un hecho de grave importancia resulta de las nuevas informaciones documentadas presentadas á esta Sagrada Congregación por el Ilustrísimo señor Obispo de Pasto. El hecho es que, Rosendo Mora, antes de asumir la dirección del Colegio de Tulcán, había ejercido en la Diócesis de Pasto el cargo de enseñante, y que en el ejercicio de tal cargo se había de tal modo excedido contra la Religión y la Fe, que el Ordinario Diocesano se creyó obligado á prohibir, bajo amenaza de excomuni6n, á los padres de familia de la Diócesis el mandar á sus hijos á la escuela de él; y el Tribunal laico, al que acusaba, oída la deposición unánime de once testigos, lo condenó á la pena de cárcel; para huir de la cual, Rosendo Mora se refugió en la limítrofe Diócesis de Ibarra. Resulta, además, de las informaciones antedichas que el Director del Colegio de Tulcán no ha dado nunca á Monseñor Obispo de Pasto garantía alguna de enmienda, ni ha emitido acto alguno que valga á reparar el escándalo público que dejó él en la Diócesis de Pasto.—Dejada, por tanto, á un lado la cuestión sobre el estado actual de la enseñanza que se da en el Colegio de Tulcán, esto es, si corresponde á las normas católicas, como sostiene el Obispo

de Ibarra, es indudable que el Obispo de Pasto, á quien incumbe el bien espiritual de los fieles confiados á su cuidado, está en perfectísimo derecho de mantener la prohibición de su Predecesor, de confirmarla y de recordarla oportunamente á los padres de familia de su Diócesis. — El uso de este derecho por parte del Obispo de Pasto, entonces solamente podía ser reputado como excesivo y, por tanto, censurable, cuando Mora hubiese dado pruebas de obediencia al Obispo de Pasto, y reparado en Pasto el escándalo dado. — Siendo ahora necesario que el desagradable desacuerdo entre los dos Prelados tenga una conclusión honrosa, y que el Colegio de Tulcán no esté sujeto á justas aprensiones de parte de los buenos católicos, es necesario, ó que Mora sea removido de la dirección del Colegio de que se trata, ó que, mediante la cooperación benévola del Obispo de Ibarra, sea inducido á dar al Obispo de Pasto las satisfacciones que en fuerza de su oficio Pastoral justamente exige, antes de revocar la prohibición hecha á sus Diocesanos de asistir al Colegio que dirige el mismo Mora. — Esto es lo que tengo que comunicar á Vuestra Señoría Ilustrísima, deseándole prosperidad en el Señor.

»Roma, 6 de Febrero de 1899.

»De Vuestra Señoría Ilustrísima como Hermano.

»SERAFÍN, CARDENAL VANNUTELLI, *Prefecto*.

»LUIS TROMBETA, *Secretario*.

»*Ilustrísimo y Reverendísimo señor Monseñor Obispo de Pasto.*»

La intención del Ilmo. P. Ezequiel era regresar lo antes posible y por la vía más breve á su amada Diócesis, pero supo en Roma que su hermano Eustaquio, gravemente enfermo, había salido de Filipinas para la Península, y debía encontrarse en Barcelona. A la Ciudad Condal se dirigió el señor Obispo, que, con fecha 17 de Febrero de 1899 escribía á nuestro Procurador General de Roma, diciéndole: «Vine con buena mar de Génova en el vapor *Orione*, y al llegar á ésta me dijeron que mi hermano había salido para Madrid hacía dos días y que iba moribundo y desahuciado totalmente por su incurable enfermedad. Tengo, pues, que ir á Madrid á despedirme de mi hermano hasta la otra vida, si es que lo encuentro con vida.» En nuestra Residencia de Madrid se abrazaron los dos hermanos, consolando el *chiquito* al mayor, y animándole á padecer por amor á Jesús crucificado. El enfermo, que era de ánimo valeroso y de virtudes macizas, recibió los consuelos y exhortaciones del santo—así le llamaba él—como recibe la sedienta tierra una lluvia benéfica. A la Corte fueron también las dos hermanas para visitar á los hermanos y despedirse de ellos, sucediendo al marcharse el caso antes citado.

El Ilmo. P. Ezequiel se vió en la precisión de prolongar su estancia en Madrid más de lo que quisiera, ya para procurar la realización de sus deseos respecto de llevar sacerdotes Religiosos que administrasen los pueblos de la Costa del Pacífico en su Diócesis, lo que, desgraciadamente, no pudo conseguir, ya porque enfermó, pues con fecha 15 de Marzo escribía: «Caí en cama con un trancazo; y á causa de la indisposición no pude volver á Barcelona para embarcar en el vapor de la «Veloce». Estoy sin salir de casa al lado de mi pobre hermano, que va acabándose día por día, sin esperanza de reme-

dio, si Dios Nuestro Señor no lo pone. Está muy tranquilo en su espíritu y muy dispuesto, gracias á Dios.»

El día 5 de Abril salió de Barcelona para América el Ilmo. Sr. Moreno, acompañado del P. Benito Ojeda, religioso nuestro, en el vapor *Centro América*, y á principios de Mayo escribía desde Panamá: «Llegamos á ésta el 27 del pasado salvos y sanos. El vapor que nos había de llevar á Tumaco había salido el día antes, y aquí estaremos hasta la semana siguiente. En la estación de Caracas me esperaban el señor Arzobispo y los Obispos de Mérida y Guayana. El 30 llegó á ésta el señor Arzobispo de Quito: me visitó y me dijo que había recibido la Resolución sobre Tulcán, manifestando tanta alegría como si hubiera sido cosa suya» (1).

De no poco provecho fué para nuestros frailes el paso del Ilmo. Sr. Moreno por Panamá. El R. P. Fr. Patricio Adell de San Macario, uno de los Agustinos Descalzos más amantes de su Corporación, más trabajador y de más sólidas virtudes, había pasado de Filipinas á la América del Sur con algunos religiosos. El Sr. Moreno le abrazó en Caracas, de donde el P. Adell salió con varios misioneros para Guayana y Maracaibo, después de haber dejado otros en Panamá. Parece que al señor Obispo de aquella Diócesis no le tueron al principio muy gratos, pero se arreglaron á maravilla todas las diferencias, merced á la oportuna y prestigiosa intervención de nuestro Ilmo. P. Ezequiel, el cual decía en carta de 9 de Mayo: «Los religiosos quedan ya tranquilos y dando gracias á Dios de que me hubiera traído por aquí; el señor Obispo está tratándolos con las mayores consideraciones.»

(1) Iban los Prelados al Concilio Plenario, y dice el Sr. Moreno que les suplicó propusiesen la Consagración de toda la América Latina al Sagrado Corazón de Jesús.

En la misma carta añadía: «Mi compañero el Padre Ojeda está agonizando en este momento (1), y me acompañará el P. Marciano. Me llevo además dos que sobran por aquí, para aliviarlos en algo, y que hagan una expedición por los pueblos de la Costa de mi Diócesis, para que vean lo que es aquello, por si hubiera necesidad de que fuesen.»

A mediados de Mayo llegó el Ilmo. P. Ezequiel á su querida y anhelada ciudad de Pasto. Si magnífica fué la recepción que los Pastusos hicieron al señor Obispo cuando por primera vez entró en la Capital de la Diócesis, esta segunda superó en mucho, como que aquélla fué dictada por la cortesía y las esperanzas, y ésta obedecía á gratitud y á hermosas realidades. Las glorias ó humillaciones del padre son glorias ó humillaciones para los buenos hijos, y la aureola de que ahora venía circundado el Ilmo. P. Ezequiel reverberaba con todos sus esplendores en la frente de todos y cada uno de los católicos de Pasto. Por eso el ansiado día de la vuelta de tan amado Pastor fué de gala y general contento en aquella ciudad; la cual dispuso un grandioso programa de recepción, que se llevó á efecto en todas sus partes, y del que sólo podemos dar un resumen. Dice así:

«1.º Una comisión de caballeros irá á recibir al Ilustrísimo señor Obispo hasta el puente del Guaitara, en el límite sur de esta Provincia.

»2.º El día de la entrada del señor Obispo á la Capital de su Diócesis, se adornarán con banderas y flores los frentes de las habitaciones que queden en el trayecto que ha de recorrer el Prelado con su acompañamiento, desde

(1) Dice en posdata: «Ahora, diez de la mañana, acaba de morir el Padre Ojeda (R. I. P.), y sea por Dios. Recibió todos los sacramentos.»

el puente de Bolívar hasta la puerta del Palacio Episcopal.

»3.º En este trayecto se levantarán arcos triunfales en los puntos que pasan á indicarse y por las Corporaciones que se mencionan en seguida (enumera doce arcos).

»4.º Un repique general de campanas indicará que el Prelado está á la vista de la ciudad, y será la señal convenida para que las Comunidades, Corporaciones y Congregaciones Oficiales y Religiosas y los particulares se dirijan á la plaza de Santiago á recibir al Diocesano. Las personas que salgan fuera de la ciudad á caballo lo harán con la debida anticipación, para evitar el paso por entre los diversos Cuerpos Colegiados.

»5.º Orden de colocación para el desfile.

»6.º Desde las siete de la noche del día de la llegada del Ilustrísimo señor Obispo habrá iluminación general, repiques de campanas y fuegos artificiales en la plaza principal. Las bandas de música recorrerán las principales calles.

»7.º En los días subsiguientes, las Corporaciones Religiosas y Oficiales y las Congregaciones piadosas de Señoras y Caballeros se presentarán en Palacio para saludar al Jefe de la Iglesia Diocesana.»

Suscrito por centenares de firmas dirigieron los vecinos de la Ciudad de Pasto un Mensaje al Ilustrísimo señor Obispo en que le dicen: «Tras una ausencia de más de diez meses, sentida generalmente por vuestros diocesanos, volvéis á ocupar vuestra elevada silla, y á empuñar vuestro cayado de solícito Pastor.—¡Bien venido seáis!—Habéis visto de cerca y tratado íntimamente al Vicario de Nuestro Señor Jesucristo, nuestro Santísimo Padre León XIII, y habéis escuchado la solemne aprobación de

vuestra conducta. ¡Bendito sea Dios, que así hace brillar su bondad y su justicia! Ahora, amado Pastor, reanudad vuestra suspendida labor en pro de las almas.—Estamos en el anhelado día de vuestro regreso, en el día de santo júbilo. La ausencia del padre de familia convierte en tristeza las inocentes alegrías del hogar, y no vuelve á renacer el contento sino con el retorno y la presencia del amado ser.»

Al sensible y agradecidísimo corazón del amoroso Padre llegaron las sinceras manifestaciones del cariño de sus hijos, y les dió las más expresivas gracias en una Carta Pastoral. Habla también en ella del empeño que los sectarios del error tenían en que no volviese á la Diócesis, y dice: «No hemos puesto empeño alguno por contrariar los esfuerzos de los indicados sectarios en el sentido de volver ó no volver; antes bien pusimos la Diócesis en manos de nuestro Santo Padre. No indicaba ese modo de proceder desafecto alguno ó falta de gratitud á la inmensa mayoría de nuestros buenos diocesanos; sólo nos propusimos dejar obrar á Dios para mejor conocer su voluntad santa; poder decir, si volvíamos, DIOS LO QUIERE, y, animados con este gran pensamiento, seguir peleando sus batallas en este campo de su Iglesia donde nos ha colocado, sin condescender ni transigir jamás con el error, aunque compadeciendo siempre á las personas, deseando su conversión, y pidiéndola á Dios, aun á costa del sacrificio que más le plazca imponernos.»

Reanudad, le decían los vecinos de Pasto, *reanudad vuestra suspendida labor en pro de las almas*; y bien pronto la reanudó tomando una Resolución contra los Directores de *El Eco Liberal*, semanario de la localidad. En el número 23 de aquel periódico apareció un artículo con el epígrafe «La educación de la mujer»; artículo que era

«un semillero de herejías, blasfemias y escarnios contra Dios Nuestro Señor y su Divino Hijo Jesucristo, nuestro amable Redentor». Lastimados los Directores del periódico, después de consignar que «se abstendrían de proferir palabra en asuntos que huelan, aun remotamente, á religiosos», estampan en el número 26 las «erróneas y anticatólicas doctrinas siguientes: 1.º, que el grito ¡VIVA DIOS! es una blasfemia y arranque propio de quienes están muy lejos de conocerlo para admirarlo; 2.º, que no se puede decir *Señor Dios, buen Dios*; 3.º, que si los hombres estuvieran penetrados de la grandeza de Dios, guardarían silencio, y por respeto se abstendrían de nombrarle». Rebate luego y pulveriza el docto Prelado esa doctrina, tomada del poeta alemán Goethe, que es una sarcástica reverencia á la divinidad, y acaba la Instrucción Pastoral exclamando: ¡VIVA DIOS! ¡VIVA EL SEÑOR DIOS NUESTRO! ¡VIVA EL BUEN DIOS!

Todavía escribió en aquel año de 1899 otras dos Pastorales; una para *ensalzar las glorias de la Virgen de Las Lajas, ordenando que se hagan colectas en todas las iglesias de la Diócesis para dedicarla un nuevo templo*, y otra con ocasión de la *Encíclica de S. S. León XIII, sobre la consagración del género humano al sacratísimo Corazón de Jesús*; expresando en una y otra la piedad de su alma y la ardiente devoción á Jesús y María, que eran la vida de su vida.



CAPÍTULO IX

Proyecta el Sr. Moreno construir varios templos. — Estalla la guerra de los tres años. — Carta Pastoral. — La guerra castigo de Dios misericordioso. — Parte que toma en la guerra el Ilustrísimo señor Obispo. — Clamores de falsa paz. — Circular al clero. — Concilio Plenario de la América latina. — El ¡FUERA LOS BÁRBAROS! — Silencio. — Americanismo. — A triunfar ó morir.

EL espíritu de nuestro Ilmo. Sr. Moreno parecía haber entrado en los sacratísimos Corazones de Jesús y de María, sin acordarse por entonces de luchar contra el liberalismo. Meditaba también y hacía esfuerzos para que fuesen una realidad sus grandes anhelos y extensos proyectos en la construcción de varios templos; uno dedicado á Nuestra Señora de Las Lajas, otro al Sagrado Corazón de Jesús en la Capital de la Diócesis, y tratando también de erigir nada menos que una nueva Catedral en Pasto. Poco tiempo disfrutó de la quietud en el batallar, y de recrearse en disponer palacios para el Rey y la Reina de los cielos.

En 18 de Octubre de 1899 estalló la guerra que por espacio de casi tres años hizo tantas viudas y huérfanos, ahondó horriblemente las divisiones políticas, y redujo á

yermos muchísimos de los campos cultivados. Comenzó por el Departamento de Santander, adonde habían concurrido los estudiantes de la Universidad Republicana de Bogotá y los jefes de la revolución, cuyo plan habían trazado poco antes en La Salina de Chita. Algún motivo dió tal vez la triste situación económica en que se hallaba el Gobierno; pero la verdadera causa fué sin duda la misma que había producido la guerra anterior, el natural empeño de los liberales en ser poder, derrocando á los conservadores. Esta vez apareció más de relieve la acción masónica en contra del catolicismo; de ahí que tomase tan pronunciado carácter de *guerra de religión*.

El señor Obispo de Pasto, mirando aquella desgracia desde las elevaciones de su alto ministerio, escribió una Carta Pastoral con ocasión de la Cuaresma del año 1900, y pregunta: «Pensando católicamente, ¿qué es la guerra actual? Un castigo de Dios que envuelve fines de misericordia», responde. Los pecados públicos de amancebamiento y embriagueces, la demasiada libertad en la enseñanza y en la prensa, y otros excesos que se dejan impunes, provocan la justicia del cielo. «Admitido, dice concretando más, admitido en casa el error y tratado con tanta benevolencia, iba extendiendo su esfera de acción, propagaba con actividad sus ideales y una como atmósfera de liberalismo nos iba rodeando por todas partes. Los estragos de esa peste eran visibles. Unos morían del todo á la vida de la fe; otros estaban tocados del terrible mal; algunos pretendían que la verdad y el error se dieran un abrazo y marcharan juntos; y no pocos, acaso inconscientemente, favorecían la propaganda de esos males, y se hacían cómplices y auxiliares. Ibamos caminando hacia un abismo, y Dios ha permitido que el estampido del cañón nos haya avisado, para que no cayésemos en él.

»El Señor permite la guerra actual para sacar de ella grandísimos bienes. ¿Quién no ha observado de un modo palpable cómo se ha avivado súbitamente la sana y recta aversión que se debe tener á las ideas liberales? ¿Quién no ha visto y ve ese ardor que ha vuelto á calentar los pechos católicos para defender los sanos principios, aun á costa de su propia sangre y de su misma vida? ¿Quién no ve con gusto cómo laten un sinnúmero de corazones á impulsos de los más delicados sentimientos religiosos, que se traducen en dichos y en hechos tiernos y conmovedores por lo que envuelven de heroísmo y de viva fe cristiana? ¡Oh! ¡Cuántas madres que alientan á sus hijos para que vayan á defender la Religión, aun cuando temen no volverlos á ver más! ¡Cuántas esposas que cargan con todo el peso de la casa, y trabajan para alimentar la familia, á fin de que los esposos puedan marchar á la defensa de la buena causa! ¡Cuántas hermanas que cuelgan el escapulario de la Virgen del cuello de sus hermanos, y los alientan y entusiasman á pelear en favor de Jesucristo! ¡Cuántos valientes que se alistán voluntariamente en las filas del Gobierno, impulsados por el mismo motivo religioso! ¡Cuántos rasgos sublimes de fe y de heroísmo cristianos en los campos de batalla! ¡Bendito sea Dios, que saca tanta gloria para El y tanto bien para las almas, de un mal tan grande como es la guerra!»

Nadie sentía ni lamentaba tanto la guerra y sus funébreas consecuencias, como las sentía y lamentaba el Ilustrísimo Sr. Moreno. Si hubiese podido, la habría evitado aun á costa de su sangre. Sin embargo, una vez que, tan sin culpa suya, había estallado, y una vez que el objetivo de los revolucionarios era destruir la Religión y la Iglesia, pues entraban en combate al grito de ¡muera Cristo! ¿había de enmudecer el Jefe de la Iglesia Pastopolitana,

el ministro de Jesús y de la Religión? Llegamos al punto más culminante de la vida del Ilmo. P. Ezequiel, considerada á lo humano, ó sea, en relación con sus deberes político religiosos. ¿Obró bien poniéndose moralmente á la cabeza de los defensores de la Patria y de la Religión? ¿Qué parte cupo al Sr. Moreno en el éxito feliz de aquella guerra? ¿Qué responsabilidad era la suya, si hubiese triunfado el enemigo?

Me parece que, miradas esas cuestiones con desapasionamiento, hay que resolverlas en favor del señor Obispo, cuya actitud en tan críticas circunstancias fué muy razonable, justa y católica.

Tratábase de un Gobierno legítimamente constituido y que dirigía la nación con aplauso de la mayoría, mandando cristianamente; tratábase, no de un partido meramente político, al que se le opusiera otro de igual ó parecida significación, sino de un partido católico, al que se oponía un partido liberal, cuya gestión había sido siempre contraria á los intereses religiosos, morales y materiales de la Iglesia. Estaban los católicos en pacífica posesión, y entonces los liberales, ayudados del masonismo y del liberalismo de fuera, con las armas en la mano, y no por medios que tuviesen apariencia, siquiera, de legales, pretenden derrocar á un Gobierno de hecho y de derecho, para entronizarse ellos, y tratar al catolicismo como antes le habían tratado, ó como le trataba entonces el Ecuador. Tengo la seguridad de que si á la sazón hubieran sido Gobierno los liberales, y la guerra hubiese partido de los conservadores, no habría tomado el Sr. Moreno la actitud que tomó, por más que deseara la victoria de los segundos; pero hallándose éstos en el poder, era obligación del Obispo hacer lo que hizo, y era obligación política y obligación religiosa.

Nada tenía de extraño que los liberales viesen con malos ojos lo que hacía el intrépido Prelado; lo inconcebible es que quienes se preciaban de católicos y de anti-liberales se atreviesen á decir al Obispo: «Eres ministro del Dios de paz; tu misión es de paz; paz, paz á todo trance»; y esto, mientras que el enemigo disparaba sus rifles y sus cañones contra los católicos. Clamar en tan supremos momentos que la Iglesia no necesitó de armas para establecerse, ni las necesita para su defensa... eso es el colmo de la inoportunidad, por no decir otra cosa.

El 25 de Julio de 1900 dirigió al Clero una extensa Circular en la que refuta esos y otros errores, afirmando y probando hasta la evidencia: 1.º, que los sacerdotes pueden y deben meterse á veces en política, y apoyar un partido que sea íntegramente católico, cuando éste tiene de frente otro liberal; 2.º, que el principio de NO INTERVENCIÓN según lo entienden los revolucionarios, está condenado, y que deben unirse los buenos católicos para defender el reinado de Jesucristo en todas partes; 3.º y 4.º, que es falso el espíritu de conciliación, y falso el de patriotismo que se invocaban para dificultar la unión y acción católicas; 5.º, que hay ocasión en que se puede y se debe defender la fe en los campos de batalla.

Pasó también á los Curas, con fecha 19 de Septiembre del mismo año, otra Circular, explicando lo decretado, ó, mejor dicho, confirmado en el Concilio Plenario de la América Latina, *sobre ingerencia del Clero en política y partidos políticos*; como el asunto es de tanta importancia y de continua actualidad, nos ha parecido conveniente transcribir el párrafo. «El Clero, dice el Concilio, absténgase prudentemente de aquellas cuestiones relativas á asuntos *meramente políticos ó seculares*, acerca de los cuales, dentro de los términos de la doctrina y de la

ley cristiana, puede haber juicios diversos, y no se enrole en facciones civiles, á fin de que no se tenga por sospechoso su santo ministerio, ni parezca que falta á su deber la Religión santa, la cual debe conservarse muy superior á todas las cosas humanas y unir el corazón de todos los ciudadanos con el vínculo de la mutua caridad y benevolencia. Guárdense, pues, diligentemente los sacerdotes de tratar ó disputar en público de estos asuntos, así fuera de la iglesia, como mayormente dentro de ella. Esto, empero, no se ha de entender de modo que haya de observarse absoluto silencio acerca de la gravísima obligación que pesa sobre los ciudadanos de procurar en conciencia, siempre y en todas partes, *aun en los asuntos políticos*, lo que delante de Dios redundare en mayor bien, así de la Religión como de la República y de la Patria; sino de modo que el sacerdote, declarando la obligación en general, no manifieste intento de favorecer á un partido más que á otro, *á no ser que alguno fuese abiertamente adverso á la Religión.*» Fundándose el Ilustrísimo Sr. Moreno en lo subrayado, hace atinadas aplicaciones al caso concreto que se ventilaba, y concluye diciendo: «Las tinieblas que algunos han pretendido esparcir sobre las inteligencias de los fieles, quedan disipadas con esa potente luz que han derramado los Padres del Concilio. Lo que los Padres del Concilio han enseñado es demasiado claro, y no es posible darle un sentido contrario con cavilosas y palabras vacías de sentido, sin que el cristiano más sencillo se dé cuenta del enredo.»

Sigue á esas dos Circulares otra del 30 de Noviembre, de tanta importancia en el fondo, y de tonos tan viriles y elocuentes en la forma, que de buena gana la copiaríamos íntegra; mas ya que puede leerse en la

Colección de Pastorales, acabada de publicar, sólo haremos aquí un sucinto resumen.

Trayendo á la memoria el gran Congreso Antimasónico que en Septiembre de 1896 tuvo lugar en Trento, transcribe hermosísimas y entusiastas palabras que allí pronunció Mons. Schiro acerca de la verdadera paz, y aquel final del sublime discurso: «Como salió de los campos de Piacenza, al llamamiento de Urbano, así al llamamiento de León salga de los valles de Trento el grito de *¡Dios lo quiere!* — Clamemos con Julio II: *¡Fuera los bárbaros!* — Sí; los bárbaros; porque la masonería quiere destruir el cristianismo; y el cristianismo es civilización...

»¿Por qué, exclama el Sr. Moreno, por qué no hemos de poder repetir nosotros los gritos que Mons. Schiro dió en el Congreso de Trento contra los masones en general, aplicándolos á los masones que lanzan tropas armadas contra nosotros para arrebatarnos la fe, la religión, el fruto del trabajo, el bienestar, la paz, todo?...» Y recordando luego palabras de su Circular del 25 de Julio, dice: «Cuando vemos á Jesucristo tratado como á intruso y arrojado de las leyes, de los centros de instrucción y de todas partes en la nación vecina, por un Gobierno impío; cuando vemos que ese Gobierno se complace en dictar leyes que esclavizan á la libérrima y hermosísima Esposa de Jesucristo, la Iglesia; cuando vemos que ese Gobierno lanza sus batallones á nuestro territorio, enarbolando bandera satánica en unión de los revolucionarios de Colombia, pretendiendo establecer en nuestros pueblos el reinado de Lucifer; cuando vemos que se quiere llevar á cabo ese gran misterio de iniquidad, y que nos acometen y hieren y matan, y no hacen más porque no pueden... ¿cómo ¡gran Dios! cómo hemos

de predicar paz? No; no hay paz posible; la paz en este caso es traición y apostasía; en estas circunstancias no cabe más que el grito de guerra, el grito de Julio II: ¡FUERA LOS BÁRBAROS! El grito de las Cruzadas, que es el mismo que estamos oyendo en estos días á nuestros fervorosos y valientes católicos: ¡A pelear por nuestra Religión! ¡DIOS LO QUIERE! »

Un lenguaje tan vigoroso, y cuya verdad, por lo que respecta á los hechos, estaba jurídicamente probada, no podía menos de desagradar á ciertas gentes y en ciertas regiones. El Gobierno Ecuatoriano llevó sus quejas á Roma, como si el señor Obispo de Pasto perjudicase los intereses católicos de aquella República; y la Santa Sede, cual prudente madre que pide al hijo bueno el sacrificio de callarse, aun cuando tenga razón, á fin de quitar al discolo todo pretexto de queja, dió á conocer al Sr. Moreno, por medio del Excelentísimo señor Delegado Apostólico, que sería conveniente abstenerse de todo lo que pudiera considerarse hostil á la República del Ecuador. *Con gusto de su alma* elevó el Ilmo. P. Ezequiel aquella indicación á la categoría de mandato; y sufrió, y devoró mil y mil sinsabores, sin volver á mentar para nada al jefe ni á los ministros ecuatorianos. Ya comprenderán nuestros lectores que es todavía muy pronto para que tomen estado histórico ciertos asuntos, de los cuales, detallada y documentalmente referidos, ha de resultar mucha gloria para nuestro biografiado.

No se le hizo advertencia alguna respecto de su modo de proceder en cuanto á los alientos que con sus enérgicas y caldeadas exhortaciones infundía en los defensores del orden y de la religión. Al efecto escribió su Pastoral de Cuaresma, correspondiente al año de 1901, tratando de las *varias maneras con que muchos de los que se*

llaman católicos ayudan y favorecen á los enemigos de la Iglesia. Recuerda aquella doctrina del *Americanismo*, condenada por el Soberano Pontífice León XIII, que dice: «Para atraer más fácilmente hacia la verdad católica á los disidentes, es preciso que la Iglesia se adapte á la civilización de un mundo que ha llegado á la mayor edad, cediendo de su antiguo rigor, mostrándose conciliadora con arreglo á las aspiraciones y exigencias de los pueblos modernos.»

Habla á continuación el Ilmo. Sr. Moreno de «ciertos católicos que aprecian y alaban á los *espíritus moderados*; á los que ponen en primer término la *tranquilidad pública*, aunque los pueblos vayan perdiendo la fe; á los que se conforman gustosos con los *hechos consumados*, con tal de no sacrificar las comodidades y bienes materiales, aunque los espirituales se pierdan. Esos católicos, añade, tolerantes, condescendientes, blandos, dulces, amables en extremo con los masones y furiosos enemigos de Jesucristo, guardan todo su mal humor para los que gritan ¡viva la Religión! y la defienden sufriendo continuas penalidades y exponiendo sus vidas».

¿Qué parte cupo al Ilustrísimo señor Obispo de Pasto en esta guerra? preguntábamos en los comienzos del presente capítulo; y vamos á contestar exhibiendo tan sólo tres documentos de los muchos que pudiéramos aducir. El Comandante General, Jefe de operaciones del sur, le escribía en Agosto de 1901: «Ilustrísimo Señor: En el grave empleo militar que ejerzo, después de haber agotado mi actividad, desde luego implorando el auxilio y asistencia de Dios, y con justa desconfianza de mis fuerzas, sólo me resta acudir á Su Señoría, Príncipe de la Iglesia de esta Diócesis y Pastor de la grey comprometida, para pedirle en favor de la causa del Gobierno el mayor apoyo posible. Estamos amenazados de los más

graves y ciertos peligros, y los pueblos y la opinión pública permanecen fríos é indolentes. Si Su Señoría, si el Clero secular y regular no alzan la voz, y en nombre de Dios y de la Patria no despiertan á estos pueblos, no sé lo que va á suceder: veo en la indolencia social un claro signo de muerte.»

Seis días después le dice: «Ilustrísimo señor: Os supongo instruído de los peligros que la rebelión, que bate ha cerca de dos años los muros de la sociedad Colombiana, ha creado á los pueblos que forman vuestra grey. Auxiliados por gobernantes extranjeros, sin fe y sin lealtad alguna, ensangrientan ya nuestras ubérrimas costas de Tumaco y Barbacoas y nuestros amenos campos de la línea fronteriza del Carchi, llenando de horror á nuestras pacíficas poblaciones, á quienes roban, asesinan y escandalizan con actos de sacrilegio y de salvaje agresión. Dejar que la sociedad sea presa del filibusterismo, y que caiga bajo el dominio de la barbarie más caracterizada, sería una cobardía de parte nuestra; y por lo mismo, tomadas ya las providencias que son de mi resorte, acudo á vos como á Pastor del rebaño amenazado por la bestia feroz de la rebelión, para que alcéis la voz poderosa del sentimiento religioso, y que la alce también el Clero secular y regular en defensa del orden social amenazado gravemente. Aunemos los esfuerzos, porque la rebelión no sólo intenta demoler las instituciones políticas existentes, sino suprimir el culto que rendimos á Dios los católicos, y abolir entre nosotros el dulce reinado de Jesucristo, Redentor de los hombres.»

Véase ahora la estimación en que tenía el ejército las exhortaciones del Ilmo. Sr. Moreno, y el efecto maravilloso que causaban en las filas de los leales. La última Pastoral que hemos citado, sirvió á los jefes católicos de

arenga militar, pues, dirigiéndose á las tropas y poniendo por epígrafe estas palabras: **Á TRIUNFAR Ó MORIR**, dice el General: «Se ha dejado oír la majestuosa cuanto elocuente voz de nuestro Ilustrísimo Prelado, tan necesaria en estos calamitosos tiempos de apocamiento de carácter y de vil apostasía. ¡Qué admirable sublimidad en los conceptos! ¡Qué sencillez tan encantadora en las frases que fluyen de sus evangélicos labios! Y á vosotros especialmente se dirige ¡oh invictos soldados de las huestes católicas! ¿Es la cruz quien tiende ahora sus brazos protectores á vuestra espada, ó es vuestra espada la que ha de cumplir el honrosísimo cargo, bien sea de triunfar de esos blasfemos salidos de los antros de Satán que tiranizan á la Iglesia ecuatoriana y huellan con sus inmundas plantas el territorio de Colombia, ó bien de morir al pie del adorable signo de nuestra redención? Pero, ¿quién ha de venceros si tenéis á Dios por guía y defensor? Que no en vano se llamaba El á sí mismo el **DIOS DE LOS EJÉRCITOS**. Guardad, pues, soldados cristianos, estas palabras de vuestro Pastor como oro en paño, y conservándolas en lo más profundo del alma, constituyan vuestra esperanza y vuestra fuerza. Tributemos todos, finalmente, las debidas gracias al Señor, que nos ha deparado un Varón fuerte, lleno de su espíritu, un avanzado centinela de nuestros sagrados derechos, é inflámense nuestros corazones leyendo la última parte de su reciente Pastoral, que textualmente transcribimos á continuación (1):

» ¡Animo, católicos de veras, y perseverancia en la lucha! No os dejéis engañar de los que hablan de una falsa paz. Para muchos el gran mal es perder esa falsa paz

(1) Copiamos tan sólo lo que nos parece más saliente de aquella hermosa Conclusión.

del egoísta y las ventajas materiales; para el buen católico el gran mal es perder la fe y ver que ésta desaparece de su tierra querida, del pueblo en que nació, acaso de los amigos del alma y de la familia amada de su corazón. Para el hombre que cree, ¿qué vale todo lo temporal, si ve en peligro los bienes eternos?—Combatimos por Dios, y el triunfo es nuestro, porque DIOS NO MUERE, como dijo el gran hombre, el orgullo de su nación, el mártir de la causa católica, el inolvidable García Moreno, cuyo solo recuerdo debe enardecer el pecho de todo buen católico y animarlo á defender la causa de Dios, especialmente en estas comarcas donde los hermosos rasgos de su ardiente fe se ven, se tocan y se palpan, y su sangre derramada por Jesucristo grita más de cerca y alienta á trabajar y luchar para que el Divino Redentor reine en las naciones.—No basta en las actuales circunstancias llorar sobre las ruinas de Jerusalén, como Jeremías; ni es suficiente orar entre el vestíbulo y el altar, según el consejo de Joel; ni es ocasión de sepultarse en las catacumbas para tributar á Dios nuestro culto; ahora es preciso imitar á los intrépidos Macabeos, y salir al campo y ponerse frente al enemigo para defender con valor los derechos de Jesucristo sobre las naciones, amenazadas por la fiera masónica.

»Salga al frente la gente entusiasta que grita con toda su alma ¡Viva la Religión! y que se lanza al combate limpia su conciencia, reforzada con los sacramentos, y llena de ardor por la defensa de su fe y de su patria; esto agrada y aplaca á Dios. ¡Animo, defensores armados de la fe! ¡Pelead de esa manera las batallas del Dios de los ejércitos!—No; no se nos mande callar, invocando una caridad falsificada que cuenta los males materiales de la guerra y no la multitud de almas que pierden la fe y

van cayendo á los infiernos con el reinado de la impiedad. ¿Callar cuando ruge la fiera, dando sacrílegos «muertas» á Nuestro Señor Jesucristo, y cuando le hace guerra cruel? ¿Callar cuando amenaza á los pueblos cristianos el mayor de los males? No; que callar en estas circunstancias sería cobardía y traición á Jesucristo. Seguid, buenos católicos, seguid gritando cada vez más fuerte: ¡A pelear por nuestra Religión! ¡DIOS LO QUIERE!»





CAPÍTULO X

Terminación de la guerra en los campos. — ¿Avenencias? — Avelino Rosas. — Pastorales. — Unión que debe haber entre los católicos. — Santa amplitud de espíritu. — Carta acerca de la paz. — Magnífica Pastoral en la Cuaresma de 1904. — Trata de los derechos de Jesucristo á reinar sobre todas las cosas. — Nuestro Santísimo Padre Pío X. — Lo que deben hacer los católicos para defender y sostener el reinado de Cristo.

TERMINÓ aquella sangrienta guerra después de más de tres años de brava lucha por una y otra parte, quedando por fin vencido al parecer, en los campos de batalla el liberalismo. Decimos *al parecer en los campos de batalla*, porque, como aseguró Uribe Uribe, y no sin razón, el triunfo diplomático resultó favorable para los liberales, ya que, según el Manifiesto de Poén, después del tratado ó pacto, *quedó en toda su brillantez el honor del Partido liberal, y la intransigencia cedió el campo á la tolerancia*, decía D. Benjamín Herrera. Ello es que debieron mediar promesas agradables á los que aparecían vencidos y no desagradables á los *prudentes*, según la carne, ó sea, á *ciertos católicos*, á quienes se refería el Ilmo. Sr. Moreno en la citada Pastoral, mientras que á los buenos católicos

amargó sobremanera el que tantos sacrificios, hechos por su parte y bendecidos y coronados por el Dios de los ejércitos, no produjesen todo el efecto de victoria que debieron producir.

No hemos de culpar por esto á todos los prohombres del partido conservador, ni acusar á este ni al otro (aparte de que no sabemos el peso de las circunstancias en el centro y norte de Colombia); sin duda se apoyó entonces la debilidad en altos pensamientos y nobles aspiraciones, por más que tales pensamientos fuesen tan equivocados como altos, y las aspiraciones tan funestas como nobles. Pretender servir al mismo tiempo y agradar á dos señores de opuestísimos caracteres es imposible; y aunque así lo afirman el Evangelio y la sana razón, hay quienes, llamándose cristianos y teniéndose por personas juiciosas, quieren realizar el absurdo. Nos olvidábamos de que nuestra misión no es aquí la de predicadores ni la de filósofos, sino la de meros biógrafos.

Es innegable, y lo decimos como biógrafos, que el principal empuje para la guerra venía del Ecuador. Ave-lino Rosas, General de los revolucionarios en el sur, escribía á Benjamín Herrera desde Quito, diciéndole:

«Desde mi llegada á ésta, tengo ofrecidos por el señor General Alfaro (Presidente del Ecuador) cinco mil rifles para la lucha sagrada de la revolución, hecho que nos impone el deber de marchar juntos, para que en ningún tiempo se comprometa en nada la generosidad y el patriotismo del gran caudillo Ecuatoriano, que es acreedor á nuestro reconocimiento y á la gratitud eterna del Radicalismo de Colombia.

»Sin más por ahora, soy del señor General su amigo y atento servidor

» A. ROSAS . . . »

El señor Obispo de Pasto se opuso cual muro impenetrable é inasaltable á todos los embates que procedían de la vecina República, y con sus continuos sermones, con sus Pastorales y Circulares, y con otros servicios, según lo permitía su carácter episcopal, en favor de las huestes católicas del sur, logró que éstas triunfasen en todos los terrenos. Cuando había algún peligro grave, ó se tenían noticias de que iba á librarse algún combate, hacía exponer el Santísimo Sacramento en alguna de las iglesias y uníase al pueblo para pedir á Dios el triunfo de la buena causa. De los fondos disponibles adelantó á las tropas del Gobierno más de once mil pesos fuertes, de que por cierto no consiguió reintegrarse; ni sería inoportuno transcribir aquí el siguiente telegrama:

«Ipiales, 5 de Junio de 1900.»

»ILUSTRÍSIMO SEÑOR OBISPO-PASTO:

»Debemos á la bondadosa beneficencia de Vuestra Señoría Ilustrísima el breve desahogo en la situación que afligía á esta fuerza pública, ya que penetrado de lo urgente de la necesidad, accedisteis á nuestra petición. Como resultado se obtuvo la consignación de la suma de dos mil cuatrocientos ochenta pesos. Por todo damos á Vuestra Señoría Ilustrísima nuestros cordiales agradecimientos.»

El General Jefe de Operaciones,

LUCIO VELASCO

El General de Estado Mayor,

GUSTAVO S. GUERRERO

El éxito de aquella guerra, favorable para el Gobierno, se debió en el sur, más que á ninguno de los generales, á pesar de su bravura y pericia, al Ilmo. Sr. Moreno.

Si el resultado hubiera sido adverso, ya sabía el Reverendísimo P. Ezequiel, sin que le arredrase, lo que le esperaba: desde luego la salida de Pasto, probablemente de Colombia, y... ¡quién sabe! Díjose que el liberalismo daba por tan segura la victoria, que ya había decretado las proscripciones y hecho el reparto del Palacio episcopal y de las casas de los más significados Conservadores. Todo eso y mucho más tenía descontado quien sólo obraba á impulsos de su amor á Dios y á las almas, sin que en el cumplimiento de sus deberes le detuviese nada ni nadie.

Era de esperar que con el triunfo de la buena causa, descansara ya algún tanto el Ilmo. P. Moreno; mas no fué así. Las corrientes de inteligencias entre católicos y liberales, insinuadas al principio de este Capítulo, fueron para su corazón motivo de disgustos más hondos. A evitar aquel grandísimo peligro de contagio para las almas se dirigieron sus Pastorales de Cuaresma en los años de 1902, 1903 y 1904. Trata en la primera *de la unión que debe haber entre católicos, y cómo y para qué debe hacerse*. Recuerda «el pensamiento que Nuestro Señor Jesucristo expresó en estas palabras: *¡Oh Padre! Os pido que mis discípulos no sean sino una misma cosa, así como Vos y Yo somos uno, para que crea el mundo que Vos me habéis enviado*. Los primeros cristianos, añade, realizaron ese pensamiento del Divino Redentor, según la Sagrada Escritura, que dice: *Era uno el corazón, y una el alma de la muchedumbre de los creyentes*. (Act., IV, 32.) Procuremos también nosotros esa dulce y hermosa unión basada en la misma fe.

»Si Jesucristo vino á unir á los hombres con el dulce vínculo de la caridad, el demonio trata de desunirlos con el amargo odio. Satanás es el que atiza el fuego de la

discordia y el que hace que se prolonguen indefinidamente disensiones que parece debieran concluir muy pronto, atendiendo á que las principales personas que figuran en esas divisiones han dado pruebas, por largos años, de talento y de sensatez. — No se quiere ceder en resoluciones ya adoptadas, pero relativas á cuestiones secundarias, en las que se podría ceder y se debería ceder en favor de las cuestiones fundamentales. Los que así se conducen, deberían meditar seriamente y llegar á convencerse de que, lejos de sufrir menoscabo alguno la energía de su carácter, que rechaza el ceder y el que se diga *cedió*, se manifiesta, por el contrario, más vigorosa, sometiéndose voluntariamente á la fuerza moral de las exigencias apremiantes del bien público.»

Este lenguaje del Ilmo. P. Ezequiel es evidente prueba de la santa amplitud de su espíritu, que muchos tenían por estrecho y de absoluta intransigencia para todo. Claro es que en la *Unión* á que se refiere la Pastoral, habían de entrar solamente los verdaderos católicos, cualesquiera que fuesen, por otra parte, sus apreciaciones en cuanto á política *secundaria*, mas no en cuanto á política *fundamental*. En ésta entra de lleno el *liberalismo* por ser un sistema de gobernar opuesto á las enseñanzas de la Iglesia; sin que haya ningún liberalismo religiosamente bueno, ya que hasta el consentido, no sin muchas restricciones, por el Sumo Pontífice León XIII en la Encíclica *Libertas*, en caso de tener existencia real, debería adoptar otra denominación que la de *partido liberal*, ó liberalismo, por lo sospechoso y desprestigiado que entre los buenos católicos se halla semejante mote ó empresa, como recordábamos en el Capítulo IV de esta Segunda Parte.

El Rmo. P. Moreno era intransigente respecto de la doctrina, pero no en cuanto á los procedimientos. Re-

unióse en una población de Colombia una Junta ó Conferencia de varias personas eclesiásticas, y entre ellas el Ilustrísimo señor Obispo de Pasto. «Al tratar, nos dice el que por escrito nos facilitó la noticia, al tratar sobre el modo que convenía usar con los llamados liberales, si era más ventajoso ir á ellos de frente en la forma que siempre lo hizo el P. Ezequiel, ó bien de una manera velada, indicó otro insigne Prelado que lo segundo le daba á él mejores resultados. A esto contestó el P. Moreno las siguientes palabras, que indican su grande amor á Dios Nuestro Señor y á las almas, y dicen también que, á pesar de haberle enseñado la experiencia que los paños calientes ningún efecto producían en esta clase de enfermos, sin embargo, no pretende imponer su pensamiento, sino que, fija su mirada en Dios y en las almas, prescinde de su juicio y buscando sólo la gloria divina, *Ilustrísimo Señor*, le dice: *Los Obispos nada debemos pretender sino llevar almas á Jesucristo; si Su Señoría salva más almas obrando así, siga en esa forma, ya que procediendo de ese modo consigue el fin de nuestra misión.*»

Describe el Ilmo. Sr. Moreno, con la verdad y vigor que acostumbra, los fines y medios del liberalismo, y dice en la Pastoral de que hablábamos: «Pretenden los enemigos de Jesucristo que las naciones prescindan de El, quitándole todo derecho en la organización social. Los diversos grados del liberalismo sólo son diversos modos más ó menos acentuados de quitar derechos á Jesucristo en la sociedad, y el liberalismo absoluto es la absoluta supresión de esos derechos.—Se esfuerzan esos enemigos por secularizar el Estado, la legislación, la enseñanza, la religión, la moral, las fiestas, la beneficencia, el matrimonio, el nacimiento, la misma muerte, y aun la sepultura del hombre; en todo y para todo quieren

prescindir de Jesucristo y de su Religión. — Esas aspiraciones de los enemigos de Jesucristo señalan lo que han de hacer los católicos. Deben sostener los derechos de Jesucristo donde aun son reconocidos, y restaurar esos derechos donde hayan sido conculcados. Deben luchar contra todos los errores político-religiosos, que tantos daños causan á la Iglesia y á la sociedad, hasta que lleguen á destruirlos. — Hoy, entre nosotros, la revolución ha escogido el campo de batalla para la lucha (en las elecciones); y en ese campo deben también luchar unidos los buenos católicos, *vigilando mucho no entren en las filas falsos hermanos que sirvan al enemigo y faciliten su triunfo.*

»Unanse, concluye, los que no se han dejado seducir, ni por sofismas que ilusionan, ni por ejemplos que arrastran, y firmes en sus creencias, alzan resueltamente la bandera del Catolicismo, pero hermosa, limpia y sin la menor mancha de error liberal, y la tienen desplegada enfrente del enemigo, resueltos á defenderla á costa de su sangre y de su vida.»

En la Carta dirigida al Clero y fieles de la Diócesis con motivo de la Cuaresma de 1903, *explica qué es la paz, dónde se puede encontrar y cuán inútilmente se espera de las modernas libertades.* «Todos los teólogos, dice, con Santo Tomás, han adoptado y hecho suya la definición que dió mi Gran Padre San Agustín de la paz, en su monumental obra de *Civitate Dei*, libro XIX, cap. XIII, *La paz es la tranquilidad del orden.* Cuando una cosa está ordenada, se halla en paz; y ésta desaparece cuando no hay orden. Entra, pues, en el concepto *paz* no sólo la idea de orden, sino también la idea de resistencia á todo elemento ó agente que intente perturbar el orden. El origen y fundamento del orden es Dios, Creador de

todas las cosas, el que señaló sapientísimamente á cada una el lugar que le corresponde según su divino querer. Así la manera de conseguir la paz es unir nuestra voluntad con la voluntad de Dios.

»Ahora bien; las modernas libertades, no sólo no nos sujetan á la voluntad divina, sino que tienden á emanciparnos de ella, y, por consiguiente, á colocarnos en el desorden y á quitarnos la paz. Los defensores y propagadores de esas libertades no cesan de repetir que «no » debe haber otra autoridad que la propia razón, y que » hay que abolir la fe, porque la humilla, y acabar con la » Iglesia, porque la oprime. El progreso rechaza las tra- » bas de las religiones positivas, aclama la razón emanci- » pada, y hace desaparecer los dogmas revelados». — Si, pues, es claro que esas libertades nos apartan de Dios, es también claro y evidente que nos apartan del orden y de la paz. Puede decirse que llevan en sí mismas la negación de la paz; porque son rebelión contra el orden.»

Demuestra luego el docto y celosísimo Prelado que *no es posible la paz entre el liberalismo y el catolicismo*; alude al Manifiesto dado en Poén (Panamá) á la conclusión de la guerra, expresando el regocijo que al partido liberal había causado el pacto; recuerda el famoso artículo «Puente sobre el abismo» y cita lo que un periódico decía hablando de las inteligencias entre ambos partidos en estos términos: «Los conservadores, guardianes de creencias salvadoras que retiemplan el alma en las horas de la prueba, se confundirán con los verdaderos liberales, y su unión será fuente de prosperidad para todos, y resultado de una política grande y noble. Dejemos las creencias aparte. Si los liberales no creen, tendrán para ello tanto derecho como los conservadores para creer. No critiquemos ni á los que creen ni á los que no creen.

»Resulta de todo, que existe muy marcada esa tendencia hacia la unión del liberalismo y catolicismo, y el deseo de que anden juntos, y que juntos gobiernen, que es el *gran peligro* que denunciamos, porque el liberalismo es desorden por esencia, y no puede dar paz.— Los verdaderos católicos deben negar muy alto y en absoluto que el error y el vicio tengan derecho alguno de ponerse al lado de la verdad, y deben rechazar toda componenda en ese sentido. La responsabilidad alcanzará tremenda y pavorosa á los que buscan esas componendas, pero también á los apáticos, á los cobardes, á los que se ocultan, á los que se cruzan de brazos, á los que tienen más cuenta con su amor propio, interés de bando ó comodidad personal, que á los supremos derechos de Dios y á la salvación de la Patria, que sólo puede gozar de verdadera paz sirviendo á Jesucristo y practicando en todo sus doctrinas.»

Son buenisimas todas las Pastorales que el Ilustrísimo Sr. Moreno escribió; sin embargo, excede á todas por lo muy ordenado del plan, por la claridad de los conceptos, por lo hermoso de la forma y por el nervio de la argumentación, la que publicó al principio de la Santa Cuaresma de 1904. La sola enunciación de los asuntos lógicamente eslabonados, nos dice cuánta es la importancia de esa Carta que viene á ser como la síntesis de todas las suyas. *Trata de los derechos de Jesucristo á reinar sobre todas las cosas; de lo que es ese reinado con relación al Estado; de la guerra que hace á ese reinado el liberalismo; de los destrozos que causan en él algunos que se llaman católicos; y de lo que deben hacer los católicos verdaderos para defenderlo y sostenerlo.*

Había publicado nuestro Santísimo Padre Pío X su primera Encíclica, en la que declara que su único propó-

sito en el ejercicio del Supremo Pontificado era *restaurar todas las cosas en Cristo, para que Cristo sea todo, y en todas las cosas*. Respondiendo á la confianza que el nuevo Jerarca de la Iglesia pone en que le auxiliarán todos los Prelados, deduce de irreprochables premisas que «Jesucristo, Rey de Reyes y Dominador de los que dominan, tiene derecho á reinar *en toda tribu, toda lengua y toda nación* (Apoc., V, 9). Nada está exento de su dominio, y debe reinar en los individuos, en las familias, en los pueblos, en las naciones, en las leyes y en las costumbres. Todo debe estar informado por su doctrina, y ella debe ser el fundamento de todo».

Desarrolla luego el breve pero substancioso estudio de *el reino de Jesucristo ó su Iglesia* (porque la Iglesia es una cosa con Jesucristo y participa de sus poderes y autoridad), *con relación al Estado*. «Es indudable, escribe, que Jesucristo, si quisiera, podría gobernar las naciones todas, aun en lo temporal, porque El es el *Autor y Dueño* de cuanto tiene ser; é indudable también que pudo y puede dar á la Iglesia los mismos derechos; pero determinó otra cosa; quiso dejar á los príncipes de las naciones el poder temporal, reservando sólo para sí el reino espiritual y todo lo que con él se relacione, porque quiere ejercer también su autoridad en las cosas temporales, en la medida que lo exijan los intereses de su reino espiritual, ó sea su plan divino de la salvación de las almas; y en esto es la *Iglesia superior al Estado*, que debe honrarla, respetarla, apoyarla y defenderla en la obra salvadora de propagar la fe, mejorar las costumbres y aliviar á los desgraciados.

»El liberalismo sienta doctrinas contrarias á las que acabamos de exponer sobre el reinado de Jesucristo y supremacía de la Iglesia sobre el Estado en las cosas de

la Religión, y en todo cuanto atañe á la salvación de las almas.—No quieren esos hombres que llevan el racionalismo á la práctica, no quieren que Jesucristo reine. Algunos, no todos, llegarían á tolerar que á Jesucristo se le dejara un puesto en la conciencia del individuo, y aun en el hogar y en la familia, pero su *reinado social* no lo pueden sufrir en manera alguna. Es preciso, dicen, librar de la dirección de la Iglesia al Estado, y secularizar su legislación, su política, su enseñanza y toda su administración. Las ciencias filosóficas y morales, y también las leyes civiles, pueden y deben apartarse de la ley divina y eclesiástica.» (Syllabus, prop. 22.)

Después de indicada así *la guerra que hace el moderno liberalismo al reinado y derechos de Jesucristo y su Iglesia*, habla de los *destrozos que causan en el reino de Jesucristo algunos que se llaman católicos*, y dice: «El liberalismo radical rechaza á Jesucristo en absoluto; el liberalismo moderado también lo rechaza, según los grados de error que admite; pero no hubieran llegado á lo que han llegado en su obra de iniquidad, sin la cooperación de ciertos católicos, que no llevan el nombre de liberal, y, sin embargo, son liberales, ó resabiados de liberalismo, ó transigentes, por lo menos con él.» Y citando palabras del santo Pío IX, escribe: «Así como no es posible la conciliación entre Dios y Belial, tampoco es posible entre la Iglesia y los que meditan su perdición. Sin duda es menester que nuestra firmeza vaya acompañada de prudencia; pero no es menester igualmente que una falta de prudencia nos lleve á pactar con la impiedad... No; seamos firmes; nada de conciliación, nada de transacción con hombres impíos, nada de transacción vedada é imposible.»

Viniendo á lo que deben hacer los católicos para defender y sostener el reinado de Cristo, exclama: «Estamos sufrien-

do el peso de grandes desgracias; se cierne sobre nuestras cabezas espantosa catástrofe; el error va ganando terreno; la fe, la verdadera fe, va desapareciendo, y corre peligro de desaparecer donde aun vive: y, sin embargo, del mismo campo católico se levantan y salen voces, con intención de que lleguen, sobre todo, á los Vigilantes de la casa de Israel, para decirles: ¡Silencio!... Esa palabra, en los tiempos que atravesamos y peligros que nos rodean, nos llena de pavor y espanto, porque nos representa al vivo el silencio de los muertos. — ¡Silencio!... Es lo que desean los enemigos de la Iglesia y de nuestra fe, sobre todo en los Pastores de la cristiana grey, para que cunda y se extienda el vicio, y se olvide la verdad, y queden los derechos más sagrados sin quienes los defiendan. Pero, por lo mismo que se trata de intereses tan altos y vitales, es imposible el silencio, y es necesario hablar claro, para que la verdad se abra paso y tome posesión de las inteligencias, y los fieles triunfen del error, tan insolente hoy por las consideraciones que se le tienen, tan atrevido y pujante por los favores que se le conceden, y tan endiosado y altivo por los honores que se le dan. — Los tiempos son de lucha; se libra tal vez entre nosotros el último combate entre la verdad y el error; entre los que nada creen y mueren sin esperanza, y los que vivimos alentados por la fe, y esperando una inmortalidad gloriosa y feliz. En trance tan supremo, todos tenemos el deber de salir á la defensa del reinado de Dios sobre nosotros, porque sería escandalosa cobardía no hacer nada.

»Para estar al lado de Jesucristo en estos tiempos, es preciso luchar, sufrir y estar dispuesto á todo: venga la lucha, venga el sufrimiento, venga el martirio, pero que reine Jesucristo. ¡Dichosos los que suben con Jesucristo

hasta el Calvario, y allí rinden sus vidas defendiendo la verdad y anatematizando el error!

»Reina, Señor, en esta atribulada Nación, donde todavía hay tantos que te buscan, que te confiesan, que te adoran y te aman; y perdonando sus faltas, haz que seas honrado en la vida política y en la doméstica, en los Congresos y Asambleas, en los Concejos y Tribunales de justicia, en el templo, en las calles y en todas partes.

»¡SEÑOR, VENGA Á NOS TU REINO!«





CAPÍTULO XI

Tristes consecuencias de la guerra. — Hecho que parece inverosímil. — En Pasto no se alteró la paz. — Visita Pastoral. — Imposición del palio al señor Arzobispo de Popayán. — Jubileo de fin de siglo. — «Instrucciones al Clero». — La ciudad de Alfaro y Casanare. — El Ilmo. Sr. Casas. — Su libro «Enseñanzas de la Iglesia sobre el liberalismo». — Disconformidad del Sr. Moreno con la Segunda Parte de aquella obra. — Juiciosa carta del Excelentísimo señor Delegado Apostólico. — El Caquetá. — Defensa de los Misioneros.

ESPANTOSA fué la última guerra civil de Colombia, en la que, sin darse cuartel y derramando no pocas veces inocente sangre de niños y mujeres, se ensañaron bárbaramente hermanos contra hermanos. Hízose por fin la paz y se firmó en Panamá á fines de 1902; y si bien los liberales aparecían como vencidos, no pudo decirse allí el *vae victis*, pues, como dijo uno de los suyos, los vencidos en los campos de batalla resultaron vencedores en las regiones de la diplomacia.

En el territorio de Pasto había terminado la guerra un poco antes, porque la muerte del revolucionario Ave-lino Rosas fué también allí la del ejército enemigo, quedando solamente algunas partidas sueltas y sin importan-

cia. Una de las primeras victorias conseguidas durante aquel desastroso período por los insurrectos acaeció en Ipiales; pero aquel triunfo se tornó en la más vergonzosa de cuantas derrotas leemos en historias sagradas y profanas. Apoyados los revolucionarios por tropas de línea del Ecuador, tomaron la ofensiva contra los conservadores que huyeron luego á la desbandada; lo cual visto por las mujeres de Pupiales, pueblo poco distante de Ipiales, resolvieron salir llevando por delante un corneta desertor, vestidas todas de sayas coloradas (follados llaman en el sur de Colombia), se situaron en los cerros próximos á Ipiales, y que dominan el campo del combate, comenzaron á desplegarse dando vivas al general Velasco y haciendo que el corneta tocase *á la carga*. Esto bastó para que el ejército enemigo huyera aterrorizado, siendo tal el pánico que, entrando en el Ecuador y sin parar en Tulcán, continuaron su veloz carrera hasta Ibarra. Dios Nuestro Señor (añade la fidedigna persona que refiere este episodio al parecer inverosímil) se valió de este medio para salvar al sur de Colombia, como se valió de la timidez de Rosas cuando éste no se atrevió á pasar un riachuelo la primera noche de su triunfo, por lo que fué derrotado y muerto al día siguiente.

El misericordiosísimo Jesús, accediendo á los continuos ruegos del virtuoso Prelado y de otras muchas almas buenas, no permitió que en Pasto se alterase la paz. En una de las Cartas que el Ilmo. P. Ezequiel dirigió á España, decía: «Yo he pasado por aquí tres años rodeado de enemigos por todas partes, é incomunicado por completo con el mundo. Sin embargo, en esta población no se oyó un tiro en toda la guerra. Netamente católica en su gran mayoría, no se atrevió el enemigo á acercarse; pero siempre había que sufrir al tener noticia de tantas

desgracias que ocurrían por unas partes y por otras, y aun cerca de aquí, en mis pueblos. Además de los muertos en los combates y saqueos, se cometían por los liberales sacrilegios inauditos en iglesias, en imágenes, en sacerdotes, en todo lo que es santo y digno de respeto. Excuso decirle que si me hubieran cogido, no le escribiría esta carta. Hubiera sido mucha gloria para mí morir á manos de los enemigos de nuestro buen Jesús; pero conozco que no merezco tanto, y no sucedió.»

Por motivo de la guerra no pudo continuar la Visita Pastoral de la Diócesis con la regularidad que él deseaba, si bien la hizo en varias Parroquias. Copiando la relación del ya difunto P. Aviñonet, dijimos en el Capítulo VI que á fines de Agosto de 1896 salió el Ilmo. Sr. Moreno para la visita de la Costa del Pacífico, provincia de Núñez, y que invirtió en su Apostólica tarea más de tres meses. En los primeros de 1897 reanudó su labor yendo á los pueblos de los distritos de Obando, Túquerres y Pasto, haciendo en todos y cada uno de aquellos pueblos lo que había hecho en los de la Costa: confesar, confirmar, predicar y atender al remedio de todas las necesidades espirituales y, en cuanto le era posible, al de las temporales. Al dar cuenta en Roma del *Estado de su Iglesia*, decía: «Este es el segundo año de mi llegada á la Diócesis, y ya he visitado la mayor y más difícil parte de su extensísimo territorio» (1).

Volvió de Roma en el primer tercio de 1899 dedicándose, desde luego, á terminar la primera Visita y dió principio á la segunda, interrumpida, según hemos dicho, por las circunstancias de la guerra. A pesar de ésta, intentó

(1) «Secundus hic, a meo adventu in dioecesi annus est, et jam majorem et difficiliorem partem hujus extensissimae dioecesis visitavi.» (*Relatio Status Ecclesiae Pastopolitanae.*)

hacer, en 1901, un viaje á la capital de la República, por creerlo muy necesario para el bien de la Diócesis. Era tan animoso que, mediando intereses espirituales, nada le arredraba, y emprendió efectivamente el largo y peligrosísimo viaje; pero después de cinco jornadas, obedeciendo á consejos de su Metropolitano, tornóse á Pasto desde El Bordo para esperar mejor coyuntura.

Designado por la superioridad Eclesiástica para que impusiese el palio al Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo de Popayán, hizo las siete jornadas que separan aquella población de la de Pasto, y desempeñó su cometido el día 29 de Junio de 1902, aprovechando la vuelta en visitar varias parroquias. En una de éstas se hallaba cuando supo el fallecimiento del Ilmo. Sr. Schumacher, acaecido en Samaniego; y ya que no pudo asistir al entierro, fuése á Pasto, á fin de celebrar las honras fúnebres de tan querido y venerado Hermano.

Bien se ve que el Ilmo. P. Ezequiel no estuvo ocioso durante la guerra, antes bien redobló sus trabajos, ya para coadyuvar eficazísimamente al triunfo de la causa católica, ya para el desempeño de sus funciones episcopales.

Entre éstas fué para él de mucho agrado la preparación y celebración del plenísimo Jubileo concedido por Su Santidad el Papa León XIII con motivo de finalizar el siglo XIX y dar principio al XX. Gran consuelo tuvo el Ilmo. Sr. Moreno al ver que toda la ciudad de Pasto respondió á la invitación del Sumo Pontífice y á los llamamientos del Prelado, practicando de edificante manera lo que se preceptuaba para ganar la indulgencia, y asistiendo á la Misa Pontifical que en la plaza Mayor se celebró á las doce de la noche del 31 de Diciembre de 1900, cuyo solemnísimo acto fué realzado por la muy nutrida Comunion general dada por el mismo señor Obispo.

Si siempre fué el Rmo. P. Ezequiel vigilante Pastor y celoso Maestro, aviváronse su vigilancia y celo en aquel período de mayor peligro, como fué el período de la guerra. Sus ideas, perfectamente definidas y ajustadas á las enseñanzas de la Iglesia respecto del Liberalismo, le obligaban á ser intransigente y aparecer hasta duro en todo cuanto teórica ó prácticamente se refería á la doctrina. Los sucesos mismos que presenciaba en aquellos tres aciagos años le confirmaban en sus convicciones, sin que su conciencia le permitiera dejar pasar por alto nada de lo que él creía que pudiese perjudicar en lo más mínimo á la salvación de las almas que le estaban encomendadas. Decimos esto á propósito de las *Instrucciones al Clero de su Diócesis, sobre la conducta que han de observar con los liberales en el púlpito y en algunas cuestiones de confesonario*. El opúsculo está fechado el 8 de Diciembre de 1902, y fué motivado por la obra *Enseñanzas de la Iglesia sobre el liberalismo*, escrita por el Ilmo. Sr. Casas, Vicario Apostólico de Casanare, y natural de la ciudad de Alfaro.

Hicimos notar en el capítulo VIII de la Primera Parte ciertas relaciones Providenciales entre la católica ciudad de Alfaro en España y la labor evangélica de algunos Misioneros en la cristiana Colombia. De Alfaro fué natural el infatigable y primer restaurador de las Misiones en Casanare, el P. Fr. Salvador de San Miguel; en Alfaro nació el venerado Sr. Moreno; en Alfaro vió la luz el P. Anacleto Jiménez de la Virgen del Burgo, el primero de los Padres Recoletos que en esta segunda época de la predicación de los nuestros, víctima de sus apostólicas empresas, sucumbió en edad temprana, cuando su celo comenzaba á dar hermosos frutos, prometiéndolos en mayor abundancia. Su muerte, acaecida en Ráquira el 14 de Octubre de 1895, fué llorada por todos, según

puede verse en los *Apuntes* del R. P. Santiago Matute. Otro hijo de la ciudad de Alfaro, varón digno de grandes elogios por sus virtudes y por sus talentos, y que prestó valiosos servicios al Catolicismo en Colombia, fué el Padre Nicolás Casas de la Virgen del Carmen, cuyo nombre aparece ya en capítulos anteriores de este pequeño trabajo. Era Lector ó Profesor de Filosofía en Monteagudo, mientras el P. Ezequiel fué Rector de aquel Colegio. Paisanos y casi contemporáneos, uno y otro se amaban santamente, y cuando el P. Moreno se alistó en la primera Misión que de España salió con rumbo á Colombia, le hubiese acompañado el P. Casas si la escasez de profesores en nuestro citado Colegio no lo hubiese impedido. Tan luego como pudo obviarse aquella dificultad, partió el P. Nicolás para América, sucedió al P. Ezequiel en el Provincialato y después en el Vicariato Apostólico. El ambiente malsano de Casanare, junto con el excesivo trabajo episcopal, agravado por la guerra, en que tanto sufrieron el Obispo y demás misioneros de aquel territorio, convirtieron muy pronto la robustísima naturaleza del Ilmo. P. Casas en esqueleto ambulante, y, sin tardar mucho, en esqueleto yacente, pues murió con la preciosa muerte de los justos en Bogotá, el día 5 de Abril de 1906, á los cincuenta y dos años de su edad.

Fué siempre el Sr. Casas, al igual que el Ilustrísimo P. Moreno, acérrimo debelador de todo liberalismo, y escribió siendo Obispo la obra magistral *Enseñanzas de la Iglesia sobre el liberalismo*, libro de gran resonancia en América y en Europa y que mereció alabanzas de todas las publicaciones católicas. Consta la obra de dos partes, la una doctrinal y la otra práctica. Parece que el plan del autor se limitaba á la primera; pero siguiendo después consejos de personas muy respetables, escribió también

la segunda. Al señor Obispo de Pasto, entusiasta admirador de la parte doctrinal, no agradó por completo la práctica, y dió á luz las citadas *Instrucciones*.

En ellas dice: «Someto á la corrección de la Santa Sede cuanto digo en esta obrita, y estoy dispuesto, contando con la divina gracia, á todo lo que disponga», y escribe luego este *á modo de prólogo*: «Personas eclesiásticas muy respetables, unas por el elevado puesto que ocupan en la Iglesia, otras por su larga experiencia en el ejercicio del ministerio apostólico por los pueblos de esta República, y todas ellas por su ciencia y virtudes, nos habían manifestado que no estaban conformes con algunas opiniones emitidas en un libro que había salido á la luz pública, titulado *Enseñanzas de la Iglesia sobre el liberalismo*, acerca de la conducta que hay que observar con los liberales en ciertos puntos del confesonario. Todos, sin embargo, tributan elogios al ilustre autor de dicha obra, en todo lo que ha escrito referente á doctrina sobre el liberalismo y sus errores.

»Ese parecer unánime de tantas personas distinguidas vino á confirmar el juicio que habíamos formado sobre los mismos puntos de práctica y á alejar el recelo é inquietud que pudiera haber producido en nuestro espíritu la consideración de que aquí, en esta Diócesis, no habíamos obrado conforme opina el autor de las *Enseñanzas*.

»Especialísimo es el cariño que profesamos al expresado autor, por muchísimas razones, que él, mejor que nadie, comprende; pero, á pesar de eso, al considerar las razones de conveniencia al bien común que se nos daban, y las instancias que se nos hacían para que escribiésemos algo sobre el particular, pensando que se trataba de un asunto que está muy por encima de los afectos del cora-

zón hacia personas queridas, nos resolvimos á escribir estas *Instrucciones*; y una vez escritas, las mandamos imprimir, no para repartirlas inmediatamente, sino para facilitar su lectura y su estudio á las personas á quienes íbamos á pedir imparcial y franco parecer, fundado sólo en el deseo de buscar la verdad, la mayor gloria de Dios, bien de la Santa Iglesia y salvación de las almas.

»Tuvimos verdadero deseo de dirigirnos á todos los señores Obispos de Colombia, nuestros amados Hermanos, que son los que mejor nos podían decir qué son aquí, en Colombia, los liberales que el autor de las *Enseñanzas* llama materiales, y cómo cooperan á las obras funestas del liberalismo nefando, que es sobre lo que versan las cuestiones que tratamos; pero en la imposibilidad de realizar nuestro deseo, por la falta de correos á causa de la guerra, nos entendimos solamente con nuestro dignísimo Metropolitano y con el Ilustrísimo señor Obispo de Garzón. Mandamos á cada uno un ejemplar impreso de las *Instrucciones*, y el resultado ha sido el que se desprende de las dos aprobaciones que ponemos á continuación. Satisfactorio es considerar que los Prelados de esta provincia eclesiástica de Popayán pensamos lo mismo, y que vamos á obrar con uniformidad en las cuestiones que se tocan en esta obrita, y sobre las que tanta discordancia ha habido en otras partes.»

Ambos Obispos, el de Pasto y el titular de Adrianópolis, deseaban que Roma decidiese estas cuestiones prácticas, para observar escrupulosamente lo que allí se determinase. Uno y otro consultaron al Excelentísimo señor Delegado Apostólico, que dió al Ilmo. P. Ezequiel esta juiciosa respuesta: «Cuando tuve el gusto de recibir su opúsculo *Instrucciones*, ya me lo había dado á leer el Ilmo. Sr. Rojas, de paso por Bogotá. En ese tiempo

el R. P. Cornejo (de la Orden de Predicadores) había escrito también una disertación, impugnando al Ilustrísimo P. Casas. Pensé que como la controversia existía entre personas de virtud, que al triunfo del amor propio prefieren el de la verdad, podrían obtenerse aclaraciones y rectificaciones hasta llegar á un acuerdo, y pensé que este método sería mucho más eficaz que una conferencia verbal. El Ilustrísimo señor Arzobispo de Popayán habrá escrito á Vuestra Señoría sobre el particular y le habrá comunicado unas notas aclaratorias del Ilmo. P. Casas. Este Prelado, pasando de las generalidades, ha escrito además del liberalismo limitándose á Colombia. Cuando este trabajo esté concluído, piensa el Sr. Casas que lo envíe á Roma. Así lo haré; pero dudo que este envío tenga resultado, porque es evidente que la cuestión actual no es de doctrina, es decir, que no se polemiza acerca de la premisa mayor del silogismo que la Santa Sede ha dejado perfectamente sentada en tantas declaraciones y cartas, sino del hecho mismo de la profesión en Colombia de los principios liberales, es decir, de la menor del silogismo. Siendo esto así, los que están más en el caso de aclarar este hecho son los Obispos, porque están más en contacto que la Santa Sede con la realidad de las cosas.»

Sin duda, la nota aclaratoria á que se refiere el Excelentísimo señor Delegado no satisfizo al Ilmo. Padre Ezequiel, pues escribió, aunque sin publicarla, una extensa réplica, la cual trajo consigo al venir á España en 1905, y pocos días antes de su muerte, ignorante de la del Ilmo. P. Casas, hizo rasgar aquel escrito. El veterano en las lides contra el liberalismo admiró el talento del nuevo defensor de la fe católica, y éste confesó que el

señor Obispo de Pasto, atendidas las circunstancias de su diócesis, había obrado perfectamente al dar á su Clero las *Instrucciones*. Los dos Prelados buscaron la gloria de Dios, se amaron en la polémica como antes y después de ella, y se aman ahora en el cielo, ya que ambos fueron servidores de Dios, y en ese servicio perseveraron hasta exhalar el último aliento.

Gran servicio prestó nuestro ilustre biografiado al Catolicismo y á la civilización, trabajando con ahinco y feliz éxito en favor de los moradores del Caquetá. Este territorio, parecido al de Casanare, con el que confina, pertenece á la Diócesis de Pasto, y tiene una extensión de más de cuatro mil quinientos miriámetros cuadrados, con una población de cincuenta mil infieles y unos siete mil cristianos. Al dar cuenta el Ilmo. P. Ezequiel del *Estado de su Diócesis* decía á la Santa Sede que, aquellos siete mil fieles, si bien estaban bautizados, yacían en las tinieblas de la ignorancia por falta de sacerdotes. Para atender á la ilustración de esas almas, conversión de las de infieles y salvación de todas, proponía que se crease un Vicariato Apostólico, como se había creado el de Casanare. Fué atendida en Roma la justa petición, y creóse la Prefectura de Caquetá, confiada á los Reverendos Padres Capuchinos, que han trabajado y trabajan con ardor seráfico en aquel extensísimo campo.

Surgieron después dificultades por parte de algunos ambiciosos que en el pueblo de Sibundoy oprimían contra toda justicia á los pobres indios. Pusiéronse los Capuchinos de parte de los inocentes, procurando por vías pacíficas que se reconociese el derecho de éstos á ciertos terrenos, pleito ya fallado por la autoridad competente en favor de los indios. Los ambiciosos llevaron

su venganza hasta calumniar horriblemente á los misioneros, saliendo á su defensa con su acostumbrado denuedo y con santa indignación el valeroso Obispo.

Se dirige *A los buenos católicos* y pregunta: *¿Qué hay sobre los ruidosos crímenes de Sibundoy?* «Lo que hay, contestó él mismo, es que esos crímenes son verdaderamente horriblos por ser de consecuencias eternas; son feos como el diablo que los inspiró, y negros como el infierno donde se fraguaron. Era necesario hablar, y vamos á cumplir con ese deber.

»No hace mucho tiempo que Satanás reinaba como dueño absoluto en aquel pueblo y en todos los del Caquetá, y sin que nadie se le opusiera ni estorbara, perdía á las almas y las llevaba al infierno, donde hay tormentos eternos, mal que pese á muchos. ¿Quién puede explicar lo que es perderse un alma para siempre? ¡Ah! sólo los que tienen una fe viva y ponderan en profunda meditación el precio que dió Jesucristo Señor Nuestro por un alma, llegan á comprender algo, nada más que algo, de lo que es perderse una alma para siempre. ¡Y cuántas almas se perdían en el territorio del Caquetá! Dios Nuestro Señor, que no quería que se perdieran más, nos inspiró un remedio; y ese remedio fué acudir á la caridad, celo apostólico y espíritu de sacrificio de los buenos hijos de San Francisco, Reverendos Padres Capuchinos de esta Custodia Provincial. Suplicamos á los Superiores; las súplicas fueron oídas benignamente, y los religiosos fueron al Caquetá á salvar almas, desprovistos hasta de lo necesario, pues sólo les dábamos una corta limosna. Con la presencia de los religiosos en los pueblos del Caquetá y en virtud de sus apostólicas tareas, muchos que hubieran muerto sin sacramentos, y se hubieran

condenado, han sido reconciliados con Dios, y se han salvado.

»No era posible que Satanás viera ese quebranto de su imperio en aquellos pueblos, sin luchar y tomar venganza; y con ese fin enciende en el corazón de sus imitadores el fuego de su ira rabiosa, los excita á hacer guerra cruel contra los religiosos que le robaban las almas. — Satanás se vió servido por sus imitadores á las mil maravillas, y momentos hubo en que parecía que iba á triunfar, y á quedarse nuevamente como dueño absoluto de aquellos pueblos, y cantando victoria sobre Jesucristo Señor Nuestro.—Los ejecutores de ese plan infernal; los reos de ese crimen horrendo de robar almas al cielo y lanzarlas al infierno, se habían preparado antes con otros crímenes; porque, ordinariamente, sólo por grados se llega al bajo oficio de ser ayudantes del diablo en la perdición de las almas. En efecto; los perseguidores de los misioneros en Sibundoy eran ya reos de varios crímenes. Documentos que tenemos á la vista los acusan de poseedores de lo ajeno, contra la voluntad de su dueño, y eso de mala fe.»

Prueba los fundamentos de tan enérgico lenguaje, y volviéndose hacia los indiferentes, prosigue su episcopal catilinaria, diciendo: «Esos son los perseguidores de los Padres Misioneros, y por lo mismo, nadie extrañará que lo sean. Lo que sí hay que extrañar y lo que llena el alma de profunda tristeza, es la conducta observada por ciertos católicos, que pasan por serios, al tratarse del asunto que nos ocupa. Cuchicheos femeninos, aspavientos farisaicos, frases misteriosas, reticencias llenas de malicia, negras recriminaciones, duros cargos han hecho esos católicos serios en estos días pasados; ¿pero, contra quié-

nes? ¿Contra esos detentadores que hemos señalado? ¿Contra esos rebeldes á los mandatos de la autoridad? ¿Contra esos blasfemos de la Cruz de Cristo, del adorable leño donde fuimos redimidos?... ¡Oh desengaño amargo! Esos flamantes católicos han tenido para esos criminales, no cargos ni recriminaciones, no católicas protestas, sino cariño, simpatía, apoyo; y por ahí andan con la cabeza erguida insultando á la virtud.

» ¡Señor y Dios mío! ¿Cómo se explica esa benignidad para verdaderos criminales, y ese exceso de celo de justicia contra unos pobres Misioneros, defensores del débil? Y ¿cómo se explica que hayan sido católicos, y aun de los que figuran como formales é ilustrados, los que se han ocupado contra los Misioneros, alentando por ese medio á los culpables? ¡Dios justo! ¿Qué extraño es que en ocasiones castigues á los pueblos privándolos de tus sacerdotes? ¿Cómo, ó por qué, ahora no has castigado en esa ú otra forma? ¡Ah! ¡Lo entiendo!... Los religiosos acuden al coro á las doce de la noche, y en esas horas de misterioso silencio, te alaban, bendicen, aplacan tus iras y te piden perdón para sus perseguidores.»

Así acaba la sentida queja del Ilmo. P. Ezequiel, firmada en Pasto el 21 de Abril de 1903.





CAPÍTULO XII

Los Padres Capuchinos y el P. Ezequiel. — Afecto del señor Obispo á los Párrocos y Comunidades Religiosas. — Terciarías Franciscanas. — Betlemitas. — Madre Encarnación. — Devoción á los Dolores del Corazón de Jesús.—Primera función consagrada á esos Dolores.—Abraza el Sr. Moreno esa devoción.—Su opúsculo.—Consulta.— Disposición del Santo Oficio. — Esclavas de Jesús. — Reglas-Constituciones.

MUCHÍSIMO debe la diócesis de Pasto á los Reverendos Padres Capuchinos, pues allí han trabajado y trabajan con incansable celo por la salvación de las almas. Desde el momento en que el Ilmo. P. Ezequiel entró en el Obispado, pusiéronse enteramente á su disposición, y le acompañaron en las Visitas Pastorales, en su primer viaje á España, en el que hizo á Bogotá el año 1903, estando también dispuestos á hacerlo cuando, ya gravemente enfermo, vino á morir á España. El agradecido Sr. Moreno supo corresponderles con demostraciones especiales de cariño, y saliendo siempre con denuedo á la defensa de los muy observantes hijos del Serafín de Asís, que eran dueños del afecto, del Palacio y de cuanto tenía el pobre Obispo.

Estimaba éste igualmente los relevantes servicios que

los beneméritos Padres de la Compañía de Jesús le prestaban en la dirección del Seminario, y en el mantener y enardecer la piedad de los fieles; y no menos apreciaba lo que en Misiones y confesonario hacían los Filipenses de Ipiales y de la capital; todo sin perjuicio de lo que distinguía á su amadísimo Clero secular, sobre todo á los Párrocos, cuyo consejo demandaba en todos los casos que creía difíciles, considerando al Clero Parroquial como si fuese Catedral, puesto que en la de Pasto no existía Cabildo, no porque el Prelado lo rehusase, sino porque todavía no habían producido resultado las gestiones que el Ilmo. P. Moreno practicaba á fin de conseguirlo. «No me ha tocado á mí esta gloria, que queda para mi sucesor», escribía el moribundo señor Obispo en carta al señor Vicario General de la Diócesis.

Objeto de su benevolencia y beneficencia eran también las comunidades de religiosas que había en Pasto. De las de clausura papal solamente existía un Convento, el de Concepcionistas, por cierto pobrísimas, tanto que á no ser por la caridad del Prelado, difícilmente hubieran podido subsistir. De las consagradas á la vida activa, ó mixta de contemplativa y activa, hallábanse las Hijas de la Caridad, teniendo á su cargo el hospital, que con frecuencia visitaba el señor Obispo, consolando á los enfermos, y animando á las que con tan sublime espíritu de sacrificio les cuidaban. El honorable Sr. Schumacher, de quien ya hemos hablado varias veces, llevó de Alemania al distrito de Manabí, en el Ecuador, una Comunidad de Terciarias Franciscanas, que pasó después á Colombia, estableciéndose en Túquerres y fundando magníficos colegios para niñas en Ipiales, Pasto, Pupiales, Samaniego y Las Lajas. Son religiosas de gran espíritu y observancia y Maestras de superior instrucción y de especiales

condiciones educadoras; por eso la ciudad de Pasto las venera, y por eso el Ilmo. Sr. Moreno, que había logrado se instalasen allí, tanto las amaba en el divino Jesús.

Hay además en Pasto otra Congregación que se dedica asimismo á la enseñanza y está al frente del Orfelinato: es la Congregación de *Religiosas Betlemitas, Hijas del Sagrado Corazón de Jesús*. Las relaciones espirituales del Rmo. P. Ezequiel con las Betlemitas comenzaron en Bogotá, donde dirigía á varias religiosas antes de ser elevado á la dignidad episcopal, y tuvieron después tal carácter de intimidad santa, que exigen algún detenimiento en referirlas (1).

La Orden fué fundada por el Venerable Pedro Betancourt, que á los veinticuatro años de su edad, pasada en el ejercicio de eximias virtudes, se trasladó de su país natal, Canarias, á la América, llegando á Guatemala en 1651, y dando allí principio á su vida de Apóstol. Para atender á los pobres y enfermos creó una hospedería, y, uniéndose luego á él benéficos operarios, surgió el Instituto Betlemítico, así llamado por la especialísima devoción del fundador al misterio de Belén. Como entre las personas pobres y enfermas había también mujeres, era natural que la Orden se completase con la creación de religiosas.

Poco más de siglo y medio había transcurrido desde la muerte del fundador, cuando ya apenas quedaban religiosos Betlemitas, y no eran muchas las religiosas. Una joven nacida en Quezaltenango, República de Guatemala, tomó en 1830 el hábito en el único Convento que poseía el

(1) No alguna parte de un Capítulo, sino Capítulos enteros habría que escribir para detallar las santas y edificantes relaciones del Ilmo. Sr. Moreno con las religiosas Betlemitas, á quienes estimaba como á hijas, y que le consideraban como á cariñoso padre.

Instituto. Llamábase aquella joven Vicenta, nombre que cambió en el claustro por el de Encarnación, y ésta fué la destinada por la Divina Providencia para que hiciera resurgir el agonizante Instituto. En medio de penosas é indecibles contrariedades y sufrimientos reformó la Congregación de Religiosas, dándole sabias y discretas Constituciones y fundando varias casas en Guatemala, Costa Rica, Colombia y Ecuador. Murió en opinión de santidad el 24 de Agosto de 1886, á los setenta y un años, en la ciudad ecuatoriana de Tulcán; y cuando el 1895 los revolucionarios... ¡buscando armas!... abrieron el sepulcro de la Madre Encarnación, hallóse el cuerpo incorrupto. A fin de sustraer el cadáver á nuevas profanaciones, le trasladaron las Betlemitas á la ciudad de Pasto, donde se guarda como riquísimo tesoro en la sacristía del Colegio.

Fué la Madre Encarnación para las Betlemitas como Santa Teresa de Jesús para las Carmelitas; y fué también parecida á la Beata Margarita Alacoque respecto de confidencias con el Divino Corazón. Cuenta en sus Notas autógrafas que « en la noche del Jueves Santo de 1857, estando en oración á las dos de la mañana, oí una voz interior que me decía: LOS HOMBRES NO CELEBRAN LOS DOLORES DE MI CORAZÓN. Estas palabras parecía que con un buril ó diamante me las grababan en el alma. Como me causaron tanta admiración, di cuenta de ellas á mis directores espirituales, los cuales no hicieron mucho caso por entonces. Pasados algunos días, acabando de comulgar oí la misma voz: LOS HOMBRES NO CELEBRAN LOS DOLORES DE MI CORAZÓN. Como estas palabras me sumergían en el abismo de mi miseria, le dije al Señor: Dios mío, si quieres que los dolores de tu Amante Corazón se celebren, como yo soy incapaz de promover esta devoción, ¿por qué no te vales de una religiosa teresa, capuchina ó ca-

talina? Díjome el Señor: «Porque he puesto en ti mis »ojos, atendiendo á tu gran miseria.» Con esto sentí tal amor á mi Jesús que quedé bañada en dulce llanto.

»Una noche (prosigue diciendo más adelante) que sufría el insomnio que produce el amor Divino cuando el alma recibe grandes consuelos, ó, por el contrario, sufre penas, pavor y tristeza; en esa noche, de repente vi aparecer ante mi vista una luz clarísima, no como la del sol, sino blanquísima y suave, pues no ofendía la vista. En medio de esta apacible luz, se me presentó Nuestro Señor Jesucristo, derramando sangre de todos sus poros, y con melifluido acento, mientras me descubría su amante Corazón traspasado con diez dardos que sobremanera le herían y oprimían, me dijo: *Estos diez dardos me traspasan, porque los hombres quebrantan los diez mandamientos de mi Santa Ley.* Quedé como en éxtasis y comprendí estos diez dolores del modo siguiente: 1.º Sufría por ver á su Padre gravemente ofendido por los pecadores, que por amar las criaturas no le aman á El, que es la única fuente de felicidad. 2.º Por las herejías que se propagan por todo el mundo. 3.º La apostasía de tantos malos cristianos. 4.º El olvido y desprecio que los hombres hacen de sus beneficios. 5.º El desprecio de sus gracias y Sacramentos. 6.º Por la poca ó ninguna memoria que se tiene de su acerba pasión y muerte. 7.º La frialdad é indiferencia de los que se dicen sus amigos. Estos siete dardos circundaban las extremidades del Divino Corazón; los tres siguientes el centro. 8.º Los escándalos y sacrilegios de los malos sacerdotes. 9.º El violar los votos las Esposas de Cristo. 10.º La persecución de los justos».

Con la aprobación de la autoridad eclesiástica se celebró la fiesta de los Dolores del Corazón de Jesús por primera vez en Guatemala el 25 de Agosto de 1857, y

dice la Madre Encarnación: «La primera vez que celebramos los Dolores Internos del Amantísimo Corazón de Jesús, se compuso el altar como si fuese un monumento de Jueves Santo. La Imagen del Señor en el Huerto de los Olivos con el Corazón cercado de los diez dardos, y un Angel con el cáliz presentándosele.»

No vamos á referir las perplejidades de la Madre Encarnación y de los directores de su conciencia temiendo fuesen ilusión las anotadas revelaciones; tampoco hablaremos de los castigos con que el Señor probó á la prudente Madre, ni del caso tan prodigioso de haber cesado en Guatemala con la celebración de la fiesta de los Dolores Internos, el cólera morbo, que tantos estragos hacía en la Capital y demás puntos de aquella República. Cúmplenos solamente decir que el acendrado afecto del Ilmo. P. Ezequiel al Divino Corazón era tanto, y tanto su apasionamiento por el sufrir, que no es extraño fuese para él simpática *la devoción á los Dolores Internos del Corazón de Jesús*. Sin embargo, obró en eso con su acostumbrada prudencia, pues lo nuevo de aquella devoción le hizo mirarla al principio con algún recelo. Parece que después sucedió algo extraordinario, porque á contar desde el 25 de Agosto de 1899 la abrazó con todo fervor y escribió con aquel título un opúsculo publicado en 1900, del cual hemos tomado los datos que anteriormente se consignan. Del alma enamorada y prestigiosa de aquel Venerable Obispo pasó el entusiasmo á muchas otras almas piadosas, y la devoción se propagó rápidamente por toda Colombia, y trascendió á otras Repúblicas de América y hasta nuestra España. El librito se reimprimió en Palmira (diócesis de Popayán) y en Bogotá, con licencia eclesiástica, siendo luego traducido al italiano y dado á la prensa en Roma con aprobación del Maestro del Sacro Palacio.

Nuestro llorado Obispo pensaba haber hecho una nueva edición mejorada en la forma y enriquecida con nuevas meditaciones, hallándose dispuesto á suprimir la palabra *Internos*, que algunas personas estimaban redundante tratándose del Corazón. Según mi pobre juicio, no habría por qué suprimirla, pues significa que se refiere á Dolores morales y no físicos. Ello es que la forma de ese Culto con tanta rapidez extendido, ofrecía sin duda carácter de novedad, y sabido es que Nuestra Santa Madre la Iglesia se muestra muy parca, y obra con suma prudencia y examen riguroso cuando se trata de autorizar nuevas formas de culto. Acerca del de los Dolores Internos del Corazón de Jesús, el Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo de Bogotá, movido por una exposición en que los Padres Candelarios pedían se erigiese en Confraternidad canónica aquella devoción que tanto incremento había tomado en Bogotá y en todas partes, elevó una consulta á la Sagrada Congregación del Santo Oficio que en 17 de Enero de 1905 decretó: 1.º, que no *convenía* permitir ese culto, conforme se describe en los documentos que al efecto se presentaron; 2.º, que *tampoco convenía* erigir canónicamente Confraternidades con el expresado título; y 3.º, que *no era lícito* representar el Santísimo Corazón de Jesús atravesado con diez espadas, y ofrecerlo así á la devoción de los fieles.

Al frente de su opúsculo había escrito el Ilmo. señor Moreno: «Al juicio que forme la Autoridad de Nuestra Santa Madre la Iglesia someto toda la obrita, sus partes, y aun cada una de sus palabras.» No tuvo conocimiento de lo decretado por el Santo Oficio, pues de haberlo conocido, hubiera sido el primero en acatarlo. Por consiguiénte, y mientras la Iglesia no determine otra cosa, si á bien lo tuviese, hagamos en el asunto lo que la dicha

Suprema Congregación recomienda al indicado señor Arzobispo: «Enseñe á los fieles que el Culto á los Dolores del Santísimo Corazón de Jesús está comprendido en el que ya se le tributa, y procure prudentemente que la nueva forma de devoción se reduzca á la que ya está recibida por el uso.»

Testimonio de la íntima y ferviente devoción que el Ilmo. Sr. Moreno profesaba al Divino Corazón de Jesús, al que en los comienzos de su ministerio episcopal se había acogido como á su PROTECTOR Y SU REFUGIO, fué el nombre que dió á un humilde Instituto fundado, *en cierto modo*, por él mismo. Decimos *en cierto modo*, porque la verdad es que la iniciativa no fué suya, sino de otra persona, según lo vamos á referir.

La piadosa Srta. Teófila Cabrera, de familia modesta, pero buenísima, se presentó un día al señor Obispo manifestándole que deseaba ir al Caquetá, y dedicarse allí en instruir á las niñas. El Prelado se concretó á oír benévolamente á la animosa señorita, la cual volvió de nuevo al poco tiempo proponiendo lo mismo; entonces le contestó el Padre que lo pensaría. Al insistir por tercera vez, le dió un poco de dinero y, casi persuadido de que el proyecto no se realizaría, le dijo que fuese allá, viera si podía hacerse algo de lo que se proponía, y viniese á darle cuenta. La resuelta joven atravesó el largo y peligrosísimo páramo, vió que en el Caquetá podría hacer mucho bien, procuró asociar á su empresa otras compañeras, las presentó al Prelado y le suplicó que les permitiese vestir un hábito, por el estilo del que ahora llevan.

Fueron luego á enseñar la doctrina cristiana á las pobres niñas del Caquetá, donde se captaron el respeto y estimación de los pueblos, pues las autoridades indígenas de Santiago y de Sibundoy, invitadas por las cate-

quistas, fueron á Pasto para saludar reverentes al señor Obispo y darle las gracias. Sin embargo, por causas ajenas á la voluntad de las magnánimas jóvenes, fracasó la empresa del Caquetá; y entonces el Ilmo. P. Ezequiel, teniendo en cuenta las muchas necesidades de la Diócesis y las buenas disposiciones de las que con tan admirable abnegación se prestaban á trabajar por la gloria de Dios, tomó la fundación por suya, recibió en 25 de Marzo de 1904 los votos temporales de la iniciadora y de otra compañera que cambiaron los nombres de Teófila y Clotilde por los de Encarnación y Anunciación, llamó á la Congregacioncita ESCLAVAS DE JESÚS, ALIVIADORAS DE LOS DOLORES INTERNOS DE SU AMOROSÍSIMO CORAZÓN, y escribió unas REGLAS, en cuyo principio dice:

«Los fines principales de esta Congregación son dos: primero, el general de todo Instituto religioso, que es la santificación de sus miembros por el cumplimiento de los votos de Obediencia, Pobreza y Castidad, y Observancia de las Reglas propias del Instituto; segundo, el especial de esta Congregación, que es *la enseñanza de la doctrina cristiana* á los ignorantes con el objeto de aliviar de algún modo los Dolores Internos del Corazón de Jesús, causados por los pecados de los hombres.»

Constan las Reglas-Constituciones de diez y seis capítulos, en los que se consignan con toda claridad las obligaciones de las *Esclavas de Jesús* y se marca la forma de cumplirlas. A las Reglas acompañaba una carta de remisión en que les decía:

«¡ VIVA JESÚS!

» A TODAS LAS RELIGIOSAS ESCLAVAS DE JESÚS, ALI-
VIADORAS DE LOS DOLORES INTERNOS DE SU AMO-
ROSÍSIMO CORAZÓN:

» Salud, paz y bendición en nuestro Dueño Jesús, y que el fuego de su amor reine en vuestros corazones. — Grande es la alegría de nuestro corazón al poder decirles que ya tienen Reglas por las cuales arreglen su vida, puedan caminar á la perfección religiosa, y unirse más y más á Jesucristo, Dueño amoroso de todo cuanto son y cuanto tienen. — Enviamos las Reglas con el deseo de que todas se enteren bien de ellas, y las estudien y mediten, para que se determinen ó á vivir según ellas, ó á volver á sus casas, si no las han de observar...

» Las Esclavas, continúa, han de ser en absoluto y sin división de su Dueño Jesús, y le han de amar con todo el ardor de su corazón. ¡No permita ese Divino Dueño que quede alguna que le niegue algo, ó que quiera amarle con tibieza! Las que queden han de ser solamente las que, examinando su corazón, encuentren que nada hay en él que no sea de Jesús, y que nada les podrá pedir ó mandar que no estén dispuestas á dárselo, aunque sea la salud, y la misma vida, puesto que El es Dueño de todo su ser. Sí; las que queden deben ser las que estén dispuestas á todo sacrificio por amor á su Dueño Jesús, y á no tener ni siquiera voluntad, y á que cuanto imaginen, piensen, deseen y hagan, sea todo para su Dueño Jesús. Vuestra Esclavitud es absoluta, y nada os pertenece y nada podéis negar á vuestro Dueño, sin cometer un robo. Sois Esclavas en todo lugar, en todo tiempo, y en todos vuestros

actos; de modo que hasta vuestro sueño debe ser de vuestro Jesús. — Esperamos en el Señor que, con su divina gracia, todas procurarán manifestarse y ser verdaderas Esclavas de Jesús, dándole todo con gusto, y amándole todo lo posible y con la mayor ternura. Sí, hijas mías en Jesucristo; mucha ternura, mucho cariño, y encendido amor para vuestro Dueño y dulce Señor Jesús, para que esa ternura, y ese cariño, y ese amor suavicen y alivien los dolores que causan en su Corazón amorosísimo los dardos crueles que le lanzan los hombres con sus pecados. — Trabajen por Jesús y para Jesús; adoren su divino Corazón, alivien sus dolores, amen á su adorado y dulce Dueño, pero, mucho... con ardor... sin medida... con locura...»

Finaliza la carta con estas fervorosísimas deprecaciones: «¡Jesús, dulcísimo Jesús! ¿Qué os diré y qué os pediré para vuestras Esclavas? ¡Oídme, Jesús mío!... Haced que vivan desprendidas de todo lo criado: Que todo os lo den y nada os quiten: Que la constancia de vuestro Corazón las haga constantes en vuestro santo servicio: Que sean como serafines encendidos en vuestro santo amor. Que, como verdaderas Esclavas, sean humildes y obedientes: Que como cosa vuestra sean castas y puras: Que no sean ellas las que vivan, sino Vos el que viva en ellas: Que vos, Jesús mío, seáis para ellas su alegría, su gozo, su dicha, su amor y su todo...: Que las cuidéis como cosa propia vuestra: Que sean vuestras ahora, después, mañana, al otro, siempre, por los siglos de los siglos, Amén.

»*Pasto, 26 de Marzo de 1904.*

»† FR. EZEQUIEL

»Obispo de Pisto.»

En Pasto establecieron el Noviciado, y recogieron unas cuarenta niñas, además de varias jóvenes que tenían algún peligro. El señor Obispo acostumbraba á visitarlas una ó dos veces por semana, según lo permitían sus ocupaciones, y hacía les pláticas familiares sobre el estado religioso y fiel observancia de las Reglas.

Como no era posible conseguir una casa más capaz, ni en mejores condiciones, rogó á los Padres Filipenses dejaran á las Esclavas la *Casa de Ejercicios*, que ellos no utilizaban sino durante la Cuaresma; reduciéndose en esa época las Esclavas á vivir en una casita aneja á la de ejercicios. Dedicaban á las niñas á obras de manos, como tejido de mantas, hacer sombreros de jipa, etc., etc., y el Ilmo. P. Ezequiel les facilitaba mensualmente lo que todavía necesitaban para la subsistencia, pagándoles también la casa y el capellán. Tenían las Esclavas adoración perpetua, haciéndola de día las jóvenes recogidas, y de noche las religiosas, que llegaron á ser diez y seis, velando de dos en dos, y relevándose cada hora.

Fallecido el Ilmo. Sr. Moreno cuando el Instituto se hallaba tan en mantillas, ha tenido éste que sufrir las consecuencias de tan triste y prematura orfandad. Todavía vive, gracias á su Inmortal Dueño Jesús, y gracias también á los desvelos del benemérito y anciano P. Gustavo Villota, de los Padres del Oratorio. ¡Vivan y prosperen las *Esclavas de Jesús*, si ha de ser para gloria de Dios y bien de las almas!



CAPÍTULO XIII

Santa Visita (segunda) á la Costa del Pacífico. — Robo sacrilego en Tumaco. — El Prelado da cuenta de él á todos sus Diocesanos en Carta Pastoral. — No hay destemplanza en el lenguaje del señor Obispo. — Sale de Tumaco para Bogotá. — Se trabajaba allí para que dejase el Obispado de Pasto. — Respuesta del Excelentísimo señor Delegado á solicitudes de señoras y caballeros. — El Ilmo. P. Ezequiel con sus hermanos los religiosos. — Regresa á Pasto llevando al P. Alberto Fernández. — Viaje santamente aprovechado. — Grandioso recibimiento.

PACIFICADA la nación, salió de Pasto el Ilmo. P. Ezequiel á mediados de Abril de 1903 para hacer su segunda Visita Pastoral en la Costa del Pacífico, acompañándole los Padres Capuchinos Fr. Heliodoro de Túquerres y Fr. Justo de Tulcán, y llevando de secretario al Filipense P. Peregrino Santacruz. Desde Piedraancha hasta Barbacoas fué deteniéndose lo necesario para el ejercicio de su Ministerio, según el método de Visita practicado siempre, y con mayor trabajo y celo, porque la revolución, dominante por espacio de bastante tiempo en los pueblos costeros, los había desmoralizado, y era preciso redoblar los esfuerzos para encauzar lo desbordado.

Llegó el señor Obispo al puerto de Tumaco á principios de Julio, y sucedió lo que él mismo refiere en una Carta Pastoral dirigida al Clero y fieles de la Diócesis, fechada el 17 de aquel mes: «En la madrugada del domingo próximo pasado, 12 del mes actual, íbamos á la iglesia en compañía del R. P. Gerardo Larrondo (1), que, con permiso de sus Superiores, hace la gran caridad de trabajar en esta población en bien de las almas. Los muchachos que ayudan en la iglesia se habían adelantado á nosotros como unos ocho minutos; así que, al llegar nosotros á la puerta de la iglesia, lo primero que nos dijo el mayor de ellos fué esto: «Han robado el Sagrario, » y han tirado los ramos de flores y otras cosas.»

»Pueden figurarse, amados hijos, lo fuerte, doloroso y amargo de la impresión recibida al oír esas palabras. No creíamos llegara á tanto la cosa, y corrimos al altar, y... ¿cuál no sería nuestro espanto y nuestra pena al ver que, en efecto, habían sacado el Sagrario del altar y se lo habían llevado? Busquemos, le dije al Padre, busquemos por todas partes para ver si encontramos algo. Recorrimos y registramos la sacristía; subió el Padre por el retablo del altar mayor; recorrimos las naves de la iglesia, y nada se encontraba. Mientras el Padre subía al coro y á la torre, yo me dirigía al extremo de la nave del Evangelio, punto por donde, con poco esfuerzo, se podía entrar á la iglesia, cerrada con tabla. Allí vi el Sagrario en el suelo, con sus adornos separados, y me llené de angustia pensando que estuviera roto y que se hubieran llevado el Copón con las Sagradas Formas. Llamé al Padre y á los muchachos que iban con él; levantamos el Sagrario, y ¡oh alegría indecible! estaba sin rotura alguna

(1) Agustino Recoleta.

y cerrada la portezuela, lo que daba seguridad de que estaba dentro el Divino Tesoro. Lo llevamos al altar, lo abrimos y allí encontramos al Divino Jesús Sacramentado, pero ¿cómo? El Copón estaba abierto, el capillo del Copón y el corporal que se pone en el Sagrario, revueltos, y las Sagradas Formas derramadas y metidas entre el corporal y el capillo, y algunas pegadas á una de las paredes del Sagrario. Todo indicaba que el Sagrario había sido sacudido con violencia, y el sitio donde se encontró daba á entender que se trató de sacarlo, pues estaba debajo del agujero que abrieron para entrar, y por el cual el Sagrario, que es algo grande, no cupo. Este fué el horrendo sacrilegio cometido contra Nuestro Señor Jesucristo Sacramentado. ¡Oh Dios Omnipotente! ¡Más de admirar es vuestra paciencia que la osadía del atrevido sacrílego!

»Ultrajaron también á la Santísima Virgen María, en su imagen del Carmen, que se hallaba en el altar mayor con motivo de la novena que se le estaba haciendo. Le robaron un broche de poco valor que tenía en el manto, permitiéndolo así su Hijo Santísimo para que por ese broche se descubrieran los criminales, como así ha sucedido; pues al poco rato de sabido el suceso por el señor Alcalde, éste se presentó en casa de un sospechoso. Estaba durmiendo el individuo, y al despertarlo y ver que era la Autoridad, lo primero que hizo fué sacar el broche del bolsillo y querer ocultarlo. La Autoridad observó lo que hacía y recogió el broche. ¡Ah! No deja pasar Jesucristo los desacatos á su Santísima Madre sin castigarlos. Aguanta muchas veces los que se cometen contra El mismo, pero no los que se cometen contra su amada Madre. — Se encontraron además algunos ramos de flores deshechos, y los crucifijos de los altares puestos boca abajo.

»Estos fueron los criminales y tristísimos hechos realizados en la iglesia de esta población en la noche y fecha indicadas; y volvemos á repetir que, lo que aquí pasma y admira, no es tanto el enorme crimen, cuanto la paciencia de Dios; pero... ese Dios es eterno, y le queda una eternidad para hacer justicia...»

Discorre luego acerca de las causas del sacrilegio, que achaca al liberalismo, ó sea á los revolucionarios, probando palmariamente su afirmación; describe en seguida las funciones de desagravio que en Tumaco se celebraron, asistiendo gran número de fieles; habla de la protesta que contra el bárbaro sacrilegio firmaron algunos liberales, y prescribe que en todas las iglesias del Obispado se desagravie al Divino Jesús y á su Santísima Madre.

Al que sin estar en antecedentes lea algunos párrafos de la Carta Pastoral de que hemos transcrito los anteriores, se le figurará ver cierta destemplanza en el lenguaje del señor Obispo; pero téngase en cuenta que aquel sacrilegio se cometió con la deliberada intención de ofender al Prelado. Sin embargo, no fué esto lo que sintió el Ilmo. P. Ezequiel, sino el ultraje inferido al Amado de su corazón. Por eso en el sentidísimo exordio de la Carta exclama: «¡Oh dulcísimo Jesús! ¿Por qué esos criminales os escogieron á Vos, y no á mí, para descargar su furor y su rabia? ¿Por qué hirieron vuestro amantísimo Corazón, y no el mío? ¿Por qué quisisteis ser la sola víctima, cuando el odio de tus enemigos se extendía también á tus ministros? Dios de los finos amores, ¿qué habéis hecho á los hombres para que así os traten? ¡Oh, quién pudiera lavar ese crimen con torrentes de lágrimas y expiarlo con mi sangre y mi vida!»

No se olvide tampoco que en aquel puerto había dominado por más tiempo la revolución; que allí se dió

no pocas veces el horrendo grito de *Muera Cristo*, se hizo en las calles alarde de escarnecer la moral cristiana y se maltrató de palabra y de obra á un dignísimo ministro del Señor (1). Por otra parte, el ascendiente moral que al Ilmo. Sr. Moreno daban sus preclaras virtudes, le autorizaban para expresarse como tal vez otros no pudieran ni debieran expresarse; sin que esto fuese hacer alarde de su maravillosa influencia, ya que sólo él ignoraba que era un santo, sino porque obedecía á dulces é imperiosos mandatos de su profunda fe y de su ardiente caridad.

Después de todo, el Señor, que sabe sacar bienes de los males, quiso que los fieles de Tumaco hiciesen entonces espléndidas manifestaciones de sus creencias y sentimientos religiosos en el solemne Triduo que se celebró, y en la solemnísima procesión, de la cual dice el señor Obispo: «En el último día (del Triduo) sacamos y paseamos en triunfo á Jesús Sacramentado, para dar á entender á sus enemigos, que á cada blasfemia y á cada ultraje que lanzan contra El, sus fieles servidores responden con miles de alabanzas y miles de actos de desagravios. Las señoras habían levantado cuatro lujosísimos y bonitos altares, donde se colocó la Custodia y se cantaron motetes. Todas las niñas de la escuela iban con elegantísimos trajes blancos, y algunas vestidas de ángeles. — Hay

(1) En el número 31 del periódico de Pasto, *El Conservador*, dirigido por Carlos J. Guerrero, y correspondiente al 10 de Abril de 1902, leemos: «Pérez (uno de los auxiliados por el Presidente del Ecuador) fué el que autorizó el estropeo de la persona del Reverendo Padre Agustino Sr. D Gerardo Larraondo Este sacerdote fué foetado (herido con un vergajo) por el Sargento Mayor Alejandro Mosquera, (a) *El Chato*; un grupo de esas furias infernales tomaron al Padre, le arrastraron, le abofetearon, le rasgaron sus vestiduras, le vistieron nuevamente de soldado y le dieron de alta como tal y le mandaron á la guarnición del Morro, en donde dicen le dieron doscientos palos, en premio de su lealtad, de ser un buen sacerdote y ajeno á la política, á cuya confianza no huyó de ellos »

que hacer constar también, añade, que las autoridades y empleados, con varios otros señores, vinieron á la casa cural en el mismo día del domingo á manifestarnos su pena y sentimiento por los tristes sucesos ocurridos.»

El 18 de Julio por la mañana llegó á Tumaco el vapor de guerra *Bogotá*, y en él pensó embarcarse el P. Ezequiel, pero lo hizo en el *Quito*, acompañándole el Padre Heliodoro. Una vez en Colón, trasbordaron á otro vapor, que los condujo hasta Sabanilla, empleando luego más de dos semanas en remontar el río Magdalena, cuyo caudal de aguas era á la sazón muy escaso. Entraron, por fin, en Bogotá el 16 de Agosto, siendo muy bien recibidos.

Uno de los objetos del viaje era recabar del Gobierno los diez ú once mil pesos plata que el señor Obispo había facilitado á las tropas en días de grandes apuros para la nación. Perteneían á la Iglesia, y era muy justo y obligatorio el reclamarlos. Por cierto que no pudo conseguir el pago de una deuda tan sagrada.

Preocupaba también al Ilmo. Sr. Moreno su situación en Pasto, ruda y constantemente combatida por los liberales de Colombia, y más aún por los del Ecuador. El modesto religioso estaba al frente de aquel Obispado, no por voluntad propia, sino por hacer la de Dios; pues de haber consultado su gusto personal, nunca hubiera aceptado la mitra, ni una vez aceptada hubiese salido de Casanare. Gran sacrificio era verse precisado á forzar su carácter dulce, y hasta tímido, con luchas continuadas, y á soportar abrumadoras responsabilidades. De ahí que suspirase por el retiro de su amada celda, si bien no creyó nunca que debía partir de él la petición de ese retiro, porque eso hubiera sido en cierto modo bajar de la cruz, donde el Señor le había puesto.

Recuérdese que á poco de su llegada á Pasto tuvo

que salir á la defensa del Ilmo. Schumacher y de los Capuchinos que se habían acogido á territorio de su diócesis; por eso se atrajo el odio de la revolución ecuatoriana, odio exasperado por la cuestión del Colegio de Tulcán, y por la valerosa actitud del Obispo fraile en pro de los intereses católicos. Nos parece que todavía no es tiempo de historiar detallada y documentalmente la persecución de los triunfantes revolucionarios masones, librepensadores y liberales del Ecuador contra el venerable Prelado, y las gestiones que se hicieron, ya en Roma, ya en Bogotá, para conseguir que saliese de Pasto.

Sólo diremos que el malhadado empeño se acentuó en 1901, cuando el celo y la influencia del vigilante Pastor eran un obstáculo insuperable para el triunfo de los insurrectos en el sur de Colombia. No estaba solo el Obispo, tenía á su lado á todos los católicos de la diócesis, y de su parte se hallaba el Excelentísimo señor Delegado Apostólico, de quien es la carta que transcribimos.

«Bogotá, 30 de Marzo de 1902.»

»M. ILTRE. SR. D. RAFAEL CHAVES, VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE PASTO:

»Hace pocos días llegaron á mis manos dos memoriales, el uno de fecha 23 de Octubre, firmado por mil cuatrocientas veinticinco señoras, el otro sin fecha, con la firma de mil setecientos cuarenta caballeros de los varios órdenes sociales de esa ciudad y Diócesis de Pasto, encabezados por Vuestra Señoría, los cuales piden unánimemente que les sea conservado su primer Pastor el Ilustrísimo y Reverendísimo señor Obispo Fr. Ezequiel Moreno y Díaz. Me es grato contestar á Vuestra Señoría y

por su conducto á todos los signatarios de los memoriales aludidos, que el Ilmo. Sr. Moreno seguirá á la cabeza de la Diócesis de Pasto.»

Mas no cejaron los *rojos* en aquellos intentos, según se desprende de una carta escrita por el Rmo. P. Ezequiel con la veracidad de siempre y con el acostumbrado reposo de su ánimo. Ya en el Capítulo XI de esta Segunda Parte copiamos el principio de esa carta, cuyo final dice: «Sigue la persecución contra mí por parte de esa gente, enemiga de Jesucristo. Ahora cuando fuí á Bogotá encontré que el mismo... estaba gestionando mi separación de aquí con el Gobierno y Delegado Apostólico. Nada sabía de eso, y Dios me hizo llegar á tiempo. Por supuesto, que por lo que toca á mi persona yo saldría ganando, con que me dejaran ir á mi celda, donde no tendría que cuidar miles y miles de almas que agobian. Sólo la gracia divina puede hacer que uno soporte cargos como estos, que llevan y envuelven tanta responsabilidad.»

Aprovechó el Ilmo. P. Ezequiel su viaje para tener el consuelo de abrazar á sus queridísimos hermanos los religiosos, con quienes estuvo no sólo en la Capital, mas también en el Convento del Desierto, y de buena gana hubiese ido á visitar á los de su inolvidable Casanare, si las obligaciones de su ministerio no se lo impidieran. Regresando á Pasto, llevó en su compañía al P. Alberto Fernández, que, como vimos, había sido su socio en el Vicariato, y había de serlo hasta recibir sus últimos alientos y cerrarle los ojos. — Partieron de Bogotá el 2 de Noviembre de 1903, deteniéndose en Facatativá, Villeta, Guaduas, Honda, El Fresno y algún otro punto, y llegaron á Manizales el día 8. Ya se hallaba establecida allí la Residencia de nuestros religiosos, presidida por el P. Angel Vicente, que salió á recibir al ilustre viajero y á sus

acompañantes. En aquella ciudad fué visitado por el señor Obispo D. Gregorio Nacianzeno Hoyos y por todo lo más notable de Manizales; allí predicó á las Madres católicas con extraordinaria afluencia de oyentes. Ocho días estuvieron en la Residencia, y al marchar se agregó á ellos el Padre Presidente, yendo hasta Palmira. En todos los pueblos del tránsito correspondientes á la Arquidiócesis de Popayán fué recibido el Ilmo. P. Ezequiel con muestras de especial afecto y veneración, distinguiéndose el de Tuluá, cuyo Párroco, Dr. Rafael Aguilera, le llamó en un discurso «el Atanasio Colombiano». En Popayán salió á esperarle el mismo señor Arzobispo con varios canónigos, sacerdotes y señores, le tuvo en su Palacio seis días y le despidió con grande afecto.

Los viajes del Ilmo. Sr. Moreno eran de benéficos resultados en los puntos por donde pasaba, pues hacía por imitar al Divino Jesús *qui pertransiit benefaciendo*. Siguiendo su costumbre, preguntaba si había algún enfermo en las casas del trayecto ú otras no muy lejanas, y se detenía é iba á confesarlos, y usando de las facultades que le había dado el señor Arzobispo unió en el valle del Patía y en otras partes con el lazo santo del matrimonio á no pocos que vivían en pecado. Predicaba también en los pueblos, y todas sus conversaciones iban dirigidas á la gloria de Dios y provecho de las almas; de modo que sus viajes resultaban verdaderas Misiones.

El 8 de Diciembre llegó á la Unión, primer pueblo de la Diócesis de Pasto por aquel lado, sorprendiendo á los fieles y á su digno Párroco D. José María Guzmán, que sintió no haber sabido algo antes su venida para haberle demostrado el cariño de sus hijos por medio de entusiasta recibimiento, como se lo demostraron al día siguiente los de Berruecos.

A Buesaco fué ya una Comisión de sacerdotes y señores de Pasto para darle grata bienvenida en nombre de la ciudad. «Una hora antes de llegar á la población, dice uno de los que acompañaban al señor Obispo, encontramos á gran parte del Colegio-Seminario que venían en lucidos caballos, y por el trayecto iba engrosando el grupo, tanto que al estar ya cerca de Pasto, no serían menos de doscientos los jinetes que nos rodeaban. A la entrada de la ciudad estaba el batallón que guarnecía la plaza, el que hizo al señor Obispo los honores de ordenanza. Toda la población estaba en las calles ó en los balcones de las casas del tránsito, aclamando sin cesar á su querido Padre y Prelado, que pasó por debajo de tres arcos triunfales situados en la carrera; al llegar á la plazuela de la iglesia de Santo Domingo, desde una casa particular el católico práctico D. Angel Narváez le felicitó en un magnífico discurso. En los días siguientes al de la llegada fué visitado por todas las Comunidades, caballeros, asociaciones de señoras, colegios y escuelas, viéndose obligado á interrumpir las recepciones por haber enfermado de fiebres palúdicas contraídas en el viaje, de las que, gracias á Dios, no tardó en sanar.»

Se ve que la admiración, respeto y amor de los Pastusos á su venerado Obispo no decayeron un momento desde que en 1896 había hecho su primera entrada en la diócesis, antes bien el cariño y sus manifestaciones iban en aumento, creciendo á medida que tomaban mayores proporciones el odio y la persecución de la impiedad contra el santo Prelado. Hemos descrito ya en esta biografía tres recibimientos que tuvo en su ciudad episcopal, y todavía hablaremos luego de otro mucho más brillante, el cual vino á ser la corona de todos, pues al más gran-

dioso que le hubieran hecho cuando, ya sano de su postrera enfermedad volviese de España, se anticipó el que, piadosa y juiciosamente pensando, se le hizo en el cielo. Pero dejemos para después la narración de posteriores sucesos.



CAPÍTULO XIV

Ejercicios espirituales. — Continuación de la Visita. — El adoratorio de Duarte. — Se insurrecciona el batallón Juanambú. — Día de angustia. — Momentos supremos. — El Ilmo. P. Ezequiel sale á la plaza y con su prestigiosa dulzura desarma á los insurrectos. — Felicitaciones del Prefecto de Pasto, de D. Medardo Bucheli A. y del Presidente de la República. — El nuevo Departamento de Nariño. — Discurso del señor Moreno al primer Gobernador. — Instrucción sobre el monopolio. — Respeto á las autoridades. — Otra prueba. — Allocución al pueblo.

A principios de Agosto de 1904 entró el señor Obispo en ejercicios espirituales con el Clero de la Diócesis; y terminados y celebrada la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, salió para la Visita Pastoral de Consacá. Los Padres Capuchinos habían organizado una peregrinación al pueblo de Ancuya, que estuvo concurridísima, y allí fué también el Prelado, tomando parte en todos los actos piadosos, ocupando durante largas horas el confesonario y excitando en los fieles la devoción á la Santísima Virgen, allí venerada en su imagen, que representa el misterio de la Purificación.

Desde Ancuya continuó la Visita por Sandoná, á La Florida y Matituy. A esta última parroquia corresponde un término llamado *Duarte*, que gente crédula, ó tal vez mediase alguna mira interesada, había convertido en centro de supersticiosa romería, acudiendo allí numeroso concurso para venerar unas rocas á manera de cueva, donde decían algunos que se había aparecido la Virgen, asegurando otros que allí veían realmente á la Soberana Señora. Como esto pudiera desprestigiar la religión y torcer la verdadera piedad, el Ilmo. Sr. Moreno quiso ver por sí mismo y examinarlo todo con detenimiento y prudencia. El resultado de la Visita fué prohibir absolutamente todo culto religioso en aquel sitio, y hacer que en el acto se destruyese la choza, que ya se había construído y comenzaba á servir de santuario.

Dió la casualidad que, al salir el Prelado de aquellas honduras, pues el adoratorio se hallaba en el cauce del río, la bestia que montaba tropezó, despidiéndole de la silla y haciéndole caer en tierra. La gente que vió, y no á gusto, la destrucción de la choza, atribuyó en seguida á castigo de la Virgen la terrible caída que el señor Obispo sufriera; pero el bondadoso señor, levantándose del suelo, dijo sonriendo: «Sin duda creerán algunos que esta caída ha sido un castigo de la Virgen Santísima: no es así; y vuelvo una vez más á prohibir todo culto religioso en el punto llamado *Duarte*.» A pesar de los grandes dolores ocasionados por el golpe y exacerbados por el movimiento del caballo, llegó á Matituy, sin dar muestras de lo que padecía, y aún administró allí el sacramento de la confirmación.

Volvió á Pasto, y en los comienzos de Octubre sucedió lo que el Ilustrísimo señor Obispo en carta escrita el 14 de aquel mes, refiere harto sucinta y modestamente

diciendo: «El día 4 se sublevó un batallón que había aquí, porque lo disolvieron sin pagar á los soldados. Muchos liberales se unieron á los sublevados, y tuvimos momentos en que amenazaba una verdadera catástrofe. En esos momentos, día 5, salí yo con algunos religiosos y sacerdotes, y me traje á Palacio gran parte de los sublevados; y todo concluyó.»

Oigamos ahora cómo cuentan el suceso dos testigos presenciales, uno militar de alta graduación y otro sacerdote, Rector del Seminario. Dice el primero: «El día 4 de Octubre de 1904 se insurreccionó el batallón estacionado en Pasto. Desde las siete de la noche hubo fuego por las calles, fueron atacadas algunas personas y la casa del señor Prefecto, General D. Elíseo Gómez Jurado; la población estaba consternada. A las ocho de la mañana del 5 logramos con dicho General posesionarnos del cuartel y desarmar á algunos soldados insurrectos; pero á las doce del día era la ciudad teatro de espantosos conflictos: los soldados ebrios y armados, estaban amenazantes; la carnicería que iba á venir sería horrible; los militares y hombres civiles éramos ya impotentes para conjurar el peligro: mas cuando los insurrectos estaban más enfurecidos contra algunos de nosotros por el delito de haberlos contenido y castigado á los jefes del movimiento; cuando las desgracias, los delitos y la sangre que iba á derramarse convertirían en una hecatombe á Pasto; en tan gravísimas circunstancias, el señor Obispo Moreno, acompañado de varios religiosos y sacerdotes, salió de su Palacio, y con su dulzura, caridad y abnegación logró componerlo todo. Se metió entre aquella turba, le exhortó, hizo promesas que cumplió, no sé si con su peculio, y á las cuatro de la tarde la paz reinaba en la ciudad.»

El R. P. Andrés Justo Pérez, de la Compañía de Jesús, sucesor del P. Detroux en el rectorado del Seminario, escribe en carta relativa á nuestro insigne Obispo: «Indicaré un hecho que pudiera suministrar abundante materia para un libro entero bajo el siguiente título: *El Salvador de Pasto en el día 5 de Octubre de 1904*. Ya en la noche precedente se había sublevado el batallón *Juanambí* atronándonos con nutridas descargas y pidiendo á voz en grito la cabeza del Prefecto, so pretexto de que se les negaban sus pagos, etc., etc. Pero aquello, aunque gravísimo, fué sólo un preludio de lo que habían de pedir los insurrectos luego que algunos de los liberales con el populacho los soliviantaron llenándoles el cuerpo de aguardiente y el alma de proyectos criminales. Parece que la hora señalada para el asalto general era la una de la tarde; poco antes, llamado por Su Ilustrísima, atravesé yo por la plaza, que todavía estaba casi desierta, aunque no tanto como el Palacio Episcopal, donde, aparte nuestro inseparable Fr. Julián, sólo vi (como quien ve un meteoro fugaz) al Presbítero Sr. Federico Guerrero, pretendiendo que el señor Obispo pasase al cuartel para restablecer la autoridad de su cuñado el señor Prefecto; lo cual era evidentemente peligrosísimo é imposible, ínterin no se abonase siquiera una paga á los soldados.

»Ofrecí, pues, contribuir por mi parte con la subvención de los Profesores de nuestro Colegio-Seminario, vencida en el mes anterior; pero Su Ilustrísima sólo aceptó mis ofrecimientos para el caso en que no alcanzase su propia pensión y cuantos fondos existieran en la Tesorería eclesiástica, cuyos dependientes iban á ser llamados acto continuo, cuando á toda prisa tuvimos que lanzarnos á la plaza, porque de repente principiaron á resonar en

las cuatro bocacalles todas las cornetas, mientras que tras el pretil de la Catedral se parapetaba la columna encargada de romper el fuego.

»Momentos eran aquellos de apretones, de confusión y de angustia. Obstruían nuestro paso densos grupos de soldados, de paisanos y de mujerotas gritando: «¡Viva el pueblo soberano!» Avanzaba el señor Obispo repitiendo: *Aquí no hay más soberano que Dios. ¡Viva Dios!...* Y, en efecto, Dios nos ayudó para que consiguiésemos oportunamente salvar el pretil y presentarnos ante la columna de bayonetas, que ya estaba á punto de saludarnos con su primera descarga.

»Entonces el señor Obispo les aconsejó que desistieran de querer matarse los unos á los otros infructuosamente, pues mucha más cuenta les tenía regresar al seno de sus queridas familias con la paga que él mismo les abonaría sin pérdida de tiempo; como quiera que desde aquel instante nos declarábamos prisioneros suyos á fin de garantizarles el pronto cumplimiento de la palabra empeñada. Tras esto el señor Obispo les invitó para que nos siguiesen hasta Palacio, por supuesto, sin deponer las armas y á condición de apostar en su entrada un cuerpo de guardia doble. Imposible que el demonio callase por completo: oyéronse voces que decían: «¡No seáis tontos! ¡No os dejéis engañar!» Varios soldados vacilaban ó se resistían; sin embargo, á fuerza de súplicas nos acompañaron todos, y todos recibieron su paga, mostrándose agradecidos y entregándonos sus armas antes de emprender el camino de sus respectivos pueblos. A eso de las cinco de la tarde sólo quedaba en la ciudad un pequeño piquete al cuidado de los presos de la cárcel, y los músicos encargados provisionalmente de custodiar el cuartel.»

¡Qué grandiosa aparece la figura del Ilmo. P. Ezequiel

en este punto de su vida, cuando sin temor á la furia de las turbas, ni á las indisciplinadas bayonetas, avanza clamando y repitiendo: *Aquí no hay más Soberano que Dios. ¡Viva Dios!*... Y las turbas, subyugadas por aquel ángel de la paz, deponen su actitud, y los soldados rinden las armas... ¡Qué influencia tan maravillosa la del Reverendísimo P. Moreno, *Salvador de Pasto!*

Era muy natural que todos admirasen y agradecieran el valiosísimo beneficio que á todos acababa de hacer el victorioso Obispo, siendo el primero en reconocerlo y mostrar su gratitud el Prefecto, que por cierto dió pruebas de mucho valor en aquel día, como lo había dado en otras ocasiones; el día del conflicto le pasó una nota cuyo fondo y cuya forma revelan la situación de ánimo de quien la dictaba: «Ilustrísimo señor. — Me dirijo á Su Señoría con el objeto de manifestarle que puede vender al mejor postor las pieles que tiene el Gobierno en esta ciudad para pagar con su producido lo que se adeuda al batallón Juanambú, n.º 15.— También le manifiesto que esta Prefectura concede indulto general á los que depongan las armas pacíficamente en la persona que designe Su Señoría Ilustrísima. Con todo respeto me suscribo, etc.» Y con fecha 6 le dice: «La decidida y oportuna participación de Su Señoría Ilustrísima, así como la del respetable Clero secular y regular de esta Diócesis, con el fin de sofocar de una manera pacífica y prudente la insubordinación del medio batallón Juanambú, es digna del más singular encomio, y por lo mismo á nombre del Gobierno, de la sociedad ultrajada y del mío propio, doy á Su Señoría Ilustrísima y al venerable Clero mi más profundo agradecimiento por los importantes oficios de que he hecho mérito, los cuales me será sumamente grato poner en conocimiento de quien corresponda.»

(Entre otras muchas cartas gratulatorias que entonces recibió el Sr. Moreno, copiaremos tan sólo la que le dirigió el conocido personaje de Pasto, D. Medardo Bucheli A.)

«Consacá, 8 de Octubre de 1904.»

»ILMO. Y RMO. SR. D. FR. EZEQUIEL MORENO DÍAZ.
— PASTO.

»Ilustrísimo señor: Con grande pena he tenido noticia de los muchos sufrimientos que le han ocasionado los motines que tuvieron lugar en días pasados. Dios Nuestro Señor premiará á Su Señoría la abnegación con que todo lo soportó por amor á El y por salvar esa sociedad del furor de la soldadesca y de los azuzadores de ella y del pueblo, más temibles aún por su mayor malicia.

»Cumpló con el deber de hacer presente á Su Señoría Ilustrísima, cuán de corazón lo acompaño en sus sufrimientos; si bien, por otra parte, es, para mí, motivo de gran satisfacción la noble conducta con que una vez más, y en tan señalada ocasión, ha probado el paternal interés que le inspira el bienestar de nuestra pobre tierra.

»Este incidente es de aquellos que no pueden borrarse de la memoria de los pueblos, y que forman las glorias que los católicos tenemos para echar en cara á nuestros enemigos. Sea Dios bendito, pues El es quien ha dirigido á Su Señoría Ilustrísima.

»Ruego á Su Señoría me dé su bendición y reciba las consideraciones de su humilde y respetuoso servidor,

»MEDARDO BUCHELI A.»

En 3 de Noviembre el Excelentísimo señor Presidente de la República telegrafaba desde Bogotá al Gobernador de Pasto: «Compláceme háyase posesionado Gobernador nuevo Departamento. Sírvase dar á Ilmo. Sr. Moreno, en nombre Gobierno y mío, lo mismo que al Clero de esa ciudad, agradecimiento por los patrióticos esfuerzos que hicieron para dominar la sublevación del 5 de Octubre pasado y por los recursos en dinero que dieron, según me informa usted; éstos se los devolverá en oportunidad. Gobierno dió orden á Administrador Aduana Tumaco proveer á usted de fondos para los gastos nacionales de nuevo Departamento. — Para salvar territorio Caquetá de invasiones peruanas y brasileñas es indispensable apertura camino de herradura de Pasto á Aguarico; señor Obispo podrá ayudarnos en ello con su influencia con los misioneros. Recomiéndole hablar con él y decirle en mi nombre que son falsas y calumniosas las noticias que se han dado de que yo he pedido ó deseo su separación de esa Diócesis (1), pues espero que con la creación del nuevo Departamento se unirá á usted como Gobernador para establecer la paz, la concordia y la armonía en los espíritus, y que trabajarán por el progreso y bienestar de los pueblos. — *Reyes.*»

Como se ve por el telegrama anterior se había hecho nueva división civil del antiguo Departamento del Cauca, creando el denominado de Nariño, cuya capital era Pasto.

(1) Efectivamente se hablaba con insistencia de eso, y los sacerdotes, caballeros y señoras de Pasto telegrafaron á los Excelentísimos señores Presidente de la República y Delegado Pontificio para que no se molestase á su amadísimo Padre. En el Capítulo anterior dejamos transcrita la contestación del señor Delegado; la del Excelentísimo señor Presidente fué esta: «Conozco elevadas virtudes del Ilmo. Sr. Moreno, y lo estimo bastante personalmente para no pedir su separación.» El señor Delegado telegrafaba: «Ni Santa Sede, ni Gobierno han pensado separar Ilmo. Sr. Moreno de esa Diócesis.» Esos telegramas decían verdad, pero también era cierto que se pretendía ejercer presión en el sentido de que el P. Ezequiel saliese de Pasto.

El Ilmo. P. Ezequiel, que todo lo miraba desde el punto de vista religioso y que era tan devoto de la Santísima Virgen, deseó que al nuevo Departamento se le pusiese el nombre de «la Inmaculada», y al efecto, dirigió una Circular á sus diocesanos animándoles á pedir al Gobierno que fuese llamado *Departamento de la Inmaculada* el proyectado Departamento de Nariño. En este sentido se elevaron á las Cámaras varias exposiciones, pero no fueron estimadas.

Achacábase al Sr. Moreno el ser irrespetuoso para con las autoridades; lo contrario nos dice su conducta en todas las circunstancias de su vida pública, y singularmente su modo de proceder al inaugurarse el nuevo Departamento de Nariño, pues mandó que se celebrase el acontecimiento con solemnísima función en la Catedral, donde antes de entonar el *Te Deum*, dirigió al primer Gobernador una alocución tan religiosa como patriótica, de la que tomamos los siguientes párrafos:

«El respetable anciano y sincero católico Dr. D. José María Navarrete, Presidente del Tribunal de esta noble y amada ciudad de Pasto, acaba de poner en posesión del Gobierno de este nuevo Departamento erigido con estos territorios meridionales de la República; y es gratísimo para mí ser el primero en saludaros en nombre del Clero y fieles de mi Diócesis, y tributaros el homenaje de respeto debido á toda autoridad legítima.

»Os ha cabido la alta honra de ser el primer Gobernador de este Departamento, que ha entrado á vivir con independencia, aunque no con tanta, que no esté sujeto á Dios en primer lugar, y en segundo á la Nación para formar con los otros Departamentos esa hermosa unidad que se llama Colombia, con una bandera que no debe

llamarse Nariñense, ni Caucaua, ni Tolimense, ni cosa parecida, sino Colombiana.

»Según la fe que tenemos la dicha de profesar, toda autoridad viene de Dios. Sentado este principio, ni Usía tiene por qué engreirse al mandarnos, ni nosotros tenemos por qué sentirnos humillados, al prestaros nuestra respetuosa obediencia en las cosas que atañen á vuestro cargo. Usía mandará con la autoridad de Dios, de quien es Ministro para el bien, según San Pablo, y nosotros obedeceremos á Dios en Usía, haciéndose por este motivo nuestra obediencia grata y hermosa. Usía dará cuenta á Dios del uso que haga de su autoridad; cuenta tanto más rigurosa cuanto más elevado es el cargo; y por eso dice la Escritura que los poderosos serán poderosamente atormentados. — Sabemos que también nosotros daremos cuenta á Dios si no obedecemos, porque confesamos con San Pablo que *el que resiste á la autoridad, resiste á la ordenación de Dios*. León XIII al citar este texto en su Encíclica *Immortale Dei* saca una consecuencia de la más alta importancia, que expresa con estas palabras: Por tanto, quebrantar la obediencia, y acudir á la sedición, sublevando la fuerza armada de las muchedumbres, es crimen de lesa Majestad, no sólo humana, sino divina. Esta doctrina, bien entendida y practicada, haría la felicidad del nuevo Departamento; pero, desgraciadamente, hoy día son muchos los hombres que enseñan y practican lo contrario, llevando á los pueblos trastornos y desgracias.»

Indica luego el modo de conseguir la paz y la dicha, y concluye diciendo: «Pongamos, pues, como base del nuevo Departamento la obediencia á Dios en lo que nos manda creer y practicar, y así habrá paz y felicidad en

los pueblos. Los hombres revoltosos que se apartan de Jesucristo, Príncipe de la Paz, por más que proclamen derechos, sólo tendrán uno: el derecho á la muerte y al infierno, *ubi nullus ordo*, donde no hay orden, sino revolución sin fin y horror sempiterno. Allí serán eternos revolucionarios, pero humillados, desesperados, castigados por el Jesús cuyas doctrinas rechazaron con desprecio.

»El ardiente deseo de mi corazón para el nuevo Departamento es que sea feliz con todas las felicidades que da el verdadero orden. Para Usía, señor Gobernador, anhelo con toda el alma un gobierno fecundo en toda clase de bienes para vuestros gobernados, lo que constituirá vuestra propia dicha, porque dicha es para un buen gobernante la dicha de sus gobernados. Recibid como prenda de estos deseos nuestro cordial saludo y la cristiana felicitación que os dirigimos en Jesucristo y por Jesucristo, á quien ahora alabaremos por sus beneficios y pediremos gracias y auxilios para que Usía sepa goberarnos según sus doctrinas, y nosotros sepamos obedecerle con humildad y según las mismas doctrinas, únicas que dan la positiva civilización á los pueblos.»

Grande había sido el triunfo logrado por el Ilustrísimo P. Ezequiel el día 5 de Octubre de 1904, pero, aunque menos brillante, fué acaso mayor el conseguido á principios del año siguiente. El Gobierno, á fin de arbitrar los necesarios recursos, monopolizó, entre otros artículos, el de licores, adjudicando la explotación al mejor postor, mediante público remate que se verificaría el 14 de Enero. En los primeros días de Noviembre anterior se manifestó la actitud de gran número de personas opuesta al monopolio, por considerarlo favorecedor de intereses particulares y contrario á los del pueblo. Con este título, *El Pueblo*, se fundó un periódico, órgano

de esas tendencias, que en sus comienzos pudieron ser honestas, pero que, apoderándose luego de ellas el elemento revoltoso, iban tomando otro carácter peligrosísimo para la tranquilidad del nascente Departamento. Por fortuna, entre los antimonopolistas había gente que, sobre ser muy honrada, tenía plena confianza en su querido Obispo, á quien no podían menos de venerar también las autoridades de la Ciudad; era, por consiguiente, el árbitro natural para la solución del conflicto, y á él recurrieron los de uno y otro bando.

El Ilmo. Sr. Moreno escribió, con fecha 26 de Diciembre de 1904, una luminosa *Instrucción sobre la agitada y ruidosa cuestión del monopolio de licores*. «Hace algún tiempo, dice, que se observa en esta ciudad una intranquilidad que alarma, cierto malestar que angustia, algo que hace temer, que preocupa, que quita el reposo, tan necesario para la buena marcha de los asuntos públicos y privados. Todas las personas de orden deben trabajar, cada una según sus fuerzas, para que desaparezca esa situación intolerable y en extremo perjudicial, y sea reemplazada por la calma y la paz á que tienen derecho los ciudadanos. La causa de tan lamentable y molesta situación, es bien conocida de todos: es el monopolio de la renta de licores.»

Estudia el asunto en su aspecto moral, exponiendo con pocas palabras y claridad suma la doctrina de los Teólogos, y resuelve que tratándose, como se trataba, *de un monopolio público, impuesto por legítima autoridad y causa justa, era lícito*. «Probado, añade, como queda probado todo eso, es indudable que estamos obligados en conciencia á respetar esa disposición, y que el oponerse á que se ejecute, con amenazas, ó gritos, ó de otra

manera parecida, sería una falta grave de rebelión, no sólo ante los hombres, sino ante Dios.»

En la *Conclusión* escribe: «Los monopolistas y los antimonopolistas pueden seguir siendo lo que son, siempre que respeten lo que justamente ha ordenado y ordena la autoridad. Más aún; pueden los antimonopolistas trabajar para que la futura Asamblea dé una Ordenanza por la que se organice la renta de licores por un sistema que no sea el monopolio, pero es más que claro que esos trabajos se han de hacer siempre dentro del terreno legal, sin alterar en lo más mínimo la paz que tienen derecho á gozar los ciudadanos, y con disposición sincera de ánimo de acatar lo que la Asamblea ordene, aunque sea contrario á lo que se ha opinado y pretendido, hasta que legalmente se ordene otra cosa. Pensar y obrar de otra manera sería entablar una anarquía criminal y enteramente desastrosa aun para los mismos individuos. Confiamos en que los buenos católicos entenderán perfectamente cuanto dejamos dicho, y arreglarán su conducta á esas enseñanzas. Poderoso estímulo para oírnos debe ser el considerar que siempre hemos dicho la verdad, lo mismo á los altos personajes que á los pequeños y humildes.»

¡Y decir que el Ilmo. Sr. Moreno era irrespetuoso para con las autoridades! Todavía, á mayor abundamiento de pruebas en contrario, no menos que de su colosal prestigio, citaremos el caso que sucedió en Noviembre de 1902. Hallábase la ciudad de Pasto alborotada, porque habían circulado rumores de que el Municipio agravaría con impuestos varios artículos de primera necesidad. La alarma comenzó á traducirse en hechos, siendo apedreada la casa del Muncipe, á quien se atribuía el proyecto. Ante aquella actitud del pueblo, la gente de

orden dirigió una mirada de súplica al prestigioso Obispo, y este bondadoso Padre logró calmar todos los ánimos y restablecer el orden con una breve alocución que se fijó en lugares públicos, y dice así:

«Á LOS CATÓLICOS DE PASTO

»Interesado como el que más en el bienestar de mi pueblo, y lleno mi corazón de afecto cristiano hacia todos los hijos de Pasto, he procurado enterarme de cuál era la causa del malestar que he notado estos días pasados en esta población de suyo pacífica, con el fin de hacer cuanto estuviera de mi parte, para procurar el bien de todos. — Me han dicho que el motivo del malestar es que se ha hecho creer al pueblo que el Concejo Municipal trataba de agravar con impuestos algunos artículos de primera necesidad. — Tengo, pues, que decir á mi pueblo, que en el Concejo sólo se discutió si convendría ó no, gravar con pequeñísimo impuesto, solamente el trigo, y se resolvió que no, porque tan pequeño impuesto no merecía la pena de hacer innovación alguna. — NO HABRÁ, PUES, NUEVOS IMPUESTOS, os lo dice vuestro Obispo, porque así se lo ha manifestado el mismo Concejo, y desapareciendo con esto la causa del malestar, ruego á todos por el Sagrado Corazón de Jesús que se calmen, y que no dejen ya oír un grito más, y vuelva la población á su ordinaria tranquilidad y cristiana paz. — ¡Alerta católicos! no sea que haya tras de vosotros personas que traten de realizar miras siniestras, y de llevaros al precipicio. Haced caso á vuestro Obispo, que os dice y asegura de nuevo que NO HABRÁ NUEVOS IMPUESTOS,

y no oigáis á los que os digan otra cosa para precipitaros y alarmar la población.— Os bendice vuestro Obispo, que os desea toda clase de bienes.

» † FR. EZEQUIEL

»Obispo de Pasto.

»*Pasto, Noviembre, 28 de 1902.*»



CAPÍTULO XV

Reanuda la Santa Visita. — Carta Pastoral con motivo de la Cuaresma de 1905 acerca de la unión de los católicos. — Telegrama del Jefe del Estado. — Contestación del Sr. Moreno. — Es llamado á la capital de la República. — Viaje. — Carta del Ilmo. P. Ezequiel explicando la contestación al telegrama. — Respuesta satisfactoria del Excelentísimo señor Presidente. — Regreso á la diócesis. — Magnífico recibimiento.

TAN pronto como quedó sosegada la agitación que el asunto *monopolio* había producido, salió el Ilustrísimo Sr. Moreno á practicar su segunda Pastoral Visita en los pueblos de Tangua, Funes, Iles, Contadero, Gualmatán, Pupiales, San Juan, Puerres, Males, Potosí, Las Lajas, Ipiates y otros, expresando todos con músicas, cabalgatas y discursos la alegría que les causaba ver otra vez á su amado Pastor; cuyo género de vida era el constantemente observado en todas las Visitas, sin estar un momento ocioso, y cuando sus acompañantes se hallaban rendidos de fatiga, él estaba sonriente y como incansable.

Estando en la Parroquia de Puerres firmó, á 27 de Enero, su bien pensada Carta Pastoral de Cuaresma,

volviendo sobre el asunto que ya había tratado en la de 1902 *acerca de la unión de los católicos*. Afirma y prueba en el párrafo I que Dios quiere la unión y la paz entre los hombres. Hace en el II esta pregunta: ¿Quiere Dios que tengamos unión con sus enemigos? y contesta negativamente, aduciendo varios textos del Antiguo Testamento, anotados por el Illre. P. Scio. Amplía la contestación en el III, reforzando las pruebas con pasajes del Nuevo Testamento, y expone en el IV la doctrina de la Iglesia sobre el mismo asunto, conforme á las enseñanzas de los Soberanos Pontífices Pío IX, León XIII y Pío X. Todavía acumula nuevas pruebas en el párrafo V, y haciendo finalmente aplicación de todo lo expuesto al caso práctico de cierta alianza entre los opuestos bandos de conservadores y liberales, fustiga la famosa *Base f*, propuesta por la Asamblea del Departamento de Antioquia, ó Junta de Conciliación antioqueña, que actuaba en Medellín (1). La síntesis de esa base, como afirmaba un periódico liberal, es *ver eliminada de la política la cuestión religiosa*. Ahora bien; recuerda el Ilmo. P. Ezequiel que el Papa León XIII en su Encíclica *Cum multa* escribió estas palabras: «Suelen algunos, no sólo distinguir, sino apartar y separar por completo la política de la Religión, queriendo que nada tenga que ver la una con la otra, y juzgando que no deben tener entre sí ningún influjo... Se ha de evitar TAN IMPÍO ERROR. «¿Podían, pregunta el señor » Obispo, aceptar los católicos una concordia á la que se » ponía por base un error impío?»

(1) Esa base dice: «Impedir por medio de una prudente tolerancia á todos los cultos que tengan por base la moral cristiana que en el país vuelvan á enardecerse las pasiones con motivo de la cuestión religiosa, de manera que nadie sea molestado en Colombia por sus opiniones y prácticas en esta materia, y reconocer que la religión católica es la de la mayoría de los colombianos.»

»Se puede comprender, añade, que, cuando ciertos buenos católicos han hablado de concordia, no lo han podido hacer para aclamar esa concordia basada en un ERROR IMPÍO, ni aun siquiera para aclamar la unión de católicos y enemigos del Catolicismo *quia absurdum*, porque es absurdo, como ya hemos dicho antes. La palabra *concordia* en boca de esos buenos católicos, extendida á todos los ciudadanos, sólo puede significar que no se promuevan guerras, que se respete la autoridad, que todos trabajen tranquilos, fomentando la industria, las artes, el comercio, las vías de comunicación y que todos vivan protegidos por los poderes públicos, en todo lo que sea justo. Todos deseamos y queremos esa concordia; pero como muchos no fundan esa concordia en Dios, fuente de ella, hay que decir de nuevo con Pío X: «Muchas personas impulsadas por el amor á la paz, es decir, á la *tranquilidad del orden*, se asocian y agrupan para formar lo que llaman el partido del orden. ¡Vanas esperanzas! ¡Trabajo perdido! Partidos del orden capaces de restablecer la tranquilidad en medio de la perturbación de las cosas, no hay más que uno: *el partido de Dios.*»

Tornó el señor Obispo de la Visita á Pasto, y á los pocos días recibió el siguiente telegrama del Excelentísimo señor Presidente de la República: — «*Bogotá, 23 de Marzo de 1905. Ilustrísimos Obispos y Vicarios: Tengo el gusto de transcribirles los siguientes cablegramas, cruzados con el Vaticano, como prueba de la satisfacción que Su Santidad ha experimentado al tener conocimiento de los trabajos que su Delegado el Ilmo. Sr. Ragonesi ha hecho ayudando á la obra de armonía y de concordia que quieren todos los Colombianos, y especialmente el Clero. — Bogotá, Marzo, 20. — Cardenal Merry del Val, Roma.*»

Honor saludar Eminencia y por su conducto Santo Padre. Anoche en banquete oficial en presencia de todo el Cuerpo Legislativo y del Ministerio tuve satisfacción dar gracias á Mons. Ragonesi en nombre de la Nación por servicios de pacificación y concordia que ha prestado á mi País. Ruego Eminencia comunicar esto al Santo Padre, y expresar mi profundo agradecimiento por conducta evangélica de su Delegado. — Reyes. — *Roma, 22 de Marzo.* — *Excelentísimo General Reyes, Presidente.* — *Bogotá.* — Su Santidad, enterado del telegrama de V. E., se complace en constatar conducta de su Representante, corresponde profundamente á sus sentimientos de pacificación y concordia, y agradece á V. E. su pública manifestación destinada á afianzar amistosas relaciones entre Santa Sede y Colombia. — *Merry del Val.* — REYES.»

El Sr. Moreno contestó con este tan sincero como poco ó nada diplomático telegrama: «Pasto. — *Marzo, 27 de 1905.* Señor Presidente de la República. — Bogotá. — Tengo el gusto de acusar á usted (1) recibo de telegrama del veintitrés (23) con cablegramas cruzados con Vaticano. — Hago míos en absoluto y con el mayor placer sentimientos de pacificación y concordia del Santo Padre, porque creo firmemente que están de acuerdo con lo que Dios quiere en ese punto. Esperaba ocasión y aprovecho ésta para decir lo siguiente, que exige ya la conciencia. — La palabra *concordia* tiene ya un sentido ambiguo, al menos, por estos lugares. Los liberales han dado á entender aquí que esa palabra *concordia*, aun salida de los labios del Santo Padre ó su Representante en Colombia, significa que hay que reconciliarse con el liberalismo, y condena á los que enseñan que no es posible esa recon-

(1) Sabía el P. Ezequiel que el General Reyes había renunciado el tratamiento de Excelencia, pero ignoraba que el Congreso no había admitido esa renuncia.

ciliación. — Protesto con toda mi alma contra esa interpretación, como injuriosa á la Santa Sede, y añado que creo y confieso una vez más, á la faz del mundo, que *el Romano Pontífice ni puede ni debe reconciliarse, ni transigir con el liberalismo moderno*. Así lo enseñó Pío IX de modo infalible, y jamás habrá Pontífice Romano que enseñe cosa contraria. La pureza de la fe y salvación de las almas hacen ya necesaria esta declaración. — *Fr. Ezequiel, Obispo de Pasto.*»

En Bogotá estimaron ese telegrama como irrespetuoso para la autoridad, y fué llamado el señor Obispo á la Capital de la República para que diese explicaciones. Apercibióse el pueblo y trataban de hacer una manifestación en favor de su Prelado, la cual disponían para el domingo de Ramos, 16 de Abril. Apenas lo supo el Ilustrísimo P. Ezequiel anticipó su viaje tan secretamente que ni siquiera el señor Vicario General se enteró de la marcha hasta después de efectuada. El ferviente católico y buen amigo D. Misael Chaves proporcionó generosa y abundantemente todo lo necesario hasta llegar á Popayán, y luego en el tránsito por aquella arquidiócesis y por el Obispado de Garzón, hicieron lo mismo los señores Párrocos, unos *motu proprio* y otros avisados de antemano por los respectivos Prelados. Tenemos á la vista una relación detallada de aquel viaje, en el cual, según lo hacía en todos, trabajó el Ilmo. P. Ezequiel como celoso misionero; mas no creemos oportuno transcribir la relación, ni hablar del cordialísimo recibimiento en Bogotá al querido Sr. Moreno, quien, después de varias conferencias con el Excelentísimo señor Delegado Apostólico, escribió al Excelentísimo señor Presidente de la República la siguiente carta:

«Bogotá, 12 de Junio de 1905.

»EXCELENTÍSIMO SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA. — PRESENTE.

»Excelentísimo señor: En los días que llevo de permanencia en esta capital, he llegado á saber, con mucha pena, que el telegrama que dirigí á V. E. con fecha 27 de Marzo del año en curso, ha sido interpretado por algunos como un acto de rebelión á la suprema autoridad de que se halla investido; y como esa interpretación puede causar escándalo á los fieles, paso con gusto á desvanecerla, exponiendo ligeramente la doctrina de la Iglesia acerca de la obediencia y respetuosa sumisión que se debe prestar á las autoridades, y el fin que me propuse en mi telegrama.

»Confieso con San Pablo, *que toda alma está sujeta á las potestades superiores; pues no hay potestad sino de Dios; que los que resisten se hacen reos de condenación; y que se les debe estar sujetos, no sólo por el castigo, sino por conciencia.*— Confieso también con el sapientísimo León XIII en su Encíclica *Sapientia*, que «sagrado es para los cristianos » el nombre del poder público, con el cual, aun cuando » sea indigno el que lo ejerce, reconocen cierta imagen » y representación de la Majestad Divina. Justa es y obligatoria la reverencia á las leyes, no sólo por la fuerza y » amenazas, sino por la persuasión de que se cumple un » deber.» Esa obediencia á las autoridades y á las leyes sólo admite la excepción que el mismo León XIII señala en dicha Encíclica con estas palabras: «Si las leyes de los » Estados están en abierta oposición con el derecho divino, si se ofende con ellas á la Iglesia, ó contradicen » á los deberes religiosos, ó violan la autoridad de Jesu-

» cristo en el Romano Pontífice. En estos casos, á ejemplo de los apóstoles, se debe responder animosamente: » «Conviene obedecer á Dios más que á los hombres.»

»Confesando, como por la gracia de Dios confieso, esa sublime doctrina de San Pablo y León XIII sobre la obediencia y respetuosa sumisión á las autoridades, ni mi fe ni mi conciencia me permitían el acto de rebelión que algunos han querido ver en el telegrama que nos ocupa, y, por lo mismo, ni pensamiento tuve de cometerlo. Lo que me propuse en el telegrama en cuestión es lo que paso á manifestar. — Los enemigos de la Iglesia, en mi Diócesis, haciendo mal uso de la palabra *concordia*, que se ha venido pronunciando en el sentido de que no haya más guerras y reine la paz para que los ciudadanos puedan trabajar y así progrese la nación en agricultura, industria, vías de comunicación, comercio, artes y ciencias, no concretaban dicha palabra á esa sola significación, sino que la extendían mucho más, dando á entender que se podían hacer transacciones y alianzas entre la verdad católica y los errores modernos, condenados por los Romanos Pontífices, particularmente por Pío IX y León XIII en su Encíclica *Libertas*, y que á favor de esa misma concordia se reconocían ya dichos errores como buenos para gobernar la nación, y como consecuencia, que era justo y lícito aspirar á gobernar con ellos. No pudiendo dejar que se propagaran en mi Diócesis tales errores, que son, según los mismos Romanos Pontífices citados, la verdadera causa de la ruina de los Estados, me creí en el deber de recordar esas enseñanzas.

»Tal fué el fin que me propuse al mandar el telegrama de que se trata, y tengo el mayor gusto en declararlo así, para alejar toda sospecha de que envuelva un acto de rebelión. — Deseando, como deseo, servir á Dios

Nuestro Señor en todas las cosas con la mayor perfección posible, deseo también, como consecuencia, cumplir y hacer cumplir, en la esfera de mi acción, el deber de la obediencia y respetuosa sumisión á las autoridades, de la manera más conforme á lo que Dios quiere y pide en esa materia, y á la extensión que señala su Vicario en la tierra el Soberano Pontífice de Roma. — Concluyo asegurando que deseo de corazón y pido al cielo luces y gracias para que V. E. pueda hacer feliz á la nación, gobernándola según las doctrinas de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santa Iglesia, y que todos contribuyamos á ese fin tan apetecible, obedeciendo á la autoridad y á las leyes, según esas mismas doctrinas, únicas que pueden dar á los pueblos y á las naciones la verdadera civilización y positiva felicidad. — Dios guarde á Vuestra Excelencia muchos años.

»FR. EZEQUIEL

»Obispo de Pasto »

Seis días después dirigió el Excelentísimo señor Presidente de la República al Ilmo. Sr. Moreno la siguiente comunicación:

«Bogotá, 18 de Junio de 1905.»

»A FR. EZEQUIEL, ILUSTRÍSIMO SEÑOR OBISPO DE PASTO. — PRESENTE.

»Ilustrísimo señor: Acuso á Su Señoría Ilustrísima recibo de la nota que se sirvió dirigirme con fecha 12 del presente. — Con satisfacción veo por ella, y no podía ser de otro modo, que Su Señoría Ilustrísima no acepta la

interpretación que se ha querido dar al telegrama que me dirigió el 27 de Marzo último. — Si en todo tiempo y en todo país es conveniente proclamar la sana doctrina de respeto y obediencia á la Autoridad constituida, en Colombia es no solamente conveniente, sino de urgente necesidad, porque está á la vista de todos, que los ataques á la autoridad religiosa y civil y el desconocimiento de sus prerrogativas y deberes, han conducido á esta Nación á la ruina y desorganización en que se encuentra después de ochenta años de guerras fratricidas.

»El Gobierno que tengo el honor de presidir tiene la resolución inquebrantable — así lo ha hecho saber y lo ha practicado con honrada franqueza — de acabar definitivamente con las matanzas entre hermanos, propias de pueblos salvajes; para realizar este propósito, el Gobierno se apoya únicamente en la fuerza moral y cuenta, desde luego, con la cooperación del Clero católico y de los buenos ciudadanos, que trabajan en favor de la obra de paz y concordia entre los Colombianos, con la misma buena voluntad de que Su Señoría Ilustrísima me manifiesta estar animado para ayudar en tal sentido, lo que la actual Administración del país sabrá estimar debidamente. — Dios guarde muchos años á Su Señoría Ilustrísima.

»R. REYES.»

Haciendo bien estuvo el Ilmo. P. Ezequiel en Bogotá, y haciendo bien regresó á su Diócesis. Salió el 7 de Julio, se detuvo en Honda por hallarse delicado, predicó en Manizales el día de Nuestra Señora del Carmen, y fué cariñosamente recibido y entusiastamente aclamado en Cartago, en Tuluá, en Cali, en Popayán, etc. De la extensa

relación á que antes hemos aludido, tan sólo copiaremos lo siguiente:

«En el río Mayo, límite de la Diócesis, era verdaderamente asombroso el espectáculo que se ofreció á nuestra vista. Un gran número de jinetes esperaban á su Prelado, y desde dicho punto hasta el pueblo, que dista algo más de una hora, había infinidad de arcos formados con palmas y flores, preparados algunos con cohetes, y nos hospedó é hizo grandes agasajos el Párroco D. José María Guzmán. El 5 de Agosto salimos con dirección á Pasto, deteniéndonos en Berruecos, donde nos recibió el señor Cura D. Demetrio Guerrero, que tanto amaba al P. Ezequiel. Seguimos hasta el río Juanambú, pasamos por la *tarabita* y nos encontramos luego con varios Padres Filipenses de Pasto, que estaban de vacaciones en su hacienda llamada *La Loma*, donde pernoctamos. Después de celebrar el santo sacrificio, y acompañados de los sacerdotes que habían ido á encontrarnos en la Unión, de don Leonidas Delgado y de varios Filipenses, marchamos el 6 para Pasto, entrando en la ciudad hacia las dos de la tarde, yendo con nosotros los Padres Capuchinos con el Colegio-Seminario, luego sacerdotes, señores, jóvenes y artesanos en sus respectivas cabalgaduras galanamente enjaezadas, de manera que al entrar en Pasto formábamos un numeroso y lucido escuadrón.»

En el punto denominado *La Trocha*, y de uno de los grupos de gente sencilla que al divisar al Prelado se arrojaban para recibir su bendición, se destacó una joven con un niño en brazos. El *nene*, con un ademán encantador, ofreció al viajero una corona de plumas blancas, rodeada de una cinta color escarlata. Y la frente del Mitrado se inclinó para recibir la ofrenda de la fe de manos de la inocencia.

Muy cerca de Pasto le esperaba un nutrido grupo de artesanos, y allí pronunció uno del gremio el discurso que, impreso, y con más de trescientas firmas, fué luego profusamente repartido. Decía así:

«ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR:

»La mano de los hombres coronándoos de espinas os arrancó ayer de esta ciudad, y la mano de Dios coronándoos de gloria os vuelve hoy á esta misma ciudad que tanto os ama. Por eso este pueblo que siempre noble y leal os siguió con su cariño en vuestra dolorosa partida, viene hoy á compartir con vos las alegrías de vuestro triunfo.— Ilustrísimo señor: el gremio de artesanos pastense, de en medio de la espléndida ovación que hoy os tributa Pasto, alza su voz y entusiasmado os saluda: en ese saludo van envueltos los vítores debidos á vuestro triunfo y las promesas de nuestro amor é inquebrantable adhesión á vuestra persona y enseñanzas. — La fe que tan radiante supisteis encender en nuestras mentes, nos decía durante vuestra ausencia que el justo sufre, pero triunfa; que la justicia de Dios demora á veces, pero llega; que el reino de Dios se asienta sobre las ruinas de la soberbia humana. Por eso esperábamos, y ya que nuestras dulces esperanzas hanse convertido en dulcísima realidad, os juramos, con solemne juramento, no desertar jamás de las filas defensoras de esa fe que consuela, engrandece y triunfa.

»Ilustrísimo señor: permitid que os aclamemos nuestro Josué de los tiempos modernos, seguid combatiendo las batallas del Señor, á vuestro lado arrollaremos al enemigo, y el Sol de Justicia clavado eternamente en la mitad de los cielos, así como alumbró nuestras fatigas, alumbrará las alegrías de nuestra gloriosa victoria. Dejad,

Señor, que, concentrando lo más puro y ardiente que hay en nuestros corazones en un grito de entusiasmo, os digamos: ¡Viva el Ilmo. Sr. MORENO!! ¡Viva el Prelado íntegro y valiente!! ¡Viva Colombia grande y cristiana!! ¡Viva la Religión Católica!!...»

La magnífica recepción y estruendosas ovaciones que Pasto hizo aquel día á su amadísimo Prelado superó á cuantas le había hecho otras veces. Hubo arcos, músicas, colgaduras, todo género de entusiastas manifestaciones, y se pronunciaron no pocos discursos expresivos del hondo regocijo de los fieles. Le saludó el señor Secretario de Gobernación en nombre del Departamento, y más adelante lo hizo el Presbítero D. Victoriano Rosero en nombre propio y de todo el Clero de la Diócesis. Ocupaba el señor Obispo el coche descubierto que le había ofrecido el Sr. Epaminondas Navarrete, y levantándose de su asiento, dijo: «Voy á contestar con dos palabras los tres discursos que me han dirigido. Es necesario que mi Clero y pueblo sepan que soy el mismo. *El viaje no me ha cambiado en nada: SOY EL MISMO OBISPO DEFENSOR DE LA VERDAD.* Os agradezco cuanto habéis hecho por mí, y os bendigo.»

Por cierto que no á todos debió agradar la inalterable firmeza del Prelado, pues se notó que algunos se escabulleron, no formando ya parte de la comitiva. En cambio, la inmensa mayoría acogió las palabras del Ilmo. Sr. Moreno con aplauso de sus almas, exteriorizado entonces en batir de palmas y luego en homenajes que con epígrafes de *felicitación, bienvenida, gratitud filial*, etc., etc., le dirigieron los sacerdotes, las Comunidades religiosas, el Seminario y muchísimos fieles de Pasto y de otros puntos de la Diócesis. Algunos de esos homenajes pueden verse en *El Campeón Católico* del 12 de Agosto de 1905, y del

ofrecido por las Betlemitas copiamos lo siguiente: «Con vuestro último viaje habéis puesto en indiscutible evidencia que estáis pronto á dar gustoso, si menester fuera, la misma vida por la salud de vuestro rebaño. Ante Colombia entera os habéis presentado revestido de imponente majestad y bañado en las auras del verdadero heroísmo con la diestra extendida en actitud de asir la simbólica palma de los supremos sacrificios.» La Superiora de Terciarias Franciscanas le decía: «Hemos orado ante el Divino acatamiento pidiendo á nuestro celestial Esposo por la salud, conservación y pronto regreso de nuestro amadísimo Padre y Prelado. Ahora, pues, viendo que nuestras súplicas y clamores han sido benignamente escuchados por la divina Bondad, ¿cómo no hemos de sentirnos poseídas de la mayor alegría y satisfacción, teniendo ya entre nosotras al solícito y amante Pastor, después de la ausencia y del peligro de perderlo? Sí; con grande alegría y agradecimiento hemos de exclamar de lo íntimo de nuestro corazón: ¡Bendito sea Dios! que nos ha mirado con ojos de misericordia, y no ha permitido que nuestros enemigos se alegren por nuestro dolor, viendo llorar nuestra orfandad. — Dignaos, Ilustrísimo señor, aceptar esta pequeña expresión del amor que os profesan, y la felicitación que os envían las religiosas Franciscanas que tienen el honor de residir en vuestra Diócesis. — SOR CARIDAD.»





CAPÍTULO XVI

Iniciase la última enfermedad del Ilmo. P. Ezequiel. — Desarrollo del mal. — Estado de ánimo del enfermo. — Su obediencia á lo dispuesto por el Clero. — Salida de Pasto, viaje y embarque para España. — Llegada á Cádiz. — Venida á Madrid. — En la víspera de la operación. — Testimonio de la Hermana Apolonia. — Reprodúcese la enfermedad. — Ida al Colegio de Montegudo. — Agravación. — Últimos momentos. — Su muerte.

HABÍA llegado el Ilmo. Sr. Moreno á Pasto muy robustecida el alma para la defensa de la fe, pero con el cuerpo mortalmente herido por terrible enfermedad que, después de un año de acerbísimos dolores, había de llevarle al sepulcro. Pocos días antes de emprender su viaje de regreso manifestóse el primer síntoma en Bogotá, donde echó por las narices algo de sangre mezclada con la mucosidad. El Dr. Torres, que le había invitado á comer, se enteró de ello y le dijo que convenía examinar la causa, mas el P. Ezequiel, no dando á la cosa importancia alguna, cambió la conversación.

Las molestias propias de tan largo viaje, el calor sofocante de Honda y otros puntos, y las continuas, y á veces dobles, jornadas, contribuyeron á precipitar el

desarrollo, de manera que al querer entrar con su Clero en ejercicios espirituales muy poco después de su llegada, ya no pudo hacerlo; las pérdidas de sangre se hacían más frecuentes, la debilidad y los dolores se acentuaban, y sin embargo seguía trabajando sin preocuparse de la enfermedad. El médico Dr. Moncayo comenzó á sospechar que aquello fuese lo que realmente era, un cáncer; se indicó al señor Obispo la conveniencia de una consulta, y, á pesar de que él la creía innecesaria, se tuvo, aunque sin resultado para el diagnóstico, siendo preciso que los Doctores se reuniesen otra y otra vez. Determinaron entonces cauterizar la llaga, y no habiendo *thermo-cauterio* utilizaron al efecto algunos aparatos del Seminario, y se hizo por telegrama larga consulta á Bogotá, de donde constataron que se imponía la operación.

Para que se vea el estado de su ánimo en aquellas circunstancias, copiamos los siguientes párrafos de cartas que entonces escribía:

«En Bogotá me principió una enfermedad á la nariz, que sigue y parece algo seria, por lo menos preocupa á los médicos. La cabeza no me deja trabajar, pues está muy pesada.» (21 de Octubre de 1905.)

«Sigo lo mismo de salud, y los médicos no dicen aún lo que tengo. Mañana vienen de nuevo á verme, y acaso á cauterizar una llaga del paladar, y no sé qué más harán. Me figuraré que es una penitencia voluntaria que me impongo. La cabeza no me permite escribir mucho. Los médicos me han dicho que no trabaje, pero, estando aquí, es imposible, y saliendo al campo, no tengo á Jesucristo como aquí.» (24 de Octubre.)

«Sigue mal esto de la nariz, á pesar de las muchas oraciones y comuniones que se han hecho para que el Señor me dé la salud. Yo no la deseo, aunque tampoco

la rechazo; estoy muy conforme con lo que Dios Nuestro Señor quiera, y puesto que tanto se le pide hay que descansar en lo que El quiera hacer. ¡Qué consolador es esto! No conocen esta doctrina los que se desesperan. — Me envidia siempre, con razón, el que tenga en casa á nuestro Jesús. Por eso le decía en mi anterior que no me determino á salir á ninguna parte, porque en ninguna parte tengo ese consuelo y esa compañía. ¡El sea bendito que se digna humillarse tanto, y comunicarse tanto!» (27 de Octubre.)

«Mi enfermedad es muy grave é incurable humanamente. Dicen de Bogotá que vaya allí, *que tal vez* llegaré á tiempo para la operación. Me parece imposible eso. ¡Estoy tranquilo en manos de nuestro Jesús! Diga á Jesús que no me deje perder un momento del tiempo que me resta y todo sea para El.» (2 de Noviembre.)

«Aun me levanto á la misma hora, y hago todo lo que hacía, excepto estudiar y escribir, que no puedo. Me dicen que me marche á Bogotá ó á Europa, que aun llego á tiempo para que me operen con éxito probable; pero no apuro, porque no tengo ganas de viaje, y porque están rogando por mi salud muchas almas en toda la Diócesis. Si después de algunos días el Señor no me cura, me entregaré á lo que decidan tres ó cuatro sacerdotes buenos; si deciden que me marche, obedeceré. ¡Qué dulce es descansar en los brazos de Jesús en estas circunstancias! Le digo que haga lo que quiera, y así quedo tranquilo.» (4 de Noviembre.)

«Según los médicos tengo *llagas malignas palato-nasales* sobre las que hay que operar, y ellos no tienen medios. Al dar ese diagnóstico, dejé los médicos, y me he puesto en las manos de Dios: El hará su santa voluntad. — Delegado Apostólico, Arzobispo de Bogotá y otros, intere-

«sadísimos por mi salud con grandes muestras de aprecio.»
(25 de Noviembre.)

«Esta es una travesura de enfermo, pero la hago para mandarle esa estampita que hace días tenía por aquí. — No desaparecen los síntomas graves de la enfermedad, y hoy me han visitado dos Padres Jesuítas, dos Capuchinos, dos Filipenses y el señor Vicario con otro sacerdote para *mandarme* que me marche á Europa. Si Dios no me mejora en estos días, me marcharé á mediados de este mes.» (5 de Diciembre de 1905.)

«Voy con una enfermedad gravísima para *ver si me pueden curar*. Las Comunidades y Clero así me lo han pedido, y eso me decidió. Pida mucho á nuestro Jesús que me haga suyo y me purifique. ¡Qué dulce es en estas ocasiones no querer más que lo que El quiere.» (9 de Diciembre.)

La resolución tomada por el Clero obligando, digámoslo así, al señor Obispo á venir á Europa obedecía, en primer lugar, al grande amor que todos le tenían, y en segundo, á la coincidencia de haber llegado por entonces á Pasto el Prefecto Apostólico del Caquetá, P. Fidel Montclar, Capuchino, que dió muchas esperanzas de feliz éxito en la operación, diciendo que había en Barcelona un hábil y reputadísimo especialista, el cual había operado con excelente resultado á un religioso de su Orden. Obedientísimo como era el P. Ezequiel, á pesar de tener la firme persuasión de que la enfermedad era incurable, decidió el viaje, consagrandó antes los Santos Oleos, en uso de la facultad concedida á los Obispos de la América Latina, y confiriendo, aunque con muchísima fatiga, los sagrados Ordenes á varios aspirantes del Clero secular y regular en dos días distintos.

El 18 de Diciembre salió de Pasto el ilustre enfermo,

acompañándole el P. Alberto Fernández y el Hermano Manuel Pérez de la Madre de Dios; hicieron noche en la hacienda Yaruquí, de los Sres. Guerrero; pasaron el 19 por Iles, pernoctaron en El Contadero, y el 2 fueron al celeberrimo Santuario de Nuestra Señora de Las Lajas, á la que el Ilmo. P. Ezequiel tenía tanta devoción. Por cierto que en la noche del 20 al 21 por iniciativa de una persona religiosa hubo en Pasto Exposición del Santísimo Sacramento, pidiendo al Señor la salud del Prelado, por la intercesión de la Santísima Virgen. Gran confianza tenían los Pastusos en que sus fervientes ruegos serían escuchados; pero el Señor quería purificar más y más á su siervo en el crisol de los trabajos y de la enfermedad.

Anhelando el celoso Pastor que hubiese en la Diócesis el mayor número posible de Ministros del Altísimo, todavía se impuso el sacrificio de conferir Ordenes en Las Lajas; y después de celebrar la santa Misa y despedirse de su venerada y amadísima Señora, partió para Pastás, pasando por Ipiales, y pernoctó en Guachucal, yendo luego á Piedra-ancha y ordenando allí de sacerdote á un diácono. Antes de Piedra-ancha se les unió el R. P. Agustín de Artesa de Segre, Custodio de los Capuchinos, que venía á España. Pasaron la noche de Navidad en el pueblecito ó caserío de Buenavista, donde no hay iglesia; pero en la escuela dispusieron el altar portátil y celebraron el señor Obispo y los dos Padres una misa cada uno.

Era de ver cómo en todos los puntos por donde pasaban, aquellas buenas gentes ofrecían todo género de cuidados á su querido Obispo. No pocas personas salían llorando al camino é iban á las casas en que paraba, manifestando su profundo sentimiento por la enfermedad de que adolecía. Y es que el Ilmo. Sr. Moreno era venerado por todas partes, y recordábase lo que había hecho en

las Visitas Pastorales, sobre todo en la última de 1903, en bien de las almas.

Bajo un sol abrasador que mortificaba no poco al paciente, entraron muy acompañados del Párroco, autoridades civiles é inmenso gentío que, luciendo sus mejores preseas, celebraban el día de Pascua, en Barbacoas, y el 26 por la noche se embarcaron en *El Telembí*, navegando hasta el atardecer del día siguiente y durmiendo cerca de donde había que pasar un trozo de monte, á fin de evitar la entrada en el mar en la afluencia del río Patía. En una silla colocaron al señor Obispo, que, con harto pesar suyo, se vió precisado á aceptar el vehículo, y á espaldas de un hombre se atravesó el fangoso camino, embarcándose de nuevo para Tumaco. Mas como había que esperar la marea alta, aprovecharon el tiempo para tomar una comida que el solícito P. Gerardo Larrondo les llevó. Recostóse el señor Obispo porque sentía mucha fatiga, subió uno de los peones á una troje y se le cayó una botella, yendo á dar en la frente del enfermo. Todos se alarmaron y reprendieron al hombre, pero el señor Obispo les tranquilizó y amparó al pobre peón, aunque el golpe fué dolorosísimo, por haber dado en la parte más delicada.

Se detuvieron en Tumaco hasta el día 6 de Enero, examinándole allí un médico norteamericano que calificó la enfermedad de cáncer *lupus* ó benigno, y, por lo tanto, curable; opinión que fué también la de otro Doctor de Panamá. El P. Custodio de los Capuchinos tuvo que quedarse en Tumaco por enfermo, y el señor Obispo salió en el vapor *Manavi* con rumbo á Panamá, llegando el 11, y partiendo el 13 para Colón en cuyas aguas estaba el vapor de la Transatlántica *Antonio López*, que le condujo á España. Al ir de Panamá á Colón le acompañó

cariñosamente el señor Obispo D. Javier Junguito hasta la mitad del camino, y el P. Bernardino García y D. Felipe Palomera hasta el vapor, del que era capellán D. Felipe, quien hizo mucho bien al Ilmo. Sr. Moreno durante la navegación. Todos se esmeraron en agasajar al enfermo, que, con su paciencia, dulzura y gratitud, se atraía el querer y la veneración de los otros pasajeros y de cuantos formaban la dotación del barco. Los continuos y acerbos dolores sufridos muy en silencio no le permitían estar acostado sino á cortos intervalos, viéndose obligado á pasar las noches ya sentado, ya paseando por el camarote, que era espacioso, ó bien reclinando la cabeza sobre una almohada. Sin embargo, celebró todos los días, oyendo después las dos misas que decían el P. Alberto y el señor Capellán, y á veces el P. Quirino Burgos, Agustino Calzado, que venía del Perú.

El vapor había tenido una avería en Sabanilla ó Puerto-Colombia, y andaba muy poco: por eso al llegar el día 8 de Febrero á Cádiz tuvo necesidad de entrar en dique, y la Compañía propuso á los viajeros que no habían terminado el viaje ir á un hotel ó tomar el ferrocarril para su destino. El señor Obispo quiso marchar á Madrid con intención de seguir á Barcelona; llegó á la Corte el día 10: y nótese que habían transcurrido exactamente los siete años, según la promesa hecha á sus hermanas, de la que se habló en el Capítulo VIII de esta Segunda Parte. Volvió, en efecto, á España el Ilmo. P. Ezequiel, y volvió hartamente diferente de como vino siete años antes. ¡Entonces tan lleno de vida, y ahora tan á las puertas del sepulcro! ¿Fué aquello una profecía? ¿Fué un presentimiento? Dios lo sabe.

Cuando los amigos y los Padres de la Residencia Generalicia le vieron tan padecido á causa de la enfer-

medad y del largo y penoso viaje, no les pareció prudente dejarle ir á Barcelona, y le indicaron que había en Madrid un acreditado especialista, el Dr. Compaired. Avisado éste por D. Gregorio del Amo, le visitó é inspeccionó, asegurando luego que era operable y que debía operársele cuanto antes. No hubo dificultad alguna por parte del enfermo, y se determinó llevarle al Sanatorio del Rosario, calle del Príncipe de Vergara, á cargo de las Religiosas Hermanas de Santa Ana, de antiguo conocidas y muy estimadas del Sr. Moreno, designando el día 14 para operarle.

El 13 escribió tres cartas: una al señor Vicario General de Pasto, otra al Padre Provincial de los Recoletos en Bogotá, y la tercera á una persona piadosa de aquella capital de Colombia. Sólo tenemos á mano esta última, y plácenos copiarla para que se vea, entre otras cosas edificantes, cuán delicada era la conciencia de quien la escribió:

«¡VIVA JESÚS!

»*Madrid, 13 de Febrero de 1906.*

»Mi estimada en Jesucristo: Mañana me operarán; y, por si muero, ahí va ésta como despedida de este mundo, y para decirle que no pude hacerle el reglamento de vida que me pidió y le prometí, aunque lo tenía ya en borrador. Trate mucho al Divino Maestro Jesucristo, y le enseñará á vivir como El quiere. Recuerden lo bueno que hayan visto en mí, y no mis faltas de modestia religiosa cuando tocaba la guitarra y cantaba (1), cosas ya

(1) Téngase en cuenta que lo que cantó el P. Ezequiel, acompañándose con la guitarra, fueron unos villancicos al Niño Jesús, en tiempo de Pascua de Navidad. Tal vez le apenaría el recuerdo del instrumento, que no parece muy propio de religiosos.

impropias en un religioso. Dígalo á todos los que me vieron hacer eso. — No puedo escribir más. Reciban todos la última bendición que les manda desde la tierra su afectísimo en Jesucristo,

» † FR. EZEQUIEL

»Obispo.»



Madrid. — Casa de Salud de Nuestra Señora del Rosario

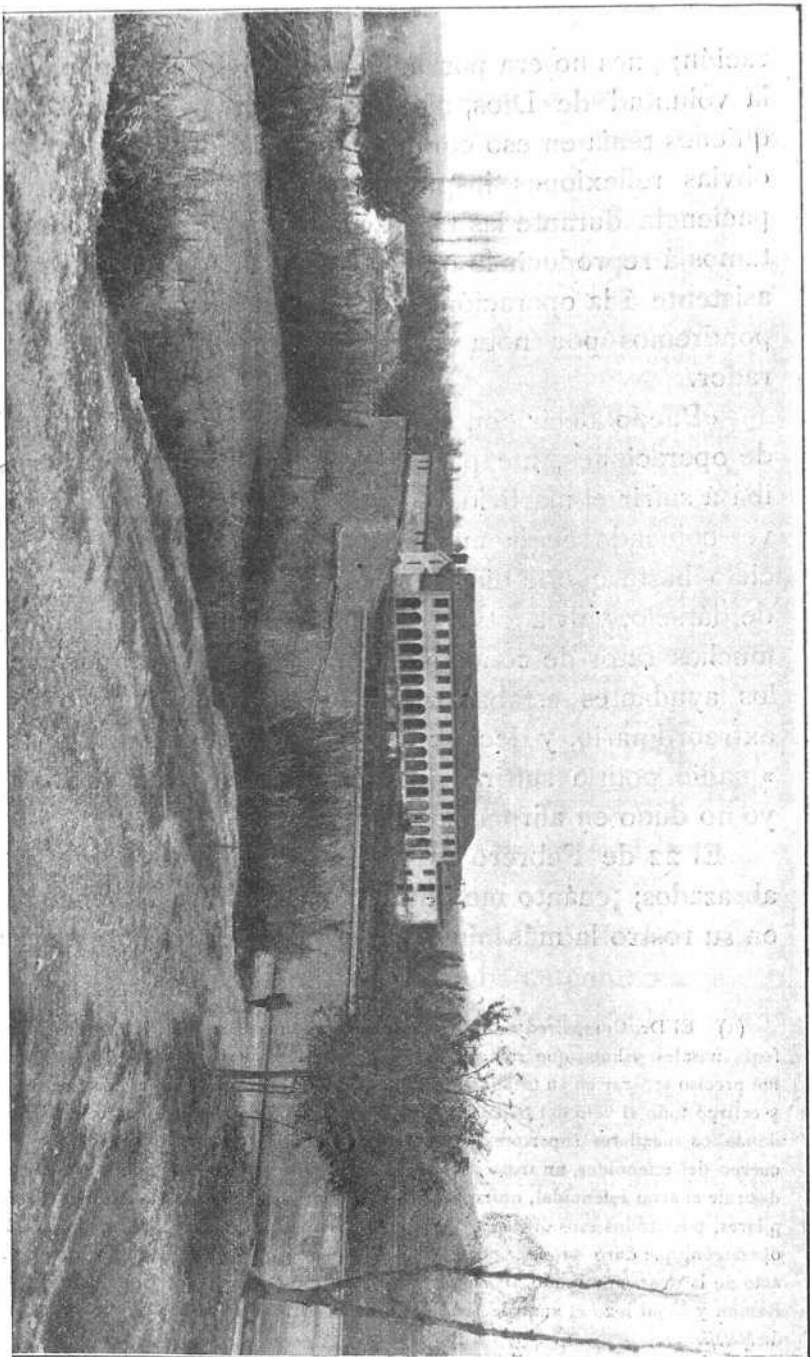
Quiso celebrar la Santa Misa el día de la operación; pero el médico se lo prohibió, y hubo de contentarse con recibir la Sagrada Comunión. A las diez de la mañana entraba el Ilmo. P. Ezequiel en la sala de operaciones con la siempre modesta y siempre enérgica fortaleza de su espíritu. Recordemos ahora lo que decía en una de las cartas transcritas en este mismo Capítulo, cuando se trataba de cauterizarle el paladar: «Me figuraré que es una penitencia voluntaria que me impongo.» Esta idea y la de «mi Jesús lo quiere» le animaban para someterse tranquilo y hasta gozoso á la tan cruenta y dolorosísima ope-

ración; pues no era por anhelos de vivir, sino por hacer la voluntad de Dios, manifestada en la de personas á quienes tenía en eso como á superiores. Sin exponer aquí obvias reflexiones inspiradas en aquel acto de heroica paciencia durante las tres horas de agonía, nos concretamos á reproducir lo que la Hermana Apolonia Costero, asistente á la operación, escribe con harto laconismo, y pondremos por nota la descripción técnica del operador.

«Puedo decir con sinceridad que al entrar en la sala de operaciones, me pareció ver á un santo que, gozoso iba á sufrir el martirio, porque realmente lo sufrió. Una vez colocado en la mesa es cuando elevaba los ojos al cielo hasta que le dieron el cloroformo; cuando dejaban de dárselo, volvía otra vez á hacer lo mismo, pues tenía muchos ratos de conocimiento. Tanto el operador como los ayudantes estaban admirados de ver un valor tan extraordinario, y decían: «Este señor es un santo, porque » nadie podría sufrir esto sino él con su gran virtud»; y yo no dudo en afirmar lo mismo» (1).

El 22 de Febrero le visité, y estuvimos largo rato abrazados; ¡cuánto me dijo con su silencio! No encontré en su rostro la más mínima huella de la operación, á pesar

(1) El Dr. Compaired escribe: «Se le extirpó tumoración del interior de ambas fosas nasales, y hubo que reseca los cornetes, el vómer y el etmoides, para lo cual fué preciso separar en su totalidad toda la nariz. — Después, y por la boca, se reseca y extirpó todo el velo del paladar y cielo de la boca, extrayendo la porción palatina de ambos maxilares superiores, los palatinos y vómer, las apófisis plexigoides y el cuerpo del esfenoides, un trozo de la apófisis basilar del occipital; hubo que abrir y destruir el seno esfenoidal, quitar el velo péndulo y una porción (la superior) de los pilares, pues todos esos órganos y huesos se hallaban invadidos por la neoplasia. La operación, que duró próximamente unas tres horas, fué llevada á feliz éxito.» El acto de la operación pudo llamarse feliz, pero no el resultado. El célebre doctor Ramón y Cajal hizo el análisis histológico de la parte extirpada y calificó el cáncer de *epitelioma*.



Vista del Colegio de Padres Agustinos Recoletos de Monteagudo
+ Celda donde murió el Ilmo. P. Ezequiel

de que le habían seccionado la nariz por ambos lados; ni noté absolutamente nada que no fuese atractivo. A su mirar, siempre dulce, parecía darle entonces indefinibles encantos el dolor que no se veía, pero que se adivinaba. Tuve, en fin, que hacerme violencia para separarme de él, porque advertí lo materialmente trabajoso que le era el hablarme. Todavía le visité el 1.º y 21 de Mayo; una de estas veces había salido á nuestra residencia de la calle de Juan Bravo, y allí le encontré acompañado de nuestros Padres. Estaba muy sordo, y, si bien dificultosamente, nos dijo con su acostumbrada gracia y sonriendo: «Pueden murmurar de mí á mansalva, porque no oigo nada.»

El cáncer iba reproduciéndose, de modo que fué necesario hacerle el 29 de Marzo una segunda operación sensibilísima, que duró por espacio de una hora; sin que antes ni después de aquella fecha dejaran de mortificarle ya con repetidos cauterios y raspaduras, ya con el aparato ó paladar artificial que se le hizo y exigió medidas, ensayos y otros procedimientos dolorosos. Así fué viviendo en continuo martirio hasta que, viendo cómo la enfermedad se agravaba, dijo el enamorado de la Virgen del Camino: «Voy á morirme al lado de mi Madre.» Y el 31 de Mayo salió de Madrid para Navarra. Llegado el día siguiente al Colegio de Monteagudo, eligió una pobrísima celda que tiene tribuna á la iglesia, para pasar lo que aun le quedaba de vida delante de su amadísimo Jesús Sacramentado y de su querida Virgen.

Una piadosa dama de aquella localidad escribía á una señora de Pasto, muy admiradora del Ilmo. Sr. Moreno: «Llegó el 1.º de Junio á las once de la mañana con tan buena presencia que, al verlo, parecía mentira que estuviese mortalmente herido. No se le conocían nada las



Abside de la iglesia de Monteagudo
† Tribuna

cicatrices de la cara, pero sí que había quedado sordo y con mucha dificultad para hablar. Sin embargo, tuve el consuelo de que me llamase y estuve un ratito con él. También llamó á sus dos hermanas, y juntas fuimos á verle, siendo la visita de lo más tierno y sentimental.»

El P. Alberto Fernández decía en carta de 10 de Julio: «El estado de tan querido Padre va siendo cada día más grave, y ya desde el 19 de Junio no ha vuelto á levantarse de la cama, y aun en ella no encuentra posición en la que pueda descansar de los fuertes y acerbos dolores que sufre con santa y envidiable resignación. En esta enfermedad es donde ha probado su virtud acrisolada; porque después de las dolorosísimas operaciones que le hicieron, y las no menos dolorosas curaciones, ahora sufre tantos dolores, sin poder hablar ni casi oír. El espera con santa resignación la muerte, que ve aproximarse, y en todo el tiempo de la enfermedad no he observado un acto de impaciencia, y ni perder un momento su dulzura habitual y su modo de ser. ¡Qué bellos ejemplos para imitar!» — «A la pérdida del oído, decía también el 23 de Julio, hay que añadir el *estrabismo* en la vista que se le ha presentado hace unos cuatro días; ya el cáncer ha invadido todo el cerebro, y sufre lo indecible, pero con una paciencia y resignación admirables. Lo único que se le oye es invocar los dulcísimos nombres de Jesús y María. ¡Qué envidiable es su santa paciencia! La cabeza la tiene perfectamente; pero no pregunta por nadie, ni se preocupa de nada; está desligado del mundo, y no piensa más que en la otra vida.»

Dos veces durante la enfermedad le envió su bendición el Soberano Pontífice Pío X. Lo último que con lápiz y mano trémula escribió el señor Obispo desde su

pobre lecho, fué el siguiente telegrama: «Eminentísimo señor Cardenal Secretario de Estado. — Roma. — Recibí ayer telegrama. Agradezco de corazón bondades de Su Santidad.»

Todos los días celebraba el P. Alberto Fernández el santo sacrificio de la Misa en la celda del enfermo, que la oía con creciente devoción. Iban transcurridos ya dos meses, desde que se acostó para no levantarse; se le habían administrado, á petición suya, los santos sacramentos; reconciliábase á diario, y aquella alma, purificada por el sufrimiento, tendía hacia la gloria. Aun avanzaba la despiadada enfermedad, invadiendo toda la parte interior de la cabeza, notándose la víspera de la muerte que el ojo izquierdo estaba perforado y que lo estaban también los oídos; hallábase todo el organismo destrozado y atrofiado por el cáncer y el exceso del dolor, pero el espíritu estaba íntegro y vigilante.

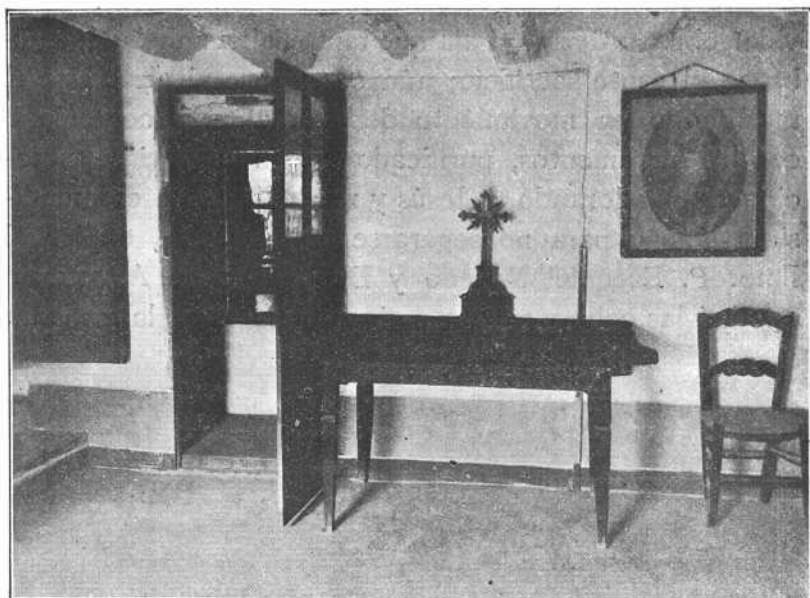
Oigamos cómo describe sus últimos momentos el P. Alberto Fernández, su inseparable compañero. «Dos días antes de morir, ya no pudo pasar ni una gota de agua ni de leche; viéndonos precisados á ponerle un algodón empapado en agua fresca en los labios. Todo el tiempo que duró postrado en cama, tenía el rosario en la mano, y con frecuencia se le veía que lo estaba rezando. Otras veces alargaba la mano para coger una de las estampas que tenía cerca, ora la del Sagrado Corazón, ora la de la Santísima Virgen, ó bien la de San José.

»Durante la noche del 18 al 19 con frecuencia me apretaba la mano, con lo que me indicaba que lo absolviera, pues antes de perder el uso de la lengua, me lo había dicho que lo hiciera así. Y cuando le acercábamos el crucifijo se le veía el afecto con que lo besaba,

y los esfuerzos que hacía por dirigir algunas jaculatorias.

»Bien puede decirse que le duró dos días la agonía, pero sin perder el conocimiento.

»El 17, á las dos de la mañana, entré á la alcoba á decirle que allí quedaban dos Padres y dos Hermanos, á lo que me contestó: «Me dejas » Fué lo último que habló.



Celda en que murió el Ilmo. Sr. Ezequiel
† Tribuna que da á la iglesia

Estuve otro rato, y me fuí á descansar, pues comprendía que no moriría aquella noche, y además me avisarían en seguida.

»El 18, como á las nueve de la noche, parecía que iba á entregar su alma al Creador; se reunió la Comunidad acompañándola el Ilmo. P. Ferrero; pero pasó el síncope, y siguió tranquilo hasta cosa de las cinco de la mañana del 19, en que volvió á repetirse, pasando también.

Por fin, á las siete y media, notamos que se aproximaba la hora en que el Señor lo llamaba á Sí, y se reunió toda Comunidad, leyéndole la recomendación del alma. Hasta la los últimos momentos tuvo conocimiento; pues si bien es verdad que ya no me apretaba con toda la mano, lo hacía con el dedo pulgar.»

Había amanecido efectivamente el día postrero de su vida sobre la tierra, el día que tanto había anhelado; celebróse el santo sacrificio; aún se vió que al alzar hizo el moribundo un movimiento de adoración, y confortado con los sacramentos, purificado con indulgencias y oraciones, y adorando á Jesús y uniéndose con el amadísimo Dueño para no separarse nunca jamás, expiró el Ilmo. P. Ezequiel Moreno y Díaz el 19 de Agosto de 1906, á las ocho y treinta y cinco minutos de la mañana.





CAPÍTULO XVII

Embalsamamiento y entierro del cadáver. — Acta del sepelio. — Muestras de veneración. — Sentimiento en Pasto y en la diócesis al saber la muerte del Prelado. — Decreto del señor Vicario Capitular. — Del señor Gobernador del Departamento. — Del Tribunal Superior del Distrito. — Oraciones Fúnebres. — En Pasto. — En Bogotá. — En Guachucal, Funes y Túquerres. — Los Padres Capuchinos. — La prensa Colombiana y Española.

LAVADO y enjugado, *loto et terso corpore*, según lo prescribe el Ceremonial de Obispos, se le amortajó con nuestro santo hábito Agustiniiano, que siempre había sido su más querida librea, y velaron el cadáver los religiosos, conforme al Ceremonial de nuestra Orden. Transcurridas veinticuatro horas, ó sea el día 20, fué embalsamado y revestido con los ornamentos Pontificales, disponiéndose el sepelio para el 21; mas, como quien esto escribe, encargado de la Oración fúnebre, estaba en Sigüenza, era difícil llegar á tiempo, y se difirió el entierro para el día 22. Por la tarde del 21 fué conducido y depositado el cadáver en la iglesia, cantando allí solemnemente la Comunidad las Vísperas de Difuntos. De las exequias é inhumación verificadas en la mañana del día

siguiente nos da cuenta el acta levantada al efecto, la cual dice:

«A las nueve de la mañana del día veintidós de Agosto de mil novecientos seis, se celebraron en la iglesia del Colegio de Padres Agustinos Recoletos de Monteagudo de Navarra, solemne misa y exequias por el eterno descanso del alma del Reverendísimo é Ilustrísimo señor D. Fray EZEQUIEL MORENO DEL ROSARIO, Agustino Descalzo y Obispo de Pasto, en la República de Colombia, fallecido en el mismo Colegio el día diez y nueve del mismo mes á cosa de las nueve de la mañana. — Ofició de Pontifical en dicho acto el Reverendísimo é Ilustrísimo señor D. Fray Andrés Ferrero de San José, Agustino Descalzo y Obispo Dimisionario de Jaro, en Filipinas, con asistencia del Excelentísimo Cabildo de la Santa Iglesia Catedral de Tarazona, presidido por su Vicario Capitulár, Sede Vacante, el Ilustrísimo señor Doctor D. José Vicente Rojo; de una Representación del Clero de la ciudad de Alfaro, presidida por su Arcipreste, el señor D. Pedro Sanz; de numerosos sacerdotes del Clero secular; de la Venerable Comunidad de Padres Agustinos Recoletos del dicho Colegio, presidida por el muy Reverendo Padre Fray Tomás Roldán de la Virgen de los Remedios, y por el Rector de la misma Reverendo Padre Fray Bernabé Pena de la Purísima Concepción; de una Comisión del muy Ilustre Ayuntamiento de la Ciudad de Alfaro, presidida por su Alcalde, el señor D. Higinio Ayala; del dignísimo Ayuntamiento de la Villa de Monteagudo, presidido por su Alcalde, el señor D. Santiago Martínez, y el Juez Municipal señor D. Gaudencio Condón; y finalmente innumerable concurrencia de fieles de los pueblos comarcanos. — Dió solemne realce al acto una nutrida Capilla de voces de la Santa Iglesia Catedral



Capilla en que está sepultado el Ilmo. P. Ezequiel

de Tarazona, y ocupó dignísimamente la Cátedra del Espíritu Santo, pronunciando la Oración Fúnebre después de la Misa, el Excelentísimo é Ilustrísimo señor D. Fray Toribio Minguella de la Merced, Agustino Recoleta y Obispo de Sigüenza.—Terminado el sermón fúnebre, dióse piadosa sepultura al cadáver en la misma Iglesia, en sepultura abierta en el suelo frente al altar de Nuestra Señora de la Consolación, en la nave lateral de la parte del Evangelio, distando la sepultura un metro y treinta centímetros de dicho altar. El venerable cadáver, previamente embalsamado, fué encerrado en una fuerte caja de ciprés, la cual fué precintada y sellada con cuatro sellos de plomo, terminando el sepelio á las doce y media del día.— En testimonio de lo cual levantóse la presente acta que firmaron los arriba mencionados.

Fecha ut supra.

Fray TORIBIO, Obispo de Sigüenza. — Fray ANDRÉS, Obispo Dimisionario de Jaro. — Doctor JOSÉ VICENTE ROJO, Vicario Capitular. — Licenciado PEDRO SANZ, Arcipreste de Alfaro. — Doctor CÁNDIDO VERA, Párroco de Monteagudo. — Fray TOMÁS ROLDÁN DE LOS REMEDIOS, Provincial. — Fray BERNABÉ PENA DE LA CONCEPCIÓN, Rector del Colegio. — Representación de Alfaro: El Alcalde, HIGINIO AYALA. — Representante de Monteagudo: El Alcalde, SANTIAGO MARTÍNEZ. — El Juez Municipal de Monteagudo, GAUDENCIO CONDÓN.»

Antes de procederse al cerramiento de la caja, todos cuantos estábamos en el templo, desde el Ilustrísimo señor Obispo Oficiante hasta el último de los fieles ansiábamos ver una vez más y tocar el cadáver, haciéndolo

con la veneración de quien mira y toca á un santo; sin poder evitar que se le cortasen pedazos del roquete y de otras vestiduras para conservarlas cual si fuesen reliquias.

La noticia de la muerte del Ilmo. P. Ezequiel, no por temida como inevitable y próxima causó menos dolorosa impresión en Pasto, en la diócesis y en todos los buenos católicos de Colombia, y aun de las vecinas Repúblicas. El Excelentísimo señor Presidente de la Nación; el Excelentísimo señor Delegado Apostólico; los Ilustrísimos señores Arzobispos de Bogotá, Medellín y Cartagena, y el de Quito, en el Ecuador; los señores Obispos de Antioquia, Pamplona, Tunja, Ibagué, Bucaramanga y Panamá; los Vicarios de Popayán, Santa Marta y Garzón, y otras muchas corporaciones y personas respetabilísimas, enviaron sentidos telegramas de condolencia, que pueden verse en la Primera Parte del homenaje *A la memoria del Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Ezequiel Moreno Díaz*, impreso en Pasto. De aquel opúsculo tomamos la copia de los siguientes documentos:

«Nos, Rafael Chaves, Vicario Capitular y Gobernador de la Diócesis de Pasto. — *Considerando*: 1.º Que ha muerto el Ilustrísimo y Reverendísimo señor Obispo D. Fray EZEQUIEL MORENO DÍAZ, en la villa de Monteagudo (España), el 19 del presente; 2.º Que es de nuestro deber honrar la memoria de tan Ilustre Prelado, honra y prez del Episcopado de Colombia; *Decretamos*: Art. 1.º El Ordinario de Pasto unido con el Clero y pueblo católico, lamenta profundamente la muerte de tan egregio Varón, que tanto honró con sus virtudes y saber al mundo cristiano. — Art. 2.º Durante ocho días, desde hoy, se tocarán los clamores de rito en todas las campanas de las iglesias de esta ciudad, á las doce m., á las dos y las seis de la tarde. — Art. 3.º Durante el mismo

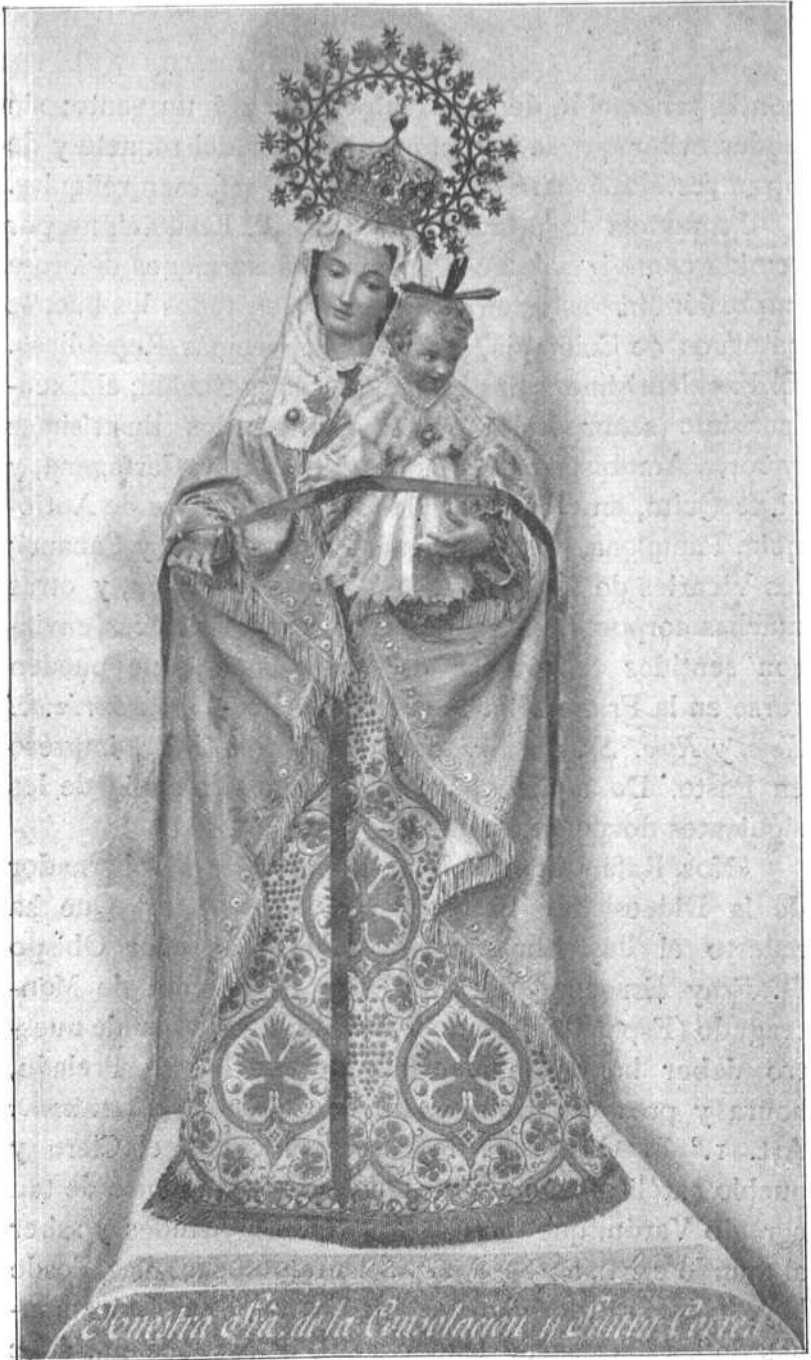


Imagen de la Virgen que se venera en la capilla de sepelio
del Ilmo. Fr. Ezequiel

tiempo permanecerá izada á media asta la Bandera de la Iglesia, en la Catedral, en el Palacio Episcopal y en todas las iglesias, lo mismo que en las puertas, balcones y ventanas de las casas de los habitantes de esta población (1). — Art. 4.º El 28 del corriente se celebrarán las exequias fúnebres en la Santa Iglesia Catedral, por el alma del Ilustrísimo finado, con asistencia del clero, de todas las autoridades y del pueblo. — Art. 5.º Todos los sacerdotes de esta Diócesis en las misas privadas de *Requiem* que celebren durante un mes, añadirán la Oración *pro Episcopo defuncto*. — Art. 6.º En las Vicarías Foráneas y en las Parroquias, se dirá una Misa solemne de *Requiem*, por el finado *Obispo*, teniéndose como incluido el gasto en el Presupuesto del año en curso; haciendo además enlutar el templo y el pueblo. — Art. 7.º Remítase con nota de atención un ejemplar del presente Decreto á los parientes más cercanos del Ilustre difunto, y otro al Superior de los RR. PP. Agustinos residente en Roma. — Dado en nuestro Despacho á 25 de Agosto de 1906.

»RAFAEL CHAVES.»

«El Gobernador del Departamento de Nariño: En uso de sus facultades y *Considerando*:— Que se ha recibido la noticia de la muerte del Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo de Pasto, Fr. EZEQUIEL MORENO DÍAZ, ocurrida en España el 19 de los corrientes; — Que el Ilustre Prelado sirvió con decidida consagración y ferviente celo la Diócesis que le tocó gobernar. — Que su acendrada virtud le conquistó la veneración y respetuoso afecto de sus diocesanos, — DECRETA. — Art. 1.º La Gobernación se asocia

(1) La forma de ese último inciso y alguna otra en otros artículos parecen efecto de la precipitación con que se redactaría el Decreto.

al duelo de la Iglesia colombiana, lamentando la muerte del dignísimo Obispo de Pasto, y recomienda su memoria á la gratitud de los habitantes del Departamento. — Art. 2.º En la oficina de la Gobernación se izará el Pabellón nacional á media asta, en señal de duelo, por tres días consecutivos. — Los empleados públicos residentes en la Capital concurrirán á las honras fúnebres que se celebren en la Catedral en sufragio del alma del Ilustrísimo Sr. Obispo. — Art. 3.º Las bandas militares darán una retreta fúnebre frente al Palacio Episcopal, el octavo día siguiente de las honras fúnebres (1). — Art. 4.º La fuerza pública acantonada en esta plaza asistirá á las ceremonias religiosas, y hará en ellas los honores correspondientes á la dignidad de la persona por quien se celebran. — Publíquese en hoja suelta y remítase un ejemplar de este Decreto al Sr. Vicario Capitular de la Diócesis, y otro al Excmo. Sr. Delegado Apostólico, por conducto del Sr. Ministro de Relaciones Exteriores con las respectivas notas de estilo. — Dado en Pasto á 25 de Agosto de 1906.

»JULIÁN BUCHELI.»

«El Tribunal Superior del Distrito *Considerando*: — 1.º Que el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Obispo de la Diócesis de Pasto, Dr. D. FR. EZEQUIEL MORENO DÍAZ ha fallecido en España el día 19 del presente mes, adonde se había trasladado, impulsado por el venerable cuerpo eclesiástico, por motivos imperiosos de salud; — 2.º Que el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Obispo MORENO DÍAZ amó entrañablemente á Colombia, su patria adoptiva, y de un modo especial á esta grey que le había

(1) Costumbre colombiana.

confiado el Espíritu Santo;— 3.º Que el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Obispo MORENO DÍAZ yá en su calidad de simple religioso de la célebre Orden de Agustinos Descalzos, ya como Vicario Apostólico de Casanare y como Obispo de la Diócesis de Pasto, prestó á la República y á la sociedad Colombiana en muchos años de labor constante los más inapreciables y útiles servicios;— 4.º Que el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Obispo MORENO DÍAZ fué altamente ejemplar en su vida y ejercicio del sagrado ministerio, humilde, piadoso, firme, abnegado, austero y penitente, con otras cualidades más que le adornaban, que sería prolijo enumerar, y le captaron el más profundo respeto y admiración de los hombres de buena voluntad;— ACUERDA: Honrar con este acto solemne la memoria del esclarecido y heroico Príncipe de la Iglesia Católica, Dr. D. Fr. EZEQUIEL MORENO DÍAZ, dignísimo Obispo de la Diócesis de Pasto, que acaba de fallecer en España, dejando en orfandad y angustioso duelo á su numerosa y amada grey, á quien edificó con la práctica constante y sincera de las más eximias virtudes.— Publíquese por la imprenta; comuníquese á los altos Dignatarios de la Iglesia, residentes en la República, y á los deudos inmediatos del Ilustre difunto.— Dado en Pasto, á los veintiocho días de Agosto de mil novecientos seis.— *El Magistrado Presidente*, J. CLÍMACO BURBANO.— *El Magistrado Vicepresidente*, JUAN E. MONCAYO.— *El Magistrado*, EMILIO CHAVES.— *El Magistrado*, FEDERICO PUERTAS.— *El Secretario*, ANGEL NARVÁEZ Y DELGADÓ.»

El señor Vicario Capitular decía en carta fechada el 29 de Agosto: «Las honras fúnebres las celebramos ayer, 28, en la Santa Iglesia Catedral, con asistencia de todo el Venerable Clero, Comunidades religiosas, autori-

dades civiles y militares, y concurrencia numerosísima de todo el pueblo, quienes vinieron á dar prueba inequívoca del acendrado amor que á tan egregio Pastor tuvieron y conservarán eternamente.» El sermón de honras estuvo á cargo del Presbítero D. Ramón Ordóñez, que con mucho acierto sintetizó su meritorio trabajo, repitiendo y justificando este concepto, que era el de todos respecto del difunto é inolvidable Sr. Moreno: «ERA UN SANTO.»

También en la Capital de la República, donde era tan querido el Ilmo. P. Ezequiel, se hicieron funerales en sufragio de su alma, celebrándose muy solemnes y concurridos en la iglesia de los Padres Candelarios, en aquel templo donde tanto había predicado y confesado el difunto. En las exequias se dignó officiar de Pontifical el Excelentísimo señor Delegado Apostólico, y pronunció el R. P. Fr. Cayetano Rojas, de la Orden de Predicadores, una notable Oración fúnebre, extractada en la Segunda Parte del homenaje *A la memoria* antes citado. Expone y aplica el texto del Apocalipsis *A modo jam dicit Spiritus ut requiescant*, etc.; enumera algunas de las buenas obras que practicó el Sr. Moreno, y prorrumpe en este enérgico apóstrofe:

«¡Bogotanos, abrid paso á la justicia de Dios!... Sed sinceros, confesad la verdad; ¡cuidado con cautivarla en la injusticia del silencio! (1), atended que se trata nada menos que de un ungido del Señor, no sea que, callando vosotros, testigos de tanta virtud, las piedras tengan que hablar por él. ¡Abrid paso, digo, á la verdad! que el calumniado cuanto venerable Sr. MORENO, antes de posecionarse de la Sede pastopolitana, evangelizó en Filipinas; aquí, en Bogotá, predicó el reinado religioso-social de

(1) Rom., I, 18.

Jesucristo; arrancó almas de las mismas fauces del demonio, y declaró públicamente no tener ni moverle otros intereses que los de Dios. ¡Justicia, católicos!; que el invicto Pontífice, antes de tronar en sus famosas Cartas Pastorales contra el reprobado Liberalismo, cual otro Elías contra los blasfemadores del nombre santo de Dios, contra los nuevos Judas, los *católicos-liberales*... antes de hacer todo esto, oído, el manso Obispo, que no era fiero, como sus detractores han querido pintarle, se prostaba largas horas ante el dulcísimo Cordero, prisionero de nuestros altares, donde las almas escogidas encuentran luz, fortaleza, corazón ancho y generoso, para dárselo á su Dios y á su prójimo.»

Y más adelante dice: «Este buen Pastor, recordadlo, señores, ponía su vida por sus ovejas, y por ellas padecía persecución, reiteraba la renuncia de su silla, deseoso de volver á su amada celda; y oyó entonces del Maestro de la verdad León XIII: «*Vuélvete á Pasto, porque DE TALES » OBISPOS NECESITA EL MUNDO.*» — Por lo que hace á su fortaleza de alma, tenía grabada en el corazón la sentencia de San Ambrosio: «*Felicius Episcopos persequantur Imperatores quam diligent.*» Más felices son los Obispos cuando se ven perseguidos, que cuando adulados por los Emperadores.»

.
«*Sequuntur illum.* Le siguen sus obras; no las de la política de este mundo, que en ella no pensaba el hombre de Dios; sino sus obras apostólicas y las tribulaciones sufridas por la fe. — A los que quieren tachar de política rastrera *el celo de la casa de Dios que le consumía* (1), pregunto ahora con San León, Papa: *Quare de terrenis*

(1) Salmo 68, 12.

calumniantur, qui caelestia persequuntur? ¿Por qué le calumnian sobre cosas terrenas, los mismos que hacen guerra á las del cielo? (1). *Quare de terrenis calumniantur?* Amado de Dios y de los hombres (2), dijo, y con razón, Fr. Pedro Moro, en las exequias de D. Gabriel García Moreno, Presidente que había sido del Ecuador; con mucha mayor razón puedo yo decirlo ahora ante el sepulcro del Obispo de Pasto; pero, entendedlo bien, amado de los hombres, no de los malvados, no de los impíos, no de los enemigos de la Iglesia.»

También se celebraron honras con elocuentes Orazones fúnebres en Guachucal, en Funes y Túquerres. El sacerdote Oratoriano D. Félix María Cabrera predicó en Guachucal, y comentando aquel texto del Sagrado Libro del Eclesiástico en elogio de Josué, *Maximus in salutem electorum Dei, expugnare insurgentes hostes ut consequeretur haereditatem Israel* (3), dice al adaptar el segundo inciso: *Grande atleta para debelar á los enemigos de Dios.* Dios, que todo lo dispone suave y fuertemente, suscita de edad en edad aquellos faros gigantes que van destacándose para servir de guía á los viajeros de la Nave de Pedro. Tal se ha portado la Providencia en los destinos de Colombia Cristiana. Improba labor, época aciaga tocó al héroe cuyo elogio bosquejamos. Enemigos propios y extranjeros se confabularon contra nuestra Católica República, pasiones banderizas, hijos desnaturalizados se alzaron contra su propio Padre, y secuaces de Luzbel gritaron con el arma al brazo el infernal *non serviam*. Testigos estos campos de Cascajal y Simancas de luchas fraticidas, testigos los girones de la Patria, testigos tanta vida

(1) Serm. De Passione Dom.

(2) Ecclesiast., cap XLV, v. 1.

(3) Eccl., cap. XLVI, v. 2.

perdida, tanto horror, tanto exterminio. ¿Quién conjuró la borrasca que hizo tantas muertes? ¿Quién armó con la cruz de Cristo el ardor y la fe, el brazo y el pecho del adalid cristiano? ¿Quién contra el grito blasfemo de ¡*Muera Cristo!* enseñó á repetir *Viva Dios!*? ¿Quién mantuvo incólumes la fe y el honor de Colombia ante el filibusterismo de Repúblicas asalariadas por la mano negra de la secta masónica? No cabe duda que si el Moisés, personificado en Fr. Ezequiel, allá en el altar y en el retiro de su Cámara, ante el Crucifijo, no hubiera alzado sus manos suplicantes y no hubiera escrito para alentar al soldado católico, hubiese triunfado el filisteo.»

Una vez más quisieron mostrar su gratitud al Ilustrísimo P. Ezequiel los religiosos Capuchinos de Pasto, y le dedicaron exequias muy solemnes el día 18 de Febrero de 1907, predicando en ellas el Presbítero Dr. D. Juan Bautista Rosero y Castañeda. De buen grado copiaríamos íntegra su bella Oración fúnebre, porque en breves páginas condensa una elocuente y verídica biografía del llorado señor Obispo. Transcribiremos solamente algún párrafo, dando la preferencia al que por sencillo procedimiento de exacta traducción, resulta vivo retrato moral del Sr. Moreno:

«Permitid, exclamaba, que os repita las palabras que se dicen al Obispo nuevo cuando éste recibe la consagración episcopal; porque creo que estas palabras resonaban siempre en los oídos del Ilmo. Sr. MORENO, y le servían como regla de conducta. Al imponerle la mitra se hace esta Oración: «Imponemos, Señor, sobre la cabeza de este » atleta tuyo el yelmo de defensa y de salud, para que, » adornada su frente y armada su cabeza, terrible apa- » rezca á los adversarios de la verdad: Tú señalaste la faz » de Moisés con los resplandores de tu gloria y tu verdad,

» y sobre la cabeza de Aarón, tu Pontífice, pusiste la
» tiara; concédele á éste tu gracia, con la cual sea esfor-
» zado luchador.» Al ponerle el anillo se le dice: «Recibe
» este anillo, á fin de que, animado de inviolable fe, guar-
» des intacta á la Esposa de Cristo, la Iglesia de Dios.»
Y antes de que afirme con tremendo juramento todo lo
que promete el futuro Obispo, le dice Dios por boca del
consagrante: «Ama siempre la verdad; no la dejes ni por
» los halagos de la alabanza, ni por el temor de la perse-
» cución; no mezcles luz con tinieblas, ni tinieblas con
» luz; no digas que es malo lo bueno, ni que es bueno lo
» malo.» Decidme ahora vosotros, ¿no os parece que he
estado retratando al Ilmo. Sr. MORENO? ¿No es verdad
que en estas palabras, que fielmente he traducido, lo
habéis visto y lo habéis oído?

»Ya me parece, continuaba diciendo el orador, ya
me parece oír la grito inmensa, salida del infierno, de los
sectarios que, llamando al Ilmo. Sr. MORENO imprudente,
intransigente, temerario, concitaban hacia él las iras que
mejor estuvièran si se hubiesen descargado en el lobo
fiero y no en la mansísima oveja. A esos gritos yo no
responderé; les responderá San Bernardo, que dice:
« Los que puestos en la Iglesia para velar por el honor
» del Santuario, permiten que lo profanen sus enemigos...
» no son pastores fieles, sino mercenarios viles.» — A los
que osaron decir que el Ilmo. Sr. MORENO era perturba-
dor del orden público y enemigo de la paz, les citaré un
pasaje de la Sagrada Escritura: «Fué Acab, dice, el peor
» entre los reyes de Israel, porque se casó con una mujer
» extranjera, que era peor aún; apostató del culto de
» Jehová, y se pasó al culto de Baal, á quien edificó un
» templo y un altar. Pero hubo un Profeta, Elías, que
» salió á detener el fanatismo del apóstata, Profeta que

» opuso sus palabras de fuego á las iras del déspota. Un
» día Elías, por mandato del Señor, se presentó en la
» corte del tirano, y éste, lleno de furia, se atrevió á de-
» cirle: «Tú eres quien está perturbando á Israel.» He
aquí en los labios del impío Acab lo que se dijo del
Sr. MORENO. Elías respondió con entereza: «No soy yo
» quien perturba á Israel, sino tú y toda tu familia, que
» habéis abandonado la ley de Dios, y habéis seguido el
» ídolo de Baal.» He aquí la única respuesta que daba
Mons. MORENO. — Que todos nuestros actos deben ir
dirigidos por la prudencia, lo concedo. Pero prudencia
no es ocultar la verdad, sólo por no concitarse el odio de
los partidarios del error; ni se puede tener la prudencia
de contentar á todos, para ganarlos á todos. ¿Sería pru-
dencia la de un pastor que, por no disgustar á un lobo,
deja que entre éste en el rebaño? ¿Sería prudencia la de
aquel que, por no alarmar á los ciudadanos pacíficos, deja
que se incendien las casas? Esta clase de prudencia insen-
sata, Dios á veces la tolera, pero no la bendice; la ben-
dicen muchos sabios del mundo, pero Dios la reprueba:
Prudentiam prudentium reprobabo. — Y porque el lobo
quería entrarse en el rebaño del Señor; y porque manos
incendiarias querían poner fuego á la casa de Dios, por
eso el Ilmo. Sr. MORENO gritó y alzó la frente, para que
sobre ella se descargara la tormenta que le habían forjado
los hombres: ¡gloriosa frente sobre la cual ha bajado ya la
corona de la inmortalidad!»

Cuando murió el Ilmo. P. Ezequiel Moreno, la prensa
católica de España y de Colombia comunicó la triste no-
ticia, apareciendo en sus columnas sentidos artículos ne-
crológicos. En el citado opúsculo *A la memoria*, etc., pue-
den verse los que se escribieron en *La Verdad*, de Popayán;
en *La Unidad Católica*, de Pamplona; en *La Voz Católica*,

de Ibagué; en *La Familia Cristiana y Tierra Santa*, de Medellín; en *El Obrero Católico*, de Garzón; en el *Apostolado Doméstico*, de Manizales; en la *Tradición Navarra*, de Pamplona; en la *Revista Dominicana* y en *La Iglesia*, de Bogotá, y en *El Siglo Futuro*, en *La Lectura Dominical y Razón y Fe*, de Madrid; en el *Diario de la Rioja*, de Logroño; en *Santa Rita y el Pueblo Cristiano*, de Granada, y en muchas otras publicaciones.





CAPÍTULO XVIII

Vituperios que son alabanzas. — Carta de algunos radicales y librepensadores. — La mala prensa. — «El Grito del Pueblo», de Guayaquil. — «El Mosquetero», de Bogotá. — El «Mefistófeles», — «La Tarde», de Popayán. — Valiosos aplausos de los buenos. — De un inglés católico. — De un gran escritor colombiano. — De un prestigioso General. — De un honradísimo hombre público. — De un célebre literato. — Anúnciase la biografía del alma del Ilmo. P. Ezequiel.

EN vida y en muerte fué alabado el Ilmo. P. Ezequiel por los buenos católicos, y vivo y después de muerto fué escarnecido por los malos, y por cierto que apreciaba aún más los escarnios de éstos que las alabanzas de aquéllos.

Leemos en una de sus cartas: «Comprendo que busquen algún modo de hacerme callar, á fin de que siga la mezcla que están haciendo entre católicos y liberales. ¡Dichoso de mí, si algo sufro por el nombre de nuestro buen Jesús! Pidan por mí, para que si sufro, sea por su Santo Nombre y para su gloria. Tengo ya un gran acopio de injurias que lanzan contra mí los periódicos liberales de varias poblaciones de la República, y las conservo como preciosidades.» Sincerábase en otra carta de

varios cargos que se le habían hecho; y después de una cumplida justificación, pregunta: «¿Qué queda contra mí? ¿El odio de los enemigos de mi Señor Jesucristo? ¿Sus ultrajes y calumnias? ¡Ah! si estos enemigos me alabaran tendría miedo. No quiero que me alaben los que insultan á mi Señor Jesucristo.»

Casi á diario recibía anónimos cuajados de soeces improprios. Todavía se ha encontrado entre sus mamotreos una carta fechada en el Ecuador, y que vamos á copiar con todos sus horrores y errores, protestando de las blasfemias religiosas y entregando las gramaticales al brazo del más rudo é ignorante. Dice así:

« Ibarra, 23 de Abril de 1904.

»ILMO. Y TORPÍSIMO FRAI EZEQUIEL MORENO Y DÍAS.
— PASTO.

»Impulsados por el ardor de patritismos y chocados por los mil abusos cometidos, por Ud. y la cuadrilla de *Frailes malhechores*, titulados Católicos é hijos de la Iglesia, y que tomándose el nombre de Dios y de la verdadera Religión, predicán atacan, y atropéllan, los sagrados Derechos del hombre, conzedidos por el Creador, para la felicidad del genero humano, y cuyos nombres son: Libertad, Igualdad y Fraternidad, le dirigimos la presente, por ser este el deber de todo ciudadano. — Pero esto no es raro: desde luego que Ud. es un mozo ignorante, que para firmar, algunos de los mil disparates que publica en sus cartillas *Pastorales* necesita de mano extraña; menos va á comprender, lo que significan los sagrados vocablos, arriba mencionados. — Ud., y su pandilla, que se titulan Ministros de Dios, son la causa del atrazo y obscurida

de los pueblos, en que, como las plagas de Egipto se han apoderado. — Esto es evidente y claro: los pueblos europeos en los que se da libre curso al pensamiento, á las ciencias, á las artes y á la industria, están en un grado altísimo de civilización. — Pero allí tenemos á España: España fué una de naciones mas adelantadas en tiempos anteriores, mas ahora, es inferior á cualquiera de los pueblos Europeos. Y por qué? Por estar allí aquellos infames hipocritas, corrompidos y traidores que en el púlpito predicaban el vicio. — La virtud, la hacen consistir en ir á sacar media vara de lengua negra, al pie de un altar, en el que á Dios uno de los seres más grandes y sublimes del Universo, lo hacen representada por un trozo miserable de madera. — Ahora Ud. contestara con su maldicion como hizo con las hojas, tituladas Concordia nacional y otras que tan solo predicaban la verdad.

»RADICALES Y LIBRES PENSADORES.». »

Por lo que hace á la prensa, desde *El Expectador*, de Medellín, al parecer formal, y literariamente bien escrito, hasta el chocarrero *Mefistófeles*, la descaradísima *Fusión*, y tantos otros de igual ó parecida estofa, apenas hubo periódico liberal, ó con vistas al liberalismo, que no clavase el diente de la calumnia en el Ilmo. Sr. Moreno, Obispo de Pasto. Tarea imposible sería el trasladar aquí ni la millonésima parte de los improprios con que obsequiaron al intrépido defensor de la fe católica. Sólo citaremos lo que dijeron dos ó tres periódicos, y no de los más crudos.

De *El Grito del Pueblo*, que se publica en Guayaquil (Ecuador), es el siguiente artículo, que parece importado, y que con marcada fruición reprodujo una hoja suelta

editada en Pastó. «UN PRELADO IMPOSIBLE.—COLMO DE LA INTOLERANCIA.— Fr. Ezequiel Moreno, en virtud de sus facultades como Obispo de Pasto y cumpliendo, según dice, con uno de los más sagrados deberes de su cargo, ha condenado á EL ESFUERZO, periódico de aquella ciudad colombiana, que secunda la obra de paz, tolerancia y progreso del Presidente Reyes, y prohibido su lectura á todos sus *súbditos* BAJO PENA DE PECADO MORTAL. — Al intransigente discípulo de Torquemada lo ha sulfurado la campaña iniciada por EL ESFUERZO, para que se dé cuenta de los fondos del Hospital, que es un establecimiento de propiedad del Municipio, bajo la vigilancia del Obispo (1). — Ha motivado también la condenación del periódico el elogio que éste hizo de Goethe, y dice Fr. Ezequiel que « al ensalzar á Goethe, causan (los redactores) un mal de » trascendencia y se muestran contrarios á la doctrina » de la Iglesia, pues ese hombre, según el P. Ponceli, no » miró la religión como hija del cielo; fué un hombre sin » fe, fué el arte su única religión y patria, etc., etc., lo » que dió origen á una turba de escépticos... de hombres » que hacían alarde de una elegante incredulidad». — Los hombres del Departamento de Nariño, que soportan hoy los impulsos de un fanático é intolerante Prelado, que no se da cuenta de que vive en el siglo xx, deben abrigar la esperanza de que el Excmo. Sr. Reyes y el Nuncio Apostólico Mons. Ragonessi, fieles intérpretes de la cristiana y civilizadora política que priva hoy en el Vaticano, retirarán el *exequatur* al Sr. Moreno, quien, con su conducta á todas luces inconveniente, se opone á la obra de reconstrucción de Colombia, que hoy secundan hábilmente todos los sacerdotes de ese país, sin excep-

(1) El local de referencia no es propiedad del Municipio, ni tiene éste por qué inmiscuirse en la marcha del establecimiento.

ción alguna. — La vuelta de Fr. Ezequiel á su convento de agustinos descalzos, en un apartado rincón de España; la reclaman la tranquilidad de los Colombianos y la seguridad del Gobierno, contra quien no cesará de trabajar, como lo ha venido haciendo, el prenombrado Sr. Moreno y Díaz» (1).

Otro periódico, *El Mosquetero*, que aparecía en Bogotá, jactándose de hacerlo CON PERMISO CIVIL Y PROHIBICIÓN ECLESIASTICA, decía en su número del 16 de Octubre de 1904: «El hecho natural y justo de la participación que ha dado el Presidente en el Poder público al Partido Liberal es motivo de que el Clero extranjero lo censure acremente por boca de su adalid Fr. Ezequiel Moreno y Díaz. — El Reverendo Obispo de Pasto pertenece á esa cáfila de frailes importados de España y rechazados hoy de allá y de todas las naciones civilizadas, y osa el cuidado dar principio á la guerra en nombre de *su religión* contra el Gobierno del Excelentísimo señor General Reyes, sólo porque no le dieron gusto de ponerle al Departamento de Nariño, el nombre que él había elegido en su obscuro cacumen... En seguida lo verán nuestros lectores en la Pastoral que, impresa, se nos ha enviado de Pasto, y que más que Circular de un Obispo parece proclama de guerra de un revolucionario. — Pero ¿cómo no, si ese fray, por no decirle fraile, pertenece á la escuela de aquellos ministros de su religión que en las guerras carlistas rivalizaron en ferocidad con las pante-ras? — Su cerebro es la Montaña Pelada, en que el odio brilla con siniestros fulgores y las pasiones gruñen como gatos monteses encorvados.»

El *Mefistófeles* escribía en Mayo de 1904: «LA CIENCIA

(1) Si tan sólo estaba el P. Ezequiel; ¿qué peligro corrían la tranquilidad de los Colombianos, ni mucho menos la seguridad del Gobierno?

FRAILUNA. — En Pasto está Fr. Ezequiel, que debe estar en pasto, hombre de cerebro obtuso. — La Cátedra del Espíritu Santo no le basta para predicar el odio, sino que hasta en la prensa desarrolla su doctrina disociadora: *Odiaos los unos á los otros*. — Tiene endiablada su grey, y la Inquisición con la ley de Lynch parece desperezarse entre ese pueblo creyente y explotado á la voz de su pastor, que tiene el odio por doctrina... — Somos cristianos, como lo son casi todos los colombianos, pero combatimos esas ideas retrógradas que están introduciendo al país los frailes extranjeros, como el español Fray Ezequiel, de quien hablamos. Bebimos la leche del cristianismo en el pecho de nuestra madre, y aquélla es nuestra religión natural, y el amor predicado por el Galileo nos hace creer en su Divinidad. Mas no es deber nuestro soportar el yugo de nuestra conciencia hasta el extremo de aceptar las faltas de quienes se dicen sacerdotes de Jesucristo. — Pero no todo puede ser rigor, porque allá en Pasto, ciudad que está llamada á ser la capital de un nuevo Estado colombiano, una voz viril y convencida ha protestado contra la doctrina de Fr. Ezequiel, desafiando valientemente las iras del pueblo azuzado por el Pastor pastuso, y éste, no teniendo en su oscuro cacumen una frase de Filosofía con que contestar á don Efraím Eugenio Castro, CATÓLICO, lanzó una Pastoral condenando la hoja nombrada «COMO FACTORA DE LIBERALISMO Y CATOLICISMO LIBERAL». — Vaya nuestro sincero aplauso para el Sr. Castro, y el pueblo ya irá convenciéndose de que esa clase de excomuniones son tiros que salen por la culata.»

No fueron los amorosos liberales y sus cándidos afines más caritativos con el Ilmo. Sr. Moreno después de muerto que lo habían sido cuando vivía. Uno de sus

periódicos daba la noticia del fallecimiento con este brutal epígrafe: *Por la boca muere el pez*, que equivale á una cargada satánica; y otro de los afines, le dedicó hipócritas exequias, permitiéndose el lujo de gastar unos granitos de incienso.

«¿Y qué decir, escribía el bisemanario de Popayán *La Tarde*, qué decir de la porfía con que el Sr. Moreno, Obispo de Pasto, y de quien no quisiéramos tratar, porque hay de por medio el silencio y la veneración de una tumba, pero nos fuerza el esclarecimiento de la verdad ofendida, y, por otra parte, no inquietaremos la paz de ese sepulcro con una palabra que mereciera defensa, porque no mentimos, qué diremos de esa porfía que mostró por no aceptar ni dejar aceptar de aquellos sobre quienes ejercía su autoridad la *concordia nacional*? En honra del señor Moreno debemos decir que sus virtudes no se empañaron con un hálito vicioso, ¿quién lo pone en duda?; pero el asunto *liberalismo* fué en él una especie de obsesión que le atormentaba á toda hora y le quitaba el sueño. Y en la conciencia nacional está tan arraigada esta convicción, que el Ilmo. Sr. Rojas hace resaltar esa preocupación incesante del Sr. Moreno, cuando dice: «*Nada diremos de nuestro nunca bien lamentado y amado Mons. Moreno, cuya vida toda de Obispo, sobre todo en Pasto, no fué otra cosa que un largo y no interrumpido martirio de trabajos y luchas contra el liberalismo colombiano, en todas sus formas, tendencias y actos, y de sufrimientos variadísimos consiguiendo á esas luchas que acabaron con su preciosa existencia.*» — Sí, nosotros estamos acordes con el Sr. Rojas; la vida del Sr. Moreno fué un martirio, una lucha tenaz contra el liberalismo, una preocupación permanente que acabó por abrirle la tumba. Y tan preocupado vivió el Sr. Moreno con su idea, que pidió como inscripción sobre su féretro

el cartel que ya conocemos. Esto sin hablar de aquella declaración de complicidad de liberalismo en «las mujeres que se adornan con cintas *rojas* ó engalanan sus trajes y balcones con trapos *rojos*... dando á entender con estas cintas y trapos *rojos*, que les gusta el partido liberal y que lo quisieran ver triunfante. — ¿Cómo dejar de reconocer en esto una enfermedad del Sr. Moreno? ¿Quién se atrevería, ni nunca se ha atrevido, á expresar concepto semejante? ¿No se adornan las iglesias con doseles rojos, y se reviste de rojo el sacerdote para celebrar la misa por los mártires? ¿Serán cómplices de liberalismo ellos y los Cardenales que visten de púrpura? Mas no hay que insistir en estas menudencias con que se aturpa á la Iglesia» (1).

Dejemos ya la cita de denuestos con que almas pobrísimas pretendieron manchar la inmaculada vida y la santa memoria de tan eminente Prelado, y veamos algo de lo mucho que, aplaudiéndole, y á guisa de oraciones fúnebres, han escrito de él personas seculares que en Colombia ocupan primeros puestos en la aristocracia del talento y de la probidad altamente católica.

«¿Qué podré yo escribir, siendo pigmeo, de un hombre tan eminente en virtudes, heroico en sacrificios y santo en su vida y costumbres? Siento al comenzar que la gigantesca figura de ese amado Prelado y amigo anonada mi humilde persona y ofusca de tal manera mis facultades intelectuales, que temo convertir en un adefesio por escrito los sentimientos de admiración, veneración y amor que yo le profesaba.

»Años después tuve la honra de que me dispensara

(1) ¡Cómo huele ese escrito á sotana ahorcada!

su amistad, y pude entonces apreciar de cerca y gozar de ese trato santo, recto, severo y cariñoso á la vez. Su presencia imponía, su mirada penetrante parecía escudriñar los corazones, pero su dulzura y caridad atraían de tal manera que producían el afecto y la veneración, sin permitir la familiaridad. En el trato íntimo pude confirmar la opinión que de él me había formado, á saber: que era un justo, un religioso ejemplar, un Obispo al estilo de su gran Padre San Agustín, que no andaba con equívocos, ni componendas, ni en transacciones, ni en concesiones en donde la pureza de la doctrina y la integridad de la fe no permitían las concordias tan en boga en los tiempos presentes. El era de la casta de los Apóstoles, de los Misioneros, de los mártires, en una palabra, alma grande templada al fuego del Corazón sacratísimo de Jesús, á quien tanto amó, y cuyo fuego comunicaba á los que tuvieron la dicha de tratarle.

»¿Quiénes eran sus enemigos? Los enemigos de Jesús y de su Iglesia. ¿Quiénes lo consideraban intransigente? Los intransigentes con el Evangelio y las enseñanzas de la Iglesia Católica. ¿Quiénes le tenían por retrógrado? Los que fomentan el retroceso al paganismo, y el Liberalismo, la más grande y solapada herejía de la época actual, lo perseguía sin tregua, porque fué su MARTILLO incansable.

»Poseía el don de conocer, como pocos, la inmensa malicia é hipocresía que encierra el error por excelencia de los tiempos modernos, porque su espíritu, celoso siempre por la honra de su Divino Salvador y por su Iglesia, estaba iluminado por una luz intuitiva que le permitía penetrar hasta el fondo de toda doctrina nueva, y dar allí con el veneno que no aparecía en la superficie dorada que ofuscaba á los más. ¿Qué tiene, pues, de raro

que los menos avisados le tuviesen por exagerado? ¿No es esto lo que ha sucedido siempre con los Profetas, los Santos, y las grandes almas que han previsto lo que los demás no vislumbraban? ¿Acaso no les ha parecido á muchos exagerado el *Syllabus* del inmortal Pío IX? ¿Acaso no ha caído ya bajo los dicterios de exagerado é intransigente el actual Pontífice reinante por su firmeza en los asuntos recientes de Francia? ¡Feliz exageración é intransigencia que, sin duda, se convertía en una de las joyas más resplandecientes de la diadema de los santos en el cielo.»

Esto, y mucho más, escribió en Mayo de 1907 un notable publicista de Colombia, inglés de nación y convertido al catolicismo. Escuchemos ahora lo que dice una eminencia netamente colombiana, cuyo verdadero nombre viene consignado en su estilo.

«EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR OBISPO DE PASTO
FR. EZEQUIEL MORENO

»Conocí y traté á este benemérito Prelado, honra de su país natal, de su Orden y de la Iglesia Católica.—Sus preclaras virtudes le hicieron acreedor al episcopado de Pasto. Entre estas virtudes sobresalían una fe inquebrantable, un amor profundo al Convento en que profesó vida religiosa, un gran celo por la gloria de Dios y una bondad angelical.

»Semejante á los atletas cristianos de los primeros siglos de la Iglesia, nada era capaz de doblegarle en el cumplimiento de su sagrado ministerio, y, si la ocasión se hubiera ofrecido, habría derramado su sangre á ejemplo de los mártires.

»El Ilmo. Sr. Moreno estaba dotado de una cualidad

excelsa, sin la cual no tienen base sólida las demás prendas morales del hombre: firmeza de carácter. Provisto de arma tan preciosa, afrontó con valor y serenidad los ataques insensatos y vulgares que le hizo el Liberalismo, y dió la voz de alerta cuando resonó por todos los ámbitos de Colombia la voz de Concordia entre aquella maligna escuela y las ideas católicas.

»El Santo Prelado tenía razón. El no podía confundir la tolerancia cristiana, que nos obliga á tratar bien y aun con caridad á nuestros enemigos, con esos miramientos de respeto y consideración para con el error, pregonados por los voceros de la llamada Concordia, y muy del agrado, como era de esperarse, de los liberales de todos los matices.

»Los hombres de luces pueden en la amalgama de opuestas creencias sacar ilesa la suya de todo acomodamiento perjudicial, y, sin embargo, ellos sucumben á veces ante los atractivos seductores del mal. Este peligro en las masas ignorantes (que no aciertan á fijar el límite entre lo que se debe á las personas y lo que pertenece á la doctrina) es mucho mayor: ellas acaban no por convertir á los secuaces del error, sino por caer lastimosamente en él.

»La causa de Dios quiere soldados expertos que sepan luchar el día del combate. Mas, ¿cómo podrán formarse esos soldados en la escuela de la Concordia ó del Apaciguamiento, que amengua el carácter, rebaja todos los resortes morales y mira los sinsabores de la contradicción como cosas contrarias á la humana felicidad, que no ama persecuciones ni repulsas?

»Se dirá que los adalides del liberalismo, á fuer de haberse nutrido sabrosa y opíparamente en el banquete de la Unión se harán también inermes para la lid, y que

dos fuerzas igualmente importantes harán imposible la contienda. Quien así discurra ignora el carácter del Liberalismo y de sus satélites: el primero no renuncia jamás á sus ideales, y sólo espera el momento propicio para desbordarse como la lava de un volcán reprimida por contrarios elementos, y los segundos, en su condición de secuaces del mal, no pierden energías y se exhiben en su propia vestidura en el momento dado. Que hable la historia.

»De acuerdo con las enseñanzas de esta gran maestra de la Verdad, el Ilmo. Sr. Moreno anunció en su precioso testamento la venida de un gran día: «Llegará pronto, » dice, el tiempo en que desaparezca esa alianza aparente, » para vergüenza y castigo de los católicos que se han » dejado engañar.»

»El valiente Prelado, semejante á San Juan Crisóstomo, permaneció siempre sereno en medio del furor de las tempestades que tronaban sobre su cabeza, y tuvo enemigos encarnizados y amigos fieles. El eximio orador griego supo hablar con energía y con sublime elocuencia al rico, al poderoso y al monarca, y fué el destierro la recompensa de su abnegación y de su caridad; así el Sr. Moreno, puestos sin cesar los ojos en la doctrina católica, y en el ejemplo de los Apóstoles no trepidó ante los hierofantes de la Concordia y pudo decir con San Pablo: PECCANTES CORAM OMNIBUS ARGUE; UT ET COETERI TIMOREM HABEANT.

»Al Santo Patriarca de Constantinopla se increpaba que no conocía los tiempos; y los sectarios del respeto al Liberalismo decían eso mismo del Obispo de Pasto. ¡Con cuánta exactitud se puede decir del apóstol colombiano lo que el Crisóstomo predicaba á su pueblo en medio del más infame de los atentados de que fué víctima! «Es una » grande alegría para el labrador llevar la reja del arado

» sobre un campo cubierto de abrojos y espinas: él cava
» el suelo, extirpa las plantas parásitas, y luego siembra el
» grano en los surcos abonados. El sembrador evangélico
» hace lo mismo. El ha menester corazones preparados,
» almas atentas, á quienes el tumulto exterior, el eco de
» los ruidos del mundo no llegue jamás.»

» Muchos son los títulos de inmortalidad que podían grabarse en la tumba del egregio Obispo de Pasto, y si me fuera dado escribir el que mejor resume la gloria de aquel denodado campeón de la Santa Causa, escribiría el siguiente: Loor eterno al adalid de la Iglesia Católica en Colombia contra las asechanzas seductoras del Liberalismo y los partidarios inexpertos ó utilitaristas de la Verdad.»

Uno de los Generales Colombianos de mayor prestigio escribe:

«¡MONSEÑOR MORENO! — ¡Qué grandeza de alma! ¡Qué vigor de pensamiento! ¡Qué energía de corazón! ¡Cuánta virtud! ¡Cuán verdadero heroísmo se encierra en estas dos palabras: ¡MONSEÑOR MORENO!

» Apóstol del Señor, llenó su apostólica misión con una valentía envidiable; como sacerdote cristiano, en todas las zonas de la tierra predicó con su palabra y el ejemplo de una inmaculada vida la religión del Crucificado, del Dios Hombre, del sublime mártir, hijo de todos los meridianos de la tierra, traspasó los mares, escaló las montañas y cruzó las pampas infecundas en busca de almas sedientas de luz y de verdad para saciarlas con la luz del Evangelio.

» Llegó á la tumba sin un remordimiento; su alma no tenía una mancha y su espíritu inmortal, desgarrando las nubes que obstruían el paso, voló al Empíreo celeste, donde vive y vivirá para siempre.»

Un hombre público que ocupó alto puesto en el gobierno de la nación, al saber la última enfermedad que aquejaba al señor Obispo escribió: «¡Cuánto me contraría esta novedad que reputo como desgracia nacional, y cómo le pido á Dios la pronta mejoría de Su Señoría Ilustrísima! Ruego á Vuestra Reverencia que le presente mis más rendidos respetos, y le manifieste que el último de los Colombianos, pero el primero en admirar sus virtudes, impetra de la Divina Providencia el pronto restablecimiento de su importante salud, como uno de los mayores favores que puede dispensar á mi país.»

Otro personaje, que luego fué también Ministro, escribió al Rmo. P. Ezequiel: «Algunos periódicos revolucionarios de esta ciudad (Bogotá) han atacado últimamente á Vuestra Señoría Ilustrísima, al Clero de Pasto y á algunos otros venerables eclesiásticos porque impugnan los errores y los hechos del Liberalismo. He considerado como un deber en la escasa medida de mis fuerzas, el salir á la defensa, si acaso fuese necesaria, de los que al escribir ó predicar contra el Liberalismo no hacen sino cumplir las disposiciones é imitar el lenguaje del Romano Pontífice.—Mucho honor hacen á Vuestra Señoría Ilustrísima y al Clero del Cauca los ataques de estos periódicos revolucionarios: los liberales, que tienen un instinto muy certero, saben distinguir con su odio á sus más valerosos adversarios. Creo que el amor de los Católicos hacia un Prelado diligente debe medirse por el encono que á ese Pastor le manifiestan los enemigos de Cristo.»

Finalmente, un gran literato colombiano, de palabra tan correcta como verídica, de austeras costumbres y de reputación á la vez patriótica y cristiana, decía al Reverendo P. Alberto Fernández: «Devuélvole el docu-

mento (1) que Vuestra Reverencia me dejó para leerlo. Bien se revela en él la fe, el celo y el desprendimiento de su autor. — Le incluyo las cartas que aquí tenemos; falta la última, que se ha traspapelado. Quizá no haya en ellas nada que pueda aprovecharse (2), pero en todo caso puede Vuestra Reverencia tomar nota de lo que le convenga, y devolverme los originales que aquí se guardan como recuerdo de un santo. — 26 de Junio de 1907.»

Copia de otros muchos elogios procedentes de respetabilísimas personas eclesiásticas y seglares pudiéramos añadir, pero es bastante lo consignado para que se forme idea de la estimación y veneración en que justamente era tenido el Ilmo. P. Ezequiel Moreno. Y, sin embargo, todo lo dicho hasta ahora es nada más que el cuerpo de su vida, cuerpo sano, vigoroso y bellissimo en que se refleja una alma origen de esa belleza, vigor y salud, que á su vez recibe esos dones del que es Inmenso y Unico Foco de perfecciones infinitas. ¡Oh! ¡el alma del P. Ezequiel! ¿Quién podrá biografiarla?... Era ante todo un alma cristiana, y la vida del alma son las virtudes. Algo ha sido preciso decir de ellas en lo que hemos escrito; mas como éste sea el principal punto de vista desde donde los cristianos debemos contemplar al Ilustrísimo Sr. Moreno, creo necesario fijarme en él, siquiera brevemente. Lo cierto es que la biografía del alma del P. Ezequiel sólo pudiera escribirla el Angel de su guarda. Me concreto á bosquejar unos cuantos párrafos para edificación propia y de los lectores, y á fin de que todos tratemos de imitar al siervo de Dios, como él imitó á Jesucristo.

(1) El Testamento ó últimas Disposiciones, que ponemos en el Apéndice I.

(2) Para escribir la biografía.



TERCERA PARTE

VIRTUDES

CAPÍTULO I

Fe. -- Esperanza. -- Caridad.

SOBRE el pedestal de una vida de ferviente Religioso, hemos colocado la veneranda figura de un admirable Obispo. ¡Ojala que Nuestra Madre la Iglesia orne la estatua con la aureola de la santidad! Sólo á la Iglesia compete esa obra tan sublime; mas tengamos en cuenta que los Soberanos Pontífices al beatificar ó canonizar á un siervo de Dios, *no hacen un santo*, sino que declaran con suprema é irrefragable autoridad que aquella persona goza en el cielo de la visión beatífica. Todavía no podemos llamar al Ilmo. P. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz litúrgicamente santo, ni bienaventurado, ni aun Venerable, ni Siervo de Dios, porque no se ha introducido su causa donde corresponde; pero como para esta Causa, si llega — así lo esperamos — á formalizarse, han de servir de fundamento las virtudes que el finado practicó durante su vida, de ahí que para proporcionar algunos datos, y, sobre todo, para gloria de Dios y edifica-

ción nuestra, añadamos á la Biografía esta Tercera Parte, reiterando otra y otra vez la Protesta que, conforme á los mandatos Pontificios, estampamos al principio de nuestro humilde trabajo; que cuanto aquí digamos acerca de las virtudes del Ilustrísimo señor Obispo D. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz, no tiene, ni pretendemos darle, más autoridad que la meramente histórica; y la historia nos dice que su vida fué siempre edificante, y que murió en opinión de santo.

Fieles á lo observado en las dos Partes que preceden, apoyaremos nuestras afirmaciones con el testimonio de personas verídicas, utilizando también los escritos del biografiado, ya que la santidad de su alma aparece muy de relieve en sus Pastorales, opúsculos y cartas, ofreciendo, por lo tanto, abundantes pruebas de sus virtudes, pues entre éstas fué constante la de su sinceridad, y por eso escribió siempre con el corazón en la mano, sin que consignara frase alguna que no fuese expresión de su leal entender y de sus bellísimos sentimientos.

No hay para qué disertar aquí acerca de las virtudes definiéndolas y explicándolas. Sólo advertiremos que al hablar de las que tuvo el Ilmo. P. Ezequiel nos colocamos en el punto de vista cristiano y tratamos principalísimamente de las virtudes infusas ó sobrenaturales recibidas y practicadas por él con la gracia de Dios Nuestro Señor. Entre esas virtudes ocupan justamente las llamadas *teologales* el primer lugar, y á ellas dedicamos el primer Capítulo para decir algo de la fe, de la esperanza y de la caridad del Sr. Moreno y Díaz.

§ 1

Al recibir las purificadoras aguas del santo bautismo se le infundió el hábito de la *fe*, de esa virtud fundamento de la justificación y de todas las virtudes sobrenaturales, manifestándose luego en actos ya semiconscientes, ya conscientes, conforme se abrían los ojos de su alma á la vida de la razón y de las prácticas religiosas. Nacido de padres hondamente creyentes, enseñado por maestros de probada cristiandad, respirando de continuo atmósfera de purísima fe y viendo por doquier ejemplos de acendrado catolicismo, era en cierto modo natural que se desarrollase en él con verdadera lozanía el hábito de la fe en actos de religión. La gracia de la vocación al estado religioso tan fielmente correspondida, su intachable, edificante y fervorosísima conducta en nuestros Colegios de España, en Filipinas y en Colombia, manifestaban que *vivía de la fe*. El empeño de toda su vida fué el agradecer á Dios, el hacer en todo la divina voluntad, *el ser santo*. Esto dice y repite en muchísimas de sus cartas al agradecer á personas piadosas las oraciones que por él dirigían á Nuestro Señor. «Pedidle, únicamente, les decía, pedidle que yo le agrade y que sea todo de El. No pidan para mí más que una gracia: díganle á nuestro buen Jesús que me haga perfecto y santo, á nada más aspiro, y nada más quiero.» Estos fueron sus constantes anhelos, sin que la firmeza de su fe tuviese un momento de vacilación. En las últimas disposiciones que, ya gravemente enfermo, consignó á guisa de testamento, las cuales se han publicado en la Colección de sus escritos, y que pondremos al final de esta biografía, puede admirarse la hermosa profesión de fe con que encabeza el notable documento.

Y no solamente fué sencillo creyente, sino también instruído y celosísimo Maestro de la fe, enseñándola é inculcándola sin cesar en las almas de sus prójimos y de sus hijos espirituales. Ya vimos en el Capítulo I de la Segunda Parte que el asunto de la Primera Carta Pastoral fué precisamente acerca de esa virtud, animándoles á permanecer firmes en ella y dándoles al efecto precisas instrucciones. Ese mismo tema desarrolló en otras varias de sus Pastorales.

Muchos testimonios de personas dignísimas pudiéramos aducir en corroboración de que la fe animaba la vida del Ilmo. Sr. Moreno. Tan sólo citaremos el de un respetabilísimo Padre de la Compañía de Jesús que trató íntimamente al P. Ezequiel, de quien escribe: «¡Qué firmeza en la fe, qué adhesión á todos los dogmas de nuestra Santa Religión y á las enseñanzas de nuestra Madre la Iglesia! Para convencerse de eso bastaría leer sus Pastorales y demás escritos. Estaba como cuidadoso Pastor vigilando para descubrir los peligros que podía correr la fe de sus ovejas á fin de dárselos luego á conocer y precaverlas de los pastos venenosos. Apenas asomaba alguna publicación anticatólica en su Diócesis, que luego trataba de impedir su lectura; y aun bastaba que llegara algún nuevo periódico ó escrito sospechoso, para que averiguase qué contenía de peligroso. Solía también recortar trozos de las publicaciones y guardábalas, aprovechándolas á su tiempo, ya para refutar sus errores, ya para insertar en sus propios escritos las ideas sanas y los bien expresados conceptos de aquéllas en pro de la verdad que él mismo defendía. ¡Cómo se regocijaba cuando veía esa misma verdad bien defendida y la religión practicada! Y por el contrario, ¡cuánto le entristecía el saber que cundían los errores, ya en Colombia, ya en la vecina

República del Ecuador, ya en otras partes del mundo! Y no solamente defendía la sana doctrina por sí mismo, sino que exhortaba é insinuaba á otros que lo hicieran, y daba todo su apoyo á cualquiera publicación sinceramente cristiana. Era tanto más sincero ese amor á la verdad y á las enseñanzas de nuestra Santa Religión, cuanto que para defenderla tenía que salir más de sí mismo; pues no era amigo de producirse en público, y sentía especial inclinación á la oración y al recogimiento.»

El Ilmo. P. Ezequiel escribía á una religiosa con fecha 21 de Noviembre de 1901: «*El justo*, dice la Escritura Santa, *vive de la fe*. No basta tener fe, es preciso vivir de la fe. Si vive de la fe, estará iluminada y penetrada de las verdades eternas, y verá con claridad que todo es nada, y todo pasa, y que lo único importante y necesario es servir á Dios Nuestro Señor, cueste lo que cueste. Cuando simplemente se tiene fe, piensa uno en las grandes verdades de la Religión, pero no queda uno herido de esas verdades, como sucede al que además de tener fe, vive la vida de la fe. Esta vida de la fe nos desapega de la vida del mundo y de las criaturas; nos inspira desprecio propio, vivo deseo por las cosas de la otra vida, ardoroso amor á Dios y á las cosas de su servicio, fortaleza para sobrellevar las penalidades todas de la vida.

»Viva de la vida de la fe, no preocupándose de las cosas de las criaturas, y aspirando siempre á las cosas de Dios y de su vida. *Vivir de la fe* es despreciar lo que el mundo estima, y estimar lo que él desprecia: Bienaventurados los que gozan, dice el mundo; y la fe dice: Bienaventurados los que lloran, los que sufren... *Vivir de la fe* es no hacer nada por motivos humanos, sino por dar gloria á Dios y salvar el alma. *Vivir de la fe* es conservar en nosotros la vida divina á pesar de todos los obstáculos;

es vivir sólo para Dios. Sólo Dios nos basta, y con solo El podemos estar contentos, aunque todos nos abandonen. Qué dicha poder decir: ¡Dios mío, Tú solo me bastas! ¡Tu amor me es suficiente! ¡Vivo para Ti y quiero morir para Ti! ¿Qué más podemos apetecer? Viva, pues, contenta con su Dios y para su Dios. La vida es corta, y todo pasa; pasan los placeres, y pasan también los sufrimientos. ¡Animo! Abraze con ternura á su Jesús Crucificado, y bese con amor las cruces que quiera darle, y recíbalas como cariños que le prodiga.

»Si algo le ayuda esta cartita para llevar esas cruces, páguemelo con pedir á Nuestro Buen Jesús cruces para mí, con gracia eficaz para llevarlas, según su Divino Beneplácito.»

§ II

Sabido es el estrechísimo enlace y la compenetración que hay entre las virtudes de la fe y de la esperanza, tanto que el Apóstol San Pablo hace entrar la segunda en la definición de la primera y se espera lo que se cree y se cree lo que se espera (1). A proporción de lo arraigado y firme de la fe era en el Ilmo. P. Ezequiel lo hondo y constante de la esperanza, purificándose ésta en el crisol de las contrariedades, sin que decayese un momento, á pesar de los terribles embates que sufriera.

Desde los más tiernos años de su vida había puesto toda la confianza en Dios por medio de su Madre Santísima, de la que es *vida, dulzura y esperanza nuestra*. Las primeras advocaciones con que saludó á la Virgen fueron las del Rosario y de la Esperanza, título éste que lleva el

(1) «In spem credit. — Fides est sperandarum substantia rerum.»

convento de las monjas Dominicanas de Alfaro, cuya iglesia fué, según vimos, la cuna de su espíritu. En medio de sus enfermedades, que no fueron pocas; en la soledad y peligros de Filipinas y América, lo mismo en la Paragua que en Casanare y en todas partes, apoyábase en la dulcísima esperanza de las divinas promesas, y su convicción era el gran alivio en sus males, la grata compañía en sus aislamientos y la mano salvadora en todos los riesgos.

Podríamos llenar muchas páginas con citas de sus escritos, donde se revela la firme esperanza que le sostenía y alentaba. Valga una por todas. Escribía con fecha 1.º de Noviembre de 1892 á una Religiosa, diciéndole: «Hoy estamos en uno de esos días en que nuestras almas deben cobrar bríos para las luchas de la vida. Fiesta de Todos los Santos, que nos recuerda que pronto pasará todo, y que siendo fieles á nuestra vocación, dentro de poco iremos también á gozar para siempre en nuestra Patria en compañía de Jesús y de María en el palacio de nuestro Buen Dios. ¿Quién no se anima con este pensamiento? y más si al mismo tiempo el primer Viernes nos recuerda las dulcísimas promesas que ha hecho el Sagrado Corazón á sus devotos. Estamos con Jesús y bajo su amparo, ¿qué podremos temer? Trabajos ha de haber, pero en compañía de Jesús y de María, ¿quién se desalentará? Animo, pues; Jesús está en el Santísimo Sacramento para darnos fuerza; no nos asustemos de los enemigos, somos más fuertes que ellos, porque Dios Nuestro Señor está con nosotros. Acudamos á refugiarnos en el Divino Corazón de Jesús, y estaremos seguros para pasar á la eternidad.»

En Abril de 1897 escribía á una persona muy necesitada de fe y de esperanza: «No me olvido de esa alma tan atribulada, por hallarse fuera de su verdadero centro,

que es Dios. Mucho ruego para que llegue á conocerlo, mucho empeño pongo en ello y todo lo hago con la esperanza de que El se compadezca y se dé á conocer.

»Si me faltare esa esperanza, la cosa sería tristísima para mí, porque creyendo firmemente y sin la menor duda, que hay una vida futura eterna, dichosa para unos y terrible para otros, triste sería para mí el no tener la esperanza de que usted encuentre por fin á Dios, le sirva sinceramente y como El quiere y alcance esa vida dichosa ó sea la gloria eterna. Algo asustan estas verdades á ciertos espíritus, pero aunque le asustaran á usted, si el susto era provechoso no se arrepentiría de haberlas recordado.

»Vamos á otra cosa que le proporcionará otra prueba de que en este mundo sólo hay desengaños y que forzosamente tiene que haber otro mundo mejor, donde se vea satisfecha esa necesidad de dicha y esa sed de felicidad que siente nuestra alma y que no consigue ni puede conseguir en esta vida.

»He llegado á comprender por ciertas expresiones que se le han escapado á veces, que usted ha creído, ó por lo menos se ha figurado, que yo debía estar así como satisfecho y dichoso porque todos me quieren y las últimas palabras de la carta que contesto son estas: «Alguna » persona decía el otro día que usted tenía el don de gentes.» Pues bien; tengo, no uno ni dos, sino ya un montón de periódicos en los que se dice que soy un capitán de bandidos, que tengo causas pendientes por delitos comunes, que soy cruel y que soy un bruto que doy coces, etc., etc. ¿Qué tal? ¿Dónde se queda el don de gentes? ¿No ve cómo hay que aspirar á otra vida mejor que esta? Gracias á Dios yo aspiro á ella, y aunque sé que habrán leído esas cosas dichas contra mí cientos y cientos de

personas, quedo tan tranquilo porque espero la rehabilitación en el gran juicio que creo firmemente ha de venir para todos y la recompensa con que premiará el gran Juez á sus servidores. Este pensamiento no sólo da fuerzas para sufrir esas calumnias é insultos, sino también para sobrellevar los muchísimos sufrimientos de esta vida, y para hacer grandes cosas en bien del prójimo. Sin otra vida, tal como nos la representa la Religión Católica, no comprendería nada y todo sería para mí un caos horrible como lo es para usted en algunos de los ratos en que se pone á pensar.»

En efecto; ¡qué energías tan potentes sacaba el Ilustrísimo Sr. Moreno de la virtud de la esperanza para las luchas de su vida, que fué siempre de combates y de victorias! Peleó contra todos los errores y todos los vicios, y supo, principalmente, vencerse á sí mismo, confiando en que había de gustar del fruto de los triunfadores por la gracia y misericordia de Cristo Señor Nuestro, cuyo pensamiento era su norte y cuya voluntad era su querer. Por eso se conquistó el amor de los buenos, el respeto, ó acaso el miedo, de los malos y el amparo constante del Divino Corazón de Jesús, que era su escudo y la Fortaleza desde donde luchaba y donde adquirió el acerado temple y brío incontrastable de los santos. Lleno de confianza en el Omnipotente, atravesó, como luego veremos, la noche obscurísima de las desolaciones, y tuvo el consuelo de ver, aun en esta vida, la aurora del día espléndido en que su fe se transformó — así piadosamente lo creemos — en visión beatífica, y su esperanza en posesión eterna del Amado.

§ III

¡Del Amado!... ¡Oh, cuánto amó Luis, hijo de Ignacio! se le dijo desde el cielo á Santa María Magdalena de Pazzis cuando murió San Luis Gonzaga. También nosotros escuchando, no articuladas voces venidas del cielo, pero sí el testimonio de cuantos conocieron y trataron al Ilmo. Sr. Moreno, y leyendo lo que él mismo nos dejó escrito, podemos exclamar: ¡Oh, cuánto amó Ezequiel, hijo de Agustín! Al estudiar la vida de nuestro biografiado hemos reprimido, no pocas veces, el entusiasmo de nuestro corazón y los arranques de nuestra pluma; pero al llegar á la más culminante de sus virtudes, que fué la caridad, no podemos contenernos sin prorrumpir en un ¡Bendito sea Dios! ¡Cuánto amó Ezequiel, hijo de Agustín! ¡Qué hijo tan parecido á su Padre!

Antes de abrir sus ojos á la luz de la razón, había abierto ya su alma al amor de Dios y de la Santísima Virgen, porque sus piadosos padres le enseñaron á aborrecer el pecado; y tan á fondo aprendió la lección, que no sabemos manchase su inocencia con ninguna culpa mortal, siendo ese aborrecimiento al pecado efecto del santo temor de Dios, y este temor principio de su amor. Por otra parte, estaba dotado el Ilmo. P. Ezequiel de un corazón muy tierno, y fácilmente se conmovía hasta prorrumpir en lágrimas al hablar ó al oír hablar de Dios.

Ya dijimos cuán pronto depositó el Señor en aquella alma la gracia de la vocación al estado religioso, gracia fielmente correspondida y defendida hasta en juicio contradictorio, digámoslo así, cuando el venerable Obispo de Tarazona le invitó para darle carrera eclesiástica en

estado secular. Entró en la Orden del amorosísimo Padre San Agustín, y la primera lección que recibió en el claustro fué confirmatoria y elevadora de las que aprendió en su casa y en la escuela al estudiar el catecismo. Compendia éste los mandamientos en lo que el Divino Maestro compendia la Ley y los Profetas, en amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos; y el principio de la Regla monástica de Nuestro Padre San Agustín dice: *Ante omnia, fratres charissimi, diligatur Deus, deinde proximus*. Ante todo, hermanos carísimos, sea Dios amado y después el prójimo, porque estos preceptos son los que principalmente se nos han dado.

Fué creciendo en su espíritu la caridad ó amor á Dios y á sus prójimos, de manera que cuanto más se apartaba del mundo y de las criaturas por la profesión religiosa, y se alejaba de sí mismo por la abnegación, más se unía con Dios mediante los únicos vínculos que sobrenaturalmente nos unen á El, que son los vínculos de la caridad. Esta fué creciendo y perfeccionándose en su alma hasta el punto de poder decir con verdad lo que luego veremos que decía.

Tuviéronle todos cuantos le trataban por edificante joven, perfecto religioso y santo Prelado, lo cual supone necesariamente que la caridad informaba ó animaba todos sus actos. Añadir pruebas á las ya estampadas en la Primera y Segunda Parte parece innecesario; sin embargo, en medio de miles de nuevos testimonios que podríamos aducir, traeremos solamente dos, el de un seglar y el de una religiosa. Dice el primero, en carta referente al Ilmo. Sr. Moreno: «Era de la casta de los Apóstoles, de los Misioneros, de los Mártires, en una palabra, alma

grande templada al fuego del Corazón Sacratísimo de Jesús, á quien tanto amó, y cuyo fuego comunicaba á los que tuvieron la dicha de tratarle» (1).

Escribía la Madre Priora del Convento de Carmelitas Descalzas de Bogotá, con fecha 30 de Abril de 1907: «Fué su principal y característica virtud un grandísimo é inflamado amor á Dios, puesto de un modo especial y ternísimo en el Corazón Divino del Verbo Encarnado, y una continua, amorosa y habitual presencia de este objeto amado; de la cual presencia parece que estaba como enteramente revestido, ó completamente poseído, como si ni por un momento acertara á separar de ella ni su mente ni su corazón. En cuantas circunstancias y ocasiones una llegara á recibir sus consejos, le hablaba con ardor y le excitaba con empeño á que procurara adquirir esta santa virtud de la presencia habitual y amorosa de Dios *como medio*, decía él, *para conseguir breve y suavemente el Divino amor y la adquisición de toda virtud, á fin de agradar al Dios de amor.*»

Pero acerquémonos más á las llamas que salen del encendidísimo horno de un corazón caldeado en el amor divino, y ¡ojalá que esas llamas toquen y abrasen también nuestros corazones! Estando de Visita Pastoral en uno de los pueblos de la costa del Pacífico, escribía á ciertas personas que como él hacían profesión de Víctimas del Amor divino: «Va ésta á decirlas que las tengo presentes en el Sagrado Corazón de nuestro amado Jesús en estas soledades. ¡Cuánto ayuda el pensamiento de que estoy con mis Hermanas en el Corazón de Nuestro Amado Jesús, adorándole, glorificándole, amándole! ¡Qué consolador es tener por estos retiros á un Dios á quien amar

(1) Un publicista católico.

y con quien tratar! ¡Y qué triste sería todo esto sin ese Dios amoroso!...

»¡Oh dulce Jesús mío, amor mío, voy en tu compañía, y en tu compañía andan también mis Hermanas! Te amo con ellas á todas horas, y no estoy solo, no, no estoy solo, Jesús mío; estás conmigo y te amo, y todo lo tengo. Si te ocultas para probar mi fidelidad, te busco, y unas veces te dejas encontrar, y lleno de amor me dices: «¡Aquí estoy!» ¡Y te siento, y lloro de gratitud y de amor! Y otras quieres que lloro de hambre por encontrarte, y me parece que en este caso me lo agradeces más y me lo pagarás mejor.

»Pero ¡no me dejes, amor mío, no me dejes solo en estas soledades! No tengo otra cosa en estos rincones, ni otra cosa quiero tampoco. Es preciso, dulce Jesús mío, que por aquí lo hagas Tú todo, que me llames, que me muevas, que me llesves y arrastres hacia ti, porque las demás cosas del culto no me animan. ¡Jesús mío! te veo entre paredes arruinadas, y veo tu casa llena de goteras, como la de un pordiosero. ¡Dueño del universo! ¡qué pobrecito estás en tantas partes del mundo por nuestro amor!

»¡Jesús de mi alma! ¿Qué hago para amarte mucho? Dime, Bien mío, dime... ¿qué hago? ¿Por qué, Buen Jesús, por qué no obras el prodigio de matarme de amor hacia ti? ¡Ven, Jesús mío, ven y sacia mi pobre alma! ¡Ven y andemos juntos por estos montes y valles cantando amor!... ¡Que yo oiga tu voz en el ruido de los ríos, de los torrentes, de las cascadas!... ¡Que me llame hacia ti el suave roce de las hojas de los árboles agitadas por el viento!... ¡Que te vea, Bien mío, en la hermosura de las flores! ¡Que los ardientes rayos del sol de la costa sean fríos, muy fríos, comparados con los rayos de amor que

me lance tu Corazón! ¡Que las gotas de agua que me han caído y me caigan sean pedacitos de tu amor que me hagan prorrumpir en otros tantos actos de ese amor! ¡Que mi sed, y mi cansancio, y mis privaciones, y mis fatigas, sean!... ¿qué, amor mío, qué han de ser? ¡Ah! ¡Ya lo sé, y Tú me lo has inspirado!... ¡que sean suspiros de mi alma enamorada, cariños, amor mío, ternuras, afectos, rachas huracanadas de amor, pero loco... Jesús mío, amor loco!... ¡Te lo he pedido tantas veces!... ¿Cuándo, mi Jesús, cuándo me oyes? ¡Ah! ¡Te amo de todos modos!... Sí, Jesús mío, de todos modos te amo.

»Me puse á hablarles, mis Carísimas Hermanas, y todo se lo llevó El... Mejor, ¿no es así? Así es, porque hablando de El es como nos entendemos... Ese es nuestro lenguaje, y en esa lengua se entienden nuestras almas perfectamente.

»He vuelto ya á nuestro Jesús algunas almas que se habían apartado de El muchos años: doce, veinte, treinta. ¡Oh sangre de mi Jesús! salva las almas por las cuales fuiste derramada.

»Dueño nuestro y amor nuestro ¡Bendícenos! Te lo suplica humilde y amorosa la más pequeña de tus esposas y la menor de las Hermanas.»

(Esta carta tiene fecha 3 de Mayo de 1903.)



CAPÍTULO II

Amor al prójimo. — Celo.

§ I

MUCHO amaba el P. Ezequiel á Dios, y por consiguiente amaba también mucho á sus prójimos, pues hay perfecta semejanza y necesario encadenamiento entre esos dos amores (1). No sabemos que hiciera nunca á nadie el más mínimo daño, y sabemos que hizo siempre á todos el bien que pudo hacerles, llevando su caridad hasta el completo desprendimiento y hasta la abnegación y el sacrificio. Puso constantemente en práctica las obras de misericordia, dando á los necesitados cuanto tenía, y consagrándose al ministerio de la salvación de las almas.

Ya vimos hermosas pruebas de su compasivo corazón en favor de los pobres indios mientras estuvo en Filipinas: esa compasión tomó mayores proporciones al desempeñar el cargo de Rector en el Colegio de Mon-

(1) Evangelio de San Mateo, cap. 22, v. 39.

teagudo, por lo mismo que la indigencia en España supera desgraciadamente á la de Filipinas. Los años de su Rectorado fueron de extraordinaria miseria; miles y miles de pobres se agolpaban á las puertas del Colegio, y todos eran socorridos. Una tarde en que el P. Ezequiel bajaba al pueblo de Monteagudo, se le acercó un pordiosero y le dijo que había pedido limosna en la portería y que el Hermano le había despedido sin ella. «Vuelva usted, le dijo el Padre, vuelva usted al Colegio, y diga de mi parte al portero que le socorra largamente», y reprendió luego la falta de caridad de aquel Hermano. En otra ocasión, refiere también el P. Antonio Muro, trajeron á la portería, ya de noche, á un mendigo á quien habían encontrado en la carretera aterido de frío. El P. Ezequiel dispuso que se le preparara cama en la hospedería y se llamase al médico: gracias á esta caridad, reaccionó el infeliz, aunque tardó luego en recobrar del todo la salud algunos meses, siendo atendido durante ese tiempo por el caritativo Rector.

Notó una vez que entre la multitud de los que acudían al Convento en demanda de la sopa, iba el padre de uno de nuestros religiosos: le llamó para facilitarle aparte la comida, y me escribió exponiendo el caso é indicándome se asignase al desgraciado padre una pensión á fin de evitarle la vergüenza de la mendicidad, y así lo hicimos.

En Colombia, principalmente cuando ya Obispo de Pasto tuvo más medios para hacer limosnas, fué, á imitación de nuestro Santo Tomás de Villanueva, un verdadero *Padre de los pobres*. Oigamos acerca de esto lo que escriben testigos de vista.

La virtuosa señora Mariana Soberón, que atendía en Palacio al cuidado y limpieza de la ropa y á la compra de lo más necesario, dice: «A poco de haber llegado á

Pasto el Ilmo. Sr. Moreno hice la provisión de víveres y en ello invertí muy pocos recursos, siguiendo las órdenes del Prelado, pues que su mesa era muy frugal, y puedo llamarla pobre. Mas al mismo tiempo recibí orden para preparar vestidos para hombres y mujeres, grandes y chicos, y muy frecuentemente se me ordenaba también dar esos vestidos á gentes sumamente pobres, algunas de ellas casi enteramente desnudas ó cubiertas con miserables harapos: á cada una de ellas se les daba un vestido completo, según su sexo; á los hombres y niños, pantalón, saco, camisa y algunas veces ruana; á las mujeres y niñas, follado, rebozo de bayeta ó vestido de zaraza, según su clase, y también camisa á las sumamente pobres. A más de esto se les suministraba recursos en dinero á muchas personas por mi mano, y me consta que otras muchas iban diariamente á pedir limosna al Prelado, y nunca salían sin obtenerla.

»Esta munificencia con los pobres agotaba casi toda la renta del Prelado, porque hubo casos en los cuales no tuvo recursos para comprar los víveres necesarios para su subsistencia, y en otras ocasiones me daba veinte ó treinta pesos y me ordenaba distribuirlos entre los pobres del modo mejor posible, agregando que no tenía más de que disponer: tal era la caridad del Prelado durante todo el tiempo de su permanencia en la Diócesis. Debo añadir que, algunas personas, cuando sabían que iba á ausentarse el señor Obispo, le exigían les anticipase la limosna que debía darles durante todo el tiempo de su ausencia. Con este motivo tuve ocasión de oírle decir que le gustaba la confianza de los pobres que así le pedían, y, en efecto, les daba cuanto podía, lleno de amabilidad y con paternal sonrisa.

»En resumen, puedo asegurar que la renta del Pre-

lado era el pan, el vestido y el contento de los pobres, al mismo tiempo que la mesa del Obispo estaba pregonando su pobreza; porque repito que muchas veces me manifestó que no tenía recursos para comprar lo necesario para la despensa.»

El portero del Palacio Episcopal, Rafael Maya, escribe: «Respecto de su caridad para con los infelices no tengo palabras con que ponderarla; cada semana me daba veinticuatro pesos para que repartiera á personas vergonzantes, aparte de otras limosnas que él mismo no dejaba de hacer; muchas veces fuí testigo de que no tenía para la cocina, y el cocinero pedía prestado para llenar esa necesidad; algunas veces aquellas personas, á quienes yo, por orden suya, les había dado, volvían á pedirle, y advirtiéndole que ya se les había socorrido, iban donde él estaba, y volvía á saciarles el hambre; esto lo hacía yo para salvar mi honra.

»En una ocasión se presentó una mujer del campo á quien yo no conocía, instándome, como portero, la hiciera hablar con el señor Obispo, y como yo sabía que dicho señor no tenía plata y además estaba muy ocupado, la despedí sin pasarle aviso, y apenas salió el señor Obispo (estaba en la capilla) me ordenó que llamase á aquella mujer, quien dijo ser viuda y con hijos enfermos, consiguiendo al instante una buena limosna.

»A mí mismo, además del sueldo que ganaba, y conociendo la pobreza de mi familia, no dejé de favorecerme extraordinariamente como un verdadero padre.»

Del Presbítero D. Reinaldo Rivera son estas palabras referentes al Ilmo. P. Ezequiel: «Su caridad era más que de madre, y con su manto cubría con ternura y amor todas las indigencias y miserias, todas las necesidades y pobreza. Nada digo de las multitudes de pobres que

socorría y de las familias vergonzantes, porque todos saben y lo han visto, por contar un acto que nos descubre cuánta era su caridad. En cierta ocasión le daba cuenta al Sr. Moreno un Cura de un pueblito de mala muerte, de lo que pasaba y de las necesidades y crujiadas que sufría, con la confianza que un hijo tiene en su amante padre, y sin pretender que le diese nada. Pero el señor Obispo se levantó y le entregó como unos veinte pesos, sin darle tiempo para rehusar ni oponerse. Si esto hacía con los grandes, ¿qué no haría con los pequeños? Después que supe esto, no me admiraba el ver que su palacio estuviese asediado por los pobres, en términos que no dejaban entrar, sino con mucha dificultad, algunos días.»

No hay para qué aglomerar más testimonios en prueba de una verdad tan sabida y vista por todos. Sólo nos permitimos ya citar el de D. Luis Gutiérrez, Vicario Foráneo de Las Lajas, y el del R. P. Aristides Gutiérrez, Prepósito de los Filipenses de Pasto, que dicen: «La caridad que el Sr. Moreno tuvo para con los menesterosos fué ilimitada: todo lo dió sin reservarse más que lo necesario para pasar la vida.

»El día en que marchaba á Europa para no regresar más, fuimos testigos de un acto de liberalidad cristiana, que nos entenece al recordarlo. El palacio estaba lleno de mendigos; á cada uno le repartió limosna, y, acercándose á una anciana, con la posible reserva, le entregó una cobija (1), la única que tenía para dormir.

»El que tenía la mano abierta para los pobres, la tenía cerrada para sus parientes.

»El Sr. Moreno, en su testamento, dejó escritas estas palabras, que tocan lo más delicado del corazón: «Tengo

(1) Manta de cama.

» dos hermanitas pobres. No las he socorrido durante mi
» Episcopado en Pasto, porque no he tenido para soco-
» rrerlas. Todo lo he dado á los necesitados de aquí,
» excepto lo gastado en comer y algo en vestido, pues
» traje bastante ropa de Bogotá.» *Esta ropa, según se la
conocimos, era bastante grosera; pues, consigo era tan escaso,
por ahorrar para los pobres, que á los que no le conocían pare-
cía avariento de muy limosnero, como se dijo de Santo
Tomás de Villanueva.*

» *Caridad para con el Clero.* — Reproducimos íntegro un trozo de la vida del mismo Santo Tomás, que pinta á lo vivo una virtud singular del Sr. Moreno: su caridad con los Sacerdotes. « Tenía aquel gran Prelado, entre las demás, una prenda excelente, que teniendo tanto celo de corregir las culpas, no le tenía menor en mirar por la honra de los que corregía, especialmente de los clérigos, porque quedasen enmendados y no desacreditados. Y cuando llamaba á alguno para reprenderle, mandaba á sus ministros que viniesen tan apartados de él que no pudiese nadie notar que venía preso — por evitar el escándalo; porque pesa mucho — decía, y vale mucho la honra de un eclesiástico. A los que podía corregir por sí solo, sin intervención de otra persona, lo hacía con gran secreto; y cuando no, en causa de eclesiástico no quería que interviniese ningún seglar.»

§ II

De grandes miserias corporales adolece la pobre humanidad, pero son mayores y de mucha más trascendencia sus miserias morales. El atender á saciar el hambre y la sed de los espíritus, á vestir sus desnudeces, á iluminar sus tinieblas, á fortalecer sus debilidades, á diri-

girlos por la senda de la virtud; en una palabra, el consagrarse á la salvación de las almas, es una obra de misericordia, de mérito, tanto más grande cuanto es mayor la dignidad del alma que la del cuerpo, teniendo, además, en cuenta que la salvación de aquélla trae también consigo la salvación y glorificación de los cuerpos.

Desde el momento en que el joven Ezequiel respondió generosa y resueltamente á la gracia de la vocación para el estado religioso en una Orden de misioneros, abrazó la penosísima carrera de corredentor de las almas, y á fin de adiestrarse en ministerio tan sublime, hizo el sacrificio de la suya por la profesión solemne de los tres votos monásticos y por el juramento especial de dedicarse á las misiones. A ellas, efectivamente, se dedicó en la Paragua, en Mindoro y en los varios pueblos de Filipinas que administró por espacio de catorce años. En educar misioneros, atendiendo al mismo tiempo á las tareas de confesonario y púlpito, empleó luego los tres años de su Rectorado, y todavía entró más de lleno en tan ardua y salutífera labor al trasladarse á Colombia. ¡Bogotá! ¡Casnare! ¡Pasto! fueron allí, según hemos visto, el extenso campo de sus trabajos apostólicos.

En su corazón había prendido el fuego que el Divino Jesús trajo á la tierra. Y es que del fuego en contacto con el aire surge la llama, y en el alma abrasada por el amor divino, puesta en contacto con las de sus prójimos, levántase la llama del CELO, que tiende á convertir en fuego santo todo cuanto le rodea. La lumbre del celo se reflejaba en todos los actos, en todas las palabras, en todos los escritos y en todos los proyectos del Ilmo. P. Ezequiel, que se había propuesto copiar en sí la imagen del Salvador; y al vivir la vida de la fe, de la esperanza y de la

caridad, sentíase devorado por el celo, viéndose obligado á amar con ímpetu, en cierto modo irresistible, á las almas redimidas con la sangre de Jesucristo, diciendo con el Apóstol: *Charitas Christi urget nos*.

Si su misericordia en favor de los hambrientos y menesterosos había crecido á proporción de los medios de que podía disponer para socorrerlos, también creció su celo al verse elevado á la dignidad episcopal con todos los deberes de un sucesor de los apóstoles, de un Padre y de un Pastor. Estos cargos desempeñó con toda solícitud, cariño y vigilancia, ya respecto de los sacerdotes, ya respecto de los fieles.

El misionero capuchino P. Angel de Aviñonet, á quien más de una vez hemos citado en esta biografía, escribe: «Trataba el Sr. Moreno con suma caridad y moderación á sus sacerdotes, mirando siempre por su bien espiritual y temporal, y dirigiéndoles constantemente en el ministerio; y por más que hubiese alguno ó algunos de ellos poco ajustados á sus deberes, nunca se le oía murmurar de ellos ó revelar sus faltas. En esto era sumamente cauteloso. Las amarguras que le causaban, las devoraba en silencio y á solas con Jesús Sacramentado, que tenía siempre en su oratorio episcopal, por especial privilegio de la Santa Sede. Rarísimas veces vimos que castigase á alguno de ellos: contentábase con reprenderles á solas y siempre con mucha bondad. Sólo cuando ya no podía de otro modo, les suspendía de su ministerio por poco tiempo: más conseguía con la moderación que con castigos severos. Iba con grandísimo cuidado en recibir delaciones contra los párrocos, y antes de proceder contra ellos, se informaba muy por menudo de la verdad de los hechos, especialmente si las acusaciones eran hechas por personas de quienes podía ó debía desconfiar. A los

sacerdotes ancianos y que habían trabajado en servicio de la Iglesia, amaba con una ternura especial, y procuraba su bienestar con singular atención. En una palabra: *el señor Obispo Moreno era, más que Obispo, un verdadero padre para su querido clero*. De aquí que éste le amase también con un cariño entrañable (si se exceptúan unos cuantos díscolos, que en cada diócesis son la cruz de su Prelado, los cuales en su orgullo no tuvieran paz ni con los ángeles del cielo); pues eran de continuo testigos del cuidado que tenía de tratar á todos con aquella caridad y solicitud que recomienda San Pedro á los Prelados, siendo el Obispo el primero en darles ejemplo en todas las virtudes sacerdotales.

»He aquí por qué, al despedirse por última vez en Pasto, apenas había uno solo de los sacerdotes que pudiese contener las lágrimas, previendo que no le volverían á ver más en este mundo. Y tenían razón, pues difícilmente hallarán otro Obispo que tenga las bellísimas cualidades ó virtudes que experimentaron en el decurso de diez años, en el Sr. Moreno. El bien, de ordinario, no se conoce sino cuando se ha perdido, ó está próximo á perderse.

»Otro de los cuidados que tenía el Sr. Moreno era el de las religiosas de su diócesis. Todas, excepto el único monasterio de las Concepcionistas de Pasto, eran de enseñanza ó tenían cuidado de los enfermos en el Hospital. Tanto á las unas como á las otras trataba el Obispo con la mayor solicitud, procurando en todas la mayor perfección posible. Dábales por confesores ordinarios y capellanes á los sacerdotes más conspicuos en virtud é instrucción que tenía en su diócesis. Y observante como el que más de los decretos apostólicos, unas cuantas veces al año y siempre que ellas lo pedían, les daba confesores

extraordinarios, para que gozasen de paz en sus conciencias y adelantasen en el camino de la perfección y santidad. Procuraba que tales confesores tuviesen, no sólo la edad canónica, sino también que fuesen bien instruídos en lo relativo á su ministerio, siendo á la vez hombres dados á la oración y de una vida ejemplar. Para esto dió circulares muy oportunas, á *fin de que las religiosas supiesen á qué atenerse*, y pidiesen sólo los confesores señalados en caso necesario. Practicaba, por sí ó por otros, las visitas canónicas de las casas de dichas religiosas, informándose muy por menudo de las necesidades espirituales y temporales que podían tener, y aplicando el remedio según lo pedía la necesidad.»

Su gran celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas le inspiraba aquellas pláticas y sermones vivificados siempre por la unción sagrada tan conmovedora y eficacísima para la conversión de los pecadores y mayor santificación de los justos. No subía al púlpito sin prepararse con algún estudio y mucha oración, y predicaba á diario en las Visitas Pastorales y todos los domingos de Adviento y Cuaresma en la Catedral, donde hacía también la homilía siempre que pontificaba, teniendo, además, distribuídos los días de la semana para visitar el Seminario, los conventos de religiosas y varias iglesias, alimentando en todas partes las almas con fervorósísimas pláticas ó edificantes conversaciones, que eran escuchadas con santa avidez y espiritual provecho.

Efecto de su celo era su asidua asistencia al confesonario y su amabilidad y acierto en la dirección de muchísimas almas que aspiraban á la perfección en las virtudes. Pocos serían los días que no se sentase en el confesonario, y raro también el día en que no escribiese cartas espirituales á personas que le consultaban. Providencial

Viva Dios

Nota 18 de Abril de 1704

Al Ilmo. Sr. Obispo y Catedrático ~~de~~ en documento

Antes de ayer, a sea el 16, recibí el telegrama que me mandó con fecha 8 para ~~fluctuante~~ por el día de mi Santo; No se lo pague en abundancia.

Se paga el telegrama con esta carta, porque el telegrama no es seguro que llegue, la carta tiene mas probabilidad de llegar.

Cuando Dios vea en nuestra casa, apartada de toda otra ciudad, ¿No hay esperanza de que llegue en día? Lo deseo, pero, mas que Ud. porque creo que sea esto que a mí viene por su carácter y modo de ser.

Mientras no llega ese día, sea religiosa en casa, no se aparte sin motivo de su casa, ni haga nada o no se en su compañía, ni vaya a parte alguna, sino con él. Pero que lo haga así, le voy a poner solo tres palabras que le recuerden todo eso. Las palabras son estas: Dios y yo.

Las palabras encierran todo un libro. Dios y yo ~~ninguna~~ otra cosa me hace falta, tengo bastante con Dios y yo. Si Dios y yo, se supiera bien, cuánto coningo que que no valgan mis oraciones, valdrán un mejor. Dios y yo, cuando trabajo, estoy con Dios y él me ayuda y todo se me hace fácil. Dios y yo. Si supiera, supiere con Dios y él me aliviana. Si se quiere decir como en las demás cosas.

No le parece, que valen las palabras tan meditado como un libro? Sea pues, el pago que le haga por su recuerdo.

Reiba, adios, la bendición de su ~~afecto~~ en ~~documenta~~ lib.
P. Ezequiel Obispo

Facsimile de una de las cartas del Ilmo. P. Ezequiel

parece que se haya conservado tan gran número de esas cartas; pues, ya originales, ya en copias auténticas, han llegado á mis manos centenares de ellas, siendo cada una retrato vivo del que las escribió y vivísima prueba del celo que ardía en su alma. No hay en ninguna de tantas cartas, escritas todas á vuela pluma y sin sospechar que habían de conservarse y servir no pocas para esta biografía, no hay, repetimos, en ninguna de ellas, ni la más mínima inconveniencia, ni palabra alguna impertinente; allí todo es de Dios y para Dios.

En la *Corona fúnebre* dedicada á la memoria del ilustre difunto, escribe uno de sus admiradores: «El gran móvil y resorte de todas las acciones públicas y privadas del extinto Sr. Moreno Díaz, en esta Diócesis, fué el celo, pasión nobilísima, sol de las almas enamoradas de Dios, latido del Corazón de Jesucristo en sus predestinados. De aquí ese largo orar en la presencia de Jesús Sacramentado; la austeridad de su vida; el desprendimiento total de los intereses; el valor y entereza en decir la verdad á gremios y á individuos; esa especie de intuición con que se adelantaba á los sucesos; en una palabra, el gemir perenne y el trabajar infatigable porque Dios reinara en todo y sobre todo. Lo vimos, nos consta, que en el período de diez años que estuvo rigiendo la Diócesis, el celo informaba cada uno de sus actos. Cuando llamaba la atención á fin de que el sectarismo político no envenenara las inteligencias y los corazones de la juventud, era porque el celo le enseñaba que el buen Pastor debía dar la vida por su grey; cuando renovaba el espíritu de sus diocesanos con las revelaciones de la fe, ó daba el alerta como centinela de la Casa de Dios, era porque el celo se imponía á su conciencia y le advertía que soportara el trabajo y la fatiga como buen soldado de

Jesucristo; y cuando con disgusto de muchos repetía la misma enseñanza sobre asuntos de trascendencia social, moral y religiosa, y pasaba el arado una y mil veces por el mismo campo, como para sembrar hondamente la simiente divina, era porque el celo del Apóstol le conjuraba delante de Dios y de Jesucristo para que predicara la palabra divina con toda fuerza, ó insistiera, con ocasión y sin ella, reprendiera, rogara, exhortara, con toda paciencia y doctrina.»

Una de las más fecundas manifestaciones del celo santo es, en los actuales tiempos, la de trabajar en favor de la buena prensa, ya que la mala esgrime con terribles efectos sus armas contra la fe, contra la verdad y contra la moral cristiana. En ese terreno de polémica se presentó también el Ilmo. P. Ezequiel declarándose no sólo afecto, amigo y protector del periodismo sano, sino fundador de un semanario que llevó por título *El Campeón Católico* (1), substituyendo en Pasto á *El Adalid*. Ambos periódicos fueron muy leídos en Colombia, é hicieron en ellos gloriosas campañas en pro de la religión católica. La índole de nuestro humilde trabajo no consiente que demos á tan provechosa manifestación de celo todo el espacio que merecía: basta la muy ligera indicación que dejamos consignada.

(1) Puso el periódico bajo la dirección del ejemplar y celoso sacerdote doctor D. Juan Bautista Rosero C.





CAPÍTULO III

Piedad.—Oración.—Devoción.

§ I

QUIEN escribía tantas y tan edificantes cartas, quien predicaba constantemente y con tal fervor, quien era tan celoso de la salvación de sus prójimos, no podía menos de ser celosísimo de la suya propia, predicándose antes á sí mismo y trasladando al papel con toda sinceridad los sentimientos de su espíritu. Le hemos visto piadoso, dedicado desde su más tierna infancia al culto Divino, asistiendo á las funciones de iglesia, rezando y cantando el Santo Rosario cuando apenas podía balbucir las palabras, y hemos admirado el crecimiento de su piedad en el claustro, en las misiones y en el episcopado. Tenía el P. Ezequiel un corazón naturalmente piadoso, por haber recibido ese don de Dios, Autor de la naturaleza, y sobrenaturalmente inclinado á la piedad, merced que le hacía el mismo Dios, Autor de la gracia. Con la gracia santificante infundíale también el Espíritu Santo el *don de piedad*; y así como la piedad natural ó humana

se refiere en primer lugar á honrar á nuestros padres, el término próximo del don de piedad es reverenciar á Dios en cuanto Padre, y por eso nos conduce á poner en práctica la enseñanza de nuestro Divino y misericordiosísimo Hermano Jesucristo, que nos dijo: «Oraréis así: *Padre nuestro que estás en los cielos, etc.*»

§ II

Era nuestro biografiado *hombre de oración*, como lo han sido todos los santos. Y al decir *oración* me refiero no sólo á la *vocal*, hecha con atención y afecto, sino principalmente á la *mental*, que, precedida de la meditación y descansando en la contemplación, nos fundamenta en humildad, dándonos á conocer nuestra propia miseria, y nos eleva en alas de la confianza al conocimiento del Ser Supremo, y en vista de sus infinitas perfecciones, al amor divino, realizándose por ese medio el anhelo de las almas buenas, anhelo que el Gran Padre San Agustín expresó en aquel suspiro: *Noverim te noverim me.* ¡Oh, Señor! conózcate á ti y conózcame á mí; á mí para humillarme, á Ti para extasiarme de amor.

Un religioso que en el coro estaba junto al P. Ezequiel cuando éste fué Rector del Colegio de Monteagudo, escribe: «Su fervor en la oración era notable, y á pesar de su cuidado en ocultarlo, muchas veces se le manifestaba en el exterior. Nos consta que sus colaterales advirtieron en el Padre, estando en oración, cierto temblor en todo su cuerpo que hacía retemblar la tarima, manifestando con ello el fervor interior de su alma.»

De él puede decirse que oraba *sin intermisión*, ya por el ejercicio continuo, actual ó habitual, de la presencia de Dios, ya por el recogimiento de su espíritu y su pensar y

ahondar en las verdades eternas. Su vida ordinaria, mientras fué Obispo de Pasto, era la siguiente:

Mañana.—A las cuatro ó cuatro y cuarto, se levantaba y arreglaba.

A las cinco, oración mental hasta las seis.

A las seis, celebraba misa y oía otra en acción de gracias.

A las siete y cuarto, desayuno y rezo de horas menores.

A las siete y tres cuartos, estudio hasta las diez.

A las diez, visita de tres cuartos de hora al Santísimo.

A las once, recepción de los oficiales de curia y despacho de negocios de la Diócesis.

A las once y media, comida, visita al Santísimo y un corto paseo por el claustro hasta las doce y media.

Tarde.—A las doce y media, despacho de asuntos de curia hasta las dos.

A las dos, Vísperas, Maitines y Visita al Santísimo.

A las tres, estudio hasta las cinco y media.

A las cinco y media, oración mental hasta las seis y media.

A las seis y media, estudio hasta las ocho.

A las ocho, rosario y colación hasta las nueve.

A las nueve, en la Capilla hasta las diez y cuarto.

A las diez y cuarto, retiro á su habitación.

Para las personas que tenían necesidad de visitarle, todas las horas eran hábiles.

De esa distribución del tiempo se deduce que pasaba en el Oratorio cuatro horas y media del día, una hora y media en el rezo del Oficio divino, más de seis horas en

el estudio y dos horas en el despacho ordinario. Sabemos también que todos los jueves practicaba el ejercicio de la Hora Santa desde las once á las doce de la noche, y por lo que nos dice su familiar César Castillo se ve que aun robaba otras varias horas á su descanso: «El deber que me había impuesto yo, escribe aquel familiar, era cuidar del Oratorio, y con frecuencia, de día y de noche, encontraba á Monseñor postrado al pie del altar de Jesús Sacramentado en ferviente oración acompañada de exclamaciones, jaculatorias y lágrimas.» «Tan absorto estaba en la oración, afirma su socio el P. Alberto, que no solía apercibirse de que entrábamos en el Oratorio y nos poníamos junto á él: aquella oracion parecía de éxtasis. Era sorprendente, dice también, su fervorosa oración por las lágrimas, sollozos y ardientes plegarias.»

El Presbítero D. Angel Medina, que le asistía, dice que una noche se despertó, y creyendo que fuese ya hora de preparar el recado para la misa del señor Obispo, fué al Oratorio y allí estaba Su Señoría arrodillado. «¿Adónde va?, me dijo. Todavía no es hora para celebrar; vuélvase á dormir.» Eran las dos de la mañana.

§ III

Hemos dicho con Santo Tomás de Aquino que del don de piedad, es propio el reverenciar á Dios como Padre, y añade el Santo Doctor: *Et consequenter quae Dei sunt, scilicet sanctos*, etc., y, por consiguiente, el reverenciar también aquello que es de Dios, á saber, á los santos, etc. Así entronca el culto que se rinde á los Santos con el debido á Dios, y la devoción que se les tiene con la que corresponde al Santo de los santos. La principal devoción del Ilmo. Sr. Moreno era para Jesús Sacramen-

tado, le adoraba luego en su Divino Corazón, y reverenciaba afectuosamente á la Santísima Virgen y al glorioso Patriarca San José.

De su amor y devoción al Augusto Sacramento de la Eucaristía nos certifican sus continuas visitas al Sagrario, lo mucho que gozaba en rendir culto y en que otros lo rindiesen al Santísimo, á Nuestro Amo y Dueño, como él se complacía en llamarle, y su vehemente dolor al ver que se le injuriaba, como sucedió en las horrendas profanaciones de Riobamba (Ecuador) y en el sacrílego robo de Tumaco, casos de que hablamos en la Segunda Parte de esta biografía.

Enamoradísimo estaba del Sagrario, como lo prueba el caso siguiente: Cuando su última enfermedad avanzaba tanto que ya no podía trabajar ni recibir visitas, le invitó cierta persona á que fuese á una casa de campo, donde estaría más tranquilo. Dió las gracias el Sr. Moreno, pero no aceptó, porque «aquí, dijo, tengo á mi Jesús Sacramentado en el Oratorio, y ahí no lo tendría».

En aquel período de tanto sufrimiento se pasaba casi todo el día y la noche en el Oratorio que estaba contiguo á su habitación, y tenía las puertas abiertas para que cuando fuese necesario le llamasen. Y es de notar que no obstante lo intenso y continuado de sus dolores, estaba siempre de rodillas y sin que se le oyese un quejido.

Un benemérito Padre de la Compañía de Jesús, cuyo valioso testimonio hemos aducido ya otra vez, escribe: «¡Con qué devoción oraba delante de Jesús Sacramentado! ¡Cómo se valía de todos los medios posibles, cual pudiera hacerlo el más fervoroso novicio, para fomentar ese espíritu interior y adelantar en la perfección religiosa! Varias veces le di yo mismo estampas del Sagrado Cora-

zón de Jesús y del Santísimo Corazón de María, y las tenía á la vista en su escritorio, y aun las llevaba en la mano estando en el cuarto, de modo que con el uso se dañaban las estampas y había que renovarlas. Le agradaba sumamente hablar de cosas de Dios y admitía gustoso para ponerlo en práctica, en cuanto era posible, cualquier medio que se le insinuaba para facilitar y avivar el recuerdo de la presencia de Dios, purificar la intención y crecer en el amor divino. Se prestaba también él mismo para escribir, ya una oración devota, ya un método de purificar la intención, cuando se lo pedían algunas personas piadosas. Accedía asimismo con facilidad cuando se le invitaba á cualquier distribución de iglesia donde se exponía el Santísimo Sacramento ó había alguna Comunión general. Durante los últimos años en que estuve en Pasto, asistió todos los primeros viernes (no impidiéndolo su ausencia ó algún otro motivo justo) á la iglesia de Santo Domingo para celebrar la Santa Misa y distribuir la Sagrada Comunión por la mañana y para oír la plática y adorar el Santísimo en la exposición de la tarde como cualquier persona particular, dando con eso un admirable ejemplo de devoción al Sagrado Corazón de Jesús, por cuyo culto tanto se interesaba. Testigo es el templo que se está levantando actualmente en Pasto al Sagrado Corazón que él inició, acogiendo fervoroso la idea que le sugirió una persona religiosa. Conocido es también lo que trabajó para extender la Devoción á los Dolores internos de este Divino Corazón, dando á luz un devotísimo opúsculo sobre esta materia y celebrando la Santa Misa el 25 de cada mes en el Colegio de las Madres Betlemitas, haciendo al mismo tiempo una fervorosa plática.»

Esa devoción al Corazón Divino de Jesús tenía en el

del P. Ezequiel hondas raíces, como se ve muy claro en lo que ya queda dicho de su vida y en la explicación que él mismo hace del escudo elegido para sus armas episcopales, y esa devoción produjo el sabrosísimo fruto de su opúsculo, al parecer inspirado, *Devoción á los Dolores internos del Sagrado Corazón de Jesús*. Una religiosa, que es muy de Dios, escribe acerca de ese librito: «Su Señoría me dijo respecto á esa devoción (de los Dolores morales de Nuestro buen Jesús) que cada día se persuadía más de que el librito que había escrito fué verdadera inspiración del Señor, que cada vez que lo leía encontraba algo que sólo El se lo podía haber inspirado.»

En cuanto á su devoción á la Santísima Virgen, que tan de relieve aparece desde su niñez hasta su último suspiro, que exhaló acariciando entre sus manos el Santo rosario, escribe el Padre Jesuíta antes citado: «¡Cuánto no se interesaba también para propagar la devoción á la Santísima Virgen! En primer lugar alentaba con su asistencia á las solemnidades que se celebraban en la iglesia de la Merced, la devoción predilecta de los Pastusos, á su Excelsa Patrona; y cuando ocurría alguna calamidad pública, hacía llevar procesionalmente á la Catedral la veneranda imagen con el objeto de hacerle novenas y rogativas, como sucedió tantas veces durante la última guerra de Colombia; yendo él á fomentar con su presencia la piedad de sus diocesanos y á disfrutar del consuelo espiritual que experimentaba al oír los requiebros de amor y confianza de la gente sencilla y piadosa delante de la imagen de la Augusta Reina del cielo. También tenía especial cuidado del Santuario de Las Lajas, habiendo proyectado levantar un suntuoso templo que se comenzó antes de la última revolución, y que tuvo que suspenderse por esta revolución, perdiéndose todo lo hecho por

ese mismo abandono forzoso. ¿Qué no hizo para extender la devoción del Santísimo Rosario, ya alentando la práctica del Rosario de la Aurora, que en su tiempo se inició en la iglesia de Santo Domingo, ya dando recursos para repartir gratis rosarios, como lo hizo especialmente una vez con mucha largueza, poniendo á mi disposición mil francos para hacer venir de Bélgica rosarios bendecidos por los Padres Crucíferos, y que por desgracia se malograron en gran parte por haber llegado á Tumaco en tiempo que estaba ocupado ese puerto por las tropas revolucionarias? Asistía también con gusto á las fiestas de la Divina Pastora que celebraban con mucha pompa los Reverendos Padres Capuchinos, de la Inmaculada celebrada en Santo Domingo por la Congregación de Matronas, y de otras advocaciones de la Augusta Reina del Cielo.»

De lo que el P. Ezequiel amaba y reverenciaba á Nuestra Madre amantísima, tenemos evidente prueba en la Conclusión del opúsculo *Devoción á los Dolores internos*. Como esa Conclusión es tan hermosa, y no muy larga, nos permitimos transcribirla aquí. Había acabado el Capítulo IV de la Parte Segunda con esta fervorosa exhortación: «Arden nuestros corazones en el fuego del Divino Corazón de Jesús. ¡El nos ama, amémosle! Sí, ¡ó amar, ó morir! ¡Morir á todo, y amar á Jesús! ¡Amo á Jesús! ¡Viva su Divino Corazón!... ¡Viva!... ¡Viva!...» Y pone luego esta «CONCLUSIÓN. *Devoción al Sagrado Corazón de María*. — ¡Viva, también, el Corazón Purísimo de mi Madre, María Santísima! ¡Viva!... ¡Viva!...

» ¡Madre mía! No era posible que concluyera este librito sin acordarme de Ti, y sin decir á los hombres, que te amen mucho. Era necesario que habiendo hablado del Corazón de tu Divino Hijo, hablara también de tu Cora-

zón, porque tu Corazón anda siempre junto al de tu Hijo, y no pueden estar separados. Además, ¡es tan dulce hablar de ti, Madre mía! ¡Gozo tanto en solo pensar que pueda contribuir, con estas líneas que te dedico, á que alguna alma te dirija siquiera un suspiro de amor y de cariño!... ¡Ojalá consiga eso, y más...! ¡Madre mía! más, porque mucho más mereces.

»Doble es el objeto de la devoción al Inmaculado Corazón de María, como doble dijimos que era el de la devoción al Corazón Sagrado de Jesús. Objeto material, que es el Corazón de carne de María, parte nobilísima que tuvo una intervención muy próxima en la grande obra de la Encarnación; y el objeto espiritual, que es el conjunto de bellezas que encierra ese Corazón, y en especial su ardiente amor á Dios y á los hombres.

»Adoramos el Corazón de Jesús porque es el Corazón de un Dios; y debemos honrar el Corazón de María, porque después del de su Hijo, es el más digno de nuestra veneración y de nuestro culto, ya por lo que es en sí, ya por lo que es con relación á Dios y á nosotros. Pero, no voy á explicar aquí (ni podría hacerlo) lo que es ese Corazón en sí, ni lo que es con relación á Dios, porque no se puede decir tanto en unas pocas páginas con que quiero terminar este librito; sólo voy á decir algo de lo que es el Corazón de María con relación á nosotros, ó sea, lo que le debemos por el amor que nos ha tenido y nos tiene.

»María Santísima no solamente es una belleza que no ha tenido ni boceto ni copia; no solamente ofusca con su hermosura todas las hermosuras; no solamente es la obra de la Omnipotencia Divina, el lujo, digámoslo así, del poder de Dios; porque nunca Dios volverá á hacer otra Madre suya; sino que, además, posee un Corazón que

nos ama con un ardor que no podemos concebir, y mucho menos explicar. Este amor del Corazón de María hacia nosotros sobrepaja al amor de toda otra criatura, y aun á todos los amores de criatura reunidos.

»Queriendo Jesucristo dar á entender el amor que nos tuvo su Eterno Padre, dijo: *De tal manera amó Dios al mundo, que no dudó darle á su propio Hijo.* Pues bien; María hizo la misma entrega; y se puede decir también de Ella, que de tal modo amó al mundo, que no dudó darle á su propio Hijo. Pero, ¡qué dolor tan profundo y tan amargo causó á María esa entrega! Y no vaya á creerse que ese dolor lo sintió sólo en el Calvario, no; ese dolor principió desde el momento en que consintió en ser Madre del Salvador. Desde entonces conoció la Virgen los tormentos y muerte cruel que esperaban á su Hijo Santísimo, que se ofrecía como víctima del linaje humano; consintió en ello plenamente; principió á sufrir su Corazón Santísimo, y ese sufrimiento fué permanente, porque durante el tiempo que lo llevó en su seno, lo alimentó con sus pechos y lo vió crecer en su presencia, siempre le acompañaba el triste pensamiento de que su amado Hijo crecía para el sacrificio. El Corazón de María sufrió constantemente con el de su Hijo Santísimo en todos los instantes de la vida hasta llegar al Calvario, y allí mientras Jesús se ofrece á sí mismo á su Padre para expiar nuestros pecados, su Madre consiente en todo, y hace la misma ofrenda por nuestra redención. ¡Mirad hasta qué extremo nos ha amado el Corazón de María! Mas, como si eso fuera poco, cuando en aquellos momentos de angustia le dice su Hijo que nos reciba por hijos, ella nos acepta con placer inmenso de su Corazón, y se declara Madre universal de todos los redimidos con la

sangre de su Hijo Santísimo, y desde entonces cumple la Santísima Virgen ese gran cargo; pero ¡con cuánto amor y con cuánta solicitud!

»No hay amor más afectuoso y más enérgico á la vez, más firme y más tierno, más contrariado y más constante, que el que encierra el corazón de una madre. Cuantos más trabajos sufre por sus hijos, más los ama; cuantos más sacrificios le cuestan, mayor es su cariño para con ellos; cuanto más desgraciados y más deformes, mayor es su ternura. Otros amores naturales se debilitan, y aun ceden por completo; el de la madre nunca se cansa, nunca cede, y siempre triunfa. Ahora bien; ¿quién de las madres posee un corazón más compasivo, más generoso, más tierno, y con un amor más grande y más constante, que el de la Madre de Dios y Madre nuestra? ¡Ah! Si reunimos el amor que encierran los corazones de todas las madres, ¡qué amor tan pobre, tan miserable, tan pequeño y tan frío resultará, si lo ponemos enfrente del amor que encierra el Corazón de María para con nosotros! Algo de lo que es ese amor, y adonde llega, se puede comprender por estas palabras que la misma Virgen dijo á un alma devota: «En presencia del fuego de mi amor, el cielo » y la tierra se abrasarían en un momento; el amor de los » serafines, comparado con el mío, sólo es un viento » fresco.»

»Ya podemos comprender, por lo dicho, todo cuanto nos dicen los santos de la ternura y cariño con que nos ama María; de la prontitud con que nos consuela y protege; de la solicitud con que nos cuida, paciencia y firmeza con que sufre y espera para ayudarnos, si acudimos á ella, á pesar de nuestras ingratitudes. ¡Oh Madre mía! Perdón por mi ingratitud, y lo mal que he correspondido á tanto

sacrificio, á tanto cariño y á tanto amor. ¡Madre mía... Madre mía! Confieso que os debo mucho y que debo amaros mucho.

»El amor que nos tiene nuestra buena Madre pide y exige correspondencia por nuestra parte. Debemos amar ese Corazón que tanto nos ama, y amarlo es amar una cosa más bella que la luz, más que la creación, más que el Angel, más que el Querubín, más que el Serafín, más que todo lo que no es Dios. Amar el Corazón de María es amar el precioso santuario del Señor, su Morada predilecta, su Huerto aromático, su Paraíso, su Cielo. Amar el Corazón de María, es amar un abismo de caridad para con el hombre, un océano de ternura para con el hombre, un horno encendido, una hoguera inmensa, un volcán de amor para con el hombre. ¡Excelsa Madre de Dios, Madre mía! ¿Quién no amará tu Corazón?

»Si amamos el Corazón de María, debemos imitar las hermosas virtudes que practicó. Esa imitación será un medio admirable para conservar ese amor, y aun para acrecentarlo cada día. Esa imitación nos acercará cada día más al Corazón, Paraíso de Dios, ¡qué felicidad! Esa imitación nos introducirá en ese Corazón, Cielo de Dios, ¡qué dicha! ¡Que yo te imite, Madre mía! ¡Quiero estar en tu Corazón, en ese Paraíso, en ese Cielo de Dios! Por eso deseo, quiero y te pido que me concedas imitar tu humildad, tu fortaleza, tu pureza, tu candor, tu fe, tu esperanza, tu caridad, tu amor con sus llamas, con sus ardores, con su fuego, con sus incendios. ¡Madre mía! Que te imite, para que me ames mucho... ¡Me hacen tanta falta tu amor y tu cariño!

»Tengamos devoción al Corazón Purísimo de María; acudamos á ese Corazón, á esa fuente copiosa de misericordia, á ese riquísimo tesoro de la abundancia celestial,

á ese palacio del gran Rey, dispuesto siempre para dar hospitalidad amorosa á todos los desterrados hijos de Eva. Amemos mucho los Sagrados Corazones de Jesús y María, que tanto sufrieron por nosotros y tanto nos aman.

»Jesús... María... Redentor mío admirable y bondadoso... Madre mía, tierna y amorosa... Haced que vuestro amor abraze mi corazón frío y helado, y que se rinda á Vos ¡oh Jesús mío! esposo querido de mi alma, y á ti ¡oh María! mi Madre amadísima.»

Finalmente, de su devoción al Glorioso Patriarca San José nos habla el mismo Sr. Moreno en el citado opúsculo, pues á continuación de lo que hemos copiado añade: «Jesús... María... José... Sí, José... también á Ti te llamo, gloriosísimo Patriarca, porque justo era que siquiera te nombrara en este librito ¡oh querido protector y abogado mío! Jesús... María... José... ayudadme, protegedme, para que, sirviéndoos y amándoos en esta vida, llegue á vivir para siempre en vuestra compañía en la vida de la gloria. Amén.»

En carta de 2 de Mayo de 1902 escribía á una persona muy devota de San José: «San José lleva á la perfección á sus devotos, y es patrón especial de las almas interiores: quiere que esas almas sean perfectas en el servicio de su Santísimo Hijo Jesús. —El Santo Patriarca estuvo en trato continuo con Jesús; su vida fué un continuo pensar en Jesús y obrar en Jesús. San José trabajaba, pero al mismo tiempo ¡qué miradas dirigía á Jesús! ¡Qué coloquios tendría con El!»

Y concluye diciendo: «El día de San José pontifiqué y prediqué excitando á la devoción del Santo, y dije que todos los años se haría lo mismo.»

CAPÍTULO IV

Prudencia. — Justicia. — Fortaleza. — Templanza.

§ I

DESPUÉS de lo dicho en los Capítulos precedentes acerca de la no interrumpida vigilancia del P. Ezequiel en la santificación propia y en la de sus prójimos, no nos parece desacertado el afirmar que fué uno de aquellos por quienes preguntaba el Salvador en el Evangelio: *¿Quién es el siervo fiel y prudente á quien el Señor constituyó sobre su familia para repartir á cada uno oportunamente el alimento?* Creemos que el Ilmo. Sr. Moreno fué uno de aquellos bienaventurados, pues le halló el Señor despierto y cumpliendo con su deber cuando vino á pedirle cuenta.

A los pocos meses de haber recibido el Orden del Presbiterado y cuando no había cumplido aún los veinticuatro años de edad, fué ya el P. Ezequiel constituido superior de alguna parte de la familia de Dios, ó sea de la grey cristiana, y á contar de entonces hasta su muerte siguió desempeñando jefatura en la Casa del Señor, primero en Filipinas, luego en España y finalmente en

Colombia. Y es muy de notar que, desde el que pudiéramos llamar su primer encomendado, que fué el P. Antonio Muro, hasta el último de los fieles de la Diócesis de Pasto, todos reconocen y proclaman la *prudencia* y fidelidad con que atendió á sus cargos.

La prudencia trae consigo el don de gobierno, y por eso Santo Tomás de Aquino, sobre los sabios y los santos prefería á los prudentes para regir las Comunidades. Nunca obró el P. Ezequiel con precipitación ni pudo tachársele de irreflexivo. En la misma Paragua seguía más que su propio parecer el de su compañero, á quien, con razón, tenía por persona muy sensata. En los varios ministerios que ejerció después, consultaba siempre á experimentados religiosos. Mientras fué Rector de Monteagudo, además del de los Padres de Consejo, contaba con sus Superiores inmediatos; las mismas precauciones de conducta tomó en Colombia, como se ve por las continuas cartas que escribió al Reverendísimo Padre Comisario Apostólico, y siendo ya Obispo no daba paso de importancia sin asesorarse, ya de los otros Prelados, ya de los Padres Capuchinos y Jesuítas, ya de los Párrocos de su Diócesis, pues como no logró, á pesar de sus gestiones, tener Cabildo, de Cabildo le servía el clero Parroquial. A éste oyó, después de haber escuchado al Metropolitano y otros Obispos, antes de tomar determinación en lo que pudiéramos llamar los dos casos más arduos durante su Episcopado: cuando publicó las *Instrucciones* acerca del liberalismo y cuando formó juicio de lo que ahora se conoce en Colombia con el nombre de *Concordia*. Tengo á la vista las contestaciones de los consultados, y á ellas se atuvo (1). El P. Alberto Fernán-

(1) Hemos visto la *Pastoral Colectiva del Primado, Arzobispos y Obispos de Colombia al Clero y á los fieles* firmada el día de Santa Teresa de Jesús, año 1908.

dez nos dice á ese respecto: «Una prueba de su prudencia fué lo que sucedió en su último viaje á Bogotá. Al principio había pensado salir de Pasto después de la Semana Santa; pero en la de Pasión, hacia el martes ó miércoles, supo por referencia de personas autorizadas que el pueblo de Pasto estaba preparando una gran manifestación en su favor, como protesta de su llamada á Bogotá y de adhesión á sus enseñanzas. Para celebrar estas manifestaciones, según el decreto de alta policía nacional, había que pedir permiso á la autoridad, y lo pidieron algunos artesanos, ó al menos indicaron lo que pensaban hacer; se les dijo que no lo permitirían, lo que fué un toque de atención y estímulo más poderoso para seguir en sus preparativos, y aun avivar á los pueblos inmediatos para que concurrieran. ¿Qué hubiera

Es un documento venerando que yo pongo sobre mi cabeza y paréceme que también el Ilmo. P. Ezequiel lo hubiese puesto sobre la suya. Se dan en la Pastoral explicaciones del alcance que debe tener la *Concordia*, y se hacen ciertas salvedades, todo en sentido perfectamente católico. Algo difícil resultará en la práctica, pero doctrinalmente es irreprochable.

No rechazaba, ni mucho menos, el Ilmo. P. Ezequiel la *Concordia* en el buen sentido de la palabra: era el primero en atender las justas reclamaciones, viniesen de donde viniesen, pues el que uno sea impío, manso ni furibundo, no autoriza á ningún católico para hacer con él una injusticia; tampoco pretendía que se inutilizase á personas *de honradez probada y de aptitudes no comunes para cooperar en ciertos ramos de administración pública, en todo aquello que no se opusiera á los derechos de la moral y de la religión católica*, que es la religión de Colombia. No, no era esto lo que, al menos en la Diócesis de Pasto, se entendía por *Concordia*. Por eso fué entusiasta defensor del Gobierno legítimamente constituido cuando estalló la guerra de 1899, porque *el rehusar obediencia y trastornar la sociedad, apelando á la sedición por la fuerza de las muchadumbres, es crimen no tan sólo de lesa majestaa humana, sino también de lesa Majestad divina* (*). Por eso tuvo valor para decir al Jefe de la República lo que transcribimos en el Capítulo XV de la Segunda Parte, que era decirle *se propusiese á Dios como modelo y norma en el régimen de la sociedad* (**). Por eso, finalmente, dijo en sus últimas disposiciones: La *Concordia* TAL COMO SE HA ENTENDIDO y practicado hasta ahora, ha sido una *espantosa calamidad* para la fe de estos pueblos

(*) Encíclica *Immortale*.

(**) Encíclica *Immortale*.

sucedido en Pasto? El P. Ezequiel vió un peligro, y que quizá pudiera decirse que él era el causante, y decidió salir de Pasto sin que nadie se apercibiese, ni el mismo señor Vicario. Salió él de Pasto el sábado, víspera del Domingo de Ramos, y para este día parece que estaba designada la manifestación. Hay que tener en cuenta lo que es el pueblo de Pasto, y lo que idolatraba á su Obispo. Pocos días antes habían celebrado los Padres Jesuítas una función, y en el drama que representaron se hicieron algunos tiros (ya se corría en Pasto que llamaban al P. Ezequiel), y alguien dijo que era que se llevaban preso al Padre para Bogotá; se agrupó el pueblo en los alrededores de Palacio, *resuelto* á impedir su salida. »

Se le tachaba por algunos de imprudente á causa de la actitud al parecer demasiado rígida que tomó, ó mejor dicho, que siempre tuvo contra el liberalismo, actitud que apareció más marcada al publicar en la Cuaresma de 1905 su acostumbrada Carta Pastoral, esta vez de tales tonos que fué llamado á Bogotá, pues si bien el motivo inmediato era el telegrama que copiamos en el capítulo XV de la Segunda Parte, es lo cierto que ese documento fué síntesis de su Pastoral. No se advierte en ésta ninguna imprudencia, ni nada que sea contrario ó disienta en lo más mínimo de las enseñanzas católicas; y sin embargo, temeroso el Ilmo. P. Ezequiel de que el mal efecto que produjese en ciertas regiones pudiera ser perjudicial á los intereses de la Iglesia, vacilaba en dar publicidad á la carta: lo consultó con dos religiosos de distintas Ordenes, y éstos le dijeron que debía darla á luz.

Haciendo una persona que le trató con intimidad, ligera mención de las virtudes particulares en que se distinguió el Sr. Moreno, dice al hablar de la prudencia:

«En vez de marcada, ni mucho menos áspera, reprensión, avisaba con ternura de padre á quien tenía que corregir. A veces con una dulce mirada era bastante. No solía mandar, sino que indicaba suavemente lo que había de hacerse con ruego y no con imperio, y claro es que nadie se resistía á modos tan atentos é insinuantes. En solucionar cuestiones y asuntos graves nunca fué precipitado; precedía la oración y se inspiraba en la divina voluntad.»

Todo esto prueba que desconfiaba de sus propias luces y ponía su omnímoda confianza en la Sapientísima Providencia de Dios, medio seguro para proceder discreta y meritoriamente.

Entre las cartas autógrafas del Ilmo. Sr. Moreno hay una que prueba su gran prudencia, y que tenía muy presente esa virtud al luchar contra el liberalismo. Escribe á un sacerdote de la diócesis de Pasto que le había enviado cierto folleto manuscrito, y después de hablarle de que no era conveniente publicarlo por entonces, le dice: «Además, yo deseo que corrija usted algo. En la página 29, por ejemplo, en vez de decir «hubo en España sacerdotes, hubo Prelados», diga, ó puede decir, «hubo Ministros del Altar». Yo estoy más al tanto que usted de esas cosas de España, y en Roma se han puesto muy serios cuando se ha hablado de *flojedad de los Prelados*; y una obra nueva de Teología sienta esta proposición: «*In materia Liberalismi non solum per defectum, sed etiam per excessum peccari potest*» (1). Y dice: *Statuimus hanc thesim adversus eos catholicos, qui, intemperato quodam zelo adversus liberalismi assecclas abrepti, praelatos Ecclesiae, et ipsum Romanum Pontificem carpere non verentur, quod nimis indulgentes sese erga liberales exhibeant, ut ipsi*

(1) Que «en materia de Liberalismo puede pecarse no sólo por defecto, sino también por exceso».

dicunt, Ecclesiamque Dei nimis remisse defendant. Caesaraugustae in Hispania an. 1892, opusculum prodiit a quodam presbytero confecto in quo hujusmodi probra inverecunde proferebantur, quodque statim damnatum fuit. Después de esto prueba la proposición.»

Hace luego el señor Obispo otras varias observaciones muy atinadas conteniendo los ímpetus del inexperto folletista, y hasta sale en cierto modo por la honra (?) de un desdichadísimo clérigo citado en el folleto. «En la página 31 hay que corregir otra cosa. Al hablar del Presbítero Fernández (que creo es Ferrándiz, ó cosa así, pero no Fernández), dice usted que fué alabado, etc., especialmente por *sus Dominicales del libre pensamiento*. Dicho desgraciado Presbítero no escribió Dominicales, y no existen por consiguiente *sus Dominicales*; escribió artículos en *Las Dominicales del libre pensamiento*, publicación periódica donde colaboró algún tiempo.»

§ II

Admirable fué sin duda en el P. Ezequiel la prudencia, virtud reguladora de todas las morales, y poseyó también en alto grado la de la *justicia*, cuyo acto principalísimo está sintetizado en el *cuique suum*, dar á cada uno lo que le corresponde. Dió á Dios lo que es de Dios, al César lo que es del César, y á los demás cuanto podía darles. Consagrado al servicio y amor divino, fué todo de Dios, de Dios eran su cuerpo y su alma, sus potencias y sentidos, su corazón, su vida, *todo*, siendo prácticamente y en todos sentidos verdadero cristiano y religioso, manifestándolo en su atenta, continua y afectuosa oración, y en su devoción ferventísima á Jesús Sacramentado, al Divino Corazón, á Nuestra amorosa Madre la Virgen

María, y al bendito Patriarca San José, Esposo de la Madre de Dios y Padre Nutricio del Hijo de Dios. Ni se contentaba con darse él todo á Dios, pues eran sus anhelos y ambiciones tener en su mano las almas de todos para dárselas al Amo y Señor de todas las criaturas.

Dió al César lo que es del César, profesando y proclamando completa sumisión á los poderes públicos en todo aquello que, según su conciencia, no se opusiese á lo mandado por Dios. Predicó, además, con su ejemplo, con sus palabras y con sus escritos el respeto debido á la autoridad, é hizolo á veces exponiendo su propia vida, como lo vimos en el Capítulo XIV de la Segunda Parte, cuando logró que depusiera las armas el sublevado batallón Juanambú. Por lo que hace á dar á sus prójimos lo que á cada uno correspondiese, nunca intentó siquiera lesionar el derecho de nadie. Pues ¿cómo no había de dar á cada uno lo que era de ellos, quien les daba lo suyo propio?

Todavía subsiste en Colombia el pagar diezmos y primicias y con eso se atiende á cubrir las necesidades del Culto y Clero. La cobranza suele hacerla algún rematante, que á veces se equivoca en sus cálculos y sale perjudicado. Cuando tal sucedía en Pasto, la Curia ó Tesorería Diocesana obligaba al que quedó con la subasta al pago, como dicta la justicia legal; pero al Ilmo. P. Ezequiel animaba otra *justicia* mucho más perfecta, y siempre condonaba la deuda al infeliz postor, sin mirar en esto la calidad política ni aun moral del agraciado. Nos contaba uno de los Padres Agustinos Recoletos, de los que no hace mucho tiempo vinieron de Colombia, cómo en cierto trayecto de la navegación viajó con un pastuso de ideas algo liberales, que había rematado alguna vez el cobro de

los diezmos, y que creyó se le hacía vejación de parte de la Curia eclesiástica: se presentó al señor Obispo, que conocía muy bien las tendencias de aquella persona, á quien hizo desde luego colmada justicia. Y contaba aquel señor el caso añadiendo: «El Ilmo. P. Moreno nos tenía como naranja entre manos de un forzado, pero era un santo y á todos hacía justicia.»

Apoyado en su grande amor á la justicia, en su desasimiento de todas las cosas de la tierra y en la delicadeza de su conciencia, era para él un principio inconcuso que «cuanto adquiere un Obispo Religioso lo adquiere para su Iglesia, así como lo adquirido por el monje debe ser para su monasterio». En eso se fundaba para no dar ni un centavo á su familia, y dejar en fondos de la Catedral todo aquello que no le fuese necesario en absoluto para hacer algunas limosnas á los pobres diocesanos, y escatimando siempre lo preciso para la modestísima comida con que sostenía su vida y la de sus familiares.

§ III

Muchísimo pudiera escribirse acerca de la *fortaleza*; virtud que vino á constituir la fisonomía moral del Ilustrísimo P. Ezequiel, sobre todo en los últimos diez años de su vida. Desde muy joven había trabajado con feliz éxito en adquirir lo que esa virtud tiene de más difícil y sublime, *en el vencimiento de sí mismo*, en la valentía y constancia para luchar contra todas las concupiscencias hasta subyugarlas de modo que en su carne y en su espíritu ejerciese dominio la razón sometida á la Razón suprema, á la adorable voluntad de Dios.

Fué también impávido para sufrir, además de fre-

cuentes y á veces recias enfermedades, acerbísimos dolores, según veremos luego al hablar de su *paciencia*, y no temió á la misma muerte, sino que instantemente pedía al Señor, á una con la divina gracia, padecimientos, humillaciones y desprecios. Aparte de los peligros que arrojó, ya en otras ocasiones, ya en los aciagos días de la revolución que se enseñoreaba en Casanare, siendo él Vicario Apostólico, sabemos que durante su episcopado en Pasto, hallábase amenazado de muerte por la masonería del Ecuador y Colombia. Los buenos le avisaron muchas veces de lo que se fraguaba contra él, y le aconsejaban que tomase precauciones, pero tal era el temple de su alma que no le impresionaban semejantes advertencias, si bien sus familiares, á quienes también daban esas noticias, vivían alerta, aunque no tanto que alguna vez no se descuidasen.

Consta en relación jurada que cierto día penetró furtivamente en palacio un hombre, llegando hasta la habitación del Prelado. Para algo del servicio entró allá el familiar, quien quedó estupefacto al ver á aquel individuo con un cuchillo en la mano, pero ya arrodillado ante el P. Ezequiel como pidiéndole perdón. Era, sin duda, el final de una escena que no podemos describir porque el señor Obispo nada dijo, y hasta prohibió terminantemente al familiar que hablase de tal cosa. Téngase muy en cuenta que el caso sucedió en Febrero de 1903, á los pocos días de haber publicado su Pastoral acerca de que no es posible la paz entre el liberalismo y el catolicismo.

En la lucha que mientras fué Obispo de Pasto sostuvo infatigable contra el liberalismo, se ve que el Espíritu Santo le había colmado del *don de fortaleza*: su batallar titánico superaba por completo á sus fuerzas, tanto más cuanto que de su natural era muy pacífico y su tempera-

mento tan dulce, que propendía más á la timidez que al arrojo. Y con todo, su grande y casi increíble fortaleza — siempre en fondo de dulzura — llegó á formar su carácter. Decía él en una de sus Pastorales: «*Me repugna batallar cuando puedo ceder sin faltar á mi conciencia, y sólo lucho cuando un deber de justicia ó de caridad me obliga.*»

De la entereza de su espíritu hemos aducido ya algunos testimonios; á ellos agregamos los siguientes: El Sr. D. Justo Guerra, antiguo director del *Adalid Católico*, de Pasto, escribía al saber el fallecimiento del Ilustrísimo Sr. Moreno: «Consideraré solamente una cualidad predominante, que puede decirse constituye lo característico de la persona moral del ilustre misionero de Filipinas, Vicario Apostólico de Casanare y dignísimo Obispo de la Diócesis de Pasto.

»*Esa cualidad fué, á mi ver, la fortaleza, á la cual van siempre unidas la magnanimidad y la templanza.*

»Tipo vaciado en el molde de los ascetas misioneros de Filipinas, en donde la Orden Agustiniiana ha dado la mejor prueba de cómo sabe organizar, dirigir y hacer fructuosas las milicias evangélicas para combatir la herejía y el salvajismo, transformando en tierra civilizada y próspera un desierto que amedrentó á los más esforzados, el Sr. Moreno tuvo siempre fija la mirada en el desierto para ir en pos de los pobres salvajes.

»Nuestros hermanos del Oriente, los pobrecitos salvajes del Caquetá, dijo al llegar á su Diócesis, contestando al saludo dirigido por el Representante de la Municipalidad de Pasto, son los que mayor atención reclaman...

»Su ideal era evangelizar. Comprendía bien el *docete omnes gentes*; y por esto era un fustigador incansable del

error, por encubierto que se presentara, pues su ojo avizor lo descubría y anunciaba.

»Desasido de todo lo terreno, ningún temor cupo jamás en su indomable espíritu. Preparado para el martirio, ni el dicterio ni la befa de sus enemigos causaron impresión en su ánimo levantado. Espíritu superior, miraba con desprecio las miserables honrillas de la tierra; y no pocas veces su generoso corazón borró con indulgencia infantil los mayores agravios.

»Celoso por la integridad y pureza de la doctrina, nunca calló ante las apariencias del bien, ni enmudeció delante de las conveniencias mundanales.

»Como sabía que el centinela falta á su consigna si deja de dar la voz de ¡alerta! al descubrir al enemigo, por eso nunca dejó de advertirlo.

»Es el desasimiento una virtud sublime que por sí sola caracteriza á un varón espiritual. Fincadas las esperanzas en lo que verdaderamente inmortaliza, menosprecia lo terreno. Por eso el Sr. Moreno nunca pensó en sí mismo ni en *los suyos*, en el sentido egoísta de esta palabra: *los suyos* fueron todos sus diocesanos, especialmente los pobres y salvajes; para ellos fueron todos sus recursos, limitándose á gastar lo indispensable.

»Como quien nada teme y mucho espera, recibió el anuncio de su enfermedad con una calma imperturbable. Mientras tuvo fuerzas, no faltó un momento al cumplimiento de sus sagradas obligaciones; y muchas veces le oíamos decir con una tranquilidad admirable: «Dicen que » esto es grave (la enfermedad). Si así fuera y si se trata » de algo definitivo, sea lo que Dios quiera. Le aseguro á » usted que moriría con más gusto aquí, que en otra » parte.»

»El mejor elogio del Sr. Moreno podía reducirse á lo siguiente:

»FUÉ UN VERDADERO APÓSTOL

»Sobre su sepulcro había de colocarse hermosa lápida, y en ella querríamos ver escrita esa sencilla frase, cuyos caracteres, rociados con las lágrimas de la sinceridad y de la gratitud, se abrillantarán más con el transcurso de los años, cuando se aprenda á estimar mejor la virtud sólida y se lamente su ausencia definitiva de este mundo.

»JUSTO GUERRA.

»*Pasto, 30 de Septiembre de 1906.*»

El Padre Capuchino Fr. Joaquín de Pamplona nos dice, con fecha 6 de Octubre de 1908: «Testigo en un tiempo de las virtudes del Sr. Moreno, y hasta compañero en varias excursiones por su Diócesis, guardo para él un cariño y una admiración que el tiempo y la ausencia no han logrado disminuir: admiración y cariño que se renuevan y se acrecientan ahora con la lectura de sus valientes Pastorales, las que un día leía y comentaba yo á los fieles en los púlpitos de su Diócesis.

»La definición más exacta del malogrado Obispo la ha dado Su Señoría Ilustrísima en las primeras páginas de su prólogo (1): *Uno de esos caracteres superiores que desgraciadamente no abundan en estos menguados tiempos.* Ese es el concepto que del difunto tenemos formado

(1) Prólogo á las Cartas Pastorales del Ilustrísimo señor Obispo de Pasto.

cuantos tuvimos la honra de tratarlo de cerca. Sí; el señor Moreno era todo un carácter que se revelaba de un modo inequívoco y sin afectación, no sólo en sus escritos como maestro y Pastor, pero aun en su trato familiar, en sus dichos y hasta en su mirada.

»Como todo hombre de carácter, se hallaba dominado por un pensamiento, del cual nacían y al que convergían todos los actos de su vida pública y privada. Cuál fuera ese pensamiento nos lo dicen á voz en grito sus escritos: el reinado de Jesucristo y el triunfo de su Iglesia. He ahí la causa á la que consagró sus talentos y sus fuerzas y por la que luchó con valor y constancia envidiables.

»Mucho se hizo por hacerle transigir, pero todo en vano. Sus enemigos pedían que callara, mas el celoso Obispo les contestaba: «No puedo callar: soy Obispo » precisamente para enseñar la verdad á mis diocesanos; » soy Pastor para dar á mis ovejas la voz de alerta contra » los que, bajo disfraz de ovejas, pretenden introducir en » mi rebaño pastos envenenados, doctrinas condenadas » por la Iglesia. Hablaré al menos mientras oiga que se » habla contra Jesucristo ó su Iglesia, sembrando entre » mis hijos la duda, el desaliento y el error.»

»Estas palabras, que repetía con frecuencia, revelan el carácter del Sr. Moreno, que no se rindió jamás ni ante las amenazas, ni ante las burlas de sus enemigos.

»No se crea por eso que fuera intratable; sabía hermanar la austeridad de religioso y la gravedad de Obispo con la franqueza y jovialidad de un español. Su conversación era agradable, amenizada de vez en cuando con anécdotas graciosísimas. Su buen humor sólo se alteraba cuando de palabra ó por escrito se atacaba á la Iglesia ó se ofendía públicamente á Jesucristo: entonces hasta en su semblante se reflejaba la pena que lo dominaba, dejando

escapar frases sentenciosas. En uno de los días del triduo de desagravios por la profanación de las Sagradas Formas en Riobamba, se hallaba paseando con nuestros Padres, cuando se presentó uno de los caballeros más caracterizados de la ciudad, quien, después de saludarle, dijo al señor Obispo en tono de broma: «Tengo que denunciar » á Su Señoría Ilustrísima al P. Guillermo de Morentín » por el sermón que nos predicó anoche en la Catedral en » la función de desagravios. — ¿Por qué?, repuso el señor » Obispo. — Porque nos hizo llorar á todos los hombres.» A lo que contestó el Sr. Moreno con acento grave: «*Bastante han reído.*»

»Por lo mismo que el Sr. Moreno era un hombre como hay pocos, era de desear que no muriera; así lo deseaban y pedían sobre todo sus diocesanos, que desde luego llegaron á comprender lo que valía su Obispo; pero Dios quiso llevarlo para premiar sus virtudes, particularmente su valor por conservar la fe. Descanse en paz tan egregio Prelado.»

Su firmeza apostólica, sus invencibles energías al defender la pureza de la fe, se ostentan en sus valentísimas Pastorales, cuya lectura y meditación alentaba á los débiles é inspiraba mayor valor á los esforzados: «Los vigorosos escritos de Su Señoría, á la par que infunden luz más abundante en las inteligencias, consuelan á los buenos y los animan á una lucha franca contra los errores modernos.» Esto escribía al P. Ezequiel en 15 de Abril de 1903 el entonces Gobernador del Cauca, D. Luis Enrique Bonilla. El Sr. D. Dionisio García, Cura Párroco de Chita, en la diócesis de Tunja, sacerdote ejemplarísimo, le decía con fecha 8 de Junio de 1905: «Créame que sus sabios escritos contra este error (el liberalismo) me alientan en medio de la congoja que me abruma al

contemplar el desarrollo y propagación de esta cizaña en medio de la viña de Nuestro Amado Redentor. Doy gracias á la Omnipotencia Divina al sentir resonar su voz en defensa de la fe católica.»

§ IV

Distinguió siempre al P. Ezequiel la moderación, ó sea la virtud cardinal de la *templanza*; y tanto y de tal manera la practicaba que muchos religiosos y otras personas estimaban sus moderaciones como si fuesen naturales; y sin embargo, aquella templanza, que parecía ingénita, era obra de un elemento sobrenatural, obra de la gracia fielmente correspondida. ¡Cuántas violencias se hacía á sí mismo á fin de sujetar sus apetitos y el empleo de sus sentidos á la razón, y eso por Dios y para Dios! ¡Cuánto trabajó hasta alcanzar un santo equilibrio, no sólo en lo que concernía al mantenimiento de su cuerpo, sino principalmente á las necesarias relaciones que hay entre la vida de la carne y la del espíritu, relaciones tan expuestas á conflictos y rompimientos y cuya armonía exige mucha vigilancia!

No se sabe que ni en su juventud, ni después, cometiese el P. Ezequiel ningún exceso; y sábese que, especialmente en el último tercio de su vida, llegó al perfecto dominio de sí mismo, y que sin negar á su cuerpo lo preciso para que se sostuviese, había conseguido en favor de su espíritu vida más holgada y hasta rica, sin salir por eso de las vías de la justicia y de la moderación. ¿Cómo? Pactando con su cuerpo que éste se contentase en alimento y descanso con lo estrictamente necesario, á cambio de que luego fuesen recompensadas

espléndidamente sus actuales privaciones con extraordinarias y eternas mercedes en la gloria.

La moderación ó temperancia del Ilmo. Sr. Moreno sobresalía por modo maravilloso en el uso de su lengua. En el desagradable incidente del colegio de Tulcán no tuvo una palabra de reproche para nadie, y la misma conducta observó siempre respecto de todos aquellos que ó no pensaban como él, ó eran sus declarados enemigos, guardándoles todo género de consideraciones personales, y procurando que los demás también se las guardasen. ¡Cuán grande es el mérito del silencio en ciertas circunstancias! ¡Cuánta virtud se necesita para no ser intemperante en el hablar ó en el oír cuando se reciben injurias, ó cuando los amigos tratan de consolarnos, poniéndose de nuestro lado, reprobando á nuestro contrario, movidos de sincera, pero mundana amistad, ó tal vez de miserable adulación!

Sobrio en el comer y beber, parco en los recreos, dominador de sus pasiones y sentidos, siempre honesto, clemente y modestísimo, el P. Ezequiel poseyó la virtud de la *templanza*, como hemos indicado, y como explanaremos al hablar de otras virtudes que en ella radican, ó que son sus afines.





CAPÍTULO V

Virtudes religiosas. — Obediencia. — Pobreza. — Castidad.

Dos cosas había en la tierra de las que el P. Ezequiel estaba santamente encariñado: su *hábito* y su *celda*. Desde que tuvo la dicha de vestir el sayal Agustiniiano se enamoró de él y le llevó constantemente como preciada y honrosísima librea, sin que lo dejase un solo día, ni aun siendo Obispo (1). Mientras fué Vicario Apostólico de Casanare hallábase entre sus frailes, siendo el primero de ellos, y su pobre habitación era celda de religioso: su pena comenzó al verse trasladado al palacio de Pasto, por más que el cuarto en que él moraba era harto modesto. Suspiraba allí por su querida celda, de la que vivía alejado sólo por hacer la voluntad de Dios. Muchas fueron sus gestiones á fin de volver al Convento, no yendo en zaga, respecto de esto, á sus enemigos, que, con otras

(1) Ni para oficiar de Pontifical dejaba su hábito religioso el Ilmo. P. Ezequiel, que nunca tuvo sotana; y, sin embargo, el periódico *Mefistófeles* escribió de él lo siguiente: «Siendo el más grave abuso la guerra cruda que hace el Obispo (de Pasto), usando la gran fuerza moral que le da la sotana morada entre los ignorantes, y que tan indignamente viste, como lo confiesa en sus escritos disociadores. — Bogotá, 7 de Agosto de 1904 »

miras, así lo deseaban. A una dama piadosísima que sufría intensos dolores en los ojos, le dijo varias veces: «Hija mía, no le neguemos nada á Dios, démosle todo lo que nos pide. Ruéguele á Jesús, en medio de esos dolores que usted sufre, que me lleve á mi Convento, ¡oh, qué feliz fuera yo si quedara ciego!...; podría así vivir en mi Convento, sin que las ocupaciones me impidieran estar siempre con nuestro Amadísimo Jesús, sin tener que leer periódicos, ni saber que á Jesucristo lo quieren echar de las escuelas, de la sociedad, de los corazones!» Y con los ojos llenos de lágrimas decía: «¡Oh, qué dicha quedar ciego! Algunas veces cierro los ojos y me contemplo ciego y que me llevan á mi convento á morir allá. ¡Oh! ¡feliz enfermedad la que me llevara á mi convento y que yo muriera allí! En fin, el Señor quiere que desempeñe este cargo... hágase su voluntad; no le neguemos á Jesucristo lo que nos pide. Usted procure darle lo que le pide también, permaneciendo tranquila en los brazos de Jesús y ofreciendo tanto dolor por este pobre Obispo y las almas.»

El Señor escuchó sus anhelos enviándole una terrible enfermedad que, aparte de otros inmensos beneficios de orden más alto, le proporcionó la realización de sus vehementes deseos, que eran morir en una celda del Colegio de Monteagudo al lado de su queridísima Virgen del Camino, allí donde había emitido sus votos de obediencia, pobreza y castidad, votos que observó rigurosamente durante su vida, semejándose por ese medio al divino modelo Jesús al guardar, no sólo los preceptos, sino también los consejos evangélicos.

De cómo cumplió esos votos, que constituyen tres valiosísimas virtudes, vamos á escribir unas cuantas líneas.

§ I

A los diez y siete años de su edad hizo Fr. Ezequiel Moreno del Rosario los votos de obediencia, pobreza y castidad; y quien nunca había sido desobediente, ni propietario, ni impuro, fué desde entonces obedientísimo hasta el holocausto de su propia voluntad, pobre hasta la renuncia de toda esperanza de riquezas materiales y casto hasta el sacrificio de su cuerpo en el altar de la mortificación.

En la Primera Parte de esta biografía se ha visto al novicio, al profeso, al sacerdote, al misionero,... siempre excelente religioso; ahora bien; lo más esencial de la vida religiosa es la obediencia, por donde se vislumbra cuánta era la del P. Ezequiel. Jamás se opuso á las disposiciones de sus Prelados, ni trató directa ni indirectamente de encauzar las cosas de manera que le mandasen lo que él deseaba, pues nunca deseó sino el hacer la voluntad divina manifestada ó indicada por la de sus Superiores. Tres años lo fuí suyo, y debo afirmar en conciencia que era un modelo de exacta sumisión.

Sabido es que obedeciendo se aprende á mandar; por eso nuestro religioso fué Superior muy querido y respetado de todos los que tuvo á sus órdenes, ya en Puerto Princesa, Calapán, Laspiñas, Santo Tomás y Casa-Hacienda de Imus, ya en su Rectorado de Monteagudo y en su Provincialato de Colombia.

Sólo por obediencia aceptó la mitra, y únicamente por obedecer al Representante de Su Santidad admitió el traslado del Vicariato Apostólico á la Diócesis de Pasto; sin que al ser elevado á la dignidad episcopal aca-base para él la obediencia. La rindió constante y fervo-

rosamente al Soberano Pontífice y sus Delegados no menos que á las Autoridades civiles, sin que ni una vez siquiera dejase de acatar y cumplir las órdenes emanadas de arriba. Ni valga decir que no siempre hizo lo que deseaba este ó el otro gobernante, porque si las disposiciones del Poder civil no estuvieran en armonía con lo que Dios Nuestro Señor ó lo que la Autoridad eclesiástica, dentro de sus atribuciones, manda, por nada ni por nadie faltaba el Ilmo. P. Ezequiel á sus deberes para con Dios; y entonces quedaba más realzada y meritoria su obediencia.

Sobresalió la del Sr. Moreno hasta llegar á verdaderamente ciega, respecto de la Santa Sede. Era una profunda veneración, un ferviente culto el que rendía al Soberano Pontífice y á las disposiciones de Roma. En la cuestión acerca del Colegio de Tulcán, en lo de la concordia y siempre estaba dispuestísimo á no seguir más regla de conducta que la marcada por la Santa Sede.

Cuando se agitaba el asunto de Tulcán, y llegó á oídos del Ilmo. Sr. Moreno que la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares lo había resuelto en sentido no favorable para él, escribió y publicó una Circular en la que decía á su Clero lo que ya copiamos en el Capítulo VIII de la Segunda Parte, página 203.

Repercutía en la Diócesis de Pasto el irreligioso proceder del Gobierno del Ecuador, y clamaba el Ilustrísimo Sr. Moreno. La superioridad eclesiástica creyó más oportuno que el señor Obispo callase; así se lo indicó; y el P. Ezequiel selló sus labios y no volvió á escribir acerca de aquello, aunque tenía la íntima persuasión de que su silencio no sería provechoso para los intereses de la Iglesia.

El Rmo. P. Angel de Villava, Asistente General de

Capuchinos en Roma, que estuvo bastante tiempo en Pasto y trató íntimamente al Sr. Moreno, me decía no hace mucho: «El Ilmo. P. Ezequiel era un santo, y gran santo: entre sus virtudes resplandecía lo ciegamente adicto que era á la Santa Sede.»

§ II

Y pasando al segundo de los votos monásticos, que es la pobreza, virtud de que el Hijo de Dios se enamoró hasta el punto de que, siendo infinitamente rico se hizo voluntariamente pobre, decimos que el P. Ezequiel, fidelísimo imitador de Jesucristo, si bien no dejó al entrar religioso riquezas que nunca tuvo, dejó, como indicamos arriba, la esperanza de poseerlas, y se abrazó gustoso con la pobreza, sin que sepamos que nunca faltase á ella ni en España, ni en Filipinas, ni en América; y cuando parecía que le obligaba menos estrictamente, ó sea desde que recibió la consagración episcopal y, sobre todo, desde que fué Prelado de Pasto, le vemos todavía más escrupuloso en la observancia de aquel voto.

La Sra. Mariana Soberón, cuyo testimonio hemos citado ya al hablar de la caridad del Ilmo. P. Ezequiel, nos dice en cuanto á la *pobreza*: «Me encargó el señor Moreno de hacerle proveer la despensa de los artículos necesarios para su alimentación, de preparar la comida y hacer lavar la ropa. No pudo menos de llamarme la atención el no encontrar entre su ropa interior sino dos túnicas de estameña, y nada absolutamente que correspondiera á la categoría de un Obispo. Hice la provisión de víveres para la despensa, y en ello invertí muy pocos recursos, siguiendo las órdenes del Prelado, pues que su mesa era muy frugal, y puedo llamarla pobre.»



Imagen de la Virgen que el Ilmo. P. Ezequiel tenía en Pasto
á la cabecera de su cama

Los Sres. D. Victoriano Rosero D., que era Tesorero General de diezmos, y el Cura Párroco de San Agustín, D. José Félix Vergara, fueron tildados en una hoja anónima de poco adictos al señor Obispo, é indignados se sinceraron, publicando á su vez otra hoja impresa y firmada, á fin de rechazar semejante calumnia. El escrito tiene fecha 13 de Octubre de 1904, y en él dicen: «Así como los cuerpos que están más cercanos al sol reciben mejor el benéfico influjo de su calor y de su luz, así nosotros, que vivimos junto al Príncipe de la Iglesia pastopolitana, hemos recibido incesantemente de él toda clase de bienes. Decimos que por nuestras manos pasa su renta, que no es *pingüe* ni mucho menos; que de ella gozan más los pobres que el Obispo. Podemos asegurar que con ella, el digno Prelado no ha podido renovar dos veces en ocho años su hábito religioso; que no ha renovado ni una sola vez su hábito episcopal. Podemos asegurar que esa renta *pingüe* no alcanza, á las veces, para atender á las necesidades más urgentes de la vida.»

César Castillo, familiar del señor Obispo, escribe con su estilo especial: «El voto que había hecho como religioso de amor á la pobreza lo observaba tan fielmente que se notaba á pesar de su portentoso talento, ni siquiera sabía contar dineros; pues tal era el desprecio que hacía del dinero, que cuando le entregaban su nunca deseada renta, no sabía cómo librarse de ella, repartiéndola á los pobres profusamente.»

Asegura el P. Alberto Fernández que, cuando él fué á Pasto vió que el señor Obispo no tenía ni siquiera la ropa necesaria para vestirse, reduciéndose el inventario á las dos túnicas de que nos habla la Sra. Mariana, dos ó tres pares de calzoncillos, unos pantalones muy viejos que el mismo Obispo se remendaba y unos cuantos zapa-

tos destrozados; y nos dice también que en el viaje de Colombia á España, cuando ya el P. Ezequiel venía gravísimo, tuvo que ir quedándose el socio sin ropa interior de abrigo para dársela al enfermo. Y, en fin, lo más altamente meritorio era que tan rigurosa pobreza hallábase animada por la *pobreza de espíritu*, ó desasimiento de todo afecto á los bienes de la tierra.

La Hermana Nicolasa Asín, que cuidó al Ilmo. P. Ezequiel mientras permaneció en la casa de Salud de Madrid, nos dice: «De la pobreza era observantísimo; todos sus objetos eran pobres, nos llamaba la atención sus ropas tan remendadas, y me contó que él se las arreglaba muchas veces, y me decía: «Hija, esta virtud la tenemos que » mirar mucho los religiosos, porque en la pobreza nos es » muy fácil faltar.» Y el Padre Jesuíta ya otras veces citado dice: «En su propia persona no hacía sino los gastos puramente precisos, cediendo toda su renta para los pobres y las obras buenas. En una ocasión tuve que prestarle unos veinte ó treinta pesos (no me acuerdo bien cuánto fué) para hacer una limosna á una comunidad religiosa que estaba en suma penuria. Una vez hablando en confianza con él sobre el desasimiento de lo terreno, me dijo que se había desprendido de todo lo que no era necesario para la vida, hasta de fumar, á que era muy aficionado antes.»

A tanto llegó su pobreza que al morir no tuvo ni prendas para amortajarle, y fué preciso que las tunicelas y otros ornamentos episcopales con que se nos entierra, se le diesen de limosna.

III

Así como la pobreza exterior del Ilmo. Sr. Moreno era reflejo de su pobreza de espíritu, así también en sus ojos penetrantes, pero siempre modestos, se reflejaba la pureza de su alma. En su afable conversación, á veces chispeante de gracia, nunca se deslizó ni una frase, ni un equívoco, ni una palabra que pudiera mancillar la *castidad*. Tenemos no pocas pruebas de que esta virtud era amadísima por el P. Ezequiel.

Con el epígrafe *Recato, modestia y pureza del Ilustrísimo Sr. Moreno*, escribe su primer biógrafo el R. P. Santiago Matute: «Ni en Filipinas, ni en América, según le oí, se bañó nunca con baño general, á pesar de necesitarlo á veces por motivo de higiene y de salud, y no cabe duda que se abstenía del baño por amor á las virtudes indicadas. Sin faltar á las buenas formas que exige el trato social con relación á personas de otro sexo, nunca traspasó los lindes marcados por la más delicada circunspección y la más perfecta modestia. Escrupuloso de conciencia — me consta — en lo relativo á estas virtudes, no lo parecía, sin embargo, en el trato y relaciones que le obligaban á tener las circunstancias. Si nadie pudo jamás echarle en cara absolutamente nada en contra de esas virtudes, nadie tampoco pudo sospechar hasta dónde llevaba la delicadeza de conciencia en esa materia. Gracia singular que no todos tienen. «Tiemblo, me decía en otra » ocasión, de que alguno de mis súbditos se descuide en » la práctica de esas virtudes», y le he visto llorar de consuelo cuando oía hablar bien de sus religiosos en esa materia.»

Respecto de la castidad del P. Ezequiel dice una per-

sona verídica, y cuéntalo también el R. P. Santiago Maturte, lo siguiente: «Supe por boca del mismo P. Moreno, y como el suceso era público, me lo refirió sin temor, pues él sabía que yo había presenciado muchas veces cosas de las que me iba á hablar. Le pregunté cómo le iba con la persecución de cierta mujer, y me dijo: «Ya ha » visto que hace bastantes años que es el tormento de todas mis horas de confesonario. Permanece sentada enfrente de él, y apenas puede se va acercando sin que yo lo note, hasta que llega á la reja; se pone como á confesarse, y yo le cierro la puerta tan luego como la conozco. » Varias veces me he levantado, la he regañado violentamente, y vuelve á la misma. Por fin me hizo una volada terrible, pues llegaba yo de la calle cansadísimo de confesar en los conventos, y me esperaba una vieja, que me dijo fuese á confesar á una enferma. Aunque me hallaba muy cansado fuí, y después de caminar como veinte cuadradas (1) llegué á un solar donde había al fin una casucha; » entré... y me aguardaba la fulana... Muy serio le dije: ¿La enferma dónde está? Me contestó: Yo soy. Le dije: Mujer sin vergüenza, ¡así me haces venir hasta aquí! y salí apresada. Entonces ella echó á correr por toda la sendita detrás de mí; y al salir yo á la calle, antes de poder cerrar la puerta, me agarró del cuello del manto y me dijo: Ahora sí, no te escaparás. Yo no podía desprenderme con violencia porque en la calle, al frente del portón, había en un balcón unos cachacos (2) y señoritas que nos miraban. Tratando yo de disimular, la reprendía por lo bajo; ella me decía: Sé que lo mandan á Los Llanos, y no irá al fin del mundo que no vaya yo detrás. Volví

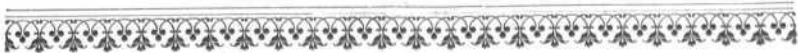
(1) *Cuadra*, manzana de casas.

(2) *Cachaco*, señorito.

» á decirle: Mujer infeliz, suéltame; ¿qué pretendes? Se
» descuidó un momento, y halé el manto y me desprendí
» después de haber pasado por una mortificación tan te-
» rrible, que me parecía el infierno. ¡Pobre mujer!, aña-
» dió el Sr. Moreno, yo no la creo mala sino loca.»

Tenemos, en fin, motivos poderosísimos, que no es todavía oportuno aducir, para afirmar que conservó siempre intacta la virtud que con razón se llama angélica.





CAPÍTULO VI

Humildad. — Mansedumbre. — Paciencia.

§ I

DISCÍPULO aplicado y afectuosísimo en la escuela del Sagrado Corazón de Jesús, aprendió el P. Ezequiel la *humildad* del que vino desde el cielo para poner en la tierra cátedra de esa virtud. Era en todo sincero, sin que ni en sus palabras ni en sus obras hubiese dolo, antes bien rendía siempre culto á la verdad: por eso sus connovicios y comprofesos, lo mismo que sus maestros y superiores, nunca lo tuvieron por hipócrita, ni jamás lo fué. Huía de las alabanzas, mortificándole las enhorabuenas que solían dárselle después de los hermosos y conmovedores sermones que predicaba. Lejos de enorgullecerse ni vanagloriarse con las Prelacias, servíanle de motivo para humillarse, estimándose indigno de ellas, si bien aceptándolas con sumisión. Ya hablamos de la lucha que se libró en su delicada conciencia cuando fué elevado á la dignidad episcopal, é indicamos sus anhelos de no ser más que pobre é ignorado misionero, y las no pocas lágrimas que

entonces vertió, rindiéndose únicamente ante la obediencia.

El R. P. Matute escribe lo siguiente: «Hallábase fundamentado en humildad porque era santo, destacándose en él esta virtud, principalmente cuando obtenía algún triunfo ó cuando sentía alguna contrariedad. En el primer caso todo era de Dios, en el segundo reconocíase culpable, sin dejar de bendecir á Dios en lo próspero como en lo adverso. Como el lenguaje de los hechos es más elocuente que las palabras, me referiré, entre mil, á un caso particular que dé testimonio de mi aseveración. Plugo al Omnipotente valerse de uno de los sermones del P. Ezequiel para convertir á un gran pecador. Son muy pocas las personas sabedoras del suceso: á mí me confió el secreto porque, sin querer, le sorprendí en su habitación quemando las insignias y libros de un masón gr. 33, y aunque no se trataba de ningún secreto de confesión, ni el convertido se lo había impuesto, lo calló el Padre, ya por caridad para con el individuo, ya por atender á su propia virtud de la humildad... Pálido y lloroso lo encontré un día, y casi le obligué á que me dijera el motivo que era el haberle significado que lo presentarían para Obispo. Después de oponer toda la resistencia que puede oponer un Religioso en tales casos, cuando se vió precisado á someterse á la voluntad de Dios, manifiesta en la de sus superiores, lo vi también llorar como un niño.»

Hablando de la humildad del Ilmo. P. Ezequiel dice una religiosa Carmelita de Bogotá: «En la primera venida que hizo de Pasto el Ilustrísimo señor Obispo Moreno, tuvimos la grande fortuna que viniera Su Señoría á nuestra Capillita á darnos la comunión y celebrar el Santo Sacrificio; ese día no vino el acólito y no fué posible con-

seguir. La misa del señor Obispo se la ayudó el Reverendo Padre Capuchino que lo acompañaba; terminada la misa de Su Señoría, no pudiendo celebrar aquí el Reverendo Padre Capuchino por falta de acólito, se fué para la Candelaria á celebrar allá. En esos momentos llegó el Padre Capellán Dr. Lugo. El Ilustrísimo señor Obispo estaba en la Capillita haciendo su acción de gracias, y el Padre Capellán se vió en un conflicto, pues como no había acólito y el señor Obispo estaba en la Capilla, se revistió, pero no se atrevía á salir de la sacristía. El señor Obispo lo advirtió y entró é hizo salir al Padre Capellán á que celebrara. Sale el Padre Capellán y principia la misa; ¡y qué espectáculo tan conmovedor se presenta á nuestra vista! ¡el Ilustrísimo señor Obispo con la más grande humildad hace las veces de acólito, pasa el misal, administra las vinajeras y le ayuda al Padre Capellán toda la misa! Nosotras nos quedamos atónitas, admiradas, profundamente conmovidas y sumamente edificadas, viendo este rasgo de tan grande humildad del Ilustrísimo señor Obispo.»

Dice el señor Presbítero D. Reinaldo Rivera, hablando de las virtudes del Ilmo. P. Ezequiel, que «de Cristo Señor Nuestro había aprendido su profundísima humildad, base y fundamento de toda santidad, la mansedumbre que tan accesible lo hacía á todos, la inquebrantable paz que ningún contratiempo alteraba, el ardiente celo que lo consumía, y en fin todo aquel conjunto de virtudes con que atraía á las almas para llevarlas á Dios». Y añade lo siguiente: «Como la virtud y la santidad, por más que la humildad las oculte, siempre se imponen y resplandecen en todo, de tal manera que se hace respetar y amar, por eso era tan amado y respetado el Sr. Moreno aun de aquellos que le eran menos afectos. Me acuerdo que un

hombre de mundo y de muchos estudios, hablando de nuestro queridísimo Prelado, me dijo con toda sinceridad y con todo el convencimiento de que era capaz: «El señor » Moreno es un Obispo sabio y muy santo; vive en las altas » regiones del cielo y su mirada la tiene en lo muy alto. » Nosotros querríamos que bajase de esas alturas y cono- » ciese más del mundo actual, y accediese un tanto con » las presentes exigencias.» Este juicio, quitándole la última parte, aumentó en mí la estima y aprecio del Sr. Moreno, porque es claro que si aquel señor hubiera notado algo digno de reprensión ó imperfecto lo habría dicho con la misma franqueza.»

El Sr. D. Oscar Rubio, Exrector del Colegio Nacional de Casanare, refiere que, «cuando en Junio de 1894 el P. Ezequiel fué á Támara con carácter de Vicario Apostólico, le festejaron los dos colegios de aquella Intendencia con una velada muy solemne y concurrida. Al fin del acto el Ilmo. Sr. Moreno expresó su agradecimiento y manifestó que cinco años antes había ido á Casanare como simple Misionero, á trabajar por el bien espiritual de esa hermosa región, sin más pretensión que la gloria de Dios y la salvación de las almas; pero que en los designios de Dios estaba que él llegase á ocupar un alto puesto en la jerarquía eclesiástica, que lo obligaba con nuevo vínculo á favorecer los verdaderos intereses de Casanare.

«A propósito de lo que ocurre, añadió, sea esta la » ocasión de referir un hecho sencillo, y si se quiere insig- » nificante, de que nunca había hablado, pero que tiene » alguna relación con mi inesperado advenimiento al Epis- » copado.

»En una de mis excursiones por el Llano, navegaba » el río Casanare, en una canoa dirigida por indios de la » Misión. Hacia el anochecer saltamos en tierra, y mientras

» que mis compañeros disponían lo necesario para pasar
» allí la noche, y preparaban un sencillo refrigerio, me puse
» á rezar el rosario, paseándome en la playa; pero sintiendo
» que me hundía en la arena, me acerqué á un grupo de
» árboles, y arrancando de allí un palo que me sirviese de
» sostén, vi con cierta extrañeza que tenía la forma de un
» báculo pastoral. Cruzó entonces por mi mente la idea de
» que la Divina Providencia me tuviera destinado al Epis-
» copado; pero al punto deseché ese pensamiento, como
» una tentación».

«Cuando se trató de trasladarlo de Casanare á Pasto, dice el P. Gregorio Segura, sucedió lo que voy á referir, y que prueba evidentemente la humildad de nuestro buen P. Moreno, y que ni remotamente aspiraba á salir de las privaciones y trabajos de las Misiones regidas por él tan admirablemente. Estando yo en cama cierto día, fué á ver qué tal estaba, enterándose de todo con caridad y afecto de padre, pues tal se mostraba siempre con los que teníamos la dicha de estar á su lado. A continuación me dijo que había recibido una carta del P. Casas, Provincial entonces de Colombia. «No entiendo, agregó con
» calma, algo que me dice en la carta»; y siguió paseándose en silencio por la celda. Noté en su exterior deseos de que yo me enterara de la carta en cuestión, por más que no se resolvía á decírmelo. Después de un breve rato de silencio, en que seguía él paseándose y con la carta en la mano, creí yo, animado sin duda por su cariño paternal, que podría sacarlo de la duda en que se encontraba, y le pregunté sencillamente: «¿Pues qué le dice
» el P. Casas?» «Lee», me dijo entonces, entregándome la carta. Leí, y vi estas ó semejantes palabras: «Si Dios
» Nuestro Señor no lo remedia, pronto tendré que ir á
» ocupar el puesto de Vuestra Reverencia.» Sin tener

antecedentes para juzgar el sentido de esa frase, comprendí de qué se trataba, y no pude menos de sonreirme, al ver que era asunto de mucha honra para tan amado Padre. «¿Qué es eso?», me dijo él con dulzura, al ver mi alegría. «Padre, le dije, van á hacer al P. Casas Vicario » Apostólico de Casanare, y á Vuestra Reverencia lo van » á trasladar á alguna diócesis.» Entonces cambió de aspecto, sin dejar la dulzura que siempre se traslucía en su exterior, y dijo, como quien expresa mucho sentimiento: «¡Y aún creerán que me hacen algún favor!!!» Ya no volvió á hablar más del asunto.»

Una religiosa de mucho espíritu escribe acerca de la humildad profunda del Ilmo. P. Ezequiel: «Trataba á todos con tal bondad que una casi se olvidaba de que era un príncipe de la Iglesia, un Obispo, y no veía en él sino al santo y humilde religioso. Una vez me hablaba de Dios con fervor extraordinario, y me atreví á decirle que yo pensaba que él vivía siempre en un mar de consuelos espirituales, y me contestó: «No, hija; el Señor no suele » darme consuelos sensibles; lo que me da es mucha luz. » Cuando me vea llorar, no piense que es de consuelo, » sino que he cometido alguna falta, y por eso lloro en la » presencia de Jesús.» No supe qué contestarle: tanta humildad me deslumbró y anonadó. ¡Jamás he podido olvidar tan hermosa lección!»

El Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Manuel José Caycedo, actual Arzobispo de Medellín y antes de Popayán, á quien el P. Alberto Fernández había escrito rogándole nos diese algunos datos para esta biografía, hace del Ilmo. P. Ezequiel, *su inseparable compañero y amigo del alma*, este elogio, que no por su forma negativa es menos positivo ni de menor importancia: «Me es imposible suministrar dato alguno acerca del Ilmo. Sr. Moreno, cuya

muerte si fué premio para él, fué castigo para nosotros, pues no los tengo. El no era persona que gustara de hablar de sí mismo; su humildad era tan profunda, como Vuestra Reverencia lo conoció muy bien.»

Vivió siempre humilde y murió humildísimo en pobre celda y muy pobre cama, dando evidente prueba de extraordinaria humildad al solicitar con insistencia y hasta con ingeniosa previsión que en los últimos momentos se le absolviese repetidas veces, como si se tratase de un gran pecador ó de quien hubiera vivido en negligente tibieza. ¡Oh! que ese morir con tan profunda humildad es una prueba inconcusa de ser ciertos algunos favores extraordinarios que en vida recibió del celestial Esposo de las almas, y que hoy por hoy no nos parece oportuno consignar, si bien la relación de los hechos y los testimonios que los acreditan quedan archivados.

§ II

«Semejante á su humildad, nos dice el R. P. Matute, era su *mansedumbre*, manifiesta en el trato con todos, y admirado por ella de propios y extraños, pues copiaba en sí esta virtud del Divino Maestro. Y lo que más sorprende es que tanto respecto de la mansedumbre como de las demás virtudes, el P. Moreno las practicaba con tal sencillez y tan sin afectación ni estudio, que parecía en él la cosa más natural, y sin embargo, en ocasiones ya tenía que violentarse para aparecer manso á fin de ganar mejor almas para el cielo. En su trato familiar jamás lo vi alterado, ni le oí una palabra, ni le sorprendí un gesto de impaciencia.»

No está reñida la mansedumbre con la entereza de carácter. Como ejemplar de la primera nos propone la

Sagrada Escritura á Moisés, al que con tanto coraje rompió las tablas de la ley viendo á los israelitas en el acto de la prevaricación. Modelo acabadísimo y divino de mansedumbre fué el celestial Maestro Jesús, el que tan enérgicamente reprendía á los escribas y fariseos, y echó con un látigo á los que hacían cueva de ladrones el templo ó casa de oración. Dulce y á la vez entero fué el carácter del Ilmo. P. Ezequiel. Algunos, aun entre los buenos, que no le conocieron á fondo, ni paraban mientes en las condiciones excepcionales del Pastor y de la grey, estimaron á veces imprudente y áspera la conducta del Prelado. ¡Que trataba con dureza á los liberales! No es exacto; trataba, sí, con entereza al liberalismo porque sabía que estaba condenado por la Iglesia; era intransigente con la doctrina, pero no en los procedimientos, y él más que nadie sentía verse precisado á incesante lucha contra los enemigos de Dios. ¡Que veía con malos ojos lo que en Colombia se llama *concordia*! Es que la miraba no sólo desde el punto de vista meramente político, sino también y sobre todo desde el punto de vista religioso, y la creía de efectos desastrosos para la fe, así como lleva á la ruina del alma el buscar la paz con las pasiones pactando con ellas. Todos cuantos trataron al P. Ezequiel antes y después de ser Obispo, confiesan que era de carácter dulce, que procedía en todo con medida y que en todo resplandecía su prudencia y mansedumbre, sin que por esto se doblegase á lo que en conciencia y después de mucho examen, fervorosa oración y reiteradas consultas, juzgaba que no era conforme á los intereses de Dios.

A la mansedumbre parece que corresponde esta descripción que del Ilmo. Sr. Moreno hace un religioso alemán diciendo de él: «Bien poco lo conocían ó maliciosamente lo calumniaban los que lo hacían aparecer como

un hombre duro, guerreador y lleno de encono, pues era todo lo contrario; y si bien no transigía con el error, ni se dejaba intimidar por las amenazas de los enemigos de la religión, era sumamente condescendiente cuando veía buena voluntad ó creía verla; pues se le hubiera podido tachar algunas veces de demasiado benigno, y oí una vez á un superior de comunidad religiosa, que mucho quería y estimaba al Ilmo. Sr. Moreno, decir que aunque era tan valiente en sus Pastorales, era demasiado condescendiente en cosas de gobierno de la Diócesis, condescendencia que procedía, á mi parecer, de su buen corazón y de su sinceridad en el trato, creyendo que todos obraban y hablaban con la misma llaneza y franqueza que él. No tenía, es verdad, en su simple aspecto mucho atractivo, y parecía algo severo; pero al tratarlo un poco se lo encontraba de otra condición, lleno de bondad, sobre todo con los pobres y sencillos, quienes veían en él á un Padre verdadero.»

Semejante al manso y humilde Jesús, complaciase con la infancia, de lo cual certifica una religiosa de Pasto diciendo: «Cuando visitaba nuestro colegio era una fiesta para todas las niñas, porque cada cual encontraba una madre ternísima, pues ya les refería ejemplos adecuados á su edad, ya les regalaba estampas ú otros objetos de devoción, ya les hablaba de la Santísima Virgen y sus advocaciones, sus gracias y privilegios; en fin, sus conversaciones tan amenas y tan santas parece que repercuten en nuestros oídos todavía y será imposible olvidarlas jamás.

»Cuando iba al Asilo de Huérfanos que tenemos á nuestro cargo, era cosa que conmovía ver el amor y caridad con que trataba á las niñitas, sobre todo á las más tiernas, dábales reales para sus frutas y antojos, les com-

praba dulces y los repartía por su propia mano á cada una, dándole á la vez un consejo ó diciéndole alguna palabra espiritual.»

§ III

Poseyó el Ilmo. P. Ezequiel la virtud de la *paciencia*, porque sufrió mucho y siempre con igualdad y serenidad de ánimo sin turbación ni tristeza. En capítulos anteriores tratamos ya de su caridad y fortaleza, virtudes inseparables de la paciencia, pues nos dice el Apóstol que la *caridad* es paciente (I Cor., XIII, 4), y es la paciencia parte potencial de la fortaleza, ya integrándola, ya uniéndose á ella como lo secundario á lo principal, según escribe el Angélico Doctor.

¡Paciencia! dijo Fr. Ezequiel Moreno de la Virgen del Rosario cuando, enfermo con calenturas, iba en compañía de otros misioneros á Filipinas, y no se encontró un poco de agua para mitigar la sed. ¡Paciencia! decía en la Paragua al verse atacado por la fiebre contraída en su primera excursión á convertir infieles. ¡Paciencia! repetía en sus frecuentes males y acerbos dolores. ¡Paciencia! resonaba en los ámbitos de su grande alma viéndose atacado é injuriado en sus empresas Apostólicas, sin que perdonasen su misma honra, ni aun sus rectísimas intenciones.

Ni se diga que el Sr. Moreno, habiéndose distinguido tanto como acérrimo debelador de errores é impiedades, no dió en eso muestras de paciencia; porque esta virtud consiste en tolerar mansamente las injurias personales, no en callarse ante las que se irrogan á Dios, á la religión ó á nuestros semejantes. León rugiente y despedazador cuando se trataba de defender los derechos de Dios, de

impedir que la fe sufriera menoscabo ó que sus hijos pobres y desvalidos, eclesiásticos, religiosos y religiosas fuesen injustamente molestados, era el P. Ezequiel mansísimo cordero cuando se le inferían agravios, y se le denostaba y calumniaba. «¡Cuánto, dice uno de sus admiradores, cuánto tuvo que sufrir su noble corazón por las calumnias é insultos de los enemigos de la moral, del Evangelio y de las enseñanzas de la Iglesia! Y por último, como si el Deífico Corazón que él tanto amó quisiera hacerle partícipe de sus dolores, con su corona de espinas y con su cruz, le envió un padecimiento terrible de diez meses, que sufrió con una resignación y paciencia, que enternecía á los mismos facultativos que le asistieron en esta su última enfermedad.»

Efectivamente, el médico del Sanatorio donde el Ilustrísimo Sr. Moreno fué operado, escribe al P. Alberto Fernández una carta que vamos á copiar íntegra y dice así:

«R. P. ALBERTO.

»Mi querido amigo: Con verdadero placer cumplo el encargo de aportarle datos y detalles acerca de las operaciones sufridas por el señor Obispo de Pasto durante su estancia en este Sanatorio. Permítame que á la par le manifieste mis impresiones de verdadera admiración en cuanto al modo de soportarlas, pues no pudo menos de causarme verdadera emoción al comparar lo doloroso del tratamiento con la resignación sin igual del señor Obispo.

»Al conocerle y saludarle lo primero que me sorprendió fué la tranquilidad de espíritu del señor Obispo que no ignoraba que se trataba de una intervención grave y que podía tener un funesto resultado inmediato; cuando

más adelante pude conocer mejor su carácter, mi sorpresa se convirtió en admiración al ver la dulzura y resignación con que soportaba los agudísimos dolores producidos por su lesión verdaderamente superiores á todo encomio y más aún el no flaquear su ánimo ni sus esperanzas en Dios y en nosotros, á pesar de la necesidad de nuevas intervenciones, todas dolorosísimas, ya que por la situación especial de su lesión hacía imposible la administración de un anestésico por la necesidad absoluta de conservar la conciencia del enfermo durante la intervención operatoria.

»El día 14 de Febrero de 1906 se le practicó la primera operación, y usted, que tuvo el valor de presenciarla, pudo ver lo cruenta que fué en las cuatro operaciones que con distintos intervalos de tiempo soportó, persiguiendo siempre el nuevo brote del mal; á nuestra propuesta de nueva intervención contestaba con un «hágase» la voluntad de Dios» tan dulce y resignado, que sólo un espíritu superior como él era y su omnímoda confianza en el Señor podían explicar el no haber tenido un momento el menor acceso de desesperación, aceptando más que resignado, creo que gustoso, aquella nueva prueba que el Señor le enviaba.

»Al manifestar á usted mi admiración por su dulzura y valor, y al contarme usted algunos detalles de su vida en la Diócesis de Pasto, verdaderamente admirables, llenos de caridad y amor al prójimo, pude ir comprendiendo su sin igual sosiego moral, y verdaderamente admirado y edificado por todo ello, no sé decirle á usted más sino que si Dios en sus altos designios me tuviese preparada una prueba semejante, sólo desearía que me diese también el valor y la resignación del señor Obispo, pues pedir más creo sería verdaderamente imposible.

»Dándole las gracias por haberme proporcionado la ocasión de expresar á usted mi admiración por aquel Grande hombre que en vida fué el Obispo de Pasto, quedo á su disposición para cuanto guste mandar á su afectísimo amigo.

»DR. AMALIO ROLDÁN» (1).

Sufría el Ilmo. Sr. Moreno no sólo con resignación, sino también con alegría. Emulo de los flagelados apóstoles que salían del sanedrín gozosos al ver que fueron

(1) El Dr. C. Compaired, hablando de la operación que hizo al Ilmo. Sr. Moreno, ha dicho varias veces: *No me sorprendió tanto el que tuviese valor para no quejarse en medio de tan acerbos dolores, cuanto el que no hiciese movimiento alguno durante el largo y forzoso martirio. Esto es muy superior á todas las fuerzas humanas.*

No olvida el Dr. Compaired aquella escena tan terrible como edificante, pues con fecha 30 de Diciembre de 1908 escribe:

«Tengo una gran satisfacción en consignar que me causó admiración extraordinaria la fortaleza de ánimo, el valor cristiano, la paciencia sin límites, la resignación placentera, la sumisión y obediencia admirables y la resistencia al dolor hasta el heroísmo santo, heroísmo de mártir y de bienaventurado, con que el Ilmo. Sr. Padre Ezequiel, Obispo de Pasto (Colombia), soportó repetidas veces, y dió palmarias muestras sin afectación en las operaciones diferentes y cauterizaciones con el termocauterio á que le sometí, mientras estuvo á mi cuidado como médico especialista en la Casa de Salud de Nuestra Señora del Rosario.

»Realmente, edificaba aquel buen señor. Su paciencia inagotable, su bondad constante aun en los trañes del más vivo dolor, en los que parece natural el reproche, la queja ó la displicencia por lo menos, y su constante elevación del espíritu hacia el Creador, nos daban siempre muestras y ejemplos que imitar, al mismo tiempo que me hacían ver, no un enfermo, sino un siervo de Dios que me enviaba para confortarme en mis creencias y para que, al cuidarle, me sirviera también como guía en mis luchas y tristezas de la vida.

»Al recordarle, y al escribir estas líneas al correr de la pluma y aprovechando los escasos minutos que me dejan mis numerosos clientes y ocupaciones, quiera Dios sirvan para que, desde el cielo, ruegue por mí y por todos los míos al Sumo Hacedor, ya que le tengo considerado como un Santo y Bienaventurado que estará gozando de las dichas del Paraíso eterno. — DR. C. COMPAIRED, 30-12-908.»

considerados dignos de padecer por el nombre de Jesús, exclamaba el P. Ezequiel en una de sus cartas escrita en Pasto el 2 de Septiembre de 1904: «¡Dichoso de mí, si algo sufro por el nombre de nuestro buen Jesús! Pidan por mí para que si sufro sea por su Santo Nombre y para su gloria. Tengo ya un gran acopio de injurias, que lanzan contra mí los periódicos liberales de varias poblaciones de la República, y las conservo como *preciosidades*.»

Pacientísimo se mostró en el confesonario, que, con razón, suele llamarse banco de la paciencia, y tanto, ó más si cabe, en la dirección de almas difíciles. Una de éstas fué cierta religiosa á quien el P. Ezequiel escribió veintisiete cartas, entre otras muchas que no se conservan. Tienen fechas desde el 2 de Febrero de 1900 hasta el 24 de Marzo de 1902. Sólo un gran santo puede escribirlas sin dar en ellas el más pequeño indicio de impaciencia, antes bien rebosando en todas una paz inalterable de espíritu y una dulzura de cielo. Son autógrafas y forman un cuaderno: al acabar de leerlas no pude menos de decir: Estas cartas constituyen un proceso favorable de beatificación.

Como salida del fondo de su espíritu, dirigía con frecuencia al Señor esta plegaria: «¡Dulcísimo Jesús mío! que por mi amor os hicisteis Varón de Dolores, oprobio de los hombres, y quisisteis vivir pobre, menospreciado, en trabajos y privaciones, hasta el punto de no tener donde reclinar la cabeza, para infundirnos el deseo de llevar una vida semejante á la Vuestra.

»Yo, Amado de mi alma, para imitaros, abrazo con el más tierno afecto, los dolores, las enfermedades, la pobreza y las humillaciones, y las considero como hermosas partecitas de tu Cruz. Como Vos, ¡oh amor mío! quiero

vivir pobre, ultrajado, menospreciado, adolorido, llagado de pies á cabeza, clavado con Vos en la Cruz, y si os place, llegar en ella, como Vos, hasta el extremo de ser abandonado y privado de la sensible asistencia del Padre Celestial.»





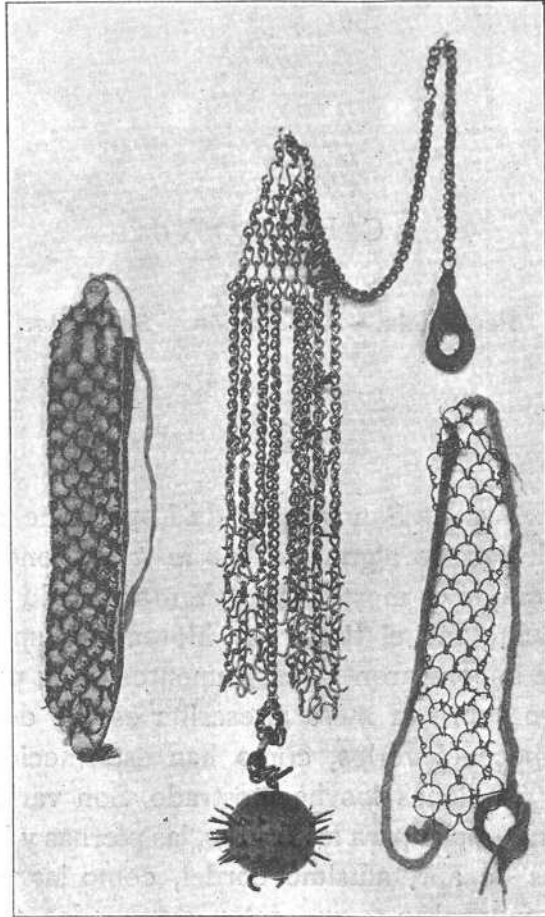
CAPÍTULO VII

Penitencia. — Abnegación. — Sacrificio.

§ I

CUÉNTASE de San Ignacio de Loyola que cuando le decían de alguno: *es un santo*, respondía: «Sí lo será, si es mortificado.» Y mortificado exterior é interiormente fué el Ilmo. Sr. Moreno. Después de su muerte se encontraron los instrumentos de su penitencia, que tengo sobre la mesa al escribir esto, y declaro que me estremece el verlos, como han estremecido á otras personas á quienes los he mostrado. Son varios cilicios de punzante malla para los brazos, las piernas y la cintura; disciplinas de apretadísimo cordel, como las usamos en nuestros conventos y que están empapadas en sangre; varias de cadenillas de hierro y especialmente unas que horrorizan, pues son también de metal con abundantes canelones cuajados de garfios, y del centro pende una bola de dura madera, erizada de puntas de hierro, agudas y de un centímetro de largo: tiene la bola cuarenta y ocho púas. El usaba esos instrumentos que más parecen

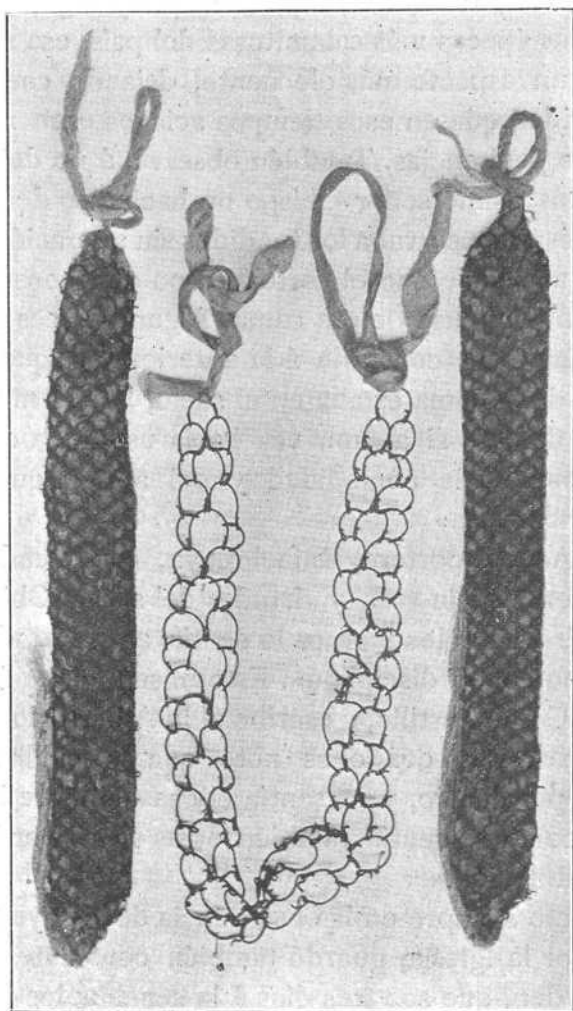
de martirio que de mortificación. Así nos lo asegura, además de hallarse todavía ensangrentados, el testimonio de los sirvientes de palacio.



Disciplinas, cilicios é instrumentos de mortificación de que usaba el Ilmo. P. Ezequiel

La antes citada Sra. Mariana Soberón afirma lo siguiente: «Su escasa como tosca y pobre ropa interior, de cuyo aseo estaba yo encargada, me descubrió muchas

veces el secreto de su vida penitente; pues me lo revelaba su ropa teñida en sangre; y hubo ocasión que estan-



Otros instrumentos para el mismo objeto

do ausente el Prelado y debiendo buscar y enviarle unos libros que pedía, descubrí involuntariamente varios y muchos instrumentos de penitencia, con señales inequí-

vocas del uso espantoso y frecuente que de ellos hacía su dueño, lo cual confirmó mis observaciones hechas en la ropa interior, con la circunstancia muy significativa de que en las épocas más calamitosas del país, esa ropa presentaba un aspecto más elocuente, dejando comprender con claridad que en esos tiempos aciagos eran más rigurosas sus penitencias. También observé, á no dejar duda, que el Ilustrísimo señor Obispo no hacía uso de su cama, porque ésta conservaba los tendidos sin alteración alguna; de lo cual deduje que el corto tiempo que consagraba al sueño no hacía uso de esa cama. Algunas veces pude observar una cosa contraria á la anterior y es que todo el tendido de la cama estaba en el suelo, lo que me sugirió la idea de que si alguna vez hacía uso de la cama, era privándose de la comodidad y del abrigo que en ella podía encontrar.»

Asegura el portero, Rafael Maya, escribiendo lo que sabía acerca de la vida y virtudes del señor Obispo, que «los miércoles y los viernes lo sentía, aterrado, desgarrar su cuerpo con la disciplina». Esto mismo viene á decir el familiar César Castillo, y escribe el P. Alberto lo siguiente: «En varias ocasiones noté que la capilla estaba cerrada por dentro, y se sentía el chasquido de las disciplinas, como se sentía también otras veces por la noche en su habitación.»

Exacto siempre en la observancia de los ayunos mandados por la Iglesia, guardó también constantemente los de la Orden, que son tres días á la semana; los diarios de Adviento, que comienzan el 1.º de Noviembre hasta la Natividad del Señor, y los de la Cuaresma, que tienen principio en Septuagésima. En Pasto, su ayuno era ya de todos los días del año, y en la comida, siempre frugal, no

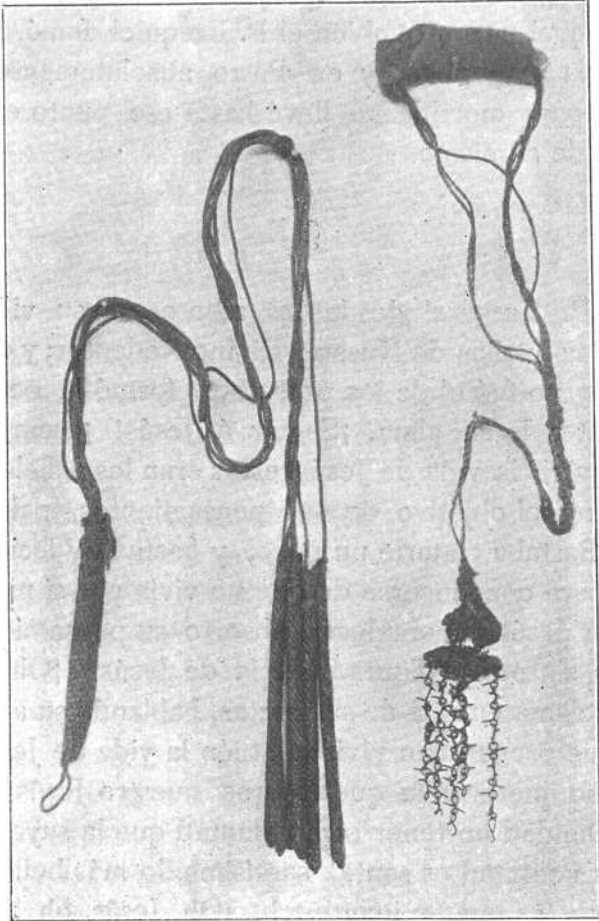
bebía vino; sólo tomaba un poco al hacer por los pueblos la Visita Pastoral.

Era generalísimo en Filipinas el fumar, pues nos decían al llegar al Archipiélago que así lo imponía la higiene de aquel país. También el P. Ezequiel fumó, pero en Colombia muy poco, y en Pasto absolutamente nada, porque para mortificarse llevó hasta ese punto el vencimiento de sí mismo.

§ II

El P. Ezequiel desde los albores de su vida *quiso* seguir las huellas de Nuestro Divino Redentor; y ese querer, que no fué el de los perezosos, formó la ocupación constante de su alma. ¡Seguir á Jesús! ¡asemejarse á Jesús! ¡vivir la vida de Jesús! estos eran los anhelos de su corazón y el objetivo de sus pensamientos, palabras y obras. Bastaba tratarle un poco, y basta hoy leer sus escritos para convencerse de que no vivía por sí ni para sí, sino por Jesús y para Jesús, absorbió su pensamiento en Jesús y sin otra voluntad que la de Jesús. «¡Oh qué dicha, exclama en una de sus cartas, hablando su alma con otras que procuraban vivir también la vida de Jesús, qué dicha no querer más que lo que nuestro Jesús quiere! ¡Qué felicidad no tener otra voluntad que la suya y saber que esa voluntad es santa, santísima, lo más bello y hermoso que se puede imaginar!... ¡Oh Jesús, oh buen Jesús! ¿Cómo agradeceremos este conocimiento claro que nos dais de vuestras cosas, y ese apetecer sólo lo que es vuestro, y ese sentir que lo que no sea eso no merece nuestro cuidado? No es posible ponderar ese beneficio de nuestro Jesús como merece, ni es posible explicar cuál

debe ser nuestro agradecimiento para con El. ¡Ah! Pidamos á El mismo todo lo que necesitamos para demostrarle nuestra gratitud. Pidámosle mucho amor, y así le



Otros instrumentos para el mismo objeto

conoceremos, porque El es Caridad, según el hermoso texto de San Juan. Hay que tener caridad para conocer la Caridad esencial, y cuanto más caridad tengamos, más conocimiento y más unión tendremos con la Caridad,

que es Dios. Me creo la más fría de todas las hermanas en el amor de nuestro Jesús, y me da pena el pensarlo, y sobre todo ver que es así. No me da pena el que mis hermanas sean lo fervorosas que son, ¡ojalá fueran más! me da pena el no ser como ellas. Me consuela una cosa, y es que la voluntad es la que ama, y en eso sí no quiero que me ganen, ni tampoco en la absoluta y total entrega á nuestro Jesús, de tal modo que nada haya que no esté dispuesta á sacrificarlo por su amor. ¡Oh Jesús de mi alma! Recibe esta buena voluntad y obra en mí como gustes. Tú mandas ¡oh Jesús mío! Eres mi dueño absoluto, quita y pon lo que te plazca. ¡Oh qué dulce es esto!»

Llevó la abnegación no sólo á lo que podemos llamar su parte externa, que es el desasimiento de todas las criaturas, mas también á la parte interna, ó sea la renuncia de sí mismo, que es lo que principalmente nos pide Jesucristo. Para darse al adorable Corazón de Jesús, «se desprendió de todo, honra, consuelos, cuerpo, salud, alma, potencias, sentidos, riqueza y vida, sin reservarse más que la voluntad de ser y estar unido para siempre al mismo Sagrado Corazón de Jesús, su único encanto y su único amor». Y firma esa heroica resolución con su propia sangre, que ya no era suya, sino de Jesús.

§ III

Recordando en el párrafo anterior la sentencia del Divino Maestro: *Si alguien quiere venir en pos de mí nieguese á sí mismo, tome su cruz y sígame*, hemos dicho que el Ilmo. P. Ezequiel *quiso* ir en pos de Jesús, no con un querer veleidoso ni tímido, sino con el *querer* que forma hombres de carácter, y que es el secreto de la santidad, para la cual sólo se necesita *querer*, supuesta la gracia de

Dios que, misericordiosa y abundantemente, se nos ofrece, y que nuestro biografiado pedía sin cesar en la oración, correspondiendo siempre á ella con fidelidad. El *querer* de que hablamos lleva consigo el *sacrificio*, cuyo emblema es la cruz, y por eso nos dice el Redentor que para seguir sus huellas es preciso que cada uno *tome la cruz* que le corresponde.

¡Sacrificio!... Ese fué el ambiente que respiró el Sr. Moreno, adorando al Señor en el sufrimiento, que es inseparable del sacrificio, crucificado al mundo y á sí mismo, principalmente desde el día de su profesión religiosa, en que, puesto sobre el altar del holocausto, se constituyó en víctima ligada con los tres votos, resonando desde entonces en los oídos de su alma y poniendo en práctica el «ofrece á Dios el sacrificio de alabanza y cumple lo que has prometido al Altísimo» (1). Y en el claustro y en los bosques y poblados de la Oceanía y de América sacrificaba sus potencias y sentidos para servir á Dios y conquistarle muchas almas.

¡Cuánto sufrió el P. Ezequiel en sus enfermedades, sobre todo en la última! Y no está el sacrificio precisamente en el sufrir ó sentir dolores, sino en el cómo se sufre. El soportó los males con paciencia, y lo que es más, con alegría interior, pidiendo toda clase de tribulaciones para gravar más hondamente en su alma y en su cuerpo la imagen de Jesús crucificado. Hemos traído ya abundantes pruebas de esa verdad, sin que sea necesario reforzarlas, como pudiéramos hacerlo, con otras muchas.

Para las almas amantes hay otro género de sufrimientos indeciblemente más sensibles que los dolores físicos. ¡Cómo explicar lo que el Ilmo. Sr. Moreno padecía ante

(1) *Immola Deo sacrificium laudis, et redde Altissimo vota tua.* (Psalm., XLIX, v. 14.)

las ofensas públicas cometidas contra Dios, especialmente al verle ultrajado en el Augusto Sacramento del Altar? Basta pasar la vista por sus Pastorales quinta y décimo-sexta, escritas con motivo de los sacrilegios de Riobamba y Tumaco. ¡Qué ayes tan lastimeros, reveladores de muy profunda pena! Tenía la íntima convicción de que el liberalismo es pecado, y que combatirlo era salir por los fueros de la Autoridad divina, y sin embargo, ¡cuántas lágrimas derramó sobre lo que escribía!, pues hubiera preferido no tener que combatir á nadie.

Terribilísimo fué para Nuestro Divino Redentor, tal vez lo más terrible de su Sagrada Pasión, aquel misterioso abandono en que le dejó su Eterno Padre. Algo de eso padeció también el P. Ezequiel, por lo que nos dice persona que lo trató á fondo: «Aunque él hablaba con sincera ternura de Dios Nuestro Señor y de las cosas santas, sin embargo, como me lo manifestó en confianza, el Señor, después de haberlo regalado mucho con consuelos y lágrimas de devoción, principalmente en Bogotá, últimamente le exigía el sacrificio de esas consolaciones sensibles. Me dijo que á veces se asomaba el consuelo y oía como una voz interior que le decía: «Hazme el sacrificio de eso», y todo lo sacrificaba para agradar en secreto al amado de su alma. Era también para él una privación muy sensible, como más de una vez lo manifestó, el estar separado de sus hermanos de religión. Ningún halago tenía para él la vida, como lo decía y escribía en sus cartas, deseando únicamente hacer la voluntad de Dios Nuestro Señor que trataba de conocer. Y por lo que le oí en varias ocasiones puedo asegurar que estaba resuelto á cualquier sacrificio para cumplir esa Voluntad Divina una vez conocida. No le importaban nada las alabanzas ni las calumnias, con tal de hacer él lo que Dios Nuestro

Señor quería; y en efecto, ni buscaba las primeras, aunque sabía agradecer á quien le mostraba buena voluntad, ni temía las segundas, y más bien siguiendo el ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo se alegraba cuando lo perseguían y calumniaban los impíos por defender él la causa de Dios Nuestro Señor.»

«Es lo ordinario, escribía el Sr. Moreno, como dando cuenta de su conciencia, es lo ordinario que nuestro buen Jesús me tenga amándole sólo con la voluntad, sin que este corazón sienta lo que la voluntad quiere. ¡El sea bendito! No sé el tiempo que tendrá marcado, para que yo le ame sólo á puro esfuerzo de la voluntad, sin experimentar esos consuelos que tanto facilitan los caminos del sacrificio, y que hacen de la tierra un cielo. Este cielo en la tierra no lo tengo, pero, ¡oh Jesús mío! ¿qué gracia es amarte cuando arrebatas? ¿Cómo es posible no amarte cuando posees el alma con esa especie de cielo en el que admira tu hermosura, y se siente atraída por tu bondad infinita? Siento que te debes complacer más cuando una pobre alma abandonada, sola, sin estímulo alguno aparente, se vuelve á ti para decirte ¡te amo, oh Jesús mío, te amo y nada tengo, ni quiero tener que no sea tuyo!...

»Deseo, ó quiero desear á veces todo lo que sienten mis hermanas de tierno y amoroso para nuestro Jesús, pero, me ocurre que, acaso, el coro de alabanza que formamos tenga más belleza, si con afectos tiernos entran ayes, y con los enajenamientos de alegría se confunden los suspiros y lamentos, como los que El, nuestro Jesús, lanzaba en el Huerto y en la Cruz. ¡Oh si yo le diera alguna gloria con eso! ¡Al menos, oh Jesús de mi alma, quiero dártela!... Necesito humillaciones, y esto lo ve nuestro Jesús mejor que yo y por eso me priva de sus consuelos. Cuando el alma se siente anegada en el amor

divino, le parece natural que el Señor la considere y regale y aun llega á parecer que le pagamos todo. Pero cuando una se siente como yo, no hay ganas más que de bajar la cabeza, humillada y confundida por tanta miseria y pobreza. Se siente esa falta de todo que hace decir con humildad: ¡Jesús mío! ¡una limosnita!... ¡Vos sois todo, yo no soy nada!... ¡Vos lo tenéis todo, yo nada tengo!... ¡Oh dulce Jesús! si este estado fuera contrario á vuestros intereses, os suplico humildemente me saquéis de él, pero, si es para vuestra gloria y nuestra salvación, tenedme en él cuanto os plazca; dadme solamente gracia abundante y eficaz para sostenerme y servirlos...»

Toca á su término esta biografía; y ya que al comenzarla aludíamos á la Oración fúnebre que tuvimos la honra de pronunciar ante el venerando cadáver el día mismo del sepelio, no será fuera de propósito que al fin de este modesto trabajo traigamos ideas y aun palabras de aquel otro, pareciéndonos esto tanto menos inoportuno cuanto que hemos de aducir lo que se refiere á lo más sublime del sacrificio, que es el martirio.

«Dada la implacable saña de los sectarios contra el integérrimo y celoso Obispo, todos presentíamos que había de ser mártir. Y mártir ha sido el Ilmo. Sr. Moreno, mártir con tanto mayor mérito, cuanto que no ha tenido la aureola visible de quien muere por la fe al golpe de cruel verdugo.} Ha sido mártir de la verdad, del dolor y del espíritu. ¡Cuánto ha sufrido por espacio de diez años al defender la verdad católica!—y sufría, no por la molestia y trabajo que esto le causara, pues hacía lo de buen grado obedeciendo á su fe y á sus convicciones, sino porque el error y la protervia de algunos de sus hijos, atravesaba su paternal corazón. No puedo detenerme en referir este martirio del amor, ni hacer otra cosa que

indicar su martirio de dolor sufrido con pasmosa, con heroica paciencia, viendo vertida tan abundantemente su sangre en dolorosísimas y repetidas operaciones soportadas con valor sobrehumano, sin exhalar un quejido, tanto que ponía admiración en los operadores y en cuantos presenciaban las cruentas escenas. Sabemos que en aquellos actos ofrecía al Corazón de Jesús los dolores consiguientes, unas veces por las necesidades espirituales de su diócesis, otras por la conversión de los pecadores y otras por las benditas almas del purgatorio, y esto le daba una fortaleza que bien puede calificarse de sobrenatural.

»Terminaré diciendo dos palabras acerca del martirio de su espíritu. Siempre devoto del divino Corazón, cuya sagrada imagen veo ahí enfrente como velando ante el cadáver, siempre devotísimo del divino Corazón de Jesús, ese afecto tomó mayores y más celestiales proporciones desde que fué consagrado Obispo, y mucho más desde que en Pasto conoció á las religiosas Betlemitas, cuya reformadora, la Madre Encarnación, muerta en olor de santidad el 24 de Agosto de 1886, fué la Margarita Alacoque de América, pues varias veces se le apareció el Sacratísimo Corazón atravesado con diez dardos, en significación de las ofensas hechas á Dios al quebrantar sus mandamientos y quejándose de que los hombres no le desagraviasen rindiendo culto á sus dolores. A desagraviarle se dedicó nuestro amado Obispo, escribiendo un librito muy substancioso, titulado: *Dolores internos del Corazón de Jesús*, y fundando la Liga Santa de víctimas del Sagrado Corazón. En esa liga formaba él á la cabeza de los asociados del segundo grado, que piden no sólo conformidad en los trabajos, sino todo género de trabajos y tribulaciones, y al efecto compuso y rezaba

una oración cuyo final dice: «Contando ¡oh Jesús mío!
» con vuestra gracia, que os pido humildemente, mandadme
» dolores, enfermedades, pobreza, desgracias, amarguras,
» angustias, desolaciones, lo que queráis. ¡Soy, amor mío,
» vuestra víctima! Haced de mí lo que os plazca en el
» tiempo y en la eternidad, con tal que se salven almas,
» os dé alguna gloria y proporcione algún consuelo á
» vuestro Amantísimo Corazón. Amén.»

»Y el Señor le oyó, concediéndole padecer, y padecer sin el menor consuelo, en terrible desolación espiritual, pudiendo proferir su alma crucificada, el *Deus, Deus meus ut quid dereliquisti me* (1). Buscaba á Dios donde siempre se le halla, en los dolores, en los trabajos, en las cruces, y ni allí encontraba á su amado, sirviéndole esto de incentivo para amarle más. Ved ahí lo más alto de la virtud, lo más sublime de la perfección cristiana, lo que más merece los lauros del heroísmo: este ha sido para él el martirio más acerbo y el que le ha conquistado la más hermosa palma, la más brillante corona.

»Ya pasaron aquellas arideces de espíritu, ya terminó aquella escena de Calvario, ya dice con la Esposa de los Cantares: *Inveni quem diligit anima mea* (2); he hallado ya el que ama mi alma, le tengo y no le dejaré. Pues, diciendo San Pablo, si padecemos con Cristo, con El seremos glorificados (3); si el mismo apóstol escribe que á los predestinados por Dios para que se hiciesen conformes á la imagen de su Hijo, también los ha llamado y justificado y glorificado (4), ¿no podremos decir que está en el cielo esa alma tan conforme á la imagen de Jesús,

(1) Matth., XXVII, 26.

(2) Cant., VIII, 4.

(3) Rom., VIII, 17.

(4) Rom., VIII, 29.

el que tanto ha padecido con Jesús y por Jesús? El piadoso joven que respondió fidelísimamente á la gracia de la vocación para el estado religioso; el que brilló en virtudes durante el noviciado y coristado y brilló todavía más en las Misiones de Filipinas; el que fué en este Colegio modelo de Rectores y mereció lucir en los horizontes americanos, como Misionero, como Provincial y como Obispo; el que siempre cumplió á maravilla con los deberes de su estado; el que con lágrimas, sollozos y ardientes jaculatorias oraba por espacio de seis ó más horas al día; el que nunca desplegó sus labios en son de queja ó reproche contra sus ofensores; el que fué tan amante de la pobreza, y realmente pobre que no contaba ni con lo necesario; el que con valor apostólico confesó á Jesucristo delante de los hombres; el que sufrió tanto y tan heroicamente; el que, inflamado su corazón en el fuego del amor divino, que Jesús vino á traer sobre la tierra, trabajó como excelente operario evangélico por la gloria de Dios y la salvación de las almas...; el que así vive y así muere, ¿no es justo? ¿NO ES UN SANTO?»

*

Escrito todo lo que precede, recibimos una carta del Rmo. P. Angel de Villava, cuyo testimonio oral aducimos ya hablando de la obediencia, y pudiéramos llamar culto, que rendía nuestro biografiado á la Santa Sede. Como la carta es de persona tan autorizada, y forma un resumen de las virtudes, ó de lo que llamábamos *biografía del alma* del Ilmo. P. Ezequiel, nos ha parecido honroso y oportuno remate de este pobrísimo trabajo el copiar íntegro ese estimable documento, que dice así:

«EXCMO. SR. D. FR. TORIBIO MINGUELLA, OBISPO
DE SIGÜENZA.

»Excelentísimo y venerado señor Obispo: Tengo suma satisfacción en complacer á Vuestra Excelencia remitiéndole algunos datos de la vida del Ilustrísimo Sr. Fr. Ezequiel Moreno, Obispo de Pasto (Q. S. G. H.), de quien conservo gratísimos recuerdos. Temo no podré satisfacer los buenos deseos de Vuestra Excelencia porque no sabré exponer ni escoger los datos que más interesan á Vuestra Excelencia, siéndome imposible decir todo lo que sé de tan Santo Obispo, pues necesitaría llenar un libro; me concretaré á referirle lo que me parece más sobresaliente ó digno de mención.

»Conocí personalmente al Ilmo. Sr. Fr. Ezequiel Moreno cuando hizo su entrada solemne en la ciudad de Pasto el año de 1896: residía yo en aquella ciudad, desempeñando el cargo de Custodio Provincial de Capuchinos. Desde el primer día comenzaron nuestras relaciones, que fueron muy íntimas y sin interrupción hasta el año 1899, en que nos separamos después del viaje que juntos hicimos á Roma, quedándome yo en Barcelona por haber sido nombrado Provincial, y regresando el Ilustrísimo señor Obispo á su amada Diócesis de Pasto. Durante esos tres años conocí muy bien al Ilmo. y Rmo. Padre Ezequiel, intervine varias veces en los asuntos que le parecían de más consideración y últimamente fuí su confesor.

»El Ilmo. y Rmo. P. Ezequiel Moreno, Obispo de Pasto, fué un Santo: este es el concepto que tengo formado de él, no porque yo haya presenciado milagros estupendos, sino porque toda su vida, sus obras, sus

acciones todas estaban animadas del espíritu de santidad.

»Era amantísimo de la observancia regular, á la que se sujetaba rigurosamente, no obstante su dignidad Episcopal, las pesadas ocupaciones y grandes trabajos que diariamente tenía en el desempeño de su ministerio Episcopal. Arregló un método de vida lo más conforme posible á la vida del claustro; no faltaba nunca á la meditación de la mañana y tarde, teniendo predilección por la de la tarde, en que ordinariamente solía recibir más gracias y favores del Señor; jamás se dispensaba de los ayunos de regla que por las circunstancias en que se encontraba le eran muy difíciles, pues se veía precisado á acudir á la Secretaría y oficinas para firmar y despachar asuntos á la una próximamente, privándose de todo recreo y reposo. En Pasto es costumbre tomar refección á las nueve y media y á las cuatro y media; de manera que las horas de oficina son á las doce hasta las dos... Ayunaba también durante la Santa Visita, á pesar del trabajo inmenso que solía tener y de las incomodidades de los penosos viajes que hacía. Un día, viernes, salimos de Tangua para ir á Funes, pensábamos tomar colación en una casa situada en el camino; sea por no haberse recibido el aviso ó por otras causas imprevistas, nos encontramos que no se había preparado nada; algunos acompañantes se molestaron; pero el Ilustrísimo señor Obispo se rió del percance, y muy alegre continuó su camino; llegamos tarde á Funes, y á pesar de todo no omitió ni aceleró ninguna práctica de las acostumbradas al abrir visita. Podía referir á Vuestra Excelencia muchos casos como este.

»Apreciaba muchísimo el voto de pobreza, cuya virtud practicó sufriendo los efectos de ella con valor, resigna-

ción y heroísmo. Referiré algunos casos que presencié. Cuando el Ilustrísimo señor Obispo llegó á Pasto, me pidió dos Hermanos Legos para que le atendieran y cuidaran de su Palacio; no pasaron ocho días cuando se quedó con uno sólo, diciendo que era suficiente para formar la familia de un Obispo pobre; no necesito exponer la pobreza que reinó en aquel Palacio, el Hermano era y es muy amante de la pobreza y el Ilmo. P. Ezequiel no podía menos de sentir los efectos, sea en la comida, sea en el trato. No tomaba vino ni siquiera los domingos; decía con mucha gracia: «Las rentas no » llegan para tanto.»

» Todos los meses recibía la pequeña cantidad que le estaba designada como renta del Obispo; inmediatamente llamaba al Hermano Lego, le daba lo que éste calculaba que podía gastar durante el mes y entregaba todo lo restante á un prudente portero para que, según su parecer y atendidas las necesidades de los pobres lo fuese distribuyendo. Decía que con este proceder ganaba mucho, pues cumplía la obligación de hacer limosna; se libraba de ansiedades de conciencia apreciando bien ó mal las necesidades de los pobres que piden; y se ahorra el tiempo que le quitaban los que van á pedir. Aumentó las rentas á todos los empleados de la Curia eclesiástica; quedando las del Obispo sin alteración. No pudimos convencerlo de que debía aumentar las suyas. El Ilustrísimo señor Obispo de Panamá le dijo en mi presencia que tenía derecho, según las leyes de la República, y que debía cobrar más; pero él permaneció impertérrito con su exigua renta.

» Nunca llevaba dinero consigo, ni aun en los viajes, aunque yo le insté varias veces que debía llevar por si acaso nos separáramos por cualquiera avería ó contra-

tiempo en los trenes ó estaciones. No terminaría si hubiese de referir á Vuestra Excelencia cómo observó la pobreza en los viajes sin faltar á la dignidad Episcopal; privándose de visitar santuarios, hospedándose siempre que podía en Conventos pobres, sustentándose como un religioso sin acudir á restaurant, absteniéndose escrupulosamente de socorrer á parientes necesitados, y de otros mil modos que su amor á la pobreza le sugerían.

»El Ilmo. Sr. Fr. Ezequiel Moreno, Obispo de Pasto, se distinguió muchísimo por el celo con que defendió los derechos y doctrina de la Iglesia, y por la energía con que combatió los errores modernos. Por este celo santo, por esta virtud cuya práctica hoy día exige un valor superior, calumniaron mucho al Ilmo. Sr. Moreno, lo combatieron muchísimo, no solamente los enemigos de la Iglesia, los sectarios, los que llamándose católicos eran contrarios al Gobierno de la República, sino también no pocos católicos, espíritus débiles ó apasionados que no sabían concebir ni explicarse tanto valor, tanto celo, tanto desinterés en un Obispo. Aseguro á Vuestra Excelencia, sin temor de equivocarme, que en todas las determinaciones del Ilmo. P. Ezequiel, en sus publicaciones más ó menos enérgicas, no le dominaba pasión alguna, sino que el celo por las almas, el gran aprecio que hacía de su Deber Pastoral, el conocimiento que tenía de la malicia de los errores modernos, de la influencia de éstos en las costumbres de su Diócesis, cuya moralidad peligraba, y las circunstancias topográficas de su Diócesis, influían en el ánimo del Obispo y lo impulsaban ú obligaban á ser tan enérgico. Cuántas veces le oí exclamar: «¡Qué podré hacer para salvar la Diócesis! » ¡No quieren que escriba, quítenme la obligación que

» tengo de salvar estas almas! Dicen que soy fuerte, no
» me den ocasión, no me pongan en la necesidad de ser
» fuerte.» En verdad, el carácter, trato, conversación, etc.,
del Ilmo. P. Moreno no era duro, sino muy afable.

»Lo que más nos admiró á mí y á mis compañeros,
fué el dominio de sí mismo del Ilustrísimo señor Obispo:
jamás ni una sola vez se impacientó en nuestra presen-
cia; recibía noticias ofensivas á su persona; leía en
periódicos artículos calumniosos; le notificaban los dic-
terios, palabras soeces, injurias, etc., etc., que en hojas
impresas publicaban contra él, y lejos de irritarse ó
impresionarse, solía sonreírse. Algunas veces le oí decir:
«Si piensan que con estos escritos y publicaciones me
» han de molestar, incomodar y hacerme callar, están
» frescos; los compadezco por su ceguedad, pero conti-
» nuaré cumpliendo mis deberes.»

»La caridad del Ilmo. Sr. Moreno era grandísima, era
heroica, no solamente por las limosnas que hacía, como
antes referí, sino porque amaba á sus enemigos; á sus mis-
mos perseguidores no les tenía resentimiento, los perdo-
naba, y estaba dispuesto á favorecerlos cuanto le fuese
posible. Prueba de ello es el caso siguiente: Estaba el
Ilmo. P. Ezequiel haciendo la visita Pastoral en Ipiales,
ciudad muy próxima al Ecuador, fué visitado del Párroco
de Tulcán (Diócesis de Ibarra), quien le refirió que el
Gobierno del Ecuador estaba disgustado con el Obispo
de Ibarra con motivo de una Pastoral que éste había
publicado: sospechando el Ilmo. Moreno que el impío
gobierno ecuatoriano perseguiría al Obispo de Ibarra,
dijo en mi presencia al Párroco de Tulcán: «Ponga
» usted en conocimiento del Obispo de Ibarra, que la Dió-
» cesis de Pasto, su Obispo y cuanto éste tiene está á dis-
» posición del Obispo de Ibarra en cualquier caso que lo

» necesite ó le convenga.» Sucedió esto á fines de Julio ó principios de Agosto de 1897, cuya fecha significa mucho, como Vuestra Excelencia comprenderá, para probar la caridad del Ilmo. P. Ezequiel, Obispo de Pasto.

»Su adhesión á la Santa Sede no podía ser mayor: Era riguroso en la defensa de los derechos de la Santa Sede, y rayaba en escrupuloso cuando se encontraba con escritos ó dichos-conversaciones que parecían menoscabar la autoridad de la Iglesia. Del Supremo Gobierno de Bogotá recibió un comunicado en el que vió el Ilustrísimo señor Obispo ciertas frases que podían entenderse ó interpretarse en menoscabo de la autoridad de la Santa Sede; no se tranquilizó hasta que, escribiendo á Bogotá sobre el sentido de aquellas frases, obtuvo una contestación satisfactoria.

»Podía yo continuar escribiendo mucho más referente á otras virtudes que el Ilmo. P. Ezequiel Moreno practicó; v. gr.: su laboriosidad, que fué constante; siempre estaba ocupado, rarísima vez salía de Palacio, excepto el domingo, que por la tarde paseaba en el huerto de los Capuchinos ó en el claustro del Convento, y cuando los deberes del ministerio lo llamaban. Su penitencia, de la que nada digo por razón de la intimidad y confianza que con él tuve. Su rectitud de intención y delicadeza de conciencia en cualquiera asunto, aunque pareciera insignificante. Su desprendimiento de toda cosa terrena y aspiración á lo celestial. Su ninguna ambición, ni apego á dignidades, estando siempre dispuesto y pronto á renunciar su Diócesis si no pudiera trabajar en ella con fruto; ó si le parecía que otro mejor que él podía hacer mayor bien en las almas, pensamiento que, dada su humildad, le asaltaba é inquietaba no pocas veces. Pero

creo suficiente lo referido para los fines de Vuestra Excelencia.

»Dispénseme Vuestra Excelencia toda falta que en esta carta ó relación encuentre, y suplícole haga de ella el uso que crea conveniente.

»Besa el anillo de Vuestra Excelencia y pide su bendición su afectísimo servidor y atento Capellán,

»FR. ANGEL MARÍA DE VILLAVA,

» Definidor General de Capuchinos. »



APÉNDICE I

Últimas disposiciones del Ilmo. D. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz

« ¡ VIVAN JESÚS Y MARÍA !

I

EN EL NOMBRE DE LA SANTÍSIMA E INDIVIDUA TRINIDAD, PADRE, HIJO Y ESPÍRITU SANTO. AMÉN.

Yo, Fr. Ezequiel Moreno y Díaz, de la Orden de Ermitaños del Gran Padre San Agustín, Obispo, en la fecha, de Pasto, creo y confieso todas las cosas que nuestra santa Madre la Iglesia Católica ha propuesto como reveladas por Dios, ya lo haya hecho en juicio solemne, ya en su ordinario y universal magisterio.

Creo y confieso todas las apostólicas y eclesiásticas tradiciones; las Sagradas Escrituras en el sentido que las admite la Santa Iglesia Católica, y todas y cada una de las cosas que por los Concilios generales, y particularmente por el Tridentino y Vaticano, fueron definidas y declaradas, y en especial el primado é infalible magisterio del Romano Pontífice, en quien reconozco el Vicario de Jesucristo en la tierra y Pastor y Doctor de toda la Iglesia Católica.

Condeno todos los errores condenados, ya por los Concilios generales, en especial el Vaticano, ya por los Romanos Pontífices, y en especial los comprendidos bajo el nombre de liberalismo, y todos los señalados en el *Syllabus*.

No hago testamento, porque soy Religioso y nada tengo; haré, sin embargo, algunas explicaciones, para dar alguna claridad al que tenga que hacer arreglos después de mi muerte. Esa claridad resultará de los dos principios siguientes, admitidos comúnmente por todos los teólogos y canonistas:

- 1.º Lo que adquiere el Religioso es para su convento ó Religión.
- 2.º Lo que adquiere desde que es preconizado Obispo, lo adquiere para su Iglesia.

Según esos principios, digo:

Todo lo que señalo en el párrafo II hasta el número 11, me lo dieron cuando iba á ser Obispo, y porque lo iba á ser. Es fácil que algunas de las cosas me las dieran antes de la preconización, ó sea cuando era simple Religioso; pero no tengo certeza, y es de suponer me las dieron cuando ya se supo que estaba preconizado. Sí, lo recibí, todo lo que se dice en esos números hasta el 11, antes de ser consagrado, exceptuados el báculo, mitra preciosa y el pectoral con la esmeralda y el anillo pequeño con la piedra amarilla, que no recuerdo me los dieran antes de la consagración. La capa magna sí me la dieron después de consagrado. El anillo de amatista con los cuatro diamantitos en forma de cruz, tampoco recuerdo que los recibiera antes de consagrarme.»

II

«Cosas que tenía antes de venir á Pasto, como Vicario Apostólico de Casanare:

- 1.º El báculo que he estado usando, trabajado en Filipinas y regalo de mis religiosos, con la mitra preciosa de la misma procedencia.
- 2.º Una mitra que ha servido de aurifrigata con un corazón al frente.
- 3.º Tres anillos, uno con una amatista pequeña con una orla de perlitas, otro con una amatista un poco más grande con cuatro como pequeños diamantes en forma de cruz, y otro con una pequeña piedra amarilla.
- 4.º Un pectoral con una esmeralda en el centro, con el cordón verde con borla de hilo de oro.
- 5.º Un cáliz con su patena, del que me he servido en el Oratorio.
- 6.º Un par de sandalias blancas y otro de encarnadas ó rojas.
- 7.º Unas tunicelas blancas y otras rojas que valen poco.
- 8.º Una casulla bordada en oro, con estola y manipulo, y dos cíngulos, uno de hilo de oro y otro de seda roja con borlas de hilo de oro.
- 9.º Una capa magna, una muceta y una manteleta.
- 10.º Albas.
- 11.º Unos guantes blancos, otros rojos, otros morados, y dos pares de medias de seda blancas, uno de rojas y otro de moradas.
- 12.º Los libros siguientes:

- Teología moral*, de Palmieri-Ballerini; siete tomos.
Id. id., de Berardi; dos tomos.
Id. id., de Frasinetti; dos tomos.
Id. id., de Bucceroni; dos tomos en un volumen, más un tomo de casos de conciencia y otro de censuras y comentarios á la Bula *Apostolicae Sedis*.
Casus Conscientiae his praesertim temporibus accomodati; tres tomos.
Casus Conscientiae, Gury; dos tomos.
Casus De Matrimonio, Matharani; un tomo.
De visitatione ad Limina, Lucidi; tres tomos.
Derecho Canónico, De Angelis; cuatro tomos.
Procedimientos Eclesiásticos, Gómez y Lafuente; cuatro tomos.
Collectanea ad usum Secretariae; un tomo.
Collectanea: S. C. de P. F.; un tomo.
Witeli: *Apparatus juris*, un tomo, y *Dispensationes matrimoniales*, otro tomo.
Mach: *Tesoro de Sacerdotes*, un tomo, y *Catequista Orador*, otro tomo.
Lecciones sobre el Syllabus, Perujo; dos tomos en un volumen.
Chateaubriand; dos tomos.
Selva de materias predicables; un tomo.
Manual de Párrocos, Frasinetti; un tomo.
Deberes de los Eclesiásticos, Ricardi; un tomo.
Catecismo explicado, Mazo; un tomo.
De Herdt; tres tomos regalados con motivo de mi consagración.
Pontifical Romano, en un volumen, que tiene el sello del Arzobispo de Bogotá, quien me lo regaló cuando me consagró.
Sardá y Salvany; los tomos 4.º, 6.º, 7.º y 8.º
El alma devota, un tomo, y *El alma inflamada*, otro.
Meditaciones, Bouillièrre; un tomo.
Un Misal regalado con motivo de mi consagración episcopal.
Un juego de Breviarios; cuatro tomos. »

III

DE MI RESIDENCIA EN PASTO

«Todo lo que haya sobre lo apuntado, dado ó comprado, lo adquirí aquí, y por consiguiente es de esta Iglesia.

Tengo dos hermanitas pobres. No las he socorrido durante mi episcopado en Pasto, porque no he tenido para socorrerlas.

Todo lo he dado á los necesitados de aquí, excepto lo gastado en comer, y algo en vestido, pues traje bastante ropa de Bogotá. »

IV

«En el papel que queda adjunto con este, dejo unos apuntes que se pueden añadir á mis *Instrucciones* sobre la conducta que hay que observar con los liberales.

Confieso, una vez más, que el Liberalismo es pecado, enemigo fatal de la Iglesia y reinado de Jesucristo, y ruina de los pueblos y naciones; y queriendo enseñar esto, aun después de muerto, deseo que en el salón donde se exponga mi cadáver, y aun en el templo durante las exequias, se ponga á la vista de todos un cartel grande que diga: *El Liberalismo es pecado*.

Deseo y pido que me entierren con mi santo hábito religioso, como hijo de mi Gran Padre San Agustín, y que me sepulsen en tierra en la capilla del Santísimo de la Catedral. En lo demás, cúmplase lo que manda la Iglesia en el Pontifical sobre entierro del Obispo. En nada me puedo oponer á esa solemnidad, puesto que es ordenada por la Iglesia.

Pido perdón de mis faltas en el desempeño de mi cargo pastoral: primero, á Dios Nuestro Señor; segundo, á mi amado Clero; tercero, á todos los fieles del Obispado, y á cuantos haya ofendido en el curso de mi vida, ó en algo les haya perjudicado de alguna manera, ya sea por comisión, ya por omisión. A todos suplico rueguen á Dios por mi pobre alma.»

V

«Concluyo diciendo que bajo al sepulcro con la gran pena de ver que se trata de descatolizar á Pasto, y de que bastantes de los que se llaman católicos tienen ya mucho de liberales, siendo éstos los que más contribuyen á que el error progrese, y llegando á tal ceguedad que no ven la luz de la verdad católica que condena ese modo de obrar. Pobres ciegos, conducen á otros ciegos, y todos van cayendo en los hondos abismos del error.

La *Concordia*, tal como se ha entendido y practicado hasta ahora, ha sido una espantosa calamidad para la fe de estos pueblos. Comprendí los daños que vendrían con la *Concordia* desde un principio, y por eso protesté contra ella en el día mismo en que los liberales la proclamaban aquí, en una hoja suelta que dieron meses antes de posesionarse el Gobierno actual. No es posible que lobos y ovejas anden revueltos, sin que las ovejas reciban algún daño, sin un milagro de primer orden. Y creo que uno de los venenos más activos y eficaces con que cuenta el infierno, es la mezcla de la verdad y del error, de lo bueno y de lo malo. Y este veneno es el que están tomando muchos, y dándole á tomar á otros, y van

muriendo los que lo toman á la verdad y á la virtud, con daño indecible para el Catolicismo.

Yo he gritado contra ese mal, y aun he sufrido por gritar. No me arrepiento de haber gritado. Si en este punto tengo que arrepentirme, será el no haber gritado más.

La fe se va perdiendo; el liberalismo ha ganado lo indecible, y esta espantosa realidad proclama, con tristísima evidencia, el más completo fracaso de la pretendida *concordia* entre los que aman el altar y los que abominan el altar, entre católicos y liberales.

No cabe la tal *concordia* sin perjuicio del Catolicismo. Llegará pronto el tiempo en que desaparezca esta alianza aparente, y para vergüenza y castigo de los católicos que se han dejado engañar, no serán ellos los que lancen de sí á los liberales, sino que serán los liberales los que lancen á ellos.

Firmo todo lo que precede en Pasto, á seis de Octubre de mil novecientos cinco.

FR. EZEQUIEL,
Obispo de Pasto.»



APÉNDICE II

CUANDO el P. Alberto Fernández, después de la muerte del Ilmo. P. Ezequiel, volvió á Pasto, por orden de los Superiores, con objeto de traer datos para la biografía, tuvo en aquella ciudad la idea feliz de procurar se abriese una información acerca de la vida y virtudes del difunto señor Obispo. El Muy Ilustre señor Vicario Capitular, que como tal ejercía la autoridad eclesiástica, acogió la idea que se concretó en el siguiente interrogatorio:

« Circular n.º 4.

Diócesis de Pasto. — Vicaría Capitular.

Pasto, 22 de Enero de 1907.

SEÑOR:

Hállase entre nosotros el R. P. Alberto Fernández, Agustino Recoleta, con el objeto de recoger datos referentes á la vida del que fué nuestro esclarecido Obispo, Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. don Fr. Ezequiel Moreno y Díaz.

Por la nota fechada el 14 de los corrientes que me dirige el mencionado P. Alberto, y por los documentos que me ha presentado, se ve que viene comisionado por los Superiores Generales de Agustinos Recoletos, quienes desean publicar una biografía completa de su bien amado hermano, nuestro sentidísimo é inolvidable Prelado.

Echase de ver, desde luego, la conveniencia de la referida publicación, porque ella servirá para honrar, de modo merecido, la venerada memoria del Ilmo. Sr. Moreno; para difundir el bien,

dando á conocer por todas partes su vida verdaderamente apostólica; para confundir una vez más á sus enemigos, enalteciendo los méritos del difunto Obispo; y por último servirá de ocasión propicia para satisfacer nuestro filial amor y demostrar nuestra gratitud al Pastor incomparable que dió su vida, como bien podemos decirlo, por la grey que había apacentado con tanto esmero y con abundancia de doctrina y ejemplos.

En atención á esto me dirijo á usted encareciéndole se digne proporcionar cuantos datos conozca que puedan convenir al mencionado fin; entre otras cosas sírvase contestar á lo siguiente:

1.º ¿Qué concepto le merece la personalidad del Ilmo. Sr. Moreno considerada tanto bajo el aspecto público como el privado?

2.º ¿Le parece á usted que el Ilmo. Sr. Moreno supo llenar de manera cumplida sus deberes de Obispo en el gobierno de la Diócesis de Pasto?

3.º ¿Cómo aprecia usted la administración de los bienes materiales de la Diócesis pastopolitana durante el tiempo del Ilustrísimo Sr. Moreno?

4.º ¿Qué juicio ha formado usted de las virtudes, tanto individuales como de las que pudiéramos llamar episcopales del Ilustrísimo Sr. Moreno, y en cuál de ellas le parece haber sobresalido?

5.º ¿Conoce usted algún rasgo edificante, sea de la vida pública, sea de la vida íntima del Ilmo. Sr. Moreno?

6.º ¿Posee alguna carta ú otro documento del Ilmo. Sr. Moreno, en los cuales se encuentre algo digno de darse á saber, ó que descubra su carácter, su espíritu y virtudes? En caso afirmativo, ¿podría facilitar tales documentos autógrafos, ó, por lo menos, copia de ellos?

Debe dirigir la contestación, lo más pronto posible, al Reverendo P. Alberto Fernández al Convento de Reverendos Padres Capuchinos de esta ciudad. El R. P. Fernández está obligado á guardar absoluta reserva sobre lo que se le comunique: por consiguiente, puede emitir su opinión con entera libertad.

También sabemos que se desea publicar una colección íntegra de los escritos del Ilmo. Sr. Moreno, y como es deber nuestro contribuir á tan laudable propósito, le ruego ayude, en la forma que esté en sus facultades, para las dichas publicaciones.

Dios guarde á usted.

RAFAEL CHAVES. »

Contestaron no pocos curas Párrocos de la Diócesis, Superiores y Superiores de varias Ordenes religiosas y otras personas muy respetables. Guardamos cuidadosamente todas las contestaciones, después de habernos servido algunas de ellas para escribir la biografía, y hemos creído un deber especial de

gratitud y justicia, en obsequio del señor Vicario, copiar íntegra su respuesta, que es como sigue:

«R. P. ALBERTO FERNÁNDEZ, AGUSTINO RECOLETO.

»*Presente.*

»Me es grato corresponder á la comunicación de Vuestra Reverencia en los términos siguientes:

»La observación atenta y constante de la vida del Ilustrísimo y Rmo. Sr. Moreno, me permitió formar concepto fundado de las virtudes cristianas del preclaro Obispo pastopolitano.

»Tan encendido fué su amor á Dios, que cuando hablaba de las ofensas de los hombres contra la Divina Majestad, no podía contener el llanto. Pero en lo que más se dejaba ver su amor para con Dios, era en el deseo de imitar en su vida á Jesucristo, modelo ejemplar de todas las virtudes. Como si hubiese querido estudiar incesantemente á Jesucristo para mejor imitarlo, dejó sus habitaciones cómodas y salubres y se redujo á un aposento estrecho y enteramente ingrato que hizo construir junto al oratorio episcopal. De este aposento pasaba á menudo al oratorio, donde se entregaba á la oración hasta avanzadas horas de la noche, según me lo ha asegurado uno de los sacerdotes de la confianza del Prelado, persona que lo acompañó muchos años.

»En este frecuente trato con la Majestad de Dios, recibió indudablemente el Sr. Moreno aquel espíritu sacerdotal que aparecía en cada uno de sus actos. Siempre se manifestó expedito, animoso, infatigable cuando se trataba de empezar, continuar y llevar á cabo alguna obra que había de redundar en gloria de Dios ó en provecho de las almas.

»Como quiera que el espíritu de Nuestro Señor Jesucristo es enteramente opuesto al espíritu del mundo, el Ilmo. Sr. Moreno huía de todo cuanto apetece éste, y con toda diligencia, con sumo cuidado vigilaba para que no penetrase el mundo en su palacio. Las personas que le acompañaban aseguran que la madre más amorosa no cuida de sus hijos con mayor celo que el Sr. Moreno cuidaba hasta del portero de su casa. Acordándose, sin duda, de aquello del Eclesiástico (cap. XIX): *Vinum et mulieres apostatate faciunt*, alejó toda ocasión de que penetrasen mujeres en su palacio, sin gravísima causa. Por lo mismo, amaba la soledad, y no le veían sus diocesanos sino en el altar, en el púlpito ó ejerciendo las augustas funciones de su ministerio.

»Todos saben con cuánto fruto trabajaba el Sr. Moreno por la santificación de sus cooperadores y de los demás fieles. Con santa

destreza se insinuaba hasta en el fondo del espíritu más desconfiado; para lo cual estudiaba prudentemente la naturaleza, la índole, el carácter de cada uno, y de esta manera sabía cuándo debía de mover con el resorte de la mansedumbre, ó con el de la recompensa ó del temor. Todo cuanto poseía estaba á disposición de los menesterosos.

»Con invicta fortaleza, con peligro de la misma vida defendió los derechos de Dios, de la religión y de la conciencia. Nunca olvidó, sin embargo, de alumbrar y dirigir su celo con el faro de la prudencia.

»El amor de Dios y la caridad para con el prójimo le movieron á predicar con frecuencia y con gran fruto. En el cumplimiento de este deber, no se le oyó jamás ni una alusión siquiera á su propia persona. Sólo predicaba á Jesucristo, y por lo mismo, los oyentes pensaban más en la reforma de la vida que en tributar elogios al predicador. Grande era, pues, el fruto de sus predicaciones en este pueblo que tenía concepto elevadísimo de las virtudes de su Pastor.

»El Ilmo. Sr. Moreno era hombre de trabajo. En los años, no pocos, que le acompañé como Vicario General, jamás le vi desocupado. Jamás le sobró un instante del precioso don del tiempo, para emplearlo en otra cosa fuera del servicio de Dios y cuidado de la Grey que tenía á su cargo. Fruto de su consagración al trabajo era aquella erudición vastísima, variada, que mostró siempre en sus predicaciones y en sus escritos, en las conferencias eclesiásticas y aun en la conversación familiar.

»En toda ocasión se dejó conocer el Ilmo. Sr. Moreno como persona sumisa y obediente á la autoridad de la Iglesia y al Gobierno secular. En vano el Liberalismo, enemigo jurado del Prelado pastopolitano, le acusó de insubordinación á la autoridad laica y le procuró desabrimientos y mortificaciones por parte de la misma autoridad: el humildísimo Prelado declaró siempre que acataba todo cuanto viniera de la autoridad legítima, con tal que no estuviera en pugna con las leyes de la Iglesia; y muchas veces le oímos repetir lo de San Pablo á Timoteo: «Recomiendo ante todas cosas que se hagan súplicas, oraciones, rogativas, acciones de gracias por todos los hombres, por todos los constituidos en alto puesto á fin de que tengamos una vida quieta y tranquila.» (I Tim., II.)

»Efectivamente, en varias ocasiones se presentó con aquella calma, con aquella dignidad y noble actitud que le eran peculiares á los más airados perturbadores, y logró apagar la llama de las disensiones; pues mucho importa, decía, conservar intacta la herencia de paz que Jesucristo nos dejó.

»En lo que precede he procurado decir mis observaciones acerca de lo edificante de la vida del Ilmo. Sr. Moreno mientras fué Obispo de Pasto.

»Ahora añado breves observaciones acerca del modo como el eximio Prelado administró los bienes de la Diócesis.

»Una de las cosas á que se aplicó el Ilmo. Sr. Moreno con especial cuidado, fué la administración de los bienes de la Iglesia. Como la única entrada apreciable consiste en la renta decimal, el mismo Prelado examinaba las cuentas de la Tesorería y exigía que se le diese informes frecuentes de la marcha de esta importante oficina. Aleccionado por triste experiencia, prohibió que se diesen á mutuo los pocos fondos sobrantes en cada año, como antes se hacía con notable perjuicio de los bienes eclesiásticos, y ordenó que cuando algo sobrase se distribuyera como auxilio á las iglesias más pobres y á la fábrica de la basílica del Sagrado Corazón de Jesús en Pasto.

»La construcción de un templo que sirviera de Catedral se imponía como una necesidad imperiosa; pero como quiera que los fondos sobrantes no podían bastar para tan costoso edificio, el Sr. Moreno imaginó la manera de aumentar sus fondos, y empleó una importante suma en el establecimiento de una fábrica destinada á producir luz eléctrica y á moler granos.

»Con su presencia estimulaba diariamente á los trabajadores, y no les escaseaba propinas. La empresa tuvo un éxito feliz, la ciudad quedó iluminada conforme exigía ya su categoría de Capital de la Diócesis y del Departamento, y quedó establecida una nueva entrada que totalmente se destinó á la construcción de la expresada basílica.

»Empero, andando los tiempos, tenían que llegar á precio altísimo los materiales de construcción, es decir, el ladrillo y la cal.

»Entonces concibió el Sr. Moreno la excelente idea de adquirir un vastísimo bosque situado á poca distancia de la ciudad, el cual suministrara suficiente madera para quemar material. La Iglesia compró un bosque á precio muy cómodo, y compró también las mejores caleras de la cercanía, para que no llegase nunca á parar el trabajo. Todos estos fondos y la administración del Establecimiento de luz eléctrica, molinos y hornos de ladrillo y cal, los confió el inteligentísimo Prelado á un hombre de buena conciencia y de grande actividad, el Sr. D. Moisés Martínez, quien ha conservado en todo la organización emanada del Sr. Moreno. Los trabajos del nuevo templo siguen con relativa celeridad, con grande economía y sin interrupción. En manos del Sr. Martínez ha prosperado la obra del gran Prelado pastopolitano.

»Firmo la presente exposición en Pasto, á diez y ocho de Febrero de mil novecientos siete.

»Hay un sello.

»RAFAEL CHAVES.»

APÉNDICE III

ACABA de salir á luz, editada por Herder, una nueva biografía del Sr. Schumacher. Está escrita en alemán y hemos rogado á nuestro buen amigo D. José Fernández Montaña, Auditor de la Rota, que la hojease y tuviera á bien decirnos lo que referente al Ilmo. P. Ezequiel hubiese en la obra. Deferente aquel señor á nuestra súplica, nos dice en atenta carta de 5 de Diciembre de 1908: «Van esas cuartillas vertidas y sacadas de la consabida biografía alemana del Obispo de Portoviejo, Sr. Schumacher: la traducción es fiel y casi literal; y mucho celebraré que le pueda servir de algo para la de nuestro celosísimo é integérrimo señor Obispo de Pasto.»

«En la vida del apostólico varón Pedro Schumacher, Obispo de Portoviejo, en el Ecuador, compuesta por L. Dautzenberg C. M., impresa con la licencia eclesiástica de la competente autoridad del prelado de Regensburg (1908), no se habla del insigne Obispo de Pasto, sino muy accidentalmente, hasta la página 538. Allí hay una carta escrita en Pasto, fechada en 23 de Septiembre, año de 1896, donde el misionero Obispo de Portoviejo dice casi literalmente: «Querido Enrique (es su hermano): Esta vez te escribo desde otra ciudad, esto es, desde Pasto, Sede episcopal de este país. Acá he venido para imprimir un escrito pequeño, cosa que aquí se puede hacer. El nuevo Obispo (Fr. Ezequiel Moreno Díaz, sucesor del Sr. Caycedo), varón prudente y muy celoso, había publicado una carta Pastoral, donde tomó la defensa de los capuchinos valerosamente y la mía propia contra las calumnias de los periódicos liberales del Ecuador. Con lo cual ya no he podido yo callar por más tiempo, sino manifestar en corto escrito mi agradecimiento á tan dignísimo señor y á los moradores de esta región, por el bien que nos dispensaron, y al propio tiempo estrechar entre mis brazos al referido Prelado.»

»Después refiere que también allí los malos conspiran con el

apoyo de la prensa del Ecuador; pero que los planes fueron descubiertos, y no se dió el golpe dispuesto para el 10 de Septiembre. Luego apunta la distancia y circunstancias del viaje desde Túquerres hasta Pasto, y describe con referencias interesantes la ciudad susodicha, sus 20.000 habitantes y los alrededores con la gente dispuesta siempre en buen sentido y aun á tomar las armas.

»En la página 569 y en nota se escribe: «Del Obispo de Pasto hay un opúsculo publicado en 1897, titulado: *O con Jesucristo, ó contra Jesucristo*, y en Noviembre del mismo año dió á luz el Obispo Schumacher otro dedicado al señor Ordinario de Pasto, con este título: *El Liberalismo confundido, con sus doctrinas falsas y sus obras malas*. Con seis capítulos en preguntas y respuestas, demuestra ser el liberalismo sistema falso, perverso, enemigo de la Iglesia, del pueblo y de la sociedad; indica los artificios y pretextos que emplea en su hostilidad á la Iglesia, como sus obras lo prueban: lo que da de sí un espíritu dominado de Liberalismo, y lo que se ha de hacer contra él.»

»También indica en otra carta al mismo (Enrique), fechada en Samaniego, 2 de Noviembre de 1897, «tener deseos vivos de visitar al *buen Obispo de Pasto*, que se halla aquí en Colombia en situación semejante á la mía en Manabí. Mucho tiene que pelear y necesita ánimo y alientos...»

»Este Prelado y los Padres me invitaban y querían que permaneciese más tiempo en Pasto, hasta que los sucesos pasasen; pues que allí no había tanto peligro y ofrecían seguridad las tropas de guarnición.

»En la página 576, en carta de Samaniego, á 24 de Febrero de 1898, escribió así: «Nuestro buen Obispo de Pasto se halla ahora en grande apuro por faltas continuas de algún clero, y debo yo de buen grado ayudarle en el apacentar á su rebaño abandonado. El valeroso Prelado está siendo ahora aquí el blanco de los escarnios y las calumnias por parte de francmasones y liberales del Ecuador; ya por habernos recibido, y ya por los certeros golpes que en sus disposiciones y cartas pastorales descarga contra los enemigos de Dios y de la Iglesia...» Porque también aquí en Colombia abundan, y no poco, semejantes gentes.

»El misionero Obispo Schumacher tornó á Pasto, donde fechó nueva epístola dirigida á su hermano Enrique, á 23 de Junio de 1898, y en ella menciona, como siempre, con justo encomio al Prelado agustino de aquella Diócesis. Habla de las religiosas franciscas, diciendo de ellas que tienen tres residencias en la misma diócesis, pero que sufren persecución continua de los liberales y masones, «mas por dicha y fortuna vive en Pasto nuestro heroico Obispo, á quien hoy en día acechan y temen los enemigos de la Iglesia. La cual en los tiempos presentes en ninguna parte se halla sin luchar y combatir.»

»El 6 de Agosto de 1898, escribiendo desde Samaniego el des-

terrado Schumacher á su querido hermano (página 594) Enrique, le dice: «Nuestro valiente Obispo ha salido para Roma y no estará de vuelta, sino poco antes de año nuevo: mucho daño le causaron los enemigos de la Iglesia: vive en su palacio como un anacoreta: tiene de cocinero un hermano capuchino, que es también portero y custodio de todo su servicio. Yo le estoy muy agradecido por la enérgica defensa que hizo de nosotros contra las calumnias liberales, y más de una vez me ofreció dinero, cuando pudiera necesitarlo. Al tornar acá de Roma queríamos los del pueblo, y yo con ellos, recibirle solemnemente y en debida forma con la banda de músicos é instrumentos que el Sr. Döring nos ha traído, ofreciéndose á dirigirlo todo y hacerlo muy bien.»

»El 2 de Junio de 1899 escribe también á su hermano Enrique desde Samaniego, diciéndole: «Desgraciadamente el buen Obispo ha tenido que pasar en su viaje por graves pruebas; de los tres hermanos que trajo consigo se le murieron dos en el camino, y el tercero, sacerdote, muy poco antes de llegar al puerto; y él mismo llega muy enfermo, de modo que se vió obligado á meterse en cama, y lo mismo dos presbíteros que vinieron en su compañía. En Túquerres no se pudo hallar médico alguno, debiendo nosotros mismos hacer de tal, y con la ayuda de Dios podrá el buen Señor continuar su viaje á Pasto. Allí se le hará solemne recibimiento, ya que en Roma logró y obtuvo buen resultado contra los liberales, por más que con el apoyo del gobierno del Ecuador le pusieron y prepararon hartas dificultades y tropiezos. Este dignísimo señor me dijo que no habían querido en Roma admitirme la dimisión, para en ningún modo complacer al gobierno del Ecuador.»

»Dice también el autor, que el Obispo Schumacher, en carta de 25 de Diciembre de 1898, habla de la vuelta del Obispo de Pasto en estos términos: «Llegó ayer de Pasto el hijo de María Moreno, y refiere que los radicales han propalado hallarme yo en Cumbal por causa de disputas ó litigio; y que el Obispo de Pasto y mi pequeñez somos los únicos culpables de la total revolución. Además, que el Obispo Moreno había llegado á Panamá, donde se encontró con orden del Padre Santo, mandándole volver á Roma inmediatamente. Siempre la misma Serpiente antigua: siempre el mismo rumor esparcido: tan pronto me dan marchando á Roma, como ahogado en Panamá: otras veces me fingen llamado del Papa para residenciarme por el inventado robo de 40.000 pesos del tesoro de Montecristo. Cosa chocante: los enemigos de la Iglesia siempre hablando en la misma forma propia suya.»

»En las siguientes cartas escritas á su familia, hermano, hermana, sobrina y cuñada, no parece mencionar á nuestro P. Ezequiel, sino muy de pasada, y no veo cosa más interesante en este libro. (*Biografía del perseguido y desterrado Obispo ae Portoviejo.*)

» JOSÉ F. MONTAÑA. »



APÉNDICE IV (1)

Casos extraordinarios de conversiones y curaciones

CUANDO aun vivía en la tierra el Ilmo. P. Ezequiel Moreno, llevadas muchísimas personas del alto concepto que de sus virtudes tenían, se encomendaban en sus oraciones con grande confianza; y desde que murió con muerte tan preciosa á los ojos de Dios y de los hombres, no pocos de sus admiradores le hemos invocado, experimentando su protección. Referiré algunos de esos casos.

1.º

Escribe el P. Alberto Fernández que cuando los Superiores le enviaron á Colombia á fin de que recabase datos para esta Biografía, una mujer sabedora de la misión que le habían confiado, se le presentó en el confesonario, y le dijo, autorizándole para que lo publicase: «Yo llevaba una vida bastante desarreglada (aun cuando

(1) Estaba anunciado para este Apéndice IV *Uno de los sermones del Ilmo. señor Fr. Ezequiel Moreno*. Perdónesenos que no cumplamos aquí lo anunciado, pues hemos tenido en cuenta: 1.º, que la predicación de varones apostólicos es más para oída que para leída, y 2.º, que el Ilmo. P. Ezequiel, aunque rara vez dejaba de escribir sus sermones, solía hacerlo compendiosamente, ampliando luego en el púlpito las ideas conforme á las circunstancias. Esto hace que entre sus muchos discursos apenas haya alguno que otro que pueda decirse completo. Así y todo, son muy apreciables, viéndose en todos sólido razonamiento, maravilloso enlace y oportunísimas y abundantes citas de la Sagrada Escritura. Tal vez con el tiempo se publiquen sus no pocos y bien armados esqueletos de sermones y otras varias piezas oratorias más ó menos acabadas.

no públicamente), había hecho esfuerzos por salir del pecado, y al efecto me confesé varias veces con propósito firme de no volver á pecar, pero continuaba, á pesar mío, en mi mala vida. Triste y sin consuelo, hice promesas, novenas, etc., sin que nada me aprovechase, pues reincidía, perdiendo ya la confianza de poder enmendarme. Conocí al Ilustrísimo señor Obispo de Pasto, y oyéndole predicar dos veces formé una idea muy alta de su santidad. Al saber su muerte hice el propósito de confesarme y aplicar la comunión por él, suplicándole me alcanzase la gracia de la pureza. Desde ese día, aun cuando he sido tentada, he podido resistir á la tentación, y no he vuelto á caer.» Se sabe, por noticias posteriores, que continúa haciendo una vida ejemplar.

2.º

En cierta población de Colombia enfermó gravísimamente uno de los más adictos al radicalismo sectario, y como era cristiano, es decir, bautizado, y su familia muy católica, se trató de que se confesase, pero él rechazaba los sacramentos. Una señora, conocida del enfermo, que había conocido y también era devota del Ilustrísimo P. Ezequiel, pensó que el Señor quería hacer un milagro por la intercesión de aquel Obispo santo. Tomó un objeto piadoso que había sido de uso del P. Ezequiel, entró en la habitación del moribundo, y al punto dijo éste que quería confesarse. Lo hizo, abjuró sus errores y murió como buen cristiano.

Refiriendo yo ese caso en Madrid no hace mucho á las Hermanas de la Esperanza, que se dedican al cuidado de los enfermos, dijo una de ellas: «Precisamente tiene servidora un enfermo á quien no se puede traer á mandamiento para que se confiese. ¡Oh, si el P. Ezequiel nos alcanzara esa gracia!» Y el enfermo se ha confesado varias veces, y ha muerto estrechando entre sus manos las del confesor.

3.º

«Una religiosa Betlemita de Pasto, dice también el P. Alberto, sufría fuertes y casi continuos dolores al corazón. Cuando yo estuve allí, á principios del año 1907, me pidieron algo del P. Ezequiel, y recuerdo que les dí un pedacito de la túnica con que había muerto. La referida religiosa se lo aplicó adonde sentía el dolor, é inmediatamente desapareció éste, sin que, al menos en el tiempo que yo estuve en aquella ciudad, volviese á reproducirse.»

4.º

En el periódico *La Tradición Navarra*, de Pamplona, se dió noticia, reproducida después por *La Semana Católica*, de Madrid, el 16 de Mayo de 1908, del siguiente caso: «Una Hermana lega del Convento de Agustinas Recoletas de Pamplona, enferma con fiebres muy altas y persistentes que la tenían imposibilitada para dedicarse á trabajo alguno, hasta el extremo de que era llevada del brazo por otra Hermana cuando había de acercarse á recibir la Sagrada Comuni3n, decidió, de acuerdo con la Comunidad, hacer una Novena al Sagrado Coraz3n de Jesús, pidiéndole su curaci3n por intercesi3n del que fué R. P. Ezequiel, Agustino, natural de Alfaro y virtuoso Obispo de Pasto (Colombia), que hace unos dos años falleció en olor de santidad. El mismo día que dió fin á la Novena sintióse repentinamente bien y sin fiebre alguna la enferma; comprobándolo así el médico que por espacio de muchísimo tiempo venía asistiéndole sin poder conseguir ningún alivio. Tan radical ha sido la curaci3n, que desde el mismo día en que tuvo lugar se dedicó á los trabajos propios de su estado en el Convento, y continuó realizándolos, muy contenta y dando gracias á Dios por tan señalado favor.»

5.º

Con el modesto título de «Aliviada de repente» publicó la revista *Santa Rita y el Pueblo cristiano*, en su número correspondiente al 22 de Noviembre de 1908, la siguiente carta:

«SEÑOR DIRECTOR DE LA REVISTA *Santa Rita*:

»A consecuencia de la pérdida de un ser querido y de las consiguientes amarguras y desengaños que he tenido que devorar, se me fijó un dolor grande en el corazón, haciéndome sufrir mucho y pasar la mayor parte de las noches sin reposar ni dormir, con temores de quedarme algún día muerta de repente y sin tiempo para nada.

»Uno de los días, viéndome tan enferma que me sentía morir, le dije con gran fervor á la Santa de los Imposibles: «Santa Rita, » Santa mía. Tú ves mi pena y mi soledad en mi viudez, como tú » la sufriste, sin tener más amparo que el favor que tú me alcances » de Dios» y me puse á llorar confiada en mi santa abogada. En esto llegó la revista *Santa Rita*, y me puse á leer los favores grandes que la Santa dispensa, más un gran favor que traía la revista

y que se creía concedido por la intercesión del muerto en olor de santidad, Ilmo. Sr. D. Fr. Ezequiel Moreno. Con gran trabajo púseme de rodillas y pedí á Dios, por la mediación de ambos, que se me calmase el dolor que sentía en el corazón, pues no sentía el morir, pero deseaba que no fuese de repente, como sucede con frecuencia en este país (Filipinas) á los que padecen del corazón, cosa que yo tanto temía, pues llevaba sufriendo más de ocho años.

»Haciendo esfuerzos por sostenerme de rodillas estuve cosa de un cuarto de hora, y no sé si sería ilusión, pero creí que tanto Santa Rita como el P. Ezequiel me hablaban y me decían que lo tenía concedido. El caso es que me sentí de repente sana y buena, y de eso hace ya unos seis meses, sin que me haya resentido lo más mínimo, y conste que yo no tomé ninguna medicina y que sí fervorosamente y muchas veces lo pedí á Santa Rita, el favor lo recibí en el momento de invocar al gran devoto del Corazón de Jesús, Ilmo. Sr. D. Fr. Ezequiel Moreno.

»M. G. DE B.

»*Manila, 29 de Septiembre de 1908.*»

La carta, muy bien extractada en cuanto á la substancia, por más que para publicarla en la revista haya tenido que hacer su Director alguna pequeña variante de forma y corrección de estilo, dice textualmente al final y por lo que respecta al caso: «*También le digo, mi Padre querido, no sé á quién debo este favor; yo le pedí mucho á Santa Rita, pero si le digo de verdad, le pedí más al P. Ezequiel Moreno, yo lo cuento tal como me pasó.*»

6.º

También en el periódico *La Tradición Navarra*, de Pamplona, número 4.576 — fecha 12 de Enero de 1909 — leemos lo que sigue: «Otra vez el nombre del célebre Obispo de Pasto viene á despertar nuestro entusiasmo y á excitar en nuestra alma sentimientos de admiración y simpatía. La Omnipotencia divina, que tan pródiga se muestra siempre en honrar y vindicar la memoria de los héroes de la religión, ha escogido de nuevo al P. Ezequiel como instrumento de sus glorias y pregonero de sus bondades y gracias. — A las varias curaciones que la piedad cristiana reconoce obtenidas por la mediación de aquel esclarecido siervo del Señor, hijo nobilísimo de la Orden Agustiniiana, nos complacemos en añadir hoy otra no menos sorprendente.

»Doña Jesusa Izco, excelente señora católica, natural de San-

güesa y domiciliada en Pamplona, ha sido la persona favorecida por la señalada protección del sabio y santo Agustino Recoleta. Víctima aquélla de cruel enfermedad desde mediados de Octubre último, padecía intensos dolores que se le habían fijado en el corazón. Postrada en cama, sin consuelo al ver el sesgo peligroso de su dolencia y la poca esperanza que podía inspirarle su lamentable situación, dispuso la Providencia que llegase á sus manos un número de la revista *Santa Rita y el Pueblo Cristiano*, en la que se hacía relación de un milagro atribuido al P. Moreno, religioso insigne muerto en olor de santidad hace ya dos años.

»Con la mayor confianza y notando que sus dolores iban en aumento sin encontrar modo alguno de calmarlos, se acuerda que tiene una medallita que había sido del referido Padre, y encomendándose á él con fervor, la toma llena de fe y la coloca sobre su corazón, pues allí se había concentrado el dolor y la fuerza de la enfermedad. El efecto no se hizo esperar: durmióse inmediatamente la enferma con tanta tranquilidad que descansó toda la noche sin molestia alguna, notando al despertar que los dolores habían desaparecido por completo, sin que hayan vuelto á reproducirse ni la paciente haya sentido nada en el mes que ha transcurrido desde que se realizó su rapidísima curación.»

7.º

Nadie me ha contado ni en ninguna parte he leído el caso que, tan escuetamente como me sea posible, voy á referir. Era el día 9 de Septiembre del año próximo pasado de 1908: á eso de la una y media de la tarde sentí de improviso fuertísimos dolores al bajo vientre, y como desde hace algún tiempo tengo un padecimiento herniario, supuse que había sufrido una estrangulación. Ello es que la fuerza del dolor me dejó muy encorvado, y no podía ponerme derecho, ni podían mis familiares echarme en la cama. La situación se agravaba por momentos, sobrevinieron vómitos y descomposición, llamaron al médico y con su anuencia, aunque á petición mía, me confesé, disponiéndose todos á traerme el Viático de mi Oratorio, pues la urgencia no daba tiempo para más. El P. Alberto Fernández se acordó entonces de que llevaba en la cartera la estampa del Sagrado Corazón de Jesús que el P. Ezequiel tuvo en sus manos y besaba á la hora de la muerte: no sin trabajo, porque estaba sosteniéndome con sus brazos en mi agonía, sacó la estampa, me advirtió la procedencia, la acercó á mis labios, yo, según me acuerdan, dije: *Ezequiel, ora pro me*, é instantáneamente desaparecieron aquellos terribles dolores y quedé fatigado, sí, pero completamente bien, pudiendo levantarme aquella misma tarde.

El médico Dr. D. Carlos Fernández Congosto, cuya firma lega-

liza el Notario de esta Ciudad D. Eduardo Ortega, dice en su certificación: «D. Carlos Fernández Congosto, Doctor en Medicina y Cirugía, con ejercicio en la Ciudad de Sigüenza, certifico: que el día 9 de Septiembre de 1908 fuí llamado para asistir al Ilustrísimo señor Obispo de esta Diócesis, Fr. Toribio Minguella y Arnedo, quien padecía una estrangulación herniaria con agudísimos dolores en la región inguinal del lado afecto, hipotérmica, pulso filiforme, etc. La inminencia de un funesto desenlace fué tal, que se aconsejó le fuesen administrados los auxilios espirituales. Después de confesado le dieron á besar una estampa que había pertenecido al Ilustrísimo señor Obispo de Pasto (Colombia), Fr. Ezequiel Moreno Díaz, y los dolores desaparecieron instantáneamente (á pesar de que la hernia continuaba sin poderse reducir), con lo cual pudo ser instalado en su lecho el ilustre enfermo, donde merced á un tratamiento adecuado pudo reaccionar, reduciéndose espontáneamente la hernia una hora después.

»Y para que pueda hacerse constar donde convenga, á petición del Ilustrísimo señor Obispo de Sigüenza, Fr. Toribio Minguella, expido la presente, que firmo en Sigüenza á 20 de Diciembre de 1908.
CARLOS FERNÁNDEZ CONGOSTO.»

De otras varias curaciones obtenidas por la mediación, ó al menos invocando al Ilmo. P. Ezequiel, nos hablan la citada revista *Santa Rita y el Pueblo cristiano*, de Granada, *El Apostolado Doméstico*, de Manizales (Colombia), *Tierra Santa*, de Medellín, y otras publicaciones católicas. Hoy por hoy nos parecen bastantes los casos referidos en confirmación del concepto de santidad en que es tenido nuestro biografiado el Ilmo. señor D. Fr. Ezequiel Moreno Díaz, religioso de la Orden de Descalzos del Gran Padre San Agustín, Vicario Apostólico de Casanare y Obispo de Pasto, en Colombia, cuyo cadáver está sepultado en la iglesia de nuestro Colegio de Monteagudo (Navarra), bajo una lápida que dice:

HIC JACET ILLMUS. ET RDMUS. DOMINUS

F. EZEQUIEL MORENO DÍAZ

HUJUS COLLEGII FILIUS AC RECTOR EPISCOPUS PASTOPOLITANUS IN COLUMBIA SCIENTIA CLARUS VIRTUTE CLARISSIMUS CATHOLICAE VERITATIS PROPUGNATOR STRENUUS EX HAC DOMO AD SUPEROS EVOLAVIT DIE XIX AUGUSTI ANNI MCMVI — OREMUS PRO EO VEL IPSE PRO NOBIS ORET

¡Ojalá que pronto se borre el *Oremus pro eo* — roguemos por él — y quede perpetuamente el *ipse pro nobis oret* — él ruegue por nosotros. — Amén.

FIN

FE DE ERRATAS

<u>Pág.</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Debe decir</u>
448	29	fundando	entrando en
448	33	compuso	adoptó

NOTA. — El sello que va estampado en la portada es el que usaba el Ilmo. P. Ezequiel.

ÍNDICE

PRÓLOGO	V
PRELIMINARES: Dos patrias. — La Orden Agustini- niana. — Reforma. — Fundación de colegios para las misiones de Filipinas. — Alfaro. — Descripción topográfica é histórica	IX

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Nacimiento y bautismo de Ezequiel. — Sus padres y hermanos. — Edu- cación cristiana. — Preludios de sacrificio. — Monaguillo y sacris- tán de las monjas dominicas. — Estudios de latín y de música. — Vocación religiosa. — Profesión de su hermano mayor en Monte- agudo	I
--	---

CAPÍTULO II

Toma de hábito. — Noviciado. — Profesión religiosa. — Fervor cre- ciente. — Salud delicada. — El P. Aquilino Bon. — El P. José María Learte. — Padre jubilado Fr. Juan Gascón. — Revolución de 1868. — Salida para Filipinas. — Llegada y estancia en Manila	12
---	----

CAPÍTULO III

Recibe Fr. Ezequiel los Sagrados Ordenes. — Su primera misa. — Marcha con su hermano á Calapán. — Es nombrado Capellán y Misionero de Puerto Princesa. — La Paragua. — Tareas apostó- licas. — A convertir infieles. — Contrae una enfermedad. — Regre- so á Manila y Mindoro. — Cura Párroco y Vicario Provincial.	21
---	----

CAPÍTULO IV

La parroquia de Laspiñas. — Testimonios, de la conducta del P. Eze- quiel. — Su traslado al pueblo de Santo Tomás. — Nuevo testimo- nio. — Es nombrado Predicador Conventual. — Cómo predicaba. — Su celo en Santa Cruz. — Digresión	32
---	----

CAPÍTULO V

Se le confía la Presidencia de la casa-hacienda de Imus. — Tranquila afabilidad. — Una alteración. — ¡Las haciendas de los frailes en Filipinas! — Caridad del P. Ezequiel en una epidemia. — Lo que pensaba acerca de misiones. — Se le nombra Rector de Monte- agudo. — Adiós á Filipinas. — Labor de las Ordenes religiosas en aquel país	40
---	----

CAPÍTULO VI

Los PP. Ezequiel Moreno y Antonio Muro en Monteagudo.—Narración del P. Antonio.—El cólera del año 1885.—Visita del Padre Ezequiel á las monjas de Alfaro.—La epidemia en el pueblo de Monteagudo y en el Colegio.—Conducta del Padre Rector en aquellas circunstancias.—Sus pláticas y sermones.—Centenario de la Conversión de Nuestro Padre San Agustín.—Cuaresma en Cascante.—Siervas de María.—Enferma el Padre en Tudela.—Nuestra ida á Roma.—Carta de un Hermano lego 49

CAPÍTULO VII

Crecimiento de nuestra Congregación.—La Provincia religiosa de la Candelaria, en Colombia.—Decadencia.—Conatos de restauración.—El P. Juan Nepomuceno Bustamante.—Su viaje á Roma y España.—Esfuerzos inútiles.—Insistencia.—Ida del P. Enrique Pérez á Colombia.—Resultado.—Mis gestiones.—El P. Ezequiel Moreno, Presidente de la primera misión.—Viaje y llegada.—El Convento del Desierto.—Instalación de la Comunidad.—El P. Ezequiel en Bogotá.—Sus sermones.—Su dirección espiritual. 63

CAPÍTULO VIII

Misiones de los antiguos Padres Candelarios en Los Llanos de Casanare.—El P. Salvador de San Miguel, natural de Alfaro.—Su vida licenciosa.—Su conversión é ingreso en nuestra Orden.—Marcha á Colombia y promueve las misiones de Los Llanos.—El P. Ezequiel acaricia la idea de las misiones.—Da ejercicios al clero en Tunja.—Sale para Los Llanos.—Sus cartas edificantísimas.—Desde Tunja.—Labranzagrande.—Marroquín.—Santa Elena.—Orocúé 78

CAPÍTULO IX

Sepárase el P. Ezequiel de sus queridos hijos los misioneros.—Cómo quedaron éstos.—Cómo iba el Padre.—Su carta escrita desde Tame.—Sus trabajos apostólicos en el viaje de exploración.—Llegada á Cravo.—Vuelta y recibimiento en Tunja y Bogotá.—Prudentes consejos á los misioneros.—Estudian el «guahivó» y escriben gramática y diccionario.—Mérito de esa labor.—Fruitos de sus tareas 93

CAPÍTULO X

Regreso del P. Ezequiel á Bogotá.—Nuevos prestigios.—Muerte de nuestro Reverendísimo Padre Comisario Apostólico y nombramiento de sucesor.—Invitan con el Convento é Iglesia de La Popa en Cartagena de Indias.—La Beata Inés de Beniganín.—Más operarios.—Ocupaciones del P. Ezequiel.—Noviciado del Desierto y desierto del noviciado.—Nuestro Convento de Bogotá.—Retrato moral de un Superior.—Resumen de la Primera Parte. 105

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

El estado Religioso y el Episcopal.—Se piensa en nombrar Obispo al P. Ezequiel.—Su actitud.—Decide la autoridad la creación de un Vicariato Apostólico en Casanare.—Se designa para Vicario

- al P. Ezequiel. — Repugnancia de éste. — Trámites del asunto. — Resignación. — Consagración. — Primera Carta Pastoral. — Entrada en Támara. — Instrucciones á los fieles de Casanare 115

CAPÍTULO II

- Santo y sabio. — Narración del P. Alberto Fernández. — Vida del Ilmo. P. Ezequiel en Casanare. — Su predicación y vigilancia. — Los diezmos y su empleo. — Sale á girar la primera Santa Visita. — Trabajo ímprobo. — Segunda Carta Pastoral. — Asunto, desarrollo y final de ese documento. 128

CAPÍTULO III

- Revolución de 1805. — Destrozo de las Misiones y sufrimientos de los misioneros de Casanare. — El Vicario Apostólico continúa su Santa Pastoral Visita. — Tiene noticia de la insurrección. — Su vuelta á Támara por caminos extraviados. — Llega á Nunchía, donde los revolucionarios le piden el pasaporte. — Enérgica respuesta del Obispo. — Entrada en Támara. — Exigencia del jefe de aquella plaza. — Contestación del Ilmo. Sr. Moreno. — Actos de caridad. — Su traslación á la Sede de Pasto. 138

CAPÍTULO IV

- ¡OBISPO DE PASTO! — Historial de la Diócesis. — El prólogo á las Pastorales y otros escritos del Ilmo. P. Ezequiel. — Primera Carta de saludo á los nuevos hijos. — Lo que le halagaba en Casanare. — Viaje desde Bogotá á Pasto. — Entrada en la capital del Obispado. — Dirige la palabra á los fieles y cautiva sus corazones. — Voz de aliento y voz de alerta. 148

CAPÍTULO V

- Los Sres. Obispos Masiá, Schumacher y Moreno. — Relaciones del Prelado de Pasto con los de Loja y Portoviejo. — Sale el Ilustrísimo P. Ezequiel á la defensa del Sr. Schumacher y de los Capuchinos. — Nueva voz de alerta. — Condenación de los periódicos «El Soyri», de Quito, y «El Carchi», de Tulcán. — Gratitud del señor Obispo de Portoviejo. — El capuchino P. Aviñonet. — Ocupaciones del Sr. Schumacher en Samaniego. — Su preciosa muerte. — Oración fúnebre que pronuncia el Sr. Moreno. — Gestiones del señor Arzobispo y Clero de Quito para que se les concediese el cadáver del Sr. Schumacher. — Discreta contestación del Ilmo. P. Ezequiel 161

CAPÍTULO VI

- El «Liberalismo». — Sus grados. — Lo que es en Colombia. — Le combate el Ilmo. P. Ezequiel. — Condena la hoja «Voz Evangélica». — Primera Visita Pastoral de la Diócesis. — Método de vida del señor Obispo durante la Visita. — Casos de tranquila entereza y de acendrada caridad. — Carácter santamente alegre del Sr. Moreno. — Dos muertes repentinas. 179

CAPÍTULO VII

- Vuelta de la Visita. — Carta Pastoral en la Cuaresma de 1807. — Medios para no perder la fe. — Sacrilegio en Riobamba. — Ayes del Ilmo. Sr. Moreno. — El «Repertorio Colombiano». — Artículo «Puente sobre el abismo». — El Sr. Vélez. — O con Jesucristo ó contra Jesucristo. — Sumisión del Sr. Vélez. — Decreto de publicación. — Pastoral con motivo de la Cuaresma de 1808 191

CAPÍTULO VIII

La cuestión del Colegio de Tulcán. — Sumisa disposición de ánimo del Ilmo. P. Ezequiel. Anuncia su visita «ad limina Apostolorum». — Llega á Roma y es recibido por la Santidad de León XIII. — Venida á España. — ¿Fue profecía? — Vuelve á Roma y regresa á Madrid. — Los dos hermanos. — Decreto acerca del Colegio de Tulcán. — Embarca el Sr. Moreno para su Diócesis. — Favorece á nuestros religiosos. — Su entrada en Pasto. — Mensaje y gratitud. — Condenaón de «El Eco Liberal». — Otras dos Pastorales . . . 201

CAPÍTULO IX

Proyecta el Sr. Moreno construir varios templos. — Estalla la guerra de los tres años. — Carta Pastoral. — La guerra castigo de Dios misericordioso. — Parte que toma en la guerra el Ilustrísimo señor Obispo. — Clamores de falsa paz. — Circular al clero. — Concilio Plenario de la América latina. — El ¡FUERA LOS BARBAROS! — Silencio. — Americanismo. — A triunfar ó morir. . . . 216

CAPÍTULO X

Terminación de la guerra en los campos. — ¿Avenencias? — Avelino Rosas. — Pastorales. — Unión que debe haber entre los católicos. — Santa amplitud de espíritu. — Carta acerca de la paz. — Magnífica Pastoral en la Cuarcisma de 1904. — Trata de los derechos de Jesucristo á reinar sobre todas las cosas. — Nuestro Santísimo Padre Pío X. — Lo que deben hacer los católicos para defender y sostener el reinado de Cristo. . . . 229

CAPÍTULO XI

Tristes consecuencias de la guerra. — Hecho que parece inverosímil. — En Pasto no se alteró la paz. — Visita Pastoral. — Imposición del pajo al señor Arzobispo de Popayán. — Jubileo de fin de siglo. — «Instrucciones al Clero». — La ciudad de Alfaro y Casanare. — El Ilmo. Sr. Casas. — Su libro «Enseñanzas de la Iglesia sobre el liberalismo». — Disconformidad del Sr. Moreno con la Segunda Parte de aquella obra. — Juiciosa carta del Excelentísimo señor Delegado Apostólico. — El Caquetá. — Defensa de los Misioneros. . . . 242

CAPÍTULO XII

Los Padres Capuchinos y el P. Ezequiel. — Afécto del señor Obispo á los Párrocos y Comunidades Religiosas. — Terciarias Franciscanas. — Betlemitas. — Madre Encarnación. — Devoción á los Dolores del Corazón de Jesús. — Primera función consagrada á esos Dolores. — Abraza el Sr. Moreno esa devoción. — Su opúsculo. — Consulta. — Disposición del Santo Oficio. — Esclavas de Jesús. — Reglas-Constituciones 255

CAPÍTULO XIII

Santa Visita (segunda) á la Costa del Pacífico. — Robo sacrilego en Tumaco. — El Prelado da cuenta de él á todos sus Diocesanos en Carta Pastoral. — No hay destemplanza en el lenguaje del señor Obispo. — Sale de Tumaco para Bogota. — Se trabajaba allí para que dejase el Obispado de Pasto. — Respuesta del Excelentísimo señor Delegado á solicitudes de señoras y caballeros. — El Ilustrísimo P. Ezequiel con sus hermanos los religiosos. — Regresa á Pasto llevando al P. Alberto Fernández. — Viaje santamente aprovechado. — Grandioso recibimiento 267

CAPÍTULO XIV

Ejercicios espirituales. — Continuación de la Visita. — El adoratorio de Duarte. — Se insurrecciona el batallón Juanambú. — Día de angustia. — Momentos supremos. — El Ilmo. P. Ezequiel sale á la plaza y con su prestigiosa dulzura desarma á los insurrectos. — Felicitaciones del Prefecto de Pasto, de D. Medardo Buchili A. y del Presidente de la República. — El nuevo Departamento de Nariño. — Discurso del Sr. Moreno al primer Gobernador. — Instrucción sobre el monopolio. — Respeto á las autoridades. — Otra prueba. — Alocución al pueblo 278

CAPÍTULO XV

Reanuda la Santa Visita. — Carta Pastoral con motivo de la Cuaresma de 1905 acerca de la unión de los católicos. — Telegrama del Jefe del Estado. — Contestación del Sr. Moreno. — Es llamado á la capital de la República. — Viaje. — Carta del Ilmo. P. Ezequiel explicando la contestación al telegrama. — Respuesta satisfactoria del Excelentísimo señor Presidente. — Regreso á la diócesis. — Magnífico recibimiento. 293

CAPÍTULO XVI

Iniciase la última enfermedad del Ilmo. P. Ezequiel. — Desarrollo del mal. — Estado de ánimo del enfermo. — Su obediencia á lo dispuesto por el Clero. — Salida de Pasto, viaje y embarque para España. — Llegada á Cádiz. — Venida á Madrid. — En la víspera de la operación. — Testimonio de la Hermana Apolonia. — Reproducese la enfermedad. — Ida al Colegio de Monteaudo. — Agravación. — Ultimos momentos. — Su muerte. 306

CAPÍTULO XVII

Embalsamamiento y entierro del cadáver. — Acta del sepelio. — Muestras de veneración. — Sentimiento en Pasto y en la diócesis al saber la muerte del Prelado. — Decreto del señor Vicario Capitular. — Del señor Gobernador del Departamento. — Del Tribunal Superior del Distrito. — Oraciones Fúnebres. — En Pasto. — En Bogotá. — En Guachucal, Funes y Túquerres. — Los Padres Capuchinos. — La prensa Colombiana y Española 323

CAPÍTULO XVIII

Vituperios que son alabanzas. — Carta de algunos radicales y librepensadores. — La mala prensa. — «El Grito del Pueblo», de Guayaquil. — «El Mosquetero», de Bogotá. — El «Mefistófeles». — «La Tarde», de Popayán. — Valiosos aplausos de los buenos. — De un inglés católico. — De un gran escritor colombiano. — De un prestigioso General. — De un honradísimo hombre público. — De un célebre literato. — Anúnciase la biografía del alma del Ilustrísimo P. Ezequiel. 339

TERCERA PARTE

VIRTUDES

CAPÍTULO I

Fe. — Esperanza. — Caridad 355

CAPÍTULO II

Amor al prójimo. — Celo 369

CAPÍTULO III

Piedad. — Oración. — Devoción 382

CAPÍTULO IV

Prudencia. — Justicia. — Fortaleza. — Templanza 395

CAPÍTULO V

Virtudes religiosas. — Obediencia. — Pobreza. — Castidad. 411

CAPÍTULO VI

Humildad. — Mansedumbre. — Paciencia 422

CAPÍTULO VII

Penitencia. — Abnegación. — Sacrificio. 437

Apéndice I: Últimas disposiciones del Ilmo. D. Fr. Ezequiel Moreno y Díaz	459
Apéndice II.	464
Apéndice III	469
Apéndice IV: Casos extraordinarios de conversiones y curaciones	472



ÚLTIMA HORA

Terminada ya la impresión de esta *biografía*, encontramos en la revista *Santa Rita y el Pueblo cristiano*, publicada en Granada el 22 de Marzo del año actual, el siguiente *hecho extraordinario*:

«SEÑOR DIRECTOR DE «SANTA RITA Y EL PUEBLO CRISTIANO»:

»Me atrevo á molestar á usted con la súplica de un deseo que tengo, y es hacer constar un caso, al menos, muy extraño, que he presenciado en un enfermo, á quien se aplicó una reliquia, consistente en un pedazo de la túnica que usó el Ilmo. Sr. D. Fr. Ezequiel Moreno. No sé qué publicación sea más á propósito que la revista que usted dirige, supuesto que varias veces se ha ocupado de casos similares, y esto me ha animado á, quizá, abusar de su amabilidad, por lo que le suplico encarecidamente me dispense.

»El caso de referencia es como sigue:

»CURACIÓN MILAGROSA

»Provincia de Jaén. — Pueblo de Valdepeñas. — En la Sierra su morada. — Digo yo D. Rafael Garrido Espinosa, de estado viudo, de sesenta y un años; que viniendo sufriendo por espacio de un año de un cáncer en la lengua, desahuciado por los médicos de Alcalá Real, Frailes y Valdepeñas, y, habiendo venido á Granada á recursos de D. José Martínez Mena (Presbítero), este señor me presentó á D. Fernando Ocete, médico del Hospital de San Juan de Dios, habiéndome reconocido dijo: que él se comprometía á hacerme la operación. Yo quería permanecer en sitio distinto del hospital, y dicho Sr. D. Fernando Ocete me aconsejó que me era gastoso por la duración de tiempo que sería necesario para mi curación, de tres á cuatro meses, no sólo por la mala encarnadura, que confieso que siempre, aunque haya sido un simple araño, me ha durado tiempo bastante crecido, sino mucho más por tratarse del sitio de humedad, cual era la lengua.

»Me sometí á meterme en el hospital, y hecha la operación — que merece muchos plácemes D. Fernando Ocete por la excelencia en la extracción del cáncer —, mi hijo Rafael Garrido García vino decidido y con recursos para sobrellevar la estancia en esta de Granada, por el tiempo indicado; y en los primeros días, unos veinte días, iba bien, como quedé de la operación; pero desde esta fecha, se me presentaron de nuevo los dolores, que nos hicieron presagiar nuevo mal ó subsistencia de las raíces del cáncer. Manifestado al facultativo me reconoció y no me encontraba la causa del dolor que me agobiaba, y en uno de los días en que me visitaba el señor D. José Martínez Mena, le hice presente el pesar y tristeza que se apoderó de mí, pero especialmente de mi hijo, que confesaba se iba á quedar sin padre, y dicho D. José me animó; pero he aquí la Providencia Divina: Al día siguiente vino á verme, y con esperanza grande me dijo: vamos á rezar cinco Padrenuestros á las cinco llagas de Jesucristo, y tome el remedio, un pedacito de lana de un señor Obispo que falleció de cáncer en opinión de Santo.

»Verdaderamente lo es y reconozco; porque al día siguiente ¡¡milagro!! no existía dolor, desapareciendo por completo, y cuando D. Fernando Ocete me reconoció, y dijo: vamos á quitar los puntos, extrañóle al mismo facultativo, pues con las herramientas en la mano propias del caso y acompañado del practicante y mozo de sala dijo: ¿quién le ha sondado en la lengua y cortado los puntos? y dije: nadie. Pues está usted curado, y marchóse por no tener nada que hacer.

»Esto sucedió el día 26 de Enero á las once de su mañana, y no olvidaré nunca tal prodigio ni al Santo Obispo.

»El Presbítero me dijo que me aplicase el pañito á la lengua y yo con mi fervor y esperanza lo mastiqué y tragué.

»Como no sé firmar, lo hace por mí el mismo presbítero.

»JOSÉ MARTÍNEZ MENA»





SERVICIO DE PRÉSTAMO A DOMICILIO

1. Podrán hacer uso de este servicio quienes estén en posesión de la tarjeta de lector expedida por la Dirección de la Biblioteca y durante el plazo de su validez.

2. El préstamo de los libros de la sección circulante podrá durar quince días como máximo; otros libros de la Biblioteca podrán sacarse fuera de ella solamente para aquellas horas que permanezca cerrada al público.

3. El retraso en la devolución de los libros será multado con 0'25 pesetas por cada libro y día.

4. No se podrán tener al mismo tiempo más de dos obras o tres volúmenes prestados.

5. De la pérdida o deterioro de los libros se hará responsable al lector que se los hubiera llevado en préstamo.

6. Los libros que formen parte de alguna colección o serie, las obras de consulta frecuente, los libros raros o de mucho precio y otros, a juicio de la Dirección, se exceptúan, por regla general, del servicio de préstamo a domicilio.

